



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado

Facultad de Ciencias Sociales

Unidad de Posgrado

**Transformando la sociedad de Ayacucho desde la
percepción de la comunidad de notables: Costumbres,
tradiciones y vida cotidiana (1850- 1945)**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Doctor en Ciencias Sociales en
la especialidad de Historia

AUTOR

José María VÁSQUEZ GONZALES

ASESOR

Dr. Cristóbal Roque ALJOVÍN DE LOSADA

Lima, Perú

2022



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Vásquez, J. (2022). *Transformando la sociedad de Ayacucho desde la percepción de la comunidad de notables: Costumbres, tradiciones y vida cotidiana (1850- 1945)*. [Tesis de doctorado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Unidad de Posgrado]. Repositorio institucional Cybertesis UNMSM.

Metadatos complementarios

Datos de autor	
Nombres y apellidos	José María Vásquez Gonzales.
Tipo de documento de identidad	DNI
Número de documento de identidad	16632196
URL de ORCID	https://orcid.org/0000-0003-4732-8954
Datos de asesor	
Nombres y apellidos	Cristóbal Aljovín de Losada
Tipo de documento de identidad	DNI
Número de documento de identidad	07717447
URL de ORCID	https://orcid.org/0000-0002-9793-7064
Datos del jurado	
Presidente del jurado	
Nombres y apellidos	Dr. Manuel Jerjes Loayza Javier.
Tipo de documento	DNI
Número de documento de identidad	42187566
Miembro del jurado 1	
Nombres y apellidos	Dr. Carlos Hugo Hurtado Ames
Tipo de documento	DNI.
Número de documento de identidad	09951714
Miembro del jurado 2	
Nombres y apellidos	Dr. Augusto Fernando Ruíz Zevallos.
Tipo de documento	DNI.
Número de documento de identidad	07581410
Datos de investigación	

Línea de investigación	E.4.4.7. Historia Regional
Grupo de investigación	No aplica.
Agencia de financiamiento	Sin financiamiento.
Ubicación geográfica de la investigación	País: Perú Departamento: Lima Provincia: Lima Distrito: Cercado de Lima Latitud: 12.0464° Longitud: 77.0428°
Año o rango de años en que se realizó la investigación	1850-1945.
URL de disciplinas OCDE	Historia https://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.01.00



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIDAD DE POSGRADO

ACTA DE SUSTENTACIÓN

En Lima, a los siete del mes de octubre del año dos mil veintidós, mediante sustentación virtual a cargo de la Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional San Marcos, a horas 9: 00 a. m., bajo la presidencia Dr. Manuel Jerjes Loayza Javier y con la concurrencia de los demás miembros del Jurado de Tesis, se inició la ceremonia invitando al graduando **VÁSQUEZ GONZALES, JOSÉ MARÍA** para que hiciera exposición de la Tesis para optar el Grado Académico de Doctor en Ciencias Sociales en la especialidad de Historia. Siendo el trabajo titulado:

“Transformando la sociedad de Ayacucho desde la percepción de la comunidad de notables: Costumbres, tradiciones y vida cotidiana (1850- 1945)”

A continuación, fue sometido a las objeciones por parte del Jurado. Terminando esta prueba y Terminando esta prueba y verificada la votación; se consignó la calificación correspondiente a:

B MUY BUENO –18–

Por tanto, el Jurado, de acuerdo al Reglamento de Grados y Títulos, acordó recomendar a la Facultad de Ciencias Sociales para que proponga que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos otorgue el Grado Académico de Doctor en Ciencias Sociales en la especialidad de Historia, al Magíster **VÁSQUEZ GONZALES, JOSÉ MARÍA**. Siendo las 10:40 a. m. y para constancia se dispuso se extendiera la presente Acta:

Dr. Manuel Jerjes Loayza Javier
PRESIDENTE

Dr. Carlos Hugo Hurtado Ames
MIEMBRO

Dr. Augusto Fernando Ruíz Zevallos
MIEMBRO

Dr. Cristóbal Roque Aljovín de Losada
ASESOR

Dr. JORGE ELÍAS TERCERO SILVA SIFUENTES
Director

PABELLÓN JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI – CIUDAD UNIVERSITARIA

Teléfono: 6197000 Anexo 4003. Lima – Perú.

Correo: upg.sociales@unmsm.edu.pe, upgcess@unmsm.edu.pe

Web: <http://sociales.unmsm.edu.pe/>



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

UNIDAD DE POSGRADO

“Año del Bicentenario del Perú: 200 años de Independencia”

C. U., 27 de octubre del 2021

INFORME DE EVALUACIÓN DE ORIGINALIDAD

Operador del programa informático de similitudes:	GARCIA CASTILLO, Alicia
Documento evaluado:	TESIS PARA POSGRADO. TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES EN LA ESPECIALIDAD DE HISTORIA.
Título:	“TRANSFORMANDO LA SOCIEDAD DE AYACUCHO DESDE LA PERCEPCIÓN DE LA COMUNIDAD DE NOTABLES: COSTUMBRES, TRADICIONES Y VIDA COTIDIANA (1850-1945)”.
Autor del Documento:	VÁSQUEZ GONZALES, José María
Fecha de recepción del documento:	27-10-2021
Fecha de aplicación del programa informático de similitudes:	27-10-2021
Software utilizado:	TURNITIN
Configuración del programa detector de similitudes:	<ul style="list-style-type: none">• Exclusión de textos entrecomillados• Exclusión de bibliografía• Exclusión de cadenas sintácticas (40 palabras)
Porcentaje de similitudes según programa detector de similitudes:	7 %, siete por ciento de índice de similitud.
Fuentes originales de las similitudes encontradas:	<ul style="list-style-type: none">• 7 % Fuentes de internet• 0 % Publicaciones• 1 % Trabajos del estudiante
Observaciones:	Sin observaciones
Calificación de originalidad:	Documento cumple criterios de originalidad, sin observaciones.
Fecha de informe:	27-10-2021



UNMSM

Firmado digitalmente por SILVA SIFUENTES Jorge Elias Tercero FAU
20148032282 soft
Motivo: Soy el autor del documento
Fecha: 28.10.2021 19:42:28 -05:00

Dr. JORGE ELÍAS TERCERO SILVA SIFUENTES
DIRECTOR

PABELLÓN JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI – CIUDAD UNIVERSITARIA

Teléfono: 6197000 Anexo 4003. Lima – Perú.

Correo: upg.sociales@unmsm.edu.pe

Web: <http://sociales.unmsm.edu.pe/>

RESUMEN

El presente trabajo intenta presentar la identidad de una cultura local vista a lo largo del tiempo, con énfasis en los hitos de 1850 y 1945. Hemos intentado establecer el origen y despliegue temporal de la oposición entre la cultura de la élite y los grupos subordinados, marginales y oprimidos. Hemos detectado la formación de un discurso elitista hegemónico que intenta absorber o suprimir mecanismos de gestión de la identidad cultural de los grupos subalternos, esto tanto como la resistencia de los oprimidos, básicamente la población indígena, que fue capaz de crear un discurso antihegemónico, particularmente en la exigencia de reconocimiento a la identidad cultural en temas como las corridas de toros. Como esta es una investigación cualitativa, la cual nos inserta a conocer y comprender las continuidades, rupturas y cambios que se dieron en el proceso modernizador inspirado en una agenda de dominio en la ciudad de Ayacucho, sobre todo en los espacios de sociabilidad, de vicios y de espectáculos y la huella del lenguaje dominante como medio de dominio. Esta transformación revolucionó la vida cotidiana en Ayacucho durante 1850 a 1945.

Palabras claves: Vida cotidiana, corridas de toros, identidad local, resistencia indígena, transformación, ruptura, cambio, continuidad.

ABSTRACT

The present work tries to present the identity of a local culture seen over time, with emphasis on the milestones of 1850 and 1945. We have tried to establish the origin and temporal unfolding of the opposition between the culture of the elite and the subordinate groups, marginalized and oppressed. We have detected the formation of a hegemonic elitist discourse that tries to absorb or suppress mechanisms for managing the cultural identity of subordinate groups, this as well as the resistance of the oppressed, basically the Native population, which was able to create an anti-hegemonic discourse, particularly in the demand for recognition of cultural identity in issues such as bullfighting. As this is a qualitative research, which inserts us to know and understand the continuities, ruptures and changes that occurred in the modernizing process inspired by an agenda of dominance in the city of Ayacucho, especially in spaces of sociability, vices and shows and the trace of the dominant language as a means of dominance. This transformation revolutionized daily life in Ayacucho from 1850 to 1945.

Key words: Daily life, bullfights, local identity, indigenous resistance, transformation, rupture, change, continuity.

DEDICATORIA

La presente investigación se la dedicamos a toda la sociedad ayacuchana, orgullosa de su historia, su tradición, sus costumbres, su identidad y su cultura.

A la Dr. Pilar Gonzalbo Aizpuru, pionera en los estudios sobre la vida cotidiana, inspiradora de la presente tesis doctoral.

A la memoria de mis abuelos: José María González Effio y Doña Adelaida Gálvez Serna; a mi abuelita Peregrina Chavarri Vera.

A la memoria de mis Padres José Galo Vásquez Chavarri y a mi madre Andrea Gonzales Gálvez.

A la memoria de mi tío Lorenzo Aquiles Vásquez Chavarri, a mi primo “Coco” y a mi sobrino Julio Carranza, esposo que fue de mi sobrina Cinthia Casasola Vásquez, quienes fueron víctimas de la terrible pandemia del Covid-19 durante los años 2020-2021.

AGRADECIMIENTO

A mi Alma Mater, la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH), donde nos formamos y somos parte de ella como catedrático. A mi nuevas Almas Maters; Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM-Lima) y a la Universidad Nacional de Educación “Enrique Guzmán y Valle” (UNE-Lima) «La Cantuta», donde hemos cursado nuestros estudios de Doctorado. En el primero, como Doctor en Ciencias Sociales, en la especialidad de Historia; y, en la segunda, como Doctor en Ciencias de la Educación.

A los catedráticos de la UNMSM, Decana de América, de la Escuela de Postgrado de la Facultad de Ciencias Sociales, quienes me inculcaron sus sabias enseñanzas en mi formación como historiador; debo mi agradecimiento a los Doctores: Mario Meza Bazán, Federico Helfgott Seir, Francisco Quiroz Chueca, Magdalena Chocano, César Germana y Juan Carlos Ubilluz. De igual forma, a la Doctora Rafaela Teodosia Huerta Camones, por su asesoramiento en mi tesis doctoral de la Universidad Nacional de Educación “La Cantuta”; a mi gran amigo y maestro el Doctor Richard Santiago Quivio Cuno, por su apoyo incondicional para lograr obtener mi Grado de Doctor en Ciencias de la Educación de la UNE, asimismo al Dr. Humberto Marcelino Vargas Salgado; al filósofo, Doctor Víctor Samuel Rivera, que me orientó en la interpretación de los textos de su autoría que he citado.

A mi maestro y Catedrático de la UNMSM, el historiador, Doctor Cristóbal Aljovín de Losada, quien desde el primer ciclo hasta la culminación de mis estudios doctorales fue mi asesor de la presente tesis doctoral. Además, es quien me ha brindado su apoyo incondicional no solo a través de sus sugerencias y recomendaciones para culminar nuestros estudios, sino también a su rigidez al darme lecturas sobre los temas de mi tesis y, así, moldearme al rigor de la teoría, que nos ayudaron satisfactoriamente en la interpretación, análisis y crítica histórica, que todo tesista debe realizar. A sus constantes diálogos entablados durante estos 3 años (6 ciclos) para que nuestro estudio sobre las costumbres, tradiciones y vida cotidiana logre sus objetivos planteados.

A mis colegas de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSCH), especialmente a mi colega, Dr. Boris Peña Morales, por incentivar me a continuar los estudios del doctorado en Historia. Asimismo a mis colegas, que me reemplazaron durante dos años para seguir mi estudio doctoral, ellos son los historiadores: Dr. Johnny Guitiérrez Toledo, Dr. Nelson Pereyra

Chávez y Dr. Claudio Rojas Porras. De igual forma, a los colegas de la Facultad de Ciencias Sociales, quienes en la distancia, me dieron su apoyo moral, al: Dr. Carlos Infante, Dr. Ulpiano Quispe, Mg. Juan José Oré Medina, Mg. Luis Alberto Cañola y Mg. Juan Benigno Gutierrez Martínez.

A todos los trabajadores del Archivo Regional de Ayacucho (ARAY), Archivo Arzobispal —especialmente al antropólogo Cristhian Eduardo Silvera Curi y al historiador Pavel Trigos Jayo, por su apoyo—, a los trabajadores del Archivo Central de la Municipalidad Provincial de Huamanga (MPH), a los trabajadores de la Biblioteca del Ministerio de Cultura, filial Ayacucho —en especial a Demetrio Mendoza Ventura—, a los de la Biblioteca «Luis Carranza», y a los padres franciscanos encargados de la Biblioteca del Convento de «San Francisco de Asís», a los Padres Franciscanos: Dante Villanueva Chávez, Marco Saravia, Jorge Horna Mendoza, Ronny Aspaja Nuñez y la secretaria, Sra. Sonia Yelli Galindo, quienes me dieron el permiso correspondiente para la revisión de los diversos periódicos republicanos y contemporáneos (desde 1823 hasta 1972 aproximadamente), existentes en su repositorio, antes y durante la Pandemia del COVID-19 (2008-2019/ Junio 2020 a abril 2022), prensa escrita que entre sus páginas nos informan sobre la vida cotidiana, política, económica, social y cultural de la región ayacuchana. ¡A todos ellos, mil gracias!

A todos mis familiares de la provincia constitucional del Callao, a: Luisa y Arzo, y a sus hijos Sara, César, Mary, Saúl, Rubén y Ely; a Susana y a su esposo Dalmiro, a sus hijos Ronald, Jazmin y Danitza. A mis familias de la ciudad de Chiclayo: a mi hermana Adela y a mi cuñado Segundo Casasola, y a sus hijos Joel, Cinthia, Jessica, Jhon, Cristhian y Antony. A mi hermano Pedro Armengol y a sus hijos Carlos, Pedro, Ana, Yovanna, Galo, Vanesa. A mi hermano Walter Antonio y sus hijos Luis y María Vásquez Tirado. A mi hermana Peregrina y a la memoria de su esposo Ángel, y a sus hijos Soledad, Beto, Mañuco; a mi hermana Blanca Haydde y a sus hijos Daniel y Andrea Teresa; a mi hermano José Luis y su esposa María Hinojosa, y a sus hijos Galo, Andrea, Chabela y César. A la familia Santín Mera: A don Miguel y doña Lidia, a sus hijos: William, Honorio, Gloria, Marleny, Saúl, Zulema, Nereida y su esposo Gilber, a Jorge y Randall.

A mi esposa y profesora de Educación Primaria e Inicial y Auxiliar de Educación, Julia Godoy Zevallos, compañera eterna, quien me da su aliento y su apoyo incondicional para la

culminación de la presente tesis doctoral, animandome a culminar mi tesis en plena pandemia del Covid-19; a Julia, pareja inseparable, que este setiembre 2022, cumplimos 33 años juntos, a ella le estoy eternamente agradecido. Por último, a mis hijos: Cristhian Raphael y José Gabriel, por darme su fuerza moral en todo momento. Son ellos, conjuntamente con mi querida esposa, testigos de la ardua labor que dedico a mis investigaciones en archivos y bibliotecas de la ciudad de Ayacucho; sobre todo en la sala de estudio donde profundizo mi análisis histórico; tiempo que muchas veces se convirtieron en «olvidos familiares», los cuales ya no son recuperables; y la única manera de recompensarlos a todos ellos es entregarles mi Grado de Doctor en Historia.

Estos sacrificios que he realizado estando en la ciudad de Lima durante mi estudio doctoral (2017-2019), ha sido arduo y, en ocasiones, hasta frustrantes, sobre todo por la separación familiar que ocasionaron en mí un desánimo y estrés psicológico; pero, fueron algunos colegas de la Facultad de Ciencias Sociales, mencionados líneas arriba, y en especial mi esposa e hijos, quienes lograron siempre animarme a continuar y no desmayar; sobre todo cuando lleve los dos cursos de Idiomas: Italiano y Portugués, que para un viejo como yo, la lectura es complicada de aprender como si lo hace un joven; pero, gracias al aliento de todos ellos, pude culminar mis estudios doctorales y los idiomas. A pesar de todo lo dicho, este es el resultado de todo este esfuerzo físico y mental de los constantes viajes realizados de Lima para Ayacucho y viceversa, que hicieron en mí salir de la monotonía, en la que me encontraba en Lima. Por otro lado, debo agradecer a mis amigos, los esposos Richard Prado y Delia, quienes me brindaron su casa en la ciudad de Lima, vivienda ubicada en la avenida Grau, donde viví por dos largos años en su hogar; sin su apoyo, hubiese sido imposible culminar mis estudios. ¡A ellos gracias desde lo más profundo de mi corazón!

Todas estas experiencias que no podré olvidar, sirvieron para ser un historiador más apasionado por la Historia, de forma especial por la Historia Regional de Ayacucho. Por ello, mi compromiso de seguir escribiendo y publicando las historias olvidadas del pueblo ayacuchano en vísperas al Bicentenario de la Batalla de Ayacucho (1824-2024), con la única finalidad de que la sociedad siga conociendo su historia, tradición y su acervo cultural. Ayacucho guarda entre sus múltiples documentos archivísticos, periódicos, revistas, libros, tesis, fotografías, monumentos conmemorativos, etc., una infinidad de testimonios escritos, que solo los profesionales de las

Ciencias Sociales pueden recuperarlos, transcribirlos, interpretarlos, analizarlos y, sobre todo, difundirlos.

Nuestro compromiso no solo es lograr que nuestra tesis doctoral sea una de las pioneras en el tema de la vida cotidiana en Ayacucho, sino que logre que otros historiadores jóvenes continúen el camino trazado por este humilde artesano de la historia de Ayacucho.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	12
CAPÍTULO 1. Problema y metodología	19
1.1. Situación problemática	19
1.2. Formulación del problema	19
1.3. Pregunta de investigación	26
1.4. Justificación teórica	27
1.5. Justificación práctica	28
1.6. Objetivos	28
1.6.1. Objetivo General	28
1.6.2. Objetivos específicos	29
1.7. Marco teórico de la investigación	29
1.7.1. Antecedentes de investigación	29
1.8. Marco teórico o conceptual	32
1.8.1. Lo subalterno como estudio	32
1.8.2. La vida cotidiana como reflexión	33
1.9. Metodología de la investigación	41
1.9.1. Tipo, diseño y metodología de la investigación	41
1.9.2. Unidad de análisis	44
1.9.3. Tamaño de la muestra	44
1.9.4. Selección de la muestra	45
1.9.5. Técnicas de recolección de datos	45
1.9.6. Hipótesis general	45
1.9.7. Hipótesis específicas	46
CAPÍTULO 2. El discurso de los notables	47
2.1. Introducción	47
2.2. Definiendo a la comunidad de notables de Ayacucho	47
2.3. El poder político local	57
2.4. Comunidad de notables e intelectuales de Ayacucho	59
CAPÍTULO 3. Clase subalterna: Una clase excluida del poder local	70
3.1. Introducción	70
3.2. Los mestizos frente al poder político	70
3.3. Clase indígena: Los marginados de la sociedad	78
3.4. Los mendigos y las prostitutas	84

3.4.1. Los mendigos	84
3.4.2. Las «amorosas» en Ayacucho	89
3.5. A manera de conclusión	94
CAPÍTULO 4. La vida cotidiana en la ciudad de Ayacucho. Continuidades y transformaciones: 1850-1924	96
4.1. Introducción	96
4.2. De continuidades y tradición: Huamanga durante la segunda mitad del siglo XIX	96
4.3. Continuidades: Ayacucho tradicional (1900-1919)	111
4.4. De ciudad tradicional a ciudad moderna. El impacto del Centenario de la Batalla de Ayacucho. 1918-1924	117
4.5. A cuatro años de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho (1920-1923)	125
4.6. Transformando el rostro de la ciudad capital de Ayacucho (1924)	132
CAPÍTULO 5. Rupturas y cambios en la ciudad de Ayacucho. El discurso civilizador del Centro Cultural Ayacucho y el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga (1934-1945)	148
5.1. Introducción	148
5.2. El «discurso civilizador» de la comunidad de notables e intelectuales del Centro Cultural Ayacucho (1934-1945)	150
5.2.1. El discurso «civilizador» del Club literario «Cristoforino» (1881)	152
5.2.2. Creación del Centro Cultural Ayacucho (1934)	156
5.2.3. Intelectuales, discurso civilizador y clases subalternas en Ayacucho	158
5.3. El Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga: Mirando el progreso de Ayacucho 1940-1945	171
5.4. El discurso civilizador de la Iglesia Católica	196
CAPÍTULO 6. Los medios tecnológicos revolucionan la vida cotidiana	199
6.1. Introducción: del Telégrafo al cine	199
6.2. La repercusión de la fotografía en la vida cotidiana (1920-1945)	203
6.2.1. Cambios en la vida cotidiana en la sociedad ayacuchana: Perennizando los recuerdos a través de la fotografía.	214
6.3 El impacto social del cine: Revolucionando la vida cotidiana en Ayacucho.	221
6.4. Conclusión	234
CAPÍTULO 7. El «proceso civilizador» en Ayacucho. Cambios, rupturas y continuidades	235

7.1. Introducción: Cultura popular y cultura notable de Ayacucho	235
7.2. Entre “decencia” e “inmoralidad”: Los carnavales huamanguinos de la ciudad de Ayacucho. 1850-1870	239
7.3. De rupturas y transformaciones en el carnaval huamanguino (1920-1926)	260
7.4. Conclusión: Los funerales del Ño Carnavalón	273
7.5. Tradición y costumbre “perennizada” en Ayacucho. La fiesta de “Todos los Santos y Difuntos”	275
CAPÍTULO 8. Entre la alameda y el chisme. Los espacios de sociabilidad en la sociedad de Ayacucho	283
8.1 Introducción	283
8.2. Los «Convites» de 1856	283
8.3. Espacios públicos de paseos y ocio en la vida cotidiana de Ayacucho	287
8.4. Teatro y veladas literarias: Espacios «exclusivos» de los «cultos»	303
8.5. La «cultura» nace en los clubes: Distinción y prestigio «notable»	311
8.6. Espacios de esparcimiento y recreación en la vida cotidiana ayacuchana	327
8.7. El chisme en la prensa escrita	332
CAPÍTULO 9. Entre tragos: los espacios de “vicio”	341
9.1. Introducción	341
9.2. Los vicios y la subalternidad	346
9.3. Las pulperías	350
9.4. Otros espacios de vicio	353
9.5. Chicherías y cantinas	356
CAPÍTULO 10. Tarde de toros. Gallería y tauromaquia en Huamanga	365
10.1. Introducción: toros y gallos, hegemonías en conflicto	365
10.2. Las corridas de toros: los avatares de la hegemonía notable y popular	367
10.3. Una afición elitista: Las peleas de gallos	376
CONCLUSIONES	380
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	387

INTRODUCCIÓN

La presente tesis doctoral es una investigación por recuperar el pasado histórico y la identidad regional, de la ciudad de Ayacucho a través de la historia de los hábitos, costumbres y tradiciones. Hemos tomado como arco referencial de tiempo para nuestro estudio los hitos de 1850 y 1945. Partimos de la premisa de que el pasado histórico y la identidad cultural de un grupo humano es básicamente una construcción de los hombres en el tiempo, que pervive de la conservación de los elementos más básicos y que genera reconocimiento y adhesión. De alguna manera, la adhesión y el reconocimiento son experimentados como un resultado histórico; uno se encuentra con ella y se reconoce como una naturaleza, como algo que hubiera existido desde siempre, sin percatarse del rol que tiene en la identidad y el (auto) reconocimiento el trabajo, a veces elusivo y olvidado, de un esfuerzo social precedente. Este proceso social, que aparece ocasionalmente ocultado, es sin embargo el factor que da solidez y significado a la identidad cultural. No hay una identidad presente que no sea deudora, en uno u otro sentido, del trabajo social en cuyo pasado se sostiene; este trabajo es lo que podemos denominar la “tradicón cultural”. Estas observaciones, aplicadas a la identidad de Ayacucho, nos inspiraron a buscar la historia del esfuerzo social sobre cuya base puede el pueblo actual autoafirmarse en su identidad específica. La identidad se realiza en el reconocimiento, el mismo que requiere de formas socialmente compartidas y que se extienden en el tiempo.

Nos parece importante recoger el esfuerzo social que, en la identidad presente, representa el trabajo de una comunidad local para darse significado a sí misma, esto que sucede básicamente con el trabajo sobre representaciones simbólicas y culturales. De alguna manera todos los actos sociales que se relacionan con una localidad configuran su cultura, pero hay un grupo de ellos que tienen la función simbólica de la identidad, es decir, que existen de manera fundamental para dar sentido de pertenencia (y no por razones económicas, políticas o de otro tipo). Las actividades sociales simbólicas identitarias que se constituyen con el tiempo como un saber tradicional, como la transmisión de identidad, tienen la característica de ser populares, es decir, que tienen su mayor valor en ser recogidas y reactualizadas por el pueblo, mostrando así su carácter de ser una necesidad social (Piña, 1985). Este es el caso de las celebraciones religiosas, cívicas pero también de muchos espectáculos relacionados o no a éstas, como las corridas de toros o las peleas de gallo. En este sentido, consideramos que para comprender la importancia que tuvieron las costumbres dentro de

la vida cotidiana de los habitantes de Ayacucho desde el siglo XIX en la construcción de su identidad actual, con el compromiso ético que esto significa como identidad del pueblo, vamos a observar las diversas continuidades, y el reto de posibles rupturas y cambios que las fiestas elitistas y populares, y las celebraciones en la ciudad de Ayacucho han debido afrontar durante un lapso de tiempo amplio dentro de nuestra etapa republicana.

Cuando el investigador segmenta la visión pasada de una tradición o un conjunto de ellas, en particular las tradiciones simbólicas y populares que son aquí de nuestro interés, como en todo proceso de dimensión social e histórica, se reconoce agentes. Hay agentes que contribuyen a sostener la vida simbólica de los signos de identidad frente a otros agentes que tienen una percepción de su propia identidad y se autoperciben como no tradicionales, no populares o no parte integrante de la identidad social gestada; estos agentes contribuyen a dificultar que la comunidad del pueblo en general logre la permanencia de sus símbolos. Es el caso en nuestra tesis de ciertos grupos de autodenominados “notables”, que operaron por medio de la prensa periódica bajo su control hegemónico y cumplieron el rol de retar la capacidad interna de las formas simbólicas en curso, que fueron en cambio defendidas y cuidadas por sus subalternos, que también participaron de una u otra manera. Las continuidades reflejadas en los espacios de sociabilidad como los clubes sociales, la Alameda, la Plaza Mayor, los carnavales, las corridas de toros, peleas de gallos, donde acuden notables, mestizos etc., así como los espacios de sociabilidad, pero de “vicios”, como las cantinas y chicherías, se configuran como costumbres cotidianas que se hallaron así enfrascadas, como tradiciones, en una pugna contra los grupos hegemónicos; patrimonio popular, es decir, frecuentadas mayormente por la clase subalterna que reconocía su identidad, las prácticas simbólicas atravesaron una larga lucha por sobrevivir a grupos o agentes “progresistas” que no se autopercibían ni se identificaban con la vida popular y sus símbolos más característicos.

La cuestión de fondo del pasado histórico y de la identidad del pueblo de la ciudad de Ayacucho tuvo una compleja dialéctica de preservación/ discontinuidad. Es interesante saber que las fiestas populares, frecuentadas por miembros de la clase subalterna, eran vistas por la clase notable «decente» de la ciudad, como una manifestación «indecente» de los indígenas. Las manifestaciones religiosas, como las de la Semana Santa, así como las procesiones y rituales cívico-patrióticas, eran catalogadas por los notables como «decentes». Consecuentemente con lo manifestado podemos agregar que, así como hubo continuidades en las costumbres y tradiciones

de Ayacucho, también se dieron rupturas y transformaciones en dichas manifestaciones populares producidas por los agentes sociales para quienes la identidad tendría otros factores, o tendría menos factores que los de la identidad popular. Y esto se va a notar en los cambios que la comunidad de notables propone en lo referente a los carnavales, imponiendo al «Ño Carnavalón», o las rupturas que se dará en la Fiesta de Todos los Santos y Difuntos, lo cual trastoca la vida cotidiana de dicha fiesta popular; como tendremos ocasión de subrayar, a lo largo del arco de tiempo señalado se va a modificar algunas costumbres ancestrales por los ayacuchanos durante la década de los 40 del siglo XX constituyendo esto una lamentable pérdida de la memoria y la identidad de Huamanga.

Las rupturas y cambios procesados por la comunidad de notables y sus medios de prensa y articulistas se aprecia la tendencia de los grupos de élite de lograr identidad local a través de patrones de reconocimiento no solo popular, sino más bien europeos, teniendo como referentes a la aristocracia limeña igualmente adherida a recursos de identidad tomados de culturas supuestamente más “progresistas” o “avanzadas”, adoptando así posturas europeizantes y comportamientos de dicha élite e imponiéndolas en la vida cotidiana de Ayacucho. Esta tesis tiene como objetivo transversal *contribuir a la gesta del pasado histórico*, revalorizando y estimulando el reconocimiento y la identidad popular en los factores cohesivos dañados o deteriorados en algún sentido por prácticas e incluso ideologías modernas occidentales, que le quitarías fortaleza y carácter al pueblo de Ayacucho. Esta tesis es un trabajo de instancia al pasado, pero también, a conocer sus cambios y continuidades.

Hemos considerado el período histórico seleccionado como punto clave para analizar y comprender la vida cotidiana de la población de Ayacucho, como ya hemos dicho, entre 1850 y 1945, periodo de singular importancia por el ingreso de ideas modernas de afán “progresista” entre la élite de Huamanga, que se autopercibía europea y postergaba la agenda de reconocimiento popular afectando sus costumbres y fiestas. Así, en **1850**, que inicia con la segunda mitad del siglo XIX, es considerado por nosotros como un periodo de larga duración hasta aproximadamente 1919, donde demostraremos las continuidades que aún existen en las costumbres y tradiciones que se procesan en Ayacucho y perviven hoy aunque afectadas por el constante reto de una supuesta “modernización”. Mientras que desde **1920 hasta 1945**, consideramos como el período de rupturas y transformaciones que se operan en la ciudad capital del departamento, donde se dan dos fechas trascendentales para lograr su progreso y su modernización. La **primera fue 1924**, cuando se

celebra el Centenario de la Batalla de Ayacucho, que trajo consigo cambios y modificaciones en lo referente a la arquitectura de templos y casonas coloniales, así como el embellecimiento de la misma ciudad y, también, el desarrollo económico con la inauguración de la carretera La Mejorada, considerada por nosotros como un elemento que transforma el paisaje cultural de la provincia de Huamanga y contribuye al discurso europeo de las élites. Por otro lado, tenemos la celebración del Cuatricentenario de la Fundación de la ciudad de Huamanga, en **1940**, donde se forma el comité Pro Cuatricentenario, dando propuestas de desarrollo económico y social, como la construcción de un hospital, ampliación del fluido eléctrico a los barrios cercanos y la llegada del agua potable domiciliaria, en 1942.

Hasta ahora hemos enfatizado el rol de los agentes sociales para la conservación y el reconocimiento en el pasado histórico de los símbolos culturales en la ciudad de Ayacucho, así como el reto que supone a los símbolos la oposición de los agentes sociales que se autoidentifican como no huamanguinos y promueven agendas europeas; como la tradición es a la misma vez continuidad y cambio, sobrevivir a los retos da cuenta de la fuerza, la vitalidad y la legitimidad de unas tradiciones o prácticas populares. Esto mismo ocurre a nivel del paisaje urbano. La ciudad capital de Ayacucho fue el lugar propicio para estas transformaciones urbanísticas que se fueron dando lentamente hasta 1945; la ciudad ha visto, junto a los cambios de tipo arquitectónico, también la llegada de los avances tecnológicos, como la radio, telégrafo, teléfono, fotografía y cine, los cuales irían a revolucionar la vida cotidiana de los ayacuchanos. La sociedad de clase “decente” va tomando otros modales y comportamientos en el proceso civilizador con la llegada de estos medios tecnológicos que, definitivamente, erosionan y afectan la identidad y el reconocimiento del huamanguino y cambiarán su vida cotidiana.

Desde esta perspectiva, lo que nos produce interés es identificar cómo la comunidad de notables logra estos avances con apoyo de las autoridades huamanguinas, y son los notables quienes promueven los ideales de modernización “progresista” a través de sus discursos que emprenden, sobre todo en los clubes sociales, donde ellos son socios. Como dice Fanni Muñoz: «Se entiende la modernidad como la afirmación del individuo, la capacidad de acción de este, el desarrollo del pensamiento racional, donde el progreso constituye un elemento central» (Muñoz, 2001, p. 19). En el discurso de los notables ayacuchanos, para lograr que Ayacucho salga de una concepción que identifica la tradición y la cultura local con el atraso tecnológico y comercial, algo

sin duda de origen ideológico; la continuidad de la tradición y las fiestas populares se reescribe en una narrativa del olvido del “progreso” del sector indígena en la que estaría sumido desde siglos atrás; como veremos en su momento, las fiestas emblemáticas de 1924 y la de 1940, se convierten en la justificación histórica perfecta para lograr sus objetivos, con apoyo del periodismo para su difusión.

Es necesario advertir que en el cuerpo de la tesis discutiremos la percepción de los notables que tenían sobre la clase subalterna, considerando muchas veces como «incivilizados» e «incultos» por sus comportamientos en fiestas tradicionales de Ayacucho, como los carnavales o la fiesta de Todos los Santos, donde el deseo de la aristocracia huamanguina era la transformación de dichos comportamientos aún arraigados en la mentalidad de los indígenas de la región, para eso tendrá como misión su (re)educación.

Nuestra tesis doctoral está organizada en 10 capítulos. El capítulo 1, trata del planteamiento del problema, la situación problemática, la formulación del problema, las preguntas de investigación que nos han parecido pertinentes, la justificación teórica, la justificación práctica, el objetivo general y los objetivos específicos que tenemos planeados para desarrollar nuestro tema de la preservación de la identidad local a través del cultivo de la memoria y su peculiar activación a través del trabajo de la historia. El capítulo, también ofrece el marco teórico de la investigación, de la misma manera los antecedentes de la investigación, metodología de la investigación, así como al tipo y método de la investigación, la técnica e hipótesis. El capítulo 2, Se verá el discurso de los notables, donde definiremos la comunidad de dichos personajes de Ayacucho. El capítulo 3, nos centraremos en la clase excluida indígena, los mendigos, las prostitutas, como marginados de la sociedad. El capítulo 4, veremos las continuidades en la vida cotidiana de la ciudad de Ayacucho entre 1850-1945; mientras que el capítulo 5, conoceremos cuales fueron las rupturas y cambio que se dieron en Ayacucho al celebrarse el cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940, analizaremos el discurso de los intelectuales sobre el proceso “civilizador” y la creación del Centro Cultural Ayacucho de 1934. Por otro lado, el capítulo 6, explicaremos la influencia de los medios tecnológicos que revolucionaron la vida cotidiana en Ayacucho, como el telégrafo, la fotografía y el cine. El capítulo 7, analizará el “proceso civilizador”, donde se darán cambios y continuidades de la cultura de notables y la popular, resaltando los carnavales y la fiesta de Todos los Santos y Difuntos, como una costumbre y tradición en Ayacucho. El capítulo 8, comprenderá la explicación

sobre los espacios de sociabilidad en Ayacucho, como la Alameda, los populares convites de 1856, el teatro, las veladas literarias y el nacimiento de clubes sociales, así como los espacios de esparcimientos y la columna “chismes” en la prensa escrita. El capítulo 9 trata de hacer un acercamiento a los espacios de “vicios” como las chicherías, cantinas, y las pulperías donde acudía mayormente la clase subalterna. Finalmente, el capítulo 10 interpretará el asunto de las corridas de toros, peleas de gallos como diversiones públicas tradicionales.

Se puede considerar que hay dos tipos de capítulos: los capítulos metodológicos o formales, de un lado, y los capítulos de contenido. Deseamos advertir que esta distinción está motivada por la falta total de antecedentes y, por lo mismo, por la situación de responsabilidad que recae sobre el investigador. Integraremos definiciones y discusiones sobre algunas categorías usada en la tesis, como: Sociabilidad, conmemoración, fiesta, etc.

Hay otros temas conexos con el desarrollo de nuestro trabajo y su postura principal, el papel del pasado histórico como gestación de la identidad de Huamanga. En este sentido, se verá las continuidades y transformaciones en la vida cotidiana al interior de la ciudad ayacuchana desde 1850 a 1950. Aquí nos centraremos en el impacto del Centenario de la Batalla de Ayacucho que se celebró en diciembre de 1924 y los cambios operados en el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga para 1940, donde los notables a través de su comité propondrán determinadas obras públicas para el progreso de Ayacucho, como el servicio del agua potable a domicilio, la construcción del hospital regional, aumento del fluido eléctrico en todos los barrios de alrededor de la ciudad capital. Proseguiremos con enfocando la Creación del Centro Cultural Ayacucho que se dará en 1934, y que tendrá como vocero difusor de sus ideales a la revista *Huamanga*; desde ahí, los intelectuales ayacuchanos se centrarán en la difusión de sus planteamientos para el desarrollo de Ayacucho, como carreteras, construcción de más escuelas y colegios para la región, refacción de templos y casonas coloniales, construcción de un cine-teatro, etc.; asimismo, propondrán los cambios que se deben realizar en las conductas de los indígenas en los espacios de sociabilidad que existieron en Ayacucho por estos tiempos de nuestro periodo de estudio y abordamos el impacto que tuvieron los medios tecnológicos en Ayacucho, como el teléfono, telégrafo, cine y la fotografía, que revolucionaron la vida cotidiana del poblador ciudadano; especialmente, de la comunidad de notables.

Esta es la estructura de la tesis doctoral que presentamos y que hemos desarrollado durante la dificultosa realidad que aún vivimos con la Pandemia del Covid-19, en todo el Perú. Hay que advertir, que también hubo dificultades para conseguir mayores fuentes documentales, por estar cerrado el Archivo Regional de Ayacucho y bibliotecas de la ciudad, reabiertas en el 2021, se ha vuelto a concurrir en busca de nueva información; y con la ayuda de nuestro asesor Dr. Cristóbal Aljovín, se pudo culminar la tesis doctoral.

CAPÍTULO 1

Problema y metodología

1.1. Situación problemática

El estudio del pasado histórico a través de los símbolos sociales de identidad de naturaleza simbólica en los hitos de la vida cotidiana de una población local ha sido un tema investigado en tiempos recientes por las ciencias sociales, no solo a nivel del Perú, sino como una corriente interesada en el tema de la identidad, el reconocimiento y la memoria. Se puede afirmar que el caso de la región de Ayacucho las investigaciones sobre el tema de la vida cotidiana son prácticamente nulas, pues ni los científicos sociales ni los historiadores de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga lo han tomado en cuenta en la vida académica regional, por lo que debemos señalar que nuestro estudio va a ser el pionero en este orden de aportes, con las dificultades que esto supone.

1.2. Formulación del problema

La narración y la gestación del pasado discursivo de la historia de Ayacucho no son en nada sustancial distinta de lo que lo sería la historia de cualquier otro pueblo. El acercamiento antropológico de la historia dotada de discurso viene marcado desde el ángulo de la historia de los vencedores; en este caso de la percepción o mirada de los “notables” en la ciudad de Ayacucho frente a la clase subalterna, los indígenas y mestizos. La clase hegemónica, identificada en la cultura europea del siglo XIX, representa a los vencedores, a quienes de una u otra manera tienen dominio narrativo sobre la cultura. La cultura en general, fuera del ámbito escrito o transmitido por escrito, sin embargo, como una forma de autoafirmación no escrita, es en gran medida silenciosa, pero no por ello carente de presencia; subsiste en formas simbólicas y representaciones que son marginales, bien con una narrativa propia, bien con una narrativa alterna y silenciada en calidad de ancestral (Rivera, 2021, pp. 231 y ss.). Esto genera una historia subalterna, la historia marginal, de los vencidos, cuyo agente es la clase subalterna, cuyos rasgos de identidad se insertan en la dinámica social a lo largo del tiempo como un elemento ausente del lenguaje hegemónico, y por lo mismo marginal, incivilizado o inculto, por no tener el supuesto refinamiento educativo y las formas de comportamiento acordes a la clase dominante.

En ese sentido, Pío Max Medina, dice:

Es la noble misión que se ha impuesto el Centro Cultural, los sacerdotes, médicos, y maestros, quienes, desde el púlpito, el consultorio y el pupitre, tratarán de desarraigar y disipar las ideas supersticiosas predominantes en nuestras masas populares; creencias supersticiosas transmitidas por tradición de generación en generación (...). (Medina, 1940, p. 18)

La reflexión anterior conlleva a repensar dicha percepción de los notables sobre las ideas que tienen de la clase subalterna en la ciudad; por lo tanto, son ellos, los dueños del discurso hegemónico, los agentes que inician una serie de artículos en periódicos y sobre todo en su Revista “*Huamanga*”, sobre cómo lograr el cambio de los comportamientos de los indígenas en lo referente a sus costumbres y tradiciones, como también en su vida cotidiana, para lograr de ellos un mejor porvenir. Para la narrativa de los vencedores, la mera presencia del vencido en el ambiente simbólico o la cultura aparece como una distorsión de su propio lenguaje, y los símbolos o monumentos alternativos (en este caso de la cultura popular, sus festividades y costumbres) como una amenaza a su propia hegemonía.

En este sentido, “cuando un historiador decide interesarse en la cultura popular-o en una de sus manifestaciones-no necesariamente dice algo sobre lo popular, pero anuncia muy explícitamente aquello de lo que no se ocupará: la cultura cultivada, la de los dominantes o las autoridades” (Revel, 2005, p. 110); Entonces, al hablar de clase subalterna, también nos referimos a lo popular o a lo tradicional de una cultura, llamada “pueblo”. Pero, ¿Quiénes son los subalternos? ¿Qué es lo tradicional o lo popular?, para lograr comprender a la sociedad marginada, indígenas que vivía en la ciudad de Ayacucho y en sus barrios tradicionales. Según, Chakravorty Spivak, “subalterno”, se refiere específicamente a los grupos oprimidos y sin voz; el proletariado, las mujeres, los campesinos, aquellos que pertenecen a grupos tribales (Spivak, 2003, p. 299); pero en su recorrido también manifiesta que los subalternos son personas que se encuentran en una situación de inferioridad frente al discurso dominante, siendo de esta manera, una forma de opresión simbólica, que se lleva a cabo en los manuscritos de los instruidos. En “medio de la opresión, ellos no pueden expresarse ni valerse por sí mismos, tienen que hablar por medio de los que dicen representarlos, convirtiéndose en significados sin significantes” (Silva, 2006, 136).

En este sentido, nosotros, también queremos hacer escuchar las diversas voces de los subalternos o llamada clase popular, integrada por los indígenas que habitaban la ciudad y barrios

tradicionales de Ayacucho; es decir, de aquella masa de analfabetos, quienes participan de sus costumbres y tradiciones sin mirar al otro (notable), sino simplemente actúan cotidianamente en dichas fiestas, sin estar pensando lo que el “otro” dice o escribe sobre ellos. O como dice Ranahit, Guha, para integrar a esta masa popular en la historiografía ayacuchana, es que durante mucho tiempo,

(...) se omite en este tipo de historiografía anti-histórica es *la política del pueblo*. Porque paralelamente al ámbito de la política de la élite, existió durante todo el período colonial otro ámbito de política india en que los actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo, esto es, el pueblo. (Guha, 2002, p. 36)

Del pueblo a que se refiere el autor, es lo que nosotros también denominamos clase subalterna. Porque no sólo desde la Colonial sino también desde la Naciente República en nuestro Perú, nuestros hermanos de la serranía han sido visto como “raros”, “atrasados”, “indefensos”, “indecentes”, “Barbaros”, “incivilizados”, etc., no teniendo en cuenta que dicha masa subalterna también tiene historia, cultura y sus propias creencias dentro de la vida cotidiana. A pesar de que los notables de Ayacucho, tenían una percepción negativa de sus comportamientos y actitudes, ellos no se dieron cuenta que sus “prácticas culturales de la mayoría, en efecto, resultan incesantemente referidas a las normas de la cultura de los instruidos. En consecuencia, sólo aparecen por defectos. Cuando se las describe como “irracionales”, “inconclusas” o “condicionadas” sólo se lo hace respecto de las reglas de una cultura que se plantea a sí misma como racional, sistemática y libre. “ (Revel, 2005, p. 108); o lo manifestado por Francisco García Calderón, citado por Omar Gonzales, sobre los llamados arielistas y su pensamiento político peruano, quién había escrito: “de todas esta descripciones se infiere que las razas se pueden clasificar en dos: las superiores-los blancos en general y el criollo-heredero de las virtudes de las razas europeas y las inferiores, indios, negros y asiáticos. Las primeras dirigiendo el proyecto nacional, las segundas en su papel de obediencia” (Gonzales, 1996, pp. 159-160). A pesar de todos, fueron los notables quienes los califican de esa manera y esto se refleja en los discursos periodísticos en la que escribieron o de los columnistas que lo hicieron y que pertenecieron a la comunidad de notables de la ciudad de Ayacucho.

Estos notables siempre pensaron que “las costumbres populares proporcionan la experiencia primera y el paradigma de la “vulgaridad”, o sea, la ausencia de modales o como

muchos, modales que no son sino la irrisoria imitación de los “buenos”, patética o incluso divertida si el corazón se siente generoso” (Grignon & Passeron, 1991, p. 28).

Por otro lado, se desprende también en comprender que “lo tradicional y popular en la cultura se expresa en el conjunto de relaciones de saberes y costumbres que nosotros llamamos tradiciones populares, y se originan creativamente en las clases y sectores sociales que integran campesinos, artesanos y obreros que no tienen ingresos económicos significantes, que socialmente se reconocen como pueblo y representa lo popular, por oposición a sectores sociales de educación erudita, refinada y sistemática. También debemos comprender que en cada sociedad lo tradicional y popular se encuentra inmerso en el proceso histórico y en el desarrollo de esa sociedad (...) el tradicionalismo determina cuanto de lo antiguo persiste como actual y cuanto de lo nuevo se vuelve característica permanente y proverbial. Lo tradicional que desaparece pasa a un segundo plano puede aparecer con formas distintas. Lo popular en las manifestaciones culturales alude a los hechos o creaciones que son de conocimientos público, amplio, que se transmiten de generación en generación como parte de la herencia cultural. Las nuevas generaciones aprenden de las más antiguas por transmisión oral o aprendizaje práctico y las manifestaciones culturales siguen conociéndose por la mayoría y continúan siendo populares” (González, 2007, pp. 16-17). Siendo de esta manera, como dentro de nuestro estudio, se encontrará en los diversos capítulos, la categoría de subalterno, popular, tradicional, etc., sin que ello esté fuera del contexto en lo que estudiamos las tradiciones, costumbres y vida cotidiana de la sociedad ayacuchana desde 1850 a 1945; y uno de los reflejos que se alude a lo tradicional y popular son los carnavales huamanguinos, que lo veremos más adelante.

Entonces, las clases subalternas pueden estar conformadas por

Estratos fosilizados que reflejan condiciones de vida pasadas y en consecuencias son conservadoras y reaccionarias, como también pueden ser creadoras y progresistas (...) se encuentran, por lo tanto, en contradicción con la cultura de la clase dominante. La clase subalterna (y, por ende, la categoría de pueblo y lo popular) puede ser tanto progresista como reaccionarias y no pueden ser vista como homogéneas (...). (Zubieta, 2000, pp. 37-38)

Por lo tanto, está clase subalterna o popular, aquella que no tiene voz, se encuentra en el carnaval, donde son ellos no sólo los protagonistas sino que está celebración grotesca, desde la mirada de la percepción de los notables de Ayacucho, se convierte en “una oposición no tanto a la

cultura de élite como a la oficial, supone un importante giro en el análisis de la cultura popular, a la que llega identificar más como la cultura de la rebeldía (...)” (Burke, 1996, p. 20).

Finalmente, podemos agregar que

La cultura de una sociedad concreta no es un “todo” sin fisuras, Tanto si hablamos de cultura popular o tradicional-que remite a una de las estrategias que han desarrollado los cultos para mejor asimilar lo que le interesaba al pueblo, estaremos utilizando términos diversos para designar lo mismo: un mundo que sigue siendo presentado como opuesto a de la cultura de élite, erudita o hegemónica. Y sin embargo, unas y otras forman de cultura constituyen partes inseparables-pero diferenciadas-de ese todo. (Díaz, 1996, p. 176)

Y en este sentido, observaremos que si bien la comunidad de notables tenía una percepción de los indígenas y de los mestizos de la ciudad y barrios de Ayacucho, de una u otra manera participaban de sus costumbres y tradiciones y eso lo veremos en los carnavales, corridas de toros, peleas de gallos y los espacios de sociabilidad; y por otro lado, los propios mestizos, participaban, en las ceremonias conmemorativas que llevan a cabo las autoridades políticas de la provincia de Huamanga como también los miembros de la comunidad de notables; e indirectamente hubo participación indígenas en dichos rituales cívicos patrióticos. Y a pesar de sus diferencias ambas culturas: la de los notables como la subalterna, se encuentra, casi siempre en la vida cotidiana.

De acuerdo a Pilar Gonzalbo Aizpuru,

Nadie discute el interés de lo cotidiano para gestar tanto la identidad local como la memoria y el reconocimiento, pero existe cierta confusión acerca de su alcance y definición, en particular por su afinidad con la historia de la vida privada y de las mentalidades. El concepto de cotidiano había sido un término en apariencia inocente hasta que ¿en algunas escuelas sociológicas lo convirtieron en un concepto clave de sus reflexiones teóricas. De ahí que el concepto se haya carga de significados y que el uso de la expresión lo cotidiano no sea uniforme. (Gonzalbo, 2019, p. 13)

Como no lo es el de las costumbres y tradiciones, que son parte del folklore popular. Lo que se llama lo cotidiano es en realidad el margen del mundo hegemónico, como la parte olvidada o excluida. El filósofo Víctor Samuel Rivera, en una obra reciente, usa la metáfora de la marginalidad como “la noche” en la cultura política que amenaza con su oscuridad (Rivera, 2021, pp. 114-117; Rivera, 2009, p. 333).

De igual forma, emplearemos la categoría de *sociabilidad*, porque nos referiremos a esos espacios concurridos de los notables, como: los clubes sociales, donde participaban de las tertulias cotidianas, o ir con sus familias a la Alameda, Plaza Mayor, etc; por otro lado, los mestizos e indígenas acudían a los espacios considerados por los notables, como de “vicios”, es decir, las chicherías, cantinas, etc. Entonces, podemos definir a la categoría de sociabilidad, como lo ha manifestado Maurice Agulhon, “es la aptitud de la especie humana para vivir en sociedad (...) la sociabilidad, es la aptitud del individuo de frecuentar agradablemente a sus semejantes, en tal sentido, el hombre sociable es lo contrario lo contrario, al “salvaje”, La sociabilidad es por lo general una virtud” (Agulhon, 2009, p. 31). Es decir, “el círculo fue la forma típica, aunque no la única de la sociabilidad burguesa en la Francia de la primera mitad del siglo XIX” (Agulhon, 2016, p. 33). Entonces, la sociabilidad, entendida

Como la aptitud de vivir en grupo y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias (...) sin embargo, existe una diferencia considerable entre la sociabilidad de las clases superiores y la de la clase obrera (o popular en general). No existe asociación, ya sea informal o formal (con estatutos, reglas escritas), sin que exista un lugar de reunión estable. La sociabilidad informal de la vida de salón se lleva a cabo, precisamente en salones, de las grandes viviendas aristocráticas o burguesas. La sociabilidad formal del círculo de hombres se lleva a cabo en un local alquilado o comprado por cooperación. (Agulhon, 1994, p. 57)

Entre tanto en Lima, existieron espacios de sociabilidad, donde iban los aristócratas al Club Nacional, Club de la Unión, etc.; es decir, estos se convertían en espacios de tertulias y también del café. En Ayacucho, hacia fines del siglo XIX, encontraremos la creación de Clubes sociales, como el “Dos de Mayo”, “El Progreso”, “Nueve de Diciembre”, etc., clubes que se convierten en espacio de sociabilidad donde acuden los notables de la ciudad, convirtiéndose también en espacios de tertulias y de lectura de los periódicos.

No podemos dejar de lado, la categoría de las *conmemoraciones*, que aparece en la tesis, cuando tocamos el tema de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho (1924) o del Cuatricentenario de la Fundación d Huamanga (1940), donde se darán diversas inauguraciones y sobre todo ceremonias oficiales en la ciudad de Ayacucho. Como dice Elizabeth Jelin, “las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria. La esfera pública es ocupada por la conmemoración, con manifestaciones explícitas compartidas y con contrataciones” (Jelin, 2002, 52). Es en dichos rituales cívicos que “las luchas por los monumentos y recordatorios se despliega

abiertamente en el escenario político” (Jelin, 2002, p. 54). Entonces, podemos manifestar que la conmemoración en Ayacucho, siempre recurrió al pasado histórico, en el caso de ambas celebraciones-la de 1924 y la de 1940-es donde

El presente es el tiempo de la memoria y la conmemoración, y ambas reconocerían que son los intereses, las necesidades, los miedos y las ideas del presente los que dirigen la aproximación al pasado (...) la función de los ritos conmemorativos no sería tanto transformar el pasado poniéndolo al servicio del presente, sino la de revivirlo, reproducirlo, para reactualizar así el sentido de comunidad. De esta forma, en la conmemoración, la sociedad renueva el sentido que tiene de sí misma y de su unidad. (Rabotnikof, 2009, p. 185).

Es así que, sin menciona, la categoría conmemoración, podemos dar cuenta, que en dichas celebraciones emblemáticas en la ciudad de Ayacucho, para 1924 y 1940, se revivió y reactualizó ese pasado glorioso, que los miembros de la comunidad de notables realizó, para honrar la memoria de los Vencedores de Ayacucho (1924) y para recordarle a los humanguinos que la fundación de Huamanga, era un hito importante y que su recordación llevaría a la región al desarrollo y progreso, porque ambas fechas seria, las causantes para que los notables, inicie una serie de reivindicaciones y obtener así obras públicas para el bienestar de la sociedad.

Nuestra tesis intenta responder con estas inquietudes, a partir de un enfoque interdisciplinario, donde se conjugan la historia propiamente dicha, con la de los estudios subalternos y culturales; pero, específicamente, lo más reciente en las investigaciones de la vida cotidiana, de las costumbres y tradiciones de una sociedad dentro del marco más amplio que hemos anticipado en el párrafo anterior sobre la necesidad de recuperar el pasado en un contexto de lucha por el reconocimiento y conservación de la identidad de los marginados. Este diálogo con otras subdisciplinas afines a la historia ha logrado aclarar el panorama de las continuidades y transformaciones que se operaron en el proceso histórico de la ciudad de Ayacucho desde la segunda mitad del siglo XIX hacia la primera mitad del siglo XX. En este sentido, interpretaré definitivamente la percepción de la comunidad de notables sobre las costumbres y tradiciones que se gestarán en la clase subalterna en sus fiestas y celebraciones, donde los notables impondrán cambios en el comportamiento subalterno a lo largo de nuestro período de estudio.

1.3. Pregunta de investigación

Como es natural, toda investigación presupone un punto de inicio en términos de cuestionamiento, como uso del pensamiento crítico, lo cual nos conduce a nuestro **planteamiento del problema** ¿Cómo determinar las continuidades, rupturas y transformaciones que se dieron en la percepción de la comunidad de notables sobre las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en Ayacucho desde 1850 a 1945? La pregunta más general es también o puede ser tomada como una pregunta a la que le falta el contexto. Desde esta perspectiva, podemos desglosar una gama de preguntas menores, que en nuestro concepto se deriva de la anterior, que es la pregunta más bien genérica a cuya respuesta se dirige todo nuestro trabajo. Hay en este sentido tres temas contextuales que sirven de base a tres preguntas colaterales y que acompañan la primera. Un tema se relaciona con los clubes sociales, la creación del Centro Cultural Ayacucho, organizaciones a nivel regional o local que aglomeraban la influencia de la élite, permitiendo una agenda de identidad hostil a las prácticas tradicionales de comunidad en la región; otro es el vínculo entre la conservación a través del tiempo de prácticas simbólicas y la subjetivación de las clases subordinadas así como su capacidad para exigir reconocimiento; una tercera es el éxito o fracaso de la influencia de las élites hegemónicas en imponer su agenda de identidad europea en la ciudad de Ayacucho y en la región en general.

Planteemos, pues, algunas preguntas específicas:

1. ¿Con la creación de clubes sociales a fines del siglo XIX y la creación del Centro Cultural Ayacucho, qué cambios se operan en la comunidad de notables en la ciudad de Ayacucho, en lo referente a sus comportamientos?
2. ¿Qué continuidades se mantuvieron en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana de la clase subalterna en los espacios de socialización en la ciudad de Ayacucho desde 1850 hacia 1945?
3. ¿Qué transformaciones se darán en la ciudad de Ayacucho, en lo referente a la infraestructura con las celebraciones emblemáticas del Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924 y del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940, como también en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana del poblador ayacuchano con la incorporación de las nuevas tecnologías y cambios en los espacios públicos de la ciudad?

1.4. Justificación teórica

El reto central en el tema de la historia e identidad que estamos intentando llevar a cabo, es estudiar el proceso histórico de la permanencia y la fuerza de las prácticas simbólicas de reconocimiento ante la presión de las élites por generar cambios y rupturas en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana del poblador ayacuchano desde la segunda mitad del siglo XIX hasta ingresar a la segunda mitad del siglo XX. Hemos planeado nuestro trabajo en un espacio temporal que nos conlleva a determinar cuál fue la percepción de la comunidad de notables de la ciudad de Ayacucho sobre la clase subalterna y las propuestas impulsadas por esta aristocracia huamanguina de la ciudad de Ayacucho para subsumir los recursos simbólicos de los subalternos a su propio sentido europeo de autopercepción. En este sentido, Pilar Gonzalbo Aizpuru, afirma lo siguiente:

Tengo muy presente las críticas de quienes han opinado que lo cotidiano es lo que nada representa y para nada sirve, que las menudas vicisitudes de los hombres insignificantes son precisamente eso: insignificantes e inapreciables. Quizá una mirada superficial pueda proporcionar esta imagen, pero el estudio de los símbolos y de los procesos de adopción de las costumbres, como de los contrastes entre valores y prejuicios, permite penetrar en aspectos de la mentalidad difícilmente accesible, más que la aplicación del sentido común, a su vez guiado por la asimilación de una serie de creencias que pretenden explicar cómo es el mundo y cómo funciona la sociedad. (Gonzalbo, 2019, p. 19)

De acuerdo con la posición de la autora, con quien nosotros coincidimos, las costumbres, tradiciones y vida cotidiana son fundamentales para comprender el estudio de las clase subalterna; registrar y percibir éstas como una forma de reconocimiento en el universo social requiere, por una cierta dinámica de lucha por reconocimiento, tomar en cuenta tanto la percepción como la dinámica de sometimiento de los notables de Ayacucho, en un tiempo donde el desprecio por lo “popular” hizo que muchos intelectuales ayacuchanos tenga una mirada de desprecio hacia el indígena de los barrios tradicionales de Huamanga, como: Carmen Alto, San Juan Bautista, Conchopata, Santa Ana, etc., y algunos que vivían cerca de la ciudad de Ayacucho. Este punto de vista, sostenido en las ciencias sociales por Pilar Gonzalbo, exige reflexionar sobre las categorías de costumbres, tradiciones y vida cotidiana como elementos íntimos para el sostenimiento de la capacidad de subjetivación de sus propios gestores, por lo cual deben ser estudiadas y sobre todo replanteadas en función de su capacidad para lograr continuidades y resistir las rupturas y transformaciones que se dieron en una sociedad y en este caso, la de Ayacucho.

1.5. Justificación práctica

A nivel práctico, nuestra investigación contribuirá a conocer un tema que fue olvidado por los historiadores en la región de Ayacucho, donde el estudio fue más de temas generales; es decir, estudios como el período de Leguía en Ayacucho, Las luchas por la Independencia de Ayacucho, o monografía sobre la provincia de Huanta, y temas específicos, que son de importancia; pero en ninguno de ellos se menciona el asunto de la vida cotidiana o de las tradiciones y sí lo hace es en forma muy ligera. Mary Luz, Uribe Fernández, manifiesta que “La vida cotidiana como categoría de análisis, se puede conceptualizar como un espacio de construcción donde hombres y mujeres van conformando la subjetividad y la identidad social” (Uribe, 2014, p. 101).

La justificación de la percepción de los notables de Ayacucho en lo referente a la costumbres, tradiciones y vida cotidiana enmarca en una interpretación fundamental en lo histórico. En este sentido, trabajamos los comportamientos de la «comunidad de notables» de Ayacucho (autoridades políticas, hacendados, comerciantes, abogados, periodistas, pedagogos, etc.), quienes tienen el poder y status social de aquella época y son en cada caso el alternante y el reto para la memoria social indígena y su identidad. Consideramos que esta primera parte debe incluir los objetivos que nos hemos propuesto al poner en marcha esta investigación inédita, por lo que los agregamos aquí para cerrar esta sección de nuestro trabajo.

1.6. Objetivos

1.6.1. Objetivo General

Sobre la base de lo antes anotado, nuestro cuerpo de trabajo va a determinar las continuidades, rupturas y transformaciones, en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en la ciudad capital de Ayacucho entre 1850-1945 como un arco temporal donde situar y observar el reconocimiento de la identidad indígena y las formas que tuvo la formulación de su resistencia frente al olvido impuesto por las élites.

1.6.2. Objetivos específicos

- Conocer la influencia que ejercieron los clubes sociales desde fines del siglo XIX y del Centro Cultural Ayacucho (1934), integrada por los notables de la ciudad con la finalidad de trasladar, al plano del mundo de las prácticas simbólicas del mundo social indígena urbano, las narrativas de los sectores dominantes, los “vencedores”. Como veremos, se trata de gestar (en y contra las prácticas de identidad y reconocimiento populares) “un buen comportamiento”, “buenos modales” entre sus miembros en su vida cotidiana a fines del siglo XIX.
- Comprender las continuidades que se mantuvieron en la clase subalterna en sus costumbres, tradiciones y espacios de sociabilidad en la ciudad de Ayacucho en un arco limitado de tiempo, desde 1850 hacia 1922.
- Determinar la forma de las rupturas impuestas por la élite europeizante y las transformaciones consiguientes en la cultura popular. En este caso, las que generaron las dos grandes celebraciones emblemáticas: Centenario de la Batalla de Ayacucho (1924) y el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga (1940), en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en la sociedad ayacuchana, afectando así la conservación de su identidad.

1.7. Marco teórico de la investigación

1.7.1. Antecedentes de la investigación

No existen trabajos de investigación referidos a la vida cotidiana, la autopercepción de identidad y la temática del reconocimiento en la región de Ayacucho; pero, si debemos de aclarar que hay trabajos de investigación (tesis, e informe de investigación) sobre algunos temas, no específicos, pero que va por la línea de los temas que hemos incluidos, sobre todo de la época de la primera mitad siglo XX, que pasamos a detallar, someramente:

- “El espacio regional como pretexto: Historia y producción cultural de Ayacucho. 1900-1950” (1996), del Antropólogo Jefrey Gamarra Carrillo, donde concluye que los discursos de los intelectuales ayacuchanos de la primera mitad del siglo, expresa el proceso de replanteamiento de sus relaciones respecto al Estado y al conjunto de sectores de la sociedad

regional, al mismo tiempo que responde a una búsqueda de propuestas programática de corte regionalista.

- “Estado, modernidad y sociedad regional: Ayacucho, 1920-1940” de Jeffrey Gamarra.
- “Las veladas literarias musicales como espacio de construcción en Ayacucho del siglo XX: elementos de historia cultural regional” de Jeffrey Gamarra.
- “Comunidad imaginada de Huamanga. Una aproximación al discurso histórico regional” (2008), del historiador Iván Caro Acevedo, propone una visión histórica sobre los trabajos de Manuel Jesús Pozo y Pio Max Medina, quienes buscaban el progreso y desarrollo de la región con una visión historicista, donde propone que la modernización de Ayacucho, debería ser una tarea de la comunidad de notables o de la llamada élite huamanguina.
- “La construcción del discurso histórico en Ayacucho” (1999) de Iván Caro Acevedo, concluye que la celebración del Centenario de la batalla de Ayacucho para 1924, fue propicio para asegurar, desde la mirada de los notables que durante la época colonial de Huamanga, era la época más esplendorosa que se debería conservar.
- “Política y cultura en Ayacucho (1918-1934). Entre la celebración del Centenario de la batalla de Ayacucho y la formación del Centro Cultural Ayacucho” (2000). Aquí Jorge Iván Caro Acevedo, medita sobre la formación del Centro Cultural Ayacucho y lo que significó para la élite regional un momento de reflexión tanto histórica como política.
- “Denominado: Ayacucho, proceso político, 1900-1975” del historiador Jhonny Gutiérrez Toledo, quien concluye que hubo una conciencia de una orientación política e ideológica que contribuyó a reducir el indigenismo ayacuchano. Así el movimiento indigenista ayacuchano no fue una corriente de opinión con algún grado de autonomía o de una propuesta política.
- “La Patria Nueva y el Indio: El impacto del Oncenio de Leguía en la sociedad rural ayacuchana. 1919-1930” (2000); del historiador Nelson Ernesto Pereyra Chávez, que tiene como resultado que durante el gobierno de Augusto B. Leguía, como Presidente del Perú, implementó un proceso de modernización que contemplaba la industrialización del país, y que en Ayacucho, se crearon diversas instituciones para defender al indio.
- “La modernización de la ciudad de Ayacucho. 1900-1950” (2004) del historiador Eleuterio Sulca de la Cruz, teniendo como resultado en su tesis que la modernización fue impulsada desde arriba, es decir, de la aristocracia huamanguina, sobre todo de los Hermanos

Martinelly, como impulsores de la modernidad con la instalación del fluido eléctrico en la ciudad de Ayacucho.

- “Sociedad, identidad e imágenes: La fotografía de Ayacucho (1883-1990) (2007) de Nelson Pereyra Chávez, resaltando los inicios de la fotografía en Ayacucho, a través de los viajeros que visitaron la ciudad.
- “El Mito del progreso en Ayacucho. 1900-1950” (2010), del historiador Nolberto Claudio Rojas Porras, quién en su tesis de postgrado de Antropología, se dedica a dar una visión histórica de la ciudad de Ayacucho, de sus problemas y de sus posibilidades de progreso en lo referente a la educación, las vías de comunicación, irrigación e industrialización de la región, a través de la mirada de los intelectuales que escribieron en la Revista “Huamanga”.
- “La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública” de Alex Loayza, donde incluye diversos artículos de intelectuales como: Juan Fonseca, quién discute el tema “Bandoleros o patriotas”; de Carlota Casalino sobre la comunidad de culto, de Pablo Ortemberg sobre los centenarios de 1921 y 1924, desde Lima; de Carlos Hurtado Ames. Sobre la conmemoración del centenario de la independencia peruana en el espacio local, el caso de Jauja, la de Iván Caro, sobre la conmemoración del centenario de 1924 en Ayacucho y el de Ayacucho, escultura e independencia; entre otros artículos.

Desde luego, que existen informe de práctica Pre Profesional en Historia desde la Facultad de Ciencias Sociales de la UNSCH, pero, los temas abordados no van por nuestra línea de investigación, por esa misma razón, no los señalamos. Esta historiografía regional, que hemos indicado, no trabajan específicamente el tema de las costumbres, tradiciones y mucho menos de la vida cotidiana; por lo tanto, nuestra tesis doctoral llena estos vacíos en la historiografía regional de Ayacucho. Además, la tesis se centra en la mirada de los miembros de la Comunidad de Notables, quién, lógicamente, por su educación, posición económica y prestigio social que ostentaban, son los llamados a lograr el ansiado progreso frente a la clase subalterna (indígena), que por su falta de educación y sus costumbres ancestrales, no lo pudieron hacer.

En esta circunstancia excepcional califica a nuestro estudio como pionero en esta materia, tanto aplicada a la percepción y discurso disciplinario de los intelectuales de la élite sobre la vida cotidiana específicamente y sus contenidos simbólicos en la práctica social. Ciertamente, este no

es el caso para otras regiones. En lo referente al tema de vida cotidiana para el caso de Lima, por poner un caso, tenemos el libro de Christine Hunefeldt, que se ocupa de la vida cotidiana de la familia Lasmanuelos, así como de las tradiciones y prácticas sociales de identidad que esta familia practicaba y, como dice la autora, la historia de esta familia podría haber sido la historia de todos los esclavos y de la población negra de Lima (Hunefeldt, 1992, p. 47). Más allá de este estudio relativo a la cultura popular, muy pocos han sido los trabajos de esta índole. Por lo que refiere a otros contextos nacionales, casi nada se ha avanzado sobre el tema, dejándose de lado el estudio de los recursos simbólicos en las prácticas tradicionales como un medio de logro de reconocimiento y resistencia.

1.8. Marco teórico o conceptual

1.8.1. Lo subalterno como estudio

Anteriormente, en la introducción de este trabajo, hemos tratado a grandes rasgos nuestra perspectiva sobre las prácticas simbólicas que se prolongan en el tiempo, como las tradiciones populares, como un recurso de autorreconocimiento, haciendo la salvedad de que la autopercepción y la identidad popular van de la mano de un discurso deslegitimador, en este caso el de las élites urbanas ayacuchanas europeizadas. No hay lucha de resistencia sin un alternante que sea hostil a la identidad, que la visualice como un elemento marginal o moralmente inferior al que se coloca así por encima, haciendo de la identidad en prácticas simbólicas tradicionales una forma esquivada y subordinada de rebeldía. En este sentido, Chakrabarty, sostiene que:

Dejemos de llamar a lo subalterno como historias pasadas subordinadas. Están marginados no porque alguien conscientemente intente marginarlos, sino porque representan momentos o puntos en los que el mismo archivo, ese que escarba el historiador de un grupo (marginado) para poder relacionar la historia de ese grupo con una narrativa más amplia (de clase o de nación entre otras), desarrolla un grado de intratabilidad con respecto a los objetivos mismos de la historia profesional. En otras palabras, estos son pasados que resisten la historización al igual que debe haber momentos en la investigación etnográfica que se resisten al quehacer de la etnografía. (Chakrabarty, 1999, p. 93)

Cada historiador aborda el campo histórico como resultado de su manera personal de ver el mundo, de aprehenderlo y de vivirlo. Como dice Sonia Corcuera: «Leemos porque queremos conocer y más tarde escribimos porque queremos comunicar» (Corcuera, 2002, p. 9) y eso es lo que nosotros queremos comunicar: *algo* que hemos investigado durante años en los archivos, para

el conocimiento no solo de los intelectuales sino también de la población en general de la región de Ayacucho. Como dice Sonia, muchos han escrito, pero solo los más curiosos, los más brillantes —esto no es nuestro caso—, los más inquisitivos, los más dedicados; en resumen, los mejores, han dejado huella. Y eso es nuestro objetivo con nuestra humilde publicación, dejar huella, más que ser los mejores, porque para nuestros criterios mejores hay muchos, pero de esos muchos pocos dejan huellas en la historia y más que nada en su pueblo. Nuestro punto básico es rescatar a la memoria las prácticas populares e integrarlas en un discurso narrativo de reivindicación de lo popular y sus prácticas de identidad frente a agendas foráneas.

1.8.2. La vida cotidiana como reflexión

Nuestro estudio sobre la identidad cultural de Huamanga y sus medios de reconocimiento a través de prácticas simbólicas se enfoca en algo que en la historiografía podría denominarse “la vida cotidiana”. El estudio de la vida cotidiana es una subdisciplina de la Historia, la cual intenta superar la insistencia en las fuentes documentales de carácter «oficial» para centrarse en la investigación sobre el modo de vida de los individuos, más allá de los grandes hechos que habitualmente son los que se presentan en la historiografía convencional. Por lo tanto, en calidad de sulbalternos y vencedores de la historia, nos acercaremos a los diversos comportamientos, actitudes de los hombres de la clase notable en Huamanga y su percepción de los comportamientos de la clase subalterna, identificadas a través de los periódicos de la época en estudio; así entrelazar los diversos discursos pronunciados y escritos en los diversos documentos periodísticos, y que tuvieron influencia en sus lectores, como dice el historiador Miguel Glave,

Fue desde la ciudad, centro simbólico y de poder, que se fueron dando los pasos de ese cambio republicano. Cambiarían la ciudad, sus habitantes, sus redes de relaciones, sus mecanismos de control político, los circuitos comerciales de generación de riquezas o de apropiación de los saldos de la pobreza. Un nuevo orden de cosas, **desde lo más cotidiano** hasta los mecanismos del ejercicio de poder y los personajes que se lo disputarían, todo debía ser diseñado, puesto a prueba y sobrevivir: estado, sociedad, cultura. Fueron los espacios públicos y en el poder representativo del pueblo donde se dio ese proceso. En ese escenario, la prensa sería el vehículo primordial de comunicación, seducción, imposición y educación (...) en ese día a día, la renovación de las instituciones, del mercado, de las representaciones colectivas, de los gustos y las costumbres, conjugó la vida cotidiana, lo privado, con la emergencia de lo nacional y lo público. La renovación estuvo marcada por un discurso, preceptivo las más de las veces, que buscaba disciplinar la vida cotidiana de función de un ideario republicano...la familia, los roles de género, la asistencia pública, la educación, la urbanidad, los espectáculos, por último, la historia ocuparon un lugar preponderante en el debate político (...) las plazas públicas, las celebraciones colectivas,

el ceremonial, fueron dotados de nuevos contenidos. Para que ello fuera así, hubo un vehículo regenerador y dinámico por excelencia: la comunicación colectiva. Esa comunicación se concretó en la prensa. (Glave, 2004, p. 23-25, el resaltado y subrayo es nuestro)

Asimismo, la prensa escrita ayacuchana, no dejará pasar otros aspectos de lo cotidiano, como los remitidos, la crónica local, los chismes, decideres (sic), que eran columnas, de humor y de peleas entre los “decentes”; y que era devorada en su lectura por muchos miembros de la comunidad de notables y algunos mestizos que sabían leer y escribir. Entonces, “en las ciudades, la prensa pudo disfrutar para su difusión de esa forma cultural, pero no para usar la opinión popular sino al revés” (Glave, 2004, p. 32), la opinión de la élite huamanguina, donde los notables escribían y leída por autoridades políticas, educadores, abogados, médicos, o todo aquel que podía comprar y leer el periódico. Como dice Miguel Glave, a los inicios:

Este desarrollo de la prensa como un elemento cotidiano del discurso cultural y de la socialidad fue un fenómeno que se desarrolló, en el caso peruano, desde Lima y al calor de la lucha política sin duda, pero lo cotidiano era lo que iría a permanecer como un signo de este medio que baría una opinión pública. Las ciudades en el interior no tenían una prensa local. (Glave, 2004, p. 47)

Como Ayacucho, que recién en 1823, sale el periódico “La Aurora Austral”, pero sólo reproduciendo un Te Deum; en los periódicos “fue donde se acuño un nuevo modo de elaborar el discurso social, junto con nuevos contenidos” (Glave, 2004, p. 58) de la vida cotidiana en Ayacucho, Así, el discurso regional, como el nacional que aparecen en los periódicos,

Nos explica la manera original y compleja por la que un pueblo construyó su propia imagen y cómo ella se encarnó en una institucionalidad, nueva, atravesada d mecanismos vivos del antiguo régimen. Los mecanismos de filtración hacia la sociedad urbana y desde la ciudad al campo por otro lado, fueron muy eficientes, combinando lo escrito con la vieja manera de trasmisión oral. (Glave, 2004, p. 59) en Ayacucho.

Es en la ciudad, huamanguina, donde la prensa escrita tuvo su mayor grado de influencia durante el siglo XIX y XX,

En ese sentido, es necesario tener en cuenta, que en una sociedad conservadora como la de Ayacucho, el analfabetismo fue mucho mayor que en otras ciudades del Perú, entonces, los pocos habitantes que tenían una educación, fueron ellos los que leían los periódicos (los notables); en ese sentir, el periódico se constituyó, para muchos de los que apenas leían, o no, al decir de Carlos Chávez:

como los más de los lectores no tienen reflexión para discernir lo falso de lo verdadero ni bastante instrucción para descubrirlo, les es muy grato recibir ideas y conclusiones ya formadas, las aceptan sin examen, se las apropian y aún las defienden en caso de necesidad. (Chávez, 2006, p. 35)

En la descripción de Chávez, los notables toman sus decisiones en función a lo que les dice la información que leen, lo que en última instancia determina su comportamiento al interior de la sociedad en la que habitan; en ese sentido, la lectura de un periódico nos dice que el hombre que posee información la exterioriza, según él, algunas se hacen con palabras-discursos y que no es tan directa, lo cual hace más complejo este tipo de estudios; por otro lado, las que se hacen involuntariamente, pero por el hecho de ser personas vivientes ya revela cierta información. Es fácil de comprender que su acceso a culturas desterritorializadas o cosmopolitas transforman, posiblemente deforman o reinterpretan las prácticas sociales de su entorno, haciéndolas incomprensibles e indeseables en algunos casos.

Para poder llevar adelante nuestro trabajo, hemos acudido a la investigación de archivo para el arco de tiempo propuesto. Es así como a través de los artículos periodísticos hemos comprobado cómo se articulaban las costumbres y tradiciones en la ciudad de Ayacucho; pero también la comprobación de rupturas y cambios operados en la vida cotidiana de la población huamanguina ocasionadas básicamente por la interferencia, a veces bastante drástica, de la élite. Es por eso que veremos a los pioneras(os) que han trabajado sobre la definición de la vida cotidiana y que ha servido para que otros historiadores puedan realizar nuevas investigaciones, referente al tema en cuestión; por lo tanto, es indispensable que sigamos a Pilar Gonzalbo como una de las pioneras en lo referente al estudio de la vida cotidiana en México, ya que esta estudiosa nos servirá como hilo conductor de la tesis; asimismo, otros autores como Dulce Orellana, María del Carmen Collado y varios otros expertos y especialistas sobre definiciones de la vida cotidiana:

Comencemos con Pilar Gonzalbo, esta autora define lo cotidiano como:

Rutina día laboral, vida de los pueblos, ámbito de los sucesos ajenos a la historiografía tradicional, vida diaria, vivencias y pensamientos naturales (a diferencia de los profesionales y científicos), conciencia ingenua, no reflexiva. Son cotidianas las necesidades fisiológicas, las rutinas horarias de aseo y alimentación, pero también reciben la influencia de los cambios sociales y por eso evolucionan. Presumimos que las representaciones colectivas, es decir, el conjunto de ideas que un pueblo tiene de sí mismo y de su mundo, de su propia identidad y de su entorno, están en relación con las estructuras

sociales y, por lo tanto, que las formas de comportamiento individual están predeterminadas por prejuicios y valores ya asimilados. (Gonzalbo, 2019, p. 27)

En consonancia con lo anterior, el pueblo ayacuchano de la segunda mitad del siglo XIX hacia la primera mitad del siglo XX, vive su propio mundo influenciado por el mundo de los notables, quienes tienen el deseo de cambios que se deben manifestar en los comportamientos de los subalternos en los espacios públicos de la ciudad, sobre todo los lugares «decentes» considerados por ellos, como la Alameda, Plaza Mayor, etc.

Fernand Braudel, dice:

Lo cotidiano está formado por pequeños hechos que apenas quedan marcados en el tiempo y en el espacio de la observación (...) los grandes círculos corresponden a la gran historia, al comercio (...) a veces bastan algunas anécdotas para que se ilumine el panorama, para señalar modos de vida (...) persiguiendo pequeños incidentes, notas de viajes, se descubre una sociedad. En sus diversos niveles, la forma de comer, de vestir, de alojarse es siempre importante. Y estas instantáneas afirman también contrastes entre una sociedad y otra (...) es un juego entretenido, y no creo que sea inútil, recomponer ese panorama. (Braudel, 1984, p. 7)

Impresionante lo manifestado por Fernand Braudel, ya que nos da la pista de que lo más insignificante en lo que ocurre en la vida cotidiana, ahora, puede ser estudiado por el historiador y eso lo que voy a realizar. Por que como dice Braudel, que a veces basta algunas anécdotas para conocer la vivencia de una población y lo más importante, desde nuestro punto de vista, que no es inútil investigar la vida cotidiana.

Pasemos a Dulce Orellana; dicha autora afirma que:

La vida cotidiana es la medida de las relaciones humanas con el tiempo, con la habitabilidad de los espacios, con la búsqueda de los imaginarios y con la construcción de historias, todos ellos como referentes de los contenidos que se relatan en los discursos de la racionalidad, la afectividad y la corporeidad que elaboramos para tematizar el cómo pensamos, sentimos y actuamos la existencia de la cultura donde vivimos y convivimos. (Orellana, 2009, p. 4)

Según, Dulce Orellana, “la vida cotidiana es un referente teórico que permite abordar todo tipo de actividad desde las cuales cada sujeto particular construye procesos significativos de reproducción social, aprobación cultural y las prácticas sociales, mediante las cuales las personas se apropian de los diversos contenidos de aprendizajes intercambiados en las relaciones sociales para construir los conocimientos, sentimientos y acciones para vivir. De allí que cuando se desea conocer una sociedad, se debe comprender e interpretar cómo sus grupos viven, trabajan, piensan,

sienten, actúan y esto se hace a través del estudio de la vida cotidiana” (Orellana, 2009, p. 4). Desde nuestro punto de vista, esto es lo que hemos logrado estudiar e interpretar la vida cotidiana de los pobladores de Ayacucho, sus inquietudes, sus perspectivas y sus ideales, sobre todo de los notables hacia los indígenas y como ellos convive al interior de la ciudad ayacuchana.

Es interesante contrastar las opiniones anteriores con la de María del Carmen Collado, define que:

La vida cotidiana abarca una amplísima gama de actividades concernientes al trabajo, la vida familiar, las diversiones, los paseos, el consumo, el transporte; también puede referirse a los espacios de la casa, el mobiliario, a los espacios públicos, la comida, la indumentaria, los ruidos, los olores, la educación y los valores familiares y la enfermedad, entre muchos otros, y en su ámbito pueden intersecarse lo público y lo privado. La historia de la vida cotidiana se hallaría en el extremo opuesto de los "grandes hechos históricos", de los realizados por personas notables; se refiere a los hechos y acontecimientos "menores", a aquellos protagonizados por personajes anónimos, o más bien dicho, por personajes cuyo nombre resulta irrelevante para este tipo de historia. No tiene que ser necesariamente una "historia *desde abajo*", pues también puede ocuparse de la vida cotidiana de las elites (...) En cuanto a las fuentes, se tienen que buscar aquellas que rescaten lo particular, lo singular, lo más próximo a la práctica del hombre: Así, la prensa, los archivos judiciales, la fotografía, la pintura, las artes visuales en general, la publicidad, la correspondencia, los diarios, los manuales de etiqueta, los restos materiales y la narrativa, por mencionar los más importantes, pueden proveernos del material necesario para ingresar al mundo de lo cotidiano. (Collado, 2002, pp. 5-7)

Sobre la base de lo anotado podemos afirmar que lo que hemos logrado en la tesis es comprender y explicar las continuidades que se operaron en la sociedad de clase en Ayacucho, incidiendo en sus fiestas y diversiones públicas, así como se dieron rupturas y cambios en su vida cotidiana con la llegada de los medios tecnológicos para las primeras décadas del siglo XX, que transformaron algunas costumbres y tradiciones ancestrales de los ayacuchanos. Pasemos a lo que sostiene Norbert Elías:

(Lo) cotidiano es la vida de los pueblos. La vida de los de arriba y de los muy poderosos, es la esfera de las vivencias. Si la convivencia de los hombres se entiende como aspecto de su cotidianidad, entonces aquí se revelaba con particular claridad que la estructura de lo cotidiano no posee el carácter de una estructura particular más o menos autónoma, sino que es un componente integral de la estructura de aquella capa social. (Elías, 1998, p. 337)

Aquellos que conviven en Ayacucho, por lo tanto, son ellas a la que el estudio se dedica como complemento a los aspectos políticos, económicos y sociales de la sociedad ayacuchana. Como agrega Agnes Heller (1972):

La vida cotidiana es la vida del hombre entero, o sea: el hombre participa en la vida cotidiana, de su personalidad. En ella se “ponen en obra” todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías. El hombre de la cotidianidad es activo y goza, obra y recibe, es afectivo y racional. La vida cotidiana es en gran parte heterogénea, son partes orgánicas de la vida cotidiana la organización del trabajo y de la vida privada, las distracciones y el descanso, la actividad social sistematizada, el tráfico y la purificación; pero también es jerárquica, se modifica de modo específico según las diferentes estructuras económicos-sociales. La vida cotidiana no está “fuera” de la historia, sino en el “centro” del acontecer histórico: es la verdadera “esencia” de la sustancia social. (Heller, 1972, pp. 40-42)

En un sentido semejante tenemos las ideas de Alicia Lindon, sobre cómo se puede deducir que en lo cotidiano se producen las relaciones entre hombres. De acuerdo a este autor lo cotidiano es el lugar en donde se juega la sociabilidad de la alteridad. Es decir, que en lo cotidiano es el lugar en donde el individuo se enfrentan al otro, es el lugar en donde la alteridad es metabolizadas Esta metabolización del otro, de lo ajeno, de lo nuevo, lo desconocido, lo diferente, es una forma de hacer que perdure el vínculo social (Lindon, 2000, pp. 9-10). Esta misma postura parece tener el filósofo Víctor Samuel Rivera (2021, 231 y ss.). En nuestro caso, esa relación diferente que existe entre la comunidad de notables frente a la clase subalterna-indígena es el eje para la interpretación de las pugnas culturales en torno del reconocimiento, la identidad y el derecho a la preservación de la memoria. Veamos otras posturas.

Alfludtke, agregaría que la vida cotidiana:

No es una disciplina especial. Se trata más bien de un enfoque específico del pasado. Este punto de vista no se limita a las acciones de los dirigentes y de hombres de Estado, tal y como se hacía predominantemente en la historia política y militar de antes. Por otro lado, esta visión de las experiencias y actuaciones del pasado no se reduce tampoco a coacciones anónimas de mecanismos estructurales. En el centro se encuentra más bien la conducta diaria de los hombres: tanto los prominentes como los supuestamente anónimos son considerados como actores históricos. Se reconstruyen las formas de las prácticas en las que los hombres se “apropiaban” de las situaciones en las que se encontraban. (Alfludtke, 1995, p. 50)

Es así como insertaremos las costumbres y vida cotidiana de la sociedad de clase de Ayacucho como un ejercicio de memoria social e histórica. Según Rossana Reguillo (2000) la vida cotidiana se constituye en:

Un lugar estratégico para pensar la sociedad en su compleja pluralidad de símbolos y de interacciones, ya que se trata del espacio donde se encuentran las prácticas y las estructuras, del escenario de la reproducción y, simultáneamente, de la innovación social. La cotidianidad es ante todo el tejido de tiempos y espacios que organizan para los practicantes

los innumerables rituales que garantizan la existencia del orden construido. (Reguillo, 2000, p. 77)

Desde este punto de vista, podemos manifestar que el mundo de los notables es el mundo del culto, del decente, el hombre de etiqueta, aquel que por su educación, es el llamado a «civilizar» al otro y a lograr el progreso de su sociedad; mientras que el mundo de los indígenas, con sus ritos, hábitos y su forma de vivir, es diferente al otro; considerado, lamentablemente, como «incivilizado», «indecente» e «inculto», por no haber logrado el nivel educativo que el mundo de los notables en Ayacucho, desea que cumpliera y que fueron los notables que se abocaron a reeducarlo para el bienestar de la sociedad en todos sus sentidos. Es así como la identidad popular ayacuchana ve su integridad enfrentada a la presión del discurso de sus subalternantes. Como lo afirma Juan Salvador,

Los usos rutinarios ejercen su imperio, no por medio de un control moral interiorizado por la persona durante el proceso de socialización (los hábitos ya no son costumbres, ni siquiera modelos culturales), sino por medio de la dependencia creciente de los demás y del sistema en su conjunto. (Salvador, 2000, p. 124)

Es así como la comunidad de notables impone sus costumbres y tradiciones trastocando la vida cotidiana de los indígenas «sometidos» a capricho de los de arriba y que asimilan con el correr del tiempo, comprobándose estos en los carnavales, y fiesta de Todos los Santos que se celebran anualmente en Ayacucho.

Desde esta mirada que estamos esbozando con múltiples aportes, la historia de la vida cotidiana se convierte en parte de la historia de o popular, de los subalternos, de los indígenas; entonces, el historiador puede abarcar determinados espacios de la cultura de ambos mundos: el de los notables y su percepción, y la vivencia de los mestizos e indígenas de Ayacucho; en este sentido, comprenderemos en nuestro periodo de estudio las diversas continuidades, rupturas y cambios que operaron en las costumbres, tradiciones y vida cotidiana de ambos estamentos sociales de Ayacucho.

Si bien el centro de nuestra atención es la memoria histórica del pueblo ayacuchano, no se nos escapa que su pugna identitaria con la élite le asigna a esta también un rol. Definimos entonces que el mundo de la vida cotidiana en Ayacucho es espacio- tiempo, donde se reflejan las acciones, tanto del mundo de la comunidad de notables como la de los subalternos; incidiendo en la

dependencia de la clase subalterna al mundo de los notables, que tienen como finalidad los cambios que deben operarse en los comportamientos del subalterno en los espacios de sociabilidad, en las diversiones públicas y fiestas populares, adaptándose e «imitando» comportamientos y actitudes del mundo de los notables de Ayacucho. Martha Lucia Barriga Monroy, sobre el tema señala que:

Fueron esos grupos los que se convirtieron en una elite bastante poderosa, hasta tal punto que se “adueñaron de la ciudad”, y la modificaron de acuerdo a su forma de vida burguesa. Ellos empezaron a “reordenar” la ciudad a su imagen y según sus necesidades, afirmando que lo que era bueno para ellos, también lo era para los demás grupos sociales. Entonces reordenaron tanto el espacio de la ciudad, como el tiempo, mediante prácticas sociales que les permitían mantener una forma de control social. Esto lo complementaron a través de diferentes mecanismos tales como: a) control policial; b) intento de acabar con las chicherías: las chicherías eran consideradas lugares de “embrutecimiento” del pueblo (...); c) ordenamiento del espacio público: convirtiendo las plazas, que habían sido sitio de todos, en parques; d) control social en el tiempo..., ejercido por la iglesia, lo cual se reflejó en los almanaques, en los cuales el tiempo se convertía en una sucesión de prácticas y actividades religiosas; e) invención de actividades seculares en la rutina diaria de la élite, tales como la asistencia al teatro, las veladas, la hora del té, etc.(Barriga, 2013, p. 249)

Es así que los notables huamanguinos de fines del siglo XIX, tenían predilección y “el gusto por los espacios cerrados era durante el día y tiendas que no fueran de habitación, o salones particulares, en donde llevaban a cabo las tertulias y veladas (Barriga, 2013, p. 253). Además,

Las elites de fin de siglo (XIX) participaron activamente en el manejo de la ciudad, mediante la introducción de nuevas costumbres que incorporaron a las rutinas de la vida cotidiana. Algunas de ellas, fueron: las retretas realizadas al atardecer por una banda militar en forma alternada entre las diferentes plazas. Con la creación de clubes sociales, restaurantes, teatros, y cafés, entre otros establecimientos, buscaron ampliar las salidas vespertinas a otros lugares diferentes a las casas de familiares o conocidos, y la realización de tertulias tanto musicales como literarias. A principios del siglo XX, los actos públicos se volvieron más numerosos. (Barriga, 2013, p. 254)

Es necesario que el historiador observe, con el mismo cuidado, dentro del desarrollo cronológico, cómo la sociedad ayacuchana-indígena y mestiza recibió los modelos culturales, que provenían de los sectores privilegiados. Pues, según George Duby, en la Historia:

Toda cultura se trasmite, y durante esa transmisión se une al movimiento interno que la lleva a renovarse. Reconstituir la herencia que cada generación recoge del pasado, los libros que leen, los espectáculos, los ritos que respeta; no basta, todavía hay que desmontar los mecanismos en su sistema de educación, introducirse en sus diversos órganos de iniciación, la familia, la escuela, el cuartel, la cofradía, medir la eficacia de los medios de difusión masiva (prensa escrita), el teatro; los gustos y saberes de la élite, sus valores morales; asimismo la historia cultural se ve llevada al estudio de la estratificación social y de las

estructuras de grupos. De esta manera se integra a la historia de la sociedad, de las cuales se alimenta y que a su vez ésta alimenta generosamente. (Duby, 1969, pp. 453-454)

En conclusión, la tesis resuelve cómo fue la percepción de la comunidad de notables o élite huamanguina frente a los comportamientos «indecentes» e «incultos» de los indígenas en sus actividades cotidianas, en sus fiestas y rituales, para lograr transformarlos acorde a sus ideales «civilizatorios» que deseaban alcanzar para los subalternos y, lograr así, formar un ciudadano con valores morales y decentes para la sociedad de Ayacucho, con la finalidad de que sirvan para el bien común y, sobre todo, contribuyan al desarrollo y progreso de Ayacucho.

1.9. Metodología de la investigación

1.9.1. Tipo, diseño y metodología de la investigación

En esta primera sección de la parte 3 del capítulo I vamos a ver dos aspectos: la metodología que hemos usado y las fuentes. Comencemos con la cuestión metodológica. Nuestra investigación es cualitativa, vale decir, se trata de una interpretación de textos que pretende ser coherente y salvar y ajustar los datos en un todo con sentido, a partir de hipótesis que se demuestran de manera razonable. En la definición de nuestro procedimiento de trabajo hemos seguido a Roberto Hernández Sampieri:

Dentro del enfoque cualitativo existen una variedad de concepciones o marcos de interpretación; pero en todos ellos hay un común denominador que podríamos situar en el concepto de patrón cultural, que parte de la premisa de que toda cultura o sistema social tiene un modo único para entender situaciones y eventos. Esta cosmovisión, o manera de ver el mundo, afecta la conducta humana. Los modelos culturales se encuentran en el centro del estudio de lo cualitativo, pues son entidades flexibles y maleables que constituyen marcos de referencia para el actor social, y están contruidos para el inconsciente, lo transmitido por otros y por la experiencia personal. (Hernández, 2006, p. 9)

Siguiendo una pauta metodológica compleja, nos hemos valido de varios métodos a la vez. De una parte, hemos usado en la presente investigación, dado el objeto de estudio, el así llamado *método histórico*, que consiste en acercarse al problema cotejando información social del pasado, en la que se busca resolver un tema que es significativo para el presente. Esta dinámica tiene como elemento empírico fundamental los documentos que la humanidad ha dejado a lo largo de su historia (Infante-Llantoy, 2019, p. 180). De igual forma, hemos empleado *el método progresivo*, es decir, presentando los hechos conservando el orden de sucesión; es decir parte de lo lejano

(1850) y culmine en lo más próximo (1945), según el periodo de estudio. Adicionalmente a los dos anteriores, se aplicó la técnica de la heurística, que vienen hacer la recolección datos (fuentes documentales, periodísticas, libros, artículos, etc.); la hermenéutica, que es la interpretación de la información que se ubica al interior de las fuentes históricas, sean éstas primarias (empíricas) o secundarias y la crítica histórica de la información que nos proporcionan las fuentes escritas. Hemos sido lo más exhaustivos posibles en el uso coherente de estas tres metodologías mencionadas. Pasemos ahora, como hemos anunciado, a la revisión de nuestras fuentes.

Siguiendo las pautas de la compleja metodología de la que hemos optado por seguir, hemos hecho una exhaustiva selección de fuentes para nuestro trabajo cualitativo. Nuestro propósito es contribuir a la tarea crítica de garantizar con transcripciones que he venido haciendo durante muchos años en los repositorios archivísticos y en las diversas bibliotecas de la ciudad de Ayacucho, donde hemos consultado periódicos, revistas, memorias de autoridades, tesis, documentación empírica, etc., sobre la época de estudio; las cuales nos han servido para la reconstrucción histórica de las costumbres, tradiciones y vida cotidiana de la ciudad de Ayacucho del siglo XIX-XX. Entendimos que esta información servirá para que otros historiadores puedan continuarla más adelante, llenando los «vacíos» históricos que aún faltan rellenar, con nuevos enfoques, nuevos planteamientos, nuevos problemas, nuevas hipótesis y, por supuesto, nuevas metodologías históricas que el investigador joven de Historia emprenda.

Desde la perspectiva esbozada, nos centraremos en el análisis e interpretación de nuestras fuentes documentales y periodísticas, las cuales nos darán las pautas de esta historia de la vida cotidiana, de sus costumbres y tradiciones en Ayacucho que hemos considerado más relevantes para la comprensión de la identidad ayacuchana. Para esto hemos creído conveniente recuperar la memoria social e histórica a través del comportamiento de nuestros antepasados ayacuchanos, así como hecho un estudio de la prensa escrita local de su tiempo; los datos informan sobre cómo los diversos actores históricos, miembros tanto de la «comunidad de notables» como de los «no notables» (mestizos, indígenas, artesanos, vivanderos, mendigos, prostitutas entre otros) se comportaban dentro de la ciudad, a través de las fiestas religiosas, fiestas populares (carnavales), la tabernas, chicherías, el teatro, los cafés, las veladas literarias, la corridas de toros, peladas de gallos, la moda, etc., y cómo desde los discursos de la prensa se daba pautas de «comportamientos y actitudes» hacia una determinada actividad política, social y cultural; guardando los valores

morales que todo ciudadano debía respetar en dicho espacio público dentro de la ciudad ayacuchana.

Nuestras fuentes han sido los documentos de archivo ubicados en los repositorios del Archivo Regional de Ayacucho (ARAY), especialmente la sección de la municipalidad, sobre todo los libros de actas y expedientes, donde se percibe mejor las diferentes opiniones sobre los cambios que se dieron en las festividades populares en la ciudad ayacuchana; de igual forma se revisó la sección de prefectura y subprefectura, donde se encuentran algunos «bandos» publicitados para el conocimiento de la población, especialmente como se llevaría a cabo la fiesta de Todos los Santos y Difuntos.

También se trabajó la documentación existente en el Archivo de la Biblioteca de San Francisco de Asís: revisando y transcribiendo los periódicos del siglo XIX-XX, donde se ubican en su interior, las editoriales y especialmente su «crónica local», donde los periodistas apuntan y narran con lujo de detalles las diversas fiestas populares, los espacios públicos, los cumpleaños de los notables, sus matrimonios y sus viajes; en realidad, el periódico, es una fuente primordial que se tuvo que transcribir y tomar fotografías digitales para el avance de la investigación durante algunos meses del 2019, como también en algunos días del mes setiembre-octubre del 2020, por la pandemia del COVID-19, que atendían en forma semipresencial. Es en este repositorio donde se ubican periódicos como *El Registro Oficial del Departamento* (1850-1899), *El Franco* (1851), *El Liberal* (1855-1856), *La Alforja* (1849-65), *La Bandera de Ayacucho* (1862), *La Estrella de Ayacucho* (1861), *El Republicano* (1877), *El Progreso* (1875) *La Voz del Centro* (1894), *Periodismo* (1885), *El Ayacuchano* (1874), *Prensa de la Libertad* (1861), *El mensajero* (1863) *El Bien Común* (1890). Mientras que la primera mitad del siglo XX se revisó obligatoriamente los siguientes periódicos: *El Estandarte Católico* (1900-1965), *La Hormiga* (1918-1927), *El Pueblo* (1931-1933), *RUPEMA* (1950-1953), *El Orden* (1911-1913), *El ciudadano* (1904), *Sierra* (1944-1948), *Noticias* (1938), *El Departamento* (1924), *Opinión* (1930), *Ayacucho* (1948), entre otros.

Sobre el tema de las fuentes debe subrayarse que se logró por un periodo de tres meses ingresar al Archivo Arzobispal de Ayacucho, durante agosto a octubre (2019) donde revisamos los periódicos: *La Abeja* (1919), *La Hormiga* (1930), *El Estandarte Católico* (1930-1940), *Sierra* (1940), *El Pueblo*, *Fraternidad*, *El Heraldito*, hay que tener en cuenta en que los repositorio algunos

ejemplares de periódicos se repiten y en otros caso existen otros números, que no hay en la Biblioteca de San Francisco de Asís; asimismo, se sacó el permiso correspondiente e ingresamos al Archivo de la Municipalidad Provincial de Huamanga, revisando los Libros de Actas de Sesiones en diferentes espacios de tiempo durante el 2018-2019. Finalmente, hemos revisado y transcrito información de las diversas bibliotecas de la ciudad: Biblioteca del Ministerio de Cultura Ayacucho, Biblioteca «Luis Carranza» de la Municipalidad de Huamanga y en la Biblioteca de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, donde se revisaron libros, revistas, informes de bachiller y tesis de Historia, etc. Hemos revisado asimismo, en la Biblioteca del Ministerio de Cultura de Ayacucho, los periódicos *La Era*, *Ayacucho*, *El Pueblo*, *El Herald*o, *Fraternidad*, entre otros, así como revistas, *El Granito*, *Anuario*, etc.; y *Huamanga, Órgano del Centro Cultural Ayacucho (1934-1965)*. En esta línea heurística hemos tenido que depurar gran cantidad de información sobre algunos aspectos irreverentes de nuestro estudio, información que posteriormente servirá para otros trabajos históricos que emprenderemos en el futuro. Concluimos en manifestar que en época de pandemia (marzo a mayo 2020), no se pudo acceder a estos repositorios, para continuar la revisión documental, periodística, de revistas y libros, por encontrarse cerrados; pero, desde junio 2020 a abril 2022, algunos archivos y bibliotecas reabrieron en forma paulatina. Así que se culminó la tesis con lo hurgado de años anteriores y transcritos, como también con la nueva información que obtuvimos el presente año, dándole el sustento empírico, mientras que los libros, artículos de revistas y tesis consultados, fortalecieron lo teórico.

1.9.2. Unidad de análisis

La unidad de análisis la constituyen todos actores de la región de Ayacucho, tanto los notables como las clases subalterna del período en estudio.

1.9.3. Tamaño de la muestra

Considerando la ausencia de datos confiables sobre el número total de periódicos locales, no será posible la selección de una muestra sincrónica. Sin embargo, tomaremos en cuenta el espacio temporal desde 1850 a 1945 sobre las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en la precepción de los notables ayacuchanos sobre la clase subalterna en la ciudad de Ayacucho, como período muestral. Es decir, hurgaremos los diversos periódicos y documentos de archivo.

Asimismo, buscaremos libros, artículos y tesis que nos ayuden a la comprensión y explicación de cómo fueron las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en Ayacucho desde 1850 a 1945.

1.9.4. Selección de la muestra

La selección de la muestra ha sido los periódicos de la época en estudio sin clasificación muestral, Y ha sido intencional, es decir, hemos cogido todos los diarios que circularon en la ciudad de Ayacucho durante el periodo de estudio de la presente tesis doctoral.

1.9.5. Técnica de recolección de datos

Como proceso se utilizará el método heurístico, que consiste en hacer la recolección de la información en forma sistemática, que permite la evaluación objetiva de los hechos pasados, relacionados a un fenómeno histórico-social, dentro de este proceso se utilizará la deducción y la inducción, para establecer los sucesos que se dieron durante 1850 a 1945. Asimismo, será considerado el análisis y la interpretación de las fuentes secundarias (libros, tesis, periódicos, página web, etc.). Estos procedimientos se lograrán gracias a la aplicación de la heurística y hermenéutica, desde su dimensión histórica. Como técnicas, se empleará el fichado, con fichas de resumen, de transcripción textual y de contenido a partir de la “jerarquización de la información”. Además, se realizará un análisis bibliográfico a partir de la observación no estructurada. Como instrumentos se elaborarán dos guías para el análisis documental y de contenido, así como la utilización del análisis periodístico.

1.9.6. Hipótesis general

Como todo trabajo de investigación para ciencias sociales, contamos con una hipótesis principal. Como nuestro trabajo se orienta a rescatar el pasado histórico de los vencidos, que se caracterizan por estar silenciados o marginados, pero que a su vez buscan y establecen su identidad con prácticas sociales simbólicas, vamos a abordar la identidad de estos vencidos a través de la percepción de los notables en Ayacucho sobre la clase subalterna; la influencia de la clase hegemónica radica en el peso de su control en los órganos de prensa y del discurso oficial. Es a través del control de la prensa por los vencedores que tuvieron lugar las transformaciones de que fue objeto el reconocimiento de los olvidados bajo el palio de “proyectos modernizantes” y supuestamente “progresistas”, que en el largo plazo incidiendo en el cambio de actitudes,

comportamientos y la manera de socializar en los espacios públicos que frecuentaban los notables en la ciudad de Ayacucho, para esto tuvo como principal aliado las celebraciones emblemáticas del Centenario de la Batalla de Ayacucho, la Creación del Centro Cultural Ayacucho y el IV Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga; en ese sentido, Ayacucho tendrán grandes cambios y rupturas a partir de 1923 a 1945, con la llegada de las nuevas tecnologías, donde se consolida el discurso «modernizador y civilizador» de los notables, que conjuntamente con la prensa local revolucionarán la vida cotidiana de la población ayacuchana en sus formas de vida.

Nuestra hipótesis central es que las dinámicas de reconocimiento e identidad de las clases subalternas de la ciudad de Ayacucho (antes Huamanga) se conservaron a pesar de carecer de discurso o de contar con un discurso muy débil frente al de las clases visibles; éstas habrían resistido los embates del discurso europeo hegemónico de sus dominadores y habría persistido a pesar de su control del lenguaje público.

1.9.7. Hipótesis específicas

- Las continuidades en lo referentes a las costumbres y tradiciones, por parte de la clase subalterna, no tendrán ninguna modificación hasta muy entrado la segunda década del siglo XX.
- Las rupturas y cambios en la sociedad se ven reflejado en la incorporación de las nuevas tecnologías que llegarán a la ciudad de Ayacucho (telégrafo, fotografía, cine, etc) la cual dará un giro en la vida cotidiana de la comunidad de notables y la clase subalterna.
- Las transformaciones tendrán su alcance fundacional en las celebraciones emblemáticas del Centenario de la Batalla de Ayacucho de 1924 y el Cuatricentenario de la Fundación de la Fundación de Huamanga para 1940-1945.

Nuestro propósito es llegar a conocer el proceso histórico regional de las continuidades, rupturas y cambios que se dieron en la vida cotidiana en Ayacucho en la sociedad de clases; es decir, hacer una historia del pasado que exige una lectura formal, atenta y disciplinada. Por lo tanto, nuestra tesis doctoral está direccionada a ese objetivo.

CAPÍTULO 2

El discurso de los notables

2.1. Introducción

Como hemos venido anunciando, la recuperación del pasado histórico del otro en general requiere sustraer de la “noche” el significado de las prácticas sociales simbólicas (las tradiciones populares), que son los recursos para el autorreconocimiento o la auto percepción de la identidad. Esta afirmación general puede ser extendida para cualquier comunidad humana o cualquier institución, incluso careciendo de discurso. Esta idea, sostenida recientemente por Víctor Samuel Rivera (2021) nos ha parecido pertinente en la oposición entre el discurso de las élites locales con las prácticas identitarias de las poblaciones subalternas o los vencidos. Los grupos hegemónicos, que hemos tratado desde la introducción como “los notables”, al tener control sobre la legitimación del discurso social, tienen el lenguaje para someter y justificar la sumisión por medios no lingüísticos de las prácticas subalternas que gestionan la identidad de los subalternos. En este sentido, hemos querido consagrar este capítulo a la acción de “los notables”, su identidad y los modos como ejerce su dominación a través del discurso, algo que solo es comprensible con el uso de nuestro método cualitativo e histórico si tenemos en cuenta las características sociales de este grupo, cosa a la cual dedicaremos la presente sección de nuestra tesis.

2.2. Definiendo a la comunidad de notables de Ayacucho

Como en toda sociedad, existen algunos grupos separados por diferencias económicas, sociales, raciales y culturales, y Ayacucho no fue ni tendría por qué ser la excepción a una constante antropológica humana. Desde los primeros años de la vida republicana siempre existieron los conflictos entre dos clases sociales muy distinguidas: La clase dominante económica, social y culturalmente llamada para muchos como «élite», «aristocracia», «burguesía», etc. Nosotros utilizaremos como categoría «comunidad de notables» frente a la clase subalterna o popular, denominada «mestiza» e «indígena», con la existencia de otra clase social marginada que denominamos «excluida», integrada especialmente por los mendigos y prostitutas, quienes eran «despreciados» y considerados un «mal» para la sociedad «cultura» ayacuchana, sin embargo, no

dejaremos de utilizar dichas categorías en el cuerpo de la tesis. Utilizaremos de ahora en adelante el término «comunidad», según Heller:

Comunidad es un grupo o unidad del estrato social estructurada, organiza, con un orden de valores relativamente homogéneos, a la que el particular pertenece (...) la comunidad establece los fines (...) proporciona un espacio organizado para la actividad del particular, pero depende de la organización de la comunidad (...) la pertenencia a una única comunidad fija el cuadro dentro del que los hombres deben comportarse en la vida (...) toda comunidad posee un sistema de valores relativamente homogéneos, si el particular lo viola, ofende a la comunidad, no le es lícito violarlo ni siquiera en la vida cotidiana. (Heller, 1987, pp. 76-79)

Para la categoría «notables», utilizaremos la definición sugerida por Alicia Del Águila, para el caso de Lima, quien denomina el «mundo de los notables» argumentando:

Más que una clase, esta era una casta con orgullo de linaje y desprecio hacia lo popular, apego a la tradición, a los preceptos religiosos y selectiva de las personas de acuerdo con criterios exhibidos en la apariencia exterior (...) una oligarquía que se reforzaba vía redes familiares, es decir, alianzas de familias aliadas por razones de comercio, casamientos, proximidad y por ser miembros de diversas organizaciones. (Del Águila, 1997, pp. 66-67)

Del mismo modo, tomamos en cuenta lo que manifiesta Blacha: la expresión “los notables” “agrupa al reducido número de individuos que como parte del grupo de los que alcanzaron éxito ejercen función política o socialmente dirigente; estos individuos representan directa e indirectamente un destacado papel en el gobierno local” (Blacha, 2005, pp. 5-6). Como dice Ulrich Mucke:

La burguesía se compone en este modelo de los comerciantes ricos, de los banqueros, de los dueños de fábricas y de los directores de empresas, la burguesía académica son los que tienen estudios universitarios: ejecutivos, médicos, abogados, profesores y empleados públicos de alta categoría. A diferencia de la burguesía no tienen propiedades o un capital de importancia. Finalmente hay un sector que se compone de pequeños comerciantes, artesanos independientes, empleados públicos de baja categoría y un gran grupo en los servicios de todo tipo. Esta pequeña burguesía se encuentra entre los sectores populares y la burguesía académica y muchas veces es difícil decir qué grupo perteneció a una persona específica. (Mucke, 2010, p. 56)

Como no es muy difícil comprobar, en el caso de Huamanga no existen ni fábricas ni empresas y mucho menos grandes comerciantes ricos para la segunda mitad del siglo XX, y mucho menos para la mitad del siglo XX; la clase media o llamada por Ulrich Mucke «burguesía académica», existe, pero son muy pocos, por la ausencia de una universidad en Ayacucho en el tiempo que nos interesa. Pero existen comerciantes locales de los sectores populares y también

comerciantes extranjeros que conforman parte de la comunidad de notables de Ayacucho. Según Ulrich Mucke:

Fuera de Lima prácticamente no existía una *bourgeoisie*. Había comerciantes de lana, por ejemplo, en Arequipa. Pero estos comerciantes... no constituían una burguesía comercial y financiera como la de Lima (...) parafraseando a Heraclio Bonilla se puede decir que no había burguesía nacional sino burguesía limeña. (Mucke, 2010, p. 57)

Si esto ocurría antes de la Guerra con Chile para el Perú, imaginémoslo para Ayacucho, donde no hay una tecnología avanzada ni empresas ni fábricas; podemos afirmar categóricamente que no existe hasta después de 1950 una élite en sentido propio, sino una «comunidad de notables» que ejerce el poder local conjuntamente con el poder político, como alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, etc.; esta comunidad de notables es la gestora del discurso legitimador de su propia identidad, basada en el acceso a información y cultura foránea; la afirmación de estos notables los pondrá rápidamente en conflicto con los subalternos sin voz. Según Ulrich Mucke: «la falta de una aristocracia de verdad hizo que la burguesía podía ocupar fácilmente todos los espacios sociales...» (Mucke, 2010, p. 57).

El mismo autor en mención señala en otra parte que:

La burguesía se distinguió de otros grupos sociales no solo por su poder económico sino también por su modo de vivir (...) la burguesía era aristocrática ya que al igual que la nobleza la posición social dependía de los antepasados (...) la burguesía seguía viviendo donde la clase alta siempre había vivido: en el centro de Lima. (...) el lugar de residencia de la clase alta no cambió con la expansión de Lima hasta muy avanzado el siglo XX. La burguesía vivía junto con las clases populares en Lima cuadrada. Ser burgués no significó una separación espacial radical de la plebe. A pocos metros de su residencia el burgués más refinado se podía encontrar con gente que él detestaba totalmente (...) el poder social de la burguesía no se tradujo en separación espacial sino en control sobre un espacio compartido con otras clases (...) buena parte de las casas burguesas se mantenían como espacios semipúblicos. Esto se refiere a tiendas y despachos que se encontraban en los edificios y también a personas que vivían o por lo menos solían pernoctar allí. (Mucke, 2010, pp. 58-59)

Como en el caso de Lima, para la ciudad de Huamanga, según la entrevista realizada por Mayu Mohanna a Luis Guillermo Lumbreras, quien manifestó, que «Ayacucho nunca fue integrativo, jamás, era muy segregativo. Las gentes del barrio de la Magdalena eran gentes que tenían su propio espacio, sus propios grupos (...), los campesinos ocupaban sus propios espacios, no se mezclaban con otros campesinos (...) era una sociedad clasificada» (Mohanna, 2001, p. 120). Por otro lado, y coincidiendo con Ulrich Mucke, se manifiesta que, durante la década de los 30-40

(XX) Ayacucho: «no era una sociedad donde los sectores sociales estuvieran totalmente separados, marcados con espacios urbanos. Al costado de un artesano puede vivir un señor de una familia muy importante (...)» (Mohanna, 2001, p. 120); tal como sucedía en Lima del siglo XIX e inicios del siglo XX, la diferencia no es tal alejada de la realidad. Por supuesto que, como lo testimonia Sara Barrenechea de Jáuregui, de 82 años de edad: «había mucha discriminación. En Ayacucho vivía un grupo de gente que decía que era de la aristocracia. Eran descendientes legítimos de los españoles. Eran dueños y señoras de sus casonas y vivían holgadamente porque tenía haciendas» (Mohanna, 2001, p. 121). La testigo se refiere a los hacendados que venían quincenalmente a la ciudad y que se distinguían por su economía más que por su educación.

Para el caso ayacuchano, una fuente inédita que confirma la categoría de notables es el periódico *La Patria* (enero de 1923), cuando nos informa sobre los notables de Ayacucho:

Hombres Notables: En mejor oportunidad nos ocuparemos de los ilustres hijos que ha dado Huanta a la patria i que son el honor del Departamento: Ilmo Mons. José Irala, Dr. Salvador Cavero, y el Dr. Manuel J. Pozo, padre de la intelectualidad ayacuchana. Es deber de la juventud huantina, proseguir la senda luminosa trazada por sus grandes hombres y trabajar por el desenvolvimiento moral i material de ese pueblo... a desempeñar un papel importantísimo en el futuro desarrollo comercial e industrial del Departamento. (La patria, publicación decenal. Hombres notables. Ayacucho, 8 de enero de 1923 N° 7).

Como es manifiesto de acuerdo con las fuentes periodísticas que estamos usando, la categoría “los notables” es decisiva para comprender al agente portador del discurso hegemónico en el departamento de Ayacucho en el periodo objeto de nuestro estudio; para no albergar dudas de la categoría a emplear, citemos esta fuente de junio de 1923, donde se manifiesta que:

Junta de notables. Solemne Instalación. Elección de cargos. Juramento del nuevo personal: El Supremo Gobierno, acatando el deseo del pueblo ayacuchano, nombró una Junta de Notables, compuesta de los hombres más prominentes de nuestro mundo intelectual, social y comercial. (La Patria, Dios, Patria y Hogar. Publicación Decenal. Ayacucho 13 de junio de 1923 N° 14. Director Leoncio Jeri)¹.

Durante nuestra investigación hemos encontrado en los diversos periódicos la categoría de «notables» que se hace referencia durante todo el siglo XX y parte del siglo XIX, lo interesante es

¹ “Junta de Notables”. La cita prosigue así “(...) el Alcalde Doctor Manuel J. Pozo. Pronunció el discurso de orden...se procedió a la elección de cargos con el siguiente resultado: Teniente Alcalde: Mons. Augusto Gálvez; Síndicos: Doctores Arístides Guillén Valdivia y Recaredo Pérez Palma, de gastos y rentas respectivamente; Inspectores: De instrucción: Dr. Isaac Soto; Estado Civil: Sr. Paulino Ruiz; Alumbrado: Sr. David Jorge; Aguas: Sr. Ángel Jeri; Policía: Sr. Humberto Jara; Obras Públicas: Sr. Jesús Mujica y Espectáculos: Dr. Juan José del Pino.

que otra de las fuente empíricas que nos lo confirman es la del viajero que visitó la ciudad de Ayacucho en los días que se celebraba el Centenario de la Batalla de Ayacucho, es decir, 8 y 9 de diciembre, como fue el Dr. Bedward, quien escribió, su pequeña memoria donde escribe con lujos de detalles como fue la fiesta del 9 de diciembre de 1924, como testigos de dicha celebración emblemática, narró que:

El 9, la fecha clásica, concurriendo al campo de batalla de “La Quinoa”. Allí se ofreció una misa (...) los trajes de etiqueta de los representantes y las autoridades (...) todos los notables de Ayacucho y grandes masas de pueblo. (Bedward, 1925, p. 20)

Asimismo, Antonio Hierro manifiesta lo siguiente:

Los vecinos notables con su intervención, influencias y la compra de pequeñas acciones en las cooperativas pueden de otra parte influir eficazmente en el resurgimiento de Ayacucho. (Hierro, 1939, p. 17)

¿Por qué utilizar la categoría de comunidad de notables? Utilizamos la categoría comunidad de notables porque nuestras fuentes documentales y periodísticas, así nos los confirman, ya que dicha terminología «notable» la utilizan con frecuencia y no así «élite» o «aristocracia»; lo que no significa que estás categoría no las utilizaremos, claro que estarán presentes en nuestra tesis. La categoría “notable”, se utiliza por su frecuencia en los documentos mencionados, por ejemplo, en el Comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho, se dice: «Sesión de la junta de notables de esta ciudad, celebrado en el salón consistorial, el 16 de junio de 1918, bajo la presidencia del señor Alcalde Máximo Medina (...)» (ARAY. Sección Libro de actas de sesiones. Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. Año: 1918-1951. Legajo N° 29)². Mientras que algunos periódicos locales de Ayacucho, utilizan la categoría «notables», como por ejemplo: «el acalde y los vecinos notables manifiestan sus opiniones sobre la ubicación de la Estatua Ecuestre del Mariscal Sucre» (Aray. Sección Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 28. Años: 1920-1914. Folio: 119. Del 17 de mayo de 1924).

Por lo que vamos viendo, la expresión “los notables” tiene una semántica propia en el segmento que hemos seleccionado, significando personas con prestigio y llenas de cualidades,

² Archivo Regional de Ayacucho, en adelante ARAY.

como arquetipos sociales de los cuales todo el resto del conjunto social debía ser imitación. El periódico *Estandarte Católico* también utiliza dicha categoría:

JUNTA DE NOTABLES DE AYACUCHO: Alcalde: Dr. Darío C. Gutiérrez. Regidores: Sr. Salvador Amorín, M. Artemio Añaños, Elías R. Iumbrellas, Federico Rossi, Enrique González, Jesús Mujica, Moisés Cavero. (*Estandarte Católico*, Órgano del Obispado. Publicación Quincenal. Ayacucho, 23 de febrero de 1927. N° 721. Página central).

Asimismo, lo desarrolla Nolberto Claudio Porras, al decir «Ayacucho de la primera mitad del siglo XX es una sociedad dividida tradicionalmente en tres grupos sociales de un lado las familias de NOTABLES (Rojas, 2010, p. 32).

En conclusión, usaremos la categoría «comunidad de notables» según lo manifestado por Ágnes Heller sobre «comunidad», y la de «notables, por Alicia del Águila. En este sentido, utilizaremos dicha categoría «comunidad de notables» en la presente tesis doctoral, que para nosotros es la más acertada para el periodo de estudios que hemos emprendido; entendiendo que la «comunidad de notables» para Ayacucho, según Manuel Jesús Pozo:

Para conseguirlo hay necesidad de que élite local modesta y laboriosa restante, conserve anteriores adelantos. En la población hay magistrados, médicos, abogados, pedagogos...los indicados, son seres eminentemente sociables, y se deben, también por lo mismo a la sociedad. Entre las que forman debe haber constante cooperación. (Pozo, 1928, p. 82-83).

Además, lo conforman también terratenientes, hacendados, sacerdotes, comerciantes, militares, artesanos, periodistas, etc., quienes ostentaban poder económico y prestigio social, gracias a sus alianzas matrimoniales, a su educación superior, a sus relaciones en el comercio y sus vínculos con otras familias notables en lo referente a sus comportamientos «decentes» y «civilizados» al interior del círculo de poder; ejerciendo así cargos públicos dentro y fuera de la región ayacuchana. Son estos notables quienes proponen y dan alternativas para el resurgimiento de Ayacucho, hacia una transformación en todos sus aspectos: políticos, económicos, sociales y culturales; al ser considerados dichos miembros como «cultos», «decentes» y «civilizados», son ellos quienes encaminan a la sociedad hacia el desarrollo y progreso de la región; incidiendo en el cambio que debería tener la clase subalterna, denominada indígena en sus comportamientos en los espacios de socialización al interior de la ciudad capital de Ayacucho. Eso no significa que por

momentos, utilizaremos la categoría de élite o aristocracia huamanguina, por ser categorías de análisis histórico.

Como lo hemos manifestado, muchos de los miembros de la comunidad de notables o élite huamanguina provenían de familias prestigiosas y, sobre todo, eran profesionales que ejercían cargos públicos en la ciudad capital; su manera de vestir, hablar y, en especial, de comportarse, hacían de ellos diferenciarse de otros miembros que no provenía de familias reconocidas o que no pudieron tener la suerte de llegar a ser profesionales; es el caso de los comerciantes, artesanos; pero que de todos modos fueron los que tuvieron gran influencia en asuntos políticos, sociales, económicos y culturales; son los que transmiten en sus discursos «civilizar» para referirse a los que no pertenecen a su grupo social y se dirigen mayormente a los miembros de la clase subalterna (indígenas), para un cambio en sus comportamientos, sobre todo en actividades sociales y culturales que se realizan en la ciudad ayacuchana.



Notables de Ayacucho. Década del 1895. Foto: Cortesía del Ministerio de Cultura. Foto N° 1.

En la foto N° 1, podemos observar a los miembros de la comunidad de notables a fines de 1895, posando para la fotografía del recuerdo, que los perpetuará en la historia de Ayacucho. Muchos de los personajes están vestidos con terno de color negro, con corbata corta y camisa blanca, al estilo francés de la época aristocrática también de Lima. Todos están observando al fotógrafo que inmortalizará su presencia en el local de antiguo correo de Huamanga.



Comunidad de notables: Sociedad culta y el clero juntos. 1914. Foto: Cortesía Ministerio de Cultura-Ayacucho. Foto N° 2.

En la fotografía N° 2 se puede distinguir en el centro a un sacerdote que representa el poder del clero ayacuchano, lo que significa la gran influencia que tenía con los notables. Todos los notables vistiendo terno negro con corbata corta, la diferencia es que aquí hay unos cinco niños mirando al fotógrafo; por lo demás, como la anterior fotografía, nos hace recordar que las costumbres y la manera de posar para el fotógrafo no cambió radicalmente, sino que fueron continuidades en sus costumbres cotidiana, a la hora de retratarse y quedar en el recuerdo de la sociedad.



Los notables de Ayacucho, con terno oscuro, bastón y sombreros. Foto N° 3.

La fotografía N° 3, de igual forma, se puede distinguir claramente la manera de vestir con terno negro, corbata, camisa blanca y chaleco por dentro; esta fotografía fue dedicada a Albino Canales y Juan Ignacio de los Godos, que eran dos personalidades de gran influencia en la ciudad capital. La diferencia con las otras dos fotografías es que, para esta década de los 40 del siglo XX, usan sombreros y algunos con bastones. La manera de estar de pie no se diferencia mucho de las otras dos fotografías, lo que ocurre que para estos tiempos su parada es más elegante, más refinada. La fotografía fue tomada en un restaurante de la ciudad de Ayacucho.

Todos los personajes que conforman la «comunidad de notables» ejercerán el poder local político, económico, social y cultural de Ayacucho, especialmente a través del dominio del lenguaje social, es decir, la legitimación y la identidad a través del discurso.

Tener una *identidad* sería, ante todo, tener un país, una ciudad o un barrio, una *entidad* donde todo lo compartido por los que habitan ese lugar se vuelve idéntico o intercambiable. En esos territorios la identidad se pone en escena, se celebra en las fiestas y se dramatiza también en los rituales cotidianos. (García, 1990, 177)

Son ellos los que influyen en los modos de vivir en la ciudad; su forma de vestir, sus modales a la hora de ingerir alimentos en la mesa, el comportamiento en una actividad social, la manera de hablar y su alta educación, los convierten en miembros honorables, cultos, decentes y civilizados, frente a la clase subalterna-indígena, la cual le tienen gran respeto y admiración. Son estos notables quienes poseen un comportamiento intachable en las diversas ceremonias cívico-patrióticas que se realizan en toda la ciudad capital de Ayacucho, su influencia ejercida es tan fuerte que son «imitados» por otros miembros que no ostentan su nivel cultural de dichos notables e intelectuales, sobre todo los hacendados y empleados públicos. Así la comunidad de notables se convierte en el eje y motor del desarrollo y progreso de Ayacucho y su arma central en su agenda de dominación es el dominio del lenguaje social, lo que se traduce especialmente en el discurso dominante en los medios de la prensa escrita que hemos consultado.

En lo referente a aristocracia, se mencionará, algunas veces, al referirse que la aristocracia huamanguina, se considera con rasgos de “decencia” que se diferencia de los miembros de la clase subalterna o popular, esto tenía su fundamento en los comportamientos refinados de los notables e intelectuales de Huamanga; por otro lado, por sus apellidos, como García de los Godos, Velarde Álvarez, Lama, Ruiz de Castilla, Moore, Pozo, Medina, Carranza, Cavero, Cáceres, Hierro Pozo,

Alvizuro, Parra, Carreño, etc. apellidos que lo vinculaban con la comunidad de notables; otro ingrediente de considerarse de la aristocracia sería su *educación*, el cual les brindaba decencia, prestigio y status social y finalmente su economía, muchos de estos aristócratas provenía de familias de hacendados, teniendo diversas propiedades en la ciudad de Ayacucho, Huanta y en otros pueblos ayacuchanos. Su educación, los diferencia de los “iletrados”, “analfabetos”, “indecentes”, “incivilizados”, como eran catalogados por los notables a los indígenas y mestizos de la región.

Al interior de la tesis, en ocasiones, se utilizará la palabra “élite” local, que se entiende como al:

Reducido segmento social que, por su elevado potencial económico, su capacidad de influencia en la comunidad (y no sólo a nivel institucional) y su reconocido prestigio, ocupa el vértice de la sociedad en el microespacio local, y que merced a la naturaleza de los capitales que detenta (materiales e inmateriales, económicos y simbólicos) y de las relaciones sociales que traza, logra mantener su preeminencia social y su dominio en la localidad de manera continuada y duradera. La élite local no la conforman todos aquellos que disponen de una posición económica holgada, todos aquellos que disponen de cierta cuota de poder, influencia y mando, y todos aquellos que gozan de prestigio, sino el reducido grupo de familia que aglutinan en sus manos influencia, riqueza y prestigio” (Molina, 2005, pp. 200-201)

Es así, que los miembros de la comunidad de notables, son también parte de esa élite local que, por sus características señaladas, son los que orientan a los miembros de la sociedad hacia el progreso de Ayacucho, e inciden en el cambio de los comportamientos de los mestizos e indígenas que habitan la ciudad de Ayacucho y de los barrios tradicionales aledaños a dicha ciudad. Por otro lado, podemos manifestar también, que en

Toda sociedad se divide en una masa de individuos gobernados y una minoría que los domina, denominados “élite” (...) es un grupo reducido de individuos que, como parte del grupo de los que alcanzaron éxito ejercen funciones políticas o socialmente dirigentes. Estos individuos representan, directa e indirectamente, un destacado papel en el gobierno Local. (Blacha, 2005, pp. 5-6)

Por lo tanto, en Huamanga, no fue la excepción de encontrar una élite política gobernante a nivel de la provincia.

2.3. El poder político local

¿Qué es poder?, según Nolberto Bobbio:

Designa la capacidad o posibilidad de obrar, de producir efectos, y puede ser referida tanto a individuos o grupos humanos (...) Entendido en sentido específicamente social, esto es con en relación con la vida del hombre en sociedad, el poder se precisa y se convierte de genérica capacidad de obrar, en capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: poder del hombre sobre el hombre. Es poder social, la capacidad (...) de un gobierno de impartir órdenes a los ciudadanos. (Bobbio, 1993, pp. 1190)

Es decir, que la élite huamanguina, del siglo XIX hasta mediados de la segunda mitad del siglo XX, no es un ente homogéneo, sino es diversificado, que ejerce ciertas prácticas culturales de dominio, ya sea desde la Municipalidad, prefectura, clubes sociales o de la propia organización del Centro Cultural Ayacucho, desde el periodismo o el propio clero ayacuchano, etc. El poder local en Ayacucho, mantuvo su legitimidad e identidad, mediante la

Producción y reproducción de mecanismos culturales y simbólicos, ya sea en eventos, en reuniones o veladas o publicaciones de artículos y conmemoraciones públicas. La función de toda práctica era obtener “legitimidad” frente al Estado, la población y fortalecer sus lazos como grupo. (Quicaño, 2016, p. 38-39)

Así, los miembros del poder local se legitiman a través de las inauguraciones de obras públicas, que se dan en los actos de conmemoración- como la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924 o en el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga-, donde el poder se pone en escena; así los notables en las diversas ceremonias cívicas patrióticas aparecen para dar sus discursos para inculcarles a los asistentes, los valores morales y patrióticos que deben practicar. Entonces, “la elite es una clase política, que debe tener la capacidad de intermediación efectiva con el Estado, cierto liderazgo y capacidad de movilización sobre la población” (Quicaño, 2016, p. 40) o quienes ejercen el poder local en Ayacucho, en los actos protocolares, transmitían virtudes y comportamientos decentes, los cuales garantizaban la “imitación” por parte de los mestizos que asistían a estos actos ediles o prefecturales. Lo cierto, es que la elite huamanguina son los que están ejercieron cargos públicos en las instituciones del Estado. Muchos de estos notables, son profesionales, pero, también algunos de ellos son comerciantes extranjeros que viven en la ciudad, y que desempeñaron cargos, como alcaldes o regidores. Todos ellos son catalogados como clase dominante, quienes ejercen el poder político y económico, que “consiste en el control

de la distribución de la economía y sus excedentes, poder económico, además tienen el control del poder político” (Ramírez, F. & Rosas, 2013, p. 137) en Huamanga.

¿Quiénes ejercen el poder político local en la región Ayacucho? ¿Cuáles son los mecanismos para lograr el poder? Se trata de preguntas nada irrelevantes en un trabajo que se esmera en recuperar la memoria de los desposeídos y los invisibles. La respuesta a estas preguntas remite a una estructura de relación propia de la región y, por lo mismo, de la capital: el clientelaje. El clientelaje no es solo una categoría económica, sino también se refiere al discurso legitimador que la clase subalternante emplea para el control de sus subalternos.

Esta clase dominante, económicamente, se encuentra en la ciudad capital mayormente, donde ejerce su poder. La subordinación del mundo rural frente al urbano queda patente en la persistencia de dicho modelo de relación en la ciudad ayacuchana. Durante mucho tiempo el mecanismo clientelar es el que permite el dominio de dicha clase dominante, tanto en el campo como en la ciudad. Se ha sostenido que la hacienda representa la célula de la vida social en su conjunto; al examinarla, se encuentran en ella los elementos que caracterizan el mecanismo clientelar. En nuestras haciendas ayacuchanas, el personal se divide en dos categorías: empleados de confianza y peones. Los primeros, además de estar vinculados al hacendado por un contrato de trabajo oral, lo están también por lazos de compadrazgo, de parentesco social; mientras que los segundos, solo sirven para el trabajo forzoso. Por otro lado, apareció un sector burocrático compuesto por aquellos que ocupaban los puestos públicos, logrando ser autoridades del estado republicano. Se trata de Prefectos, Subprefectos de las provincias, Gobernadores y Tenientes Gobernadores de los pueblos y caseríos. Todo esto nos conduce a preguntas adicionales.

Nos preguntamos: ¿Hasta qué punto es lícito afirmar que la relación clientelar antes anotada funciona también en las ciudades? En Ayacucho, los grupos sociales compuestos por los funcionarios, administrativos y empleados de las instituciones públicas, viven una situación que es muy diferente. Ellos no constituyen una clase, y el mecanismo que en cierta medida los coagula socialmente es precisamente el de la clientela, que, a diferencia de lo que ocurre con las capas populares rurales, tiene en su caso un carácter directo. Este tipo de relación se basa en la adhesión del empleado a las directivas de la clase dominante y sobre todo de las autoridades locales (Prefectos, Alcaldes, Subprefectos, etc.) y en su aceptación, como valores propios, de los modelos

de vida y de comportamiento que le ofrece dicha clase social. El sistema clientelar aparece como el mecanismo gracias al cual la clase dominante consigue extender su dominio sobre el entramado social en su conjunto, a escala local, regional y nacional. La posición dominante es consecuencia de enorme poder económico, así como del poder político que determina su monopolio en la localidad ayacuchana.

2.4. Comunidad de notables e intelectuales de Ayacucho

Es bien sabido que la sociedad ayacuchana siempre estuvo estratificada socialmente; la «comunidad de notables» estaba conformada por magistrados, médicos, abogados, pedagogos, periodistas, pequeños comerciantes, militares, etc., por ejemplo, los que ejercieron el poder local en Ayacucho, desde el siglo XIX, fueron mayormente militares quienes tenían la confianza de los gobernantes del Estado peruano, como Ramón Estorba, Coronel del Ejército para 1825; el General Juan Pardo de Zela en 1826; General Domingo Tristán (1828), Coronel Francisco García del Barco; etc como también los civiles notables, como Alonso Cárdenas (1827); Manuel Cabrera y Olano (1834); Manuel Tello y Cabrera (1844); Bruno Bueno (1869); Mariano Velarde Álvarez (Senador por Ayacucho); Belisario Barriga (Senador); Pedro José Ruiz (1888), Rafael Galván (Diputado), entre muchos más; quienes fueron portadores de cultura, *sociedad culta y decente*, que daba pautas de buenos modales y de comportamientos decentes en los espacios públicos o de «sociabilidad» en Ayacucho. Incluyendo al clero, que es una clase social que estaba desarrollada política e ideológicamente en comparación con la clase dominante del poder local, que tenía relaciones sociales con la comunidad de notables. También en esta clase se encontraban los empleados del sector público o privados, artesanos de las ciudades. Sería un error creer que el poder de la clase subalternante se reduce al control económico.

En efecto. Otro poder de esta emergente comunidad de notables o élite, es el poder cultural y, dentro de esto, la educación del que se sirve para reforzar su preeminencia social. Los hijos de dicha clase social están estudiando en nuestra Universidad de Huamanga durante la época colonial y, cuando esta es clausurada en 1886, sus hijos emigran hacia la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima) y San Antonio Abad del Cuzco. Pero los que estudian en dichas universidades solo están reservados a los retoños de dicha clase social pudiente, con lo cual, naturalmente, todos los cargos superiores del poder local permanecen en sus manos, a pesar de que en ciertos momentos

el gobierno central coloca a sus propias autoridades que mayormente son militares (cargos de confianza). Sobre el tema, el Dr. Tomás Lama, nos informa sobre Huamanga de **1901**, al referirse:

Huamanga, era entonces una pequeña ciudad que sus fundadores, que fueron precisamente los primitivos conquistadores del Perú, se habían esmerado en embellecer con suntuosos edificios. Tenía una Universidad dotada de los mismos privilegios de la de San Marcos de Lima; (...) Ayacucho ha ido perdiendo desgraciadamente todas estas ventajas, YA NO TIENE UNIVERSIDAD que ha sido suprimida; los jóvenes hijos del país tienen que ir a mendigar en Lima y en otras partes la instrucción que necesitan. (Lama, 1901, XXVII-XXIX).

Se comprueba, entonces, que nuestra Alma Mater, la Universidad de Huamanga, dejó de funcionar, por falta de presupuesto.

Dentro de esta comunidad de notables, especialmente los intelectuales, quienes tenían un alto grado de educación y que, gracias a esto, tenían un comportamiento diferenciado con la clase política local y, sobre todo, con la clase subalterna. Fueron ellos los que, a través de su discurso supuestamente «civilizador» y progresista daban las pautas para determinadas celebraciones sociales de identidad, para que se llevaran de una mejor y más «civilizada» manera, sobre todo cuando se referían a los carnavales, fiestas en los barrios aledaños a la ciudad o cualquier diversión considerada por ellos como «incivilizada». El discurso civilizador o civilizado, es de manera notoria una forma de control del que las élites hicieron uso para someter a los invisibles, los pobladores de la “noche” marginada de la ciudad (Rivera, 2021, pp. 114-115).

Según Mayu Mohanna, en la entrevista que le hizo al Dr. Luis Guillermo Lumbreras, dicho intelectual manifestaba, que:

Había dos grandes grupos, el grupo urbano y el grupo rural campesino, los indios y los ayacuchanos. Eran dos grupos sociales muy marcados, como dos castas, con sectores intermedios. El núcleo urbano era muy cerrado, criollo, cerrado. Yo recuerdo de niño que había un proceso muy fuerte de migración e inserción de los sectores migrantes que se habían insertado. La mayor parte de estos sectores estaban muy mezclados con las gentes de los ex hacendados, o los que eran en ese tiempo hacendados, que eran el núcleo básico de lo que constituía Ayacucho. (Mohanna, 2001, p. 120-121)

Lo manifestado por el Dr. Luis G. Lumbreras, se refiere a estos dos grupos diferentes por la década de los 30 al 50 del siglo XX. Mayu Mohanna, por otro lado, inserta en su libro otra entrevista sobre el tema en cuestión, al señor Alfonso Martinelli, de 61 años de edad, quien en su testimonio decía:

Generalmente, en el siglo pasado, sobre todo a mediados de siglo, la clase alta estaba conformada por gente de dinero, señorones, gente visible de poder económico. Y la clase media era gente conformada por profesores, maestros, gente culta, pero sin la escala económica de la clase alta. Mayormente eran familias antiguas. La mayoría de los profesionales de ese entonces era gente que había podido educarse, había podido acceder a la educación superior, habían viajado a Lima, a estudiar en San Marcos. Porque todavía la Universidad de Huamanga no se había reabierto. (Mohanna, 2001, p. 121).

El Sr. Alfonso Martinelli, se refiere a la década de los 40-50 del siglo XX, como un tiempo en que se distinguía sin problemas dos clases sociales diferenciadas: la clase alta y la clase media. Por supuesto que el Sr. Alfonso Martinelli, no se refiere a la clase subalterna, sino que se centra en la descripción de dichas clases acomodadas económica y culturalmente, que son las gestoras del discurso dominante. En este sentido, podemos observar que hubo una gran estratificación social entre las clases sociales que habitaban en la ciudad de Ayacucho. Asimismo, durante la segunda década del siglo XX hasta mediados de dicho siglo, la comunidad de notables tuvo el deseo de transformar y romper con lo que ellos consideran comportamientos «incivilizado»; es decir, la élite huamanguina quiere cambiar algunas costumbres y tradiciones, lo que a su mirada eran «indecentes», sobre todo el carnaval huamanguino y lograr hacerlo más «decente», como era en Lima; es transformarlo. Pero, esto no sucedió rápidamente, será durante todo el siglo XIX y parte del siglo XX que las continuidades carnavalescas siguen siendo las mismas, sin cambios ni rupturas en su celebración; de igual forma sucede con la fiesta de Todos los Santos y Difuntos, las corridas de toros y la pelea de gallos; y lo peor aún, continuará la concurrencia a las chicherías, cantinas, etc., que es notorio, que son formas de una cultura de resistencia comunitaria y afirmación de la subalternidad como algo valioso; la lucha de los «notables» tardó mucho para lograr los cambios supuestamente civilizatorios que deseaban de la clase subalterna en Ayacucho.

Los intelectuales de la élite de notables no cesarán en su deseo por controlar la cultura y las prácticas sociales de reconocimiento; reunidos en dicha comunidad, esperarán la década de los 30 para conformar un Centro Cultural y desde ahí poder desarrollar y llevar a cabo sus fines de civilizar al indígena e incorporarlo al sistema educacional y, desde este lado, poder lograr los cambios en sus hábitos y comportamientos al interior de la sociedad ayacuchana. Entre estos notables tenemos al Dr. Manuel Jesús Pozo, quien fue alcalde Huamanga en 1924; Dr. Pío Max Medina, senador por Ayacucho en 1919 y miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y Ayacucho, miembro del Centro Cultural Ayacucho, del Rotary club y del Centro Social 9 de diciembre, fundó el periódico *La Era* y *El Derecho*. Otro integrante de dicho CCA, fue el profesor Manuel Antonio Hierro Pozo, quien

fundó el centro escolar de varones «La Mar» N° 611 y que luego se llamó «Luis Carranza»; la profesora Inés Leonor Cárdenas Sánchez, quien fundó el Colegio Particular «Instituto Católico»; profesor Manuel E. Bustamante Jerí, quien escribió una serie de libros y artículos, miembro del Centro Cultural Ayacucho y organizador del Museo Histórico Regional; el profesor José Gustavo Castro Pantoja; el abogado Juan José del Pino; Lucio Alvizuri Bendezú, miembro del Centro Cultural Ayacucho; y el profesor Alfredo Parra Carreño, fundador del Centro Cultural Ayacucho, etc.

Por otro lado, tenemos a los empleados públicos que deseaban pertenecer e imitar a la clase dominante, que según Marcello Carmagnani, dicha clase burocrática debería tener el:

(...) mecanismo de subordinación es el clientelismo cultural y político. En el sistema electoral, el grupo intermedio recibe el derecho de ciudadanía y en consecuencia puede votar y ser votado. La clase dominante de notables en la ciudad le ofrece un modelo cultural que imitar, impidiéndole así que desarrolle una identidad propia, dado que la máxima aspiración de los miembros de este grupo consiste en esta época llegar a formar parte de dicha clase social dominante. La situación de otras capas sociales medias subalterna urbana, los lleva a un empobrecimiento cada vez mayor, que afecta sobre todo a los artesanos. Éstos presentan una evolución que les transforma de productores independientes en productos agrupados en un taller común administrado por un comerciante mayor económicamente, por eso que los artesanos se organizan en gremios y cofradías, que en el pasado habían sido instrumentos útiles para la defensa de su autonomía y desarrollando nuevas formas de organización, como las sociedades de socorro mutuo en la ciudad. (Carmagnani, 1984, p. 64)

Sólo así, la clase burocrática podía acceder mínimamente al círculo de notable de la ciudad. Por otro lado, la élite huamanguina no estaría bien identificada si no tomáramos también en cuenta que existía una pequeña clase artesanal que tenía diversas ocupaciones y las que conformaban los diferentes gremios de la ciudad de Ayacucho. Como lo han manifestado, Adela Camarena Lino, Juan Carrasco Calderón, Magna Ramírez de la Cruz y José Solís López, en su informe de investigación, manifiestan que “(...) la talabartería, representa una industria propia, produciendo muy buenos objetos; la zapatería, la hojalatería, etc., hacían competencia a los similares de importación y con sus productos proveen a otros mercados, como Apurímac y Huancavelica” (Camarena, 1976, p. 18) y Huancayo; ciudades cercanas al Departamento de Ayacucho. En la rama de la platería son notables los ayacuchanos con sus trabajos de filigrana de plata; pero, cada vez va en decadencia. Entre los artífices se distinguen al señor Berrocal, cuyo sobrenombre era “machcapapa” por lo borracón de su carácter (...) era uno de los plateros finos, cuyos trabajos eran

un primor, además se distinguía al señor Taca Alvarado; don Agustín Gutiérrez, el Sr. Vidalón, que además de platero era filigranista” (Camarena, 1976, p. 18). Dentro de la tradición huamanguina, se recuerda a esta actividad, gracias que una de sus calles llevaba el nombre de “plateros” (actualmente se le conoce como Jirón Lima).

En ese sentido, podemos afirmar, que, para fines del siglo XIX, dichos talleres artesanales familiares, aunque no están bien desarrolladas, se llevan en los barrios de la ciudad de Ayacucho, como:

Capillapata, San Juan Bautista, Tenería, Santa Ana, Soquiacato, Calvario, Arco, Magdalena, Conchopata. San Sebastián, Pampa San Agustín y Carmen Alto (...) son viajeros o mataderos; los de Tenería, curtidores; de Santa Ana, alfareros; los de Soquiacato y Calvario, del Arco, Magdalena, San Sebastián y Pampa San Agustín: Propietarios, agricultores, pulperos; los de Conchopata, tejedores y montañeses. De todos ellos los carniceros son los más acomodados económicamente, viven mejor, se alimenta bien, se visten con DECENCIA. Habitan casas confortables y hacen mejores fiestas religiosas y sociales. (Bustamante, 1943, p. 45-46)

Entonces, se ve aquí, no sólo las actividades artesanal y/o comercial que emprenden estos habitantes de los barrios, sino también la diferenciación social, es decir, que son los carniceros los que mejor viven y son catalogados como decentes, según Manuel Bustamante; pero, también podemos manifestar que a la par de estas actividades, durante fines del siglo XIX y las cuatro primeras décadas del siglo XX, éstas actividades tienen una continuidad en los diversos barrios de la provincia de Huamanga, donde existían hasta la década de los 40-50 (XX) pequeños talleres.

Según Manuel Antonio Hierro Pozo, para 1938, manifiesta, sobre actividad de la platería y joyería que estaban ingresando a una crisis económica:

Hasta hora sirven de base alimentación i vestido de nuestros pobladores indígenas los productos del medio; ejemplo, los barrios de San Juan Bautista i Carmen Alto se alimentan mejor i comen más carne que en los otros barrios i son gente robusta, porque son viajeros i carniceros (son famosos susachuras). La platería tuvo gran importancia cuando se explotaban las minas cuya extracción venía a recontarse en Huamanga. A esta base las obras de filigrana, joyería i platería nos dieron fama, pero en la actualidad, joyeros i filigraneros (sic) que sobreviven a faltan de piedras preciosas. (Hierro, 1938, p. 38-39, Revista Huamanga, N° 15).

Esto confirma que dichas actividades como la platería y joyería, estaban en decadencia y los que aún trabajaban en 1938, lo hacían para sobrevivir por la falta de la explotación de minas en Ayacucho. Además el mismo Antonio Hierro, agrega que “Huamanga ejerció siempre influencia

con sus industrias en los departamentos vecinos, donde los huamanguinos las establecieron i enseñaron. Actualmente las obras de filigrana se trabajan i venden en mayor escala a los turistas en Huancayo que en Ayacucho” (Hierro, 1938, p. 39, Revista Huamanga N° 15).

Los huamanguinos que confeccionaban todos estos tipos de objetos, en la talabartería, platería, en sombreros, en sillas para montar, en la piedra de “Huamanga”, etc, deseaban ser reconocidos, no sólo como buenos artesanos, sino que deseaban ser considerados como “vecinos notables”, de sus barrios; y es posible que así fuera, por su trayectoria dentro de su comunidad barrial. Estas ocupaciones domésticas y manufacturas indígenas, se ocupaban en la confección de pequeñas artes domésticas:

- Sombrerería, sastrería, zapatería, obrajería o tejidos de ponchos, frazadas, mantas, jergas, chejches, bayetas y chumpís;
- Zapatería, herrería, hojaletería, alfarería, albañilería.
- Mécanica, baulería, talabartería, tintorería, costurería, dulcería, panadería, heladería, cocinería, carnicería;
- Peluquería, lustraduría, encuadernación, tipografía, joyería, grabaduría, orfebrería, pintura, escultura,
- Música, canto y muchas otras que se relacionan con la vendimia en el Mercado o en el Comercio de ropa confeccionada y menestras diversas. (Bustamante, 1942, p. 120).

En su publicación “Ayacucho”, César Miro, ha escrito sobre el tema, diciendo dichos oficios en Huamanga o:

En esta ciudad, no han creado pintores ni poetas, pero han inspirado-es difícil dudar-el fino arte de la filigrana de plata, de tanta nombradía en todas las épocas de Ayacucho. El orfebre ayacuchano ha transformado el metal blanco en fino y delicado hilo con el que realiza los más bellos trazos. La filigrana que trabaja parece hecha con rayos de luna (...) lo mismo sucede con la “Piedra de Huamanga. Más dura que la arcilla, menos dura que el mármol (...) así la filigrana es obra del mestizaje, la piedra de Huamanga es medularmente indígena. Mientras la filigrana sale de la calle de Plateros, en el centro mismo de la ciudad, la piedra blanca adquiere forma en el típico barrio de la Parroquia de Arriba. (Miro, 1947, p. 14).

Nuestro autor menciona más oficios, como del tejedor indígena, el peletero que tienen sus industria en los barrios de San Sebastián, Carmen Alto o Munaypata; lo cierto, es que las ocupaciones artesanales dejaron huellas en la región y la propia ciudad capital del departamento, como los barrios de Santa Ana, se sigue confeccionando frazadas, mantas; en San Juan Bautista,

existe aún pequeñas tiendas de artesanos que confeccionan hojalatería, hasta el día hoy 2022; por supuesto, que muchas de estas ocupaciones han desaparecido, como el barrio de los arrieros de Carmen Alto, el de Conchopata, que se volvió un barrio gastronómico. Pero, las huellas del pasado, aún viven en el recuerdo de algunos huamanguinos.

El Dr. Luis Enrique Galván, educador, abogado y político ayacuchano, autor de una semblanza de Ayacucho, que se publicó en 1958, señala, al referirse a la ciudad de Ayacucho y a su población como a sus oficios, que “(...) las masas populares, indígenas y mestizas, plantaron sus tiendas en las áreas aledañas constituidas por los barrios, dedicándose a las actividades de la artesanía, de los oficios manuales, del arrieraje y del pequeño comercio:

Hasta hoy subsisten; el barrio de Carmen Alto o Qjarmenqa, en la falda del cerro Acuchimay, entre cuyos pobladores nativos predominan los ganaderos y carniceros del mercado; el de San Juan Bautista, de las ferias dominicales agro-pecuarias; el de tenería y Qjoncho-pata, con sus afamadas curtiembres y Pilacucho, donde, según la tradición, se radicó la primitiva población de los conquistadores hispanos (...) los barrios del Calvario del Arco, de Huancasolar, de La Magdalena o Huray Parroquia y otros, habitado por los músicos populares, los cueteros, los escultores de la piedra de Huamanga, los talladores de madera e imagineros, los filigraneros y plateros, y los varios artesanos que han dado justo renombre a Ayacucho. (Rivera, 2004, p. 114)

Se comprueba, entonces, que a través de los oficios artesanales a que se dedicaban los ayacuchanos de la segunda mitad del siglo XX, en los diversos barrios aledaños al Cercado de Huamanga (ciudad de Ayacucho). En conclusión, tanto la élite, la clase burocrática y la clase artesanal, fueron parte de esas clases sociales que aún se mantienen divididas económica y culturalmente, en toda la provincia de Huamanga.

Es por eso que a pesar de los esfuerzos de la comunidad de notables o élite huamanguina de modernizar el departamento no se logró a cabalidad dicha modernización; no existe un aeropuerto, para 1924 a 1950, la carretera “La Mejorada”, inaugurada en 1924, estaban en malas condiciones; es decir, Ayacucho, a pesar de las celebraciones del Centenario de la Batalla de Ayacucho realizada en 1924 y posteriormente el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga para 1940, no encontró su progreso y desarrollo esperado; a pesar de algunas obras públicas que señalaremos más adelante; lo que sí mantuvo, fue su tradición y sus costumbres ancestrales, como el carnaval, la Semana Santa, la fiesta de Todos los Santos y Difuntos, sus fiestas patronales, etc.

Es por eso que el Dr. Luis Enrique Galván, señala, que en la base de la “estructura social se encuentra la enorme:

Población indígena, analfabeta y miserable, que en las haciendas y en los campos perpetúa el régimen feudal de los siervos y hombres de la gleba, sometidos a un trabajo gratuito de pongos y aparceros o de peones a bajo jornal, sometidos a una organización patriarcal más o menos benévola, o despótica de los dueños, los señores hacendados. (Rivera, 2004, p. 120-121).

El panorama descrito por Luis Galván, es descripción, de cómo subsistían los indígenas en Ayacucho, sin educación y sólo su apego a la tierra, y al inagotable trabajo en las haciendas. Una mirada que nos conduce a interpretarlo como el atraso y el olvido en la que estaba sumido está clase subalterna para los inicios de la segunda mitad del siglo XX; y sí los indígenas vivían así, nos podemos imaginar cómo eran su vida durante la Colonia y la naciente república del siglo XIX.

Antonio Zapata, confirma esto en su publicación “Historia y Cultura de Ayacucho”, al decir que en

Ayacucho se continuó producciones de telas y bayetas, esta vez a cargo de telares o chorrillos, familiares; es decir, manufacturas más pequeñas que funcionaban en los barrios de la ciudad. En ellos trabajaban el tejedor con toda su familia, eran empresas familiares. (Zapata, 2008, p. 130).

La Huamanga del siglo XIX y parte del siglo XX es, según Marcel Velásquez, una ciudad tradicional:

Ciudad marcada por los sonidos de las campanas, la lectura de los bandos, el ruido de las fiestas, los cantos religiosos, las salvas de la artillería y mosquetería, etc. Además, el espectáculo público (fiestas religiosas, fiestas profanas, procesiones, autos de fe, ejecuciones, castigos corporales y representaciones teatrales) colmaba la especialidad y temporalidad de la urbe. Estas espectaculares se concentraban, principalmente, en la plaza, el cuadrado que funcionaba como el centro articulados de la vida simbólica urbana. (Velásquez, 2013, p. 50)

Lo manifestado por Marcel Velazquéz, es una descripción de una ciudad tradicional y como lo ha manifestado el sociólogo Aldo Panfichi para Lima, dice que el:

Crecimiento de Lima hasta fines del siglo XIX. Este fue un proceso de urbanización espontaneo, lento, y desordenado, como en la mayor parte de ciudad hispanoamericanas. El trazo de calles y manzanas no siguió la rígida orientación del damero, sino que la ciudad creció alrededor de construcciones urbanas muy localizados, llámense parroquias, iglesias, u hospitales. En este proceso de urbanización temprana no existía una clara diferencia en la ocupación del espacio residencial por parte de la aristocracia

limeña y la plebe urbana. Al lado de grandes casonas, se encontraban callejones de esclavos, indios, y miembros de las castas. Y junto a ellas talleres de artesanos, chinganas, y construcciones propiedad de la iglesia. (Panfichi, 2012, p. 8)

Y es casi igual para el caso del Departamento de Ayacucho, donde su urbanismo se dio lentamente, sobre todo durante la tercera década del siglo XX; esto significaba que a pesar de querer cambiar el rostro de la ciudad:

La proximidad residencial de diversos grupos étnicos y sociales no significó el abandono, por parte de los vecinos pudientes, de la idea colonial de vivir separados de las castas inferiores. Por el contrario, al no poder evitarlo, estas familias se recluyen en los espacios interiores de las grandes casonas que se caracterizaban por las paredes exteriores altas, los balcones y las ventanas enrejadas. Estilo arquitectónico que buscó hacer explícitas las diferencias y separar con nitidez la vida familiar aristocrática con la vida diaria de la plebe. (Panfichi, 2012, p. 16)

Entonces, a fines del siglo XIX, al interior de la ciudad de Ayacucho, “las manzanas tienen, además, como rezagos de otros tiempos, pequeñas huertas o espacios vacíos en la parte central de los lotes. Asimismo, en sus calles se distribuían grandes casonas, casas solariegas, callejones, solares, y tiendas” (Panfichi, 2012, p. 17). Por lo tanto, Ayacucho, seguía siendo una ciudad desordenada ante de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924.

Desde esta mirada, las continuidades en todo Ayacucho no se transformaron rápidamente, sino que más bien se afianzaron y fueron parte del acervo cultural y de sus costumbres de aquellos tiempos. Finalmente, la comunidad de notables, a pesar de todo, estará constituida por los que influyan en el poder político local, y serán quienes propongan la idea de progreso y desarrollo para la región ayacuchana.

Otro segmento de la sociedad que conforman la «comunidad de notables» lo constituyó el clero ayacuchano. ¿Quiénes ejercen el poder en la iglesia cristiana de esta época? Son los miembros del Obispado, quien ejercieron poder e influencia entre los miembros de la comunidad de notables; así tenemos a los Obispos entre el siglo XIX y XX. El sacerdote, Ángel Martín Laurente Campos, ha señalado a diversos miembros del Clero ayacuchano que tuvieron alianzas políticas con la élite huamanguina, entre ellos tenemos a: Francisco Matienzo Bravo del Ribero y Abarca; José Antonio Martínez de Aldunate y Garcés, que estuvo en Huamanga en 1804-1808; José Silva y Olane; José Francisco Ezequiel Moreira, llegó a Huamanga en 1865; Juan José Polo, estuvo en Huamanga en 1875 y falleció en 1882. Durante el siglo XX, los Obispos más representativos fueron: Fidel Oliva

Escudero, quien estuvo en Huamanga en 1900 y vivió 35 años en Ayacucho; Fr. Francisco Solano Munte, quien llegó el 30 de mayo de 1936 hasta 1940, cuando renunció” (Laurente, 2014, pp. 60, 61, 66 y 69). Desde la fundación de Ayacucho, el clero siempre tuvo un lugar privilegiado y siempre conformó el círculo de la comunidad de notables. Podemos afirmar, que durante toda la segunda mitad del siglo XIX, los diversos Monseñores, señalados, estuvieron, en las ceremonias públicas, invitados por la comunidad de notables de la ciudad. Durante las primeras décadas del XX, uno de los obispos que se destacó y tuvo influencia en asuntos políticos y sociales fue el Monseñor Fidel Oliva Escudero³; dicho Monseñor no solo estaba en las diversas ceremonias cívico-patrióticas, sino es quien da las bendiciones en las inauguraciones de monumentos conmemorativos a los héroes y, también, en la remodelación de la Plaza Mayor. Además, es quien asiste a las fiestas organizadas por el círculo de notables de la ciudad, por ser la cabeza del clero. El Monseñor Fidel Oliva Escudero, en su tiempo logró editar algunas obras religiosas y un libro de Historia, que lo titula *Apuntes para la historia de Huamanga (o Ayacucho)*, en 1924. Además, fundó el periódico “El Estandarte Católico” en la ciudad de Ayacucho, en 1900.

Esta alianza entre el Clero y el poder político en Ayacucho, se ve reflejado en las palabras del Antropólogo Luis Millones, al señalar:

No puede sorprendernos que la relación Estado-Iglesia funcionase de esta manera en Ayacucho y se reflejase en la vida cotidiana, como lo documentan las fotografías (...) Los ayacuchanos, desde su ciclo vital estaban pautados por rituales que consagraba el sacerdote. Bautismo, confirmación, confesión, comunión, matrimonio (u orden sacerdotal o profesión monjil) y extremaunción eran los hitos de la vida a los que concurrían los fieles. (Millones, 2005, p. 18)

Una verdad inconfundible, porque desde la fundación de la Universidad de Huamanga, el 3 de julio de 1677, las Cátedras que se dictaban era de Teología y Artes, para formar a sacerdotes mayormente; posteriormente en otras profesiones, de ahí la relación Estado-Iglesia en Huamanga Colonial.

³ Nació en Lima, provincia de Pomabamba, Departamento de Anchas, el día 22 de setiembre de 1850, hijo de Don Mariano Olivas y Doña Juliana Escudero, cursó la Instrucción Media y Superior en el Seminario Conciliar de Santo Toribio, terminado sus estudios eclesiásticos en el Seminario Central de Santiago de Chile, siendo ordenado de presbítero el 1 de abril de 1876. Enseñó en la Universidad de San Marcos, alcanzó la borla de Doctor en Sagrada Teología. En su provincia fundó el periódico “La Justicia”. En 1895 salió elegido Diputado por Pomabamba. El 19 de abril fue preconizado como Obispo de Ayacucho por el Papa León XIII” (Laurente, 2014, p. 69).



El clero ayacuchano. Década 40 (XX). Foto N° 4

La “iglesia, como local (y en Ayacucho había más de dos docenas de templos), era uno de los centros del quehacer social, done convergían los vecinos, por lo menos, para las misas y los rosarios” (Millones, 2005, p. 18). Muy cierto, en tiempos coloniales, casi la totalidad de los habitantes (los notables pertenecientes a la élite, mestizos, indígenas, etc) frecuentaban los templos y si por si acaso los indígenas no ingresaban a un templo, porque no era necesario hacerlo, simplemente, se arrodillaban en pleno mercado de abastos que funciona en la plaza mayor de la ciudad de Ayacucho, véase la fotografía.



Vista panorámica de la catedral y mercado de abastos de la ciudad de Ayacucho, donde se observa a las vivanderas con los famosos quitasones. Viéndose también a los indígenas arrodillados por es la hora del Ángelus. 1899. Foto N° 5.

En las fiestas principales, Corpus Christi o Semana Santa

Eran ocasiones para que las autoridades locales y el clero participen mostrando su rango. No siempre los responsables de la celebración tenían que ser los líderes de la comunidad, muchas veces los gremios de cierto poder, como los panaderos, podían asumir el cuidado de algunas imágenes o el total de la tarea de un día festivo. Dentro de este contexto, la participación de las escuelas y colegios era muy importante. (Millones, 2005, p. 18)

Entonces, la participación de dichos gremios se debería, desde nuestro punto de vista, a la religiosidad que habían influida en la mentalidad colectiva del poblador huamanguino de la época (XIX-XX).

CAPÍTULO 3

Clase subalterna: Una clase excluida del poder local

3.1. Introducción

Hemos tratado en el capítulo anterior de la clase subalternante o dominante en el Ayacucho de nuestra consideración metodológica. Como el centro del interés es sin embargo rescatar la memoria histórica de los invisibles y subalternos que se expresan a través de prácticas simbólicas de identidad, por cuya preservación se hallan en tensión con sus dominadores, corresponde a nuestro trabajo ahora describir de la manera lo más detallada posible a los agentes que corresponden a la clase excluida por el discurso hegemónico europeo de las élites, de la “gente decente”. Trataremos pues, de identificarlos en las páginas que siguen.

3.2. Los mestizos frente al poder político

Según, Waldemar Espinoza Soriano,

mestizo quiere decir gente mezclada de ambas naciones. Dicha terminología fue impuesta por los primeros españoles que tuvieron hijos en las indias. Y que en América decirle a cualquiera mestizo constituía una muestra de menosprecio (...) En la colonia, la palabra mestizo encerraba una sola expresión: la mezcla biológica del español con indígena. (...) hoy (XX) el mestizaje es muy amplio, fluido, es el entrevero de “todo los humanos” y no el mestizaje reducido como en la colonia: únicamente de blanco e indios. (Espinoza, 1997, p. 276)

En una sociedad donde el elemento étnico difícilmente se puede diferenciar del cultural y el económico, se torna ciertamente complejo hacer referencia a los excluidos y sus tipos, así como a su rol dentro de la sociedad en la que pugnan por preservar su identidad. Si bien hemos insistido en el estrato indígena como el sujeto subalterno, también los mestizos son un grupo significativo.

Según el viajero norteamericano, Lardner, Gibbon, para 1851, menciona a algunos mestizos que encontró y manifiesta:

En una herrería encontré a unos MESTIZOS que empleaban carbón de palo y al preguntarles si hacían uso del de piedra todos pararon súbitamente el trabajo, y se mostraron muy asombrados de que el carbón se extrajera de la tierra así como el hierro. Uno de ellos me mostró un trozo de carbón de palo y me preguntó que si alguna vez había visto otro antes. Como estaba herrando una mula me quedé para ver el trabajo (...). (Núñez, 1973, p. 77-78).

Este relato nos muestra como los mestizos, entablan un dialogo con el viajero extranjero y le muestra su inquietud sobre el carbón de palo. El tema de los mestizos no ha sido tan trabajado para el siglo XIX y mucho menos para la colonia, aquí, sólo señalamos como estos mestizos poco a poco van a integrarse durante el siglo XX, como una clase subalterna sobresaliente.

José de La Riva Agüero, viajero que llegó a tierras ayacuchanas, en 1912, comentaba:

Ayacucho es la rancia mestiza españolizada de la Colonia, que mantiene inmutable entre sus cerros las creencias y las costumbres que le enseñaron sus padres los Conquistadores. Viviendo su tradición y consciente de su melancolía decadencia, no exenta de altivez, sueña y quizás espera, como sus hermanas, las otras viejas ciudades andinas del histórico Perú. Sucre, Potosí y Cochabamba en Bolivia, el Cuzco, Ayacucho, Huánuco y Cajamarca en el Perú Bajo, tierras quechuas benignas y tristes (...) hasta que su raza, despierte del letargo, vuelva a creer en sí mismas, a vibrar y a restaurar dentro de la historia americana el privativo ideal que va ingénito en su peculiar mestizaje. (Rivera, 2004, p. 190-191).

Nuestro viajero peruano, nos indica como Ayacucho, aún con su mestizaje españolizado, sigue viviendo de sus creencias, costumbres y tradición; y, que aún, no tienen el ansiado progreso, viven en la decadencia y esperando que sus autoridades lo sacaran del letargo en la que se encontraba aún por 1912.

El intelectual Lucio Alvizurí, al referirse sobre los mestizos para 1935, comentaba:

Las provincias de Huamanga, Cangallo, Víctor Fajardo, Huanta, La Mar, están pobladas de un mestizaje, a todas luces saltante... esta raza constituye el *nuevo indio* de estos lugares. Este mestizaje tiene fundamentos básicos para su manera de ser (...) la formación del mestizaje aumenta en Cangallo y en Paras (...) el neo indio, por su raza mestiza no puede llamarse tal, sino en atención a su falta de educación, al desconocimiento del idioma castellano y sobre todo a su vestimenta singular, formada por pequeñas indumentarias rezagos de cuanto usaron los súbditos del inca, como son el chuco (sic), el chumpi(sic) y las ojotas (sic), teniendo por lado como parte de su vestido actual, el saco o chamarra y el pantalón españolizado, e inseparable poncho. (Alvizuri, 1935, pp. 85-86)

Con esta descripción de Lucio Alvizuri, nos da una idea de cómo se vestían estos mestizos para su época y como lo señala, para civilizarlos simplemente es darle una buena educación y es seguro que se incorporan a la vida cotidiana del habitante de la ciudad, es decir, de aquellos como ellos vinieron y se incorporaron a la vida urbana de a ciudad de Ayacucho, habitando los barrios de sus alrededores.

Según, Rosa Escarcena Arpaia, entre los mestizos existían los llamados mestizos plebeyos:

Son los que constituyen núcleos de elementos de cierta cultura en las pequeñas poblaciones de distritos, así como de las provincias i el mejor porcentaje de los pobladores indígenas de las ciudades más adelantadas. Su mestizaje está denunciado por sus apellidos, que corresponden a Rivera, Calderón, Martínez, Suárez, Paredes, Cordero, López, Pizarro, etc. (Escarcena, 1938, *Revista Huamanga*, p. 8 N° 16)

Por otro lado, también existió el indio civilizado, al que se le:

Llamo así al indio poblano de distritos, villas i aldeas; muchos de estos se infiltran entre los habitantes de las capitales de provincias (...) no obstante de que viven ya en contacto con centros habitadas por las costumbres de la civilización occidental, sin embargo, tienen bastante arraigo a los hábitos de los indios campesinos. El vestido de los hombres consiste en saco i pantalón de cordero para los que viven en los distritos i aldeas, pues los de las provincias i barrios de Ayacucho usan de casinete; la camisa es de tocuyo, los zapatos toscos de cuero de res, no usan medias; el sombrero es de vicuña o lana de oveja confeccionado por ellos mismos, poncho de hilo de oveja teñido en color vicuña menos burdo, que el del campesino i más largo; llevan para la coca, pizcas confeccionadas por talabarteros de badana o cuero. Las mujeres visten de faldellín de castilla de colores, enaguas de tocuyo, chaquetas de olán, lliclla o manta de castilla que llevan a la espalda prendida al cuello con tiques o alfileres grandes de metal, usan zapatos toscos, sin medias, sombreros de lana de oveja o de vicuña; se adornan los dedos con anillos de metal amarillo i usan aretes en las orejas. Su alimentación es más variada que la del indígena, pues consisten en chupes de cereales con cecina o carne fresca, guisos de habas, arvejas, de unas hierbas llamadas *ataccu* parecidas a la espinaca etc. los hombres usan la coca i fuman cigarrillos confeccionados con un tabaco bastante ordinario. (Escarcena, 1938, *Revista Huamanga*, p. 31 N° 15)

Sobre el mestizaje o los mestizos, el historiador Pavel Trigos Jayo, nos dice que “la gente del Ande hacía poco empezado el conflicto del idioma, si se hablaba el castellano puro, no se podía decir del paisaje ni del mundo interior. Porque el MESTIZO no ha logrado todavía dominar el castellano con su idioma y el Kechwa es aún su medio legítimo de expresión, cuando observamos de José María Arguedas también reproducía las formas en que ciertas prácticas culturales desracializaban (sic), es decir que no podía seguir siendo indio, sino que en este discurso ese poblador rural articulados a los ámbitos o manejos de otras prácticas, como podía ser el idioma, les envolvía a ser mestizo” (Trigos, 2014, p. 128).

El indio mestizo culto, se diferencia del mismo indio rústico *puru runa* o del indio semicivilizado o *chacra runa*, el primero es el habitante de la puna mientras que el segundo, pertenece a la comunidad y nunca ha salido de su lugar; mientras que el mestizo culto:

Viste de casimir, generalmente de manufactura nacional, para los días de fiesta de casimires extranjeros, usan el vestido que todos conocemos, con camisa blanca, cuello i corbata. Conoce el uso del reloj de bolsillo o de pulsera, usan sombrero extranjero fino, calzado de hule o de cuero fino i calcetines. Proscriben el empleo de la coca; su mesa es la de cualquier hombre civilizado, bene vino, cerveza, cognac (sic) i aguardiente de uva. (Escarcena, 1938, *Revista Huamanga*, p. 10 N° 16)

Está diferencia de clase social, hace de los mestizos culto, que poco a poco pertenezcan a la clase media y lograr ocupar cargos públicos en las instituciones públicas de la ciudad de Ayacucho. Según José María Arguedas, citado por Pavel Trigo, refiere sobre los mestizos:

La clase de los mestizos es la más extensa en la ciudad de Huamanga, la clase señorial ocupa un pequeño sector de la ciudad, ahora semi vacío y frecuentemente poblado de inquilinos mestizos. Los barrios de San Juan Bautista y Karmenka (sic) son de arrieros y carniceros, Santa Ana de tejedores, los tres están considerados como los más indios, pero en realidad están habitados por mestizos bilingües. (Trigos, 2014, p. 131-132)

Entonces, José María Arguedas, en su artículo insertado en la revista “Huamanga”, nos confirma que presencia de los mestizos en dichos barrios tradicionales, y que muchos aún consideraban, para sus tiempos, llenos de indios.

En lo referente a la mujer mestiza de Ayacucho, Rosa Escarcena, nos comenta:

Las mujeres constituyen el tipo esencial DE LA MESTIZA HUAMANGUINA, mujer de tipo atrayente de tez blanca o ligeramente morena, de ojos grandes i negros. Su vestido es más vistoso i consiste en falda de merino o cachemina (sic) de color entero, pero claro, llicllita de castilla adornada d una urdimbre especial; chucupa de castilla adornada con prenda, ambas piezas llevan al contorno cintas labradas de seda; completan con el medio traje especie de monillo de seda, popelina o percala; calzan medias de seda i zapatos de hule. Usan chucupa en forma de triángulo que llevan sobre la cabeza, lo que le da un aspecto simpático i peculiar cuando caminan por la calle; desdoblada esta chucupa, les sirve de manto con que se cubren desde la cabeza para concurrir al templo i a la procesiones. Este vestido es muy costoso, pues todas las prendas no se pueden adquirir por menos de cien soles oro. (Escarcena, 1938, *Revista Huamanga*, p. 10 N° 16)

Como se podrá observar, tanto las mujeres como los varones, se diferencian por su modo de vestir y de su comportamiento, asumiendo conductas casi civilizadas del hombre blanco que habita la ciudad de Ayacucho, por está épocas. Al decir de José María Arguedas, sobre el traje de las mujeres huamanguinas, se refiere que

El traje de las mestizas huamanguinas y la airosa figura que tal vestido les imprime, transmiten la sensación viva de cómo los hispanos imprimieron un sello en la cultura de los indios que se vieron precisados a vivir juntos a los colonizadores, con un dominio,

con una capacidad conversión mucho mayor que en otras ciudades serranas del Perú. (Trigos, 2014, p. 129)

Por otro lado, está moda de aquellos tiempos, es una influencia -en el caso de las huamanguinas- de las mujeres de Huancayo, según José María Arguedas, citado por Pavel Trigos:

En este recuento histórico de Arguedas sobre el pasado local de Huamanga (...) también comprendía la intervención de la cultura mestiza, en tanto las provincias de Huancavelica y la propia Huamanga están sufriendo la influencia penetrante de la mestiza de Huancayo. (Trigos, 2014, p. 129)

En ese sentido, en los barrios de Ayacucho se les denomina mestizos, esto por su vestimenta que usa y sus hábitos de comportamientos; además, les gusta tomar el aguardiente y en su mayoría son músicos, a pesar de que en sus tiempos vivían en viviendas muy rústicas. Juan José Del Pino dice al respecto:

(...) es decir, esos compatriotas, que viven en chozas, que no saben leer, que calzan ojotas y visten con telas tejidas por ellos. Tienen también música y sus cantos pertenecen a las clases populares. Lo que lo forman son *unos mestizos*, conocidos comúnmente con la designación de cholos (...) el tipo social del que nos ocupamos, lleno de colorido, expresión donaire (...) examina el progreso urbano de otras ciudades, principalmente de Lima y asimila de alguna manera sus costumbres que observa. El mestizo, tratándose de su música, tiene dos almas. Por su sangre indígena tiene ligera afición a lo sentimental; y es alegre porque lo fue o lo es el progenitor de la otra rama. (Del Pino, 1944, *Revista Huamanga* N° 57- 58 pp. 4-5; subrayado nuestro).

Es interesante subrayar en este tema de los mestizos en Ayacucho que la implantación inicial del sistema republicano fue asumida por los sectores criollos-mestizos con mucha carga ideológica y con una plena identificación por las posibilidades de participación política. Las ilusiones y expectativas iniciales se confrontaban en un contexto de muchas dificultades, “bajo la forma del republicanismo impotente” (Rivera, 2021, p. 282). Progresivamente iban desechando el nivel subjetivo (la idealización del sistema) y de un debilitamiento de la voluntad política (lealtad y fidelidad) con el régimen político. Los nuevos símbolos patrióticos y el discurso oficial fueron asumidos como un sistema de legitimidad. Rápidamente comprendieron que el sistema les confería mayores oportunidades privadas. Se centraron en actitudes pragmáticas, sus exigencias aspiraban a una mayor satisfacción personal. Sin embargo, los sectores no-indígenas (mestizos) no constituyeron una entidad monolítica y homogénea: en su interior existían rasgos sociales, económicos, culturales diferenciados; alentando un proceso de definiciones del status político-social, que a la vez aceleraba la recomposición de los grupos de poder, la discriminación y el

racismo, que jugaron un rol preponderante como mecanismo excluyente; delinearon las conductas que potencialmente integraron a los criollos con pretensiones de monopolizar el poder público. En este sentido controlaron la «comunicación oficial» para auto legitimarse y que la opinión pública los reconociera como representantes legítimos del pueblo. Según Mauro Vega, un viajero francés para 1848 decía «los blancos desprecian a los mestizos y a los indios» (Vega, 1992, p. 16). Sin embargo, los mestizos ocupan desde la Emancipación puestos importantes en el ejército y la administración. La guerra de la Independencia exaltó la ambición de los mestizos. La composición social de las ciudades merece un trato aparte.

Dentro de las ciudades los criollos y los mestizos tenían una representación mucho mayor. La ciudad era el centro tanto de la vida política como de la religiosa, siendo asimismo el centro de la actividad comercial; por ejemplo, en Ayacucho, la Plaza Mayor seguía siendo el centro del comercio, ya que aquí se ubicaba el mercado de abasto y alrededor de ella las principales casas de las autoridades (Alcaldía, Prefectura, Subprefectura, Universidad, etc.). Según el historiador Cristóbal Aljovín, esta división primaria entre las ciudades, de un lado, y los pueblos, aldeas y haciendas, del otro, se tradujo directamente en las tasas de alfabetismo (Aljovín, 2000, p.64), y esto era lo que ocurría en el departamento de Ayacucho durante todo el siglo XIX y parte del siglo XX. Vamos a tratar de explicarnos ahora un poco con recurso a material fotográfico.



Familia notable de clase media: Familia Arriaran con sus dos empleadas. Foto: Baldomero Alejos. Foto N° 6

En la foto N° 6, se manifiesta lo siguiente:

“puesto que una foto refleja la realidad, una sociedad fracturada y desigual proyectará todas las costumbres derivadas de esa realidad a la hora de fotografiarse. *Las sirvientas o trabajadoras del hogar* vestidas con uniforme se arrodillaban a los pies de sus amos sea solo para evitar confusiones a la hora de identificar a los miembros de la familia de los que no lo son, sea porque se les consideraba inferiores en algún sentido, o demostrar que no tenían los mismos derechos” ([www.fotosbaldomeroalejoes](http://www.fotosbaldomeroalejoes.com) consultado 30 junio 2018; el subrayado es nuestro).



Familia de comerciantes o artesanos Delgadillo Torres. Foto N° 7. Baldomero Alejos.

Sobre los mestizos se manifiesta que por más que estuvieran bien económicamente no eran considerados en los círculos de los notables, y así lo atestigua Betty Flores de Fajardo, de 52 años de edad, citado por Mayu Mohanna al decir:

Y así tuviera plata, ese cholo se ha hecho plata, porque tienen plata ¿no? Y ese no entra al grupo de nosotros, solamente familias conocidas con apellidos, Por ejemplo, hay gente... te voy a ser más explícita, por decir, Velarde Álvarez, Fajardo, Ruiz de Castilla, todos ellos entre los hijos eran amigos. Pero personas así, de gente humilde, no podían estar en el grupo. (Mohanna, 2001, p. 122)

Entonces se confirma que los mestizos, por más logro que obtuvieran, casi nunca lograban codearse con los miembros de la comunidad de notables, y mucho menos con los del poder político local, que pertenecen a la élite; esto sucederá posteriormente en la década de los 30 a 40, donde algunos son aceptados en clubes sociales, como lo veremos más adelante en nuestra tesis doctoral. Sin embargo, según Walter Alejos manifiesta que:

El proceso de modernización y desarrollo de la ciudad y el acceso de la población a las nuevas obras viales y de infraestructura, la composición del tejido social fue cambiando de modo que la clase media, los mestizos, artesanos y los trabajadores de mando medio se involucraron en este proceso que también fue de orden cultural, por lo que entre sus costumbres empezaron a valorar la necesidad de fotografiarse en los estudios de Baldomero. Llegaban de las provincias aledañas como Huanta, San Miguel. Posteriormente también un pequeño sector de la población campesina visitó sus talleres fotográficos. (Alejos, 9 de abril 2018).

Como dice, Luis Millones, recuérdese además que, en aquella época:

Las fotografías retocadas de los padres de familia eran (junto con las imágenes religiosas) el necesario decorado de la sala de las casas. Tomarse una fotografía era un acto formal que requería una ropa pertinente y una postura adecuada, y por tanto la interacción previa con el fotógrafo, que podría sugerir la actitud y vestido de los clientes si lo veía conveniente. La conversación incluía los alcances del retoque para que las imágenes se acercasen a la forma en que los clientes querían ser vistos, cercanos o no a lo que, en primera instancia, reflejaba el lente de la cámara. (Millones, 2005, 7)

Y así, fue, casi siempre con los diversos fotógrafos que estuvieron viviendo en la ciudad de Ayacucho y tuvieron sus estudios en el corazón de dicha ciudad, ahí iba los notables, las damas de sociedad, las mestizas y mestizos, hasta los propios indígenas, que fueron retratados por don Baldomero Alejos en la década de 1920-1940. Comprender que la fotografía retrataba a los mestizos, se ha podido ver en las fotos mostradas líneas arriba, y se nota que siempre eran los patronos los que figuraban como poses altaneras, como sinónimo de dominio ante los sirvientes o empleados del hogar. Son tiempos, diferente al nuestro pero que reflejan una realidad que tenían muchos mestizos por estos tiempos en la ciudad de Ayacucho.

Otro viajero que llegó a tierras huamanguinas, fue Don Luis Alayza y Paz Soldán, para 1943, afirmaba, que “sí bien Huamanga es ciudad española, esto no la exime del mestizaje. Operarse éste en forma biológica por la mezcla de sangres (...)” (Rivera, 2004, p. 234).

Entonces, cada viajero e intelectual que narró algo sobre la ciudad española de Ayacucho, durante el siglo XIX y siglo XX, no deja de mencionar a los mestizos que habitan los barrios cercanos a la ciudad capital del Departamento.

3.3. Clase indígena: Los marginados de la sociedad

Como ya adelantamos, el sujeto social que recibe los embates contra el reconocimiento de su identidad en sus expresiones simbólicas populares es el indígena; es al indígena a quien se denuesta por sus prácticas identitarias como salvajes, incultas, bárbaras, etc. **¿Cuál es la definición que se les da a la clase indígena de Ayacucho por estos tiempos?**

Antes de definirlos, veamos lo que nos dice Waldemar Espinoza Soriano, sobre la terminología indio e indígena; primeramente:

Indio fue el nombre dado por los españoles a los habitantes originarios del Nuevo Mundo o América, designación que se ha extendido y ha perdurado hasta hoy para quienes pertenecen a esta raza. Designar genéricamente llamando indios a los habitantes oriundos de América fue un hecho absolutamente arbitrario, nacido de un grave error (...) la denominación de indígena, en cambio, si cuadra, porque dicha terminología se refiere o los naturales o nacidos en cualquier lugar del mundo. (Espinoza, 1997, p. 186), el subrayado es nuestro).

Y como dice nuestro historiador, lamentablemente, el llamar indios a los naturales de los pueblos de la serranía, fue algo que permaneció casi por siempre. Además como lo asegura María Emma Mannarelli y Margarita Zegarra:

La población indígena vivía sometida a formas premodernas de reclutamiento y trabajo que perpetuaban su opresión. Había servidumbre-yanconaje y pongaje-en las extensas y tradicionales haciendas de la sierra, y también sirvientas en las casas de los sectores medios y altos urbanos. Todo esto, por un Estado que, si bien se volvía menos patrimonial, no incorporaba en su modernización a las mayorías indígenas, postura justificada en la ideología del socialdarwinismo. (Mannarelli & Zegarra, 2021, p. 180)

En ese sentido, no sorprende que, desde inicios del siglo XIX, el Intendente de Huamanga, llamara “indios” a los que habitaban un sector de la ciudad, sobre todo el de los barrios cercanos y los pueblos cerca a Huamanga. El Intendente Don Demetrio O’Higgins, para 1802, en su informe, habla sobre los indios y sus costumbres para el trabajo:

(...) me detuve ocho días en esta quebrada, y logré que, concurriendo cada día 700 hombres, costeándoles de mi peculio, carne para su comida, chicha para beber, y la coca, sin la que no trabajan. Coca, así se llama una planta indígena del Perú (...) el zumo es muy corroborante, y para los indios es de un alimento que parece increíble; se cree, y no sin razón, que los preserva de muchas enfermedades (...) el uso que hacen de ella es masticarla, para lo cual se mezclan con una especie de greda o tierra blancuzca que llaman mambi, ; ponen en la boca algunas hojas de coca con la porción correspondiente de mabí, las mascan (...) los indios prefieren la coca a todo alimento mientras están trabajando, haciendo viajes largos y pasándose días enteros sin comer; sin embargo, se mantienen robustos, vigorosos

y alegres. La falta de coca es tan sensible para los indios, que no es posible hacerlos trabajar sin ella, particularmente en las minas. (Morote, 1975, p. 206-207)

Esta realidad, narrada con detalles sobre la costumbre de los indígenas de Ayacucho, es algo que posteriormente muchos viajeros e intelectuales describirán sobre este personaje de la serranía. El Intendente Demetrio O'Higgins, se impresiona sobre dichas costumbres y considera que era vital que la coca se les dé para que puedan trabajar en las chacras, haciendas, obrajes o minas, y lo más resaltante es que con el masticar de la coca, los indígenas no sufren enfermedades y se mantienen robustos y alegres, como lo asegura el Intendente. Él los considera indios y no indígenas; aclaramos que es la manera de calificarlos, para su tiempo.

El viajero norteamericano que visitó la ciudad ayacuchana, como fue Harry A. Franck, en 1917, aseguraba:

(...) la población es en su gran mayoría india-a menudo en diluida forma-y las personas genuinamente blancas son decididamente raras, no llegando ni al diez por ciento (...) los indios de la región aún tejen pesadas frazadas de lana (...). (Rivera, 2004, p. 195)

Nuestro viajero, pues, se admira, de la gran cantidad de indios que existen en la ciudad y seguramente en los barrios; lo interesante es que nos asegura que aún mantienen sus actividades artesanales, al decir que aún tejen. La mirada de un extranjero, ve con asombro a los indígenas, porque para él estos hombres son algo exótico, seguramente por su forma de vestir o de hablar el quechua. Según, Paulo Drinot, señala que Harry Franck, “nunca deja pasar una oportunidad para expresar sus ideas racistas sobre el indígena peruano y, en realidad, sobre toda la población latinoamericana en su relato” (Drinot, 2013, pp. 199-200).

Durante la tercera década del siglo XX, un intelectual del Centro Cultural Ayacucho, propone lo que Waldemar Espinoza manifestó sobre el concepto de indígena que es más acertado y no el de indio, que suena más despectivo. Nuestro intelectual ayacuchano, propone:

Existiendo en nuestro medio (Ayacucho) el neindio, aclarado su manera de ser convendría que se defina la confusión que existe, empleando el término INDÍGENA, al que no se toma en la significación que le corresponde. Tanto en los bautisterios, como en las parroquias, en que se tramitan los matrimonios católicos, existen aranceles especiales para indígenas, cuando en realidad son para los neindios, puesto que INDÍGENAS son todos los naturales de un lugar. (Alvizuri, 1935, p. 87)

Muy tempranamente, la discusión de la terminología de “indio” o “indígena”, causó dificultades para diferenciarlos; pero, como se nota, ambos académicos, uno historiador (Wademar Espinoza) y el otro (un profesor de colegio como Lucio Alvizuri), ambos en tiempos diferentes, coinciden sobre que la mejor manera de referirse a los habitantes de la sierra, era indígena, que se refería a los naturales de un lugar, en este caso, a los de Ayacucho. Como lo ha manifestado Lucio Alvizuri, dicho mestizaje se encontraba mayormente en poblaciones como Cangallo, Paras, Lucanas, Parinacochas, es decir, pueblo, alejados de Huamanga, pero que llegaron a dicha ciudad en busca de un nuevo porvenir, encontrándose con esta diferenciación, que seguramente, lo hicieran los notables de aquella época, llamándolo “indios” y no indígenas. Hay que aclarar que este debate que surgió por la década de los 20-30 (XX), estuvo siempre en conflicto entre los defensores de los indígenas y aquellos de la élite que consideraban a dichos indígenas, como indios salvajes o barbaros, por su manera de comportarse o por sus costumbres y tradiciones que practicaban. Lo cierto es que la terminología será indígenas y no indio.

En el siglo XX, la intelectual, integrante del Centro Cultural Ayacucho, para 1938, como fue Rosa Escarcena Arpaia, dice que el indio:

Gracias al mestizaje resultante de su cruzamiento con la raza conquistadora de América, y su contacto con los centros civilizados que se formaron posteriormente, ha llegado a constituir un factor étnico heterogéneo, creando problemas sociológicos. Refiriéndose al departamento de Ayacucho (...) son nítidamente diferenciables los diferentes grupos de indígenas, bajo el punto de vista de su grado de cultura, del rol social, costumbres, vestidos, sus aptitudes artísticas, sus industrias e idioma. (Escarcena, 1938, p. 29, *Revista Huamanga*)

Entonces, Rosa Escarcena, define al indio civilizado:

Es el indio campesino, cuyo conjunto constituye las llamadas comunidades, también son los yanacunas de las haciendas que retribuyen con su trabajo personal el albergue i el pequeño terreno de cultivo que les dan. Los hombres visten casi como el indio rustico, igualmente las mujeres. Hombres y mujeres usan la coca, beben chicha, aguardiente de caña i los hombres fuman cigarrillos ordinarios. El idioma es el quechua, pero hay algunos que entienden el español por el contacto con sus patrones cuando les sirven como domésticos. (Escarcena, 1938, p. 29, *Revista Huamanga*)

Es decir, que los “indios comunes, quedaban al margen de la educación escolar. Para ellos sólo existía el trabajo en el agro, el pastoreo, las mitas mineras y obrajeras, a las que era imposible escapar por cuanto constituían los únicos dadores de mano de obra (...)” (Espinoza, 1997, p. 198); mientras que “los indígenas que vivían en las ciudades españolas o cerca de ellas, fueron

gradualmente absorbidos, hasta cierto punto, dentro de la sociedad que dominaba esas ciudades” (Lockhart, 1982, p. 254), esto fue el caso de los que habitaban los barrios tradicionales y la misma ciudad de Ayacucho en el siglo XIX.

Para confirmar que los indígenas era una clase subordinada y que sólo servía para el trabajo y no para ser educados, un intelectual de prestigio de Ayacucho, como fue el Dr. Luis Carranza Ayarza, citado por Thurner, dice:

El ensayo de Carranza de 1885, contenía los siguientes pasajes: el indígena de la cordillera es un ser robusto: fuerte para resistir las fatigas de largos viajes a pie; y capaz de cargar a grandes distancias pesos considerables; ofrece a las miradas del médico un temperamento linfático, tan bien acentuado en su constitución física como en los atributos de su carácter. Su fisonomía triste y severa, con cierta mezcla extraña de maliciosa distracción, es la de un ser que revela una intelectualidad paralizada, en medio de un lento, pero seguro progreso. Craneológicamente, es de esas razas en que los lóbulos anteriores del encéfalo, no han alcanzado aún la plenitud de su desarrollo (...) Carranza pasaba entonces a establecer también la inferioridad artística de los indios. (Thurner, 2006, p. 238)

Esta visión del intelectual ayacuchano, sobre el indígena, es a todo punto de vista, una manera de manifestar que el indígena sólo sirve para los trabajos más duros y que no era necesario su educación, sino simplemente dar coca y aguardiente. Esta manera de pensamientos para su época, tuvo resonancia, no sólo porque era médico sino porque el mismo era natural de Ayacucho. Las historiadoras María Emma Mannarelli y Margarita Zegarra, reproduciendo lo escrito por Clemente Palma, al decir del indígena, escribieron, “conceptuaron a la población indígena como una raza inferior por la ley de la herencia, que introducía en ella factores atávicos negativos que la convertían en una perniciosa influencia sobre el carácter nacional. Palma, aseveró que la única salida de la nación peruana era el cruzamiento con “razas superiores” (Mannarelli & Zegarra, 2021, p. 181). Mientras que Cecilia Méndez, ha escrito que:

Este indio tiene los atributos de la civilización: es cristiano, lee música y trabaja; es, al parecer, un arriero. Su mujer hila y el niño está bautizado, como se indica por el rosario que rodea el cuello de este último. Es más, el «indio serrano» está vinculado al Estado en tanto se le define como «tributario»: si bien el tributo indígena es un símbolo de vasallaje, lo es también de pertenencia al Estado. (Méndez, 2011, p. 80)

Y agrega, “la representación del indio como serrano en el *Atlas* de Paz Soldán se acentúa frente a la ausencia de representaciones de indios de la costa y de la selva, o del norte del Perú, convirtiendo así a la sierra (centro-sur) en el lugar natural del «indio» (Méndez, 2011, p. 84). Asimismo, lo confirma Omar Gonzales, al decir

El indígena es un ser que tiene por hábitat la región serrana, vive en las alturas y es de color cetrino. Las condiciones naturales y el clima hacen de él un hombre fuerte pero lento, aburrido y carente de agilidad mental (...) el indio ya acostumbrado a obedecer, ha ido cambiando de amos, lo que ha contribuido a desarrollar su espíritu servil (...) el indio identificado con puna (...). (Gonzales, 1996, pp. 182-183)

Maud Yvinec, lo reafirma de esta manera:

La concepción del indígena como posible ciudadano implica un deseo de transformación. Si bien hubo proyectos de inmigración europea, en el Perú no se llevaron a cabo a gran escala antes de fines del siglo XIX. Por eso no hubo importantes proyectos de «blanquear» la población. Lo que más bien se postuló fue la «civilización», es decir la europeización (...) Demuestra que la comunidad peruana imaginada era más bien una nación «desindianizada», no en el sentido de eliminar físicamente al indio, sino en el sentido de europeizarlo. El indio no deja de considerarse como Otro. La mayor manifestación de ello es, obviamente, el desprecio que se destaca de la mayoría de los escritos (prensa, literatura costumbrista...). La alteridad se construye a través de la fijación de un tipo (o estereotipo). *El indio* es serrano, pobre, borracho, sucio, ignorante, pasivo... Esta representación es, por una parte, heredada de la época colonial y, por otra, se asemeja a la representación del plebeyo en las sociedades europeas del siglo XIX, cuando no a la representación de cualquier subalterno. (Yvinec, 2013)

Manuel Antonio Hierro, decía, que “los mestizos e indios asimilados al indianismo, saben más que sus patrones en trabajos de chacra i obrerismo, no obstante, el atraso en que viven en relación con la corriente de los adelantos del día” (Hierro, 1938, N° 15 Revista Huamanga).

Con todas estas definiciones y percepción de los intelectuales de Ayacucho, sobre la clase indígena, hacia fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, son las personas que no pertenecen a la clase notable; son la mano de obra urbana no especializada de origen rural, los braceros y colonos del latifundio, los pequeños propietarios rurales y los habitantes de las aldeas y pueblos. Pese a la apariencia aproximada entre sí de estos grupos sociales: el resultado de todos ellos de la fusión étnica que en estos años se acelera (indígenas), y son ellos los que pertenecen a esta clase social subordinada. Como en toda sociedad del Perú, existieron grupos subalternos marginados por su condición racial o económica o por sus actividades no reconocidas por la sociedad, este fue el caso de los indígenas.



Familia campesina de Ayacucho década de los 30 (XX). Foto N° 8. Baldomero Alejos.

En la foto N° 8, podemos observar a una familia campesina tradicional, con sus trajes cotidianos. Con mirada firme. La esposa con su falda huamanguina mientras que el jefe de familia lleva un chumpi como correa sujetando su pantalón. Su hijo mayor en el centro con mirada seria con su camisa manga larga y su pantalón igual que la de su padre. Debajo, mirando la cámara, las tres hijitas de la familia, todas con sus vestidos y descalzas, y con una mirada inocente de todo niño de la sierra, con la humildad que lleva en su ser y con una honestidad e inocencia de la niñez pura. Según Manuel Bustamante, asegura que “en la familia del indígena como en la del blanco, el padre es la autoridad suprema; la madre, una compañera inseparable, unida al varón con los lazos indisolubles del matrimonio católico” (Bustamante, 1943, pp. 109-110).

Según Marcel Velázquez, “en el mundo popular de las tradiciones, los negros y los indios están condenados a perder una y otra vez: Ridiculizados, engañados, humillados, discriminados y en algunas ocasiones asesinados; en resumen, ellos ocupan el lugar sobre el cual se ejerce el poder” (Velázquez, 2013, p. 295). Y una realidad que, de cierto modo, era la percepción de la comunidad de notables ayacuchana.

3.4. Los mendigos y las prostitutas

Dentro de la sociedad de clases, también tenemos a una clase social marginada, como en todas las sociedades europeas y latinoamericanas. ¿Quiénes conformaban las clases marginadas en la sociedad ayacuchana? ¿Existieron realmente mendigos y prostitutas, en la sociedad de Ayacucho a fines del siglo XIX? En este caso, nos centraremos en dos elementos de dicha clase social marginada: mendigos y prostitutas. Esto debido a que nuestras fuentes archivísticas y periodísticas nos informan algo sobre su «actividad» en la ciudad capital de Ayacucho.

3.4.1. Los mendigos

En una sociedad como la de Ayacucho, donde no solo cundía las comunidades de notables, grandes hacendados, burócratas de la administración pública, artesanos, campesinos e indígenas, también existió una capa social que muchos historiadores los han «silenciado» a través de la Historia y que no aparecen muchas veces en los libros de la historia regional de Ayacucho. Esta capa social son los excluidos o llamados por los historiadores franceses como «marginados». Y en esta categoría se encuentran los vagabundos, criminales (ladrones, bandoleros), prostitutas, homosexuales, brujos y brujas, inválidos, forasteros, locos, etc. Es importante estudiar a los marginados de manera histórica, es decir, dinámica. Todos estos conceptos articulan los juicios de sospecha, de repudio o de exclusión de este grupo social. En general, se trata de controlar o de excluir a quienes parecen representar un peligro para la «comunidad de notable» de la ciudad ayacuchana. A pesar de que toda esta comunidad vive en un clima de inseguridad material y mental, tiende a la simple reproducción y sospecha de todos aquellos que, consciente o inconscientemente, parecen amenazar ese frágil equilibrio. Semejante inseguridad genera un modo de pensar maniqueo que anula todos los matices, todas las medias tintas, y condena las posiciones intermedias, lo cual termina por engendrar un autoritarismo que sacraliza a las «autoridades» y un sentido jerárquico que hace de toda tentativa para escapar a las situaciones fijadas por el nacimiento de un pecado contra el orden querido por una visión científica y europea (positivista) de cómo deben estar organizadas las sociedades en el imaginario discursivo de los notables.

En toda la región ayacuchana, hubo tiempos de crisis económica y también de estabilidad y crecimiento; pero la crisis ocasiona migración a la ciudad y esto conlleva al aumento del número de pobres y de mendigos. Estos mendigos forman parte de la clase popular urbana de Ayacucho,

contribuían con su presencia en lugares fijos o moviéndose por las calles de la ciudad, tanto que algunos manifestaban «que le salen a uno al paso por todas partes, mostrando sus heridas y deformaciones con tanta insistencia hasta obtener una limosna». Además, muchos mendigos se instalan en las esquinas de las calles principales de la ciudad o al costado de las tiendas comerciales.

Los mendigos, en Ayacucho, siempre han existido desde antes de la Republica hasta la actualidad (2022), y esto lo decimos porque aún existen mendigos en la ciudad capital del departamento.

En el informe del Intendente Demetrio O'Higgins, para 1802, informa:

(...) más como en algunas calles hay personas enteramente pobres que no podían sufragar el importe de su pertenencia” (...). (Morote, 1975, p. 208)

Como se aprecia, seguro que estos de los mendigos, nos vienen desde muchas décadas anteriores en Huamanga; pero, como lo confirma el Intendente Demetrio O'Higgins, insertado, por don Efraín Morote Best, nos habla de que muchos de ellos deambulan por las calles de la ciudad de Huamanga y que era un problema a resolver, a inicios del siglo XIX. Lardner Gibbon, viajero norteamericano, sobre los mendigos dice, para 1851, “ por las calles se encuentran numeros chiquillos harapientos y MENDIGOS. (Núñez, 1973, p. 77). Este viajero, entonces, asegura la pesencia de mendigos por las diversas calles de la pequeña ciudad de Huamanga, para inicios de la segunda mitad del siglo XIX. Lo que significa, que no sorprende que estos hombres de gran pobreza, este pidiendo limosna varios días de la semana, sobre todo los sábados, como lo atestiguan los viajeros llegados a la ciudad en el siglo XX. En 1912, José de la Riva Agüero, que estuvo unos días en la ciudad de Ayacucho, sobre el tema, dice:

Al pie de un muro encalado y liso, con ventanas escasas y angostas, sobre los guijarros del suelo, almorzaba una hilera de MENDIGOS de ambos sexos, cubiertos con los más pintorescos harapos. Había entre ellos músicos ciegos, que amontonaban en un rincón sus flautas y quenás, y llevaban en la cabeza chucos (birretes) colorados. (Rivera, 2004, p. 187)

Para ver la mendicidad que existían en la ciudad de Ayacucho, que como dice José de la Riva Agüeron, handaban haraposos, veamos la fotografía de una niña pobre mendiga, en ña ciudad.



Niña pobre de la ciudad de Ayacucho, posando para el fotógrafo Don Baldomero Alejos. 1954. Foto N° 9.

Para el año de 1917, llegó a la ciudad de Ayacucho el viajero norteamericano Harry A. Franck, quien, como profesional, recorrió el Perú y, cuando estuvo por esta ciudad, según Edgardo Rivera Martínez, relató lo siguiente:

El sábado es el día de los mendigos en Ayacucho, como en la mayor parte de las ciudades de Sudamérica. Desde la mañana hasta la noche una incesante procesión de enfermos y decrepitos recorre gimiendo las tiendas, tan sin fin que parece que la ciudad hubiese adoptado una costumbre similar a la de los mercaderes de la India con sus cuencos o conchas de mar. En la mañana del sábado cada tendero abre un paquete de gruesas agujas, de tres a cuatro pulgadas de largo, y le da una a cada mendigo que se presenta. El mendigo murmura un “Dios pagarasunqui”, y se desliza a la otra puerta. Cuando ha coleccionado 10 a 12 agujas, si tiene suerte para ello, las vende a ciertos proveedores por un medio (2 ½ centavos), suma con la cual, aparentemente, vive hasta el sábado siguiente. (Rivera, 2004, p. 199)

El día especial de los mendigos era el sábado, donde iban a pedir limosna para poder «subsistir», como dice el viajero, hasta el otro sábado. En realidad, los mendigos de la ciudad eran muchos, sobre todo ancianos y algunos que estaban mal de salud, donde al llegar a una tienda, los comerciantes les obsequiaban dinero o bien las agujas, las cuales, al coleccionarlas, como dice el viajero Harry Franck, los vendían y, con ese dinero, podían comprar algo de comer. Nos preguntamos: ¿Dónde vivían estos mendigos de la ciudad ayacuchana? ¿Tenían familiares o fueron abandonados por sus hijos ya ancianos? O ¿eran mendigos venidos de los pueblos y sin tener

trabajo se dedicaron a la mendicidad? ¿Pero de qué vivían toda la semana? No hemos hallado fuentes archivísticas o periodísticas para poder responder dichas interrogantes, pero esto nos conduce a decir que muchos de ellos habían venido de los pueblos cercanos a la ciudad capital de Ayacucho; y, sin trabajo, algunos se dedicaron a mendigar. Por otro lado, seguramente, muchos ancianos fueron abandonados o dejados a su suerte por parte de sus familiares, ya sea por su edad avanzada o porque padecían de alguna enfermedad incurable; en este sentido, podemos afirmar que los mendigos, en Ayacucho, fue una clase social excluida por la comunidad de notables.

Para tener mayor conocimiento sobre los mendigos en la ciudad de Ayacucho, el periódico *La Abeja* nos confirma que, para 1918, la presencia de mendigos en la ciudad:

Es verdaderamente aterrador la cifra de vagos y mendigos. Basta situarse casi todos los días en la tienda de comercio para ver desfilar una no interrumpida serie no de seres inutilizados por el trabajo, la edad sino de individuos de ambos sexos, en la plenitud de sus fuerzas; pero si con las innumerables huellas, que el vicio ha marcado sus frentes. Todas las edades están representadas en este cuadro fruto de la ociosidad y del vicio; hombre que en cualquier taller puede manejar perfectamente comba y el martillo; mujeres que hilando, tejiendo o cualquier otra labor propia de su sexo, pueden hallar un medio para vivir; niños que por estar sus padres entregados al vicio no encuentran medios de subsistencia. (Periódico *La Abeja*, semanario independiente, ilustrativo, industrial y noticiosos. De Hipólito J.M. Vivanco. Año IV. Ayacucho, 30 setiembre de 1918. N° 67. Sobre Aumento de vagos)

Quizás este panorama en la ciudad de Ayacucho, no es solo de la segunda década del siglo XX, sino que son antecedentes que vienen desde más atrás, desde el pasado de la fundación española de Huamanga y el pasado republicano, y que han dejado huella en los diferentes periódicos que ya lo mencionan, pero que hacen una mención negativa de este grupo social marginado y excluido de la «comunidad culta» de Ayacucho. En este sentido, Lucio Alvizuri en el artículo *Mendicidad en Ayacucho* afirma que:

Los sentimientos caritativos de Ayacucho han traspasado los límites del departamento. Por ello, es indispensable ajustar para que no exceda a su decoro. A diario y principalmente los sábados, vemos ambular por nuestras calles pordioseros, que si bien los unos mercan compasión y nos obliga a un acto de caridad. También se notan por otro lado, gentes inescrupulosas que mendigan, notoriamente capacitados para el trabajo, y lo peor, para dedicar el fruto de la limosna al fomento de vicio; como el aguardiente y la chicha, Quienes por error favorecen a estos últimos fomentan en los mentidos pobres mendigos, esa indecorosa manera de vivir parasitaria, ayudando al mantenimiento de sus vicios. (Alvizuri, 1936, p. 42)

Como dice Alvizuri, la mendicidad salía cada sábado y hasta el día de hoy, esta costumbre de «mendigar» por parte de ancianos(as) se ha convertido en una costumbre que ya no es solo los

sábados, porque como la ciudad capital de Ayacucho ha crecido «enormemente», con bancos, hoteles, restaurantes, tiendas comerciales, mercados, etc., la cantidad de mendigos ha crecido y lo podemos encontrar todos los días de la semana y del año. Como lo manifestó el Dr. Edmundo Vidal Olivas, “el problema de la mendicidad es para Ayacucho, tal vez más grave y palpitante que para otras poblaciones del Perú” (Vidal, 1942, p. 55). ¿Y a qué se debe que exista mendigo en la ciudad de Ayacucho para la primera mitad del siglo XX? Es la

falta de actividades industriales y comerciales de pujanza; el estado incipiente de nuestras actividades agrícolas y ganaderas, hace de esta región una zona relativamente pobre, dando como resultado he hecho notorio de que todos aquellos que por razón de edad o por algunas desgracia, llegan a la ancianidad o incapacidad permanente para el trabajo sin contar con los medios económicos para subvenir a sus propias necesidades, teniendo que extender la mano implorando en la vía pública y en cada hogar, en cada establecimiento comercial, la piedad y la compasión del prójimo. Ha sido y es doloroso, tropezar con numerosos ancianos, ciegos e inválidos que recorren las calles de la ciudad invocando piedad y pidiendo pan. (Vidal, 1942, p. 56)

El panorama que nos describe el Dr. Edmundo Vidal para la década de los cuarenta en la ciudad de Ayacucho, refleja la realidad en la que atraviesan muchos ancianos, que se ven obligados a mendigar y como dice el mismo Dr. Edmundo Vidal “este doloroso fenómeno social de la mendicidad, es gran parte la sociedad es causante y responsable ella, ¡Cuántos infelices llegarían a tan lamentable estado por culpa e imprevisión social!” (Vidal, 1942, p. 56); el llamado era para la autoridades política de la época para que ayuden a resolver el problema de los mendigos y excluidos de Ayacucho; de igual forma el llamado era para los clubes sociales, quienes teniendo miembros notables entre sus socios y socias, podían ayudar a resolver dicho problema, instalando un Asilo de Ancianos, sobre al Rotary Club de don el Dr. Edmundo Vidal era el Presidente, y así, se logró, al decir del Dr. Vidal:

El rotario don Luis T Ishikawa y su digna esposa señora Felipa Triveño de Ishikawa, hacen para construcción del Asilo, cuya primera piedra acaba de colocarse, el muy respetable donativo de DIEZ MIL SOLES (...) la ejecución de importante obra el terreno sobre el que se levantará el futuro Asilo, terreno que fue donado por la caritativa señora Carolina Hierro de Morote, precisamente con el fin de que en él se edificara una casa o Asilo para los pobres. (Vidal, 1942, p. 57).

Es así, como gracias a la Beneficencia Pública, el Consejo Provincial, las Damas y caballeros de la Conferencia de San Vicente, y el Rotary Club, lograron la construcción del Asilo de Ancianos, para que los mendigos de edad avanzada, no prosigan en las calles mendigando; pero

a pesar de tener dicho asilo, hasta el día d hoy, el problema de la mendicidad nunca se resolvió en su totalidad.

El tema central es que mendigos, prostitutas y otros marginados encontraban y encuentran su identidad a través de prácticas sociales de reconocimiento rechazadas por la élite con pretensiones cosmopolitas o europeas, dominadoras del discurso hegemónico sobre la cultura hasta el presente.

3.4.2. Las «amorosas» en Ayacucho

Otra de las clases marginadas en la ciudad ayacuchana fueron las «rabonas» o «amorosas», que pululaban en las esquinas de la propia ciudad ayacuchana, donde los notables y periodistas las consideraban un mal ejemplo a la mirada de las damas decentes huamanguinas de aquellos tiempos.

Para el caso de la ciudad de Lima, según Marcel Velázquez Castro, señala, que

El aventurero y comerciante francés Julián Mellet, que recorrió Lima en 1815, coloca en su representación de la limeña todos los vicios de la ciudad (...) la costumbre de las mujeres de buscar personas extranjeras que les paguen los refrescos (la chicha en una picantería) y la comida (plato de fondo y bebida en una fonda), las limeñas se provocan vómitos para seguir comiendo y bebiendo a expensas de sus víctimas (...) su costumbre es ir más allá (...) el texto implícitamente traza la relación entre el dinero y el sexo (...) aunque no se afirma tajantemente, el intercambio de comida por sexo es evidente. Sintetiza el viajero: el bello sexo, es en general, apasionado por el juego, las bebidas fuertes y el tabaco de fumar y otros vicios de que no hago mención. El cuerpo femenino sometido a todos los estímulos sensoriales alcanza una peligrosa libertad. Ese cuerpo vicioso, metonímicamente referido a Lima, goza de una acción social autónoma a consta de cosificarse en una imagen codiciable. (Velázquez, 2013, p. 154)

El caso, es que el viajero, se refiere a las mujeres del mundo subalterno y no así de las damas de sociedad limeña.

Para el caso de Ayacucho, sucede que las mujeres de condición baja, en este caso, las prostitutas fueron las apestadas de la urbe. De todas formas, la práctica de las llamadas amorosas fue tolerada y sólo se atinaba a mirarlas de reojo, a pesar que dicha práctica tuvo su continuidad durante un largo período de tiempo; asimismo, las autoridades ayacuchanas “modifican su actitud pasando a considerarla como un auténtico servicio público, que institucionalizan y fiscalizan. El problema que debían resolver era el de apartar a las mujeres públicas de las buenas mujeres de la sociedad, y la solución que adoptan es la de obligar a mandarlas a vivir en el burdel. El

enclaustramiento de las prostitutas respondía a varios factores” (Molina, 2000, p. 110). Pasemos a detallarlos.

En primer lugar,

Se ha destacado el papel de salvación pública desempeñado por el burdel. Su creación canalizaba las pasiones masculinas y concentraba en él una demanda sexual. En segundo lugar, responde a una preocupación de orden público y de encuadramiento de los marginados, puesto que solía coincidir con el reforzamiento de las ordenanzas contra los rufianes, los juegos prohibidos y contra los vagabundos. (Molina, 2000, p. 111)

Tener un espacio donde la práctica de la prostitución hacía más fácil su control por parte de las autoridades huamanguinas. En tercer término, “la política de concentrar a las mujeres públicas en un burdel se inscribe dentro de principios moralizadores en la vida y disciplina de las costumbres, ya que conllevaba la segregación social de este colectivo, evitando” (Molina, 2000, p. 112) que las huamanguinas se contagien del mal ejemplo. Cuando se “concedía a estas el derecho de abrir un prostíbulo, se precisaba que recibirían las rentas de su explotación” (Molina, 2000, 112). El burdel será un “espacio alejado de la ciudad, es decir, aislado donde se podía controlar a las *putas*” (Molina, 2000, p. 113), teniendo una función social, siendo considerado como el sector marginal, “son consideradas como mujeres públicas” (Molina, 2000, p. 113), porque *se entregan en cuerpo y alma a todos los hombres por dinero*; son ellas las “portadoras del pecado para los otros, nunca copartícipes ni mucho menos condenables. Las mujeres que se convertían en *putas*, lo hacían por necesidad, es decir, para lograr los alimentos a sus hijos” (Molina, 2000, pp. 113-114) y darles una vida mejor, que ellas no podían ofrecerle cuando aún no practicaban la prostitución; es así que dichas mujeres satisfacían las necesidades de los hombres; en este sentido, algunas autoras, manifiestan que “podían utilizar imágenes de madres dolorosas y auto sacrificadas vírgenes para valorarse a sí mismas” (Molina, 2000, p. 114). La sociedad ayacuchana tolerante, se auto percibía como necesitada de prostitutas dispuestas a venderse a los hombres; por lo tanto, las “mujeres públicas constituían una clase especial que ofrecían servicios sexuales a hombres solteros, viajeros, etc.” (Molina, 2000, 114).

Desde estos tiempos europeos, la prostitución fue aceptada libremente por las autoridades y es importante recordar que el burdel jugó un papel muy importante para que los hombres deseosos de esas «putas» puedan dar rienda suelta a sus bajos instintos, ya que teniendo un lugar donde asistir, ellos podían «pagar» los servicios de dichas mujeres. Por otro lado, las «putas» eran

consideradas un mal necesario, pero apartada de la sociedad conservadora de aquellos tiempos, para que «no contagien» a las mujeres honestas de la ciudad; por eso, las «putas» debían por obligación y ordenanzas municipales «trabajar» fuera de la ciudad; es decir, en el burdel. En este sentido, la relación entre cultura notable y cultura subalterna era un reflejo de adaptación o una respuesta a la sociedad conservadora como era la huamanguina; así las actitudes populares hacia la prostitución era considerarla una actividad indiscutiblemente «popular», donde el mayor obstáculo para realizar dichas prácticas públicas fue la Iglesia, que asociaba la libre fornicación sin compromisos de largo plazo en relación a varias otras actividades que llevaban aparejadas la idea de inmoralidad y violación del sexto mandamiento. Hechos como la bigamia, el adulterio, el concubinato, la solicitación de mujeres por los curas y la homosexualidad eran, todos ellos, condenados por la religión católica, aunque sería falta de criterio ignorar que la moral católica no difería gran cosa de los agentes sociales que no se identificaban con ella, algunos de los cuales eran miembros de la élite y sus ideas “civilizatorias” y “progresistas”.

En la ciudad de Huamanga, durante el siglo XIX, tenemos la certeza de esta actividad prohibida; es decir, de mujeres que se prostituían, muchas veces públicamente; estas prostitutas que eran conocidas como “rabonas” o “amorosas”, como se manifiesta en uno de los periódicos locales:

Desórdenes de la gendarmería: con ofensa de todo un pueblo, salen los días de santificación los soldados de policía en compañía de las *rabonas o amorosas*, a cometer las mayores atrocidades animado por la crápula (libertinaje). (*El Patriota de Ayacucho*, periódico del pueblo sábado 31 diciembre de 1859. N° 23)

Esto confirma la existencia de la prostitución en la ciudad de Huamanga del siglo XIX, y estos son que las denuncias por prostitución también existieron; lo que sí no estamos seguros es si existía un lugar o casa de prostitución para la época, ya que los medios periodísticos no señalan nada de estos, por la simple razón que para la «comunidad de notables» esto no era prioridad y mucho menos importante para conocer. Eran las «rabonas» quienes trastocaban la vida cotidiana del ciudadano de a pie, quienes en lugar de dirigirse a sus hogares como de costumbre, luego del arduo trabajo, se quedaban observando o pagando los servicios de una «amorosa» huamanguina. En todo caso, o las llamadas «amorosas» o «rabonas» tenían sus lugares preferidos, que eran los hoteles de la ciudad. Por ejemplo, el hotel nacional que se ubicaba en 5 Esquinas.

Uno de los hoteles más famosos para el ejercicio de la prostitución era el Hotel nacional. Este es el nombre del hotel que la noche del 27 se ha abierto en cinco esquinas, casa de los señores Mavila y H, y no “hotel americano” que equivocadamente le dan denominado. El dueño de dicho hotel es el joven Carlos Vidal” (*El Progreso*, publicación semanal Año III. N° 18 Ayacucho, 22 febrero de 1875. “Hotel nacional”); seguramente, era dicho hotel usado por las «amorosas» para llevar a cambio de dinero a los jóvenes que transitaban por dicho lugar. Actualmente dicho hotel ha desaparecido, pero se ubicaba exactamente entre lo que hoy es Jirón Londres y Dos de mayo. Para este año 2019, se encuentra casi en ruinas, también fue un mirador para ver la ciudad desde lo alto y ahora existen peluquerías. En una nota periodística de *El Republicano*, se informa el comentario siguiente:

Hotel: llamamos la atención del dueño de este establecimiento, a fin de que, en honor de la moralidad, impida constantemente que los hijos de familias no continúen ni pisen siquiera aquella casa. Es verdad que en dicha casa no permiten juegos u puedan corromper a los jóvenes; pero basta que sea hotel para que más tarde puedan adquirir hábitos malos y perjudiciales para la sociedad. Más de una queja hemos recibidos de los padres de familia acerca de la mencionada casa. (*El Progreso*, publicación semanal Año III. N° 18 Ayacucho, 22 febrero de 1875. “Hotel nacional”)

Estamos seguros de que la razón de la queja de los padres de familia, fue porque el hotel tenía mala reputación y el clamor de los familiares era que el periodismo prevenga los juegos inmorales (la prostitución) que ahí se practicaban y que podía desencadenar malos hábitos en los jóvenes «decentes» de la sociedad culta de Ayacucho. En este sentido, se notaba el menosprecio que periodistas, abogados, hacendados, intelectuales, y otros “notables” sentían contra la prostitución, que consideraban un pecado mortal incluso siendo ellos no católicos, sino más bien positivistas y anticlericales; para la élite se trataba de un mal ejemplo para las mujeres consideradas decentes, refinadas, con conductas y comportamientos a la altura de la mujer de sociedad, con prestigio y buena educación, educadas con los valores morales «intachables» y que todas las mujeres deberían profesar, como buena esposa, ama de casa, solidaria, responsable, delicada y, sobre todo, sublime con su familia y sin entrar nunca en escándalos públicos y vergonzosos. Como afirma Peter Gay:

Las prostitutas se convirtieron en ostentosos ornamentos de sus notorios barrios y también, en muchos pueblos, se desplegaban para recorrer un área extensa y densamente poblada. Buscaban clientes en los bailes, fuera de los hoteles...o un molino donde funciona un burdel, donde los niños contemplaban las cosas más escandalosas...las rameritas de los prostíbulos locales se acicalaban por las mañanas sentadas a las ventanas con sus cuerpos

semiexpuestos...en otras ciudades, las prostitutas acechaban fuera del teatro o de los distritos de hoteles para acosar a los paseantes. (Gay, 1992, p. 310)

No nos alarmemos porque la prostitución es un viejo oficio que se practicaba clandestinamente en sociedades conservadoras como la de Ayacucho, donde las costumbres refinadas y la sociedad de clase «cultura» no reparaban en ocultarla, pero por motivos obvios, fue el periodismo que «desnudo» todo lo que acontecía con las «rabonas» o «amorosas» que pululaban en la ciudad y que buscaban, sobre todo en altas hora de la noche a sus clientes. En este sentido, la sociedad ayacuchana y, en especial, el periodismo dejó de informar sobre las «rabonas» o «amorosas», no he podido hallar más información al respecto durante las cinco primeras décadas del siglo XX; pero estamos seguros de que fue y sigue siendo un tema «tabú», considerada una actividad inmoral e indecente, que solo podían practicar las mujeres de clase demasiado baja y sin educación, sin modales y, sobre todo, que eran hijas del mal. Muchos menos el periodismo informó sobre los burdeles que se encontraban en la ciudad. Lamentablemente para nuestro caso, sobre esta clase excluida, no existe documentación que nos dé más luces para poder ahondar el asunto. Pero nos quedamos con las ideas de Peter Gay, que a pesar de la sociedad decimonónica era conservadora y culta, siempre hubo habitantes que desafiaron esa «culturalidad» o esa «moralidad» en el siglo XIX. Se comprende lo inquietante y la ofensa que era saber que en la ciudad capital existían prostitutas que vendían su cuerpo por unos cuantos soles; era quizás inaudito aceptarlo; pero siempre hubo siquiera un periodismo que informa algo sobre el oficio más viejo de la Historia: la prostitución.

En todo este proceso histórico sobre la prostitución en Ayacucho, era necesario que las «prostitutas» se distinguiesen de las mujeres honestas de la sociedad huamanguina, para eso las ordenanzas y normas municipales cumplieron un rol básico para su control dentro y fuera del burdel, ya que muchas mujeres de «mala vida» no solo trabajaban en dichos burdeles, sino que la prostitución tuvo su expansión en toda la ciudad de Ayacucho. La “legalización e institucionalización de los burdeles conlleva a la aparición de una prostitución clandestina, pues todas aquellas prostitutas que ejerce su profesión fuera de su lugar de «trabajo» incurrieron en ilegalidad, así como sus alcahuetes y rufianes. Todos ellos estaban amenazados con sanciones severas” (Molina, 2000, p. 117), que al final no se cumplían por la «corrupción» de algunos municipales, que en lugar de cerrar el burdel o cantina donde se encontraban mujeres prostituyéndose lo único que hacían era «cobrarles» no solo en dinero sino también en «especie» o,

como dicen, «en crudo»; es decir, haciendo relaciones sexuales gratuitamente. Por lo tanto, las sanciones no daban efecto por estos motivos expuestos.

Entonces, estos lugares de la pequeña la ciudad, sobre todo en el jirón Londres (en la Colonia se llamaba calle Mesón) era calificado por a ella acudían jóvenes ociosos, vagos, inmorales e ignorantes de su comportamiento sin respecto a la vecindad cercana y sobre todo a las damas y notables de la ciudad. Al decir del Dr. Manuel Jesús Pozo:

En los primeros años de la Independencia, se desarrolló en la ciudad, por falta de fuerza de policía, un terrible bandidaje: los atracos de noche, eran frecuentes, y también los escalamientos de las paredes, las fracturas de las puertas, para robar dinero, objetos de oro, de plata y también papeles, que desde luego no se les utilizaban, en trabajos históricos. (Pozo, 1924, p. 80)

Y la prostitución, que muchas veces, no se dice, pero se sabe y casi no se escribe por temor a la crítica de la moralidad de los notables hacía los periodistas; de otra manera, no se comprende por qué casi nunca aparece el tema de las ramerías o llamadas amorosas en la ciudad de Ayacucho.

3.5. A manera de conclusión

Durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios de la segunda década del siglo XX, la sociedad de Ayacucho estuvo conformada por estos grupos: La clase política local, considerada como clase aristocrática, donde estaban los hacendados que ocupaban cargos públicos y, por supuesto, los militares que eran los que estaban en la prefectura y subprefectura por su alianza con el poder central; es decir, eran personajes de confianza que se les daban los cargos por su apoyo al político que ocupaba el cargo de Presidente de la República; por otro lado, estaba la clase media o comunidad de notables, integrado por pedagogos, abogados, médicos, sacerdotes, periodistas, comerciantes locales y extranjeros, etc., la clase subalterna integrada por mestizos e indígenas y, finalmente, la clase excluida, conformada por los mendigos y prostitutas.

En realidad, según Mayu Mohanna:

A lo largo de las primeras décadas del siglo XX, el espacio regional ayacuchano se ve fragmentado. El norte del departamento se conectaba al Valle del Mantaro, en tanto que el sur ganadero ponía sus ojos en la costa. Así, el centro del Departamento y en consecuencia su capital, iba poco a poco quedando aislado del resto de las provincias. En este contexto de ocaso, la ciudad de Ayacucho albergaba una sociedad bastante dividida, donde el extremo alto estaba constituido por los dueños de las haciendas de la región y por lo migrantes

extranjeros asentados en la ciudad, generalmente dedicados al comercio. Estas clases altas eran también las más ilustradas, ya que podían acceder a una educación superior en las ciudades de Lima o Cusco. De este modo, construyeron una identidad basada en un “glorioso” pasado hispánico, con títulos nobiliarios —que ya habían desaparecido a mediados del siglo XVIII— que *los diferenciara de los mestizos e indígenas* de la región. La élite huamanguina lleva en su discurso un componente de discriminación y sentimiento de superioridad, aspectos que se perciben en la expresión la gente visible. La clase ilustrada, conservadora, y fervientemente católica, que, en su necesidad de diferenciarse de los otros, construye para sí misma y sobre la base de un discurso hispanista, una autoimagen de “distinción”. Asimismo, este grupo social acuña para tal propósito el término de “los verdaderos ayacuchanos. (Mohanna, 2001, pp. 123-124; subrayado nuestro)

En resumen esto es lo que sucede en la ciudad de Ayacucho a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, donde están muy distinguidos las clases sociales y, por lo tanto, es en estos tiempo donde la comunidad de notables ejercerá su influencia hacia el poder político local, pero su objetivo fundamental era el desarrollo y progreso de toda la región y dentro de estas finalidades que tuvieron sus miembros de la comunidad de notables estaba no solo el progreso de infraestructura de la ciudad o su embellecimiento o la construcción de carreteras para salir del aislamiento, sino también el cambio y la transformación de la clase subalterna en sus comportamientos en los espacios de socialización, sobre todo el cambio en sus costumbres, que eran consideradas por lo notables como «indecentes» o «bárbaras»; especialmente, la fiesta del carnaval o las fiestas populares donde se daba las corridas de toros, juegos de naipes, dados, etc., las cuales degeneraban tales fiestas. Todas las actividades populares mencionadas, como recursos de identidad de las clases subalternas, fueron puestas en la lupa por el discurso oficial de la élite “decente” como modo de disciplina social, poniendo en disputa, así, la identidad de los vencidos. Es en este contexto en que las diversas clases sociales convivían en Ayacucho, para bien o para mal; además, todo progreso o desarrollo de la región permitía el cambio positivo en las clases inferiores.

CAPÍTULO 4

La vida cotidiana en la ciudad de Ayacucho.

Continuidades y transformaciones: 1850-1924.

4.1. Introducción

Esta parte de nuestro trabajo es de tipo narrativo-descriptiva. Como hemos abarcado como segmento de nuestro trabajo un arco temporal, su interpretación corresponde con una narración, con una historia. Esta historia tiene por protagonistas a los agentes sociales tratados en los dos capítulos anteriores y se relaciona con la dialéctica entre la clase dominante, que se legitima con un discurso hegemónico, y la clase subalterna, los marginales u olvidados, que se hayan en situación de dependencia discursiva. El discurso de los notables encuentra un obstáculo en las prácticas identitarias por medio de los cuales los grupos oprimidos buscan reconocimiento y afirman su propia identidad. Entre el discurso hegemónico y las prácticas de identidad hay una relación conflictiva, en una suerte de vínculo adversarial. Este vínculo adversarial entre ambos grupos es entendido aquí sobre la base del examen de los documentos y pruebas históricas que se identifican con los cambios y la evolución de la cultura en Huamanga. De un lado, una dinámica “progresista” y civilizatoria con modelo europeo; de otro, la resistencia silenciosa de los olvidados. Veamos ahora el relato de este vínculo.

4.2. De continuidades y tradición: Huamanga durante la segunda mitad del siglo XIX

Eduardo Kingman Garcés, ha señalado que “las ciudades no sólo expresan el dominio burgués, sino que concentran el descontento y la lucha de los trabajadores en un solo sitio (...)” (Kingman, 1992, p. 11), y Ayacucho, no fue la excepción, en ella convivían tanto notables como indígenas y mestizos. Es así que en el

Imaginario de los sectores dominantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX el mundo indígena se circunscribía al campo ya que la ciudad era concebida como espacio civilizado en donde se habían construido paseos, avenidas, a imagen y semejanza de Europa y en donde la arquitectura colonial iba siendo sustituida por formas neoclásicas y eclécticas. Muchas de las descripciones de los viajeros y las litografías que acompañan a esos textos, contradicen esa imagen ya que dan cuenta de un encuentro (y un desencuentro) intenso de culturas en donde las lenguas y costumbres nativas contagian a las castizas, y en donde se suceden permanentes tomas de las ciudades por parte de los indios en los días de feria y en tiempos rituales (...) el examen de censos, juicios y correspondencia

cotidiana muestra, por otra parte, la gran cantidad de sirvientes, indios sueltos e indios de comunidad, vendedores de verduras, aguateros, estanquilleros y chicherías, artesanos ladinos, arrieros y cargueros que habitan las ciudades o concurren frecuentemente a ellas, contradiciendo los esfuerzos de los "modernizadores" de entonces por mostrar la imagen de una cotidianidad diferente. (Kingman, 1992, pp. 19-20)

Es claramente cierto, porque en Ayacucho, por más esfuerzo que se hicieron los notables o la élite huamanguina para cambiar algunos comportamientos de los miembros de la clase subalterna, no llegó hacerlo totalmente.

Según Fernando Ponce, la ciudad

Está determinada en su carácter y desarrollo por el sistema social, en el cual la estructura económica de la sociedad, conformada por la combinación de relaciones técnicas y sociales de producción, tiene un papel fundamental. La ciudad modificada o creada por los españoles significó la transformación radical de la ciudad prehispánica en la zona andina. (Ponce, 1975, p. 40)

Así fue, porque en cada ciudad fundada por los hispano, modificaron su paisaje y su estructura económica de quienes habitaban una determinada zona rural en los Andes.

Según, Patrick Husson, manifiesta que

El siglo XIX tiende efectivamente ahora a ser reconocido como un período bisagra, un siglo de transición del cual se comienzan a conocer las grandes características económicas y políticas: tentativas de abandono de las viejas y resistentes estructuras coloniales, apertura al mundo occidental industrial y establecimiento de un nuevo sistema de dependencia, tentativas de constitución de un Estado y formación de una Nación (...) A partir de fines del siglo XVIII, el desplazamiento de los polos de actividad económica no cesó de encerrar a la región de Ayacucho en sus propios límites. La supervivencia económica de esta región dependió de allí en adelante cada vez más de la buena voluntad del poder político central de Lima, y la actividad política pasó a ser desde entonces un factor importante de la existencia de esta región. (Husson 2012, p. 14-18)

Asimismo, Patrick Husson dice que una

Última precisión demográfica, hay que notar que según Vollmer, la categoría *españoles* y *mestizos* comprendía en realidad a una amplia mayoría de mestizos. Para el año 1792, Vollmer da la cifra de 169 españoles en Huamanga, 219 en Huanta y 60 en Cangallo. Esta precisión es quizás importante porque, en estas luchas políticas que giran alrededor de la Independencia del Perú, la distinción entre españoles y mestizos no es menor; la Independencia del continente hispanoamericano fue la obra de criollos y de mestizos, ahora bien, según Vollmer, en 1792 había en Huanta más españoles que en Huamanga. Uniendo estas dos observaciones demográficas, se llega pues a la conclusión que Huanta, a fines del siglo XVIII era ciertamente la provincia de la intendencia que contaba con la más alta población india pero que era también un centro de concentración relativamente

importante para la población de casta española. La población de Huanta estaba pues más *polarizada que mestizada*. (Husson, 2012, p. 50)

Además, agrega que hacía fines del siglo XVIII, se debe también notar que esta crisis económica fue sentida de manera muy diferente, primero las categorías sociales del sistema colonial y enseguida según el peso específico de estas categorías en las *diversas subregiones*.

La crisis golpeó sobre todo a la capa de los comerciantes y artesanos que vivían esencialmente en Huamanga, al sector popular variado de representantes de pequeños oficios como vendedores en los mercados, a los numerosos cargadores, obreros, y aprendices que trabajaban con los artesanos e incluso a los mendigos. Todos estos hombres dependían del estado de salud económico de las capas afortunadas, grandes comerciantes, manufactureros, altos funcionarios, se vieron involucrados por la crisis (...) Para concluir, se puede decir que la crisis contribuyó al surgimiento de dos corrientes políticas opuestas, una incitando al mantenimiento, otra hacia la ruptura del orden colonial, las mismas que se expresaron en las guerras civiles de la independencia. Pero el microclima económico de la región de Huanta durante este período pudo sin duda evitar la división política de esta provincia y contribuyó a convencer a los huantinos de que el sistema colonial era pues el mejor sistema posible. (Husson, 2012, p. 59, el subrayado es nuestro)

El departamento de Ayacucho se denominaba «Huamanga» en la época prehispánica, incluso hasta después de la fundación de la villa en el lugar denominado Pucaray, en 1540; “la nueva ciudad es trazada en su “parrilla” básica y alrededor de la plaza central se reparten los solares y se inicia la construcción de los edificios públicos y de las casas” (González, 1995, p. 32). Los conquistadores españoles lo llamaron San Juan de la Frontera y, luego de la victoria de la batalla de Chupas por Cristóbal Vaca de Castro contra Diego de Almagro, el Mozo, se le comenzó a llamar San Juan de la Victoria. Esto cambió fue hasta el 24 de febrero de 1825, por que al día siguiente se le cambió el nombre a Ayacucho; Huamanga fue reservado como nombre para la provincia y a su capital de distrito, Ayacucho, como se le conoce hasta la actualidad. Antes de todo desarrollo narrativo, debemos ver algunas características generales, la primera de las cuales es la evolución poblacional.

Según, Efraín Morote Best, dice que la nueva villa fundada por los españoles hace que exista un nuevo estilo de vida en la vieja ciudad de Huamanga, porque en pocos años del 1540 hacia adelante,

Va modificando el paisaje y configurando la Huamanga futura. La floresta de molles y cactus de los secadales, a veces nunca antes roturados, o de las taras, lúcumas y pacaes de las zonas irrigadas empiezan a dar paso a campos ondulantes de trigo, a plantaciones de vides; los ríos próximos, y aún los lejanos, comienzan a entregar el agua a los primeros

molinos, los bosques de los alrededores, la leña a los primeros panes (...). (Morote, 1975, p. 59)

Cosme Bueno, describe a Huamanga Colonial, de esta manera:

La ciudad de Las Calles anchas, las Plazas Cuadradas y las entradas a la Ciudad muy alegres y vistosas por la abundancia de Huertas y Arboledas. Corre un arroyo grande inmediato a la Ciudad, de buena agua, y a un cuarto de legua un Río, que desagua en el de la Pongora, y éste en el de la Sal, que finalmente entra en el antiguo Marañón. Tiene esta Ciudad Cabildo Superior, compuesto de dos Alcaldes Ordinarios, Regidores, Alférez Real y demás Oficios que preside un Corregidor. Entre sus **Vecinos, que llegan a 2,500 almas**, se cuentan algunas familias distinguidas por su antigua nobleza. Su Catedral de tres naves es espaciosa y bien adornada. Además del Obispo, tiene tres Dignidades: Deán, Arcediano y Chantre; dos Canongías, que por los años de 1686 mandó su Majestad fuesen de Oposición: una Magistral y otra penitenciaria; y dos Raciones. (Bueno, s/a, p. 87. Ver también, Morote, 1975, p. 193)

Nuestro viajero que llega a Huamanga colonial, nos dice que hubo 2,500 habitantes sólo en la ciudad. Según el historiador Jaime Urrutia, la “población de la región de Huamanga era para 1570, de 123.912” (Urrutia, 2014, p. 51). En el cuadro presentado por Jaime Urrutia, sólo hemos tomado como referencia el total de sus habitantes. Por otro lado, dice Jaime Urrutia, que

La existencia de más de 100 mil habitantes en la encomienda de la región, contrasta con el reducido grupo de vecinos con indios, (...) hacia 1570 la población de la ciudad de Huamanga se presenta definitivamente estabilizada, con sus vecinos encomenderos, comerciantes, clérigos, funcionarios y población yanacona y mitimaes ligada a los trabajos públicos y a la explotación de propiedades cercana al casco urbano. (Urrutia, 2014, p. 52)

Según Enrique González Carre, la división de la ciudad corresponde a la división social: una parroquia para el casco urbano, la del Sagrario, y dos parroquias para los núcleos indígenas adosadas a esta trama emparrillada: Santa Ana o Hanan Parroquia y Magdalena o Uray Parroquia. Aún los huamanguinos utilizan ambas designaciones de la parroquia de arriba y parroquia de abajo” (González, 1995, p. 33).

El viajero norteamericano, señalado líneas arriba, como fue Lardner Gibbon, en 1851, asegura que la población de la ciudad de Ayacucho: “(...) Tiene una población de 10,000 habitantes (...)” (Nuñez, 1973, p. 77).

Veamos ahora la evolución de sus pobladores según los censos:

Tasa de crecimiento de la población ayacuchana del departamento (1791-1876)

Año	Población
1791	25,970
1816	30,000
1827	18,167
1830	25,761
1850	29,617
1862	44,898
1876	31,327

Fuente: Infante-Vásquez. 2021, p. 229.

Grupo étnico del departamento de Ayacucho (1876)

Espanoles y Blancos	18,427
Mestizos	20,607
Indígenas	102,827
Negros	311
Asiaticos	43

Fuente: Infante-Vásquez, 2012, p. 229.

Como se observa en los cuadros, no solo la población fue en crecimiento sino también se identifica los grupos étnicos que existían para estas épocas en el departamento ayacuchano, en el cual la clase social de los indígenas fue la más mayoritaria, seguida por los mestizos. Sobre estos datos, Paul Gootemberg, manifiesta:

Todas las cifras sobre la composición demográfica del Perú republicano —hasta 1876— están equivocadas; tal es el único punto en el cual todos los historiadores pueden coincidir. Los gobiernos peruanos no tuvieron ni la capacidad, ni la voluntad de montar censos detallados de sus dispersos y elusivos súbditos andinos. Entre el tardío censo virreinal de 1790 (que dio una población de 1,076,000) y el primer esfuerzo moderno de 1876 (que arrojó la cifra de 2,699,000) se encuentra un siglo de tierra de nadie demográfica, a pesar de los censos parciales de 1812, 1836, 1850 y 1862. Desafortunadamente, los historiadores no pueden retroceder en el tiempo y rehacer los conteos perdidos o mal administrados por sucesivos gobiernos (...) La mayoría de los censos eran en realidad registros fiscales reactivados que registraban los tributos indígenas y de “castas”, con todos los encubrimientos y fugas que métodos tales naturalmente producían en las fluidas clases subalternas peruanas. (Gootemberg, 1995, pp. 5-6)

En verdad es cierto por la difícil geografía que tenía el Perú y, en nuestro caso, Ayacucho era tan lejana y con quebradas accidentales, de ahí que Paul Gootenberg, manifieste que algunos

censos de estos tiempos estaban equivocados; pero agrega: «Para el sur —los departamentos de Cuzco, Puno, Ayacucho y Arequipa—, este informe no fue un censo en absoluto: a partir de las guías subsiguientes, la cifra de 668,802 fue reconocidamente tomada en préstamo directamente del censo de 1795 (...)» (Gootenberg, 1995, p. 12). Para el censo de 1876 Gootenberg, comenta:

El primer censo peruano moderno, que detallaba sus preparativos y procedimientos, fue realizado en 1876 (...), esta información revela, por ejemplo, la profunda diversidad de las estructuras sociales regionales peruanas: que 1,554,678 de 2,699,106 peruanos eran considerados indios; que sólo el 15 por ciento de la población vivía en pueblos (incluyendo la mayoría de los 498 “israelitas” peruanos confesos); y que las cuatro mil cuatrocientas “haciendas” del país eran el hogar de un cuarto de la población rural (...). Los datos más débiles son los referidos a ciertas estadísticas provinciales, y a ítems sociales como la ocupación y el alfabetismo. (Gootenberg, 1995, pp. 13-14)

El autor nos da la razón al manifestar que en Ayacucho la mayoría de los habitantes eran indígenas. A pesar de estas cifras demostradas de los censos señalados, la pequeña villa fue creciendo lentamente, convirtiéndose en un polo de desarrollo ante la mirada de los meztizos e indígenas que vivían en las diversas provincias alejadas de la ciudad capital del departamento. Este crecimiento progresivo demográfico se debió en parte a algunos factores condicionantes que hicieron que la población migrara hacia la ciudad, llamada como «Cercado de Huamanga» por las autoridades locales de la época. Uno de los factores en estos cambios fue el comercio, que tuvo un gran dinamismo, existiendo 53 tiendas que funcionaban a fines del siglo XIX en la zona céntrica: 20 en el portal Independencia, 14 en el portal Constitución, 15 en el portal Congreso (hoy Unión) y 4 en el portal Municipal. El dinamismo es por la presencia de inmigrantes extranjeros, como los italianos Malatesta, Benevento, Maratti, Capellitti, Barsatto, Petrocini; alemanes, como Mayer, y algunos turcos.

La cantidad de tiendas y el pequeño mercado de abastos de la ciudad capital eran los polos de atracción para esta época. Así que para 1890 se iniciaba la exportación de productos de la selva, como cacao, café, cascarilla, coca, caucho; por otro lado, las ciudades de Huanta y La Mar comercializaban sus productos entre ellas y también comercializaban productos traídos de Europa y del Brasil, como escopetas, botines, machetes, pólvoras, rifles, cuchillos, etc. La sal, por su parte, era traída de Portugal y de Brasil, vendiéndolos a 20 o 30 soles por quintal. Pasemos a ver un segundo factor: el nivel educativo.

Durante todo el siglo XIX, Ayacucho tuvo muy pocas escuelas en sus provincias y distritos, por lo que la enseñanza era muy rudimentaria. En ese sentido, podemos decir que la mayor cantidad de niños y jóvenes aprendían sus lecciones de la vida cotidiana y los más jóvenes se dedicaban mayormente a la chacras o trabajar en una hacienda. El viajero Lardner, Gibbon, en 1851, dice:

En las dos escuelas tan solo hay treinta alumnos. Un profesor de Belles lettres y poesía, me informó que la geografía sólo se enseñaba en un colegio de Lima; y otro de gramática Latina, me dijo que la razón por la cual había tan poco alumnos era que los padres eran muy pobres para poder sufragar los gastos de la enseñanza. Entre los aborígenes es raro encontrar alguno que sepa escribir su nombre y en los criollos ocurre también a menudo encontrar a alguien que no sepa escribir. En cuanto a lectura no he visto persona alguna en esta región que se preocupe por ello, ni tampoco sé de algún periódico que se publique. (Núñez, 1973, p. 77)

Esta realidad, sustenta lo que hemos afirmado, que la instrucción pública para estos tiempos del siglo XIX, no era importante para los padres de familia indígenas, salvo los notables que habitaban la ciudad de Ayacucho. Hasta mediados del siglo XIX no existían colegios. Posteriormente, se creará el Colegio «San Ramón» en 1848 (Hoy GUE «Mariscal Cáceres») y, luego, «Las Educandas» en 1861 (Hoy «Nuestra Señora de las Mercedes»). Al decir del Dr. Tomás Lama para 1901, refiere:

(...) apenas tienen un Colegio mal dotado y peor dirigido, donde reciben una educación deficiente y unas cuantas escuelas que no están en mejores condiciones (...) la ciudad se despuebla por que sus hijos emigran a buscar en otras partes donde emplear con ventaja la inteligencia y la laboriosidad de que están dotados; siendo el resultado de este cuadro desconsolador, la indigencia y los vicios que son su forzoso cortejo. Esto es Ayacucho cuyo nombre simboliza el acontecimiento más culminante que registra la historia de América. (Lama, 1901, p. XXIX)

Este lamento y queja, del escrito del Dr. Tomás Lama, dibuja lo que está aconteciendo para inicios del siglo XX en la ciudad de Ayacucho, en lo referente a la educación secundaria y mucho peor la educación superior. Y este lamento también está dirigido a sus autoridades a manifestar que es un cuadro desolador, donde existe los mendigos y sobre todo los vicios, que lo veremos más adelante. Este reclamo se hace evidente por que Ayacucho, representa el símbolo de la Cuna de la Libertad Americana, y que su pueblo, este en esas condiciones, desde mucho de progreso y como lo ha sustentado anteriormente Patrick Husson y otros, Ayacucho aún vive de esa crisis, pero no sólo económica sino también crisis cultural.

En una publicación del Sub-Comité Pro-Commemoración del IV Centenario de Huamanga, desde Lima, para 1937, integrada por su Presidente, Dr. José Salvador Cavero, su presidente

activo, Dr. Mariano Velarde Álvarez y su primer Vice-Presidente, Dr. Alberto Arca parró, manifiestan:

Los Colegios de Ayacucho no funcionan, en mejores condiciones que las escuelas. El de mujeres ocupa una casa particular inadecuada por su construcción para fines escolares; con escasos materiales de enseñanza. El nacional de Varones que, habitualmente disfrutaba de las ventajas de un local propio, que aunque antiguo, por la relativa amplitud de sus patios ya que no por la de sus aulas le ofrecía algunas comodidades, se ve privado del derecho de seguir usándolo. Ello cuando las tropas acantonadas en la ciudad prefieren ocuparlo antes que el salón municipal. Entre tanto los alumnos son arrinconados, a una estrecha casa de arrabal. (Cavero, 1937, p. 31)

A pesar que los Colegios tienen estas condiciones antihigienicas, los niños y jóvenes, llega a la ciudad de Ayacucho, con ansias de superación. En resumen de todo lo anterior nos remitimos a Goerge Lefebvre, al decir que «la ciudad es todo orden, ordenanzas y poder (...) la ciudad es política, administra, protege y explota un territorio...» (Lefebvre, 1980, p. 15). Así, la ciudad de Ayacucho es donde «el espacio urbano es enclave, donde se operará el contacto entre las cosas y las gentes, donde tiene lugar el intercambio» (Lefebvre, 1980, p. 16) comercial. En la ciudad capital del departamento, funcionaba el municipio, la prefectura y la gendarmería. En la ciudad existían hombres dedicados a diversos oficios, como los que confeccionaban textiles en el barrio de Santa Ana, sombreros en Conchopata, los plateros en el jirón Lima, los cueros en el barrio de la Tenería, etc., o los famosos arrieros de Carmen Alto que llevan mercurio y otros productos hasta Potosí (Bolivia) o a Tucumán en Argentina.

Veamos ahora el crecimiento paulatino que experimentó Huamanga durante la segunda década del siglo XX y sus consecuencias. El aumento de población y tráfico comercial ocasionaron a las autoridades locales a que la ciudad también se transforme para la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, formando nuevas calles y avenidas principales. A pesar de todo, el mercado de abastos continuaba funcionando en la misma Plaza Mayor desde el siglo XIX, donde se expendía los productos de primera necesidad y donde la mayoría de ciudadanos acudía a realizar sus compras. Lardner Gibbon, que visitó la ciudad de Ayacucho para 1851, también confirma:

En la plaza los indios vendían cebada, trigo, maíz, papas, cebollas, alfalfa y frutas traídas del otro lado de la cordillera. (Núñez, 1973, p. 77)

Como lo hemos señalado líneas arriba, existían también las pulperías, donde acudían especialmente los vecinos notables y autoridades políticas a realizar compras de artículos llegados

de Lima o de Europa. El mismo viajero Lardner Gibbon, para 1851, dice que “en las pequeñas tiendas ubicadas alrededor de la plaza se vende mercadería de algodón, pero es muy poca la actividad que se nota en cualquier otra cosa. El aspecto decaimiento es desalentador” (Núñez, 1973, p. 78). Y se sabe que el algodón se traía de afuera del departamento de Ayacucho, de Ica, Lima u otro provincia; pero como dice el viajero Lardner Gibbon, que el comercio no es tan alentador, es decir, que las actividades comerciales en la ciudad de Ayacucho, no tenía un futuro prometedor.

Todo esto parece sugerir que no hubo grandes cambios al interior de la ciudad, desde muy entrado el siglo XX, por supuesto que la ciudad creció; pero lo que no cambió durante este espacio de tiempo (1850-1920) fueron sus costumbres y tradiciones, las cuales fueron conservadas. Esta continuidad se vio reflejada en la cotidianidad de la población, ya que la mayor parte que habitaba la ciudad eran indígenas y su labor era acudir a las haciendas cercanas a la ciudad capital, mientras que los vecinos notables se dedicaban a escribir en los periódicos, siendo algunos de ellos dueños de estos diarios, otros dedicados a la enseñanza primaria y secundaria, los sacerdotes a la iglesia, los gendarmes a vigilar la ciudad y las autoridades políticas en el municipio o la prefectura. Así transcurría la vida cotidiana en la ciudad de Ayacucho, dándose algunos pequeños cambios lentamente posterior a la década de 1920.

Y como dice el Dr. Manuel Jesús Pozo:

La ciudad, es la ciudad de las iglesias, de las capillas, de las cruces, así fue y así es: tenemos, también una inmutabilidad en nuestras costumbres; hemos dado las espaldas a la vida moderna. Nuestra vieja urbe, algo se distingue por su parte histórica, pero hasta ahora, ignoramos, lo más importante, la vida espiritual, la vida económica, única que ha preocupado y preocupa al mundo. (Pozo, 1924, p. 77-78)

Y como los asegura el Dr. Manuel Pozo, la ciudad vive mayormente de supasado, de sus costumbres de antaño y aún no mira la modernidad tan deseada, escrito, que lo hace publico en los primeros meses del año 1924.

Vayamos ahora a las prácticas de entretenimiento público. Históricamente, podemos confirmar que los fines de semana, para la **clase subalterna o popular** del siglo XIX, era lo más esperado, ya que los días sábados especialmente se dirigían a las cantinas o chicherías de la ciudad o de los barrios más cercanos —San Juan Bautista, Carmen Alto, Conchopata, San Sebastián, Calvario, Santa Ana, Soquiaccato, etc.—, con la intención de divertirse y pasar momentos

agradables, disfrutando la chicha de jora o el aguardiente y la coca. Hasta este siglo la Semana Santa, los carnavales, la fiesta de Todos los Santos, las corridas de toros, la pela de gallos, etc., no se alteraron. La cultura popular, pues, afirmaba su identidad sin mayores problemas.

En comparación a Lima del siglo XIX, Marcel Velázquez, manifiesta “La Lima de 1830, s una pequeña ciudad amurallada, rodeada de haciendas con acequias al descubierto. La gente se desplaza a pie, en mula, caballo y carruajes. La aristocracia y la plebe conviven y comparten todavía muchos hábitos sociales” (Velázquez, 2013, p. 165). Nos preguntamos ¿acaso era diferente Ayacucho a Lima de estos tiempos?, por supuesto que hubo diferencia, pero en la pequeña ciudad serrana ayacuchana, también hubo mulas, caballos, acequias que circulaban por la ciudad y por supuesto que notables, mestizos e indígenas convivían. Así como Lima, Ayacucho estaba marcado por el sonido de las campanas y con el tiempo

Las formas modernas republicanas van sustituyendo a las antiguas redes sociales; el patrón de sociabilidad y consumo europeos, principalmente francés, empieza a expandirse lentamente entre la élite, hacia 1850, la capital conquista la hegemonía como el centro simbólico del nuevo orden republicano (...) por ello, se convierte en el laboratorio de una modernidad precaria. Las otras ciudades peruanas se definen en función de la cultura rectora de Lima, sea por la IMITACIÓN o una tenue oposición, pero en ningún caso logran crear productos de impacto nacional como sí ocurre con los actores culturales limeños. Hay continuidad del orden colonial, la vocación modelizadora de la élite letrada y sus deseos de transformar la heterogénea plebe en un conjunto de ciudadanos civilizados, el fortalecimiento de un polo modernizador mediante la alianza con la prensa, pero la conservación de políticas de representación tradicionales de la alteridad. (Velázquez, 2013, p. 165)

Está claro, que en esta línea, para el caso de Ayacucho, nos enfrentaremos a esa continuidad, rupturas y cambios que se darán el proceso histórico de la ciudad de Ayacucho, durante el siglo XIX.

La ciudad continuó siendo una ciudad tradicional desde el siglo XIX, porque “la propia ciudad está atravesada por el campo, sobre todo en la primera mitad del XIX (animales que deambulaban por las calles, pesebreras, huertos y chacras, arrieros e indios cargueros), de modo que no siempre es posible saber dónde comienza y donde termina. Las pulperías y chicherías, con su dinámica, dieron a la ciudad del XIX un "peculiar sabor aldeano". Incluso las costumbres de los sectores dominantes se encuentran marcadas por este trato constante con el mundo rural” (Kingman, 1992, p. 24). Y es tradicional además porque “su cercanía a la ciudad posibilitó, a su

vez, que los indígenas desarrollen actividades de mercadeo relativamente autónomas que complementaban su economía de subsistencia como la venta de leña y frutas, lo cual no significa que estuvieran libres de situaciones conflictivas” (Kingman, 1992, p. 21).

Entonces, se

Trata de pequeñas ciudades pegadas al campo y atravesadas por el campo ellas mismas. Ciudades que se llenan con una población flotante que viene del campo (o que tiene "doble domicilio"). En ciudades como esas es inevitable que se reproduzcan los espacios de las chicherías, ferias como "espacios propios" (es inevitable que los distintos sectores sociales se encuentren y en determinados momentos, principalmente rituales, se confundan; la escena doméstica hace, además, inevitable la subordinación; pero también es posible encontrar espacios propios, mil formas de escapar al control). Las descripciones sobre todo las de la primera mitad del XIX muestran una plebeizada en donde las formas culturales "que escapan a las normas" se han generalizado, y lo mismo sucede en otras ciudades como (...). (Kingman, 1992, p. 33) Ayacucho

Asimismo,

La ciudad supone la entrada a un mundo complejo en el que tienden a homogeneizarse los referentes simbólicos y a acortarse las diferencias entre lo culto y lo popular, entre lo dominante y lo periférico. Esta circulación "más fluida y compleja" de los sistemas culturales no está en condiciones de evaporar la diferenciación étnica y de clases, pero genera, sin duda, nuevos parámetros. Esto a su vez influye en los poblados y comunidades de origen a los que regresan los migrantes. (Kingman, 1992, pp. 46-47)

La ciudad en el siglo XIX dio cabida, a

Pesar del proyecto republicano de construcción de la nación desde arriba, a distintos órdenes y estamentos sociales. El carácter corporativo y al mismo tiempo jerárquico de la sociedad, se expresaba en el ceremonial, con la presencia de los oficios y cofradías, las organizaciones benéficas, las autoridades civiles y eclesiásticas, así como la participación de los indios y de la plebe urbana. Al mismo tiempo muchos de los espacios de la vida cotidiana daban lugar al flujo y al desorden callejero. Esto iría modificándose desde la segunda mitad del siglo XIX, pero sólo tomaría fuerza hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando se profundizó el conflicto cultural en tono a la religiosidad, la fiesta y el uso popular de los espacios públicos. (Kingman, 2009, p. 64)

Demos ahora un breve repaso al aspecto físico de Huamanga en el periodo que nos interesa.

En la pequeña ciudad capital de Ayacucho, De acuerdo a Marcel Velázquez, como en otras provincias, desde la colonia hasta la segunda década del siglo XX:

La gente se desplaza a pie, en mulas, caballos y carruajes. La aristocracia y la plebe conviven y comparten todavía muchos hábitos sociales... el tiempo está marcado por las campanadas de las múltiples iglesias, los pregones de los innumerables vendedores ambulantes de comida y dulces típicos y los pitos de los serenos. Gradualmente, las formas

modernas republicanas van sustituyendo a las antiguas redes sociales virreinales; el patrón de sociabilidad y consumo europeos, principalmente francés, empieza a expandirse lentamente entre las élite. Hacia 1850, la capital conquista la hegemonía como el centro simbólico del nuevo orden republicano. (Velázquez, 2013, p.165)

En este panorama, en la que Ayacucho, se parecía a la descripción realizada por Marcel Velázquez para el caso de Lima; es similar para el caso de la ciudad ayacuchana del siglo XIX y parte del siglo XX, donde la pequeña ciudad tenía calles llenas de polvo, con un empedrado irregular, y animales circulando por la plaza principal sin que nadie se asombre, porque era común observar esto cotidianamente.

Muchos viajeros al describir la ciudad de Ayacucho (Cercado de Huamanga), manifestaban que sus calles estaban llenas de polvo y que sus veredas construidas de lajas de piedras estaban mal colocadas; diversos periódicos revisados también han confirmado lo dicho por estos viajeros. Una de las atracciones de la ciudad para estos visitantes siempre fueron los portales en el centro de la ciudad. Creemos que el aspecto señorial y colonial de sus templos y casonas, fueron los motivos de su admiración. Por otro lado, hay que tener en cuenta que para el año de 1866, es colocado la pileta del Pascualito, traído desde Inglaterra:

El Municipio también asume la construcción del Arco de San Francisco en 1866, el mismo año en que se concluye la pila grande con el emblemático “Pascualito” en su coronación; pocos años después, en 1870, el gobierno local ejecuta el enlozado de varias calles, como La Compañía y la Plaza mayor, así como la colocación de tres puertas de fierro en las portadas que sirven de entrada a la Alameda pública. (González, 1995, p. 100)

Entonces, podemos decir, que a dos cuadras de la Plaza Mayor se podía divisar el «Arco del Triunfo» o «Arco 9 de Diciembre» en homenaje al triunfo de la Batalla de Ayacucho de 1824. Este crecimiento arquitectónico y poblacional se debió a la llegada de un mayor número de ayacuchanos provenientes de las provincias, distritos y anexos, en busca de progreso en la ciudad capital, sobre todo en lo referente a la educación. En estos tiempos no existía ninguna clase de deporte, en el cual los jóvenes podrían entretenerse; solo a fines del siglo XIX, encontramos en los periódicos que se menciona una casa de billar; casa donde solo asistían los llamados “señoritos” de la clase acomodada o, mejor dicho, hijos de los miembros de la comunidad de notables. Así la vieja provincia de Huamanga, por estos tiempos, aún mantiene los aires conservadores de sus costumbres y tradiciones, no hay rupturas ni grandes cambios que manifiesten que la región en su conjunto, logre la modernidad ni mucho menos su progreso económico o cultural; sólo la pequeña

ciudad de Ayacucho, capital del Departamento, está tratando de cambiar, fortaleciéndose urbanísticamente; pero, mantienen aún los aires coloniales, a través de sus templos y casonas, y por supuesto su religiosidad de antaño. Así, la ciudad mantiene su rostro inalterable, su fisonomía urbanística no cambiará hasta muy entrada la segunda década del siglo XX.

Veamos algunas referencias que nos han dejado los viajeros que pasaron y visitaron la ciudad capital de Huamanga durante la segunda mitad del siglo XIX. Comencemos con el viajero norteamericano, que llegó a describir la ciudad de Ayacucho, como fue Lardner Gibbon, para 1851:

(...) Las casas son de dos pisos, con grandes cuartos y patios. Las calles se cortan en ángulo recto y están pavimentadas (...). (Núñez, 1973, p. 77)

Sobre esto el Intendente Demetrio O'higgins, para 1802, manifiesta lo siguiente:

Las calles de esta ciudad, aunque estaban empedradas, por estarlo con piedras muy grandes y mal acomodadas causaban molestias al paso y aun perjuicio a la salud; por esto mandé que se enlosasen las aceras hasta vara y media para el paso de a pie, con losas ásperas labradas a escuadra (...). (Morote, 1975, p. 208)

Como se comprueba, el pavimento sobresalía y eso causaba molestias al transeúnte de la ciudad; en muchas ocasiones se tropezaba y las quejas no se dejaban esperar, todos estos malestares eran publicados en los periódicos de la ciudad.

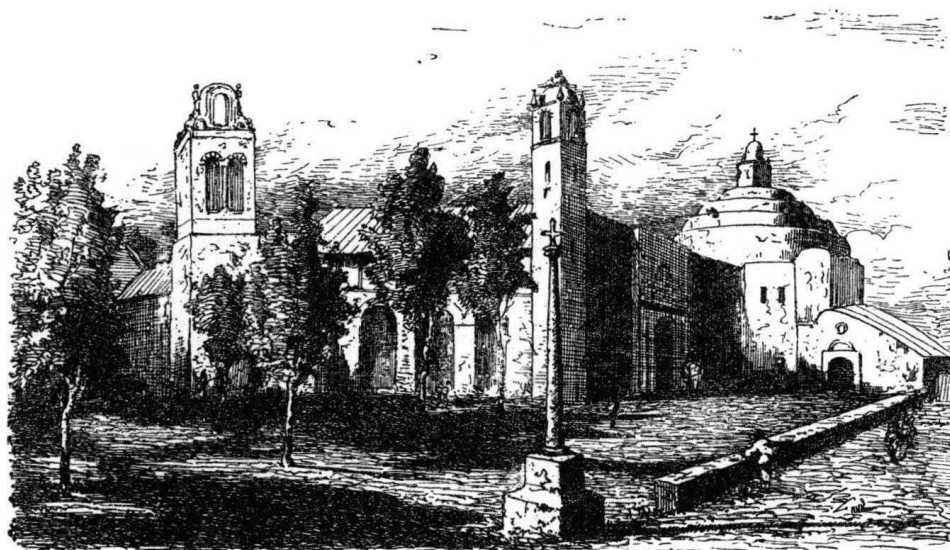
Sir Clements R. Markham, citado por Edgardo Rivera Martínez. inglés llegó a la ciudad en el año de 1853, manifiesta:

Las calles de Ayacucho son de ángulo recto... Sobre las arquerías hay anchos balcones cerrados, que dan a las habitaciones ocupadas por las familias de la gente principal de la ciudad, (...) muchachas indias en la plaza con sus frutas, hortalizas y prendas de ropa, zapatos y otras mercancías, desplegadas para sus ventas, mientras que numerosas personas de ambos sexos van y vienen entre ese laberinto de gigantescos parasoles. (Rivera, 2004, p. 76)

El viajero Charles Wiener, en 1880, citado por Edgardo Rivera, describe a la ciudad:

(...) la bella ciudad de Ayacucho. Desde la cuesta que, en determinado punto, domina la ciudad, se abarca con la mirada el plano de sus calles rectas y plazas regulares, entre las que se distingue la soberbia *plaza de Armas* con la catedral. Plaza que es, en verdad, una de las más hermosas del Perú. La catedral, que reúne las virtudes y defectos de la arquitectura española del siglo XVI, no resalta en dimensiones muy considerables en medio de las demás construcciones. La vastedad de la plaza, en general tan ingrata por la desnudez y falta de

cuidado, se ve disimulada por una enorme fuente rodeada por un pequeño square y seis grandes estatuas de piedra de Huamanga, adornada cada una por un cesto de vegetación. Fuera de la catedral la ciudad es rica en iglesias notablemente bellas. La Compañía, la iglesia de Santo Domingo, la de Santa Catalina y otras más, completan el sello español dos veces secular que exhibe la ciudad. La feria, que tiene lugar en la *plaza Mayor*, es interesante. Piñas, chirimoyas — llenas de un jugo que se asemeja a la crema batida —, mangos, granadillas, frutos sabrosos del árbol de la pasión, granadas, paltas, — variedad de aguacates, la manteca vegetal —, pacaes, que parecen frejoles enormes llenos de una carne blanda o rosada de un gusto fresco pero que es como copos y similar al algodón—, *goyares*, y otros grupos más del trópico que se llevan a Ayacucho desde los valles cálidos de Huanta, ofrecen un conjunto ecuatorial encantador. Las indias del valle son hermosas, los indios grandes y despiertos, y su color más pálido y mate que el de los indios del norte. (Rivera, 2004, p. 258)



Iglesia de Santo Domingo de Ayacucho, dibujo insertado en el libro del viajero Charles Wiener, p. 260. (1880).

El Dr. Luis Carranza Ayarza, para 1883, al llegar para la ciudad de Ayacucho, comenta:

Las calles y barrios vecinos a este templo (San Cristóbal), son, sin duda, los más primitivos, y su mismo aspecto lo revela así. De manera que la calle de San Blas, la del Tambo y las que van a San Juan Bautista y a la Tenería, deben encerrar los restos de las casas que allí levantaron las familias de los conquistadores que fundaron Huamanga. Los nuevos barrios son los que extienden al Norte y al este, o sea, los del Arco y el Calvario. Es probable que la quinta de la *Glorieta* sea de los más antiguos edificios, y que Pampa San Agustín, haya sido la primera plaza que hubo en la ciudad. (Carranza, 1883, p. 20)

El Dr. Luis Carranza Ayarza, como ayacuchano, que visitó su ciudad, describe lo que observa en ese entonces y lo transcribe en su artículo “Apuntes de un viajero”, donde como se lee dice que la Pampa San Agustín pudo ser la primera plaza de dicha ciudad. Nosotros no hemos encontrado información sobre lo propuesto por Luis Carranza, pero creemos que no fue así, porque durante el siglo XIX-XX, hubieron en los alrededores de la ciudad muchas pampa, como la “pampa

del Arco” y no por eso se pueda decir que fue la primera plaza principal; pero son sus observaciones y la nuestra una investigación; por lo tanto, no coincidimos. Lo interesante es que describe las calles de la pequeña ciudad de Ayacucho y su aporte es valioso para la historia regional de Ayacucho.

Goicovic Donoso, Igor, al referirse sobre los ámbitos de sociabilidad durante el siglo XIX, y específicamente de la importancia de las calles, argumenta que

Las calles en las aldeas y ciudades (...) destacaban por la irregularidad de su diseño y por precaridad de su equipamiento (...) las calles mostraban un aspecto pobre y descuidado, especialmente falta de higiene. Es más, en las aceras republicanas, las personas compartían el espacio urbano con animales domésticos y con la basura que se acumulaba en todos lados. (Goicovic, 2005, p. 7)

Esta realidad descrita, es la realidad en la que vivía la ciudad de Ayacucho en todo el siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX.

El viajero y médico alemán Ernst Middendorf, en 1888, citado por Eegardo Rivera, informa sobre su apreciación sobre la ciudad de Ayacucho cuando la visitó ese año:

Se alojó en un hotel llamado “Universal”, pero no tenía sino dos cuartos. Aunque muy modesto, la buena comida y la amabilidad de los dueños fueron sumamente agradables, después de las fatigas del viaje (...). Antes tenía una Universidad, pero desde hace tiempo dejó de funcionar (...) las casas e iglesias de la ciudad son sólidamente construidas con sillares de la mencionada toba; las calles se cruzan en su mayor en ángulos rectos, pero están mal empedradas; causa particular molestia las aceras, debido a las duras protuberancias de las piedras que se encuentran incrustadas en la blanda masa de las lajas. En medio de la ciudad hay una amplia plaza cuadrada, rodeada de portales y adornadas en su centro por una fuente, (...) la plaza sirve al mismo tiempo de mercado, donde los vendedores están sentados protegidos por grandes sombrillas de paja que se parecen a hongos. (Rivera, 2004, pp. 178-179)

Como se podrá notar, no existen cambios significativos durante esta segunda mitad del siglo XIX, y no porque no existirán sino porque los propios viajeros que llegaron a esta ciudad lo manifiestan. Esto significa que cada viajero al realizar su descripción lo hace observando la pequeña ciudad y sus atractivos, como también la observación a sus habitantes y la manera cómo se vestían y algunas pequeñas costumbres que se insertarán a lo largo de la tesis doctoral.

Finalmente, Steve J. Stern, manifiesta que la:

Arquitectura y el plano mismo de la ciudad se ajustan a un molde de los siglos XVI y XVII intacto pese al crecimiento urbano y la expansión industrial. De hecho, la economía de la ciudad fue decayendo en los siglos XIX y XX; su población—menos de 30,000 habitantes en 1970—no superó hasta hace poco su apogeo colonial, y sigue comprendiendo grandes números de campesinos y ex campesinos entre sus jornaleros, sirvientes, artesanos, buhoneros y estudiantes universitarios. En la ciudad colonial calificaba de sus parroquias indias el quechua autóctono sigue siendo el idioma que se habla en muchas casas; Ayacucho sigue siendo una de las regiones más indias del Perú, es decir, una zona poblada fundamentalmente por campesinos pobres cuyo idioma y cuya cultura, cuyas instituciones socioeconómicas y memoria histórica los vinculan al pasado indígena, apartándolos de la sociedad criolla. (Stern, 1986, p. 293)

Con esta visión del intelectual, que dudas queda sobre que las costumbres, tradiciones y vida cotidiana en Ayacucho, siguió siendo muy tradicional.

4.3. Continuidades: Ayacucho tradicional (1900-1919)

Desde la segunda mitad del siglo XIX hacia la segunda década del siglo XX no hubo grandes cambios en la ciudad de Ayacucho. ni en sus tradiciones y costumbres. Las transformaciones se fueron dando con una gran lentitud para una sociedad conservadora como la huamanguina de estos tiempos. En ese sentido la vida cotidiana no se alteró y su conservación continuó hasta muy entrada la segunda mitad de la década de la década de 1920. ¿Qué factores hicieron que la ciudad de Ayacucho no se transforme rápidamente? Simplemente fue el tradicionalismo, de un sector de la clase notable, mientras la clase subalterna vive su vida pensando que el tiempo no pasará y ni idea de conocer cambios y transformaciones; en una ciudad donde el analfabetismo es elevado, son los notables quienes toman la responsabilidad de dar iniciativas de cambios en la ciudad conjuntamente con el poder local para ser considerada una ciudad «moderna», como la de Huancayo o Cusco, y quienes deberían dar nuevas propuestas del embellecimiento de la ciudad y eso se haría muy entrada la década de los 1920, con motivo de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, que se celebraría en el año de 1924.

Si bien es cierto que demográficamente la población va creciendo por el polo de atracción en la que se convierte en la ciudad capital ayacuchana, también es cierto que la resistencia al cambio es obvio por estos tiempos. Veamos las estadísticas de la población de Ayacucho, para las primeras décadas del siglo XX, según nuestro arco temporal de investigación.

Según Jaime Rivera Palomino, citando a “Stiglich, en **1913**, atribuye a la provincia de Huamanga **56,800 habitantes**” (Rivera, 1971, p. 74). Para el peruano y viajero José De La Riva Agüero, dice que la ciudad de Ayacucho, tenía, “hace cien años, Bauzá (o Haencke) le daba 30,000 almas, no parece ahora contar efectivamente con más de **16,000**. Para el Ing. José Ruiz Fowler, en **1924**, calcula su población urbana en **10, 212 habitantes**. Reunidos sus distritos, alcanza a 31,228 habitantes (censo de 1876)” (Ruiz, 1924, p. 156). Y en el Censo de 1940:

La población departamental realmente censada el 9 de junio, ascendía a 358,991, suma a la cual se agregó la selvática estimada y la omitida en el empadronamiento, totalizando 414,208 habitantes. Mientras que la población de la provincia de Huamanga era de 61,207 habitantes y el distrito de Ayacucho (Cercado fue el más poblado con 19,582 habitantes). (Rivera, 1971, p. 75).

Teniendo los datos precisos sobre la cantidad de habitantes para la provincia de Huamanga y ciudad de Ayacucho, el contexto regional, presenta a este departamento aún en atraso. Además, hay que tener en cuenta de que no llega aún las carreteras de conexión, mucho menos el ferrocarril que es el boom de fines del siglo pasado (XIX), no hay medicamentos suficientes para contrarrestar las epidemias y enfermedades que atacan a la población, la no existencia de agua potable, de desagüe, fluido eléctrico, y el avance de la tecnología, como radio, cine, fotografía, etc., hacen de la ciudad capital de Ayacucho que siga siendo considerada como una ciudad tradicional y conservadora para las dos primeras décadas del siglo XX.

Uno de los elementos decisivos del aspecto de Huamanga hacia 1920 es lo que podemos llamar la extensión educativa. La ciudad de Ayacucho se convierte en polo de atracción es porque aquí existen dos colegios secundarios: «San Ramón» y «Nuestra Señora de las Mercedes», y donde los hijos no solo de la comunidad de notables podía estudiar, sino también de algunos mestizos de los distritos; por otro lado, es en la ciudad donde se ubican las instituciones más representativas de todo el departamento: Municipalidad, Prefectura, Subprefectura, Comisaría de Gendarmes, Universidad, los templos cristianos, etc.; y son estas las que hacen que muchos mestizos se vuelquen a dicha ciudad para ir en busca de la prosperidad que no encontraban en sus pueblos de origen, y sus hijos podían tener la suerte de superación y de éxito. Hay que tener en cuenta que la educación es considerado como sinónimo de progreso. Además, es un nuevo siglo sin guerras, como las sufridas con Chile, no hay revueltas, los partidos políticos son muy pocos, lo que hace

que la sociedad ayacuchana vivan en un tiempo de tranquilidad social, las epidemias son muy pocas, a pesar de algunas enfermedades.

Durante el año 1912 llega a la ciudad de Ayacucho, desde Lima, el viajero José de la Riva-Agüero, quizá el intelectual peruano más notable de su tiempo y recientemente estudiado en su periodo de juventud por Víctor Samuel Rivera (2017). Este polígrafo, informa sobre la vida cotidiana que atravesaba la ciudad por el momento de su viaje, al decir que: «el agua potable es pésima y la mortalidad muy crecida. Cuando viajé, quejábame los vecinos de epidemias de tífus, virguela y paludismo pernicioso. Pocas son las comodidades modernas de la vida que allí pueden encontrarse...» (Rivera, 2004, p. 182). Esto nos confirma la falta de salud pública en la ciudad y si esto ocurría en la ciudad capital, en las pequeñas ciudades de las provincias y distritos les iba peor. También existen en la ciudad manantiales, de donde los pobladores se abastecía de este líquido, sobre todo para usarla para regar sus jardines o para el regadío de sus pequeñas huertas o para dar de beber a sus animales domésticos. Otro problema que no se había superado desde siglos atrás era el asunto de la basura. El municipio trató siempre de resolver este asunto del recojo de la basura, por eso se ordenó recogerla a través de pequeñas carretas jaladas por burros y dirigida por un hombre que recogía los desperdicios dejadas por los vecinos en sus puertas.

En el interior de la ciudad, existían domicilios que se ubicaban en las afueras del Cercado de Huamanga, eran casi despobladas, con calles medio desiertas, muchas de ellas separadas por puentes que daban acceso a algunos barrios, como Carmen Alto, San Juan Bautista, etc.; estos domicilios tenían:

Corrales, gallineros y huertas y en caso de viviendas de mayores dimensiones, de establos y acequias interiores -como los templos cristianos- el panorama parecía el de un espacio de vida semirural, pero en realidad venía con los bichos: ratas, chinches, piques, insectos, muy incómodos; gallinas, gallos, pavos, perros, gatos, cerdos, caballos, burros, convivían con los pobladores, es decir, las condiciones de vivienda facilitaban la infección de enfermedades de animales a los seres humanos. (Lossio, 2003, p. 21)

Esta realidad ocurría, según Eduardo Kingman, porque por más que

Una pléyade de publicistas, higienistas e intendentes de policía pretendió alejar el campo de la ciudad extirpando chicherías y fiestas indígenas, eliminando huertas y criaderos de animales, colocando fuera del perímetro urbano los centros de amparo de indigentes y procurando una modificación de las mentalidades y las costumbres; pero al cabo de algún tiempo se vieron obligados a aceptar su fracaso ya que la modernización aristocrática que

se imponía, y a la que ellos mismos se habían (consciente o inconscientemente) adscrito, suponía la reproducción permanente de la "barbarie". (Kingman, 1992, p. 20)

Y, por otro lado, “los llamados barrios de indios constituían todavía en el XIX asentamientos dispersos, de carácter agrícola, que, sin embargo, por su cercanía a la ciudad, asimilaban algunas de sus características” (Kingman, 1992, p. 29). En ese decir del autor, en Ayacucho, los barrios tradicionales como: Qarmenqa, San Juan Bautista, Santa Ana, El Calvario, Conchopata, Belén, La Magdalena, etc habían sido penetrados por mestizos e indígenas que provenía de la zona de Cangallo, La Mar, San Miguel, Lucanas, Parinacochas, Vilcas Huamán, etc en busca de un nuevo porvenir a la capital del Departamento.

Ayacucho de inicios del siglo XX era una ciudad donde no se separaba aún el ámbito rural del urbano. En las calles de la ciudad era usual cruzarse con el ganado vacuno, cerdos, caballos o viendo a los pobladores bañando a sus caballos con el agua de las acequias que circulaban por la ciudad capital de Ayacucho o el agua que salía de los pilones. Por su parte, Marcel Velázquez, asegura, para el caso de Lima, que

En la ciudad barroca colonial siempre hubo animales que convivían indistintamente con personas dentro de las murallas urbanas. En la ciudad ilustrada, esto se vuelve inaceptable porque ellos son focos de enfermedades y contribuyen con la suciedad y el desorden; solo queda expulsarlos o, por lo menos, controlar la circulación de ellos en el tiempo y en el espacio. (Velázquez, 2013, p. 134)

En realidad, la ciudad de Ayacucho era una sociedad conservadora y con una cultura de bajo nivel, donde la educación aún era pésima y con hábitos antihigienicos. En todo este proceso ciudadano, los cambios van a darse lentamente, sobre todo en los diversos barrios que se ubican alrededor del Cercado de Huamanga, como Carmen Alto, San Juan Bautista, Soquiccató, Magdalena, Calvario, Conchopata, San Sebastián, etc. Para darnos una idea de lo que sucede al interior de la ciudad o en los diversos barrios, el viajero José de la Riva Agüero en 1912, citado por Edgardo Rivera Martínez, nos sigue informando sobre Ayacucho al decir que:

La plebe mestiza ingeniosa y bien parecida, trabajaba en los oficios de adornar cueros y pintar maquetas para asientos y baúles, en obras de platería y filigrana (...) Hay calles media desiertas (...) apenas transitan una recua con esquilas, o un indio solitario con poncho escarlata; o cuando en el crepúsculo desciende de la Catedral y las vecinas iglesias, el grave concierto del toque de la oración (...) a los dos días de mi llegada a Ayacucho, me dirigí una mañana a la huerta de la Glorieta que fue quinta de recreo de los Marqueses de Feria de Navarra. Por calles sucias, anegadas con el agua blanquizca e inmundas de las acequias, entre tapias altas y montones de basura, di a la capillita de San Agustín de la Pampa (...) por

callejones irregulares y misérrimos, llenos de chicherías, y por alcantarillas maltratadas, pasé otra vez el riachuelo de la Tartaria y recorrí el arrabal de Capillapata (...). Un pariente mio, Don Antonio de la Riva Agüero, gobernó Huamanga de 1709 a 1711 y me dicen que hacia su tiempo se construyeron las piletas del barrio de Santa Clara (...), el aspecto de las calles es más mahometano (...)" (Rivera, 2004, pp. 182-187).

El viajero norteamericano Herry Franck en 1917, citado por Edgardo Rivera, refiere en su visita a la ciudad de Ayacucho:

Por las noches Ayacucho es alumbrada por muy débiles utensilios de kerosene, que se asemejan a lámparas, correspondiendo a cada propietario de casa pagar de 5 a 20 centavos como contribución al alumbrado, gradualmente se están instalando luces eléctricas que pálidos focos, que deberían ser de 16 bujías, típicos de las ciudades andinas (...), el sitio de reunión favorito de los holgazanes está bajo los portales o arcadas (...) la población en su mayoría es india y las personas genuinamente blancas son decididamente raras, no llegando ni al diez por ciento (...), su agua es tan mala que incluso los nativos admitían que yo no debía beberla... los indios hacen uso libre de ella para todos sus requerimientos de lavado. (Rivera, 2004, pp. 194-195)

El **Dr. Bedward**, distinguido notable, que estuvo presente en la celebración centenaria de la batalla de Ayacucho, en 1924, nos refiere sobre lo que observo de la ciudad:

Concretándonos ahora a la ciudad de Huamanga, en vía de ser higienizada y pavimentada, con su flamante edificio municipal y su casa de gobierno en construcción, hallamos que realizado ese programa de mejoras, sólo se habrá dado principio a su rehabilitación. Aislada y carente de recursos económicos, es ciudad, antaño una de las primeras del país, marchara a la ruina total (...) decaída y ruinoso, Ayacucho encanta al turista y lo mueve a tomarla como residencia definitiva (...). (Bedward, 1924, p. 28-29)

Esta pequeña descripción de este ilustre doctor que vio las celebraciones centenaria el 9 de diciembre de 1924, nos hace notar que la ciudad permanecía aún siendo una ciudad tradicional, y porque no decirlo, semi rural.

Otro de los viajeros peruanos que llegaron a la ciudad capital, como es Aurelio Miró Quesada, por la década de los 30 del siglo XX, citado por Edgardo Rivera (2004), nos informa:

Tomar en seguida la calle de San Blas. Unos minutos más, y tras de cruzar uno de los puentes de cal y canto que se suceden sobre un cruce seco, llego a la zona de Andamarca. Allí se siente un hondo sobre de antigüedad. A ambos lados, muros severos, casas de piedra con sus portales de líneas rectas y algunas veces con una cruz como un balcón. Muchas de las casas están hundidas, y para entrar en ellas, venciendo las puertas pesadas de madera, hay que descender por unos peldaños acrobáticos. Muchas de ellas también se encuentran deshabitadas. (Rivera, 2004, p. 204)

Mientras que la versión del viajero peruano Luis Alayza y Paz Soldán, quien llegó a la ciudad en 1943, nos dice:

(el) detestable alumbrado público —casi tan malo como el de Huancayo— contribuía en esa hora a acentuar la nota de la urbe... en la mañana écheme a recorrer las calles después del desayuno, a base de tunas, que son variadas... en Ayacucho hasta los santos comen tunas. La plaza principal ostenta una mala estatua ecuestre del Gran Mariscal. (Rivera, 2004, pp. 223.224)

Finalmente, Luis Enrique Galván, para 1958, comentaba que “en la actualidad Ayacucho atraviesa una etapa dolorosa de cansancio y decadencia (...) su aislamiento geográfico, la carencia de materia prima por explotar y la escasez de fuentes naturales de recursos para hacer frente a las nuevas demandas de la impetuosa vida social moderna, han impreso una huella profunda de atraso” (Rivera, 2004, p. 122). Lo que manifiesta Luis Galván, confirma lo que otros viajeros extranjeros y peruanos han descrito sobre Ayacucho; aún el atraso y el olvido, por falta de mayores carreteras y sin la existencia de modernidad, y progreso, Ayacucho; a pesar de conseguir algunas obras públicas durante la primera mitad del siglo XX, no pudo salir del letargo en la que se encontraba económicamente como también se puede decir cultural.

Como se ve, los viajeros extranjeros peruanos coinciden en decir que Ayacucho es una ciudad aún tradicional en sus primeros años y que se fue transformando desde la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, dándose así una ruptura en su vida cotidiana, a pesar de que algunas costumbres continuaron como la Semana Santa o los carvanales, especialmente. Todo este proceso histórico de la ciudad capital de Ayacucho solo nos hace notar que es una ciudad tradicional sin ninguna amenaza de la mal llamada «modernidad», que décadas después asomará para transformarla en una ciudad más urbana. Este es el contexto para la lucha dialéctica entre el discurso de los notables y la resistencia de las clases populares de Ayacucho, para el rescate de cuya memoria se ha propuesto esta tesis. La ciudad de Huamanga sería sacudida seriamente en la década de 1920 por episodios sociales que activarían el discurso opresivo de los vencedores.

4.4. De ciudad tradicional a ciudad moderna. El impacto del Centenario de la Batalla de Ayacucho. 1918-1924.

Según Fernand Braudel,

Las ciudades son como transformadores eléctricos: aumentan las tensiones, precipitan los intercambios, traman continuamente la vida de los hombres (...) la oposición entre ciudad y el campo comienzan con el paso de la barbarie a la civilización, del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación, y se encuentra en toda la historia (...). (Braudel, 1974, p. 381).

Entonces, la ciudad de Ayacucho, desde inicios del siglo XX, sobre todo, desde 1900-1920, la ciudad ayacuchana aún no encuentra la modernidad que los notables deseaban y que el historiador Fernand Braudel nos muestra como una oposición entre ciudad urbana y campo, aquí, todavía no se da. Por lo tanto, “no hay ciudad, por pequeña que sea, que no posea sus pueblos, su trozo de vida rural anexionado, que no imponga a su camión, las comodidades de su mercado, el uso de sus tiendas, de sus pesos y medidas, de sus prestamistas, de sus legistas, de sus distracciones” (Braudel, 1974, p. 382). Claro que sí, a pesar de ser una ciudad pequeña, por estos tiempos Ayacucho, era, pues, la capital del Departamento y donde se concentraba el poder político regional, hasta el día de hoy; y por supuesto, Ayacucho, también tienen sus costumbres, tradiciones y su propia vida cotidiana; pero, lamentablemente, es una ciudad, aún, que no consigue salir de su atraso económico y cultural.

Eduardo Kingman ha señalado, “más no se trataba sólo de cambiar la imagen de la ciudad, sino de modificar las costumbres de sus habitantes, de erradicar la presencia del populacho del espacio urbano o por lo menos de sus zonas céntricas y de purificar (europeizar) las formas culturales propias” (Kingman, 1992, p. 37).

La "idea del progreso" que acarician estos grupos sociales es una variante de los modelos europeos y norteamericanos. Su contradicción insalvable es que pretende modernizar la esfera superestructural de la sociedad, cambiar el mundo de las imágenes, remozar las apariencias, "civilizar" la vida cotidiana y recuperar un espacio urbano exclusivo para los caballeros de las finanzas, el comercio y las buenas costumbres; pero todo ello sin modificar la base estructural que mantiene férreamente el miserable reinado de la servidumbre que impera en las haciendas y estancias. (Kingman, 1992, p. 38) que aún se percibe en todo la región de Ayacucho.

La gestación de la idea de progreso “civilizatorio” va desarrollándose poco a poco en la región y, sobre todo, al interior de la pequeña ciudad de Ayacucho. Cuando llega el año de 1918,

se conformará un comité que se debería dedicarse a pensar como se debería celebrar el próximo Centenario de la Batalla de Ayacucho de 1824, que se celebraría en 1924; pues, cumplía, 100 años desde esa épica jornada triunfante del Ejército Unido Libertador; desde esta visión las autoridades edile y los notables de la ciudad de Ayacucho, deberían poner a prueba los proyectos de modernización para ejecutarlos antes de 1924. En este contexto regional, de estas dos primeras décadas aún se vivía la ausencia modernizante de la infraestructura citadina; entonces, el Centenario de 1924, será el acontecimiento histórico que hace que nuestras autoridades y la comunidad de notables conformara un comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho.

Es importante reconocer que para 1920, la ciudad de Ayacucho no tiene, un aspecto de ciudad moderna, como las ciudades de la costa; y esto se comprueba cuando llegan algunos viajeros extranjeros y nacionales, quienes persiven en toda la región que existen

Polvorientos caminos, observa las elevadas cúpulas de los templos, narrando sobre las campanas de sus torres y del rojo de sus tejados, escriben sobre la gama verde de sus huertos y jardines; estos viajeros, sienten, el soplo de la tibia brisa, que les causa una inmensa sensación de contento y de alivio, tras de las desoladas punas que atraviesa. Asimismo, cuando ingresar al recinto urbano, va encontrando a cada paso casonas ruinosos, en cuyos muros existen cactus espinosos. Mientras camina por las calles de la ciudad, le sorprenden las casas solariegas con puertas de calle con claveteadas de cobre, de igual modo a las de las iglesias; ellos escriben que loas casas tenían amplios patios y arcadas de piedra, muy semejantes a los conventos. Decían estos viajeros, que algunas fachadas en la parte de arriba estaban una especie de nichos que guardan efigies de santos, los cuales estaban adornados de flores, y lámparas encendidas. Manifestaban que la plaza principal, era amplia y que tenía una artística fuente de bronce, la cual estaba rodeada de jardines y cómodos asientos; escriben sobre la Catedral, diciendo que es de estilo moro-árabe; que a su izquierda estaba el local de la Corte de Justicia y, a su derecha, la Municipalidad; se admiraban porque estos edificios descansan sobre sólidos portales de piedra y cal. (Ruiz, 1924, pp. 161-162), donde habían tiendas, donde se concentra el comercio local.

Como afirma José Ruiz Fowler:

En todo el recorrido de la ciudad, con dificultad logra el turista cambiar de tema evocativo, como no sea el místico-colonial. De la vida fastuosa y mundana de las linajudas familias que se establecieron en esta histórica ciudad, quedan vestigios como los patios grandes, las escalinatas de piedra, amplios corredores y correctas arquerías, todo del más acentuado estilo conventual, subsistiendo aparatosos los relacionados con el espíritu místico, dominante en este pueblo, a la vez que artistas, religiosos y guerreros (...), que son notables en la composición de sus huaynos; en varias partes se ha quemado incienso en la canciones ayacuchanas. En medio de la verde gama de los huertos, en medio de la túnica de oro de los campos cultivados, mientras la combinación de los colores... se pone a escuchar al compás del arpa o al rasgar de la guitarra en los aires huamanguinos, el alma se expande y brota el canto. (Ruiz, 1924, pp. 161-164)

Entonces en la pequeña ciudad de Ayacucho aún tradicional, también están:

Las culturas populares no excluyen el mercado ni pueden escapar a los valores que éste contemporáneamente genera; existen sin embargo otra serie de pautas de origen distinto que marcan su vida. No sé si esas pautas culturales se deban asumir como andinas o sean propias de todos los pueblos pero no cabe duda de que muchas tienen su origen en una cercana relación con la vida campesina y con la vida en comunidad, De hecho las ciudades europeas vivieron procesos parecidos durante toda la fase de acumulación originaria y de revolución industrial aunque lógicamente la vivieron a partir de sus propias matrices culturales. (Kingman, 1992, p. 42)

La ciudad impone límites que separan un mundo de otro:

A veces es una avenida, un monumento, otras veces los límites son invisibles y solo pueden ser percibidos, pero no descritos. En las ciudades la construcción de vallas, puentes, etc., no solo es una defensa física contra el crimen, sino una expresión de una identidad social y de una necesidad de definir territorios y de expresar así la identidad y la necesaria homogeneidad de los grupos sociales (...) sería equivocado pensar que esos límites solo se imponen desde arriba. (Kingman, 1992, p. 43) a veces se da desde abajo.

Es en este contexto que surge la inquietud política de hacer algo por Ayacucho y, por ello, piden al gobierno central de aquella época mayor presupuesto para las obras públicas que deberían estar para el Centenario de la Batalla de Ayacucho. La comunidad de notables considera que era un derecho hacer peticiones a través de sus autoridades políticas locales al poder central, presentándose como los promotores del desarrollo para el departamento ayacuchano. La mirada de algunos intelectuales, sobre todo de maestros y abogados, harán que se conforme un Comité para lograr obras públicas para Ayacucho y llegar a la fiesta centenaria, con un nuevo rostro de la ciudad capital, la cual aún sigue siendo tradicional y semiurbana, porque los que la habitan en su mayoría son indígenas y mestizos, siendo los blancos la minoría. Aún el hacendado era el personaje que detentaba el poder político y quien hacía de mediador entre el Estado central y los sectores populares.

En junio de 1918, un grupo de notables ayacuchanos decidió conformar un Comité, al cual se le denominó «Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho». Este grupo se propuso como tarea la organización de la celebración regional de tan significativo acontecimiento, para lo cual fue convocado un conjunto representativo de personas, como el Obispo, prefecto, presidente de la Corte Superior de Justicia, Decano del Colegio de Abogados, Director del Colegio San Ramón, representantes y delegados de las provincias, de los gremios artesanales y otros representantes de

las instituciones sociales (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 29. Años: 1918-1951. Acta de sesiones del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. Folios: 8-9).

El 16 de junio se realizó la Junta de notables, celebrada en el Salón Consistorial, bajo la presidencia del señor alcalde provincial Pío Máximo Medina. Con numerosa asistencia de los vecinos más notables y distinguidos de esta localidad, se abrió la sesión a las 4 de la tarde. El señor alcalde Medina dio la graitud por el civismo de las “personas notables” reunidas en el Consistorio y plateó la organización de un centro especial que llamándose “Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824)”. A iniciativa del consejal Arístides Guillén Valdivia, se encarga de iniciar y llevar a cabo las reformas y obras públicas que se consideró necesarias por la proximidad del Centenario⁴. Veamos quienes son estos notables que conforman dicho Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho: Dr. Pío Max Medina⁵, Arístides Guillén Valdivia⁶; Carlos

⁴ Previa deliberación, los señores Doctores: Pío Max Medina, alcalde, Dr. Luis Amat i León vocal de la Corte Superior de Justicia, Dr. Carlos Montes de Oca, Juez de Primera Instancia, Teniente Coronel Don Gaspar Mauro Cucho, Jefe militar Departamental; Dr. Arístides Guillén Valdivia, Presidente del Comité de Labor Local; Dr. José Antonio Escarcena, profesor del Colegio Nacional de “San Ramón” Cusique del Barco, Subprefecto de la provincia del Cercado; Guillermo Canales Solier , Ingeniero Mécanico; Celestina Aspur, secretario i tesorero de la Junta Departamental; David Vega Arias, comerciante de esta plaza i otros, se acordó por unanimidad CONSTITUIR DICHO COMITÉ, con el siguiente personal: Mons. Obispo de la Diocesis Dr. Fidel Oliva Escudero; Presidente de la Corte Superior de Justicia, Prefecto del Departamento, Presidente de la Junta Departamental, Alcalde provincial, Rector del Colegio Seminario de “San Cristóbal”...Presidente dela prensa local, representante de la clase obrera i socios, delegados de Huanta, Lucanas, Parinoacochas, Cangallo i Víctor Fajardo...además se acordó remitirse copia de esta acta a los señores Ilustrísimo Obispo, al Prefecto del Departamento Dr. Delfín Vidalón i al Presidente de la Corte Superior de Justicia, Dr. Ángel Cavero, para que en el patriotismo y de común acuerdo se sirvan dar pronta organización al Comité...Ayacucho 16 de junio de 1918...

⁵ Nació el 5 de mayo de 1879, siendo sus padres Don Bruno Medina y la señora Balbina Cárdenas.Sus estudios universitarios lo realizó en la Universidad Mayor de San Marcos, graduandose en Ciencias Políticas y Administrativas en 1906 y en 1907 obtuvo el grado de Doctor en Jurisprudencia. Fue secretario de la prefectura de Puno. Contrajo matrimonio con doña Elena Landaeta. Fue miembro del partido Civil.En 1911 fue Senador suplente por Ayaccho y en 1919 titular. Fue Ministro de Fomento y Obras Públicas. En 1914 fundó en Ayacucho, el periódico “La Era”, luego “El Derecho”. Decano del Colegio de abogados de Ayacucho, Vocal de la Corte Superior de Justicia y Alcalde del Consejo Provincial de Huamanga. Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y Ayacucho, del Centro Cultural Ayacucho; del Rotary Club, del Centro Social 9 de diciembre. Autor de diversas obras históricas: “Ayacucho (1924), “Monumentos coloniales de Huamanga (1942)”.

⁶ Nació en Huamanga, estudió la secundaria en el Colegio “San Ramón”. Estudio Derecho y se graduó de abogado en la UNMSM y logró obtener el Grado de Doctor.Miembro de la Asamblea Constituyente de 1931, Aprista y protagonista de la revolución aprista en Ayacucho de 1934. Fue alcalde de Huamanga. Miembro y presidente del Centro Cultural de Ayacucho y redactor de la revista “Huamanga” por la década de los 40 (XX) Perlacios, Juan (2001) Personalidades de Huamanga.

Montes de Oca⁷, José Antonio Escarcena⁸; Fidel Oliva Escudero⁹; Ángel Cavero¹⁰ y el representante decano de la prensa local; Vidal Morote Espinoza¹¹. Como se puede observar todos estos notables son los que protagonizarán las rupturas y transformaciones de una ciudad muy tradicional y semiurbana a una ciudad urbana, proponiendo cambios en su infraestructura y en el embellecimiento de la misma. Dichos notables son personajes reconocidos y sobre todo abogados e intelectuales que aportarán mucho en el Comité Pro Centenario con miras a su celebración para 1924.

El Comité Pro Centenario tendrá su primera sesión el día 14 de julio de 1918, donde asistieron casi los mismos, como el Jefe de la Junta Departamental, Dr. Faustino Falconí; el Dr. Gutierréz, Director de la Beneficencia Pública; Dr. Luis H. Bouos, Rector del Colegio Nacional «San Ramón»; Dr. Vidal Morote, representante Decano de la prensa local, y Don Narciso Bendezú, delegado del Consejo Provincial de La Mar, se procedió a la elección de la Junta Directiva... conformada por: Presidente: Obispo Fidel Oliva Escudero (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 29. Años: 1918-1951. Acta de sesiones del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. Folios:

⁷ Nació en Huamanga en 1881, estudió en el Colegio “San Ramón” y se graduó de Bachiller en la Universidad de Arequipa, luego se graduó de abogado. Fue juez y vocal de la Corte Superior de Justicia de Ayacucho, miembro del Centro Cultural de Ayacucho. Su espíritu filantrópico lo llevó a obsequiar 30 hectáreas de sus terrenos, para la construcción del actual Colegio “Mariscal Cáceres” y dar inicio a la construcción de la carretera Ayacucho-Pisco (Perlacios, p. 286).

⁸ Miembro del Centro Cultural Ayacucho en la década de 1940. Fue Jefe del área de salud de Ayacucho. Falleció en Lima el 11 de febrero de 1954 (Perlacios p. 272).

⁹ Nació en Llama, provincia de Pomabamba, Departamento de Ancash, el día 22 de setiembre de 1850, hijo de Don Mariano Olivas y Juliana Escudero. Curso la Instrucción Media y Superior en el Seminario Santo Toribio. Término sus estudios eclesíasticos en el Seminario Central de Santiago de Chile, siendo ordenado de presbítero el 1 de abril de 1876 por el Monseñor Baldivieso, Arzobispo de esa Diócesis, enseñando por 2 años en el mismo seminario. En la Universidad Nacional de San Marcos (Lima) alcanzó la borla de Director en Sagrada Teología. En su provincia fundó el periódico “La Justicia”, el convento de Santa Rosa y el Colegio de San Agustín que lo regentó con loable acierto por 23 años. En 1895 salió elegido Diputado por Pomabamba destacándose en la Cámara por su verbo fácil y vigoroso, puesto al servicio de los entreses de la Religión y de la Patria. El 19 de abril de 1900 fue preconizado como OBISPO de Ayacucho por el Papa León XIII; consagrado solemnemente Lima por el Delegado Apostólico Mons. Alejandro Babona, el 15 de agosto del mismo año. Durante 35 años de glorioso episcopado ha dejado importantes obras. En 1911 publicó 6 tomos “Flores de Santidad en el Álamo de la Diócesis de Huamanga” “Apuntes para la historia de Huamanga”, etc Fundó el periódico “El Estandarte Católico” que tuvo una vigencia de 40 años. Murió en 1935 (Ver: Laurente Campos, Ángel Martín (2014) La Catedral de Ayacucho. Un breve recorrido histórico del principal templo de nuestro Departamento, pp. 69-70. Seminario San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho.

¹⁰ Nació en Huamanga en 1860, estudió en el Colegio “San Ramón” y estudio en la UNMSM, Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Administrativas, Fue Senador por Ayacucho en 1897. Rector de la Universidad de Huamanga. Vocal y Presidente de la Corte Superior de Ayacucho. Alcalde de Huamanga. Director de la Beneficencia Pública de Ayacucho. Presidente de la Junta Departamental y fundador del periódico “El Debate” y del Club “9 de diciembre” (Perlacios, 2001, p. 110)

¹¹ Profesor del Colegio “Mariscal Cáceres” Fue Director del Colegio de Cangallo. Miembro del Centro Cultural Ayacucho (Perlacios, 2001, p. 287).

8-9). En ese sentido, se plantearon algunas tareas, como planificar y gestionar ante el Estado, el mejoramiento de la infraestructura de la ciudad, con la finalidad de que la ciudad capital esté a la altura de otras ciudades de provincia y, en segundo lugar, hacer investigación sobre la historia regional de Ayacucho a través de concursos; dentro del proyecto, su finalidad era modernizar la ciudad, hacerla más urbana y organizar un Museo Histórico, la creación de una biblioteca pública; por otro lado, hay que tener en cuenta que la actitud del comité era celebrar a lo grande este acontecimiento histórico para el Perú y no solo para la región. Hoy se sabe que para esta misma década, sobre todo en 1921, se celebró el Centenario de la Independencia del Perú, y era propicio iniciar las gestiones para lograr embellecer Huamanga, teniendo como argumento la celebración de la fiesta centenaria en 1924.

Es así como el Comité Pro Centenario se fija fechas para lograr sus objetivos; es decir, 1922-1923 serían los años de culminación de algunas obras públicas y el embellecimiento de la ciudad capital. En este lapso se debería tener lo más anhelado para el departamento: la llegada del ferrocarril. Con estos fines, el comité presentó su proyecto al gobierno local y, desde luego, las autoridades locales al gobierno central de Lima para que den el presupuesto que se deseaba para entonces.

Los proyectos modernizadores y obras públicas planteadas por el Comité Pro Centenario para 1918, fueron:

- Dotación de agua potable y canalización de la ciudad.
- Organización del servicio de baja policía.
- Pavimentación de la ciudad.
- Construcción de una cárcel.
- Conclusión de la obra del Arco de San Francisco.
- Refacción de la Casa Consistorial, a la prefectura y local del Colegio «San Ramón».
- Construcción de locales para centros escolares.
- Construcción de una casa de correo i telégrafo.
- Establecimiento de un camal.
- Erección de un monumento a María Bellido.
- Conservación y mejoramiento de la Alameda.

- Construcción de un Teatro.
- Levantamiento de un Monumento en la Pampa de la Quinua.
- Conclusión de la capilla de este mismo lugar.
- Gestionar la construcción del Ferrocarril de Huancayo a Ayacucho.
- Organización de un Museo Histórico con objetos correspondientes a los combatientes.
- Organización de un concurso literario e histórico sobre las luchas relacionadas con la Batalla de Ayacucho. (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 29. Años: 1918-1951. Acta de sesiones del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. folios: 8-9)

Hay que tener en cuenta que todos estos pedidos referidos arriba no solo se refieren a obras «visibles» para la región de Ayacucho, es decir, refacciones y construcciones, sino también obras «invisibles», como los concursos históricos que se deberían llevar a cabo en diciembre de 1924; en realidad una serie de pedidos que el Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho inicia a gestionar desde el mismo año para cumplir con sus reclamos al Gobierno central. Todas las gestiones deberían involucrar a los representantes del departamento, donde se pedía «procurar conseguir el apoyo moral y material de las repúblicas sudamericanas para la erección del monumento en la pampa de Ayacucho y también iniciar subcripciones entre los particulares y organizar la fiestas sociales para incrementar los fondos del Comité» (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 29. Años: 1918-1951. Acta de sesiones del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. Folios: 8-9); es así como el Comité, con fecha 17 de julio, termina el acta donde todos los miembros pasan a firmarla, para ser elevada al gobierno central del Perú, con sede en la capital de Lima.

Durante el gobierno de Augusto B. Leguía, la preocupación, más que la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, era celebrar el Centenario de la Independencia del Perú; por lo que uno de los miembros del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho, expresó: «...la proximidad del centenario de la batalla de Ayacucho es la única ocasión en que se puede lograr algo de los altos poderes del Estado, y que pasando ella hay que perder toda esperanza de mejora local» (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 29. Folio. 111)¹². Entonces, solo queda esperar para lograr el ansiado presupuesto para Ayacucho.

¹² Quien se expresaba de esta forma era el ingeniero Federico Martinelli, un andahuaylino radicado en Ayacucho, gestor de la instalación de la luz eléctrica en Huancayo y en Ayacucho, y por entonces responsable de la empresa eléctrica local. (Ver, Caro, Jorge Iván, 2007, p. 837).

El 13 de junio de 1923, luego de 6 años de conformado el Comité Pro Centenario, las distinguidas damas ayacuchanas quisieron también contribuir al progreso de Ayacucho, por lo que conformaron un comité de damas:

INSTALACIÓN DEL COMITÉ PRO CENTENARIO DE SEÑORAS: el domingo 27, del mes último, a horas 4 de la tarde, se realizó la solemne instalación de la Sociedad Pro Centenario de Señoras, en el salón de actos del Colegio Nacional “San Ramón”, ante selecta y numerosa concurrencia de NUESTRA ARISTOCRÁTICA sociedad. Tan luego como el doctor Recaedo Pérez Palma, les manifestó la necesidad de proceder al nombramiento de la Junta Directiva, iniciando la votación...

Presidenta: Srta Tomasa Olano.

Vicepresidenta: Srta Mercedes Velarde Álvarez

Vocales: Sras. Victoria M. Vda. de Mujica, Constanza Rocha de Carrera, Agripina de Ruiz de Castilla, Angela Sáez Vda de Fernández, Raquel Mujica Vda de García Godos María R. de Trisolini, María Odriga de Parodi y señorita María Fajardo

Secretarias: Srtas. María Ruiz Sáez, M Clementina Vidal, Beatriz Valdivia y Alicia Ruiz de Castilla

Tesorera: Sra. Amalia R de Amorin

Tesorera Auxiliar: Srta Paulina R. de Anchorena

Fiscal: Srta Magdalena Fajardo

Bibliotecarias: Srta Manuela de Tineo y Srta. María J. Ivazeta

Fueron largamente ovacionadas las señoras y señoritas de la Junta Directiva y la banda de policía tocó una marcha triunfal...el Dr. Chipoco de Portocarrero leyó un discurso...terminando con este acto inaugural de la Soceidad Pro Centenario de señoras. (*La Patria*, periódico local con su lema “Dios, Patria y Hogar”. Publicación decenal. “Instalación del Comité Pro Centenario de Señoras” Ayacucho 13 de junio de 1923 N° 14 página central)

Como se comprueba, luego de años de trabajo del Comité Pro Centenario de notables varones de la ciudad de Ayacucho para celebrar el Centenario de la Batalla de Ayacucho por 1918, sus esposas y damas distinguidas conjuntamente con sus hijas y otras señoritas de la alta sociedad ayacuchana no quisieron pasar desapercibidas y organizaron el Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1923, con la única finalidad de apoyar al comité de notables y así seguir contribuyendo con el progreso y desarrollo del departamento de Ayacucho. Observando bien la conformación de este comité de damas, nos podemos fijar en sus apellidos que son de renombre y de prestigio social en la ciudad capital, donde viven la comunidad de notables. Una sociedad aristocrática lo consideraba muy importante, donde se demuestra que las mujeres también tenían la «obligación» de contribuir a dicha celebración emblemática para 1924; por su educación, status,

prestigio y decencia, ellas lograron realizar, posiblemente, algunas propuestas para el mejoramiento y embellecimiento de la ciudad; en este sentido, la mujer no fue simplemente la dama de compañía o de adorno que los hombres ostentaban en ceremonias y fiestas; sino que esta vez ellas también quisieron ocupar un lugar de reconocimiento en la sociedad conservadora y «machista» de Ayacucho, logrando con este comité que su vigencia vaya más allá del Centenario.

Lo importante de este singular caso es que gracias a su educación, al segmento femenino se le abrió las puertas para contribuir con el desarrollo y bienestar de toda la sociedad ayacuchana de aquellos tiempos. Esto puede descartar la afirmación de que en todo el Perú las mujeres eran sumisas, silenciosas, servían para tener hijos, dedicarse por completo al hogar y nunca ocupar algún cargo público o representativo; con la conformación del Comité Pro Centenario de Señoras, estos se descartan para Ayacucho y muy posiblemente para otras provincias. Pero lo cierto es que en ningún documento archivístico o nota periodística hubo quejas o reclamos por parte de la comunidad de notables varones de Ayacucho, lo que significa que su silencio era aceptar dicha creación del comité. Así es como para el Centenario de la Batalla de Ayacucho se esperaba una gran celebración que cumpla con las obras programadas para diciembre de 1924.

4.5. A cuatro años de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho (1920-1923)

Para entender un poco más precisamente el contexto de 1920 es necesario remontarnos algo en el pasado. La mentalidad moderna o civilizatoria de los notables de Ayacucho tiene en realidad su origen en un grupo burgués que tuvo desarrollo en el siglo XIX. En efecto, en el Perú del siglo XIX, específicamente en Lima, apareció el Club Progresista; este tenía ideas liberales que se concretizaban en la idea de modernidad del país, como ha mostrado Ulrich Mucke en su texto más relevantes, como es “Política y Burguesía en el Perú” (2010) de importancia básica para comprender el siglo XIX. De la lectura de Ulrich Mucke se desprende que los integrantes de este club pretendían que el país se modernizara desde el punto de vista del crecimiento de la economía. De hecho, para las fechas que trata Ulrich Mucke, a nuestro juicio, las ideas de mercado y la amplitud del comercio, en parte abiertas con el boom del guano, hicieron de la economía un elemento más de identidad desde el punto de vista de las élites en general, haciendo del capital y el intercambio un ideal moral. Estos ideales se consolidaron al interior del club progresista en Lima y lo mismo se pensaba en Ayacucho, en el sentido de modernizar la ciudad teniendo como eje la

economía y, para eso, se trataba de esperar la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924, donde no solo el gobierno peruano daría un presupuesto especial, sino que se haría obras públicas para el bienestar de la población ayacuchana, se pensaba sobre todo la llegada del ferrocarril o de la carretera para no seguir aislados de la capital o de provincias prósperas como Huancayo por entonces.

De acuerdo con **Fernando de Trazegnies**, se pensaba que la:

Modernización tradicionalista es una verdadera modernización, pues introduce elementos nuevos dentro de la sociedad tradicional y la transforma. Pero, al mismo tiempo, esta sociedad no se desprende de ciertos elementos antiguos o tradicionales que pertenecen como aspectos nucleares en torno a los cuales se organiza la modernización. En todo proceso de modernización es evidente que subsisten muchos elementos que no son relegados a la periferia del proceso como rezagos de un pasado que desaparece gradualmente, sino que se constituyen en los elementos centrales del proceso. La modernización que reclamaban estos civilistas pretendía recibir elementos capitalistas pero sin modificar la estructura social. No reclamaban la formación de una clase burguesa con una conciencia social propia que asumiera el manejo de la modernización. Más bien, era la propia clase dominante tradicional la que se encargaría de dirigir el proceso. Esta modernización conservaba un clima social aristocratizante; estos elementos modernos contribuyeron a acentuar la distancia entre la élite y una población autóctona arcaica. (Trazegnies, 1980, p. 45)

Los ideales del Club Progresista de los civilistas fueron influyendo en la comunidad de notables no solo del siglo XIX, sino también del siglo XX, sobre todo de la segunda década del siglo XX, donde los notables imitaron las propuestas hechas décadas atrás por el Club Progresista de Lima, y aquello era para ellos una satisfacción lograr modernizar Ayacucho no solo con adelantos tecnológicos, sino con la transformación de la ciudad capital del departamento, y eso sería su caballito de batalla para 1922-1924 y, posteriormente, esta misma comunidad de notables e intelectuales reunidos en el Centro Cultural de Ayacucho y en la celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940-1945, serían quienes impulsen el desarrollo y progreso de la sociedad ayacuchana, logrando obras públicas para el bienestar de todo Ayacucho. Por eso es interesante analizar el siglo XX para el caso de Ayacucho.

Uno de los intelectuales de esta época y que fue el alcalde de Ayacucho en 1924, fue Manuel Jesús Pozo, quien plasmó en su libro *Historia de Huamanga*, editada el mismo año, lo que pensaba del progreso de Ayacucho:

El Estado se halla en la estricta obligación de pagarle a Huamanga los servicios que prestó para la Independencia del país, procurando que se edifiquen las obras públicas de las que se

halla necesitada...los hijos de departamento haríamos labor de bien entendido provincialismo si en progandas verbales y escritas, reclamásemos para Huamanga, una parte de los laureles del 9 de diciembre, que también le corresponde. (Pozo, 1924, p. 8)

Era oportuno que uno de los intelectuales y políticos en ese momento reclamara la atención del gobierno peruano para darle mayor presupuesto para la celebración del 9 de diciembre de ese año, es así como Pozo alienta a reclamar lo que había hecho Huamanga por la Independencia del Perú en 1824 durante la Batalla de Ayacucho, ya que el escenario de dicha contienda militar fue en la Pampa de Ayacucho. Aquel reclamo posteriormente fue alentado por los notables de la ciudad y, también, contó con el apoyo del Comité Pro Centenario. Manuel J. Pozo continúa afirmando:

Estamos en víspera de nuestro gran centenario, y a pesar de la proximidad de tan clásica fecha, no divisamos en nuestro horizonte, el más leve indicio de un amanecer lleno de optimismo...la tierra de hoy ha disipado mis ilusiones, ha tronchado mis esperanzas. En esta amargura si la patria es la tierra de los padres, patriotismo será la reminiscencia de un pasado esplendoroso. Evoco el de nuestra ciudad, y socialmente, me vinculo a la sociedad colonial de Huamanga, que fue tan distinguida como la de Lima de su tiempo; y políticamente a aquella época de nuestra guerra por la libertad, durante la que nuestros próceres unidos por un pensamiento y una acción, consiguieron darnos patria, independencia y libertad; y nos mostraron las alturas del porvenir reservada para otras generaciones más felices que la nuestra, esas alturas de amor, paz y progreso. (Pozo, 1924, pp. 102-103)

Es así como el propio alcalde de ese momento lanza las reflexiones para que sus lectores tomen conciencia de la importancia que tenía la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho y de cómo con este acontecimiento emblemático se podría pedir al gobierno el apoyo económico para salir del atraso y el subdesarrollo en la que se encontraba hasta el momento el departamento; es decir, en un aislamiento casi total y la esperanza de las vías de comunicación solo eran posible teniendo como pretexto para salir al progreso en el Centenario. De igual forma, la transformación de la ciudad para convertirla en una ciudad moderna y más decente ante las miradas de quienes la deberían visitar para diciembre de 1924 y, sobre todo, hacer que la clase subalterna cambie de actitudes y de comportamientos antes de dicha celebración, eran, pues, momentos en que el Dr. Pozo piensa mucho en el progreso de la región, lo que se reflejó en la publicación de su libro y sus discursos por estos tiempos.

Durante la segunda década de 1920, Ayacucho inicia un proceso de modernidad donde se plantea el progreso y desarrollo de la ciudad capital del departamento, donde debe haber una nueva forma de vida cotidiana donde debería imperar el orden y no el desorden de la ciudad. Las

autoridades políticas locales soñaban con una nueva ciudad higiénica, moderada, disciplinada y con un gusto estético en lo referente al arte; esto se diferencia de algunos notables que todavía deseaban el placer y el juego tradicional y no compartían con esos ideales de los notables y periodistas modernizadores, aún quedaba en ellos la nostalgia del pasado colonial, como la opinión de Manuel Jesús Pozo para 1924 que manifestaba: «Huamanga es herencia, es superviviente de su pasado» (Pozo, 1924, p. 2) y otras páginas decía:

Huamanga, conforme a la idea inicial que de ella tuvieron sus fundadores, ¿qué es? Un museo colonial. Turistas, viajeros que vinieron a la ciudad, reducen sus observaciones históricas y estéticas, a ver iglesias, sus retablos, efigies, casas señoriales. No encuentra algo nuevo que les llame la atención. El rodar del automóvil por nuestras calles, el vuelo de los aviones por nuestro cielo, no han modificado nuestro ambiente. (Pozo, 1924, p. 2)

En este sentido, Manuel J. Pozo, sin manifestarlo, decía que ni la modernidad puede desaparecer la tradición huamanguina, entonces se pedía «una reconciliación entre lo moderno y lo tradicional» (Pozo, 1924, p. 2). En este contexto nacional, el gobierno de Augusto B. Leguía se convirtió en el promotor de la modernización en todo el Perú, se consideraba como la «Patria Nueva», el ascenso y la aparición de nuevos grupos de poder, sobre todo el surgimiento de la clase media o comunidad de notables en el Perú y provincias, como empresarios, profesionales, burócratas, etc. Todos ellos fueron llamados a «modernizar» el país. Y, en ese sentido, la comunidad de notables huamanguinos era modernizar la ciudad capital del departamento ayacuchano.

Durante este periodo-1920-1923, permanecía en un extenso letargo agobiado por una pobreza y su única esperanza de salir de ella era el ansiado ferrocarril, el que traería progreso y desarrollo regional; por eso, la lucha era conquistar los mercados con la llegada del ferrocarril hacia Ayacucho. Por eso las demandas y exigencias de modernización no se dejaban de lado, sobre todo, en los periódicos de la época que así lo reflejaban.

Al decir del Dr. Pio Max Medina para 1924, cuando publica su libro “Ayacucho” dice:

Débse este estado de decadencia en que está Ayacucho, en gran parte, al aislamiento a que su situación mediterránea le ha condenado. Sin medios fáciles de transporte, sin comunicación rápida con los centros de consumo y demanda, y sin recibir de ninguna parte la savia vivificadora; su existencia hubo de languidecer, consumir miserablemente sus energías en campos nada fecundos a las nuevas orientaciones y condiciones impuestas por las exigencias de la vida moderna. Ojalá que el centenario que celebramos sea precursor de

una era de verdadero progreso, no sólo nacional, sino también local, ya que para este último, contamos con una carretera, que es y será factor de engrandecimiento; ya que vivimos en un presente lleno de pasado y preñado de lo porvenir. (Medina, 1924, 174-175)

Una esperanza de aliento tienen el Dr. Pio Max Medina, para que el atraso y la pobreza que vive aún Ayacucho, por estos tiempos, pueda cambiar y esa esperanza está vista en la celebración del centenario donde la ciudad pueda ver resurgir la modernidad anhelada por la comunidad de notables y la élite política que la conduce por estos tiempos; hay que saber, que el mismo Dr. Pio Max Medina, es un polpítico que fue senador por estos tiempos y en él recaía que algunas obras se cumplirán; pero, como fue reemplazado por el Diputado Manchego Muñoz, de Huancavelica, en el gobierno del Presidente Augusto B. Leguía, algunas no se cumplieron.

La lenta modernización de la ciudad de Ayacucho consistirá en la mejora de la infraestructura urbana, dotación de servicios básicos, crecimiento del comercio, instalación de pequeñas fábricas, que comenzaron a cambiar poco a poco el rostro de la ciudad. Así «modernizar era sinónimo de mejoramiento urbano e incorporación de tecnología que ha comenzado a modificar las formas tradicionales de trabajo y de producción» (Medina, 2017, p. 33).

Como podemos ver, los notables o la élite que tiene el discurso dominante piensan que la modernización es la llegada de nuevos instrumentos, nuevas técnicas y construcciones, de allí que el discurso local piense que Ayacucho es una realidad estancada en el tiempo. Cuando hablamos de la tradicionalidad de Huamanga, tenemos presente que esos molinos de piedra son un símbolo de la ciudad, de su quietismo, de su permanencia y postergación. Esta percepción se refuerza con las diferentes investigaciones especializadas, donde resaltan una “región desarticulada del mercado y articulación vial; por lo tanto, alejados de los mercados más próximos y beneficiosos (Quicaño, 2008, p. 34). A pesar de todo, la comunidad de notables siempre tuvo presente modernizar Ayacucho, a través de la fiesta centenaria para 1924 y junto a ella el embellecimiento de la ciudad capital. El 12 de noviembre de 1922, se decía: «Continúa el embaldosado de las calles de plateros y compañía, así como la apertura de la “Avenida del Centenario” y el arreglo del camino al cementerio, los dos últimos mediante ley de conscripción” (Periódico local *La Abeja*, semanario independiente, ilustrativo y noticioso. Ayacucho, 12 de noviembre de 1922. Obras públicas). Entonces embellecer la ciudad era la preocupación de las autoridades locales y de la comunidad de notables, pero también ver las calles principales arregladas y expeditas para recibir a los visitantes

que llegarían para el año 1924. El control del discurso hegemónico se traduce en el control de la prensa.

En efecto. Un catalizador y vocero de las obras públicas que se deberían realizar al interior de la ciudad capital era el periodismo, que se convirtió en la «voz del pueblo», donde algunos intelectuales, como Manuel del Pozo, Pío Max Medina, Hipólito Vivanco (propietario del periódico *La Abeja*), Sixto de la Barra (propietario de *La Hormiga*), escribían en estos periódicos y eran los que reclamaban y denunciaban las ventajas y desventajas de las obras públicas para el departamento y la ciudad capital de Ayacucho.

Una de las compañías del embellecimiento y de obras públicas de la ciudad capital era The Foundation Company, compañía estadounidense que para el mes de agosto de 1923 en Ayacucho se preparaba para la construcción del reservorio de Acuchimay, resolviendo «aprobar los presupuestos de 5 mil nuevas libras peruanas para la construcción de los dos reservorios destinados a dotar el agua potable a la ciudad de Ayacucho...» (*El Estandarte Católico*, Ayacucho, 21 agosto de 1923. N° 641. “Las obras de la Founthion”). Esta compañía contratada por el gobierno de Leguía se había instalado en la ciudad capital del departamento de Ayacucho para ejecutar las diversas obras públicas y así llegar a la fiesta centenaria con un rostro más urbanístico y modernizador que el rostro tradicional que aún tenía. Hay que tener en cuenta que para 1921, ya funcionaba en la ciudad de Ayacucho o Cercado de Huamanga —como se le conocía por los periódicos locales— el cine y, al año siguiente —1922—, se invitaba a toda la comunidad de notables para la «colocación de la corona de bronce enviada por el Congreso Nacional para el monumento por los héroes de la batalla del 9 de diciembre de 1824» (Aray. Sección Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 28. Años: 1920-1941. Folio: 27).

Desde entonces habían transcurrido algunos años y durante este lapso de tiempo los trabajos se hallaban iniciados pero no concluidos para la ansiada fecha del centenario que agigantaba sus pasos sin que los mil y un proyectos a beneficio de la ciudad se conviertan en hechos sólidos, que nos sirvan siquiera de consuelo, despertando nuestras dormidas energías del letargo en el que vivían. En el periódico *La Hormiga* informaba:

Somos testigos que el coronel prefecto Rosa Meneses, quien no deja de escatimar esfuerzos a que cuanto antes todos los bellos proyectos sean un hecho. Teniendo en mira que la pronta conclusión del camino carretero, desprende el porvenir de esta tierra, sabe que sin medidas

adecuadas de comunicación, siempre Ayacucho será el mismo rincón de los muertos y las fiestas centenarias, en tal caso, pasarán más que frías, porque nadie querrá honrarnos con su visita dada a la desoladora situación de nuestros caminos. (*La Hormiga*, Ayacucho, 26 de mayo de 1923. N° 83)

Hay que tener en cuenta que con la salida del senador Pío Max Medina, la llegada del ferrocarril ya no era una esperanza para Ayacucho y todo se volcaba a tener, por lo menos, una carretera en vísperas del Centenario. Se pedía mayor presupuesto para las obras públicas, pero para lograr el porvenir se hacía necesario:

(...) un hondo cariño a la clase obrera de esta localidad y dado al carácter de nuestro periodismo, que es vocero de los ideales del “Círculo de Obreros Católicos” hace que nos ocupemos del tema. Que las sociedades tienden a organizarse y más que nada encamina sus aspiraciones a luchar por el bien del proletariado, para lo cual dispone de voceros que exteriorizan sus sentimientos; la “unión hace la fuerza”, consiguiendo la unión es también menester para el Centenario organizar un Congreso Obrero, activar por una exposición de los mejores obras manuales, preparar fiestas sociales de obreros y rendir homenaje a los próceres de la independencia y a los obreros patriotas que en el Condorcunca también conspiran al afianzamiento de la Libertad Sudamericana, Huamanga, 25 de mayo de 1923. (*La Hormiga*. Ayacucho, 26 de mayo de 1923. N° 83. Mirando el porvenir. La clase obrera y el centenario. Página central)

En todos estos años, la comunidad de notables insistió en el cumplimiento de las obras públicas por parte de la The Fundation Company y, a la vez, siempre se pidió el apoyo de toda la sociedad ayacuchana, sobre todo de aquellas familias pudientes económicamente, así como de los diversos comerciantes extranjeros y nacionales, para contribuir con dicha celebración centenaria. Al término del año de 1923, el prefecto de Ayacucho manifestaba:

En forma nunca vista en la ciudad, el día 31 de diciembre de 8 a 9 de la noche habrá paseo de antorchas, por los alumnos de los colegios, escuelas y sociedades obreras y el pueblo, festival en la calle de San Francisco de Asís y el mercado, con la presencia de la banda de músicos del regimiento y de la policía; debiendo de estar las calles iluminadas y a las 12 de la noche se saludará el nuevo año con salva de 21 camaretazos en el cerro de Acuchimay y con repique de campanas. (*La Hormiga*, Ayacucho, 27 de diciembre de 1923. N° 102. En crónica local: titulado “Año nuevo”)

Es así como a lo largo de estos cuatro años, la sociedad ayacuchana y sus autoridades se preparaban para recibir el nuevo año de 1924, año del Centenario de la Batalla de Ayacucho, año de un nuevo rostro urbanístico de la ciudad capital, ya que se tenía la esperanza de ver concluida las obras públicas que debería lograr el progreso, desarrollo y la modernización de Ayacucho.

4.6. Transformando el rostro de la ciudad capital de Ayacucho. (1924).

Como hemos podido apreciar, desde 1922 hasta el año 1923, se comenzó a realizar algunas obras públicas para llegar a la gran fiesta centenaria con un rostro nuevo de la ciudad capital. El inicio del año 1924 fue para la población en general del departamento un año lleno de esperanzas y de entusiasmo, no solo por la celebración de la victoria de Ayacucho en 1824 contra el yugo español, sino que era el año del centenario y era el momento propicio para que las autoridades locales y la comunidad de notables cumplieran sus promesas de los cambios que debería tener la ciudad y lograr que las diversas obras públicas iniciadas deberían ser culminadas y llegar al 9 de diciembre de este año, no solo con el rostro nuevo de la ciudad ya transformada, sino que se debería hacer conocer al mundo que Ayacucho era la Cuna de la Libertad Americana.

El comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho no solo fue reconocido por el gobierno de Leguía, sino que:

Concedió un subsidio de 1000 libras peruanas por año 1919-1924 que se incluirá en el Prupuesto General de la República. El comité agradeció al Presidente de la República Augusto B. Leguía y a su hijo predilecto Pío Máximo Medina, senador por el departamento y se decidió invertir dicho dinero en el embellecimiento de la ciudad, refacciones, pavimentación de las calles y avenidas y del saneamiento del agua. (Aray. Sección Municipalidad. Leg 30 en Actas de sesiones del Comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho. folio N° 53)

Es así como el Estado apoya al departamento para la celebración del Centenario. Hay que tener en cuenta que diversas instituciones del Estado apoyaron la celebración, una de ellas fue la Junta Departamental dándole un presupuesto de 60 libras anuales (Aray. Sección Municipalidad. Leg 30 en Actas de sesiones del Comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho. folio N° 53, folio 43), y con todo esto se embelleció la ciudad; pero el dinero otorgado por estas instituciones no fueron suficientes para cubrir tantos gastos para el comité; lamentablemente en el Perú también se acercaba el Centenario de la Independencia en 1921, por lo que el gobierno de Leguía dio mayor presupuesto para las obras que se realizarían en la capital del Perú (Lima), por lo que la fiesta centenaria de Ayacucho pasó a un segundo plano, claro está que se presentó un presupuesto, pero no bastó para tantas obras que se deberían hacer en toda la región ayacuchana.

Muchos notables miraban con desaliento cumplir tantas obras públicas, por lo que uno de los miembros del consejo provincial, como lo fue el ingeniero Federico Martinelli manifestó que

la «proximidad del centenario de la batalla de Ayacucho es la única ocasión en que se puede lograr algo de los altos poderes del Estado y que pasado ella hay que perder toda esperanza de mejora local (Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 29. Folio: 111). Y era una verdad que dolía, pero era cierto que pasado la fiesta centenaria, Ayacucho debería pensar en el atraso nuevamente, sino se conseguía el apoyo del Estado peruano. Por eso es que desde los primeros meses del año de 1924 se comenzó a realizar las obras públicas con el presupuesto asignado por el gobierno para Ayacucho. El 1° de febrero de 1924 se pide el embaldosado de las calles principales de la ciudad, principalmente del centro de la ciudad, como eran los portales frente a la plaza mayor y, de igual modo, el ornato de todo el Cercado de Huamanga, la culminación del «Arco del Triunfo o 9 de Diciembre», etc. Es decir, a través del periodismo, se pedía a las autoridades locales que se esforzaran lo más pronto para culminar las obras públicas en la ciudad capital; asimismo, aún se tenía la ilusión de la llegada del ferrocarril que debería llegar para la gran fiesta centenaria.

En el mes de mayo es elegido el gran intelectual Manuel Jesús Pozo¹³ como Alcalde del Concejo Provincial de Huamanga, y desde el sillón municipal decretó: «que los propietarios de casas y tiendas tendrían solo 8 meses para que hagan reparar y modificar las fachadas de su pertenencias, haciéndoles pintar»(El Estandarte Católico, Siglo XX. Año XXIV. N° 652. Ayacucho, viernes 15 de febrero de 1924. “Ornato de la población). El Dr. Manuel J. Pozo, como alcalde, también decreta que todas las casas de los principales jirones debería también ser pintadas y arregladas para que estén listas para la gran fiesta centenaria; entonces desde febrero hacia adelante, la autoridad edil sigue insistiendo en la mejora de la ciudad. En este sentido, el 29 de febrero se realiza la inauguración de la obra de la nueva cárcel y del parque María Parado de Bellido, en la conocida plazuela del Arco, donde se puso la primera piedra. Uno de los editoriales del *Estandarte Católico*, titula «Una ese y un clavo», donde se refiere al asunto del ferrocarril, manifestando que:

¹³ Nacido en Huanta en 1861. Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1884, graduándose de bachiller en Jurisprudencia en 1888. Elegido diputado por Huanta entre 1898 y 1899. Llegó a ser conjez de 1° y 2° Instancia, alcalde municipal de Huamanga, Director de la Beneficencia Pública de Ayacucho, “Presidente de la Sociedad Geográfica de Ayacucho y miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y uno de los fundadores del Centro Cultural Ayacucho”. Escritor, quien publicó diversos libros, entre los que destacan: “Lo que hizo Huamanga por la Independencia (1924)”, “Historia de Huamanga (diciembre 1924)”, “El periodismo en Ayacucho (1928)”, “Las afueras de Huamanga deben ser irrigadas (1930)”. Falleció en el año 1939 y enterrado en el cementerio general de la ciudad de Ayacucho.

Desde que don Augusto ha subido al sillón presidencial, le ha dado el empuje a la obra del tren de Huancayo a la Mejorada, que ya lo tenemos entregado al servicio público, pero se continúa con los trabajos de la prolongación de dicha línea férrea hacia la ciudad de Ayacucho. (El Estandarte Católico, Siglo XX. Año XXIV. N° 658. Domingo 1° junio 1924)

El gobierno de Leguía se consideró a sí mismo como la «Nueva patria», pero también se consideraba el gran transformado y su objetivo era cambiar el rostro del Perú, hacerlo más moderno, más competitivo en lo económico y social. En su gobierno se dio la aparición de nuevos sectores sociales y, en este sentido, se dieron nuevos poderes locales en las provincias, pero con la intención de fortalecer el centralismo; es decir, actores locales que eran partidarios y aliados de Leguía, y ahí tenemos a Pío Max Medina y al mismo Manuel Pozo. La intención del gobierno y de los poderes locales era modernizar el Perú y, por ende, las ciudades capitales, en este caso Ayacucho, ya que se acercaba la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho y era una gran ocasión para demostrar que Ayacucho sí se podía modernizar. Así, “el despliegue de modernidad y orden convivía con un casco urbano tradicional, donde los propietarios de antiguas casonas subdividieron sus predios, y se construyeron más callejones y casas de vecindad para alquilarlos” (Mannarelli & Zegarra, 2021, p. 130). Entonces ese proyecto modernizador comenzó a tomar cuerpo, cuando se realizó diversas obras públicas, como refacción de puentes, remodelación de todo el espacio urbano de la ciudad capital, refacción de la Catedral, la puesta de la estatua de Mariscal Sucre en plena Plaza Mayor, el alumbrado eléctrico, la carretera La Mejorada, que remplazaba al olvidado ferrocarril que no llegaría para el centenario. Esto era desde todo punto de vista «el comportamiento de una inquietud moderna» (Pozo, 1934, p. 3), que paso a paso cobraba mayor fuerza y hacia «eco» en el periodismo local, que apoyaban las iniciativas del alcalde Pozo. Pero no todo eran obras públicas.

Según, Humberto Solares Serrano:

Una preocupación permanente de las primeras iniciativas de modernización de la ciudad fue el ensanche de las antiguas calles coloniales y el estímulo hacia un nuevo gusto arquitectónico, un "barroco burgués", que se manifestaba en la preferencia por los edificios públicos monumentales con una amplia perspectiva, por los monumentos emplazados en lugares destacados y también por una edificación privada suntuosa y de aire señorial, Extensos parques, grandes avenidas, servicios públicos modernos y eficaces debían "asombrar al viajero" según una reiterada frase de comienzos del siglo XX. (Solares, 1992, p. 300).

De ellos se puede concluir que:

La ideología de la modernidad que programa y ejecuta las obras públicas descritas reposa sobre una base económica no capitalista. Por tanto la transformación de la aldea colonial en ciudad es el resultado esencialmente de la renovación de un viejo ropaje y la adopción de una nueva vestimenta urbana con la que se desea esconder la realidad de una vieja sociedad señorial cuyo tiempo histórico se ha agotado y cuyo réquiem no tardará en llegar. (Solares, 1992, p. 312)

Es decir, que Ayacucho, a pesar de su semi modernización para 1924, siguió siendo una ciudad señorial, una ciudad de notables que a pesar de erradicar al indígena no lo pudo hacer totalmente, además hay que decir, lo necesitaba, para el trabajo en las haciendas, en el hogar, necesitaba que estos indígenas vendan en el mercado de abastos, sea los sirvientes de siempre.

En efecto. El gobierno local se preocupó por la clase subalterna o popular que se encontraba habitando la ciudad capital; en este sentido, se buscó, desde el gobierno central, la creación de instituciones que valoren al indígena, fundándose el «patronato de la raza indígena», que buscaba fortalecer los derechos de estos personajes, que, según el gobierno central como local, carecían de un gran nivel cultural, y que se debería reeducar al indígena del Perú. Por eso, en Ayacucho:

Los poderes locales incorporaron en su discurso modernizador elementos andinos, como la esperanza del indio de ser redimido y donde el poder local, hizo suyo estos argumentos para darle sentido a un indigenismo regional para dar ha conocer “demandas regionales”, es decir, muchas veces las actitudes del poder local provincial asumió una posición regionalista y federalista, apoyándose en un discurso indigenista, pero que en el fondo eran demandas del poder local, que exigían reivindicaciones “regionales” expresado en progreso y modernización,, para diarlo ha conocer al creciente centralismo de la Patria Nueva. (Quicaño, 2008, pp. 24-25)

Este sentimiento, por el cambio de actitud de la clase subalterna, se ve reflejado en uno de los artículos de Manuel Flores, publicado en el periódico *La Opinión*, al decir:

Las orientaciones de carácter pedagógico y social tendientes a modelar las energías, aspiraciones e incremento del acervo mental de nuestras masas aborígenes, deben plantearse pues en armonía y de acuerdo con la conciencia y el espíritu de cada uno de esos seres colectivos, teniendo presente, que así como son distintas sus actividades, sus virtudes, sus vicios y sus taras. Asimismo también, se hace preciso adoptar ciertas normas conducentes a sacar aquella rama del gran tronco humano de su entorpecimiento, mejorando su condición moral y material. (La Opinión, Ayacucho, miércoles 2 de abril de 1930. N° 22 p. 3 “Medios para incorporar al indio a la civilización mediante la escuela)

Como puede verse, el discurso asume que el indígena, habitante de la ciudad y sus alrededores, seguían aún manteniendo sus costumbres y tradiciones “no civilizadas” como antaño, sin que existiera algún cambio en ellos; por eso, la intención era que esas supuestas “taras y vicios”

del aguardiente y del masticar la coca desaparezcieran. En realidad, los notables e intelectuales pensaban como Leguía sobre el indígena, que para ser insertado a la «civilización» deberían primero (re)educarlos y, luego de eso, recién incorporarlos a la sociedad «culta» de Ayacucho; algo que en realidad fue imposible, ya que los indígenas y muchos mestizos siguieron con sus costumbres de antaño, como por ejemplo, la corrida de toros que se realizaba cada fin de mes en los diversos barrios que rodeaban la ciudad capital. El aguardiente y la coca eran elementos tradicionales y que lo llevan dentro de su ser como una costumbre que les venía como «herencia» desde la época inca; era algo que no se podía transformar de la noche a la mañana, pero que hubo la intención del cambio de comportamiento que debería, con el tiempo, hacerlo y así se hizo, posteriormente, no en su totalidad, pero en algo cambió la actitud del indígena. Esto porque la comunidad de notables y las autoridades del poder local les obligaban a través de ordenanzas municipales o de cambio que los propios notables planteaban y lo llevaban a cabo, luego de un tiempo, como, por ejemplo, el asunto del carnaval que se transformará en 1926 con la incorporación del Rey Momo a la festividad, algo que era nuevo y que los indígenas pudieron aceptarlo con el tiempo; además, como era una «imposición de los notables», el pueblo solo atinó a aceptarlo y adaptarse a esos cambios. Se trataba del discurso hegemónico impulsando la pérdida de reconocimiento de los invisibles.

La insistencia de los cambios que deberían operar la clase subalterna no cesaban en reclamar que el indígena dejara los vicios, y el mismo Manuel Flores insistirá en decirlo:

Quando las colectividades indígenas sientan el imperativo de gozar de una nueva forma de vida mejor, y se haya desterrado de su seno del vicio de la embriaguez en la orgía de sus fiestas... cuando sus campos se hagan verdaderamente productivos y que sus rendimientos alcancen apreciables cotizaciones en cualquier mercado... tendremos fácilmente incorporado al indio... a la sociedad nacional. (La Opinión, Ayacucho, 18 de marzo de 1930, p. 2)

En este sentido, el poder local y sobre todo la comunidad de notables de Ayacucho tenía la esperanza del cambio total del indígena y que, con el tiempo, deberían convertirse en hombre de bien para la sociedad nacional. Quizás esto sirvió de justificación para que el discurso modernizador pueda calar en los oídos del gobierno central y puesto que fue algo positivo, se les brindó el apoyo económico al departamento ayacuchano para su celebración emblemática de 1924. El imaginario que tenía el poder local era conquistar los mercados provinciales y llegar al mercado central en Lima, a través del ferrocarril, y esto se podía conseguir; pero lamentablemente con la

salida del senador Pío Max Medina, el proyecto del ferrocarril se truncó, y el ingreso del diputado Manchego Muñoz hizo que el ferrocarril se desvíe hacia Huancavelica y no llegue hacia Ayacucho.

La historiadora Haydde Mendez, nos confirma los hechos, al decir que:

La polémica de que si el ferrocarril va a ¿Ayacucho o Huancavelica?, y se hizo realidad la construcción del ferrocarril, inicialmente destinado a la ciudad de Ayacucho, objetivo evidenciado por las inscripciones que aún existen en algunas estaciones, como es el caso de la situada en Ingahuasi, en cuyo frontis de piedra se lee: 1921-Ingahuasi F:C.H.A (Ferrocarril Central Huancayo-Ayacucho). Por los años cuarenta dicha inscripción había sido borrada... Esto confirma que el ferrocarril estaba destinado al departamento de Ayacucho, pero cómo comenzó la polémica entre los diputados por Huancavelica y Ayacucho, en la que don Manchego Muñoz, por Huancavelica, se preguntaba ¿Qué ha de traer el ferrocarril de Ayacucho, Tunas? ¡De Huancavelica ha de transportar oro y plata! (Mendez, 2011, pp. 153-154)

Es así que con estos argumentos, la esperanza del ferrocarril se terminó para los ayacuchanos, quienes se conformaron con la construcción de la carretera La Mejorada, la cual debería ser inaugurada en diciembre. Los anhelos de progreso ahora eran a través de la carretera, la cual traería la búsqueda de mercados y movería la economía ayacuchana a las provincias más cercanas. La carretera, en el discurso de los notables, se convirtió en sinónimo de progreso. La Mejorada era ahora la ilusión de los ayacuchanos y se inauguró:

Faltando pocos meses para conmemorar el Centenario de la Batalla de Ayacucho, esta mostraba desperfectos; debido a la tecnología rudimentaria que se había utilizado para su construcción...por lo que la vía solo sirvió para el tránsito de vehículos livianos-automóviles y ómnibus-debido a la geografía accidentada de la región. (Sulca, 2004, p. 37)

Eleuterio Sulca de la Cruz, refiere que la vía era «de un tramo de 180 kilómetros» (Sulca, 2004, p. 36). Así, el periodismo manifestaba «el alivio de inaugurar el camino carretero de La Mejorada, se inauguró el 1° de diciembre de 1924, la carretera es una realidad (Ayacucho, periódico local del 1° de diciembre de 1924 N° 1). Por ello, se inició la festividad del Centenario, así lo manifestaba el Comandante Pérez al decir:

La terminación de la carretera no es un sueño, es el dulce despertar, producidas por sonoras bocinas del progreso, que llegan a vuestras puertas... asimismo, lo decía el prefecto de Ayacucho "...la carretera es el exponente de recuerdo y de mejoramiento. (Ayacucho, periódico local del 1° de diciembre de 1924 N° 1)

Algunos testimonios de vecinos notables de Ayacucho nos dicen:

El 50% de los habitantes de la ciudad, en esa época eran agricultores, hacendados, gentes que venía por temporadas y se iban a sus chacras, a sus fundos., estaban entre sus fundos y la ciudad y la mayor parte del transporte era a caballo. El primer carro y vino el año 1924, cuando llegó la carretera a Ayacucho. Antes no existían carruajes porque el terreno no lo permitía, era accidentado... la ciudad estaba totalmente despoblada, las calles estaban empedradas y tenían al centro de la calle una acequía (Alfonso Martinelli, 81 años). (Mohanna, 2001, p. 118)

Asimismo, otro testimonio ofrece alguna idea de lo que vivía la vida cotidiana por esta época: «Vivíamos en una situación precaria, no teníamos agua y yo me acuerdo que mi mamá nos decía “quién me trae un balde de agua”, y teníamos que apurarnos para que nos de nuestra propina para el cine, para ver nuestras seriales» (Ruth Mendieta de Munalla, 64 años) (Mohanna, 2001, p. 118). En este sentido, la comunidad de notables conjuntamente con el poder político local, se convertía con mayor fuerza en el catalizador del desarrollo y progreso de Ayacucho, a la vez el permanente demarcador de los comportamientos y actitudes que deberían tener los miembros de dicha comunidad y debería ser los «modelos» a seguir por los más jóvenes, pero también eran los que deberían ser los portadores de cultura y buenos modales, los cuales deberían ser transmitidos a sus hijos y a la nuevas generaciones; de igual forma era necesario que estos buenos comportamientos calen en la mentalidad de la clase subalterna, sobre todo de lograr el cambio en las tradiciones de los carnavales, donde la clase popular hacía excesos de comportamientos que no estaban a la altura de su cultura.

A inicios de la década de 1920 existía una fuerte migración urbana y rural hacia la costa, debido a que Ayacucho atravesaba por un lento proceso de modernización. De acuerdo con el censo de 1940, el departamento de Ayacucho tenía 18,275 habitantes y su actividad económica más importante seguía siendo la agricultura. (Mohanna, 2001, p. 124)

Para hacer más llamativo la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, hubo la llegada de la primera flota de carros a la ciudad capital:

Vía La Mejorada, fueron de fabricación estadounidense, marcas como “Ford, Lambroder, Morris, Halton, Chevrolet... automóviles, los primeros vehículos livianos la mayoría eran automóviles y algunos omnibuses debido al estado rudimentario de la carretera. En 1924, los primeros vehículos livianos de la época se utilizaron para el servicio urbano y la ruta de Ayacucho-Huancayo, tanto para pasajeros y bultos modernizando a esta parte del Perú. (Sulca, 2004, p. 38-39)

Las obras fueron entregadas a la población; por ejemplo, la carretera La Mejorada, refaccion de puentes, refacción de la Catedral y otras casas coloniales, refacción de templos cristianos, inauguración de monumentos, embellecimiento de parques y plazoletas de la ciudad, mejoramiento

de veredas, mejor iluminación pública y domiciliaria, canalización de acequias en todo el cercado de Huamanga, culminación del Arco del Triunfo, refacción de escuelas y colegios, refacción de pilas, pilones y piletas públicas, etc.

El día 8 de diciembre de 1924, llegó conjuntamente con una delegación de representantes del Estado peruano del gobierno del Presidente Augusto B. Leguía, el Dr. Bedward, quien ese mismo día observó la pequeña ciudad de Ayaccho, así como fue participe de la gran fiesta centenaria el día 9. Según, el Dr. Bedward, visitante que estuvo en la fiesta centenaria, dice que a pocas distancia de la plaza principal:

Se halla en CONSTRUCCIÓN LA NUEVA PREFECTURA. Será monumental por su elevación y perímetro, pero todavía no puede juzgarse de sus características de estilo, belleza y comodidades, porque sólo está levantado el esqueleto de ese futuro centro del gobierno departamental. (Bedward, 1925, p. 17)

Entonces, nuestro ilustre visitante, aclara el panorama al decir que está en construcción el nuevo local de la Prefectura. Y agrega:

“Concretándonos a la ciudad de Huamanga, en vías de ser higieniza y pavimentada, con su flamante edificio municipal y SU CASA DE GOBIERNO EN CONSTRUCCIÓN (PREFECTURA), hallamos que realizado, ese PROGRESO de mejoras, sólo se habrá dado principio a su recurso económicos, esa ciudad, antaño una de las primeras del país, marchaba a ruinas total; pocas muestras quedan en ella de su antiguo esplendor, el pasado místico, concretado en monumentales templos, está reducido en el día a murallones, esqueletos enhiestos de desertadas naves o míseras capillas remendadas y deformadas por loca policromía, ruina de la escapan por suerte dos o tres de esas obras maestras antiguas del fervor religioso. (Bedward, 1925, p. 29)

Esto confirma, que las obras se había iniciado y otras culminado; pero, como dice el Dr. Bedward, Ayacucho, aún no ingresa al progreso económico mucho menos cultural, al decir que la ciudad marcha a la ruina total. Es así que a pesar de algunos cambios en el “rostro” de la urbe, algunas continuidades tanto en infraestructura como en costumbres y vida cotidiana no cambiaron.

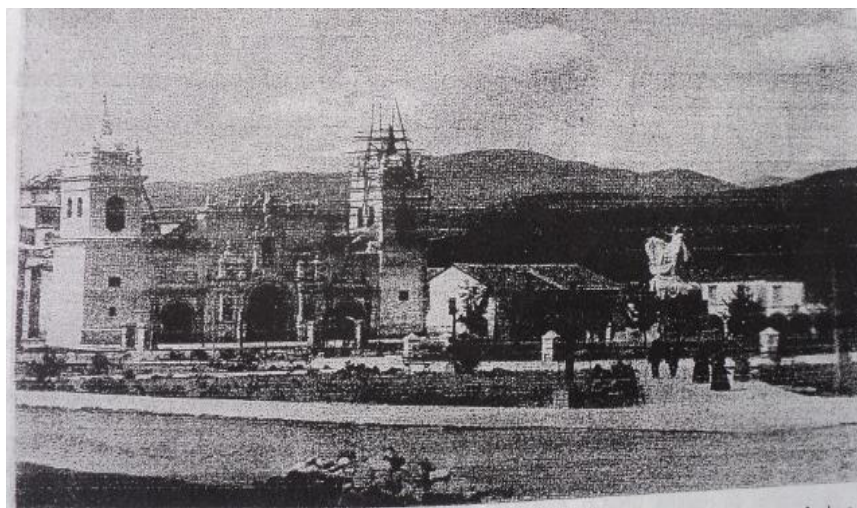
¡Y llegó el Centenario! La fiesta del 9 de diciembre de 1924 y su celebración.

Desde **marzo de 1923**, en la editorial del periódico local “La Abeja” se manifestaba que:

9 de diciembre de 1924: En aquella gloriosa fecha, se cumplirá cien años en que el ejército patriota de fuerzas, colombianos, venezolanos, argentinos y peruanos derrotó a las fuerzas realistas...convienen por decoro de Ayacucho, ante las miradas de los extranjeros aunar nuestros esfuerzos a fin de presentar a la ciudad en estado de DECENCIA ya no de

embellecimiento, pues no contamos con los medios necesarios para ello, salvo que el Supremo Gobierno por honor al país como es su deber y por aquella magna fecha, proporcione los recursos necesarios para la ERECCIÓN DE LAS ESTATUAS DE LOS MARISCALES DE AYACUCHO, DON ANTONIO JOSÉ DE SUCRE Y DEL DE LA BREÑA ANDRÉS A CÁCERES ASI COMO EL DE LA HEROÍNA MARIA PARADO DE BELLIDO y si fuera posible, otra en el mismo campo de Batalla (Quinua) arreglo del Arco “9 de diciembre” al estilo del triunfo (en Paris) o el de Milán (en Italia) adornandolo con los bustos en bronce de los principales jefes que actuaron en aquella jornada y si esto no fuese posible con medallón en alto relieve. (La Abeja del 10 marzo de 1923 N° 128 editorial)

Era un momento significativo para lograr obras públicas y los monumentos escultóricos no era una excepción, a demás demostraba no sólo modernidad sino patriotismo e identificación con los grandes héroes vencedores de la histórica batalla de Ayacucho de 1824 y su recuerdo debería perpetuarse en dichos monumentos de bronce.



Refacción de la Catedral y el Monumento Ecuestre del Mariscal Sucre, cubierto con un manto blanco, ambos con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho (1824-1924). Foto tomada de la borradora de Tesis de Clay Quicaño (2008).

Por lo tanto, una muestra de sus autoriades era lograr erigir una estatua ecustre del Mariscal Sucre y así se hizo; pero, no fue inaugurada ese año, como se muestra en la fotografía, el monumento conmemorativo está velado por un manto blanco, su inauguración se dio en 1928, como lo afirma el historiador Narda Leonardini, cuando dice “(...) Inagurado el 9 de diciembre de 1924 por el Presidente Leguía, la réplica es develada cuatro años más tarde (1928) en la Plaza de Armas de Ayaccho, llamada a partir de la fecha Plaza Sucre (...)” (Leonardini, 2016, p. 275) una verdad, que hasta el día de hoy, aún se la menciona como Parque Sucre, por su monumento.

La historiadora **Carlota Casalino** señala que:

El centenario de la Batalla de Ayacucho, en 1924, tuvo como referente principales a las figuras de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre. Como las batallas decisivas para alcanzar la Independencia se dieron al interior del país, en agosto, en la pampa de Junín, y en diciembre, en la pampa de la Quinua, en Ayacucho, celebrar esos cien años fue todo un reto (...). (Casalino, 2017, 52-53)

Como se comprueba:

Además de las obras públicas que se inauguraron, (...) entre estas actividades, destacan las veladas literarias, las corridas de toros, los campeonatos deportivos (...) la sociedad local valora, en el contexto de la conmemoración, su modernidad, por medio de producciones culturales e industriales (...) las conmemoraciones regionales se enriquecen de un nuevo sentido, más directamente local o hasta regionalista, imperceptible en las conmemoraciones organizadas en la capital nacional. (Hurtado, 2016, p. 212)

La fiesta conmemorativa del 9 de diciembre de 1924, no dejó de lado, los actos cívicos, ni tampoco el baile y otras actividades, en un día tan especial para el pueblo ayacuchano y sobre todo para la comunidad de notables y sus propias autoridades políticas. Como dice, Carlos Hurtado Ames, “algunas fechas cobran una importancia muy grande hasta convertirse en emblemáticas; otras tienen un sentido local, las fechas mismas se convierten en objeto de disputa y conflictos” (Hurtado, 2016, p. 195). Entonces, conmemorar cien años de la gloriosa Batalla de Ayacucho, era sin lugar a dudas una fecha emblemática, y fue el momento en que convirtió al Centenario, en una:

Vitrina desde donde los latinoamericanos mostraban al mundo su fe en la modernidad y el progreso (...) los discursos históricos (...) las conmemoraciones que se organizaron no se limitaron a ser meras y asépticas representaciones del pasado sino, sobre todo, buscaron ser afirmaciones del poder (...) en los discursos oficiales y en las publicaciones oficiales de la época (...) la función del pasado era la de suministrar el material necesario para forjar el patriotismo de los ciudadanos, alimentar el orgullo nacional, cultivar el espíritu de sacrificio y esfuerzo por la patria y general la conciencia de que la época presente era el feliz desenlace de una evolución histórica. (Caro, 2016, p. 228)

Como lo señala, Iván Caro Acevedo, la función del pasado era la de suministrar el material necesario para forjar el patriotismo, alimentar el orgullo nacional y sobre todo honrar a sus héroes de dicha Batalla épica del 9 de diciembre de 1824, donde el Ejército realista (español) fue vencido en la histórica Pampa de Ayacucho.

Es así que la celebración del Centenario se volvió una fiesta, que según, Josef Pieper, “celebrar una fiesta significa celebrar por un motivo especial y de un modo no cotidiano” (Pieper, 1974, p. 33). Mientras que Pablo Ortemberg, señala que la fiesta cívica, están:

Los desfiles de autoridades civiles, religiosas y militares combinados con corridas de toros y fuegos artificiales se desarrollaban en el mismo espacio, pero en momentos diferidos. La omnipresencia de la exterioridad ritualizada de las jerarquías habilita a pensar esa sociedad junto con su correspondiente noción y ejercicio de la autoridad a partir de la metáfora de Estado-teatro,(...) En este sentido, las fiestas cívicas en el “régimen de cristiandad” colonial no sólo legitimaban los poderes constituidos y abrían la posibilidad de obtención o confirmación de estatus a las corporaciones, sino que también forjaban la identidad de la ciudad, quedando estos eventos en los anales de la memoria histórica de sus habitantes. (Ortemberg, 2013, p. 18)

Asimismo, el pacto busca crear hegemonía, pero indefectiblemente deja lugar a la contra-hegemonía en un particular diálogo *entre sectores dominantes y subalternos*. En efecto:

Toda fiesta del poder encierra la posibilidad de contestación no sólo por los sectores subalternos sino también por conflictos intra-elites (...) conviene tener presente que ni las elites ni los sectores populares constituyen bloques homogéneos y enfrentados *per se*. Es la fiesta precisamente un particular lugar de encuentro entre grupos y sujetos de rangos, estatus y *calidades* muy heterogéneos. (...) la fiesta intenta someter la diversión popular (el pan y circo) a la consagración de la jerarquía y sumisión a la autoridad, o en términos del padre de la sociología positivista, pretende hacer deseable lo obligatorio. Por otro lado, estos rituales se presentan como dispositivos de continuidad del poder donde los discursos de los patrocinadores buscan legitimarse a sí mismos y legitimar un proyecto político a través de otro pacto, retórico y escenificado, *entre el presente y el pasado*. (Ortemberg, 2013, pp. 19-20)

Sobre la fiesta cívica, María José Garrido Asperó, agrega que:

En las fiestas cívicas la felicidad era impuesta desde arriba, ya que eran por excelencia las de las autoridades políticas. Se realizaban con la participación de las autoridades eclesiásticas, pero éstas no desempeñaban los papeles principales que estaban destinados a los símbolos del Estado a las autoridades políticas. Todas eran complementadas con funciones de la Iglesia. Los paseos eran en las fiestas cívicas lo que las procesiones en las religiosas. Si las fiestas religiosas cumplían la función de ser un recordatorio a la conciencia moral, una barrera que impidiera excesos en la conducta y reafirmara la creencia en un ser superior, Dios, las cívicas constituían un constante llamado a obedecer y renovar la lealtad de los súbditos hacia otro ser superior, el rey (Garrido, 2006, p. 17).

La misma autora, María José Garrido, argumenta además que:

Llamo fiestas cívicas históricas a las que emanaban del poder político y que tenían como objeto de la celebración la selección, recuperación y renovación de una parte del pasado considerado histórico de la sociedad. (...) Estas fiestas ordenadas como obligatorias por las

autoridades superiores debían contribuir a legitimar la relación de dominio, reforzar el orden jerarquizado de la sociedad y proporcionar a los diversos sectores que la componían una formación compartida que coincidiera con el proyecto de Estado, facilitando así las tareas de dominación. Las fiestas en general, y especialmente las cívicas históricas, las que conmemoraban las hazañas fundadoras (...) debían contribuir simbólicamente en la comunidad celebrante el fundamento ideológico que legitimaría el sistema de dominación y que funcionaría como la estructura integradora de la sociedad, de la que partiría toda la organización social. (Garrido, 2006, pp. 18-19) de la celebración del 9 de diciembre de 1924.

Según la autora, María José Garrido, señala que la fiesta patriótica se convertía en la unificadora de las diversas clases sociales, en esa ocasión, porque:

La ciudad no escatimó en esfuerzos y, como era costumbre, la fiesta se convirtió en el gran espacio de encuentro de los distintos sectores de la sociedad. Toda la población se volcó a los preparativos de la fiesta (...) Toda la población fue parte de este evento; incluso aquellos pobres chacareros, los que cada uno en sus pertenencias, pusieron arcos con demasiado adorno, haciendo a la pasada de la carroza grandes salvas, con que manifestaron su reconocimiento y amor (...). (Sánchez, 2017, p. 44) a los Vencedores de Ayacucho, en la gloriosa jornada del 9 de diciembre de 1824.

El día 9 de diciembre de 1924:

Para celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho, los personajes militares y políticos se trasladaron a Huamanga en treinta horas efectivas de viajes, estrenando la flamante carretera de La Mejorada. Hasta entonces, el mismo viaje hubiera tomado prácticamente más de una semana. Ahora, con la polvorienta y demoleadora carretera, los recién llegados más “parecían forajidos”, cuando en realidad se trataba de los parlamentarios que venían a las celebraciones. La sensación que Ayacucho transmitía a un parlamentario que llegaba a las fiestas, era la de un agrupación social casi aislada por la naturaleza, dada la situación tan lejana y semi-incomunicación de la ciudad por tantos años. La carretera resultaba providencial para la languideciente Huamanga. Durante el oncenio de Leguía, entre 1919-1930, la ciudad modificó su ordenamiento urbano luego de siglos de mantenimiento del casco colonial. Se construyeron nuevas avenidas, merced del trabajo por conscripción vial de comuneros provenientes de comunidades indígenas cercanas. Igualmente, la instalación de la red de agua domiciliaria hizo obsoleto el sistema antiguo de piletas públicas y, por fin, frenó en algo el acaparamiento del agua, siempre escasa. (Mohanna, 2001, p. 118)

Lo manifestado por Mayu Mohanna, es muy cierto, Ayacucho se modernizó en parte y se convirtió en una ciudad con «rostro moderno»; pero, no todas las obras se cumplieron, como hemos manifestado, por ejemplo, el asunto del agua potable no llegó para 1924, esto se dará luego del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940. Como se podrá apreciar, todo esto hizo que el «rostro» de la ciudad capital cambiara en lo referente en su infraestructura, lo que significaba para los notables una lenta modernización, estando a la altura de otras provincias cercanas, como Huancayo o Cuzco; lo interesante fue que toda la comunidad de notables contribuyó a su éxito,

contando con el apoyo del gobierno central del Presidente Augusto B. Leguía; este cambio de la ciudad fue positivo; pero, a pesar de todo esa llamada “modernización”, sus costumbres y tradiciones ancestrales aún se mantenían firmes y sin ruptura alguna.

Según, el **Dr. Bedward**, quién estuvo presente esos días de la fiesta centenaria, como invitado de honor, nos confirma, que:

Las reuniones sociales, preparadas en los distintos centros de la ciudad, se sucedieron desde ese momento sin interrupción, siendo la primera una brillante recepción en el salón municipal, donde empezamos a conocer a la interesante ciudad huamanguina. Difícil y pesado sería pormenorizar detalles; cumplo decir que todas las reuniones sociales resultaron suntuosas; los banquetes se marcaron por la profusión y excelencia de viandas y licores, reinando intensa alegría, cordialidad y tanta intimidad espiritual entre los concurrentes como en una FIESTA DE FAMILIA. (Bedward, 1925, p. 20)

Eso confirma como fue la celebración huamanguina ese día 9 de diciembre por la noche, convirtiéndose:

La fiesta como lugar privilegiado de sociabilidad fue la instancia preferida para hacerlo, pues en ella se realizaba, una imposición simbólica y es, precisamente, en el universo de las ceremonias y ritos, emanados o estructurados dentro del sistema, donde se producía, el verdadero “dispositivo de dominación”. Esto porque los individuos actúan, en el contexto de una cultura, la que heredada de una generación a otra, transmite sus valores y normas de comportamiento por medio de agentes socializadores, convirtiendo la “regla” en “hábito” social. (Sánchez, 2017, p. 11)

Desde esta óptica la fiesta en Huamanga, donde asistieron los notables de la sociedad y las damas huamanguinas, represento el “sustento al ordenamiento político social; es decir, legitima las relaciones tradicionales que se identifican en un determinado escenario (Sánchez, 2017, p. 32). Asimismo, “la conmemoración del centenario generaría en Ayacucho un ambiente favorable para la reflexión histórica y para la publicación de textos históricos por parte de intelectuales de las élites regionales, estos intelectuales tenían, además, una clara intención de ir construyendo una comunidad regional en torno de algunos hechos y personajes heroicos (...)” (Caro, 2016, p. 254).

Y en ese sentido:

La fiesta constituyó en el nuevo contexto republicano una institución omnipresente reconociendo y reforzando en ella una función y necesidad vital para la sociedad. Es en el tiempo festivo en el que se embellece lo cotidiano, cuando se despliegan las distintas voluntades y mensajes simbólicos -como lo fue la iconografía, emblemas y discursos- que dan cuenta del cambio y también de las pervivencias. Fue aquí, en el mundo de la

celebración donde se buscó asentar con mayor fuerza y en virtud de estéticas acordes, lo que debíamos ser como país, individuos y sociedad. (Sánchez, 2017, p. 34)

Y el Centenario represento todo eso, Ayacucho, donde se dio la última batalla venciendo a los temibles españoles, era motivo suficiente para recordarlos después de 100 años a sus héroes.

La transformación de la ciudad en lo referente a su estructura arquitectónica cambió no en su totalidad, ya que aún se mantenía el «aire colonial» de la vieja ciudad de Huamanga, convertida en una ciudad capital gracias a la gloriosa Batalla de Ayacucho, la cual se celebró a lo grande. Entonces, 1924 representa, para los ayacuchanos, el inicio de lo que vendrá más adelante, ese espíritu de progreso y visión “civilizatoria” que no descansó hasta ver a la ciudad capital convertida en una urbe más moderna y más desarrollada, donde uno de esos objetivos que se debería alcanzar sería lograr mayor nivel cultural de su población, sobre todo de la clase subalterna. La celebración del centenario se convirtió en una festividad de las élites, donde los subalternantes tuvieron una oportunidad de oro para imponer su lenguaje y invisibilizar a los subalternos. Las celebraciones, entonces:

Demuestran que las formas festivas coloniales urbanas y su poderosa máquina de significaciones audiovisuales no solo sobreviven a la Independencia, sino que sirvieron para inscribir este proceso político en la lógica simbólica de la ciudad. Aunque se deminaron “fiestas cívicas” y ensalzaron acciones militares y seculares, la enciclopedia religiosa, su retórica y su imaginario contribuyeron decididamente a convertir el evento en un acontecimiento significativo para todos los habitantes de la ciudad. La victoria militar y la figura del héroe solo adquieren densidad en códigos religiosos; por ello, el Libertador (Sucre para Ayacucho) es el supremo redentor, sus caudillos militares, mesías; y el Perú, el pueblo oprimido. Sin embargo, hay también elementos movidosos: los cuerpos festivos buscan ser sometidos a una participación preestablecida; la firme asociación de los ideales ilustrados con el nuevo lenguaje político en la oratoria celebratoria; el renovado e intenso incaísmo que se despliega en los afanes de los criollos republicanos de establecer in vínculo imaginario con el Imperio Inca. Estas fiestas cívicas están compuestas por actividades profundamente reglamentadas y desarrolladas, la palabra, adquiere gran centralidad en toda la ceremonia; el gentío ocupa un lugar en el rito y cumple una función de derroche de energías controlado y encauzado. (Velázquez, 2013, p. 109)

En este proceso se dio inicio a de una pequeña modernización, a pesar que en Ayacucho aún pervive con sus costumbre y tradiciones ancestrales. Hay que tener en cuenta, que en la conmemoración del Centenario de la Batalla de Ayacucho de 1924, “las fiestas y celebraciones han sido desde siempre una parte importante de la vida comunitaria desde el principio de su organización” (Munilla, 2013, p. 14). Como lo ha señalado Néstor García Canclini, en Ayacucho:

Ser culto, entonces, es aprehender un conjunto de conocimientos, en gran medida icónicos, sobre la propia historia, y también participar en los escenarios donde los grupos hegemónicos hacen que la sociedad se dé a sí misma el espectáculo de su origen. (...) La teatralización de la vida cotidiana y del poder comenzó (...) cuando el ser culto implica conocer ese repertorio de bienes simbólicos e intervenir correctamente en los rituales que lo reproducen. Por eso las nociones de colección y ritual son claves para desconstruir los vínculos entre cultura y poder (...) del tradicionalismo se resume en la certidumbre de que hay una coincidencia ontológica entre realidad y representación, entre la sociedad y las colecciones de símbolos que la representan. Lo que se define como patrimonio e identidad pretende ser el reflejo fiel de la esencia nacional. De ahí que su principal actuación dramática sea la conmemoración masiva: fiestas cívicas y religiosas, aniversarios patrióticos (...) Se celebra el patrimonio histórico constituido por los acontecimientos fundadores, los héroes que los protagonizaron y los objetos fetichizados que los evocan. Los ritos legítimos son los que escenifican el deseo de repetición y perpetuación del orden. La política autoritaria es un teatro monótono. Las relaciones entre gobierno y pueblo consisten en la puesta en escena de lo que se supone es el patrimonio definitivo de la nación. Sitios históricos y plazas, palacios e iglesias, sirven de escenario para representar el destino nacional, trazado desde el origen de los tiempos. Los políticos y sacerdotes son los actores vicarios de este drama. (García, 1990, p. 152-153)

Como decía “Domingo F. Sarmiento, fundador del sistema escolar laico en la Argentina, su lema "civilización o barbarie" diferencia el polo indígena-mestizo, inculto, del desarrollo progresista y educado, definido por los grupos criollos, que hizo posible la existencia de la nación” (García, 1990, p. 154).

Ante la impotencia para enfrentar los desórdenes sociales, el empobrecimiento económico y los desafíos tecnológicos, ante la dificultad para entenderlos, la evocación de tiempos remotos reinstala en la vida contemporánea arcaísmos que la modernidad había desplazado. La conmemoración se vuelve una práctica compensatoria: si no podemos competir con las tecnologías avanzadas, celebremos nuestras artesanías y técnicas antiguas; si los paradigmas ideológicos modernos parecen inútiles para dar cuenta del presente y no surgen nuevos, re-consagremos los dogmas religiosos o los cultos esotéricos que fundamentaron la vida antes de la modernidad. (García, 1990, p. 156)

Entonces, en la celebración Centenaria de 1924, “la conmemoración tradicionalista se asienta a menudo sobre el desconocimiento del pasado. Dado que esta versión de lo culto es sostenida por grupos oligárquicos, puede suponerse que su "ignorancia" se debe al interés por preservar los privilegios que conquistaron en el periodo idealizado” (García, 1990, p. 158), de la sociedad inca que les legó. Entonces, a pesar de la celebración centenaria de 1924, ese “binomio que siempre acompañado en el discurso de los notables, fue: “moderno/tradicional; culto/popular, hegemónico/subalterno” (García, 1990, p. 192).

Pero la:

Cultura acostumbra suponer que existe un interés intrínseco de los sectores hegemónicos por promover la modernidad y un destino fatal de los populares que los arraiga en las tradiciones. Los modernizadores extraen de esa oposición la moraleja de que su interés por los avances, por las promesas de la historia, justifica su posición hegemónica; en tanto, el atraso de las clases populares las condena a la subalternidad. Si la cultura popular se moderniza, como en los hechos ocurre, esto es para los grupos hegemónicos una confirmación de que su tradicionalismo no tiene salida; para los defensores de las causas populares, resulta otra evidencia. (García, 1990, p. 192)

Esto significa que los cambios se operan, casi siempre desde arriba, desde la comunidad de notables o élite huamanguina.

En resumen, la celebración del 9 de diciembre de 1924, simplemente confirma que la conmemoración o la fiesta cívica vinieron con todos sus rituales y protocolos para quedarse; se logró un cambio en su infraestructura; pero, aún falta el cambio en los comportamientos de la clase subalterna de Ayacucho; estos pequeños cambio en el aspecto educacional y cultural de la clase subalterna se verá reflejados en el siguiente capítulo cuando se vea, la creación del Club Cristoforino en 1881 y el Centro Cultural Ayacucho en 1934, donde el discurso civilizador de los intelectuales se hará presente.

CAPÍTULO 5

Rupturas y cambios en la ciudad de Ayacucho.

El discurso civilizador del centro Cultural Ayacucho y el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga (1934-1945)

5.1. Introducción

Ya hemos visto el momento básico en el proceso de transformación de las prácticas y costumbres del pueblo, que se relaciona con el centenario de la Independencia del Perú de 1921 y los diversos comités sociales que se formaron entre la élite. El centenario fue una ocasión excepcional para que los notables pudieran llevar a cabo un programa “civilizatorio” donde proyectaba su propia identidad sobre sus subalternos. Esto continuaría en la conmemoración del centenario de la batalla de Ayacucho, en 1924, pero tuvo un momento culminante en 1940. En efecto. Si el Centenario fue el caballito de batalla para la comunidad de notables, para lograr el “progreso” de Ayacucho y que finalmente logró obtener algo para modernizar la ciudad capital, había otro acontecimiento emblemático que le podía dar alguna solución a sus ideales de progreso y modernización a la ciudad, lo cual era el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940; entonces, las autoridades políticas, el periodismo en general, así como los intelectuales, comenzaron a plantear nuevos proyectos para modernizar la urbe.

Como dice Mayu Mohanna:

Desde la década de 1940, una parte de la población ayacuchana se vio forzada a abandonar sus localidades, tratando de superar en las ciudades las condiciones de pobreza extrema y la escasez de recursos propios de sus lugares de origen. Hasta mediados del siglo XX, la sociedad huamanguina mantenía un sistema de poder estamental y étnico basado en patrones coloniales, que se expresaban en el uso del espacio de la ciudad para la población de origen europeo y el campo para la población de origen andino. La ciudad no contaba con medios de comunicación, servicios básicos, ni mucho menos con instituciones que brindarían educación secundaria y superior a quienes en esa época tenían posibilidades de acceder a ella, es decir, los hijos de la élites. Los que pudieron, enviaron a sus hijos a estudiar a Lima y al Cuzco, que salían de Ayacucho para terminar secundaria y continuar sus estudios superiores, o ingresaban a la universidad a estudiar sobre toda Educación y Derecho. En un primer momento muchos de estos jóvenes, ya graduados, regresaban a su tierra natal a ejercer la profesión. Para la élite huamanguina salir de Huamanga significaba vivir en Lima. Lo que fue difícil fue entrar en la sociedad limeña de aquella época. (Mohanna, 2001, p. 131)

Y esto fue lo que ocurrió, a pesar de que el Centenario de la Batalla de Ayacucho logró algunos avances tecnológicos, estos no fueron suficientes. La ciudad siguió siendo no solo pequeña, sino también semimoderna a la mirada de los que llegaban a ella; es decir, viajeros, como se ha visto a inicios de este capítulo o lo manifestado por uno de los testimonios recogidos por la historiadora Mayu Mohanna, al informar que:

La ciudad era chiquita, terminaba en la Pampa del Arco. La obra nueva era el estadio, que era lo más lejos que había. Nosotros teníamos que caminar como una o dos cuadras para llegar a este lugar. La alameda y el estadio eran los confines de la ciudad. Entonces la campana de la catedral se escuchaba en todas partes, tocaban a las 12 y la GENTE SE PERSIGNABA Y SE SACABA EL SOMBRERO. Cuando pasaban frente a un templo uno se arrojaba y las cosas se transmitían por bando, iban unos músicos con bandos, se paraban en cada esquina y leían lo que los municipales decían: “Se decreta que la gente...” y de ahí hasta la otra esquina (Luis Guillermo Lumbreras, 65 años). (Mohanna, 2001, p. 120)

Se comprueba que las costumbres y tradiciones, a pesar de que era la década de los 40 del siglo XX, estas continuaban a la par de la llamada «modernidad» que aspiraba la ciudad de Ayacucho. En el periódico local *El Pueblo*, en mayo de 1940, se planteaba:

Para entonces, por voluntad del Estado, se llevarán a cabo obras urgentes y de verdadero aliento. Tendremos agua y desagüe; nuevo local para el Colegio Nacional de varones; nueva cárcel pública, que aun que resulta una ironía hablar de esto, la realidad vence todo anhelo en contrario. Un hotel para turistas; local para el Congreso Nacional de Mujeres; locales para los Centros Escolares de varones y de niñas, están dentro del plan de construcciones a realizarse. La construcción de la carretera Ayacucho-Tambo, Río Apurímac y la conclusión de la carretera Ayacucho-Andahuaylas y el ensanche y rectificación de trazo en algunos sitios de la carretera Ayacucho-Mejorada están, seguramente dentro del plan de construcciones que han de favorecernos. (El Pueblo, Lunes 20 de mayo de 1940. “La conmemoración del IV Centenario de la fundación de Huamanga” N° 1269, pp. 9-10)

Entonces, estas eran las nuevas aspiraciones que se planteaban para que el gobierno del mandatario Manuel Prado Ugarteche los pueda apoyar, dándoles mayor presupuesto al departamento y así poder realizar dichas obras planteadas por sus autoridades políticas y la comunidad de notables ayacuchanos para la gran celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga. A inicios de 1940, el alcalde municipal, Federico Ruiz de Castilla, «quien había puesto el entusiasmo para dicha celebración». el mismo alcalde Federico Ruiz, propuso aplazar la celebración por la no conclusión de algunas obras públicas hasta el año de 1944, en la que seguramente las obras serían terminadas». Por otro lado, el conflicto entre tradición y modernidad en Ayacucho, se verá más claramente en la respuesta de un vecino a una notificación municipal en 1942:

No se puede detener el avance de la civilización. Hay obras que, como las edificaciones comerciales no pueden someterse a cánones antiguos de estilos medioevales o históricos, hay que construirlos de acuerdo a las exigencias del comercio y la industria. De lo contrario permaneceríamos en una completa estancación. (Aray. Sección Municipalidad Leg. N° 85. Años: 1916-1942)

Esta referencia nos indica la queja de dicho vecino que no estaba de acuerdo con mantener lo tradicional cuando había llegado la modernidad, en lo referente a la construcciones de casas, como seguramente ya había llegado a Huancayo y otras provincias, con respecto al ladrillo que se empleaba en la construcción de sus casas, y se agrega:

No hay razón para agobiar a los pequeños industriales de pueblos reducidos como Ayacucho con gavetas que representan un fuerte castigo a la industria naciente de materiales de construcción, de teja y ladrillos impidiendo a que esas industrias se desenvuelvan y desarrollen y lo que es peor, conteniendo el progreso del urbanismo de la población. (Aray. Sección Municipalidad. Leg. 88. Años: 1932-1940)

Como se puede ver, se confirma que las rupturas en lo referente a la construcción de las casas de los vecinos de la ciudad capital, se dejaban entrever a través de su desacuerdo en mantener sus casas con una construcción tradicional; es decir, de adobe o piedra; en ese sentido, la década de 1940 es un nuevo inicio de la transformación de la ciudad tradicional a una ciudad más urbanística, imponiendo el canon de la ideología modernista compartida por las élites de notables. Como se aprecia, los cambios y transformaciones que comenzaron a dar en el departamento se debió a estas dos celebraciones emblemáticas, que cambiaron el rostro de la ciudad capital, que ha desplazado (quizá no tanto) el rostro identitario original.

5.2. El «discurso civilizador» de la comunidad de notables e intelectuales del Centro Cultural Ayacucho (1934-1945)

El periodo 1934-1945 es el tiempo de consolidación del discurso oficial de las élites de notables. Estos legitimaban su posición hegemónica “civilizatoria” sobre y a costa de la identidad de las prácticas de reconocimiento de los subordinados. Empezamos con interrogarnos sobre ¿cuál fue el discurso y percepción empleado por los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho sobre la clase indígena que habitaba la ciudad de capital de Ayacucho entre 1930 a 1945? ¿Cómo percibían ellos la noción de blanco, indígena o mestizo? ¿En que se basó su discurso en el proceso civilizador del CCA para civilizar a los indígenas? ¿Qué opinión tuvo la iglesia sobre lo indígena y su transformación? Ayacucho era un pueblo en la que habitaban diversas razas: los blancos, que se

encontraban mayormente en el Cercado de Huamanga, los mestizos, que vivían en los barrios cercanos a la ciudad conjuntamente con los indígenas, y estos últimos iban a la ciudad para realizar compras en el mercado de abastos que se ubicaba a dos cuadras de la Plaza Mayor del Cercado; pero ellos —los indígenas— se diferenciaban de los notables y mestizos por su manera de vestir, que lo veremos más adelante.

La ciudad de Ayacucho, por estos tiempos, había sido modificada desde la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1924, cuando era alcalde el intelectual Manuel Jesús Pozo, año en que la ciudad tradicional se convirtió en una pequeña ciudad moderna, con la llegada específicamente de la carretera La Mejorada, y posteriormente la presencia del automóvil; de igual forma el embellecimiento de la ciudad donde se asfaltaron algunas avenidas, se refaccionaron casonas coloniales y templos; con la llegada de la fotografía, el cine, la radio, el teléfono, el telégrafo y la incorporación de algunas pequeñas fábricas, «modernizaron» la ciudad; pero, lamentablemente, la clase notable no había logrado ninguna transformación en lo referente al aspecto cultural, sobre todo en la educación del indígena, desde el más pequeño hasta el adulto; por eso es que cuando se conforma el Centro Cultural Ayacucho para 1934, uno de sus objetivos era (re)educar al indígena desde la escuela y el colegio y por otro lado, se podría hacer desde el púlpito de la iglesia.

Desde la percepción de la comunidad de notables, su percepción sobre la clase subalterna debería ser «moldeada» a su «imagen y semejanza»; para eso era necesario lograr cambios en su actitud; entonces, no solo era cambiar el rostro de la ciudad capital de Ayacucho, sino también transformar el «rostro» indecente, incivilizado e inmoral de los que la habitaban; es decir, de aquella clase subalterna que no había sido educada con estos moldes de decencia y buena vecindad. De ahí que se propusieron modificar los comportamientos de la clase subalterna a través de un «proceso civilizador», que transformará los malos hábitos que los indígenas habían adoptado desde siglos atrás y que era hora de cambiarlos para convertirlos en unos «ciudadanos civilizados», acorde a la conducta de la clase notable de la ciudad; un fin que no se logró a cabalidad, pero que durante décadas se intentó y que los resultados se vieron reflejados en la segunda mitad del siglo XX.

Veamos ahora los antecedentes sobre el discurso «civilizador» durante el siglo XIX para tener una idea cabal sobre cómo después de décadas se formará un Centro Cultural en Ayacucho.

El origen de esto debe remontarse a finales del siglo XIX. Comenzaremos con el tema del cambio en el concepto de la educación.

5.2.1. El discurso «civilizador» del Club literario «Cristoforino» (1881)

Cuando la Universidad de Huamanga fue cerrada en mayo de 1876, se dispuso que sólo las universidades de Arequipa y Cuzco en provincia sigan funcionando; mientras la universidad de Huamanga se cerró, se argumentó que ella carecía de estudiantes y de catedráticos, como también no tenía el presupuesto suficiente para su funcionamiento de parte del fisco nacional. Es en este contexto que los estudiantes formaron un grupo literario, teniendo como vocero su periódico *El Porvenir*: «El Porvenir: Órgano del Club Cristoforino, “la juventud que hoy se agita en derredor nuestro, ansiosa de acción y de gloria, es la depositaria de los futuros destinos (El Porvenir, Órgano del club Cristoforino. Del jueves 1° de setiembre de 1881. Año I N° 1). Con este lema, inicia la difusión de su vocero *El Porvenir*, donde plasmarán sus ideales. Jóvenes bachilleres y estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras son los que la editarán. En el N° 1 de *El Porvenir* y con el título «Prospecto» manifestarán lo siguiente:

El progreso se realiza, pues, precisa, pero se realiza a costa de grandes sacrificios. Por eso hemos abrigado con profunda fe en el progreso de la humanidad...llegará un día... en que las luces de la *civilización* renovarán por completo la fe de las naciones... *las ideas dominarán por fin al mundo*... Por lo que respecta a nosotros, creemos que la asociación y el periodismo tienden a realizar este fin... inspirados en estas ideas y en el deseo de saber tan legítimo, hemos organizado, hace pocos días una sociedad literaria, denominada “Club Cristoforino” cuyo seno vendrá a ser el ateneo donde deben encontrar suave expansión y libre desarrollo de nuestras facultades intelectuales. (El Porvenir, Órgano del club Cristoforino. Del jueves 1° de setiembre de 1881. Año I N° 1)

Con estos ideales nace el Club Literario en Ayacucho, en el seno de la Universidad de Huamanga, para difundir la cultura literaria y, a la vez, reivindicar la reapertura de la universidad que había sido cerrada años atrás, por los problemas de la guerra y falta de presupuesto. Como se puede apreciar, ellos aspiran a que la sociedad vea las «luces de la civilización», donde las ideas del intelectual sean las forjadoras de progreso y desarrollo de una nación. Estos ideales son los que nosotros podemos decir que es el inicio de un «proceso civilizador» de la sociedad ayacuchana por estos tiempos.

El Porvenir de Ayacucho, órgano del club plasma el restablecimiento de la Universidad de Huamanga; pero a la vez, entre sus páginas de dicho periódico se apunta el acta de instalación y sus fines del Club Cristoforino:

Acta de instalación: En la ciudad de Ayacucho a los 21 días de julio de 1881, reunidos los bachilleres en la Facultad de Letras en el salón de la antigua Universidad de San Cristóbal, según lo acordaron: Considerando: Que es deber de todo hombre procurar el bienestar y el progreso del país de su nacimiento, empleando todas las facultades y todos los medios posibles. Que Ayacucho, con el esfuerzo de sus hijos, para salir del estado de postergación en que aún se haya, por causa que es demás enumerar. Que solo mediante la asociación, que es la palanca más poderosa de la sociedad para remover los inconvenientes que se presentan en su marcha progresiva, se podrá conseguir el fin indicado; Que el hecho de ser Ayacucho el lugar designado por hoy para la residencia del Supremo Gobierno y para las funciones de la Asamblea Nacional, es una circunstancia bastante favorable para que podamos contar en nuestro trabajo con la cooperación de los primeros poderes de la república.

Que el artículo 7 del estatuto provisorio garantiza a todos los ciudadanos el derecho de asociarse pacíficamente y con esta garantía se puede ejercer toda actividad en provecho del bien público, en que nadie está autorizado ni impedido. Resolvieron:

1° Formar una sociedad que se denominará “Club Cristoforino” con atención a que sus fundadores son bachilleres en la Facultad de Letras y alumnos de la extinguida Universidad de San Cristóbal.

2° Que será miembros todos los presentes y cualquier otro bachiller, licenciado o doctor.

3° Que la sociedad tendrá por fin trabajar por el progreso y porvenir de este departamento y de manera especial por la reorganización de la Universidad San Cristóbal...

4° Que la sociedad tendrá carácter literario; y por consiguiente se esforzará por realizar todo adelanto en esta materia, fundado un periódico como se publica en el departamento de la república y en el extranjero...

Nombrar provisional como: Presidente: Gerardo Sáez; Vice Presidente: Diego Vega; Secretario: Juan Pablo Villanueva Tesorero: Manuel María Muñoz; Miembros: Juan Crisóstomo Moreno, Manuel Orcasitas, Buenaventura Beas, José Mejía Villanueva, Dionisio Miranda, Rufino Medina, Manuel Fortunato Medina, Benigno Cruzatt, Manuel Galván, Fernando Aguilar, Fortunato Tirado, etc. (*El Porvenir*, Órgano del club Cristoforino. Del jueves 1° de setiembre de 1881. Año I N° 1)

Es así como dicho Club Cristoforino inicia sus actividades con la publicación de su periódico *El Porvenir*, el cual tendría entre sus páginas un discurso civilizador, «buscar en capas sociales y culturales muchos más profundas para hallar la explicación del cambio de mentalidad colectiva que permite diferenciar (Tenenti, 1985, p. 3...)» las aspiraciones de los miembros de la comunidad de notables de Ayacucho frente a la clase subalterna habitante en la ciudad.

Con la formación del Club Cristoforino y teniendo como órgano difusor a su periódico “El Porvenir”, su discurso literario se fue difundiendo entre las capas sociales de la alta sociedad huamanguina de la década de los 80 del siglo XIX. Fue el inicio de ese discurso de los notables que vivieron durante la segunda mitad del siglo XIX, ellos consideraban que sus comportamientos, gustos y actitudes los diferenciaba de la clase subalterna; por lo tanto, era necesario transformar dichos comportamientos que el lenguaje hegemónico tomaba por «bárbaros» a los indígenas que habitaban la ciudad de Ayacucho, para lograr algo que los subalternante llamaban su «civilidad». Desde 1850 hacia 1945 se da inicio ese discurso civilizador que la élite huamanguina ofrecía para lograr las transformaciones experimentadas en la sociedad; por supuesto, con una nueva concepción de la vida cotidiana en los espacios públicos de socialización. Durante la tercera década del siglo XX, unos ilustres intelectuales «expertos en el manejo de los símbolos culturales... aquellos que generalizan el saber para un público más amplio que el de su círculo profesional emplazándolo al mismo tiempo dentro de su contexto social» (Villacorta, 1993, pp. 155-156), surgieron conformar un Centro Cultural.

En 1886, se clausura definitivamente la Universidad de Huamanga, por la crisis económica que atravesaba el Perú, por causa de la Guerra contra Chile; crisis que fue sentida en todo el departamento ayacuchano. Desde ese triste año, llamado como “Reconstrucción Nacional”, la comunidad de notables de Ayacucho conjuntamente con sus autoridades políticas, emprendió la lucha para que la Universidad de Huamanga se reabriera, lo cual no se produjo hasta muy entrado la segunda mitad del siglo XX.

Al ingresar al nuevo siglo XX, la élite huamanguina vio con preocupación que avance económico de la región no eran alentador, aún había retraso en las vías de comunicación por falta de carreteras, para lograr la conexión con otras provincias del departamento. Llegado, como hemos visto, la celebración centenaria de 1924, hubo algún cambio en la infraestructura de la ciudad; no así, en el aspecto educacional y cultural. Llegado la década de los 30, un grupo de intelectuales ayacuchanos, conformaron un Centro Cultural, denominado “Ayacucho”, iniciando sus actividades en octubre de 1934, gracias al apoyo de otros notables de la ciudad. La finalidad de este grupo de notables, todos ellos profesionales era revalorar el acervo cultural de la región ayacuchana; iniciado así su «proceso civilizador» de dominio hegemónico, porque tenían en cuenta que la única manera de cambiar la sociedad y, sobre todo, de los comportamientos de la clase subalterna, era la difusión

de la historia, cultura y tradición, la cual estaba estancada desde 1886 por falta de una institución cultural que difundiera la cultura ayacuchana en todo el Perú; es decir, que viendo que la Universidad de Huamanga seguía clausurada, optaron por ser ellos los difusores de estos ideales.

Durante el presente capítulo insertaremos la categoría de «proceso civilizador», planteado por Norbert Elías, quien manifiesta, que:

El proceso civilizatorio, esto es el cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos, y con ello, también, de sus experiencias y de sus comportamientos... el descubrimiento de un cambio a lo largo de muchas generaciones. (Elías, 1994, p. 11)

Es necesario saber que la categoría «civilización»:

Desde inicios de su difusión posee varios sentidos. El primero, se adscribe a los logros materiales y culturales del Imperio Romano. El segundo, pueblo no-civilizado, se usa para descalificar a los grupos sociales que no proceden de la tradición occidental; en particular se alude a las singularidades del cuerpo de los indígenas (...) los productores y consumidores son una minoría letrada, urbana y occidentalizada que se auto percibe, sin problemas, como legítima representante de una sociedad mayoritariamente iletrada, indígena y rural. La élite se arroga la misión “civilizadora”; la plebe urbana debe convertirse en pueblo y este en un conjunto de ciudadanos; los indígenas andinos deben ser guiados e integrados a los valores occidentales. (Aljovín & Velázquez, 2017, pp. 81-82)

Como puede leerse, es este pensamiento el que profesan los notables e intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, cuyo lenguaje les permitía considerarse los únicos que pueden transformar y re(educar) a los miembros de la clase subalterna-mestizos e indígenas que habitan la ciudad capital de Ayacucho. Y como dice Marcel Velázquez:

La procesión barroca, los carnavales, las farsas del pueblo (...) expresó una cultura cómica-popular y la distancia irónica del mundo al revés (...) estas fiestas que constituían espacios públicos de encuentro y comunicación entre diferentes grupos sociales se convirtieron en el blanco del discurso civilizatorio de las élites. Ellas se regulan legalmente y, así, se busca impedir, muchas veces en vano, el contacto entre culturas y grupos étnicos que se perciben no solo como diferentes, sino desiguales. En el siglo XIX, la fiesta cívico-patriótica arremete contra las festividades tradicionales, pero no puede desprenderse de su maquinaria de significación. (Velázquez, 2013, p. 17)

De los popular o de las actitudes y comportamientos indecentes e incivilizados de los indígenas de la ciudad de Ayacucho, por largo tiempo.

El Centro Cultural Ayacucho, para cumplir sus fines y objetivos tenían que trabajar a largo plazo en la construcción de una sociedad «civilizada», y donde la clase subalterna aún tenía hábitos

y creencias ancestrales de siglos atrás, y que ante la mirada de los intelectuales tales hábitos y creencias deberían ser modificadas dentro de su vida cotidiana; por lo tanto para «moldear» al subalterno, el proceso civilizador tenía que cambiar sus modales, comportamientos y hábitos, para que recién puedan ser considerados parte de la sociedad ayacuchana civilizada o culta; sabemos que eso no ocurrirá inmediatamente, porque la cultura subalterna no solo sobrevivió sino que se adaptó a las transformaciones que les imponían las clases notables, siendo un proceso civilizador cultural que duró décadas para dichos cambios. Así, el Centro Cultural Ayacucho, se convirtió en el catalizador de esas transformaciones a nivel cultural, buscando a la vez su propia identidad regional.

5.2.2. Creación del Centro Cultural Ayacucho (1934)

Al iniciar este acápite, nos preguntamos ¿Por qué en Ayacucho no conformar un Centro Cultural que revalore nuestras tradiciones y costumbres? ¿Fue el Centro Cultural Ayacucho el resurgimiento de la historia, geografía y de la educación? ¿Fue un Centro Cultural que civilizó al indígena de la ciudad y de sus barrios? ¿Logró el CCA sacar Ayacucho del atraso y llevarlo al progreso? Estas premisas abren este capítulo donde los ideales que se plantearon tenían que ser difundidos, para eso era necesario juntar a otros notables e intelectuales de la ciudad que puedan contribuir a dicho logro; así, se unieron para conformar el Centro Cultural Ayacucho. El 8 de octubre de 1934 se creó el Centro Cultural Ayacucho por iniciativa de este grupo de jóvenes intelectuales preocupados por el atraso del desarrollo cultural de Ayacucho y, a iniciativa del profesor Alfredo Parra Carreño, que luego llegará a ser Ministro de Educación.

Desde entonces las actividades culturales, sociales y artísticas llegaron a ser permanentes en toda la ciudad ayacuchana, que alcanzó a existir hasta la década de los 60. Vamos a ver esto de manera esquemática.

Objetivos y fines

El Centro Cultural Ayacucho tuvo como objetivos y finalidades lo siguiente:

- Es un Centro de Estudios con fines literarios, científicos y artísticos.
- Las actividades intelectuales y artísticas del Centro serán preferentemente de corte regionalista.

- El Centro es de carácter permanente y los socios deben hacer promesa de honor de mantenerlo y evitar su desaparición.
- El Centro auspiciará actuaciones culturales de carácter público o privado, como conferencias, exposiciones, audiciones, etc.
- El Centro procurará mantener relaciones de intercambio intelectual con Centros similares de la República y del extranjero.
- El Centro ofrecerá para el público con la mayor frecuencia posible, charlas culturales, exposiciones de arte o audiciones musicales.
- El Centro organizará excursiones de estudio o investigación a los lugares que ofrezcan interés arqueológico, histórico, científico o industrial.
- El Centro podrá tomar parte en certámenes nacionales, regionales o departamentales.
- El Centro podrá absolver los informes que se les soliciten, dentro del rol de sus actividades.
- Organizada la biblioteca del centro, propondrá que aquello funcione diariamente para el público.
- El Centro tiene tribuna libre, y el tema y el sumario para desarrollarse en ella se pondrán previamente en conocimiento de la Junta Directiva por intermedio del director de propaganda, estando prohibido admitirse temas sobre política o religiones.

Como se podrá observar, en los fines y principios del Centro Cultural Ayacucho se hace una ruptura con los discursos políticos que se estaban generando en la región, sobre todo por la presencia aprista y socialista, que imperaba en la ciudad capital de Ayacucho. Entonces podemos decir que la creación del CCA no deseaba tener vínculos políticos, sino que era un centro apolítico. Su labor solo se dedicaba a asuntos netamente culturales y a la difusión de la Historia, Geografía y tradiciones.

En la primera Junta Directiva:

- Secretario General: Dr. Manuel Jesús Pozo.
- Sub Secretario General: Dr. Pío Máximo Medina.
- Secretario del Interior: Prof. Lucio Alvizuri Bendezú.
- Sub Secretario del Interior: Federico Fajardo.
- Secretario de Economía: Francisco González.
- Inspectora de Rentas: Magdalena Fajardo de Castro.
- Inspector de Gastos: Edmundo Vidal Olivas.
- Secretario de Propaganda: José María Hernando.
- Secretario de organización: Alfredo Parra Carreño.

- La solemne instalación se llevó a cabo en el salón del consejo provincial de Huamanga, reunión que presidió el Obispo Fidel Olivas Escudero” (Galindo, 2004, p. iii).

Este CCA se creó para ser el modelo, el paradigma y el ejemplo de superación y de propuestas para el progreso de Ayacucho. Por eso que los notables e intelectuales del CCA tuvieron un discurso «civilizador» y «decente» a la hora de dar sus propuestas y alternativas para el progreso y modernización de Ayacucho desde 1934 hasta 1965, en que duró la difusión de su revista *Huamanga*.

5.2.3. Intelectuales, discurso civilizador y clases subalternas en Ayacucho.

En este sub capítulo analizaremos algunos discursos que narraron los intelectuales ayacuchanos sobre el proceso de civilización como miembros del Centro Cultural Ayacucho, que se creó en 1934 por profesionales de la propia ciudad. Son estos académicos, que tienen como principio fundamental difundir sus propuestas como alternativas de solución a los asuntos históricos, geográficos y culturales de la región. Ellos se concentrarán en escribir sobre los cambios que deben operar entre los comportamientos de la clase popular, a quienes los consideraran «incivilizados» e «incultos», simplemente por no saber leer ni escribir, refiriéndose más que nada a los indígenas de la ciudad de Ayacucho, los cuales eran los más cercanos a sus estudios. Está percepción de los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, sobre el mal comportamiento de los indígenas en los lugares públicos, como beber alcohol en los parques y plazoletas, hizo que ellos tenían la obligación de que el indígena debería tener un cambio radical en su conducta, y la única manera de lograrlo eran que dichos intelectuales lo realicen a través de la (re)educación; educar al indígena para respetar los espacios públicos y comportarse decentemente era la tarea que estos académicos deberían lograr en la vida cotidiana de los naturales.

Manuel Peña Díaz (1999), citado por Vásquez, nos informa sobre el progreso y el asunto de civilizar a los mestizos e indígenas, dice que, en el Perú, existió una incorporación al mestizaje de la oprimida raza indígena. Además, agrega, que la educación, no podía sustituirse a «la evolución» para acceder al estado superior, donde los indios deberían dejar de serlo. Lo interesante es que esta dicotomía del indio/mestizo era simplemente un eje temporal, es decir, que la otredad del indio se superaría, pero, relegada al pasado. Entonces, al interior de la revista *Huamanga*, como vocero del Centro Cultural Ayacucho, inician a escribir una serie de artículos donde su prioridad

será lograr un discurso civilizador, para lograr la transformación de las actitudes negativas de los miembros de la clase baja, en lo referente a su «indecencia» que se presentaba ante la mirada de los académicos. Al interior del discurso civilizador, se apuntaba a (re)educar al indígena a través de las escuelas y colegios.

Desde el Centro Cultural, los intelectuales lograrían los cambios esperados en los indígenas, sobre todo en sus conductas; educarlos por considerarlos como niños, al indígena adulto, que no había tenido una educación adecuada no era consciente de sus actos; por lo tanto, era necesario cambiarlo; objetivo prioritario de los intelectuales, para que la cultura ayacuchana logre el progreso esperado por ellos.

El Centro Cultural Ayacucho, estuvo integrando por pedagogos, médicos, sacerdotes, abogados, periodistas, militares. Según Jeffrey Gamarra, dice que tenían “como dirigentes a los siguientes elementos vitales con que cuenta la sociedad: escuelas, municipalidades, ingenieros, médicos, maestros de artes e industrias, hacendados, VECINOS NOTABLES y como aprendices a los niños y a los elementos del pueblo en general. Y la influencia cultural (Lima y Cuzco) también ahonda esta contradicción tanto en su estructura como en forma y contenido” (Gamarra, 1996, p. 139). Entonces, desde la creación del Centro Cultural Ayacucho, sus miembros estuvieron enfocados en narrar sobre la historia, geografía, costumbres y tradiciones de Ayacucho, para lograr todo esto lo hicieron a través de su revista “Huamanga”, donde se resalta sus riquezas culturales. Los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, insistieron en ese discurso civilizador para lograr que los indígenas que habitaban conjuntamente con la comunidad de notables dejen de lado sus hábitos y prácticas ancestrales, como chacchar coca, tomar aguardiente y desterrar el quechua; actitudes consideradas por los notables como incivilizadas e indecentes, sobre todo en los lugares de sociabilidad.

Asimismo, intelectuales como los doctores: Manuel Jesús Pozo, Pío Max Medina, Alfredo Parra Carreño y los profesores Lucio Alvizuri, Antonio Hierro Pozo, entre otros miembros del Centro Cultural Ayacucho, que escribían en la revista *Huamanga*, tuvieron como propósito lograr que su discurso sea difundido en escuelas y colegios de la ciudad, donde varios de ellos enseñaban; sumándose para su extensión de este discurso los sacerdotes y autoridades políticas locales para transformar al indígena. Al interior de la sociedad ayacuchana, existía una subcultura con

expresiones culturales propias de su realidad en la que vivían, sobre todo los que pertenecían al campo y que cuando llegaban a la ciudad capital del Departamento, en muchas ocasiones, festejaban según su costumbre y tradición, sus fiestas patronales, que a la percepción de los intelectuales del Centro Cultural, eran costumbre de una cultura popular.

Nuestro estudio histórico de la presente tesis doctoral, también se centra en dar a conocer la influencia que ejercieron los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, a través de sus artículos; artículos que eran leídos por los letrados de la ciudad, sobre todo los periodistas, que en algunas ocasiones las transcribían en sus periódicos, donde se resalta el discurso civilizador, dirigido a sus patrones de la ciudad, que tenían a cargo a diversos indígenas y mestizos, como empleados domésticos, en sus haciendas como peones o sirvientes, quienes leían en voz alta los periódicos a sus familiares y sin querer escuchados por los subalternos del hogar o hacienda, es ahí manifestaba como debería ser el comportamiento de ellos en los espacios públicos de la ciudad.

Hay que tener en cuenta dichos académicos constituyeron al interior del Centro Cultural Ayacucho, los portavoces de una cultura culta y decente, discursos que estuvieron insertada en la revista *Huamanga*, que se convirtió en la difusora de sus ideales de progreso; la mirada de estos intelectuales estuvo dirigido a lograr una transformación en los comportamientos de los indígenas, finalidad que se logrará décadas más adelante, sobre todo durante 1960 a 1970, paulatinamente, sobre todo en los espacios de sociabilidad, como la Alameda, la Plaza Mayor, plazoletas, en el estadio deportivo, etc., donde los miembros de la élite también concurrían, a pasar un momento de tranquilidad, observando conductas incivilizadas por parte de los indígenas que acudían a estos lugares. Aspiraciones que no se lograron en su totalidad; pero, que su discurso civilizador logró influencia en el sector educativo, donde como maestros dictaban sus clases en las aulas escolares, sólo así se entiende estos cambios operados en los niños y niñas indígenas como también en los adolescentes de la educación secundaria, que asistían a los dos únicos Colegios Nacionales que existía y aún existen en la ciudad de Ayacucho: “San Ramón” (Hoy Mariscal Cáceres) y “Nuestra Señora de Las Mercedes. Por otro lado, la mirada de los intelectuales, a través de sus escrito, era llegar a los barrios más tradicionales de la provincia de Huamanga, como Carmen Alto, San Juna Bautista, Santa Ana, Conchopata, San Sebastián, La Magdalena, Maravillas, etc., donde su discurso civilizador estaba dirigido, para lograr la transformación de las costumbres que los indígenas y mestizos practicaban cotidianamente en dichos lugares, sobre todo en las celebraciones ancestrales,

como la corrida de toros, juegos de naipes, carnavales y fiesta patronales, que fueron consideradas bárbaras e indecentes; de ahí que sus discursos tengan un mensaje transformador y civilizador, que debería ser aplicado a dichos cambios culturales en dichos barrios.

Entonces, se juzga y valora las costumbres...reproduciendo un razonamiento jerárquico; las buenas costumbres y los comportamientos civilizados pertenecen a las esferas altas y educadas, mientras que los comportamientos retrógrados y ridículos caracterizan a las clases bajas e incultas. Sin embargo, el segundo grupo social queda descrito explícitamente; ellos puede ser materia prima para el discurso, objeto con el que se regodea la escritura civilizada. La construcción de la alteridad, la representación de los sectores populares termina validando al discurso hegemónico. En esta guía, la plebe urbana y sus barbaridades de obra y de palabra configuran un fantasma que articula la producción del sentido del texto. (Velázquez, 2013, p. 125-.126), que se encuentra en las páginas periodísticas de la prensa ayacuchana a fines el siglo XIX e inicios del siglo XX.

En la lectura de sus escritos de los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, se observa cómo sus discursos pronunciados, se encaminaba por esos objetivos civilizadores en la vida cotidiana, en las tradiciones de la clase subalterna:

¿Con qué fin se ha inaugurado el Centro?... Iniciamos preservando en nuestros estudios, en nuestras investigaciones, para procurar que algo del primado intelectual y artístico que disfrutara la capital... se nos trasmita. Intentaremos así descentralizar la cultura y tenga un carácter más provincial. (Pozo, 1934, p. 3)

Esta manera de escribir del Dr. Manuel J. Pozo, se sustentaba en que el Centro Cultural Ayacucho y sobre todo la revista “Huamanga”, logre que sus estudios sobre la ciudad y la región, se difunda por todo el Perú para el conocimiento de los peruanos que habitaban no sólo la sierra sino también la costa y en lo posible la selva; intenciones que no se cumplieron a cabalidad, porque para estos tiempos, la carretera La Mejorada, estaba en mal estado de conservación y la distancia entre dichas regiones eran muy largas. Pero, de todos modos, la revista “Huamanga”, gracias a sus miembros del Centro Cultural Ayacucho, llegó a pueblos como Huanta, Cangallo, Vilcas Huamán, etc., pero, también a departamentos cercanos, como Huancayo, Cuzco, Huancavelica. El Dr. Manuel Jesús Pozo, manifestaba que «el Centro Cultural debe convertirse en agente de los movimientos de curiosidad y despertar intelectual, y en los trabajos que emprenda... solo a lo que refiera la ciudad, la que tiene problemas, necesidades y de un alcance local, que debemos estudiarlos preferentemente» (Pozo, 1934, p. 2). El Dr. Pozo, nunca descartó que las investigaciones que realizaban sus miembros del Centro Cultural no sólo se dediquen a la ciudad, fue la prioridad, por la situación que se vivían por entonces, donde se observa un elevado

analfabetismo de niños y adolescentes indígenas como de los mestizos que habitaban los barrios, sino también que lleguen a otros departamentos del Perú.

Para lograr conocer la historia, sus costumbres y tradiciones de Ayacucho, el Dr. Manuel Jesús Pozo, enfatiza:

Vivimos en un punto geográfico. Él tiene pasado y también porvenir. En él hay producciones de todos los reinos de la naturaleza...para velar por la cultura de nuestro lugar, escriban su historia (...) para que nuestra ciudad se distinga, por un provincialismo cultural que contribuya al progreso de la nación. (Pozo, 1934, p. 2, *Revista Huamanga* N° 1)

Para sus tiempos, eran un llamado a los intelectuales que no sólo escribían en la revista “Huamanga”, para eso era necesario conocer su pasado y su tradición prehispánica:

Los fundadores, en la palabra Huamanga, perpetuaron una tradición, la que se remonta a la vida tributaria de los Pocras, (...) en los nombres de San Juan y de la Frontera (...) la tradición a que se alude, conserva este recuerdo: que cuando el Inca Viracocha, vino a este lugar, a reducirles a la obediencia (...) entre los espectadores, que revoloteaba alrededor de su cabeza, le daba carne de llama, diciéndoles *Huaman cá*, Alcón (sic), toma esto llamándole (...) con el nombre de *Huamán ccacca*, cerro o cerros en las que hay nidos de cóndores. *Huamán ccacca*, es el origen de la castellanización ya Huamanga. (Pozo, 1924, pp. 2-3)

Pues, como dice el Dr. Manuel Pozo, está tradición quedó registrada en los anales de la historia, cotidianamente al departamento se le siguió llamando Cercado de Huamanga, a pesar de que el Libertador Simón Bolívar, el 15 de febrero de 1825, había decretado que el Departamento se llame Ayacucho, la provincia Huamanga y el distrito Ayacucho, quedó en el argo popular como tradición Huamanga, para referirse a la ciudad.

Sobre la tradición, Omar Gonzales, siguiendo el pensamiento arielista, se pregunta

¿Pero qué es la tradición? Siguiendo a Arturo Andrés Roig, dice que tradición, como el conjunto de bienes que integra lo que se ha dado en llamar legado; les viene de un sujeto que las asume en diversos grado y medida desde sí mismo, y que en ese sentido es más o menos consiente de ser receptor y su recreador; como afirma Alberto Adriánzen, as tradiciones no son hechos que viven en el pasado sino que son matices de acción social, que conservan su vitalidad, conforman y justifican el sentido común de la gente, son fermento de progreso y crecen día a día. Las tradiciones tienen dos lados, el ideal utópico y el aspecto empírico. (Gonzales, 1996, p. 226)

En ese sentido, muchas veces, el Dr. Manuel Pozo, como dice Omar González, se convierte sin querer en un tradicionalista ya que el

Tradicionalismo se vuelve sinónimo de pasatismo e inmovilismo, para el cual sólo es válido el mundo de los antepasados, mitificado como una “edad de oro”, invierte el sentido de los utópico, puesto que no se imagina el futuro, sino que reclama la vuelta al ayer, y es conservador al negar toda posibilidad de cambio y movimiento. (Gonzales, 1996, p. 227)

A pesar de todo el Dr. Manuel Pozo, deseaba que el huamanguino mire hacia atrás a lo que hicieron los “colonizadores, así como los de la población orgullosos guerreros, súbditos de España, de esa nación gloriosa, que sola acometió la empresa de descubrir, conquistar y colonizar América, no escribían la historia, la hacían, y la que hicieron en Huamanga fue de considerable proporciones” (Pozo, 1949, p. 4).

El Dr. Manuel Jesús Pozo, al referirse al poblador indígena de Ayacucho, daba un mensaje a los que escribían en la revista *Huamanga*, deberían obligatoriamente los artistas de dicho Centro Cultural, iniciar una labor provincialista en el cambio de actitudes negativa del indígena, que dichos músicos consideren que “el indio trae a la vida una herencia secular de penas y dolores que no pudiendo emitirlos de palabra, muchas veces lo expresan a través de la quena, la zampoña y más que nada en sus canciones” (Vásquez, 2019, p. 4), ese era el pensamiento arielista de García Calderón que resaltaba “los rasgos negativos de los indios (...) sus vicios (el alcohol y la coca, en lo que desahoga su desesperación), sus supersticiones que hace de él un ser primitivo y bárbaro” (Gonzales, 1996, p. 184). Un pensamiento, a nuestro punto de vista, irreal; pero, hay que comprender que su pensamiento es de su época, porque, al saber, la coca y el aguardiente, no son sólo para el trabajo duro, sino que la coca, era considerada por los indígenas parte de su vida cotidiana, que servía para sus rituales, porque era parte de su cultura ancestral, incomprendida por los notables de Ayacucho.

Al referirse sobre el indígena, el Dr. Manuel J. Pozo, comentaba:

Considero al indígena como un ser inculto, que no sabe leer ni escribir y que su nostalgia lo manifiesta en la música vernácula; en ese sentido, nuestro intelectual en su discurso tiene un tono civilizador para lo natural de la región, porque su deseo es que el propio indígena sea educado y pueda lograr expresar dichas penas no solo a través de la música, sino también aprenda a leer y escribir. Por eso un llamado a los profesionales de la música para que les enseñen a los indígenas a expresar mejor no solo mediante la música, sino también por medio de la escritura, que permita cambios en su vida cotidiana, así como en sus fiestas y celebraciones populares. (Pozo, 1934, p. 4, Revista Huamanga N° 1)

Ese mismo pensamiento, lo tenían los arielistas en el Perú, manifestaban que “la raza indígena acaba de ser sometida y necesita ser instruida y defendida; derribado el Imperio, había

tomado al salvajismo más completo” (Gonzales, 1996, p. 172). Era pues, una visión fatalista de los intelectuales sobre el indígena de la sierra, al cual se debería instruir para civilizarlo.

El Dr. Pío Max Medina, al pronuncia un discurso en la inauguración del Centro Cultural Ayacucho, dice:

La labor del Centro Cultural es amplia. Entre nosotros se impone el estudio de nuestra historia local, pues cierto es que estamos todavía por conocer, documentalmente, nuestro pasado. La verdad histórica de Ayacucho se está por escribir... pueblo que no se preocupa de su historia, es en cierta manera pueblo sin tradición y sin experiencia. Colectividad que de continuo improvisa, repite tristemente errores y avanza, desorientada e insegura, por las rutas del mundo. Por este motivo, hagamos nuestra historia propia [...] para ello, tenemos nuestros archivos, bibliotecas, cartas y periódicos que guardan celosamente nuestro pasado. (Medina, 1934, pp. 14- 15 N° 1 Revista Huamanga).

El Dr. Pio Max Medina¹⁴, entonces consideró que desde la historia local se podría construir una identidad propia de Ayacucho, a través de la Revista “Huamanga”, logrando revalorar la difusión de su historia, costumbres y tradiciones, aún no escritas y que deberían ser divulgadas, mediante la investigación académica de dicho pasado histórico de la ciudad de Ayacucho; lograr dar a entender a sus autoridades políticas locales, que el atraso en la que está aún sumida Ayacucho, se debe a la falta de escuelas y colegios, no sólo en la ciudad capital del Departamento, sino también en las provincias y distritos. Esa misión deben cumplirlas los miembros del Centro Cultural Ayacucho, en la búsqueda de información en los documentos que resguardan las bibliotecas y archivos particulares de las familias más notables de la ciudad.

Si bien el Dr. Pio Max Medina, nos refiere a difundir la Historia, las costumbres y tradiciones de Ayacucho, también incide que sus miembros del Centro Cultural, logren avances en publicar sobre el progreso del Departamento, la provincia de Huamanga y la ciudad de Ayacucho; sobretodo hace un llamado para lograr «civilizar» al indígena, que hemos citado anteriormente; es decir:

En la noble misión que se impuesto el Centro Cultural, los sacerdotes, médicos y maestros, quienes, desde el púlpito, el consultorio y el pupitre, respectivamente, tratarán de

¹⁴ “Nació el 5 de mayo de 1879, estudió Ciencias políticas en la UNMSM, en Lima; obtuvo su grado de Doctor en Jurisprudencia. En 1914 fundó el periódico *La Era* en Ayacucho. Fue Decano del Colegio de Abogados, Vocal de la Corte Superior de Justicia de Ayacucho; alcalde del Consejo Provincial de Huamanga en 1924. Medina fue miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y uno de los fundadores del Centro Cultural Ayacucho en 1934. Sus obras intelectuales fueron: *Ayacucho* (1924); *La ciudad prócer de Ayacucho* (1955), y su obra cumbre “*Monumentos coloniales de Huamanga* (1942). Medina falleció el 17 de julio de 1957”. (Vásquez, 2019, p. 11).

desarraigar y disipar las ideas supersticiosas predominantes en nuestras masas populares; creencias supersticiosas transmitidas por tradición de generación en generación, desde el incanato hasta nuestros días y que no sólo están reñidas con la cultura actual sino infligen daño positivos a la convivencia social; señores tengamos fe y confiemos en que el resultado satisfactorio coronará nuestros esfuerzos. (Medina, 1934, p. 18 N° 1 *Revista Huamanga*)

El llamado a los intelectuales que integran el Centro Cultural Ayacucho, es para que ponga mayor esfuerzo para logra de eliminar las ideas supersticiosas de los indígenas que habitan no sólo la ciudad sino el Departamento de Ayacucho.

Norbert Elías, ha señalado que “el párroco y el profesor son, de hecho, los dos representantes más claros de esta intelectualidad de funcionarios de clase media; dos figuras sociales que han tenido la participación más decisiva en la difusión y en la formación del nuevo idioma culto” (Elías, 1994, p. 74). En ese sentido, estos intermediarios entre la clase culta y la clase subalterna, son los llamados a lograr la gran misión de civilizar y culturalizar al indígena y mestizo de la provincia de Huamanga. Que como hemos podido conocer, líneas arriba, por lo menos, el mestizo, se fue acoplando a las costumbres cultas de los notables de la ciudad, siendo con el tiempo miembros activos de clubes sociales.

En ese sentido, nos preguntamos qué es «civilización», según el Dr. Marcel Velázquez:

Civilización, proveniente del francés, es una voz que se empieza a emplear en el siglo XVIII [...] se describe a los logros materiales y culturales [...] como adjetivo “pueblo no civilizado”, se usa para descalificar a los grupos sociales que no proceden de la tradición occidental; en particular se alude a las singularidades del cuerpo de los indígenas [...] los productores y consumidores son una minoría letrada, urbana y occidentalizada que se auto percibe, sin problemas, como legítima representante de una sociedad mayoritariamente iletrada, indígena y rural. (Velázquez, 2017, p. 81)

Como vemos, al interior de la sociedad ayacuchana, sobre todo de los miembros de la clase subalterna, este objetivo no se había logrado, por eso la insistencia de los miembros del Centro Cultural Ayacucho, para lograrlo a través de sus escritos en la Revista “Huamanga”, divulgándola por toda la ciudad de Ayacucho, con la finalidad de lograr dicha civilización en el aspecto cultural, ya no sólo de algunos miembros de la ciudad que a pesar de saber leer y escribir, aún no tenían los comportamientos adecuados de un civilizado; mucho peor, los indígenas, que con sus hábitos ancestrales de chacchar coca, tomar aguardiente o consumir chicha y de algunos mestizos, que también acudían a las diversas chicherías existentes en los barrios, no se lograba el objetivo deseado. Ser civilizado en el discurso hegemónico de los intelectuales del Centro Cultural

Ayacucho, era asumir las formas sociales de esos comportamientos de los aristócratas limeños, catalogados como civilizados, a diferencia de los que habitaban la región ayacuchana (indígenas). Los notables ayacuchanos asumía que eran ellos los llamados a civilizar al mestizo e indígena de la ciudad, primero, y posteriormente a los que se encontraban habitando la zonas rurales de Ayacucho, para inyectarles los valores modernos, encarnados en su círculo de notables y que ellos sean si imagen civilizadora en lo referente a sus modales y comportamientos decentes.

Así, pues, las costumbres ancestrales que practicaban los indígenas desde la colonia en fiestas patronales y diversiones públicas, sobre todo en la corrida de toros o los carnavales, deberían ser desterradas. Lamentablemente, a pesar de todos los esfuerzos desplegados por los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, esto no sucedió rápidamente; hay que tener en cuenta que muchas veces, la tradición de un pueblo no se puede romper de la noche a la mañana. Uno de esos desafíos, que proponía el Centro Cultural Ayacucho, fue la educación. Para civilizar al indígenas, debería ser desde el aula escolar, y así, ellos como preceptores, lograrían con el correr del tiempo, (re) educar al niño indígena de la ciudad y hacer de él un buen ciudadano. En ese proceso civilizador el notable se enorgullecía de su pasado colonial más que en la época republicana. Miraba como el indígena con sus costumbres en la vida cotidiana transcurría casi sin cambios en sus comportamientos incivilizados e indecentes en los espacios de ocio; entonces, era oportuno continúa la tarea de civilizar al indígenas y arrancarle esas creencias supersticiosas que no las dejaba de practicar dentro y fuera de la ciudad. En otras palabras, civilizar era una responsabilidad que asumió íntegramente los miembros del Centro Cultural Ayacucho.

Una de las integrantes del Centro Cultural Ayacucho, fue Magdalena Fajardo de Castro, quién manifestaba que los integrantes de dicha institución cultural, eran los llamados a civilizar culturalmente al indígena, para el bienestar colectivo de la sociedad ayacuchana. Magdalena Fajardo, también se refiere a las mujeres huamanguinas en el campo intelectual, diciendo:

Las mujeres, que en pleno siglo XX demostramos que nuestro esfuerzo, dentro del campo intelectual, no es estéril, y que por el contrario constituimos un factor de reconocida importancia dentro del avance superlativo de las sociedades, somos de las primeras en apreciar al resurgimiento intelectual de Ayacucho. (Fajardo, 1934, p. 20)

Este mensaje de Magdalena Fajardo, al referirse a las mujeres intelectuales de Ayacucho, ilustra su aporte a la sociedad, el cual no era estéril sino provechoso, para el avances de las

sociedades en la que habitaban; por supuesto, que se refería a las dama huamanguinas de sociedad, aquellas que habían logrado que la ciudad las reconozca, como tal, señalando que:

Es la primera vez que Ayacucho puede ostentar con legítimo orgullo una institución de esta índole necesaria e indispensable, en toda ciudad civilizada. En ella se cristalizará la preponderancia intelectual de este pueblo, puesto que allí se consagrará sus verdaderos valores con la firme resolución de laborar por el RESURGIMIENTO espiritual de Ayacucho, que, por sus glorias pretéritas, está llamado a ser grande en el porvenir. (Fajardo, 1934, p. 31, N° 1 de la *Revista Huamanga*)

Entonces, para Magdalena Fajardo, su discurso va por el lado del aporte de las mujeres y su indispensable aporte al resurgimiento de Huamanga. Podemos decir, que su discurso también va por el lado civilizador, centrado que la mujer huamanguina también puede lograr esos cambios que el centro Cultural Ayacucho, deseaban en los indígenas del lugar.

Otro discurso que se integraba a los demás intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, fue el del Dr. Alfredo Parra Carreño, quién pronunció en su discurso:

Amar lo nuestro no es retroceder, es confrontar para valorizar... es medir la distancia de los momentos culturales en que vivieron los antepasados y que nos llegaron a nosotros a través de las generaciones (...) nuestro primer intento en la superación cultural, debe ser conocernos a nosotros para conocer mejor a los demás; esto es sistematizar nuestra cultura comenzando por todo lo que sea de nosotros; después a estudiar y a comprender a Bethoven, Shubere, Shiller, Mozart, etc. El Centro Cultural Ayacucho, no será ajeno a estas altas manifestaciones de la técnica musical. Nuestra misión es amplia dentro de las necesidades espirituales en que vive el hombre (...). (Parra, 1934, pp. 24-25)

Así, el Dr. Alfredo Parra Carreño, nos manifiesta que primero deben los miembros del Centro Cultural Ayacucho, amar lo que tienen; es decir, su pasado, su folclore, sus costumbres, tradiciones y luego se debe estudiar lo foráneo. Agrega:

Lamentablemente se da importancia a cosas que vienen de países que ni siquiera guardan relación de similitud cultural con el nuestro. Nos estamos acostumbrando a no hacer gimnasia mental en las investigaciones que conciernen a nuestro Departamento.” (Parra, 1934, p. 25)

Un llamado fuerte para quienes asistieron a dicha audiencia musical y escuchar su voz, resonará en los cerebros de los miembros del Centro Cultural Ayacucho, pero también en los invitados de la comunidad de notables de la ciudad. Y esta reflexión del Dr. Alfredo Parra, coincide con lo que se venía pregonando en los discursos anteriores del Dr. Manuel J. Pozo, de Dr. Pio Max Medina y de Magdalena Fajardo, primero lo nuestro, se dice y luego lo extranjero. Entonces, el

mensaje es claro, si los miembros y las autoridades locales se preocupan primero de revalorar las riquezas culturales y materiales de Ayacucho, luego deben preocuparse de otras costumbres que no son de ellos.

Es importante comprender que estos discursos de los intelectuales del Centro Cultural, usan la categoría de pasado y presente para justificar sus alternativas e ideales, incentivando a los otros miembros a que esmeren en investigar nuestra historia local y, dentro de ella, a los indígenas, los cuales deben ser moldeados a imagen y semejanza de los notables de la ciudad, para lograr sacarlos de la ignorancia en la que estaban sumidos desde épocas ancestrales, y el medio más conveniente para ellos era la educación, hacer ver al indígena que existe un mundo civilizado, que eran las costumbres de la clase dominante. Uno de los discursos donde se tratará esto será en la voz del intelectual Profesor Lucio Alvizuri.

Lucio Alvizuri¹⁵ escribe, al referirse a los mestizos de Ayacucho, para 1935:

(...) estos nuevos indios son gentes que han sentido la necesidad de la instrucción, son los braceros de todo trabajo, tanto en las labores de tierra como en los centros poblados...ellos con una adecuada enseñanza, fácilmente se incorporaran la masa civilizada del país y una vez en ese medio no existirá diferencias entre estos y los civilizados (...). (Alvizuri, 1935, pp. 85-87, Revista Huamanga N° 4)

Como profesor de colegio, Lucio Alvizuri, va por la mirada educativa, y manifiesta que estos mestizos deben ser educados en los centros de enseñanza, formándolos para lograr con ellos buenos ciudadanos y con valores morales. Coincide que sólo así se puede amoldar a los mestizos e indígenas de la ciudad, sobre todo a los niños (as) y adolescentes de Ayacucho, que asisten a recibir la instrucción pública.

Se, pues, la consolidación del discurso «civilizador» que, el sociólogo Norbert Elías se refiere «al desarrollo del conocimiento científico a las ideas religiosas y a las costumbres» (1994, p. 57) del pueblo; así que Lucio Alvizuri considera que estos nuevos indios o mestizos deberían ser civilizados y el medio más eficaz para su logro es la educación impartida en las escuelas y

¹⁵ “Había nacido el 11 de febrero de 1904 en la ciudad de Ayacucho. Estudió en la Escuela Superior Normal de Varones en Lima. Fue profesor de Aritmética en el Colegio Seminario “San Juan Bosco” y en el Colegio “Mariscal Cáceres” de Ayacucho. De igual forma impartió enseñanzas en los cursos de Geografía, Historia del Perú y castellano. Fue Presidente del Instituto Antropológico del Perú-filial Ayacucho. Uno de los fundadores del Centro Cultural Ayacucho y Director de la Revista “Semilla pedagógica” de Ayacucho” (Vásquez, 2019, p. 12).

colegios de la ciudad de Ayacucho; con el tiempo sean considerados en la sociedad decente y culta de la región ayacuchana, cultivados en sus comportamientos y buenos modales que deben asumir los subalternos y lograr ingresar al círculo civilizado de los notables.

En ese sentido, para Norbert Elías el término cultivado, es muy próximo al concepto occidental de civilización. Hay seres humanos, y hasta familias, que pueden ser cultivados sin que hayan realizado nada desde un punto de vista cultural... cultivado se refiere en primer término a la forma de comportarse o de presentarse de los seres humanos. El concepto designa una cualidad social de los seres humanos, su vivienda, sus maneras, su lenguaje, su vestimenta” (Elías, 1994, p. 58).

Entonces, se puede afirmar que a los indígenas y mestizos de la ciudad se les podía identificar por su manera de vestirse o de caminar o por sus comportamientos en los espacios de sociabilidad, llámese plaza principal, plazoletas o la misma Alameda de la ciudad de Ayacucho; esta diferenciación, muchas veces no sólo lo hacían los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho sino también los periodistas que escriban en la columna “crónica local”.

Para notar la diferenciación de lo que era un indio, mestizo o blanco o negro, sugiere, Lucio Alvizuri, lo siguiente:

(...) en los registros escolares de matrícula, también se nota esta confusión, pues existen casillas especiales para anotar a los de raza INDÍGENA, que deben específicamente por la de raza india; existiendo casillas en la que deben anotarse a los de raza mestiza, blanca, negra o asiática, que si son peruanos de nacimiento son indígenas. El nuevo indio (mestizo), no es solamente de la raza india de os Incas, sino que es el resultado del cruzamiento con la raza blanca española, por consiguiente se debe anotar en la casilla de os de raza mestiza. (Alvizuri, 1935, p. 87-88, Revista Huamanga N° 4)

Lo que esperaba nuestro intelectual Lucio Alvizuri, era corregir estos defectos a la hora de matricular a un niño o niña en la escuela o el colegio; pero, además, Alvizuri, esperaba que algún día el mestizo podría dominar mejor el castellano, lograr vestirse mejor y lo más importante cambiar sus comportamientos e imitar a los notables de la ciudad, considerados decentes y cultivados en los buenos modales.

En este contexto fue casi imposible lograr dicha hazaña para el caso indígena, sobre todo, aprendan bien el castellano; lo que sí se logró, más adelante, que los neoyndios, como los llamaba

Lucio Alvizuri, dominen el castellano y aprendan los modales de los notables de la ciudad, que así, lo hicieron, sólo así el llamado proceso civilizador de los intelectuales del Centro Cultural, dio sus frutos. No todos los miembros de la clase subalterna (indígenas y mestizos), comprendieron que era necesario cambiar de actitudes y comportamientos y que los modales aprendidos, al pasar el tiempo, los iba a cambiar, e integrarse, en parte, al círculo de notables de la ciudad, sobre todo los mestizos, para la década de los 30-40 (XX), en la que se encuentran integrados a cargos públicos en la municipalidad, prefectura o integrando el propio clero ayacuchano. Esta manera, de percibir de los notables del Centro Cultural Ayacucho, estuvieron seguros, que tarde o temprano, la cotidianidad debería transformarse, a través de la instrucción pública. Por lo tanto, (re)educar a los niños y niñas indígenas, como mestizos, fue una tarea planteada al interior del Centro Cultural Ayacucho, con la difusión de sus ideales publicados en la revista “Huamanga”. La enseñanza, debería provenir de la nuevas metodología de enseñanza que se estaban dando en Lima y otras provincias del país, dejar de lado la enseñanza lancasteriana y aplicar los métodos de la Escuela Nueva, propósito fundamental de los miembros de dicha institución cultural y que lo aplicaron en las escuelas y colegios donde ellos enseñaban las materias de Historia del Perú y geografía.

En este contexto de estudio sobre como los miembros del CCA deberían imponer una conducta decente a los miembros de la clase subalterna, Fernando Purcel Torretti, ha manifestado que:

La élite en general ejerció durante el periodo de estudio una forma de tutelaje sobre el resto de la sociedad, en especial sobre los estratos populares. Este tutelaje de la élite fue expresado por medio de constantes intentos por imponer sus propios cánones de conducta social al resto de la sociedad. Esto puede ser explicado por el hecho de haber tenido la élite conciencia de su poder y de su papel en la sociedad: de dirigirla, en el amplio sentido de la palabra. La clase dirigente sentía el escenario social y sus manifestaciones como propias, por lo que le importaba todo lo que ocurría dentro de los amplios límites del mapa social. . La elite muchas veces sintió que los estratos populares trasgredían las normas o cánones de conducta que ella consideraba legítimos y convenientes. Es así como este grupo hizo sentir su fuerza por medio de la crítica a los embates transgresores del bajo pueblo, expresados en desórdenes, inmoralidades y perjuicios a los adelantos del país. (Purcell, 200, p. 133)

Martha Lucía Barriga Monroy, nos asegura que para estos tiempos de conmemoraciones y de ansias de modernización en la Ayacucho:

Fue precisamente la élite, la que empezó a dominar e imponer nuevas formas y modelos de vida y dominación en los usos, costumbres, distribución del espacio y del tiempo de la ciudad. Fueron las clases acomodadas las que más se extranjerizaron especialmente en el

vestido, la comida, la vivienda, y las que introdujeron la música extranjera en los salones de reunión y salas de concierto. Las fiestas religiosas y patrias y su música, fueron manifestación de la extranjerización en la distribución del tiempo (...) Los grupos sociales menos favorecidos, no pudieron extranjerizar sus usos y costumbres por falta de medios económicos; permanecieron en la ignorancia, y fueron los peones (...) Las mujeres de los grupos menos favorecidos desempeñaron los oficios más humildes en servicio de las élites, pues no tuvieron acceso a la educación. Es en este período donde empieza a formarse *el imaginario* del ciudadano ideal: blanco, elegante, vestido con trajes de corte europeo, y “culto” en sus costumbres, maneras de vestir y comer, y por su puesto muy católico y piadoso. Así mismo, se empieza a gestar el “machismo” en la formación de la mujer, cuya vida transcurre en el interior de su casa, arreglándola y estando muy atenta a la organización de las comidas para la familia, y saliendo escasamente a misa y a unas pocas reuniones sociales. Entonces la sociedad, en general, fue de dominación masculina. (Barriga, 2013, 259-260); pero, a la vez el ideal de la élite era “domesticar al bárbaro indígena.

Esta reflexión, no acerca no sólo a comprender el discurso civilizador que profesaban los miembros del CCA, sino también como ellos deberían tener mecanismo de imposición para que los subalternos “imiten” sus cánones de conducta, considerada “decente y civilizada”. Lograr que el indígena adulto cambie, fue una labor ardua de toda la comunidad de notables, desde el Alcalde, Prefecto hasta el último intelectual de la ciudad, que sucedió lentamente décadas posteriores, no en su totalidad.

5.3. El Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga: Mirando al progreso de Ayacucho. 1940-1945.

Al ingresar a la década de 1930, las autoridades y élite ayacuchana, ya estaba pensando en la próxima celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga, que se llevaría a cabo en el año de 1940. Estos miembros de la comunidad de notables, pensaron que dicha celebración debería superar a la del Centenario no sólo con obras públicas que necesitaba la población de la región y sobre todo de la ciudad sino también el departamento. Es así que el Dr. Alfredo Parra Carreño (1935), señala:

Ayacucho, tiene una necesidad primaria: agua y desagüe. Necesidad que puede situarse dentro de la biología de la que se derriban una serie de factores aprovechable para el PROGRESO aunque actualmente Ayacucho va luchando entre la regresión y el estancamiento, entre el impulso y la resistencia, operándose en la colectiva el tanteo de sus necesidades y de sus apatías, para seguir viviendo en la indecisión (...) la irrigación de los campos que rodean a la ciudad, daría un rendimiento económico al Estado por el desembolso para dotar el agua a la población (...). (Parra, 1935, pp. 41, Revista Huamanga N° 3)

Entonces, la idea de progreso aparece en el discurso intelectual para pedir al Estado acelere con mayor presupuesto y conseguir, lo más vital para el ciudadano de estos tiempos: agua y desagüe. Hay que saber que Ayacucho, a pesar de haber conmemorado los cien años de la Batalla de Ayacucho, y haber conseguido algunas obras públicas, no pudo conseguir el agua domiciliaria. En esta misma dirección el Dr. Pio Max Medina se centra en manifiesta sobre el progreso:

El progreso, como todo hecho humano, es lucha de tendencias, intereses creados y aspiraciones. La evolución progresiva es, dinámica. Sin actividad y cambio no existe progreso sino estacionarismo, que siendo perenne, es retroceso a un pasado remoto. (Medina, 1935, N° 5 revista Huamanga)

Entonces, al faltar sólo cinco años para la gran celebración, el optimismo de los intelectuales ayacuchanos y de la propia élite huamanguina, era lograr el progreso y salir del atraso en la que se encontraba Ayacucho.

Durante el año de 1936, nuestro intelectual y profesor Alfredo Parra Carreño, comenta que el Centro Cultural había logrado algunos de sus fines, pero que había mucho más por trabajar. En ese sentido, los miembros del centro mirarán a la próxima celebración del IV Centenario de la Fundación de Huamanga, como el espacio simbólico donde podrán plasmar sus nuevos proyectos de modernización social; es decir, que el cuatricentenario será la fecha donde los notables cumplan con nuevas obras públicas que les demanda la sociedad ayacuchana, quienes tienen la esperanza de lograr el ansiado progreso, que no se pudo alcanzar en 1924, planteando a la vez otros proyectos modernizadores para lograr el proceso civilizador, en especialmente en lo referente a la cultura e industrialización de la ciudad de Huamanga:

El Centro Cultural Ayacucho (...) apuntamos que no se quiere remozar la cultura. Así trabajaremos intensamente, antes de llegar a la meta que en cultura cada vez más se aleja (...) Nuestra autocrítica, ahora, si queremos valorar lo poco que hicimos. No todos los miembros del Centro aportan saber y voluntad: siempre la indiferencia, siempre encerrarse en torre de marfil. He aquí el primer defecto. (Parra, 1936, p. 1 Revista Huamanga N° 6)

En este mensaje, Alfredo Parra Carreño, llama a la reflexión a los miembros del Centro Cultural Ayacucho, para deje sus diferencias y apunte para seguir divulgando la cultura ayacuchana. Luego continua, diciendo:

(...) Nos reconforma el consejo de Krisnamurti: para llegar a la cumbre de una montaña debéis pasar primero por la sombra de los valles (...) el Centro velará por los fueros y la gloria de Ayacucho...el próximo Cuatricentenario un local propio para el Centro, como

hogar intelectual. La oportunidad de hacer algo se presenta con motivo de aquella efeméride (...) el problema del agua y desagüe no es cosa difícil...el establecimiento de una Cuna Maternal cerca al mercado “Andrés Vivanco”, para que sirva como depósito de niños, durante las horas de trabajo que tienen las madres en el mismo abasto (...) el establecimiento de algunas sucursales de banco y del banco Agrícola, este último para favorecer a la agricultura (...) la salvación de Ayacucho mediante la vialidad, está en la ruta Ayacucho-Abancay-Cuzco. La carretera hacia las montañas de La Mar será el respaldo de nuestra industrialización; pero el actual trazo necesita modificación en la parte comprendida entre Chacco y Quinua (...) para salir a varias haciendas y empalmar con la carretera de Andahuaylas y a la vez se uniría cuatro distritos: Quinua, Acos Vinchos, Tambillo y Chiara, regiones perfectamente agrícolas-ganaderas. (Parra, 1936, p. 3-4 *Revista Huamanga* N° 6)

Propuestas que el Dr. Alfredo Parra, mencionaba para que Ayacucho, pudiera salir del atraso económico en la que se encontraba aún por estos tiempos del siglo XX; la industrialización era indispensable, sobre todo las carreteras que unirían distritos de la región, sólo así se lograrían “las venas del progreso”. Como lo refiere el historiador Nolberto Claudio Rojas Porras:

(...) la decadencia y atraso fueron convertidas en la agenda de trabajo de las autoridades e intelectuales. La constitución del Comité Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho en 1918, se crea para gestionar un conjunto de obras que permitan salir del atraso. Los intelectuales desde distintos enfoques e intereses, escribieron historias y ensayos, en la que presentaron un pasado colonial de prosperidad, un presente en crisis y un futuro de proyectos. (Rojas, 2010, p. 95)

Y esto lo que luego de casi una década (1934), es lo que permite a Alfredo Parra Carreño, señalar que para el nuevo Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga, deberían industrializarse Ayacucho, darse nuevas obras públicas para el progreso. El tema de progreso siempre fue el “caballito de batalla” de los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, desde que se fundó hasta su desaparición.

Modernizar a la ciudad de Ayacucho, era un pedido que no faltó en el discurso del Dr. Alfredo Parra Carreño, así la región, también disfrutaría del desarrollo económicos y por ende social y cultural, donde el aporte de los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, eran los llamados a incentivar. El Dr. Alfredo Parra Carreño, abogaba para que se modernicen las instituciones educativas de la ciudad capital del departamento:

(...) necesitamos imperativamente construir locales escolares, cuando menos dos en cada distrito de la provincia de Huamanga. El colegio nacional de San Ramón necesita nueva edificación por haber formado cerebros rectilíneos (sic) que han figurado en distintas actividades de la vida del país. Hubo larga época en que nuestro colegio prestó servicio regional, atendiendo la educación e instrucción de los escolares de Ica, Apurímac y demás provincias del departamento. (Parra, 1936, p. 4 *Revista Huamanga* N° 6)

A la mirada del Dr. Alfredo Parra, era urgente que se construyan más escuelas, para el bienestar de la niñez y la juventud. Si menciona al colegio “San Ramón” (Hoy G.U.E. Mariscal Cáceres) es porque el Doctor impartía sus enseñanzas en este colegio nacional, desde más de una década; era entonces necesario que dicho plantel educativo tenga su local propio; hasta ese momento el Colegio Nacional, funcionaba en diversos locales, por ejemplo, primero lo hizo en el local de “Santa Catalina”, durante parte del siglo XIX, de igual forma, estuvo en el antiguo Seminario “San Cristóbal” (hoy ubicado en 28 de julio de la ciudad de Ayacucho), y también en el local antiguo de la escuela “Gustavo Castro Pantoja”; es decir, en locales alquilados por el Estado o por los gobernantes locales, y así se mantendrá hasta muy entrado la segunda mitad del siglo XX.

Por otro lado, el Dr. Alfredo Parra, señala:

(...) hubo largas épocas en nuestro colegio prestó servicio regional, atendiendo la educación e instrucción de los escolares de Ica, Apurímac y de las demás provincias del departamento. Es llegada la hora de hacer un local moderno para este establecimiento que ha forjado hombres de saber y de acción. Nuestra población infantil tienen derecho indiscutible al juego ¿Cuándo se harán los gimnasios infantiles que tanto hemos pedido? (...) La vida espiritual necesita un escenario para gozar con las producciones del arte (...) luego se impone la necesidad cada día con más exigencia la construcción de un teatro municipal ¿se hará? (Parra, 1936, p. 4. N° 6, *Revista Huamanga*)

A poner como ejemplo al colegio donde él laboraba, llamaba la atención, porque “San Ramón” no sólo impartía educación en la región sino venía jóvenes de Ica y de otras provincias cercanas a Ayacucho, a educarse, porque en sus localidades no existían un colegio secundario. Por otro lado, Alfredo Parra, pide impetuosamente se construya un gimnasio y un teatro, loables pedidos de nuestro intelectual de Centro Cultural Ayacucho, que posteriormente, en la década de los 40 (XX) se iniciarán a su construcción. “Desde esa perspectiva, la instrucción pública buscaba disciplinar al pueblo y formar ciudadanos respetuosos de la ley y del orden político, es decir, una sociedad civilizada” (Aljovín de Losada & Velázquez, 2017, p. 94). Civilizar por entonces, era sinónimo de progreso moral y educativo, para fortalecer su propia identidad del niño y de los adolescentes.

Desde 1934 hacia 1965, el Centro Cultural Ayacucho, es catalogado como difusor de la cultura, historia y folklore ayacuchano; son dichos intelectuales que plasman sus alternativas y propuestas para lograr los cambios esperados no sólo en la infraestructura de la ciudad sino también en los comportamientos y actitudes indecentes de los indígenas y mestizos que habitan la ciudad y

los barrios populares de Ayacucho. Desde sus escritos en la Revista “Huamanga”, los miembros del Centro Cultural Ayacucho, hace un llamado a los miembros del poder local, quienes al oír sus voces reivindicativas, les brindarán su apoyo.

1937, representa para los académicos del Centro Cultural Ayacucho, un nuevo horizonte, donde existirán algunos intelectuales invitados para compartir con ellos sus escritos en la revista “Huamanga” y que a través de sus discursos hagan un llamado a la unidad del centro que cumplía cuarto año de existencia, donde la voz del Dr. Manuel Jesús Pozo, manifestaba:

(...) asumiendo el ejercicio de las funciones que les incumben, puso en práctica un plan eficaz de acción. Consideró (...) el comité para sus logros, tuvo la colaboración, cooperación de las señoras, señoritas y caballeros ayacuchanos que residen en Lima, los que la han ofrecido incondicionalmente y entusiastas.

Las mujeres, para desempeñar el rol social que les respecta, inspirándose siempre en el servicio de la paz. Nuestras paisanas de la capital...sin vacilación se han constituido en un subcomité organizándose de manera eficaz, con el propósito de defender los derechos del pueblo que les vio nacer (...) el comité central debe insistir en sus solicitudes al Sr. Presidente, para que se digne atender a nuestros deseos (...) las señoras y señoritas, soliciten y obtenga una audiencia del Sr. Presidente de la República, y que le expongan (...) que en la ciudad, no hay teatro, tampoco locales escolares; que el agua que viene a la población recorre tres leguas, por una acequia completamente cubierta, que hay cuadras que no están enlozadas ni sementadas; que no es posible que Huamanga que tantos servicio prestó a la Independencia, desde 1814, y después el 9 de diciembre de 1824, este en estas pésimas circunstancias, el cuarto centenario de su fundación, que está próximo. (Pozo, 1937, pp. 1-4).

Primero, que Manuel Jesús Pozo, hace un llamado a las damas de sociedad huamanguina residentes en Lima, las cuales, acuden a dicho llamado y les propone hablar con el Presidente de la república, Oscar R. Benavides, para que dé mayor presupuesto para las obras públicas y sobre todo para el mejoramiento del agua que hasta ese tiempo, seguía conduciendo por acequias y se obtenía el agua a través de las pilas y pilones ubicados en los lugares estratégicos de la ciudad y de los barrios aledaños. La resonancia de las palabras del Dr. Manuel J. Pozo, hicieron eco y las damas contribuyeron a que el próximo IV Centenario de la Fundación de Huamanga, se celebre con obras públicas inauguradas.

El Dr. Manuel J. Pozo, en la sesión solemne celebrada para conmemorar el IV Centenario de la Fundación de Huamanga, señalaba:

El Comité del Cuarto Centenario de la Fundación de Huamanga, se instaló el 29 de abril de 1934. Conmemorando este aniversario inaugura, el 29 de abril del año en curso, con la concurrencia del numeroso público (...) el atraso de nuestra ciudad, lo debemos, se ha producido, así nos parece, a esta causa; de que nuestros inmediatos antecesores y nosotros mismos, no estuvieron ellos, no estamos nosotros animados del mismo espíritu del que sentían conmovidos los españoles, el que no era meramente contemplativo sino esencialmente constructor. (Pozo, 1937, p. 11 N° 10, *Revista Huamanga*)

Con este mensaje el Dr. Manuel Pozo, señala que los conquistadores españoles supieron lograr mejoras en la ciudad de Ayacucho, y les legaron grandes templos, casonas, puentes, etc que le dieron prosperidad a la ciudad; pero, se queja, que ellos, no están haciendo lo mismo por el progreso de Ayacucho.

(...) al respecto, creemos que debe aumentarse la plenitud de las funciones del Comité, que los señores que le forman, espacialmente los jóvenes de él, que se hagan amigos de los que componen la clase popular, y que después se conviertan en sus conductores, no para fines demagógicos o políticos, sino para este efecto; de hacerles saber que nuestra ciudad, en breve, cumplirá el cuatricentenario de su fundación, y que deben también aportar sus entusiasmos; que las hiciesen participes en los trabajos del Comité a algunas entusiastas señoras y señoritas. (Pozo, 1937, p. 12. N° 6, *Revista Huamanga*)

Entonces, el Centro Cultural Ayacucho, ya se preparaba y anunciaba que para la celebración del IV Centenario de la Fundación de Huamanga, debe ser la fecha en que los notables intelectuales continúen escribiendo para dar a conocer la historia de Huamanga a sus lectores; y dentro de estos escritos insistir en los cambios que se deben operar desde el hogar, el púlpito, la escuela, el colegio, a los miembros de la clase subalterna, a quienes se debe civilizar, a imagen y semejanza de los notables de Ayacucho. Manuel Pozo, insistía en que los jóvenes miembros del comité deberían ser los conductores del progreso de Ayacucho. Lograr que el analfabetismo disminuya, era un reto del Centro Cultural, pero un desafío que se debería proseguir, desde las aulas escolares, donde la mayoría enseñaba y sino desde los sermones de las misas por parte del sacerdote o del abogado en su consultorio jurídico o el propio médico; para que lleguen a celebrar la fiesta cuatricentaria de Huamanga, para el año de 1940.

Por otro lado, Rosa Escarcena, aludía:

(...) finalmente, a realizar estas actuaciones públicas, otras de carácter privado, pero siempre de índole cultural, para vivir en contacto espiritual perenne no solo con la clase social selecta sino entre los mismos asociados y también con el elemento obrero i clase popular, convirtiendo para esto el recinto del modesto local que nos sirve de colmena de trabajo, en un verdadero *hogar intelectual*, de ambiente familiar i sencillo, despojando de la severidad de los centros de índole académico, donde se aborden temas de estudio al

alcance de todos, para llenar así los fines de extensión cultural. (Escarcena, 1938, p. 15, citado por Vásquez, 2019, p. 7)

Según Rosa Escarcena, esa masa subalterna, debería ser incorporada en las actuaciones artísticas, sobre todo los niños de la educación primarias y los jóvenes de la secundaria, para la autora, esta masa, como lo llama, eran los conejillos de indias a los que debería llegar el mensaje civilizador para moldearlos e incluirlos en las celebraciones cívicas patrióticas que se deberían llevar a cabo en el IV Centenario de la Fundación de Huamanga.

Rosa Escarcena Arpaia¹⁶, integrante del Centro Cultural Ayacucho, escribió un extenso artículo para clasificar al indio ayacuchano y establecer pautas de cómo se le debería moldear a través del proceso educativo civilizador que se impartía en los centros educativos ciudadanos de Ayacucho.

Rosa Escarcena afirma:

El indio gracias al mestizaje resultante de su cruzamiento con las razas conquistadoras de América; y a su contacto con los centros civilizados que se formaron posteriormente, ha llegado a constituir en factor étnico... creando problemas sociológicos que preocupan seriamente a los estadistas (...) es posible distinguir cada uno de los variados colores que las forman, asimismo son nítidamente diferenciables los diferentes grupos indígenas, bajo el punto de vista de su grado de cultura, vestidos, condiciones bio-psíquicas, sus aptitudes artísticas, sus industrias e idioma. (Escarcena, 1938, p. 27, citado por Vásquez, 2019, p. 8)

Según Rosa Escarcena, era necesario el contacto con personas habitantes de las ciudades urbanas considerados como centros civilizados, los cuales le permitían al indígena de la zona rural su definitiva transformación en lo referente a sus formas de comportamientos y aptitudes dentro de la sociedad culta ayacuchana; según Rosa, era necesario la clasificación indígena para lograr tener una idea más clara de esta clase marginal, que aún vivía en la miseria desde década atrás del siglo XX. Dicha clasificación lograda por Rosa Escarcena es la que sigue:

- Indio rústico, llamado generalmente *purun runa*.
- Indio semicivilizado, campesino, llamado chacra runa, que está en las comunidades, también en los pagos y pequeñas aldeas, además son los yanacunas de las haciendas. Los hombres visten casi como el indio rústico (...) hombres y mujeres usan la coca, beben chicha, aguardiente de caña, i los hombres fuman cigarrillos ordinarios (...) vive en chozas de paja (...) el idioma es el quechua, pero hay algunos que entienden el castellano.

¹⁶ “Profesional de Servicio Social quien estudió en la ciudad de Lima y llegó a hacer profesora de aula en Ayacucho”.

- Indio civilizado, llamó así al indio poblano, de distritos, villas i aldeas; muchos de estos se infiltran entre los habitantes de las capitales de provincia...no obstante de que viven ya en contacto con centros habitadas por hombres que practican las *costumbres de la civilización occidental*, sin embargo, tienen bastante arraigo a los hábitos de los medios campesino, pero algunos que hablan castellanos. (Escarcena, 1938, p. 27-28, citado por Vásquez, 2019, p. 8)

Dicha clasificación hace ver que, en la clase indígena, existió también una jerarquización, diferenciándose entre ellos, como, por ejemplo, entre el indio rústico frente al indio semicivilizado o civilizado; por lo tanto, el indio civilizado era el que habitaba en las villas, distritos y las pequeñas ciudades como Ayacucho, donde el indígena había aprendido el castellano y habla muy poco el quechua. La autora utiliza la categoría civilizado porque son indígenas que habitan conjuntamente con los notables de la ciudad, pero también habitan los barrios tradicionales cerca al Cercado de Huamanga de aquellos tiempos. Rosa Escarcena, los clasifica y los diferencia en capas sociales de los propios indígenas ayacuchanos. Además, dice que «(...) estos compatriotas nuestros, son todavía los ilotas de nuestro tiempo que tendrá en el Servicio Social un vasto campo de acción, para incorporarlos en forma efectiva a la civilización, haciendo de ellos factores útiles a la sociedad i a la patria» (Escarcena, 1938, p. 29); afirmando de esta manera que dentro de la clase indígena existía una jerarquía popular.

Rosa Escarcena, continua, clasificando al indio mestizo:

Ahora debo hacerlos conocer dos nuevos tipos de nuestros indígenas; que se diferencian de los anteriores descritos no sólo por sus costumbres, hábitos de vida i actividades industriales sino también su mentalidad i por lo que ellos significan como factores de nuestra nacionalidad; estos son los mestizos indios que se dan la mano con los otros mestizos blancos que descienden de los criollos, los primeros mantienen el sello de la raza quechua al paso que los segundos conservan el de la raza blanca conquistadora del Imperio de los incas.

Indio mestizo plebeyo: Son los que constituyen núcleos de elementos de cierta cultura en las pequeñas poblaciones de distritos, así como de las provincias...en su propio mestizaje lo denunciando (sic) sus apellidos, que corresponden a Rivera, Calderón, Martínez, Suárez, Paredes, Cordero, López, Pizarro, con bailes i comidas en carpas especiales o en sus casas.

Indio mestizo culto: Es el que establece el enlace entre el indio culto, civilizado, con las clases sociales descendientes de los criollos del coloniaje. En cuanto a su idioma, costumbres, régimen de vida, alimentación, vivienda e instrucción, casi en nada difieren de los mestizos. Los hombres visten de casimir de manufactura nacional i para los días de fiesta de casimires extranjeros, usan el vestido que todo conocemos, con camisa blanca, cuello i corbata, Conocen el uso del reloj de bolsillo o de pulsera, usan sombrero extranjero fino, calzados de hule o de cuero fino i calcetines. Proscriben el empleo de la coca; su mesa es la de cualquier hombre civilizado, beben vino, cerveza, coñac i aguardiente de uva. Las mujeres mestizas, constituyen a la mestiza huamanguinas, mujer de tipo atrayente, de tez

blanca o ligeramente morena, de ojos grandes i negros (...) estos mestizos llegan a adquirir una instrucción más completa, pasan por la segunda enseñanza, llegando a ingresar muchos de ellos a la Universidad i escuelas especiales. (Escarcena, 1938, pp. 8-9, citado por Vásquez, 2019, p. 8)

Esta cita ha sido empleada muchas veces por historiadores de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, sobre todo de Johnny Gutiérrez Toledo: “*Denominado: Ayacucho: Proceso político, 1900-1950*. Tesis UNSCH” (1997) y Pavel Trigós Jayo “*Espacios sociales, tensiones y conflictos en indígenas y notables (Ayacucho 1906-1960)*. Tesis en Historia. UNSCH (2014)”, quienes insertan algunos pasajes del artículo de Rosa Escarcena, cuando se refieren a los indígenas de la zona; lo interesante es que nosotros no sólo lo describimos sino que hacemos uso de está narrativa para poder comprender no sólo su clasificación, como la ha hecho la autora del presente artículo, sino el artículo nos indica esos comportamientos culturales que los indígenas y mestizos tuvieron en sus localidades, y que posteriormente, lo trajeron a la ciudad y a los barrios tradicionales de las afuera de la ciudad de Ayacucho, donde se instalaron; verificándose, que sus comportamientos y actitudes era contrarias, a lo que estaban acostumbrados los notables de la ciudad; mezclándose, así costumbres y tradiciones, que con el tiempo se apropiarán. Un ejemplo, son las corridas de toros y las procesiones que se llevan a cabo en todo barrio de Ayacucho, hasta el día de hoy (2022).

Por otro lado, el intelectual y maestro Antonio Hierro Pozo, escribe en su artículo, sobre el asunto del progreso, manifestando:

El progreso es de orden material moral o intelectual (...) las enseñanzas de estas actividades a los alumnos y al pueblo son tan necesarias para saber vivir como el saber alimentarse y vestirse (...) la cultura de nuestros maestros preceptores es simplemente instructiva y didáctica, en cuanto a sus actividades indicadas, pero es posible el perfeccionamiento de sus conocimientos bajo la hábil dirección de los profesionales representativos del Estado, en campos de experiencia que no faltarían temporalmente, ya sea por la buena voluntad de los propietarios o de las municipalidades (...). (Hierro, 1939, pp. 9-10 N° 17 Revista Huamanga)

Vemos como Antonio Hierro Pozo, no sólo habla de progreso, sino que pide al Estado o a los propietarios o municipalidad que sean ellos, los que incentiven a ese desarrollo económicos, y uno de esos caminos es la enseñanza del maestro en el aula escolar; pero, que no sea sólo instructiva, sino con lecciones prácticas, que alimenten esos cerebros de los niños con conocimientos de su realidad. Antonio Hierro Pozo, esta convencidos que son los preceptores que

deben llevar a cabo esa tarea, por su puesto con el apoyo de los gobernantes de turno, en la amplitud de mayores útiles escolares, mejores escuelas, mejores profesores (as); sólo confiando en la mejor enseñanza a los niños y niñas de su comportamiento en la vida cotidiana, el niño indígena, sabrá volcarla a las calles, a través del saludo cordial a sus mayores, y cuando sean adultos, contribuyendo con el progreso de su región.

El Doctor Alfredo Parra Carreño para 1941, manifiesta sobre el progreso de la ciudad de Ayacucho:

En estos terribles momentos en que el mundo se estremece con oleadas de sangre... América se une como un puño para defender su libertad y con ella a la democracia, haciendo renacer [...] la conciencia nacional [...] en estos momentos es justo [...] cada hombre debe contribuir a la fórmula del progreso i de la unión, comenzando en el terruño para extenderse en la nación entera (...) Huamanga ha querido investigar lo propio, hurgando sus valores históricos, literarios i artísticos. Ha comprendido que su labor cultural debe comenzar por lo nuestro y lo ha hecho venciendo obstáculos. (Parra, 1941, p. 1 N° 40 i 41 Revista Huamanga)

Es entonces que el Dr. Alfredo Parra, en su discurso, llama la atención, que no sólo los que pertenecen al Centro Cultural Ayacucho, puede lograr el desarrollo sino también quienes son de esa tierra de grandes héroes y heroínas, que dieron su vida por la patria. Entonces, el progreso es la contribución de todos y no sólo de un pequeño grupo intelectual. Por otro lado, anuncia en su discurso:

[...] Su carácter netamente cultural ha merecido respecto i reconocimiento [...] como decimos al principio, en momentos en que los pueblos necesitan de más unión i de órganos que defiendan la civilización y la cultura, se pone obstáculos. Parece que este fuera obra de personas que no quieren el progreso de la ciudad. [...] olvidan que Huamanga hace una labor cívica para que las generaciones venideras encuentren datos concretos para la formación del gran libro de los pueblos que se llama Historia. (Parra, 1941, p. 1)

Ambos autores, tanto Alfredo Parra Carreño como Manuel Antonio Hierro Pozo, nos conduce a su preocupación de que el progreso está en la difusión de su cultura e historia, y sólo eso será posible que los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, continúen escribiendo y narrando su pasado histórico, su riqueza natural y su acervo cultural, a través de la Revista “Huamanga”.

Y al referirse a la Revista “Huamanga”, Alfredo Parra Carreño, asegura:

HUAMANGA”, ha alcanzado prestigio no sólo en el país, sino en el extranjero. Su carácter netamente cultural ha merecido respeto. Falta cooperación a sus fines

culturales. Esta revista no hace negocio, se entrega llanamente al público por prestigio del terruño. Sus páginas encierran cosas dignas de conservarse. Y su mérito mayor consiste en haber organizado i sistematizado el estudio de nuestra ciudad en sus aspectos valorativos. (Parra, 1941, p. 2 N° 41 i 42)

El discurso del Dr. Alfredo Parra, es loable donde los fines del Centro Cultural Ayacucho, se reflejan en la revista “Huamanga” y donde los lectores cultos de la ciudad sean los que se beneficien con sus enseñanzas y propuestas modernizadoras, la intención es que la voz de la revista llegue también a los miembros de la clase subalterna. Son siete años consecutivos que la revista “Huamanga” difundiendo los aspectos culturales de la sociedad ayacuchana y era obvio, que pidan mayor apoyo de sus miembros.

Con esa mirada de los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, se nota “el discurso reproducido en la revista que ofrece una completa construcción de la figura del sujeto ilustrado (hombre de letras, Académico), imagen que será uno de los paradigmas en la autopercepción de los letrados del XIX. (...) el hombre de letras consagra vida al trabajo a favor de su comunidad, busca el comercio de los sabios, elabora ideas que benefician a todos, su elocuencia fijará los fundamentos sólidos de la moral, su discurso pues, y sus escritos, serán el medio que emplee en formar hombres de bien, fieles vasallos, buenos ciudadanos. Desde este nuevo lugar, la escritura queda legitimada como una biotecnología que no solo puede modelar al lector, sino que es instrumento del poder político” (Velázquez, 2013, p. 97), social y cultural, en un Ayacucho, donde la mayor parte de la población es indígena y analfabeta.

La labor de la revista Huamanga, era llegar al corazón de los notables que no pertenecían al CCA, pero también al mestizo y al indígena, que, a pesar de no saber leer, otros son los que le puede leer en voz alta. Lo importante, es para los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, es cambiar su comportamiento de aquellos que son diferente en sus conductas y acciones dentro y fuera de la ciudad de Ayacucho. Por lo tanto, “el sujeto letrado asume como propias las operaciones de asignarle determinado sentido al pasado histórico. Se establece una continuidad entre los incas del pasado y los criollos del presente (...) Los valores del tiempo de la escritura impregnan la reconstrucción del pasado. Por otro lado, existe una clara conciencia y orgullo de la pertenencia al lugar (...)” (Velázquez, 2013, p. 99).

La escritura, el discurso y los ideales de los miembros del Centro Cultural Ayacucho, sienten el orgullo de pertenecer a su terruño y a él se avocan a describirlo, a través de sus historias, leyendas, mitos, folklore, identidad, tradición y costumbres de la vida cotidiana que viven en Ayacucho.

En ese reflexionar del Doctor Parra Carreño, se siente la voz difusora del discurso civilizador que debe emplear los escritores de la revista. Muchos de los miembros del Centro Cultural Ayacucho, seguirán planteando, la transformación de la forma de pensar de la clase subalterna, en los referente a la utilización de los espacios de sociabilidad. Agrega Alfredo Parra Carreño, que el Centro cultural, no es sólo difusor de la cultura citadina o rural, sino que va más allá, porque fundó un Centro Geográfico, integrado por algunos miembros de dicho centro:

Con disposiciones emanadas de la Sociedad Geográfica de Lima, se ha reorganizado el Centro Geográfico de Ayacucho. El día 6 se reunieron varias personas en el Club “9 de diciembre”, con el objeto de elegir al personal de su Junta Directiva, la que se constituyó en la siguiente forma:

Presidente. Dr. Pío Max Medina

Vicepresidente: Br. Alfredo Parra Carreño.

Secretario Bibliotecario: Dr. Edmundo Vidal Olivas

Tesorero: Sr. Manuel Bustamante. (Parra, 1941, p. 1; citado por Vásquez, 2019, p. 10)

Como se observa, es el Dr. Pío Max Medina (abogado), quien la preside, y siendo su vicepresidente el Dr. Alfredo Parra Carreño (Profesor de educación); lo que significa que los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, no sólo se dedicaban a escribir y difundir sus ideales en la Revista “Huamanga” sino también estaban interesados, en que lo que escribía no sólo sea teórico sino práctico, y de ahí la inquietud de formar el Centro Geográfico de Ayacucho, por iniciativa del Dr. Luis Carranza Ayarza, que era miembro de la Sociedad Geográfica de Lima y quien por su acercamiento a dichos miembros del Centro Cultural, logró, entablar diálogo e incentivar a formar dicho Centro geográfico, para la difusión de la geografía regional de Ayacucho.

En uno de los artículos insertados en la Revista “Huamanga”, de María Dolores Hierro Gil, integrante del Centro Cultural Ayacucho, lo titulaba “Algunos aspectos de la evolución social en Ayacucho”, para referirse como los miembros de la clase subalterna, estaba ascendiendo socialmente en la ciudad, ella, indica:

Asistimos en la actualidad a un proceso social devolución natural en todos los pueblos (...) me refiero al desplazamiento constante de miembros de las clases inferiores en línea ascendente hacia las superiores, lo cual no en sí un mal, sino simplemente una manifestación espontánea la tendencia a ocupar progresivamente una posición social superior (...) el boato que se gastaba en la clase acomodada de la sociedad estaba en perfecta armonía con la exquisita cultura de sus miembros de entonces. Familias y vecinos de nobiliaria estirpe reflejaban en Huamanga la ostentación exterior, las costumbres selectas, el refinamiento y la elegancia.

Por otra parte, el elemento indígena con su tradición de siglos que arraiga en la mentalidad de pueblos prehistóricos, constituyó otro grupo social frente a la del blanco penetrado de la cultura occidental. (Hierro, 1953, p.20-21, N° 79, *Revista Huamanga*)

La comparación que nos entrega María Hierro Gil, es resaltante en su conferencia dada en el Centro Cultural Ayacucho, que al ser transcrito, llama a la reflexión de que la clase subalterna sí puede superarse, sobre toda la mestiza, mientras que la indígena, a pesar de los siglos, aún mantiene sus costumbres ancestrales y quizás esta “diferencia de cultura que bien podría alcanzar algunos milenios justamente con la diferencia étnica notable fueron factores determinantes de la separación de clases” (Hierro, 1953, p. 21 *Revista Huamanga* N° 79). Por más esfuerzo que se hizo, dicha separación se fue ensanchando entre la cultura subalterna y la clase notable; por lo tanto,

En Ayacucho no obstante ser cuna de la libertad, no bastó este hecho para cambiar de un golpe la actitud de separación de las clases sociales pues, los ayacuchanos descendientes de españoles (...) socialmente se mantuvieron conservando la tradición de costumbres con su manifestación separatista (...) la sociedad selecta siguió siendo lo que fue antes, es decir culta, de abolengo y celosa de la moral de sus miembros, manteniéndose en una esfera superior a los otros grupos sociales de cholos y mestizos de la ciudad. (Hierro, 1953, p. 21 *Revista Huamanga* N° 79)

Quizás sea esta la razón en la que en Ayacucho nunca hubo un cambio total de mentalidad sobre todo de los llamados “decentes, cultos y civilizados” de la ciudad, constituidos por los miembros de la comunidad de notables o llamado también de la élite frente a la clase subalterna, integrada por mestizos e indígenas; es decir, que los cultos y educados de la ciudad, se creían descendientes de los españoles y nunca aceptaron que los mestizos indígenas logre su progreso social, como bien lo ha descrito nuestra intelectual del Centro Cultural Ayacucho.

En este devenir social, dice María Hierro, que:

Estos por su parte (mestizos) evolucionaron de un modo natural y aunque lento, enteramente conforme con su grado de civilización; en cuanto a la asimilación cultural ésta marchó paralelamente al ascenso social, guardando siempre el respeto y consideración hacia los miembros de las familias distinguidas (Hierro, 1953, p. 21 N° 79)

Para 1945, el director del Centro Cultural, era Don Manuel Bustamante y el jefe de redacción, Don Ernesto Navarro del Águila. El discurso del 27 de octubre de este año, los dio el Dr. Alfredo Parra Carreño, quién señaló:

Al finalizar el año institucional de nuestro Centro, tengo la viva satisfacción de hacer entrega de la Presidencia al Dr. Benjamín Salcedo, para que inicie nuevas actividades (...) la tradición, el folklore, la historia i las letras de Huamanga buscaron asiento en el Centro Cultural Ayacucho, para irradiar a otros lugares como muestras de inquietud espiritual i de algo organizado en las investigaciones i en los estudios (...) los hechos i LAS COSTUMBRES adquieren plenitud de vida, sirviendo como puntos de referencia para conocer la conciencia colectiva de nuestro pueblo. La descripción de los paisajes forma el nexo entre la geografía i la historia, (...) para hacernos ver las relaciones entre l hombre i la naturaleza. La poesía y la música marchan hermanadas, haciéndonos sentir las sublimes manifestaciones del arte (...). (Parra, 1945, p. 37-38, *Revista Huamanga* N° 62)

Con estas palabras el Dr. Alfredo Parra Carreño, nos ofrece lo que el Centro Cultura realizaba en esos 11 años de su creación, identificando que la historia, geografía, poesía, música y el arte, van siendo difundidas a través de la revista “Huamanga”, para el conocimiento no sólo de quienes viven en estos tiempos sino para las futuras generaciones. Y Agrega:

(...) los acontecimientos históricos tienen su escenario libre i móvil en la ciudad i sus distritos cuyas representaciones de los personajes que tomaron parte ofrecen reflexiones i admiraciones (...) el lazo de unión fue intelectual i artístico (...) los amantes de los nuestro, de lo propio, vale decir de los huamanguino, se buscaron i se juntaron para hacer obra digna de los antepasados que nos dejaron gloria i prestigio en la historia del mundo. (Parra, 1945, p. 38, *Revista Huamanga* N° 62)

Un discurso que contenía en Alfredo Parra Carreño, ese sentimiento de haber trabajado por lograr revalorar la historia y sus acontecimientos históricos de Huamanga, y que el Centro Cultural Ayacucho, pudo difundir, porque era amantes de su terruño, de su pasado y de su presente, con miras a un futuro mejor al interior del centro cultural y que como hemos visto, así, lo fue para las Bodas de Platas que cumplió; pero además señala, el Dr. Alfredo Parra:

Señores, asistimos a grandes transformaciones (...) nosotros desde esta tierra donde se consolidó la libertad del continente, hagamos algo para contribuir a la felicidad de todos los hombres i mantengamos encendidas las luces del entendimiento (...) actuando con la verdad, en el bien i (sic) en la belleza (...) que las familias ayacuchanas no sufran las consecuencias de la desunión por obra de las pasiones i por los que se infiltran trayéndonos vicios i costumbres de lugares extraños (...) detengamos el predominio de los grupos sobre los otros [...] Que nuestra Huamanga, de ama noble, sonora i vibrante, conserve su hidalguía, sus sentimientos i su ágil compasión (...) que en Ayacucho las razones no se encadenen i los hijos de nuestros hijos reciban la herencia espiritual, llena de luces para levantar el arco iris de la más pura peruanidad (...) Si esto logramos los que nacimos en Ayacucho, i nuestras cunas se mecieron con los vientos del Condorcunca, habremos hecho una obra de bien. (Parra, 1945, p. 40, *Revista Huamanga* N° 62)

La inquietud del Dr. Alfredo Parra Carreño, es loable, y su discurso lleno de entusiasmo, para su tiempo (1945), al pasar el tiempo, ve consagrado sus propósitos del Centro Cultural Ayacucho, como lo hemos señalado, líneas arriba, es decir, el Centro Cultural cumplió sus metas, quizás no a cabalidad; pero, fueron más de 25 años en la que a pesar la difusión sobre la historia y la cultura en todos sus aspectos de Ayacucho, fueron divulgadas en la “Revista “Huamanga”; y hoy que estamos en el nuevo milenio, esas “huellas” dejadas por el Centro Cultural, Ayacucho, las continuamos, de otra manera; pero, siempre, fieles a la difusión de la historia, tradición y cultura de Ayacucho.

Ingresado a la segunda mitad del siglo XX, tenemos la opinión del abogado e intelectual y miembro del centro Cultural Ayacucho, como fue el Dr. Juan José del Pino, quien dice que:

La vida cultural de nuestra cuatricentenaria ciudad languidece [...] hace tres años había en la ciudad intensa actividad cultural. Se abrían ciclos de conferencias con recitales de música de canto y baile y de poesía y se realizaban veladas literarias musicales con estreno de obras teatrales ayacuchanas. Fuera de la biblioteca municipal, que es muy poco concurrida, no tenemos bibliotecas populares (...) pero a pesar de que todo está por hacer sufrimos el atraso y el primitivismo de nuestra ciudad con musulmana resignación [...] desde esta columna hacemos un llamado a los hombres maduros y a los jóvenes para que despertemos de nuestro letargo y hagamos algo por el progreso de nuestra ciudad. (Del Pino, 1950, p. 1, citado por Vásquez, 2019, p. 9)

Esta disertación del Dr. Juan José del Pino, nos acerca a conocer como la clase notable de la ciudad de Ayacucho, había dejado su difusión cultural no permanente para la sociedad, una preocupación que se nota en las palabras del Dr. Del Pino; esto hacía que los fines del centro Cultural Ayacucho, no se estén cumpliendo a cabalidad, desde la muerte del Dr. Manuel Jesús Pozo, por la década de los 40 (XX), la situación en la revista “Huamanga” no fue la misma, de ahí su queja del Dr. Juan José del Pino para con sus miembros. El Dr. Del Pino, aún entusiasta

manifiesta que se debe continuar con la difusión de conferencias, teniendo en cuenta la difusión del canto y el baile para que la juventud comprenda, que esas costumbres y tradiciones, ha sido legadas por sus ancestros huamanguinos de épocas anteriores y que debe permanecer aún difundándose, para eso el centro Cultural Ayacucho, debe seguir siendo el ente de divulgación del acervo cultural de la región.

El Centro Cultural Ayacucho, al cumplir sus Bodas de Plata –25 años–, hizo votos para que en Huamanga, continúen las ilusiones que tuvieron sus “amantes de la cultura, componentes que se dieron un apretón de manos en señal de solidaridad, siendo la única aspiración la de elevar el nivel espiritual (y cultural) de Ayacucho” (Cavero, 1959 Revista Huamanga N° 93). Por esos tiempos, la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga comenzó a funcionar nuevamente, luego que fuera clausurada en 1886. Después de todo, para entonces tendría nuevos brillos como lo aseguró José Medina:

Huamanga, con motivo de la reapertura de su templo de estudios superiores, donde volverá a brillar la luz del saber (...) por haber aparecido de su alma la inquietud y la incertidumbre, así como las que opacaban su brillo de ciudad culta (...). (Medina, 1959, p. 5 Revista Huamanga N° 93)

Esto significaba, para los miembros del Centro Cultural Ayacucho, una inmensa alegría, porque así, tendría nuevos miembros que invitar a su seno cultural y con la Universidad en funcionamiento, se podría lograr el nivel cultural que tanto deseaba el Centro Cultural Ayacucho; es decir, que los miembros de la clase subalterna, pueda logra su cambio, en lo que se refiere a su educación y a su forma de comportamiento dentro y fuera de la ciudad. En ese sentido, el Dr. José Medina, indicó:

El Centro Cultural ha designado un miembro de su institución que integre la Corporación Comunal de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, a petición muy gentil del Rector, designación que recayó en mi persona por aclamación (...). (Medina, 1959, p. 6, Revista Huamanga N° 93)

Entonces, en el discurso que siguió ofreciendo el Dr. José Medina, frente a las autoridades presente como el “Prefecto del departamento, Alcalde del Consejo provincial, Rector de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, consocios del Centro Cultural (...)” (Medina, 1959, p. 1, Revista Huamanga N° 93) y a todos los presente que estuvieron reunidos para la celebración de la Boda de Plata del Centro Cultural, manifestó:

Hemos tenido la suerte de incorporar al seno de nuestra institución, como socios activos, al Sr. Fernando Romero Pintado, Ingeniero Sr. Bernardo Murawaky, Ing. Sr. Guillermo Málaga Sotomayor y al señor Enrique Camino Brent, así como la reincorporación del socio Sr. Dr. Efraín Morote Best, quienes, con su sólida cultura, amplio espíritu de comprensión y entusiasmo, harán que nuestra institución se enrumbe por horizontes mejores. (Medina, 1959, p. 7, *Revista Huamanga* N° 93)

Esto significaba que a pesar de las Bodas de Plata que festejaban los miembros del centro Cultural Ayacucho, dicha institución había quedado en el letargo cultural y la llegada de la reapertura de la Universidad de Huamanga, era una nueva luz para que los nuevos socios como los Catedráticos Fernando Romero Pintado, Efraín Morote Best, le darán un nuevo resplandor a los propósitos del Centro Cultural Ayacucho, para renovar sus firme propósitos de lograr el progreso y el nivel cultural que Ayacucho necesitaba, desde que se creó dicha institución en 1934.

Por otro lado, el Dr. José Medina, señala:

Las puertas del Centro Cultural Ayacucho, está abierta; sin limitación alguna, para todos aquellos que tengan el espíritu y propósito de la operación intelectual y cultural (...) con líneas literarias, científicas y artísticas, así s que, todos aquellos que sientan tales inquietudes, tienen, las puertas abiertas al centro Cultural, donde serán acogidos con especial beneplácito, si solicitan su ingreso. (Medina, 1959, p. 7, *Revista Huamanga* N° 93).

Como se aprecia, el ingreso al Centro Cultural, aunque no se diga tenía requisitos, deberían y tenían que ser quienes sepan leer y escribir, y no sólo eso sino que debería ser profesionales, porque al mencionar que tengan estudios de literarios, y científicos, era obvio, que sólo la mayoría de notables lo podía hacer y seguramente, algunos mestizos que para estos tiempo ya contaban con estudios fuera de Ayacucho, sobre todo en Lima y el Cuzco; y así fue, y debería serlo, porque era natural que en un Centro Cultural, donde se irradiaría el acervo cultural, era necesario contar con personalidades que logre estos objetivos.

El Centro Cultural Ayacucho, tiene su mirada en el progreso social, político y cultural de Ayacucho. Gracias a sus revista “Huamanga”, por un lado; y a la difusión de sus ideales en conferencia dada en el Consejo Provincial de Huamanga y en otras instituciones sociales, como el “Rotary Club”, sus diversas voces, serán escuchadas por los miembros del poder local, haciendo “eco” sus propuestas, tanto en la educación, en el logro de mejores vías de comunicación, en la

construcción de escuelas, en la implementación de materiales de enseñanza, y el cambio de comportamiento de los indígenas que aún tenían costumbres indecentes.

También, hay que tener en cuenta que el Centro Cultural Ayacucho, a través de estos últimos años, hace invitaciones para que las charlas y conferencias que deberían dar, sería no sólo en el Salón Municipal sino también en la Prefectura, en los locales de los centros educativos donde laboran, y fuera de ellos.

En dicha celebración de sus Bodas de Plata —25 años— el Dr. José Salvador Cavero, como director de la Revista Huamanga” por este año de 1959, diría:

Es un axioma indiscutible que el valor espiritual de un pueblo se pesa por el grado de cultura que rige los destinos del mismo. El que, suele aflorar en las múltiples manifestaciones d sus habitantes (...) los pueblos ya libres, al amparo de sus instituciones, sienten el eficaz estímulo (...) el cultivo de las letras, artes y ciencias, el que constituye el verdadero adorno de su entendimiento. (...)

Así, un 12 de octubre de 1934, reunidos los promotores en la Municipalidad (...) al que llamados Centro Cultural Ayacucho, cuya finalidad esencial sería el aporte personal de cada uno de los miembros como fruto de la investigación y estudio del riquísimo acervo que constituye el pasado, presente y porvenir de esta tierra legendaria (...). Los que seguiremos las huellas de quienes nos legaron un deber sagrado que cumplir. En pro de la cultura regional, al celebrar hoy este acontecimiento, 25 años de vida institucional, hacemos una renovación de nuestra fe y propósito de seguir por el camino iniciado, con la mirada puesta en una sola ambición, cual es el grado de cultura cada vez superior de Ayacucho. (Cavero, 1959, *Revista Huamanga*, N° 93)

En la introducción que hace el Dr. José Salvador Cavero, dirige su discurso a comprender que sólo los pueblos que buscan en sus instituciones culturales el verdadero espíritu de las letras y de las ciencias, son los que pueden lograr un bienestar en el conocimiento de su historia, de su geografía y de sus riquezas que guarda Ayacucho. Asimismo, piensa que con este propósito inicial del Centro Cultural Ayacucho, se pudo lograr muchas satisfacciones para el progreso del Departamento, porque desde su creación del Centro Cultural, se reclamó, siempre agua y desagüe, refacción de puentes, templos y casonas, limpieza de los ríos cercanos a la ciudad, construcción de nuevos centro escolares, construcción de gimnasio, teatros, stadium para el deporte, un nuevo hospital y locales para los colegios secundarios de la ciudad; pero, no sólo fue eso, sino que gracias al Centro Cultural Ayacucho, también se revindicó la educación del indígena en todo el departamento. Y lo más saltante y significativo fueron las celebraciones emblemáticas del 1924 y la de 1940, donde las obras públicas reclamada tanto por dicha institución cultural tuvo respaldo

en las autoridades y el periodismo que también se unió a estos ideales; como lo fue también su Revista “Huamanga”, que contó con 100 números editados. Todo esto valió para que el Centro Cultural al llegar a celebrar 25 años de creación, se sientan satisfechos de haber logrado que la historia y cultura de Ayacucho se difunda por todo el departamento, fuera de él y llegar al extranjero.

En palabras del Dr. José Salvador Cavero, quién manifestaba que se debe seguir la huella de quienes les legaron ese deber sagrado de cumplir sus fines y objetivos planteados cuando se creó el Centro Cultural Ayacucho y recordando al Dr. Manuel J. Pozo, Pio Max Medina, Alfredo Parra Carreño, Lucio Alvizuri, Antonio Hierro Pozo, Manuel Bustamante, fueron ellos los iniciadores de dicha difusión de la cultura, historia y tradición de Ayacucho.

El Dr. José Medina, como presidente, felicita a la Nueva Junta Directiva, con las siguientes palabras:

Me es grato felicitar a todos los miembros de la Nueva Junta Directiva de la Institución, elegida en la última sesión del Centro en el año de 1959-1960. Todos los que la forman son personas de capacidad intelectual reconocida (...)

El nuevo presidente el Dr. Efraín Morote Best, intelectual conocido por todos los del lugar, así como en el país, de sólidos conocimientos, de gran cultura, que ha sido Catedrático de la Universidad de San Antonio del Cuzco y hoy Catedrático de nuestra Universidad de San Cristóbal (...) no dudo que será el gran piloto que guíe la nave de nuestra institución (...) para el bienestar de todos los de este lugar. (Medina, 1959, p. 8-9, *Revista Huamanga* N° 93).

Con estas palabras de bienvenida a los nuevos responsables del Centro Cultural Ayacucho y de la Revista “Huamanga”, el Dr. José Medina, se siente satisfecho de que el Dr. Efraín Morote Best, sea el nuevo Presidente y no sólo por su capacidad intelectual como Catedrático sino porque en la ciudad de Ayacucho, para 1959, era un personaje de renombre e ilustre notable de aquellos tiempos. Entonces, los miembros del Centro Cultural Ayacucho, se sintieron satisfechos de que la labor cultural sería muy bien divulgada y aceptada en la localidad como también fuera de ella.

Definitivamente este binomio que se dio entre el Centro Cultural y la Universidad de Huamanga, gracias a su reapertura, fue totalmente aceptable, porque desde las aulas universitarias, el discurso del Centro Cultural Ayacucho, no sólo se quedaría en las aulas escolares sino que ahora tendría una visión más amplia para la difusión de la cultura y de los cambios que se podían operar

desde el Alma mater en Ayacucho, sobre todo en las que asistirían no sólo los hijos de los miembros de la comunidad de notables sino también los jóvenes indígenas que habían logrado culminar la secundaria; y eran a ellos, lo que se deberían transformar, a través de las cátedras impartidas en su seno; es decir, en las aulas universitarias. Un hecho triunfal para estos miembros del Centro cultural Ayacucho, porque la Universidad como catalizadora de progreso, no sólo en la educación superior, tenía el deber de incentivar al logro del progreso económico y cultural de los habitantes de la región, ya que para eso nació, para lograr disminuir la pobreza del terruño habitado por notables, mestizos e indígenas de todas las edades.

En ese sentido, dice Antonio Zapata:

Estos nuevos “indios leídos” o cholos, empezaron a enviar a sus hijos a los colegios secundarios y a la Universidad de Huamanga. Estos muchachos situados en las ciudades estudiaban y a la vez se empleaban de mozos o sirvientes. Al culminar sus estudios, con su profesión retornaban a sus comunidades y se ubicaban socialmente encima de los simples campesinos o mestizos. (Zapata, 2008, p. 173)

Este logro, se hace gracias a la Universidad, pero también a las lecturas que se imparten en las aulas universitarias, y seguramente, lecturas de la revista “Huamanga”, según la especialidad que profesaban, sobre todo en las Ciencias Sociales (Antropología) y Educación. Entonces, el Centro Cultural Ayacucho reinició su proceso civilizador ahora apoyada por la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Y en ese sentir de la labor que cumplía el Centro Cultural Ayacucho, debería seguir siendo el que influya en los cambios que deberían lograrse entre los miembros de la clase subalterna y eso debería ir de la mano con los educadores, que eran los llamados a lograr la evolución cultural de quienes aún no miran la luz del proceso civilizador:

De aquí se desprende la necesidad de que los miembros el Centro Cultural y toda persona que ejerza cierta influencia sobre las masas populares y en especial los educadores, no nos detenemos en trabajar sobre todo por favorecer la evolución cultural del pueblo que es la base de toda CIVILIZACIÓN, sin permitir que tan sólo los factores externos los que determinen el intento de progreso de las citadas masas, insistiendo en que el valor real de cada individuo es algo prendido a propio ser y que sólo las galas y las poses nunca consiguen engañar a la personas conscientes. (Hierro, 1953 p. 24 *Revista Huamanga* N° 79)

Con esta palabra María Dolores Hierro Gil, como maestra, incentiva a no desmayar en lograr los cambios en las masas populares, “entendida como aquellas acciones realizadas con

independencia del sujeto social interviniente (...) la cultura popular vehiculizada a través de los medios de masas (prensa escrita) reproduciendo sus formas de pensar, actuar y moverse, sus manifestaciones (...)” (Ramírez & Rosas, 2013, p. 178) patronales, religiosas, artísticas, que son propias de dicha clase subalterna y las que les debería llevar a los miembros del centro Cultural Ayacucho, hacia la evolución cultural de dicha clase social inferior.

Finalmente, podemos asegurar, que los discursos que impartieron en sus artículos en la revista *Huamanga*, estuvieron alineados dentro del proceso civilizador, que tanto pregono Norbert Elías en su libro y que ahora lo difundía los integrantes del CCA, pero también fue el progreso de la ciudad, donde reclamaban a través de sus artículos publicados en la revista *Huamanga*; aprovechando dichos discursos civilizadores hacia el cambio de las actitudes y comportamientos de los indígenas de la ciudad y de la región; estos intelectuales también aprovecharon en su difusión modernizadora reclamando agua potable, mejoramiento del fluido eléctrico en la ciudad, construcción de un hospital que mucha falta hacía, ya que el único que existía, como el hospital de San Juan de Dios no se abastecía en la atención de enfermos; de igual modo pedían la construcción de un teatro municipal, estadio, aeropuerto, pavimentación de calles, expansión del turismo, etc. Entonces el CCA fue un catalizador de desarrollo y progreso de la región. Por otro lado, la importancia que tuvo el CCA con el poder local, fue amplia, en muchas ocasiones sus miembros fueron invitados a realizar conversatorios y charlas en el municipio huamanguino, en ese recinto edil, los intelectuales aprovechaban para discursar sobre la labor del alcalde, del prefecto y de otras autoridades, para el logro del desarrollo económico y social como el progreso para la región.

En este contexto histórico, el **Comité del Cuarto Pro Centenario de la Fundación de Huamanga, se instaló el 29 de abril de 1934**, conmemorando este aniversario inaugural. Así, como se pedía el progreso para Ayacucho de parte de sus intelectuales, los miembros del Centro Cultural Ayacucho, lograron que las damas puedan apoyar a dicha celebración formando un Comité de Damas.

El **Comité de Damas** de esta ciudad acordó:

1. Ampliar el Comité permanente con señoras y señoritas que cooperen con el Comité central.
2. Constituir una directiva para la mejor orientación de las comisiones
3. La directiva deberá circunscribir sus actividades siguientes:
 - a) Propaganda intensa para la mejor celebración del IV Centenario de Ayacucho.

- b) Iniciar erogaciones por todos los medios posibles para adquirir los fondos necesarios;
 - c) Preparar fiestas sociales para mantener latente la atención de la ciudadanía en el prestigio de Ayacucho y adquirir óbolos.
 - d) Preparar un equipo de prendas, utensilios, etc para el servicio de los enfermos del Hospital de San Juan de Dios
 - e) Preparar equipo de cuadros murales para la Instrucción General de las Escuelas Fiscales de ambos sexos.
 - f) Preparar varios gimnasios modernos para la Educación Física de los niños, los mismos que serían implantados en los parques de Ayacucho.
 - g) Preparar vestuarios para las clases necesitadas
 - h) Igualmente adquirir juguetes para los niños pobres.
4. Cooperar con la delegación de caballeros de esta ciudad, que fueron dominados por el Comité central (...) a gestiones ante el gobierno, para la consecución de las obras primordiales para el saneamiento de Ayacucho.
 5. Comunicar estos acuerdos al Comité de la Presidencia de su señorita ilustrísima.

COMITÉ CENTRAL DE SEÑORAS PRO CONMEMORACIÓN DEL IV CENTENARIO DE LA
FUNDACIÓN DE HUAMANGA

Junta Directiva:

Presidenta: Sra. María V. Arca de Patiño Samudia

Vice Presidenta: Magdalena Fajardo de Castro

Tesorera: Adela Mujica de Amat y León

Secretaría: Natalia Parodi de Dancuart

Pro secretaria: Srta. Delia Protzel.

Vocales: Señoras María Antonia García Godos de Goicochea, María Parró de Cornejo, Rosa Barco de Ruillón, Dolores Parró de Arca, Mercedes Mavila de Vidalón, Rosa María Duarte de Mendivil, María Donayre de Parodi, Esther de Barboza.

Miembros de Honor: señoras Hortencia Cáceres de Porras, **Zoila Aurora Cáceres**, Rosa Tello de Cavero, Susana Sáez de Pérez, Silvia Cabrera de Herrera, Dolores Espinoza de Morote, Aurora Villareal de Galdo, Tula Duay de Arca, Rosario Cáceres de Mavila, Noemí Medina de Mavila, Sara Valderrama de Mavila, Julia Rosas de palomino, Angélica Bolancurt de Arca, Amelia Amat de Protzel, Marcela Haudelé de Fajardo, Carmen Vargas de Bedoya, señorita Tomasa Olano, Rosaura García, Herminia Gonzales. (Solano, 1937, *Revista Huamanga* N° 10. pp. 27-29)

El apoyo del Comité de damas, fue un aliento importante para que el Comité Pro Fundación de Huamanga en celebrar sus 400 años de fundación llegue con el progreso soñado. Como se aprecia, el Comité IV Centenario de la Fundación de Huamanga plantea varias alternativas de solución para que el departamento salga del atraso, en ese sentido, el saneamiento era la urgencia que tenían los miembros del comité. Lo interesante de todo esto no solo es los pedidos que realiza el comité central ante el gobierno, pidiendo la construcción de locales escolares, o la de un teatro o cárcel sino la

trascendencia de que las damas ayacuchanas residentes en la ciudad de Lima se organizaron, como lo hicieron algunas de ellas en el comité Pro centenario de la batalla de Ayacucho para 1924, ahora lo hace conjuntamente con sus hijas y amigas para el Cuarto centenario, lo que significa el gran amor que tenía por Ayacucho y no sólo eso sino que Zoila Aurora Cáceres, la hija del Mariscal Cáceres, limeña¹⁷ conformó dicho comité que se empeñó en lograr no solo presupuesto para la gran celebración emblemática sino que su deseo era que el propio presidente este en Ayacucho cuando se diera dicha festividad cuatricentenaria.

La insistencia de los intelectuales del CCA en sus discursos también era de índole material, por ejemplo:

(...) la prefectura del departamento, da cuenta de la asignación de 6 millones de soles oro para obra de Agua y desagüe en doce ciudades de la república, de los cuales se **destinan 464 mil soles oro para la dotación de agua potable a esta ciudad.**

El Coronel Jorge A. Esponda, laborioso Prefecto del departamento, de que el supremo gobierno aprueban el embellecimiento de la “Alameda”, la construcción de Parques Públicos en la Plaza “Mariscal Cáceres” y en el histórico Campo de Quinua donde se erigiría el Monumento conmemorativo de la Batalla del 9 d diciembre (...) el futuro económico y social de Ayacucho cobraría expectativa aún más halagadoras, si se le dotase también de un Hotel de Turistas (...). (Escarcena, 1939, pp. 1-2 *Revista Huamanga* N° 19)

Al llegar abril de 1940, hubo sorpresas porque las obras públicas no se habían concluidos y algunas ni siquiera habían empezado, por lo que municipio de Huamanga, aplazo dicha festividad, lo que no se dejó de realizar fueron las ceremonias en el Consejo Municipal donde el supremo gobierno, según el intelectual José Antonio Escarcena, alude:

Decreto feriado el 25 de abril, el gobierno del general Benavides expidió el decreto supremo(...) fuimos nosotros los que SE POSTERGARA LA CONMEMORACIÓN CENTENARIA DE AYACUCHO (...) i opinamos por la postergación porque falta de todo, no había ambiente ciudadano para darle a la fiesta el relieve que la conmemoración de acontecimientos, como el nacimiento de una ciudad a la vida requiere y porque con el aplazamiento que no tendría mayor trascendencia en cuanto a la fecha exacta (...) y se ha fijado para el 16 de setiembre de 1942, por voluntad del estado para esa fecha se llevará a cabo obras urgentes y de verdadero aliento.

Tendremos agua y desagüe; nuevo local para el Colegio de Varones; Cárcel pública...un hotel de turista; local para el colegio de mujeres; locales para los centros escolares, la construcción de la carretera Ayacucho-Tambo-Río Apurímac y la conclusión de la carretera

¹⁷ Zoila Aurora Cáceres, fue limeña de nacimiento, hija del héroe ayacuchano Mariscal Andrés A. Cáceres y de Antonia Moreno Leiva y Luque de Cáceres. Nació el 29 de mayo de 1877 y falleció en Madrid en 1958. Ver: Hierro Gil, María Dolores “Cáceres y Ayacucho”.2001. p. 11.

Ayacucho-Andahuaylas y el ensanche de la carretera La Mejorada. (Escarcena, 1939, pp. 1-2 *Revista Huamanga* N° 19)

A pesar de ser postergada la celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga, en lo que respecta obras públicas y no así en su sencilla celebración de 1940, los sueños de los intelectuales, así como de sus autoridades y de toda la comunidad de notables no desmayo.

Como hemos podido constatar el discurso civilizador de los miembros del Centro cultural Ayacucho, no se detuvo para (re) educar al indígena, sobre todo a los niños que asistían a la escuela y a los colegios de la ciudad de Ayacucho, convertirlos en ciudadanos era su laborar, con una enseñanza acorde a esos tiempos, es decir aplicando no sólo el dictado de cursos sino los métodos de la Escuela Nueva; por otro lado, lograr con ellos cambiar sus comportamientos en los espacios públicos de sociabilidad donde asistían; la otra mirada de los intelectuales y de las autoridades ayacuchanas era el progreso del Departamento, así como se logró algo en el Centenario de 1924, era momento de hacerlo para el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga, y a pesar de sus pedidos, algunas obras se cumplirán, como por ejemplo:

(...) Está pendiente de realizarse muchas otras (obras) tal como la del Hospital Mixto que está en paredes, construcción valiosa y de material noble, en la Pampa del Arco, paralizada desde 1924. En la misma sección, la cárcel nueva en cimientos i el Stadium, cuya cimentación y levantamiento de paredes a un metro de altura, se debe al ex Director del Mariscal Cáceres, señor Ebentheich. Además, a las obras de saneamiento que actualmente se ejecutan, el desagüe.

En la actualidad se construyen las autovías de penetración al bosque: Tambo-Río Apurímac; Ayacucho-Cangallo, prologándose hasta Huancapi y Puquio, que está unida con Coracora (*El Pueblo*, Ayacucho, lunes 20 de mayo de 1940 N° 1269 “Se aplaza la celebración oficial del IV Centenario de la Fundación de Huamanga)

Finalmente, el logro de sus autoridades e intelectuales, así como del periodismo dio sus resultados en lo referente a las obras públicas, que se habían iniciado en la ciudad, a pesar de su aplazamiento del Cuatricentenario de la fundación de Huamanga, que se llevaría a cabo sus inauguraciones de obras en 1942, donde otras obras de infraestructuras deberían ser culminadas. El asunto es que el centro cultural Ayacucho, que también tuvo participación con sus propuestas en los diversos aspectos para el progreso de Ayacucho, se logró; quizás no al cien por ciento, pero se dio inicio a obras como el Hospital, Stadium, el agua y desagüe, carreteras, refacciones de templos y casonas, etc., es decir, que a pesar que Ayacucho no logro definitivamente su

modernización y progreso, lo que si avanzo fue en que el Gobierno central se preocupe por un departamento que aún estaba aislado y postergado; se avanzó en algo y eso se ha confirmado.

Al menos la ciudad para 1940 hacia adelante, comenzó a lograr salir de ser una ciudad tradicional en lo referente a su infraestructura, no así en lo referente a los cambios en sus costumbres y tradición; como lo refiere César Miro para 1947, al describirla:

San Juan de la Frontera, San Juan de la Victoria, Huamanga, Ayacucho son los cuatro diversos nombres-que rememoran hechos históricos-de una de estas ciudades, hijas de la conquista. En la paz de sus conventos y monasterios; en sus innumerables campanarios; en sus mansiones solariegas; en sus quintas floridas y perfumadas de claveles, magnolias, violetas y rosas; en sus calles silenciosas, en sus balcones misteriosos y en sus patios embaldosados queda todavía el olor del sahumerio, reviven aún el romance, la aventura y el señorío. Vaga en su ambiente la leyenda y la tradición. El tañido de sus campanas aún se confunde con el rumor de clarines del Condorcunca. Ayacucho, supervive como un enorme relicario. Un enorme relicario de filigrana que la sombra de los siglos embellece y acalora. Así ha cumplido ya cuatrocientos años. (Miro, 1947, p. 2)

La nostalgia que le embarga al autor, es algo inconfundible al recordar Ayacucho, que, a pesar de sus dos celebraciones emblemáticas, la de 1924 y la de 1940, aún, sigue el tradicionalismo de su población y de su propia ciudad, convive la modernidad con la tradición y las costumbres de antaño. Y al decir de César Miro, a pesar de haber cumplido cuatrocientos años de Fundación Huamanga, no ha conseguido la modernización total.

El “viajero Alayza y Paz Soldán, puede tildarse de subjetiva, pero no deja de graficar lo que era la ciudad de Huamanga en la década de 1940: Una enorme mayoría (de habitantes de la ciudad)

Es de indígenas analfabetos representativos de pueblos milenarios, que no se renuevan y donde, por lo tanto, la ignorancia es un bloque impermeable y las supersticiones se estratifican, carece de industria y no vale la pena tomar en cuenta la de los afamaos trabajadores en piedra de Huamanga (alabastro), plata y madera, verdaderos artistas, pues la miseria del lugar oblígalos a emigrar a Lima apenas estuvo abierta la Carretera de la Muerte, el comercio, a juzgar por los establecimientos de la ciudad, es insignificante, y su mayor renglón es el alcohol y la coca, artículos que se exhiben a las puertas de los tenduchos atrayendo a los indios como el imán al hierro. (González, 1995, p. 136)

Una realidad que ya lo atestiguan muchos intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, y a pesar de su celebración postergada para 1942 sobre el IV Centenario de la Fundación de Huamanga, Ayacucho, no había logrado el progreso y el desarrollo económicos que sus autoridades y la élite huamanguina deseaba; Ayacucho, tuvo que esperar 1974, en que se celebre el Sesquicentenario de

la Batalla de Ayacucho, para lograr definitivamente su ansiado progreso y modernización de la ciudad y algunos pueblos del interior del Departamento.

En este contexto de convivencia de la tradición y de las costumbres; y el deseo de la élite huamanguina, sobre la modernización de la ciudad, Néstor García Canclini ha señalado que “tanto los tradicionalistas como los modernizadores quisieron construir objetos puros. Los primeros imaginaron culturas nacionales y populares "auténticas"; buscaron preservarlas de la industrialización, la masificación urbana y las influencias extranjeras. Los modernizadores concibieron un arte por el arte, un saber por el saber, sin fronteras territoriales, y confiaron a la experimentación y la innovación autónomas sus fantasías de progreso” (García, 1990, p. 17); pero **“la modernización disminuye el papel de lo culto y lo popular tradicionales en el conjunto del mercado simbólico, pero no los suprime.** Reubica el arte y el folclor, el saber académico y la cultura industrializada, bajo condiciones relativamente semejantes” (García, 1990, p. 18). Entonces, el cuatricentenario fue la celebración emblemática que Ayacucho tuvo para seguir con el proceso civilizador y modernizador tuvieron los miembros de la élite huamanguina.

5.4. El discurso civilizador de la Iglesia Católica

No podemos terminar este capítulo sin tocar el rol de la Iglesia en la gestación del discurso de los vencedores para dominar a los subalternos con las ideas de “progreso” y “civilización”. En el discurso civilizador de la iglesia expresaba siempre que era necesario que los indígenas de la región ayacuchana deberían ser transformados en sus conductas y comportamientos, sobre todo en sus fiestas tradicionales, consideradas bárbaras por los miembros del clero. Para referirse de «civilizar» y lograr el «progreso» de los habitantes del departamento, el clero manifestó:

(...) evangelización a los infieles que habitan esta región (...) es necesario y urgente tener un pequeño centro de propaganda para brindar progreso tanto de carácter dócil y sociable de esos infieles cuanto por su excelente clima su fácil comunicación con la capital del departamento y otros centros inmediatos como Huanta. (*El Estandarte Católico*. Ayacucho, 31 de agosto de 1901)

Como se observa en la cita, nos damos cuenta de que la Iglesia aparentemente también, junto con las élites, tenía una percepción negativa sobre las clases subalternas que habitaban toda la región y que era necesario e indispensable realizar una educación en su idioma de aquellos que no eran «civilizados» y que era momento de transformar su conducta en los espacios de

socialización y aprovechar que los chunchos de la selva, como los indígenas de las ciudades y barrios puedan ser evangelizados y lograr su cambio; para que puedan olvidar sus malos hábitos ancestrales que solo les traía desgracias y barbaridad; en ese sentido, hacer un cambio de sus costumbres fue un objetivo que tuvo la iglesia ayacuchana por estos tiempos de las cinco primeras décadas del siglo XX. El tono de sus voces del clero entonaron sus cánticos sobre las malas costumbres que deberían erradicar del indígena, por eso manifestaban que en:

Muchos pueblos de provincias aún conservan sus costumbres supersticiosas, bárbaras e inmorales... como en las mingas o sea el trabajo común de todos los vecinos de una población que mutuamente en cada propiedad y que revela espíritu de fraternidad de asociación unión, ahora se ha degenerado en culto de baco. (*El Estandarte Católico*, del 15 de marzo de 1902)

Los discursos y el proceso civilizador del clero representó imágenes, visiones y apreciaciones sobre lo indígena, no solo en su conducta, sino también en el uso y presunto abuso de los espacios públicos de las ciudades donde habitaban sus malas costumbres; no solo en el hablar quechua, sino también en su manera de vestir; desde su percepción el «indio» era un «salvaje» al que tenían que transformar por medio de la evangelización y de la educación; el cambio de los valores morales estaba en juego; por eso el clero se empeñó en erradicar todo estos. La transgresión de los lugares públicos en la ciudad de Ayacucho era otro problema para el clero. Transgredir para el clero era como «insultar» a los ciudadanos cultos y decentes de la ciudad:

(...) he aquí una mala costumbre que día a día pierde para degenerar hasta convertirse en una fiesta detestable (...) hemos visto jóvenes, situados en las ventanas...hacer gala de una pésima educación arrojando cascarrones a personas serias...haciendo caso omiso al bando policial...en nombre de la cultura reclamamos se guarde los debidos respetos a la sociedad (...) decente y culta de Ayacucho. (*El Estandarte Católico*, 13 de febrero de 1923, N° 353)

En una sociedad tan conservadora como la ayacuchana, era obvio que estos reclamos y, sobre todo, si venía del clero, tan respetado por la comunidad de notables de la ciudad. Eran tiempos de carnaval y estos juegos eran algo «normal» para los jóvenes, que venía en ello nada malo, pero la percepción de los curas era contrario, no importaba si era carnaval y podía ser tres días de juegos «bárbaros» o «indecentes»; su mirada era que, ante la contemplación de Dios, dichas acciones eran consideradas «incivilizadas», «bárbaras», «incultas», etc.; y, por lo tanto, se hacía indispensable erradicar dicho juego demoníaco. El clero se había integrado al discurso de las clases “decentes”. El proceso civilizador del clero llegó hasta llamar la atención en plena Semana Santa, donde debería

haber oraciones y regocijo por la Resurrección de Jesucristo, y hubo conducta indecente para ellos y que provenía de los llamados «señoritos» e hijos de los notables de la ciudad:

(...) en las procesiones de noche la descompostura subía de punto, de parte de los jovencitos de medio pelo paseándose, orándose y bien plantados en sombrero por los portales, parecía que su conducta pertenecía a la hez de la sociedad. En una de la iglesias presenciamos la *inurbanidad* de muchos señoritos, que a pesar del celo del capellán a la salida de la procesión trataron de formarse en fila para obligar a las niñas a pasar por medio de ellos y oír sus galanterías obscenas (...). (*El Estandarte Católico*, 24 de abril de 1909, N° 246)

El clero ayacuchano se ratificaba como transformador de conductas decentes; llamaba la atención de los comportamientos «incultos» de los «señoritos», y les llamaba la atención porque eran hijos de algunos notables conocidos de la sociedad; hay que entender que Ayacucho, a pesar de su pequeña modernidad, era un lugar donde todos se conocían y que el clero muy bien sabía de qué hijo de notables eran. Esta representación del clero marcaría, así como debería ser la conducta de los jóvenes en determinadas fiestas o celebraciones; para que se diferenciaron del «indígena» inculto.

En ese sentido, los templos eran lugares sagrados y las procesiones mucho más, entonces era «deber» de los “señoritos” tener un comportamiento decente por provenir de una familia prestigiosa de la ciudad.

Obviamente es necesario aclarar que, si estas actitudes negativas provenían de jóvenes educados en instituciones educativas de prestigio, su comportamiento no era acorde con lo que se les había enseñado en las aulas escolares por parte de sus maestros y, sobre todo, de sus padres, que eran miembros del círculo de notables y completamente conocidos, por la ciudad de Ayacucho para este tiempo aún era pequeña.

CAPÍTULO 6

Los medios tecnológicos revolucionan la vida cotidiana

6.1. Introducción: del Telégrafo al cine

Este capítulo está dedicado a revisar el rol que los medios tecnológicos han jugado en la modernización de la sociedad ayacuchana en el periodo que nos interesa. Así como las sociedades de notables, los cambios en el sistema educativo, por poner un par de casos, se fueron integrando lentamente a un discurso legitimador que de manera lenta iba doblegando a los subalternos. Dentro del proceso de modernización hubo un aporte decisivo en el desarrollo tecnológico de las comunicaciones, tanto la aparición del teléfono como la radio y posteriormente, la televisión. Seguimos en esto a Wright Mills:

Los poderes de los hombres corrientes están circunscritos por los mundos cotidianos en que viven, pero aún en esos círculos del trabajo, de la familia y de la vecindad muchas veces parecen arrastrados por fuerzas que no pueden ni comprender ni gobernar. Los "grandes cambios" caen fuera de su control, pero no por eso dejan de influir en su conducta y en sus puntos de vista. La estructura misma de la sociedad moderna los limita a proyectos que no son suyos, sino que les son impuestos por todos lados, y dichos cambios presionan a los hombres y las mujeres de la sociedad de masas, quienes, en consecuencia, creen que no tienen objeto alguno en una época en que carecen de poder. (Mills, 1987, p. 11)

Desde la segunda mitad del siglo XIX, Ayacucho, como ciudad, aún era tradicional. Sus calles y avenidas, parques y plazoletas, eran rústicas, no había ninguna transformación y la continuidad en la vida cotidiana seguía siendo igual que hace décadas atrás. En este sentido, el fluido eléctrico y el agua potable no existía; durante décadas, la pequeña ciudad era aún semifeudal. Estas continuidades en la tradición y en la costumbre del poblador ayacuchano, no tuvo grandes cambios desde 1870 hasta 1922, sino posteriormente, como en 1924, año del Centenario de la Batalla de Ayacucho, donde recién se observarán algunas rupturas y transformaciones en la ciudad capital. A pesar de que la fotografía cambió algo en la vida cotidiana del poblador, esto se hizo notar mayormente por los años 20 (XX) y quienes mayormente aprovecharon estos cambios fueron los miembros de la aristocracia ayacuchana. Por ello:

(Las) sociedades de la tradición disponen de una cartografía del orden y el desorden, han señalado sus lugares y caminos (...) la tradición mantiene las autoridades, pero la sociedad de la tradición conoce los desafíos de la historia (...) el pensamiento moderno es que analiza las rupturas, el que vacía la tradición portadora de permanencia y capta todas las cosas bajo el aspecto del movimiento (...) de la modernidad. (Baladier, 1993, pp. 143-145)

Con estas rupturas y transformaciones en la ciudad capital de Ayacucho, esta se volvió más citadina, más urbana y menos rural y, gracias a los adelantos tecnológicos que llegaron, como la radio, el teléfono, telégrafo, fotografía y el cine, la vida cotidiana de la sociedad de clases cambió totalmente. Hay que tener en cuenta que «la modernidad super activada es sin cesar productora de lo desconocido, hace que el hombre se sienta por una parte ajeno a lo que ha creado» (Baladier, 1993, pp. 146-147); en ese sentido, la comunidad de notables de Ayacucho logra romper con la «tradición», con esas continuidades y permanencias que la sociedad evita transformar por la rutina de la vida cotidiana; en la clase subalterna y en algunos notables ha quedado impregnado la costumbre de vivir sus propias vidas cotidianas sin modificaciones, con lo cual ellos se sienten satisfechos de vivir como viven. Sin embargo, el pensamiento moderno de los notables y de las autoridades locales hará que la ciudad capital se transforme con los adelantos tecnológicos que deberían llegar al departamento, para que Ayacucho no siga «aislado» por las vías de comunicación, una ruptura que modificará todo en la ciudad capital.

Estos adelantos tecnológicos que vienen desde fines del siglo XIX se harán más notorios durante la segunda mitad de dicho siglo, como vemos en El Telégrafo:

La telegrafía fue el primer gran progreso debido a la electricidad, que en 1889 el primer ministro británico, marqués de Salisbury, describía como “descubrimiento extraño y fascinante” que había influido directamente en la “naturaleza moral e intelectual y en la conducta de la humanidad” en un país-Australia-el telégrafo fue más importante que la carretera. (Brigg, y Burke, 2006, p. 154)

El telégrafo “era en la fecha de la escritura de la novela un invento conocido y cuatro años después (1847) se instaló en el Perú” (Velázquez, 2013, p. 213). En este sentido, el telégrafo en Ayacucho para 1876 no llegaba aún, como lo manifiesta el Prefecto del Departamento, Dr. Mariano Velarde Álvarez, al decir:

Telégrafo: unido por este admirable medio de comunicación todos los pueblos del litoral y algunos del interior, las necesidades del comercio del departamento, exigen de consumo que esta mejora se extienda y generalice. En cuanto a Ayacucho, el establecimiento de la línea telegráfica no sería difícil realización, porque teniendo que atravesar las poblaciones del valle de Huancavelica, existen elementos para atender sin mayor costo. (Memoria que el prefecto del departamento de Ayacucho Dr. Mariano Velarde Álvarez presenta al Supremo Gobierno, sobre el estado de la administración pública en el territorio de su mando. 1876)

Como se aprecia, el telégrafo tardó años en llegar a la ciudad capital ayacuchana, como bien lo manifestó el Dr. Mariano Velarde. A pesar de que era de una necesidad urgente, los siguientes

prefectos no le dieron la importancia debida, hasta que el nuevo **prefecto Pedro Portillo, para 1899**, lo hace realidad:

La municipalidad festejó la llegada del telégrafo con dos corridas de toros. La tarde del sábado primer día de toros estaba muy vistosa la plaza de armas, con los corredores y balcones de las casas adornadas de señoritas, una gran parte del pueblo en los portales y el atrio de la Catedral con sus vestidos multicolores. La fiesta del domingo, el arte de Pepe Millo (torero) no hubo felizmente desgracias. (La Voz del Centro (publicación semanal) fundado el 5 de mayo de 1894. Ayacucho, 24 de julio de 1899. N° 48 “Toros”)

Con esta cita confirmamos la llegada del telégrafo a la ciudad capital de Ayacucho, donde la costumbre era siempre celebrar un acontecimiento trascendental con corridas de toros y, como vemos, lo hacen por dos días. Es así que el poder político local y la comunidad de notables, hacen gozar a la clase subalterna, por la llegada de la modernidad para Ayacucho. Este mismo año, se manifiesta que «hace 20 años el señor Grimaldos Espinoza hizo levantar el croquis del camino y formuló presupuestos para la construcción de postes de implantación de una línea telegráfica. En esto último años el señor Grimaldos ha fundado una “empresa de postes (La Voz del Centro Ayacucho, 24 de Julio de 1899 N° 48 titulado en crónica local “Barraca”), para que se cumpla lo que él se proponía para el progreso de Ayacucho. Pasemos ahora al teléfono.

“El teléfono: la historia del teléfono, que se convirtió en un instrumento de comunicación a la vez privado y público, empezó unos años antes, en marzo de 1876, cuando Alexander Graham Bell, inventor norteamericano nacido en Escocia, patentó su «teléfono», palabra que se usó por primera vez en 1796 para un método de comunicación puramente acústico. Philip Reiss, maestro en Fráncfort, quien afirmó haber transmitido «habla inteligible” (Briggs y Burke, 2006, pp. 164-165).

No queremos hacer una historia del teléfono, solo saber cómo se originó y, de esta manera, conocer cómo llegó al departamento de Ayacucho. En este sentido, para **1912** se hizo un contrato con la empresa Martinelli con la municipalidad huamanguina para la instalación de una red telefónica, con la finalidad de que los hogares ayacuchanos contaran con este servicio. La empresa Martinelli aceptó dicho convenio e inició la instalación de la **red telefónica en 1913**.

Con la llegada del teléfono Ayacucho ingresaba a un pequeño proceso de transformación en la vida cotidiana de la sociedad de clases, porque será la aristocracia local la que pagará para que

se les instale una red telefónica en sus hogares. Entonces, la comunidad de notables comenzó a cambiar su forma de vida, porque al contar con un servicio de teléfono se le hizo más fácil comunicarse con sus familiares y parientes que vivían en la ciudad de Lima. Por supuesto, que la red telefónica no se instaló prontamente en otras ciudades del departamento, pero su inicio en la ciudad capital sí hizo cambios en su comportamiento de la aristocracia local mayormente.

(El) teléfono de estos tiempos funcionaba con pilas secas y húmedas, no usaba la corriente eléctrica. La primera instalación se realizó en la misma planta eléctrica de luz, de donde partirían las redes de distribución para los usuarios de la ciudad, según lo manifestó el señor Alfonso Martinelli, fueron 50 familias. (Sulca, 2004, p. 75)

Gracias al teléfono la vida fue más agradable y la comunicación más rápida entre familias acomodadas. **La radio**, uno de los medios de comunicación masiva en el mundo, **llegó a Huamanga para 1935**, donde «se instaló en la municipalidad provincial de Huamanga siendo su operador el señor Cabera Rocha (Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 74). Estos son los inicios del funcionamiento de la radio y una novedad para sus tiempos; fue un medio de comunicación que cambió la vida cotidiana de las familias que podían oír al señor Rocha anunciar algunas ordenanzas o avisos municipales, y ya no solo eran leer los avisos pegados en las paredes de las esquinas para enterarse de lo que ocurría en la ciudad, sino que ahora hasta los indígenas que entendían el castellano podían escuchar y saber de qué se trataba la «noticia municipal».

Eleuterio Sulca, afirma:

Después de que dejó de operar la radio municipal, empezaron a aparecer emisoras particulares como la del señor Manuel Salas que lo instaló en 1943 (...) otra emisora que se instaló en esta ciudad (de Ayacucho) fue la que se inauguró junto al servicio aéreo para difundir información, música y cultura huamanguina, con asistencia de autoridades políticas, militares, el Obispo y jefe de todas las instituciones locales, el 7 de noviembre de 1948 del señor Celte Vargas Machuca. (Sulca, 2004, p. 83)

En ese sentido, la radio cambió la vida cotidiana de la sociedad ayacuchana de la década de los 30-50 (XX) y, por supuesto, cambió la vida familiar, sobre todo de las mujeres del hogar, así lo testimonia una de las entrevistas por Mayu Mohanna, como fue a doña Inés Rossi, al decir: «cocinaban con leña, no había frigidere, la radio apenas escuchabas los cuentos o sino la novela y punto. No había teléfono, cuando querías hablar con Lima, ya era los años 60, hablabas por radioaficionado y si había mal tiempo, entonces ¡olvídate!» (Mohanna, 2001, p. 118). Entonces, esto confirma que se instalaron otros radios, posteriormente a la radio municipal. Todos estos

adelantos tecnológicos que llegaron hacia la ciudad capital de Ayacucho, cambiaron la forma de vida de los pobladores, sobre todo de los notables en sus labores cotidianas tradicionales:

La negación de las relaciones impuestas por la vida cotidiana y el avance durante el recorrido de la vida, son afectados por la duda y sujetos a frecuentes reajustes...no es solo la capacidad del hombre ordinario, sino también la del político la que se encuentra disminuida. En los periodos de grandes transformaciones. (Baladier, 1993, p. 155)

Todo ello producto de los cambios que opera la ruptura, entendiéndose como ruptura:

(...) la necesidad de un cambio de concepción (...) el conocimiento común tiene una identidad que la diferencia del conocimiento científico... la continuidad busca reforzar la relación secuencial del conocimiento común (...) cuando una palabra del antiguo lenguaje común se pone en comillas por el lenguaje científico significa un cambio... que afecta a un nuevo terreno de la experiencia. Podemos decir que desde este punto de vista del epistemólogo significa ruptura, una discontinuidad de los sentidos, una reforma del saber...la ruptura constituye el cambio radical. (Infante, 2018, pp. 74-76)

Estas rupturas y cambios en la vida cotidiana que se dan en la ciudad de Ayacucho, también tuvieron repercusiones en lo referente a la fotografía y la llegada del cine. Esta revolución tecnológica tuvo gran aceptación entre la comunidad de notables, quienes fueron los primeros en tomarse una fotografía o retrato, o acudir al cine, considerado, para dicha comunidad, como un espectáculo «civilizado»; entonces, podemos comprender que la sociedad de clases tuvo un proceso civilizatorio gracias a estos adelantos tecnológicos, que eran proyectos traídos por el grupo de poder local para «modernizar» la ciudad ayacuchana.

6.2. La repercusión de la fotografía en la vida cotidiana (1920-1945)

Herman Schwarz Ocampo, en su libro “Estudio COURRET: Historia de la fotografía en Lima”, nos afirma que “los primeros operadores de la novedad visual pronto arribaron a Lima. El fotógrafo francés Maximiliano Danti trajo el primer daguerrotipo” (Schwarz, 2017, p. 17). En lo referente a la ciudad de Ayacucho, no existió un estudio fotográfico hasta muy entrado las tres últimas décadas del siglo XIX.

En las primeras décadas del siglo XX, vemos que la fotografía se relacionó con el discurso de progreso e identidad; en ese sentido, los intelectuales ayacuchanos, lograron insertar en sus publicaciones la fotografía para hacerla más llamativa. Como dice Marcel Velásquez Castro, «la fotografía, elemento de la modernización tecnológica, queda ligada al progreso y a la ciencia, pero

cumple una ambigua función en la trama en tanto que permite la reconciliación con la divinidad del protagonista» (Velásquez, 2013, p. 261).

La fotografía en Ayacucho, permitió:

Preservar un fragmento del pasado, una imagen de algo que no volverá a repetirse, y que incluso puede haber desaparecido. Las personas en una foto quizás están muertas, los edificios son otros. Es posible que las personas vivan, pero no tienen ya la misma edad. Indefectiblemente toda foto se refiere al pasado (...). (De Miguel, 1998, p. 84) histórico de Ayacucho. Entonces, la fotografía se convierte en una herramienta de análisis social, histórico y cultural.

La primera fotografía tomada en Ayacucho, fue realizada por el norteamericano y viajero Ephraim George Squier en 1863 y posteriormente el alemán Ernst Middendorf, como lo asegura el historiador Nelson Pereyra Chávez:

Squier, en su breve estadía en Ayacucho, captó en una estereografía la plaza mayor de la ciudad: en primer plano, la pila ornamental y el monumento a la Libertad ejecutado por el escultor Juan Suárez en 1852 y en el borde, aproximadamente cuatro pobladores parados que visten ponchos, faldas y cetros huamanguinos. (Pereyra, 2007, p. 133).

Véase la fotografía a que se refiere Pereyra, tomada por Ephraim George Squier en 1863:



Monumento Escultórico Conmemorativo a **la Libertad** ubicado en la plaza mayor de la ciudad de Ayacucho. Foto de 1863. Tomada por Squier. Cortesía de la Oficina de RR.PP. de la UNSCH. Foto N° 10. También reproducida por Nelson Pereyra, p.134 (2007).

Mientras que el alemán Ernst Middenfort, “tomó la fotografía de la plaza mayor de Ayacucho. En ella destaca los vendedores de la *tianguéz* o feria comercial con la fachada de la

catedral en el plano superior y de la municipalidad en el plano superior izquierdo (...)” (Pereyra, 2007, p. 134). Es el inicio de las primeras tomas fotográficas de la plaza principal hecha por extranjeros.

¿Por qué no se instalaron estudios fotográficos en Ayacucho durante la segunda mitad del siglo XIX? Según Natalia Majluf y Luis E. Wuffarden, dicen que “en estos primeros años, el mercado restringido de ciudades más pequeñas impidió que en ellas se establecieran estudios de manera permanente. Fue frecuente que fotógrafos itinerantes trabajaran escasos días en cada población “(Majluf & Wuffarden, 2001, p. 37); es así que para la segunda mitad del siglo XIX, se instalaron momentáneamente algunos fotógrafos en la ciudad de Ayacucho, como Don José Garavito (1864); el Sr. Velásquez, no se ubicó su nombre en las fuentes periodísticas, (1875) y Atilio Gabrielli (1898), quiénes a través de las tomas fotográficas causaran un impacto entre los miembros de la comunidad de notables, quienes son los que mayormente acuden a sus estudios, convirtiéndose en una novedad modernizadora, para su época.

Es así, como la fotografía, a través del tiempo, se convertirá en una fuente histórica valiosa para los científicos sociales, quienes la integraran en sus trabajos académicos; gracias a la fotografía, no sólo se refleja el pasado sino también, que dichos fotógrafos registran eventos sociales, costumbres y aspectos de la vida cotidiana. Lima, para estos tiempos, fue la que buscaba “la modernización y la integración del país en el mundo civilizado. La práctica fotográfica empezaba a difundir la imagen de Lima como una ciudad opulenta, simultáneamente tradicional y moderna, cosmopolita y exótica” (Majluf & Wuffarden, 2001, p. 64). Con la:

Cámara fotográfica, uno de los inventos del siglo XIX, fue difundida y comercializada mediante avisos en la prensa peruana. La fotografía corona el sueño ilustrado de la representación visual fidedigna de la naturaleza, la ciudad y el cuerpo humano (...) en síntesis, la fotografía, elemento de la modernización tecnológica, queda ligada al progreso y a la ciencia (representada por las figuras de los médicos), pero cumple una ambigua función en la trama en tanto que permite la reconciliación con la divinidad del protagonista. (Velázquez, 2013, p. 261)

Al ingresar al siglo XX, sobre todo desde 1910 a 1940, la llegada de algunos fotógrafos a la ciudad de Ayacucho, hace que se instalen e inicie a retratar a los vecinos notables de la ciudad y con

Motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, los notables plantearon la idea de la ciudad de Ayacucho como un museo de arquitectura y monumentos hispanos coloniales. Con relación a esto, se encargó a los fotógrafos foráneos Luís Ugarte, De la Barra y Abraham Guillén el registro del paisaje de la localidad, de las iglesias, los conventos y los barrios tradicionales de la antigua Huamanga. Estos fotógrafos elaboraron imágenes que presentaban en un primer plano los objetos de este museo colonial, intencionalmente valorizados mediante los medios de centramiento y frontalidad y sin considerar la presencia humana (...) Estas imágenes llamadas «pictóricas» o «topográficas» intentaban definir los paisajes a partir de una mirada neutral y abarcadora, en la que todos los objetos de la superficie adquirirían importancia equivalente. Para tal efecto, el fotógrafo se emplazaba en un punto alejado, ubicando su cámara a nivel y, en posición frontal, a su objetivo, con el fin de cubrir el mayor espacio posible. Además, con este tipo de fotografía se buscaba ir más allá de la simple representación real y mecánica para darle particularidad pictórica a la imagen, ya que la intención del fotógrafo era resaltar la exactitud y el prestigio social telúrico del paisaje” (Zapata, 2008, pp. 231-232)

Y en verdad, estos fotógrafos, realizan vistas fotográficas de la ciudad, de sus paisajes naturales, de sus calles tradicionales, de los monumentos coloniales, como templos y casonas, de sus barrios, del cerro Acuchimay, entre otras fotografías. “Uno de los propulsores de esta técnica fotográfica fue precisamente el fotógrafo limeño y pintor Luis Ugarte, quién tomó imágenes pictóricas de la llanura de Quinua o de la Pampa de Ayacucho, que se reprodujeron en el libro de Ruiz Fowler” (Zapata, 2008, p. 232).



Vista Panorámica de la Pampa de Ayacucho. 1924
Foto de Luís Ugarte, insertada en el libro de Ruiz Fowler (1924).
Archivo. Ministerio de Cultura-Filial Ayacucho. Foto N° 11.

En la foto N° 11, se puede observar una vista panorámica de la Pampa de Ayacucho y del monumento a la Libertad, que era la reivindicación de justicia y de la victoria que tuvo el Ejército Unido Libertador frente al Ejército realista; mientras que la figura femenina de la Libertad, era “simbolizada por el gorro rojo, una versión modernizada del gorro frigio asociado a la época clásica con la liberación de los esclavos” (Burke, 2001, p. 78). Es así, que la fotografía no sólo mostraba

el paisaje natural y el monumento, sino que llevaba un mensaje de patriotismo para recordar a los Vencedores de Ayacucho.

Vamos a ver ahora la historia de los primeros fotógrafos de la ciudad de Ayacucho. A fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, la ciudad de Ayacucho se encontraba casi modificada en su ordenamiento urbano, porque se había construido diversas avenidas como “Tejarpata, Augusto B. Leguía, Andrés A. Cáceres, Centenario” (González, 1995, p. 123), etc. Entonces, en esa «modernización» también se incluía a las:

Profesiones «liberales», 6 médicos, 1 odontólogo, 18 abogados, 5 notarios, 9 escribanos, 4 boticas, 23 agentes de pleitos (...) las ocupaciones artesanales muestran su visible disminución: 11 escultores, 5 adornistas, 6 arrieros, 4 sombreros, 17 sastres, 1 camisero, 7 peluqueros, 6 carpinteros, 3 talabarteros, 29 colcheros, 4 joyeros, 12 zapateros, 16 plateros. Por último, en la misma década de 1930, el panorama de los servicios urbanos no es muy amplio: 2 hoteles, 6 restaurantes, 7 peluquerías y 2 FOTOGRAFOS, agregamos 2 herreros y 1 relojero. (González, Urrutia & Levano, 1997, p. 141-42)

Ellos mencionan sólo a **dos fotógrafos**, pero como veremos más adelante, en realidad fueron más. Enrique González Carre, agrega, “hallamos, nuevos en la primera décadas de este siglo, depósitos de vinos, imprentas, peluquerías y a profesionales, como médicos, joyeros y fotógrafos, que no figuraban en las Matrículas de los años 20, etc. “Muchos de estos «profesionales» publican revistas o periódicos en las 6 imprentas con que cuenta la ciudad con los nombres de *Estandarte Católico, La Hormiga, La Abeja, El Pueblo, La Reforma, El Obrero*” (González, Urrutia, Levano, 1997, pp. 141).

En este contexto regional, en la ciudad de Ayacucho, se instalarán algunos fotógrafos, que los consideramos como los pioneros de instalar los primeros estudios fotográficos en la ciudad, a pesar que su instalación se dio por días o semanas; fueron estos fotógrafos los que lograron revolucionar la vida cotidiana de los notables y en parte de los mestizxos y posteriormente de los indígenas.

Veamos a estos fotógrafos:

FOTÓGRAFOS PIONEROS DEL SIGLO XIX EN LA CIUDAD DE AYACUCHO

FOTÓGRAFO	FUENTE PERIODÍSTICA
1. José Garavito (1864)	Retratos: El joven José Garavito ha perfeccionado sus trabajos fotográficos de una manera tal, que rivalizan sus obras con las ejecutadas en Lima, i en el extranjero. Especialmente los retratos en ceneotipo son admirables por la exactitud del dibujo, la pureza de los contornos y de la naturalidad i belleza de los colores que parecen de una persona animada. No dudo que las personas de buen gusto concurren sin dilación a la oficina del joven Garavito (a retratarse se entiende) i quedarán satisfechos de su trabajo i de los modales finos i elegantes del artista peruano. (Periódico <i>Juventud</i> sábado 3 de diciembre de 1864 N° 43)
2. Velásquez (1875)	“Fotógrafo: El señor Velásquez, está multiplicando Nuestras bellezas y feazas con esmero. Daremos una cuenta más extensa de sus trabajos (<i>El Progreso</i> , publicación semanal Año III N° 18. Ayacucho, lunes 22 febrero de 1875 Crónica local).
3. Tinnig (1895)	Fotógrafo: El Sr. Tinnig, se encuentra en la ciudad, donde sólo duró 40 días ejerciendo su arte. Hemos visitado su galería en la calle San Francisco de Asís, y hemos visto tarjetas fotográficas. Auguramos éxitos al Sr. Tinnig (periódico “El Debate” del 24 de setiembre de 1895 N° 142).
4. Atilio Gabrielli (1898)	“Crónica: Un fotógrafo por llegar es el señor Atilio Gabrielli, fotógrafo que vienen de Ica. Trae consigo un fonógrafo eléctrico. Último modelo de la fábrica del señor Edison y trae una colección de vistas ópticas, la que exhibirá en un local” de la ciudad capital de Ayacucho (<i>La Voz del Centro</i> , Ayacucho 16 de julio de 1898. N° 38 Crónica local).

Como vemos, durante la segunda mitad del siglo XIX y, específicamente, durante las tres últimas décadas del siglo XIX, estuvieron instalados en la ciudad capital de Ayacucho, tres fotógrafos, que hacían retratos de las personas, quienes acudían a sus locales ubicados en el centro de la ciudad; sobre todo, los que más la frecuentaban eran los de la aristocracia huamanguina, quienes podía pagar su costo y eran lo que se consideraban los más cultos y decentes de la ciudad. Dentro de la ciudad de Ayacucho en el siglo XX, hubo diversos fotógrafos que retrataron a las familias más pudientes de la ciudad, como también se dedicaron a la toma de paisajes, ceremonias cívicas y fotografías de la naturaleza. Estos fotógrafos estuvieron instalados en nuestra ciudad para el bien de la comunidad ayacuchana de las primeras décadas del siglo XX. Veamos a cada uno de ellos.

FOTÓGRAFOS PIONEROS DEL SIGLO XX EN LA CIUDAD DE AYACUCHO

FOTÓGRAFO	FUENTE PERIODÍSTICA
1. Don Luís Ugarte (1907)	Un retrato: Una vez más el fotógrafo Luis S. Ugarte ha dado prueba de su competencia y habilidad en su profesión. En el establecimiento comercial del señor García se exhibió algunos días el retrato del Dr. Del Barco, ampliación hecha por el señor Ugarte. Hacemos nota al público que nuestro huésped dejará en pocos días la ciudad, dejando dos discípulos de fotografía don Manuel Galván y de pintura don José María Hermosa (Periódico La Girona del 15 abril de 1907). Se dice que fue un fotógrafo foráneo que fotografió los diversos paisajes y monumentos de la ciudad de Ayacucho, fue un limeño que cumplió con su cometido ya que fueron contratos para fotografiar lo más atractivo de Ayacucho.
2. E. Mariño (1910)	Según el libro de Mayu Mohanna, titulado <i>Baldomero Alejos, Ayacucho 1924-1976</i> (2001), donde manifiesta que para el siglo XX fue don E. Mariño que se estableció desde 1910 . <i>FOTOGRAFÍA DE E. MARIÑO</i> Ex-operador de las Casas Courret y Moral en Lima, con larga práctica y competencia en el arte de Daguerre, ofrece trabajo profesional a la sociedad de la muy culta y bellísima ciudad de Ayacucho, para lo que sea ha omitido en traer material finísimo importado directamente de Estados Unidos. Se hacen ampliaciones al carbón, al pastel, al bromongen tono sepia y al platino; al óleo, retratos en verdadero platino, en papel tela y sepia tan buenas, como las que se hacen en las primeras casas de la capital y tan iguales a las que vienen de Europa. Especialidad en retratos al <i>Rembrandt</i> y cabezas de estudio, estilo del gran fotógrafo Buenaventura de Roma. Se atiende a provincias, enseña a los aficionados, se reciben trabajos de lo Amateurs y Turistas. Sólo por 60 días -Precios al alcance de todos- Domicilio: En la calle de Plateros, casa del Presbítero Sr. Arturo E. Flores. (<i>La Abeja</i> , semanario independiente. Ayacucho, 20 de noviembre de 1918 N° 69.
3. Sixto de La Barra (1919)	Fotografía DE LA BARRA Se hace toda clase de trabajo fotográfico, con esmero y prontitud. Precios sumamente módicos. Jirón 28 de Julio, cuadra 5ta N° 98 (Antes Santa Teresa) Sixto de La Barra (Periódico <i>La Abeja</i> del 30 abril de 1919 N° 72).
4. Baldomero Alejos (1924) ¹⁸	“ESTUDIO FOTOGRAFICO” de BALDOMERO ALEJOS Ampliaciones-Reproducciones, Iluminaciones y demás trabajos.

¹⁸ Don Baldomero Alejos Bautista nació el 27 de febrero de 1902, en el pueblo de Amaupata, un anexo del distrito de Santiago de Chocorvos, en el vecino departamento de Huancavelica. Hijo de una vasta familia de agricultores y pastores. Sus padres fueron don Alberto Alejo y Luisa Bautista, murieron cuando Baldomero apenas había cumplido 6 años. Así el niño quedó bajo la tutela de sus hermanos mayores, Tomás, Teodosio, Facundo, Natividad, Nazaro y Modesta. Desmembrada la familia, Nazaro lo llevo a Palpa, en el departamento de Ica, donde lo emplearía pisando uva en la casa hacienda Cabildo, de una familia más poderosa de la región, los Picasso Peralta. Es aquí donde Baldomero terminó la instrucción primaria y creció observando los patrones de vida de las familias terratenientes costeñas, un rasgo de clase que lo marcaría para siempre. Alejos dejó Ica a principios de la segunda década del siglo XX y viajó a

	Para aficionados tiene constantemente: Máquinas Fotográficas y Películas “AGFA”. Atiende a domicilio con prontitud y esmero. Compañía N° 117 (Revista Huamanga, Ayacucho 31 de agosto de 1939 N° 24 Año V. p. 14).
5. Fabián Rivera Leyva (1925)	Casado con Guillermina Acosta Beingolea. Sus hijos fueron: Ángel, Edmundo Isaac, Ebe, Edy, Marcial, Nori y Hugo. Nació en la ciudad de Huamanga (Ayacucho), 21 enero de 1910. Muy joven se trasladó a Lima en busca de trabajo y estuvo ligado a la industria cinematográfica por razones laborales a la principal cadena de cines de Lima, que tenía en los cines Excelsion y Metro sus principales salas. Ya a los 15 años edad se orientó a la fotografía, teniendo como maestro a fotógrafos italianos y franceses que laboraban en dicha cadena. Sus primeros registros fotográficos en la ciudad de Ayacucho datan de 1925 y es muy importante la ubicación de su estudio, en la calle 28 de julio N° 442; en las inmediaciones del mercado y vértice de enlace con las áreas rurales; entonces era un extremo de la ciudad. En la actualidad el archivo está bajo la custodia de la familia (Exposición fotográfica hecha en Huamanga, agosto 2019).

Según Mayu Mohanna, si bien se sumaron otros fotógrafos en Ayacucho, el estudio fotográfico de Don Baldomero Alejos, fue:

La vitrina y las imágenes de Baldomero Alejos iban forjando una identidad a la cual no todos pertenecían, construyendo de esa manera un imaginario de glomour y estatus, de visibilidad, alrededor del estudio fotográfico: lo mejor de la sociedad ayacuchana indudablemente. Las familias de más prestigio de la sociedad ayacuchana tenían que ir a su estudio, cuenta Dante Añaños. Definitivamente era una cuestión de estatus. Ésta es foto de Alejos y punto. Eso significaba ser una buena foto. Baldomero Alejos se quedaría en Huamanga e instalara su primer estudio fotográfico en el jirón Dos de Mayo, en el barrio de Cinco Esquinas (...) personajes de la élite social de entonces se convirtieron en sus primeros clientes. Hombres y mujeres elegantes, hacendados, abogados, miembros del clero, todos encontraban en “La galería”, tal como Baldomero Alejos la llamaba, un lugar para perpetuarse dentro de los modelos establecidos por una sociedad cerrada y aislada en el tiempo y el espacio. Sus fotografías serían colgadas en las paredes del hogar., devolviéndoles su propia imagen, pero sobre castillos europeos que distaban mucho de ser las calles polvorientas y empedradas de Ayacucho. Era el estilo (...). (Mohanna, 2001, p. 14-15)

Lima. La capital del Perú, en ese entonces, pasaba por un proceso de modernización y el cine y la fotografía eran considerados aficiones de las clases más acomodadas. El mercado fotográfico limeño estaba liderado por los fotógrafos franceses Courret¹⁸ y Garreaud y por algunos retratistas peruanos que imitaban los patrones europeos. A su llegada Baldomero se empleó como ayudante del estudio del fotógrafo Diego Goyzueta¹⁸. Tiempo después, inauguró su primer estudio en el jirón Sebastián Barranca, en la Victoria, y luego se trasladó a Barranco, donde ofreció sus servicios a las familias acomodadas de este balneario. Antes el saturado mercado limeño-existían por lo menos unos cuarenta o cincuenta estudios que competían entre sí- y enterado de que en Ayacucho había carencia de fotógrafos¹⁸, don Baldomero Alejos viajó en 1924 a esta ciudad atraído por las celebraciones del Centenario de la Batalla de Ayacucho. Ese año también se inauguraba la carretera La Mejorada, que unían vialmente Lima con Ayacucho. Con la llegada de los primeros automóviles, llegaron también nuevas formas de pensar y crear. Baldomero Alejos inició con su trabajo lo que sería, años después el imaginario colectivo de una sociedad ansiosa de representación (Mayu Mohanna (2001) “La Memoria visual de Huamanga” p. 13).

Y no sólo Baldomero Alejos, sino que hubo otros fotógrafos que hicieron lo mismo, fotografiar a los pobladores que pagaban para tomar una fotografía, seguramente, ya no para demostrar un status sino, que era algo natural ir al estudio fotográfico de otros fotógrafos para retratarse y ya no sólo los de la élite sino también mestizos e indígenas.

En estos retratos individuales o colectivos de los ayacuchanos, el cuerpo predomina sobre el rostro, develando el esfuerzo que el fotógrafo hacía para dominar la escena. Según Mayu Mohanna, afirma que Luís Guillermo Lumbreras recuerda que:

Los clientes del señor Alejos eran la familia Arca Parró, la familia Protzel, la familia Añaños, Canales, Alarcón, Cavero. Eran todos hacendados y burgueses. Por otro lado, el testimonio de Consuelo Martínez explica: Cuando terminada de tomar las fotografías las colocaba en la vitrina, entonces todo el pueblo de Ayacucho se enteraba que uno se había tomado una fotografía. Las familias más conocidas estaban en exhibición. Ayacucho era una ciudad muy pequeña donde todo el mundo se conocía. (Mohanna, 2001, p. 14)

En 1968 Baldomero se trasladó, ya en forma definitiva, ubicando su establecimiento fotográfico en el jirón Bellido, donde fue siempre el lugar al que residentes y visitantes tuvimos como el centro fotográfico por excelencia:

Todo banquete, boda, entierro, desfile o actuación de cualquier índole, tuvo en Baldomero el testigo imprescindible. Las fechas elegidas de su obra nos alejan del momento en que se generalizaron las cámaras fotográficas de uso público, haciendo que Alejos fuera una presencia querida y obligada. Finalmente, estaba el laboratorio del fotógrafo. Aquí Alejos “retocaba sus fotos sobre el negativo. El retoque consistía en la aplicación de un unguento de naftalina sobre el rostro del negativo más carbón de lápiz sobre las arrugas, manchas y rasgos. Esto lo hacía con mucha paciencia, precisión y trabajo. Después, secaba sus fotos y las esmaltaba con ferrotipo para, a continuación, cortarlas y delinearlas con guillotina. (Zapata, 2008, 235).

Para finalmente entregárselas a sus clientes, ansiosos de verse retratados en la fotografía. En «otra época los fotógrafos eran artistas: tenían que hacer ellos mismos sus placas en colorido: aprendían junto a otros compañeros...» (Bourdieu, 1989, p. 272). Baldomero falleció en Lima a los 74 años de edad en 1976, víctima de una penosa enfermedad.

A continuación, veamos a otros fotógrafos que se instalaron en Ayacucho durante la década de los 20-50 del siglo XX:

6. José N. Oré (1924- 1926)	FOTO TALLER DAGUERRE de José N. Oré Tiene el agrado de participar al respetable público en general, que acaba de adquirir en propiedad, todos
-----------------------------	--

	<p>los elementos de la popular fotografía EXCELSION (A. Dolorier): máquina, fundas, muebles, sobre todo los interesantes archivos de E. Mariño y C.A. Parra, los que le permite proporcionar a los que deseen retratos antiguos de personas más distinguidas. Con tan variados elementos de trabajo, la Fotografía y taller se ubica en la Calle Libertad, primera cuadra. Está habilitada para hacer los trabajos más finos en el menor tiempo posible, los precios cómodos. - Visitad al Taller. Foto para convencerse que está montado con toda clase de útiles y en condiciones de satisfacer el gusto más exigente. - ¡Ojo! 6 retratos en postales por S/ 1.50 centavos. - ¡Ojo! Compra útiles de fotografías pagando precios convencionales. -¡No teme competencia ni rivalidad!! Calle Libertad (altos). (Periódico <i>La Abeja</i>, del 25 de marzo de 1926 N° 210).</p>
7. Víctor Jáuregui (1926)	<p>Su estudio se ubicó en la calle Plateros (hoy primera cuadra del jr. Lima) (Zapata, 2008, p. 233). Al igual que los otros fotógrafos también se dedicó a retratar a los diversos vecinos notables de la ciudad de Ayacucho.</p>
8. Abraham Guillén (1940)	<p>Que junto con don Luís Ugarte vinieron para realizar fotografías de templos, conventos, y de los barrios tradicionales de la antigua Huamanga, con el tiempo volvió e instaló su estudio en la ciudad.</p>
9. Víctor Jáuregui (1940)	<p>Su estudio fotográfico estuvo ubicado en la calle de Los Plateros (Hoy primera cuadra del Jr. Lima-ciudad de Ayacucho)” (Zapata, 2008, p. 233).</p>
10. Don Rivera, fotógrafo de Ayacucho (1950).	<p>“Él fue un fotógrafo que combinó el trabajo en estudio y la fotografía socia. En su estudio, ubicado en el Jr. 28 de Julio, elaboraba retratos de profesionales de clase media o de gente común y corriente en tamaño postal y también en tamaño carnet, para los trámites que se realizaban en las instituciones públicas. En la calle o en los hogares de sus clientes, fotografiaba eventos familiares y sociales: cumpleaños, bautizos y matrimonios. Para ello contaba con un nuevo tipo de material fotográfico: la cámara portátil. Con la utilización de la japonesa Hansa Canon (inventada en 1937) y de la Kodak Ektra (inventada en 1941), cámaras de pequeño formato con el sistema réflex, pudo estar presente en cualquier evento público o privado y prácticamente congelar el tiempo en una instantánea. Así, fotografió los eventos públicos más importantes de la ciudad de Ayacucho: las procesiones de Semana Santa, los desfiles de Fiestas Patrias o las simples imágenes de los monumentos de la ciudad, que eran expuestas en un escaparate de su estudio, como sí se tratase de un espontáneo museo fotográfico” (Zapata, 2008, 233).</p>

Elaboración del autor.

A mediados del siglo XX, a la par que se llevaban a cabo cambios y reformas que eran producto de los centenarios u otros aniversarios, así como por la organización de las élites para capturar esos escenarios, se inicia también el ingreso masivo de los cambios tecnológicos. El más decisivo, a nuestro juicio, la fotografía. A estas alturas del siglo XX, “abrieron los estudios fotográficos de Rivera, Zevallos y Prado (...)” Zapata, 2008, p. 233), que se sumaban algunos “fotógrafos ambulantes que operaban en la Plaza Mayor” (Zapata, 2008, p. 233), que operaban desde décadas atrás, formalizando la fotografía como forma de expresión y memoria de Ayacucho.

Es conveniente anotar que la profesión del fotógrafo se presta particularmente a trabajar de manera ideológica, puesto que no requiere de “ninguna formación racionalmente organizada, no exige la lucidez y permite, por el contrario, las representaciones oníricas de la elección profesional” (Bourdieu, 1989, p. 279). El “oficio de fotógrafo a menudo aparece como una simple etapa de un curso profesional confuso y caótico que se define tanto por la multiplicidad y diversidad de las profesiones como por la brevedad de su ejercicio” (Bourdieu, 1989, p. 282). Por eso, es indispensable saber que al fotógrafo se le exige que tenga «una buena cultura general», que sea un tipo polivalente, que «sepa hacer de todo», tener buen gusto y tener clase. Y en realidad esto es muy cierto; muchos fotógrafos de Ayacucho no solo eran contratados para tomar las fotografías en un determinado evento, sino que poco a poco fueron siendo parte de la «comunidad de notables» por la década de los 20 a 40 del siglo XX en la ciudad. Por eso mismo tenían ellos —los fotógrafos— que guardar las apariencias, tenían que conocer el comportamiento de dicha comunidad de notables y tratar de «imitarlos», poseer su «cultura», sus «modales», su forma de hablar y de vestir, etc. Es decir, un fotógrafo en Ayacucho debía estar a la altura de las circunstancias y del contexto; tenía que demostrar un alto nivel «cultural, social y económico». Pero no todos los fotógrafos eran tan elegantes.

El fotógrafo de las ciudades pequeñas —como Ayacucho del siglo XX— “se conformaba con la definición social de la fotografía, podía integrarse fácilmente a un grupo y encontrar su lugar en la jerarquía social” (Bourdieu, 1989, pp. 300-301). Y eso fue lo que ocurrió con Don Baldomero Alejos, Sixto de la Barra, Rivera, etc., todos ellos estuvieron a la altura de las circunstancias del momento.

6.2.1. Cambios en la vida cotidiana en la sociedad ayacuchana: Perennizando los recuerdos a través de la fotografía.

El impacto cultural de la fotografía, ha sido inmenso y ha alterado por completo el entorno visual y los medios de intercambio de información de una gran parte de la población del mundo. La fotografía ha transformado sutil, radical y directamente la disciplina de la historia del arte. Casi todos, tanto en el pasado como ahora, la utilizamos diariamente en forma de ilustraciones como recursos mnemotécnicos o sustitutos de objetos representados por su medio. El interés por el pasado local a través de la fotografía, ha convertido desde hace mucho tiempo, en un instrumento de análisis e información para los historiadores locales de Ayacucho.

Que como dice Peter Burke, la fotografía es el “medio visual en el que, según suele creerse, los acontecimientos del pasado son más accesibles a través de la respuesta emocional. Esto es así porque la fotografía mantiene una relación material, causal, con su tema. Nuestra respuesta considera, en parte, la fotografía como una huella real de un acontecimiento” (Burke, 2001, p. 249).

a) Imágenes circulantes

Herman Schwarz Ocampo, señala, que en el:

(...) año de 1854 Disdéri patentó el formato conocido como *carte-de-visite*, que en español pasó a llamarse “tarjeta de visita”, cuyas dimensiones eran de 6 x 9 cm. Se trataba de un formato fotográfico en papel, el que era pegado sobre un soporte de cartón, que generalmente llevaba el logo del estudio, tanto al anverso como al reverso, quedando libre un espacio en donde se podía escribir una dedicatoria. Lo particular de este nuevo formato era que se vendía por docenas. Parte del atractivo consistía en que, además de ser mucho más barato que un retrato de gran formato, se podía intercambiar entre los familiares y conocidos. (Schwarz, 2017, p. 24)

Aunque las *cartes de visite* se usaban para una amplia variedad de tareas representacionales, su uso más común era la tarjeta de recuerdo. A menudo la persona que entregaba su *cartes* dedicaría la fotografía a un amigo, aun pariente o a la persona amada con una nota o dedicatoria personal que se inscribía en la parte alta o en la parte baja del retrato. Además, la mayoría de las *cartes de visite* llevaban un logotipo en relieve indicando el estudio fotográfico en el cual se había elaborado la fotografía. Como el que mostramos a continuación.



Un cura y el Sr. Tomás Lama. Ambas fotografías llevan el logotipo del estudio fotográfico. Cortesía del Ministerio de Cultura-Ayacucho. Foto N° 12.

De la misma manera como la moda de la carte de visite se popularizó en la década de 1860, la práctica de intercambiar fotos como recuerdos entre amigos y parientes rápidamente se convirtió en una obligación social en la cual se esperaba que los visitantes ofrecieran un retrato de sí mismos como “pago” oír visitar una determinada casa o salón:

La cartes de visite fue considerada como portadora de status y prestigio, estas circulaban a través de la sociedad de clase media como una forma de capital simbólico o moneda social que un observador norteamericano de esa época ha inmortalizado denominándola “los billetes sentimentales de la civilización” Para la persona, la decisión de posar para un retrato destinado a la cartes de visite era trascendental. La imagen que sería captada e inmortalizada a través del lente tratase de hombre o mujer, permanecía como testimonio inalterable de sus logros morales, espirituales y materiales. Era una imagen en la cual la persona esperaba trascender a su propio yo mundano y reafirmar la belleza moral y física que permanecía como evidencia de la esencia única e inmortal de su alma. Para tal individuo, el estudio fotográfico era algo más que un establecimiento comercial. En muchos aspectos era más bien un lugar ritualizado de autocontemplación...la primera exigencia de estos clientes era que el retrato fuera un testimonio de su situación social y sus logros materiales. Una segunda exigencia era que el retrato refleje sus logros personales en tanto individuos cuyas cualidades morales, personalidad y carácter se derivaron de una esencia interna libre de los vínculos societarios de status y rango. El fotógrafo en primer lugar debe observar cuidadosamente al cliente con el fin de descentrar el verdadero carácter que subyace a las actitudes y apariencias copiadas...el retrato fotográfico no debe ser una mera copia del rostro; al lado de un parecido material, también debe haber un parecido moral” (Poole, 2000, pp. 136-140).



Río Alameda. Foto: Ministerio de cultura Ayacucho. Foto N° 13.

Pero, los fotógrafos que se instalaron en la ciudad de Ayacucho, también fotografiaron paisajes, calles, ríos, templos, casonas, etc. de los alrededores de la ciudad, como vemos en la foto N° 13, se puede observar a una familia constituida por la madre, y sus tres hijos (dos mujercitas y un varoncito) que se encuentran desnudos bañándose en el Río Alameda; mientras que al fondo se observa a un hombre que los está viendo desde lo lejos y parado en los muros del río. Esta fotografía nos demuestra que para dicha época era muy común bañarse en el río de la Alameda, esto porque sus aguas que corría eran limpias y refrescante para contrarrestar el incesante sol del mediodía; pero, además, muchas familia acudían al río para lavar sus ropas y frazadas, era una costumbre natural y nadie, salvo los notables se escandalizaban, a su mirada y percepción era una comportamiento “bárbaro” e “indecente”.

Uno puede percatarse que las fotografías están sujetas a muchas formas de manipulación. La información insertada en una fotografía podrá ser de utilización tangencial en la exposición analítica de un acontecimiento del pasado.



Vista panorámica del Jr. plateros (Hoy Lima) 1917. Foto N° 14.

Esta fotografía (N° 14) nos confirma la existencia de una de las acequias que lleva agua sucia, por el Jirón Plateros (hoy Jr. Lima); así como está acequia, existían muchas en la pequeña ciudad de Ayacucho, dicha fotografía fue tomada en el año de 1917, donde se observa a la gente común y corriente transitando dicho jirón.

La intención del fotógrafo, quizás fue otra, la de demostrarnos la diferencia existente entre una cultura y otra, ¿Cómo así? Sencillamente, sí el lector observa detenidamente dicha imagen fotográfica, se podrá dar cuenta que en esta foto aparece dos niños de clase social muy diferente: uno está usando un traje de su propia clase social: con sombrero negro, pantalón blanco y botas; es decir, de las familias acomodadas económicamente y con una mirada reflexiva a lo que está observando; mientras que el otro niño indígena, representa a la clase subalterna –popular-el cual mira fijamente a la cámara del fotógrafo quién está tomando la fotografía, el niño se encuentra con su alforja al hombro, sombrero de paja y con una mirada de curiosidad; un poquito más allá de los niños, se ve a un zapatero.

La foto es siempre una imagen de lo que nunca va a volver a suceder, que como dice Roland Barthes: “Lo que la fotografía reproduce al infinito únicamente ha tenido lugar una sola vez: la fotografía repite mecánicamente lo que nunca más podrá repetirse existencialmente” (Barthes, 1982, p. 31). Agrega el autor que “la foto se hace sorprendente a partir del momento en que no se sabe por qué ha sido tomada; ¿qué motivo puede haber, y qué interés, para fotografiar...en un primer tiempo, la fotografía, para sorprender, fotografía lo notable; pero muy pronto, por una reacción conocida, decreta notable lo que ella misma fotografía. El “cualquier cosa” se convierte entonces en el colmo sofisticado del valor” (Barthes, 1982, p. 76). En esta fotografía, “las poses y los gestos...los accesorios u objetos representados juntos a ellos siguen un esquema y a menudo están cargados de un significado simbólico. En este sentido el retrato es una forma simbólica” (Burke, 2001, p. 30).

b) Retratos de familias en Ayacucho

A principios del siglo XX, en la sociedad era difícil que los miembros de la familia tuvieran retratos tomados sin que alguien les hubiera informado sobre el costo y el lugar al cual iban. La fotografía familiar fue primero y antes que nada un intercambio o negociación simbólica entre el fotógrafo y la familia cuya fotografía tomaba. La fotografía de familia proporcionaba un espacio

excepcionalmente provocador para explorar esta proyección de identidades e ideales. Con frecuencia, en el retrato individual de una persona, las poses estandarizadas y la colocación de determinados accesorios, propios del estudio, muestran las pretensiones de clase como un elemento más o menos natural de la identidad personal. En:

El retrato familiar, sin embargo, las aspiraciones relativas a estatus y clase se revelan muy nítidamente a través de las demandas a veces contradictorias planteadas en forma individual por cada uno de los miembros de la familia. Estas demandas personales y aspiraciones de status también se expresaban en el cambiante terreno de la identidad racial. La construcción de la raza en un retrato de familia andino era el producto de la postura, la ubicación y la proporción. Estas convenciones formales establecían los limitados márgenes al interior de los cuales los individuos podían manipular las adscripciones “racializadas” de etnicidad puestas ante ellos por una sociedad en la cual cada relación social estaban encuadrada necesariamente por la etiqueta de mestizo, indio y cholo. (Poole, 2000, pp. 248-249)

En esta otra fotografía de la familia Vivanco-Vizcarra (foto N° 15), podemos observar que existe la jerarquía social, pero de una manera casi diferente, donde la madre cogiendo a su nieta está junto al esposo quién luce su terno y sombrero para la ocasión, a los costados sus hijas y su hijo o nieto. Al observar dicha fotografía, uno se puede dar cuenta la gran diferencia en la manera de posar y de vestir de las familias ayacuchanas. Por un lado, existieron familias de clase alta y clase media, en el caso de la familia Vivanco-Vizcarra, era de clase baja. La familia Vivanco posa en el interior del hogar familiar, donde un miembro de la familia ha tomado la foto; y decimos así, porque la fotografía nos la proporciono la misma familia que confirmaron que fue un miembro familia el que tomo la foto.



Familia Vivanco-Vizcarra. 1940. Foto N° 15.

Al analizar la fotografía familiar de los Vivanco-Vizcarra (foto N° 16), encontramos nuevas estructuras que nos van dibujando, el mundo social de la vida cotidiana, donde sus hijos, parientes y amigos, están celebrando un cumpleaños; decimos de la vida cotidiana, ya que los cumpleaños siempre se celebraban con música y trago; todos mirando al fotógrafo familiar, donde el niño que está delante de la mesa, está muy atento a la cámara y al fotógrafo. Esta fotografía fue tomada al interior del hogar de la familia Vivanco-Vizcarra.



Celebración de un cumpleaños. 1940
Cortesía de la Familia Vivanco-Vizcarra. Foto N° 16.

El acto de fotografiarse propiciaba un momento íntimo y trascendental. La casa se convertía en el espacio que rompía la cotidianidad, creando un momento de trance y alegría, en cada familia. La fotografía accedía así a las capas sociales medias bajas y altas, donde las personas podían ser retratadas sin ningún problema. Ya por esta época (1920-1945) la fotografía comenzó a masificarse comenzando a gestarse con la comercialización y el perfeccionamiento técnico. Con esta masificación, el retrato fotográfico se convirtió en un referente visual que ilustraba el contenido de algunos periódicos locales de la ciudad de Ayacucho.



Vista panorámica de un almuerzo de camarería en Ayacucho. Década de los 40 (XX). Foto Ministerio de Cultura Ayacucho. Foto N° 17.

Finalmente, en esta fotografía N° 17, podemos observar, a muchos personajes de la clase media acomodada, muchos de ellos mestizos, que vivían en la ciudad de Ayacucho y durante su permanencia en dicha urbe, ellos, aprendieron y asimilaron las costumbres de la clase notable ayacuchana, porque al decir de Eduardo Kingman Garcés:

La ciudad proporciona, además, otro recurso de valor inestimable: el aprendizaje necesario para sobrevivir en el mundo contemporáneo, la asimilación de determinados comportamientos, formas culturales, técnicas, secretos y hábitos propios de la otra sociedad; en algunos casos, incluso, profesionalizarse como medio de romper la dependencia étnica. Ese ir y venir constante de una zona a otra, de una región a otra, es parte de un aprendizaje: el conocimiento tanto de los secretos de la ciudad como de los páramos altos o la yunga, la experimentación de la vida a través de los viajes (y de las historias de viajes) todo eso constituye parte de la formación tradicional del hombre andino. La red de carreteras y de vías ha facilitado este aprendizaje del que, por otra parte, no se puede prescindir. Dentro de la sociedad aborígen el prestigio se asociaba con el conocimiento de las culturas remotas. (Kingman, 1992, p. 22)

En la foto se muestra un almuerzo de camarería, donde observamos que todos son varones, luciendo sus mejores trajes de gala, es decir su terno, mirando todos a la cámara del fotógrafo. En dicha fotografía podemos ver también, dos largas mesas cubiertas de manteles blancos, todos con los platos ya servidos y sobre la mesa también se nota las botellas de vino; otro detalle muy interesante de la foto es que la mayoría a colgado sus sombreros en los palos que están a sus costados.

Podemos concluir, que la fotografía nos muestra detalles que a simple vista de un “observador”-que puede ser profesional o no- puede escapársele, ya que su intención no es analizar la fotografía sino simplemente verla o insertarla como una imagen que ilustre su libro, artículo o revista; en cambio, un historiador visual, tienen la obligación de tomar en cuenta cada detalle que aparece en la fotografía, preguntarse cuál fue la intención del fotógrafo al tomarla; en este caso, tuvo la intención el fotógrafo de tomarla para que quede registrada para la posteridad.

6.3. El impacto social del cine: Revolucionado la vida cotidiana en Ayacucho.

El cine en la ciudad de Ayacucho es considerado por diversos autores como espacio público de entretenimiento por excelencia en el control del lenguaje social por las élites. La población huamanguina de inicios del siglo XX acudía a ver la proyección de diversas películas en casas o lugares públicos ad hoc. Como dice Valero, el cine «es un medio de comunicación de masas y una forma de expresión artística con valor documental...» (Valero, 2009, p. 3), aunque para aquella época no era considerada de esta manera. De todos modos, el cine congregaba a diversas personalidades de la «comunidad de notables» de la ciudad, quienes asistían a distraerse y tener un momento de relajación después de su rutina diaria. Eleuterio Sulca, en su tesis sobre *La modernización de la ciudad de Ayacucho (1900-1950)*, afirma que el cine «fue traído a la ciudad de Ayacucho por los empresarios Martinelli Hnos en 1913» (Sulca, 2004, p. 70). Para responder esta afirmación tuvimos que revisar no solo documentos de archivo e ir a la misma fuente documental citada por el tesista, sino que nos encontramos en uno de los artículos periodísticos que en realidad el cine en la ciudad de Ayacucho no fue traído en 1913, **sino en 1910**.

Para mayor objetividad histórica, insertamos la cita textual del artículo que dice:

Cinema: tenemos conocimiento que el progresista caballero don Federico Martinelli ha mandado de la capital un cinematógrafo para estrenar en esta ciudad espectáculos tan cultos y que se expongan películas que no dañen la moral. (*El Estandarte Católico*. Órgano del Obispado de Ayacucho”. (Periódico Decenal. XX. Año. XI. N° 297. Ayacucho, noviembre 30 de 1910)

Debe anotarse que Federico Martinelli, para este año y después de algunos meses ya había traído el cinematógrafo para la proyección de películas en la ciudad; pero haciendo hincapié que dichos films no sean reñidos hacia la moral. Para confirmar que el cine en la ciudad de Ayacucho

ya estaba instalado y funcionando desde 1910 hacia delante, en la crónica local del periódico *El Orden, para 1911*, se inserta lo siguiente:

Cinema: Las funciones con que la Empresa de los estimados hermanos Martinelli viene proporcionando momentos de solaz a nuestra sociedad, sensible es decirlo no tiene concurrencia que es de desear: siquiera debería salir las familias de la monotonía en que están condenadas, privadas de todo aquello que pueda proporcionarles expansión y entretenimiento... los hermanos Martinelli continúan favoreciendo con funciones indicadas... presentan películas morales, ilustrativas, chistosas y sensacionales como “Flor de Nieve”, “La Hija del Pescador”, o el drama como una “Jaula de Leones. (*El Orden*, órgano de los intereses del departamento. Año VII Ayacucho 26 de febrero de 1911 N° 70 sobre Cinema en la ciudad de Ayacucho).

Como se puede apreciar en la cita, la falta de concurrencia de las familias a las funciones de cinematógrafo se debería a algunos factores diversos, como la economía, la falta de cultura —es una sociedad con alto índice de analfabetismo—, la falta de costumbre de ver dichos espectáculos, la dificultad de ver imágenes en movimiento y sin habla (porque aún el cine es mudo); aparentemente todo esto les parecía a los pobladores algo raro y sorprendente, tanto para los indígenas del lugar como para las familias poco acomodadas.

Pero qué decir de los vecinos notables de la ciudad de Ayacucho, que gozaban de una mejor educación; es decir, sabían leer y escribir; quizás no les gustaba las películas proyectadas en esos momentos, no así por la parte económica que para ellos posiblemente era algo secundario o, como dice el articulista, por ver los defectos de los propietarios que no sabían manejar los aparatos y posiblemente en cada momento se paralizaba la película o la cinta estaba maltratada. Es decir, que algo ocurrió al interior de la carpa para que muchos miembros de la comunidad de notables no asistieran masivamente a dichas proyecciones de películas, que no eran dañinas contra la salud mental, sino más bien eran films con un contenido altamente moralista. Durante los posteriores años se fueron proyectando diversas películas con asistencia de la población culta de Ayacucho.

En 1912, por fiestas patrias, se habían realizado proyecciones de películas para toda la población, como se firma en el artículo periodístico: «Crónica. Fiestas Patrias: el día 27 y 28 de julio se proyectaron bonitas películas con el señor Martinelli distrajo al “pueblo”(El Orden Siglo XX. Año XII N° 340. Ayacucho, agosto 10 de 1912.”).

El artículo periodístico nos confirma la existencia de proyección de películas para las fiestas patrias del año 1912; pero, lamentablemente, no nos informa qué películas se proyectaron a la

población y en dónde, aunque estamos casi seguro de que fue en la plaza mayor de la ciudad de Ayacucho. Con estos artículos demostramos que el cine en la ciudad de Ayacucho estuvo para 1910 y no para 1913, como afirma en su tesis Eleuterio Sulca. Por otro lado, se manifiesta:

Sabemos muy bien que el cine y las películas proyectadas en dicho establecimiento era al principio mudo, carecía de audio, solo se proyectaban películas en blanco y negro; entonces se mostraban imágenes en movimiento, aunque en Lima este tipo de cine era acompañado de música tocada por un pianista o una pequeña orquesta y, además, comentada por la voz de un narrador, imprescindible figura que hacía posible que multitudes analfabetas o inmigrantes desconocedores del idioma entendieran la película. Además, los productores encargaban partituras originales para sus películas más prestigiosas, con lo que al cine ya solo le faltaba hablar, pero se tenía la concepción de una obra creada entre la imagen y el sonido. El cine mudo, en realidad, mudo del todo en cierto modo no era. (Valero, 2009, p. 38)

En la ciudad de Ayacucho ocurría algo parecido, aunque no hemos podido hallar la documentación que nos confirme estos datos; creemos que así fue y así se proyectaron las películas para el entretenimiento y distracción de la población ayacuchana de la época que nos interesa. El contenido era de historietas y reportajes. También, fue proyectada en la Municipalidad de Huamanga, para 1913, como lo confirma Eleuterio Sulca, diciendo que las películas proyectadas fueron: *Los Tres Mosqueteros» de Alejandro Dumas; El Conde de Montecristo;* como también películas de aventura como *La caza*, de Etinue Maye, y películas cómicas *Regando el jardín*, de los hermanos Lumiere, hecha en 1896; también fueron proyectados documentales como *Trabajadores saliendo de una fábrica*, etc. En 1913, se le concede a Federico Martinelli el local municipal para la proyección de películas con la condición de dejar el 30% del ingreso recaudado:

Se procedió a dar lectura del documento de propuesta del señor Martinelli, pidiendo se le dé en concesión el local de la Casa Consistorial para que proyecte películas, edifique un teatro en locación por S/ 5.00 soles mensuales; mientras se tramite y revuelva esto se acordó que la empresa Martinelli Hnos....deje el 30% de las utilidades del espectáculo a beneficio del Concejo Provincial. (Sulca, 2004, p. 77)

Este mismo prominente miembro de la élite blanca Federico Martinelli dio a conocer lo recaudado por la proyección de películas, como lo confirma este dato: «...tengo el agrado de remitir con la planilla el balance respectivo visado por el inspector del ramo y los comprobantes necesarios, la suma de S/. 14 soles con 49 centavos, que arroja 30% de la función de beneficio del día de ayer (El Orden. Ayacucho, noviembre 5 de 1913). Con esta información podemos decir que no solo se dejó el 30% a la municipalidad, sino que lo más importante es que el público de la ciudad asistió casi masivamente. ¿Por qué? Simplemente porque era una novedad, ya que recién estaban pasando

dos años desde su inauguración en la ciudad. Si pensamos que el ferrocarril nunca llegó para Ayacucho y que causó muchas esperanzas e ilusiones el deseo triste de verlo llegar, más aún el cine causaba no solo melancolías, sino también emociones, risas, tristezas, angustias, etc. Y esto dependiendo de las películas proyectadas. Por ejemplo, imaginemos *Los Tres Mosqueteros*, una película que, aunque muda, tenía imágenes en movimiento y de fácil entendimiento, sobre todo para los vecinos notables de la ciudad.

El cine en realidad fue considerado a inicios del siglo XX como un espacio público de diversión; a mediados de siglo se concentraba ya la mayor cantidad de población ayacuchana, no solo para ingresar a ver la película que se iba a proyectar ese día, sino también para participar de un espacio de «tertulia» entre los notables, porque son ellos los que comentaban el drama del film. Durante los inicios del siglo XX, a Lima trajeron el cinematógrafo los señores Jobler y Nissolz, quienes vendieron dichos aparatos a un empresario que lo instaló en Cerro de Pasco, localidad ubicada en la sierra central del Perú. Progresivamente, otros aparatos y películas de marca Pathé y Gaumont llegaron y se instalaron en carpas o locales en los departamentos de Junín, Huánuco, Ayacucho, Huancavelica, después de su utilización en Lima. El “exhibidor Aurelio Costa Vaccaro, constructor de salas cinematográficas en la sierra central, testimonió que al llegar como empresario ambulante a mediados de la década del veinte, a La Oroya, Jauja, Tarma, Cerro de Pasco y Huánuco, encontró barracas equipadas con antiguos equipos Pathé que, pese a su descuido, aún funcionaban (Carbone, 1991, pp. 55-56). Como se puede apreciar, el cine comenzó a funcionar en carpas y locales alquilados en la ciudad de Lima y, por supuesto, en la de Ayacucho. Durante años, el cine fue un lugar de entretenimiento.

El cine durante el Oncenio del Presidente Augusto B. Leguía y, sobre todo, para 1921 y 1924, los vecinos de Lima esperaban el mes de febrero para celebrar el carnaval y, por supuesto, el cine registraba todo el acontecimiento, como Giancarlo Carbone, señala:

La sociedad celebraba y luego deseaba verse celebrando. Las imágenes fílmicas eran el complemento de las revistas ilustradas de modas y actualidades sociales. Nuestra sociedad sentía orgullo de ver su imagen proyectada en movimiento, de reconocerse habiendo estado allí, era la búsqueda de la favorable sanción social por compartir la alegría, el juego o la misa con el líder de la Patria Nueva, Augusto B. Leguía. (Carbone, 1991, p. 67)

Esto mismo sucedía en la ciudad de Ayacucho para 1920, donde el cinema se había convertido en la distracción del momento, algo así como una «moda»; es decir, ir al cine era algo

relajante para la salud y la diversión del trajín de la semana de trabajo para los vecinos cultos de la sociedad ayacuchana. Al menos este era el discurso de la élite dominante de los notables. En uno de los periódicos locales se manifiesta:

Cinema: la noche del 24 del año la carpa cinematográfica que los empresarios señores Copello-Ishikawa han establecido en esta ciudad, que de hoy en adelante contará con este centro de honesta recreación. La primera cinta que se pasó “Dios como Testigo” fue hermosa y moral; pero fracasó, debido a las pésimas condiciones de su presentación, por la poca luz y falta de pericia en el manejo del aparato. (*El Estandarte Católico*, órgano del Obispado. Publicación decenal. Del 31 diciembre de 1920 N° 576 sobre Cinema en la ciudad de Ayacucho)

Copello-Ishikawa sería el segundo cine que se instalara en la ciudad de Ayacucho; sus proyecciones de películas se verían a ser a través de carpas en la vía pública. La moda de la capital del Perú también se trae a Ayacucho, a través de sus propietarios Copello e Ishikawa.

Para 1921, encontramos ya funcionando el llamado Cine Ayacucho, donde las personalidades de la pequeña urbe asistían a ver las películas del momento. En uno de estos meses, el municipio de Huamanga prohíbe seguir funcionando el cine porque carece de licencia del «decreto expedido por la alcaldía el 12 del presente impidiendo las funciones cinematográficas de parte de la nueva empresa... mientras esta organice el expediente de licencia con más el informe del Cine Ayacucho” (Aray. Sección Municipalidad (Libros) Actas de sesiones Legajo: 28. Años: 1920-1941. Sesión del 13 setiembre de 1912 sobre el Cine Ayacucho). De este pedido se inicia el debate sobre su funcionamiento, como dice Copello, y se debata sobre la suspensión de funciones del cine Ayacucho. Por otro lado, Vidal Olivas dijo que, como puede atestiguarlo el señor síndico y el gerente de la empresa Cine, no había recibido solicitud alguna... «que por el contrario tenía como razones para opinar a favor de la demanda interpuesta por el cine Ayacucho, las consideraciones de que se trata de una empresa que proporciona distracciones cultas y honestas que merecen el apoyo del consejo (Aray. Sección Municipalidad (Libros) Actas de sesiones Legajo: 28. Años: 1920-1941. Sesión del 13 setiembre de 1912 sobre el Cine Ayacucho. folio 212). Por otro lado, el señor síndico Hidalgo Vergara, denunciante, dijo:

Que la denuncia de él no tenía como móvil ninguna prevención mezquina contra la empresa... que, por el contrario, ella tenía como base una declaración hecha personalmente a él por el socio de la empresa cine Ayacucho señor Ishikawa de que caballeros que venían haciendo una gira por el centro de la república, había arrendado el local del cine Ayacucho para dar en el las funciones de cinematógrafo que constituyen un negocio propio de aquellos

caballeros; y que la mejor prueba de cuando acaba de manifestar se encuentra en el hecho no negado por el gerente del cine Ayacucho en su informe, de que antes de prestarse al negociado en referencia había anunciado al público sus últimas funciones y en el programa acompañado a la denuncia avisando la serie de espectáculos ofrecidos al público y que se ha mandado a suspender. Fue entonces que el señor Copello refuto las razones del señor Hidalgo Vergara...el señor Copello abandono el estrado municipal en forma violenta. (Aray. Sección Municipalidad (Libros) Actas de sesiones Legajo: 28. Años: 1920-1941. Sesión del 13 setiembre de 1912 sobre el Cine Ayacucho)

Como se aprecia, el Cine Ayacucho fue suspendido por no contar con la licencia respectiva en esos momentos, a pesar de que algunos regidores del municipio justifican que las películas que se proyectaban eran de distracciones cultas y honestas. Estamos aparentemente ante una grieta en el discurso legitimador dominante. En estas circunstancias vemos que el cine proyectaba films que no dañaban la moral de la sociedad «culta» de la ciudad de Ayacucho; por el contrario, traía distracción y entretenimiento.

El Cine Ayacucho había alquilado películas con 15 episodios traídos por dichos caballeros. El Dr. Vidal Olivas dice que se trata de una empresa distante al Cine Ayacucho que viene haciendo su gira por el centro de la repúblicas; por lo que el señor Alcalde advirtió a los señores concejales se dé a la votación secreta y que se sirvan sufragar por el decreto de la alcaldía suspendiendo las funciones cinematográficas de la empresa Cine Ayacucho, mientras pida la licencia respectiva; por lo cual se votó: 6 por el sí, por la aprobación del decreto de alcaldía y 2 votos por el NO, por el que desaparezca el decreto. (Aray. Sección Municipalidad (Libros) Actas de sesiones Legajo: 28. Años: 1920-1941. Sesión del 13 setiembre de 1912 sobre el Cine Ayacucho. Folio: 215)

En conclusión, el Cine Ayacucho, para 1921, fue suspendido por no contar con la licencia respectiva. Esto quiere decir que el entretenimiento y las distracciones de proyección de películas al público culto de la ciudad de Ayacucho se dejaron de proyectarse y, por lo tanto, el propio público dejó de asistir y volver a la rutina diaria del trabajo. El cine, interrumpido de esta manera, hizo que muchos vecinos notables se preocupen no solo por el funcionamiento de la empresa cinematográfica, sino de tener en mente construir con el tiempo otros locales de cine en la ciudad. Por otro lado, para 1913, se proyectó la cinta *Napoleón en Santa Elena*, film que causó emoción en el público notable de Ayacucho, ya que la proyección era beneficio de actos sociales de interés público:

Página Central: Cinema: la función de beneficio del consejo provincial, del día jueves 1º del que rige, resultó bonito. Se pasó la cinta emocionante “Napoleón en Santa Elena” y otra de significación patriótica “Bodas de plata”; aplaudimos el interés del empresario Martinelli. (*El Debate*, órgano del Centro. Año. XXVII. N° 360 Ayacucho 16 julio de 1913).

Para 1923, el Cine Ayacucho ya está funcionando de nuevo, seguramente después de algunos meses antes de su suspensión en 1921, lo que puede verificarse en una nota periodística local que manifiesta: «Cine Ayacucho: con buen éxito viene funcionando este espectáculo público, el que proporciona distracciones morales, dadas las buenas películas que pasan por la pantalla. Felicitaciones a los señores Copello e Ishikawa” (*La Abeja*, periódico local, Ayacucho 28 de mayo de 1923 N° 131. En *Crónica Local sobre el Cine Ayacucho*). En esta ocasión, ya no solo se trata de la empresa Martinelli, sino también la de Copello e Ishikawa, quienes también proporcionaban distracciones a través de los films que proyectaban. En este mismo año de 1923 se comentaba como los films tenían un contenido cristiano, al pasarse la película religiosa:

Crónica Local: La pasión de nuestro Señor Jesucristo en el Cine Ayacucho acontecimiento de trascendencia para la ciudad, ha sido la exhibición del precioso film, que evoca el Drama del Calvario y que ha sido representada en el Cine Ayacucho ante un selecto público. La película en cuestión es la misma que hace años el señor Martinelli dio a conocer, por primera vez, al público. Por tan simpática representación, enviamos nuestras felicitaciones a la Empresa Copello-Ishikawa. (*La Hormiga* año IV. N° 82 Ayacucho 9 mayo 1923)

En el periódico *La Hormiga* se ofrece testimonio de que no solo había cine en carpas o locales; también se realizaba proyecciones de cine al aire libre, sobre todo en la plaza mayor de la ciudad de Ayacucho, donde el público asistía masivamente ya entrada la década de 1910. En el discurso hegemónico de los notables, estos eventos eran proyectados como sinónimo de patriotismo civilizatorio de los bárbaros, una ocasión para educar a las clases subalternas. Las élites usaban el cine en las fechas de Fiestas patrias, donde el propietario conjuntamente con el municipio huamanguino se ponían de acuerdo para realizar eventos de esta naturaleza: «Fiestas patrias: Cine al aire libre. Esta se realizó en el parque inglés de 9 a 11 p.m. Felicitaciones a la empresa del Cine Ayacucho” (*La Hormiga* año IV. N° 88 del 5 agosto de 1923).

Durante los años posteriores, el gobierno de Leguía le dio importancia al cine en todo el ámbito nacional, esto con el argumento de que el cinema era un espectáculo educado, donde la familia podía distraerse de manera sana, en una especie de discurso higienista. Lo mismo para 1929 en la ciudad de Ayacucho, Ishikawa va a pedir licencia para el funcionamiento de cine: «licencia que solicita Luis Ishikawa para dar funciones de cine, abril 17 de 1929” (Aray. Sección: Municipalidad. Libro, copiadore de decretos, leyes y resoluciones. Leg. N° 21 Año. 1928-1937. Cuaderno de los años: 1928-1930. Folio: 90). Por otro lado, también algunos propietarios pedían exoneración por la proyección de algunas películas, por lo que en algunos momentos la asistencia

al cine podía ser gratuita, considerada en el discurso oficial como una muestra de gran civismo” (Aray. Sección: Municipalidad. Libro, copiadores de decretos, leyes y resoluciones. Leg. N° 21 Año. 1928-1937. Cuaderno de los años: 1928-1930. Folio: 07). Es interesante ver cómo, durante la primera década, el cine comenzó a ser un espectáculo muy importante para la ciudadanía en la ciudad de Ayacucho, donde los vecinos llamados «notables» siempre asistían y donde se pedía que dichos films sean de contenido «decente» y «moral» para así ser ejemplo para sus hijos y familiares.

Démosle un espacio especial al **Cine Teatro Cáceres de Ayacucho**. Durante la década de 1930 se inicia los trámites por parte de un nuevo propietario para la construcción de un Cine Teatro en la ciudad ayacuchana: “En una solicitud de Isaac Cáceres, dando cuenta sobre la construcción de un teatro, el **30 de junio de 1934**. Considerando:

Que los municipios no son meros vigilantes de ciertos servicios vecinales, sino que su radio de acción es amplísima que comprende cuando se relaciona con la cultura de una localidad (...). Que uno de los exponentes de dicha cultura es un Teatro, no solamente como espectáculo público sino como centro que da albergue a la parte de la sociedad que busca momentos de solaz, en horas desocupadas, a las que el municipio está obligado a contribuir, no precisamente subvencionando a las compañías teatrales que soliciten apoyo económico, pero sí dando facilidades a los empresarios que las organizan (...) Que es público y notorio que el señor Isaac Cáceres, prestigioso vecino de la ciudad, ha construido-de su propio peculio un local adecuado para que actúen en las compañías teatrales, proporcionando así una distracción culta al vecindario (...). Se resuelve: acceder en todas sus partes al memorial presentado por dicho Cáceres, constructor del teatro de su nombre y exonerar en consecuencia de todo gravamen municipal al “Teatro Cáceres”... Mujica (inspector de espectáculos de la municipalidad e Huamanga). (Aray. Sección: Municipalidad. Libro, copiadores de decretos, leyes y resoluciones. Libro del 20 noviembre 1933 al 17 abril 1936. Folio: 52.)

Como se observa, es Isaac Cáceres quien pide la construcción del cinema al que le pondrá su propio apellido: «Cáceres», en 1934. Entonces podemos confirmar que desde este año hacia delante el cine teatro Cáceres comienza a dar funciones públicas, por supuesto que serán luego de varios meses. Los films proyectados que se estrenaban eran traídos desde Lima.

Sobre dicho personaje, el Profesor Ernesto Camassi Pizarro, señala:

Ya les había contado del “Tuerto Cáceres” fundador de la primera sala de cine en Huamanga. También fue el primer empresario taurino (...). (Camassi, 2019, p. 59)

Nuestro maestro y músico, señala a Issac Cáceres como uno de los primeros en traer el cine a Huamanga; pero como hemos señalado, líneas arriba, fueron otros; pero si debemos decir que el primero en estrenar un Cine-Teatro, que es diferente.

Para 1933, el señor Vicente Montechiara, pide una exoneración, aunque esta va a ser negada por el municipio huamanguino:

Sesión ordinaria del 14 octubre de 1933. Alcalde Jesús Mujica. Hora 8 y 40 de la noche. Despacho. Solicitud del empresario del CINE parlante, don Vicente Montechiara, reclamando al municipio la exima del pago del 10% de impuestos. Se rechazó la solicitud del empresario del cine parlante MONTECHAIRE. (Aray. Sección: Municipalidad. Legajo. N° 28. Cuaderno N° 111. 14 de 1833 al 13 mayo de 1941. Folio. 24)

Asimismo, se manifiesta: «El señor Zúñiga pide que el consejo tenga a bien deliberar en sesión secreta la denuncia que tiene entablada contra el empresario del cine, señor Vivanco por una multa de 25 soles... eran las 8 de la noche» (Aray. Sección: Municipalidad. Legajo. N° 28. Cuaderno N° 111. 14 de 1833 al 13 mayo de 1941Folio. 24. 16 diciembre de 1933). Como en el fondo la aceptación o rechazo de los cines depende del discurso oficial, el cine como un espectáculo público y considerado como «culto» esperó a ser legitimado al lograr la «bendición el 19 de junio, a cargo del Monseñor Fidel Castro» (Periódico “La Abeja”. Ayacucho, 9 de junio de 1934 N° 364. Artículo titulado “Bendición del Teatro “Cáceres). Durante estos años la sociedad ayacuchana, especialmente, la comunidad de notables compraba sus boletos en las ventanillas y los propietarios del cine utilizaban muchas veces un motor para las funciones nocturnas, donde lamentablemente muchas veces el motor se apagaba y generaba «...defectos por lo cual hubo interrupción de la película y protesta del público asistente» (Revista Huamanga. Ayacucho, junio de 1953). en sus salas. Por otro lado:

El señor Isaac Cáceres ha llevado la reconstrucción de su local cine teatro, único lugar de su género en esta ciudad. Las paredes han sido levantadas con un metro del alto, ampliación del local, construyendo nuevo proscenio, balcones laterales; galería sobre la casta, decorado en relieve, pintado de crema, cuyo trabajo corrió a cargo del artista señor Demetrio Lara Serpa. Tiene lámparas ornamentales que guardan armonía con el decorado. Capacidad del local: Platea para 400 personas, balcones para 100 y galería para 300. (*Semanario Informativo y noticioso ACCIÓN*. Director Alfredo Parra Carreño. Año. I. Ayacucho 1 enero de 1939)

Casi al terminar la década de 1930 se comienza a pedir obras públicas; una de ellas es la propuesta para la construcción de un nuevo cine teatro. En este caso se pedía para el municipio:

Obras públicas en los presupuestos nacionales de 1937 y 1938 se han realizado obras: ...5ta se ha conseguido la aprobación gubernativa N° 779, para la construcción de una sociedad anónima encargada de la construcción de un cine teatro en esta ciudad, pidiendo el municipio ha solicitado del supremo gobierno su autorización para levantar un empréstito de 20 mil soles oro, con el fin de destinarlos a la construcción de la proyectada obra. (*Acción*, periódico de Ayacucho 23 enero de 1939 N° 07 Año. I, pp. 03. Título: “Labor del personal actual de la municipalidad de Huamanga)

Desde el año de 1924 apareció en *El Comercio* la solicitud de señoritas, decorados y vestuarios para una película próxima a rodarse por la empresa Atahualpa Films. Es la primera información ubicable acerca de una cinta argumental sobre la Guerra del Pacífico que un grupo de aficionados, encabezado por un abogado de apellido Carvallo, la produjo y la dirigió. Así lo realizaron con entusiasmo y ambición sin saber que se convertiría en causa del primer conflicto institucional del cine peruano (Carbone, 1991, p. 70). Para el caso de la ciudad de Ayacucho, lamentablemente estas iniciativas todavía no se estaban dando. Pero lo que sí se ha encontrado es que Isaac Cáceres, un artista que había recorrido diversos países llevando el teatro y trabajando en dicha actividad, se instala en la ciudad de Ayacucho e inicia las gestiones —como hemos visto— para el buen funcionamiento del teatro Cáceres.

En lo referente al cine hay que tener en cuenta que es la municipalidad de Huamanga, como ocurrían en todo el Perú, el agente que, a través de sus funcionarios de espectáculos, autorizaba el funcionamiento de los cine-teatro o salas de cine; a la vez, también, dichos funcionarios autorizaban qué películas deberían proyectarse para la comunidad ayacuchana. Las películas que el discurso hegemónico estimaba eran las que no eran supuestamente dañinas para el espectador, sino películas con un contenido que estimulara la moralidad y una buena conducta; los notables veían al cine como un medio para sustraer a los bárbaros de sus costumbres; los niños, jóvenes y adultos que presenciaran una película deberían salir satisfechos de haber visto una película con alto contenido de moralidad. Estamos ante una evidente herramienta de control social.

En todo caso, el cine comenzó en Ayacucho a existir a destiempo, pues se inició con retraso comparado con Europa. Las primeras películas que se proyectaron en la ciudad de Ayacucho se remontaban a 1910. Para la década de 1930 tendremos como protagonista a la municipalidad; serán entonces los concejales quienes pedirán que se construya un cine teatro para la proyección de películas y, también, para que sirviera eventualmente de teatro a las diversas presentaciones de música, teatro y danzas de la localidad como un apoyo a la cultura nacional. Es importante entender

que los cines tenían que ser inspeccionados para cumplir con la higiene que todo local debería garantizar a los espectadores que iban a deleitarse con las películas proyectadas. El inspector de espectáculos encargado de dicha actividad debería cerciorarse que los locales deberían estar limpios y aseados, sobre todo los servicios higiénicos. Pero será a fines de la década de los veinte que llegará al Perú «la época sonora». “El 6 de octubre de 1927 ha quedado como una fecha emblemática en la Historia: la aparición del cine sonoro. ¡El cine empieza a hablar! Fue toda una revolución. El cantor de Jazz de Alan Crosland dejaba escuchar al actor Al Jolson cantando” (Pérez, 2008, p. 7).

Durante **1945**, el propietario del Cine Cáceres comenzó a colocar afiches y volantes sobre las funciones de películas que se iban a estrenar por esos días, repartiendo pequeños volantes para que la sociedad pueda enterarse y asistir a comprar sus boletos, cuyas funciones se iniciaban mayormente por la tardes: «el día jueves 27 de octubre se pasó la película “Fiesta del Tango”, película que no ha correspondido a las expectativas del público, por ello se le impuso la multa de S/ 100 soles” (Aray. Sección Municipalidad. Ayacucho, 10 octubre de 1945).

El **Teatro Cine Municipal**: Una propuesta hecha realidad desde la década del 30 (XX), solo fue el Cine Teatro Cáceres que funcionaba proyectando películas a la sociedad culta de Ayacucho; pero será el propio municipio, a través de la propuesta de:

Los señores Corcuera y Mercado, para el arrendamiento del salón municipal para un cine teatro, y en la condición de construir un teatro municipal en el patio interior y como está acordado construir un garaje para el servicio público en dicho lugar, se debe construir en la primera cuadra del jirón Lima. (AMH, Libro de sesiones del 18 de marzo de 1933. Folio: 332)¹⁹

Pasó mucho tiempo para que la propuesta de dichos concejales por instalar cinemas en Huamanga fuese tomada en cuenta por los diversos alcaldes del Cercado de la ciudad; en ese sentido, el Cine Cáceres continuaría siendo el único que pasaba películas para la sociedad «culta» de la ciudad y, a la vez, de espectáculos teatrales. Aunque hubo algunos problemas de «censura», siguió funcionando. Uno de aquellos problemas se produjo el 30 de setiembre de 1933, cuando se manifestó que «la empresa Cine Cáceres, después de ligeras discusiones, se acordó que las películas

¹⁹ Archivo de la Municipalidad de Huamanga, en adelante AMH.

se pasen previa censura del mismo y que los boletos de entrada serán selladas” (AMH. Libro de sesiones del 18 de marzo de 1933. Folio: 396).

En 1937, se presenta el proyecto para la construcción del Cine Teatro Municipal, al decir del *Boletín Municipal*:

Considerando: Que desde hace algún tiempo se deja sentir la necesidad de construir un teatro, que responda a la cultura de la ciudad, siendo más urgente la ejecución de la obra con la proximidad de la celebración del IV Centenario de la fundación de Huamanga. Que el edificio debe erigirse en un terreno que este ubicado en lugar central de la población, radio urbano de la ciudad. Es importante que la comuna auspicie la formación de una empresa anónima que tienda a este fin, que la ejecución de la obra en proyecto puede tener un costo total de cuatro mil soles oro. Propone: Que el consejo constituya una empresa anónima para la construcción de un teatro, cuyo directorio presidirá el alcalde, de acuerdo con estatutos. Que se designe el presupuesto del consejo para el año 1938 la suma de 10 mil soles para la ejecución del teatro y a partir de 1940 se consigne la cantidad de mil soles semestral y que el consejo sea el único dueño del edificio. Ayacucho 23 octubre de 1937. Leonardo Risco-Alfredo parra Carreño-Edgardo Madueño- Néstor Cabrera. (*Boletín Municipal*, 29 octubre de 1937 Año XIV N° 67)

Con la propuesta que venimos de anotar se hace visible el interés de algunos miembros del poder local del municipio para tener un cine teatro donde pueda acudir la población ayacuchana, y no depender de las funciones de Cáceres. Con dos cines y teatros a la vez, en el lenguaje de los vencedores, la población podía contar con un espacio social ampliado de diversión y entretenimiento saludable, higiénico, apto para los mismos notables que se identificaban con el cine como para sus eventuales consumidores de las clases subalternas. En este sentido, al ser dueño la propia municipalidad, la clase subalterna podía acudir sin ser censurada por su bajo nivel cultural, porque el cine teatro municipal era para toda la sociedad sin discriminación alguna. A pesar de la buena propuesta, su construcción tardó algunos años, lo que cambiaría el modo de vida cotidiana que los mestizos e indígenas tenían como costumbre. Era la oportunidad de gozar y de entretenerse con películas y espectáculos acorde a su cultura. Pronto los cines serían más de dos y el discurso de los vencedores tendría un nuevo arsenal para expandir y consolidar su visión de la identidad y el reconocimiento.

En efecto. El 30 de junio de 1944

Se comenta que la municipalidad ha resuelto CONSTRUIR UN TEATRO, además del funcionamiento de dos salas fácilmente el movimiento y desarrollo artístico de la ciudad. En la actualidad la ciudad con una sala de propiedad particular. Las otras dos, son de una

actuación del colegio Mariscal Cáceres, ubicada en el interior del plantel para uso exclusivo y la otra de la comunidad franciscana de Asís por una u otra actuación. Se dice que el señor Francisco Paredes planea la construcción de una sala para espectáculos en los terrenos de su propiedad sito en la esquina Universidad y Tres Máscaras frente a la plazuela de la Buenamuerte. Se habla también que el señor César Lomellini propietario de una finca en la calle Santo Domingo se propone construir en el terreno una sala de espectáculos (Edgardo Madueño). (*El Pueblo* N° 1373. Año: XIV. Ayacucho, viernes 30 de junio de 1944. Artículo titulado “El teatro municipal)

Con esto se demuestra que la ciudad vivió después de la Segunda Guerra Mundial un verdadero *boom* de construcciones de cines y teatros de espectáculos, que se pusieron de moda. Además, los pequeños empresarios tenían esa iniciativa de progreso cultural. Revisemos algunos de estos nuevos centros de la identidad moderna de Ayacucho gerenciados por la élite de notables. Comencemos por el teatro Cavero.

Si el Cine Cáceres y el Cine Teatro Municipal eran los únicos que comenzaron a funcionar desde la década de los 1930 en la ciudad capital de Ayacucho, pronto se agregó el proyecto de construcción de otro cine teatro, el Cine-teatro Cavero, empresa con el apellido de una familia prestigiosa familia rica de Huamanga, con gran status económico y social dentro de la sociedad de clases. Sus miembros se unen para poder consolidar la idea y, así en el año de 1948, se informa que:

El cinema teatro “Ayacucho” de propiedad de Don José Cavero Torres y que es verdad que en la ciudad de Ayacucho, actualmente cuenta con el cine teatro “Cáceres” de don Issac Cáceres, por lo que se halla en construcción el edificio. Con estos dos locales, la ciudad tendrá tres establecimientos de la misma índole. Está ubicado en el jirón central de la ciudad, se han traído obreros de Lima y Huancayo, como el Ing. Fernando Mesarina. (*Sierra*, vocero fajardino. Primera quincena de octubre de 1948. N° 240. Año: XIII)

La construcción del **Cine Teatro Cavero demoró 15 años para su inauguración**, que se dio en diciembre de 1962:

El día 8 de diciembre en víspera del aniversario de la gloriosa Batalla de Ayacucho, tuvo lugar la bendición e inauguración del Cine Teatro Cavero Torres, días antes la empresa cinematográfica hizo circular tarjetas de invitación.

El Excelentísimo Señor Obispo tuvo a su cargo, el acto litúrgico de la bendición del local. Los padrinos Doctores Alberto Arca Parró, Luis Woalcott y Dr. Isaac Molero. El propietario Señor José Cavero Torres, dijo que solo hizo esa empresa para contribuir con un granito de arena al *progreso* de su ciudad natal, y proporcionar a la juventud y a los habitantes de esta Huamanga un amplio y cómodo local, donde encontrarán todo un ambiente artístico y cultural. El alcalde don Mariano Jáuregui Chávez hizo entrega al señor Cavero un diploma y medalla de oro, que el consejo le ha otorgado en premio a su patriotismo... Elías Prado

Tello. (*El Estandarte Católico*. Periódico religioso local. Ayacucho, 15 de diciembre de 1962 N° 1523, p. 3. Artículo titulado “Inauguración y bendición del Cine Teatro Cavero Torres. El subrayado es nuestro)

Con estos datos, podemos confirmar la existencia de tres cines teatros en la ciudad de Ayacucho, que cambiaron la vida cotidiana de sus habitantes de la sociedad de clases. Lo importante es que para estos tiempos y, sobre todo, para estas décadas, fueron tres cines los que comenzaron a funcionar en la ciudad de Ayacucho: cine teatro Cáceres, cine teatro Municipal y cine teatro Cavero. Con estos tres cines de proyección de películas, la sociedad «cultura» de Huamanga podría escoger a qué película asistir, por lo que el público fue quien más ganó y se divirtió con películas que eran de su agrado. Eso hizo que los propietarios también otorguen mejor trato a sus clientes, además de que se esforzaran por traer desde la capital películas novedosas para el público espectador.

6.4. Conclusión

A lo largo de este capítulo hemos intentado mostrar el rol que jugó la transformación tecnológica dentro del proceso de modernización “civilizatoria” que las élites de notables intentaron imponer a las clases subalternas durante el arco de interés de nuestro estudio. De manera parcial, puede verse que hubo una correspondencia entre el aumento del poder de las clases superiores y la expansión de los medios de legitimación de discurso, como claramente ocurre en el lenguaje al respecto de los notables sobre el uso educativo o cultural del cinematógrafo o la fotografía. En todos los casos, los nuevos medios que ofrece la tecnología de la comunicación consolida y afirma el discurso de la gente “decente” contra las formas y prácticas culturales de los subalternos. Estos, sin embargo, hacen decididas prácticas de resistencia para afirmar su reconocimiento, como vamos a ver en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO 7

El «proceso civilizador» en Ayacucho.

Cambios, rupturas y continuidades

7.1. Introducción: Cultura popular y cultura notable de Ayacucho

Como lo ha manifestado Néstor García Canclini, al decir que “lo popular es en esta historia lo excluido: los que no tienen patrimonio o no logran que sea reconocido y conservado; (...) Lo popular suele asociarse a lo premoderno y lo subsidiario. (...) los sectores populares estarían siempre al final del proceso, como destinatarios, espectadores obligados a reproducir el ciclo del capital y la ideología de los dominadores” (García, 1990, p. 191). Un estudio acucioso sobre los cambios culturales en Huamanga desde el siglo XVIII al siglo XIX, así como el desarrollo de una cultura de notables en directo conflicto contra la identidad ancestral de los grupos subordinados, aunque limitada a un arco de tiempo definido, no puede evitar retroceder al inicio del divorcio entre cultura popular y la cultura de los notables, un proceso que se remonta a finales de la dinastía borbónica en el Perú como parte integrante de la monarquía española, periodo traumático de modernización en cuyas bases se halla justamente la Independencia como una reacción de los sectores locales o bien su consolidación como una manera de conservar la identidad social puesta en juego por esa modernización española. En este sentido, debemos volver a la así llamada Reformas Borbónicas, que tuvieron lugar bajo el reinado de Carlos III.

En efecto. Las Reformas Borbónicas en el Reino del Perú planteaban un cambio estructural de la sociedad en los Andes; estas reformas, con efectos ampliamente indeseados para la población del país, española indígena, no se agotaban en la renovación de autoridades e instituciones, sino que buscaban transformar a la sociedad en su conjunto, modificando sus costumbres y comportamientos con el objetivo de adaptarla a un nuevo orden político autoritario. Según:

Este sistema, los ciudadanos debían tener un lugar definido, fijo e inamovible en la sociedad, la cual estaría sojuzgada a las ideas modernas de eficiencia del Estado y una orientación más economicista de la sociedad. Este ideal contrastaba fuertemente con la situación imperante durante la administración de la dinastía de los Habsburgo, en que el país era regido de manera que se daba bastante autonomía a los locales para continuar con formas de autogobierno y pluralidad de identidades. En general, la sociedad peruana bajo la corona de Castilla era hasta el siglo XVII bastante flexible frente al comportamiento de los distintos grupos sociales, como también frente al ejercicio de la autoridad. La aplicación del proyecto borbónico requería de un espacio que reuniera a todos los grupos para fijar el

lugar que le correspondía a cada uno dentro de la sociedad e implicaba una cierta homologación social, un cierto asalto a las identidades locales y sus criterios de reconocimiento. El sitio más apropiado para llevar adelante este ideal era la fiesta. Esta manifestación fue manipulada y encerrada dentro de nuevos espacios públicos fuertemente controlados por el poder, en cuyo interior se pretendía realizar la educación del nuevo ciudadano de acuerdo con ideales ilustrados. El resultado de la reforma fue la limitación de las tradicionales expresiones de alegría y la segregación entre la plebe «bárbara» y la élite «ilustrada». (Flórez, 2005, p. 161)

Sabemos muy bien por historia regional que lo que se debería combatir en las costumbres de los pobladores era saber hacer uso de los espacios públicos de la ciudad de Ayacucho, especialmente el de la plaza mayor, donde se llevaban a cabo todas las actividades y celebraciones propuestas por la «aristocracia huamanguina ilustrada»:

Es en la plaza mayor donde todos los grupos participaban en las diversas festividades y ceremonias cívicas patrióticas, donde los grupos de jóvenes que participaban de los carnavales, corridas de toros o marchas militares, eran aplaudidas y vitoreados por el público que asistía a dichos eventos. Muchas de las fiestas se caracterizaban por ser un evento popular donde la gente bebía licor y corría frenéticamente por las calles. Estas espontáneas de regocijo eran una eficiente válvula de escape a las tensiones que creaba un sistema social altamente jerarquizado. (Flórez, 2005, p. 162)

En ese sentido, el historiador que examina la evolución de la sociedad huamanguina a lo largo de los últimos tres siglos debe poner de relieve ciertas estructuras sociales, como clases, grupos, categorías, estrato social, etcétera; las cuales deben ser reconsiderados al insertar en la estructura y el juego social, realidades y conceptos fundamentales que utilizará el historiador. Entendido así, el historiador de Ayacucho tiene la necesidad de recurrir a definir algunas categorías que nos acompañarán durante todo el recorrido de nuestra tesis doctoral, como «cultura popular» o subalterna, cultura dominante o de élite, que para nosotros sería la cultura notable, ya explicada en un capítulo anterior de la presente tesis. De este modo, podemos tener mayor acercamiento para comprender la convergencia de ambas culturas en las diversas celebraciones o festividades que se desarrollaban en la ciudad de Ayacucho para 1850 hacia 1950, donde la participación era mayoritaria, lo cual por esos días rompía con la rutina diaria de la población en su vida cotidiana, haciendo que dicha transgresión sea difundida y divulgada cada año a las nuevas generaciones, quienes deberían continuar dichos rituales simbólicos de las festividades: carnaval, semana santa y todos los santos y difuntos. Estas celebraciones «populares» eran esperadas para el gozo del pueblo, sobre todo las carnestolendas, donde se daba rienda suelta a los excesos de la carne, la comida y la bebida.

Así, en nuestra investigación, conoceremos y explicaremos cómo se celebraban dichas festividades de «ocio» y de sociabilidad de las clases subalternas o «populares», y la clase notable y su convergencia en la ciudad de Ayacucho, en particular en las carnestolendas y la fiesta de «Todos los Santos y Difuntos». Estas dos celebraciones populares han sido en el periodo seleccionado definitivamente las más sobresalientes dentro de las costumbres y tradiciones de Ayacucho.

Tolerar las costumbres era el reto de los miembros de la comunidad de notables de Ayacucho y fue algo que se debería «aceptar» favorablemente a pesar de que desde la mirada de ellos estas costumbres eran «indecentes» o «incultas»; tenían ellos por «obligación», como representantes del poder local o como vecinos notables tolerar dichas costumbres participando de los rituales. En especial de los carnavales, que la comunidad de notables, a través del municipio huamanguino, organizaba para que la clase subalterna o el pueblo disfrute por tres días de los excesos que les eran permitido.

La categoría de clase subalterna o popular la tomamos, porque ella ha sido «definida, por los sectores dominantes por ser la imagen degradada de la verdadera existencia de la legítima identidad» (Piña, 1985, p. 25). Por eso se dice que lo popular es aquello que se opone a la dominante y, se afirma que la cultura popular es la cultura de los de abajo y fabricados por ellos mismos. Crean y ejercen su cultura. Pero, como dice Peter Burke, «los miembros de las clases elevadas participaron de tal forma en los espectáculos representados en las ferias, que se podría hablar de una convergencia entre cultura de la elite y la popular» (Burke, 1996, p. 21). En ese sentido, la cultura popular o subalterna es la cultura de la tradición de los pueblos; es decir, de los no educados o de los iletrados, de aquellos que revelan la cultura del común. Como lo señala Fernando Purcell Torretti, al referirse sobre lo popular, es:

Aquello que reúne en torno a sí a un grupo de personas con ciertas características comunes, que determinan un cierto sentido de identidad que les permite reconocerse, pero a la vez con características que les son atribuidas, justa o injustamente, y que configuran un estereotipo a partir del cual son reconocidos *desde afuera* por personas no pertenecientes al grupo (...) los estratos populares poseen una sociabilidad especial, una memoria colectiva, una moral peculiar y una cultura característica (...) cultura popular es un sistema con márgenes divisorios (...) las variables de estas diversas culturas populares son la edad, la condición social y material, la religión, el tipo de trabajo, el lugar de origen, el sexo y otros elementos (...) que entendemos por popular. También, es importante tener en cuenta que muchas personas provenientes de la elite social participaban junto con personajes de los

estratos bajos en diversos ámbitos de la vida cotidiana y en distintas formas de sociabilidad, tales como (...) las riñas de gallos (...) es necesario subrayar, que cuando nos referimos al carácter *popular*, lo hace tomando en cuenta los puntos de divergencias y de conexión existentes entre los sectores del bajo pueblo y la élite. (Purcell, 2000, pp. 16-17)

Entonces, “si, todos los miembros de una sociedad dada tuvieran la misma cultura, no sería necesario utilizar el término cultura popular” (Burke, 1996, p. 61). En realidad en nuestra investigación notamos diferencias culturales entre la cultura popular y la clase notables o élite en Ayacucho, de ahí que exista “una minoría que podía leer y escribir, frente a una mayoría que no podía hacerlo” (Burke, 1996, p. 62). Entonces, se ha estudiado ambas culturas, que a pesar de sus diferencias culturales, conviven en el mismo espacio urbano; donde la clase notable, se considera decente y civilizada; mientras, clase subalterna, es considerada por la élite ayacuchana, como marginal, y su exclusión se debe a “poder identificar empíricamente en los excluidos comportamientos de reconocimientos de los valores mismos que los excluyen” (Grignon & Passeron, 1989, p. 30); es decir, sus costumbres ancestrales, sus hábitos alimenticios, vestimenta y sus actitudes “indecentes” en los espacios de sociabilidad, a la mirada de los miembros de la comunidad de notables de Ayacucho.

Como dice Edward Thompson, “el vocablo costumbre lleva consigo muchos de los significados que hora atribuimos cultura” (Thompson, 1995, p. 16). Y dentro de estas costumbres, existen las trasgresiones de la cultura popular o subalterna, que “implica el sobrepasar ciertos espacios, reglas, límites de tolerancia o formas implícita o explícitamente demarcadas por el grupo transgredido, pero que no necesariamente son aceptadas o comprendidas por el grupo transgresor” (Purcell, 2000, p. 17) y eso ocurre en los miembros de la clase subalterna en Ayacucho, sobre todo con los indígenas, que trasgredían no sólo los espacios de sociabilidad sino también las costumbres “decentes” considerada por la élite, como la de Todos los Santos y Difuntos, muy aparte de la Semana Santa, sobre todo en las procesiones que se llevan a cabo en la ciudad ayacuchana.

Para nuestro caso, veremos cómo eran estas celebraciones de los carnavales y la fiesta de Todos los Santos y Difuntos en Ayacucho durante todo el año desde la segunda mitad del siglo XIX hasta muy entrado la segunda mitad del siglo XX. Es decir, conocer las continuidades, rupturas y transformaciones que se dieron en dicha ciudad con respecto a las costumbres, tradiciones y la vida cotidiana de los ayacuchanos en el transcurrir del tiempo histórico.

7.2. Entre “decencia” e “inmoralidad”: Los carnavales huamanguinos de la ciudad de Ayacucho. 1850-1870.

Los notables, conforme fueron dándose cambios arquitectónicos y educativos, a los que contribuyeron luego los cambios en las tecnologías de la comunicación, tuvieron especial saña en desacreditar uno de los elementos más decisivos en la identidad de los subalternos, los carnavales, por lo que iniciaremos nuestro trabajo con ellos. En primer lugar, vamos a centrarnos en el aspecto descriptivo de los carnavales. Inmediatamente después pasaremos a los aspectos simbólicos.

Peter Burke describe el carnaval de la siguiente manera:

(El carnaval) puede verse como una inmensa obra de teatro, representada en las calles y las plazas principales, convirtiendo a la ciudad en un inmenso escenario sin paredes, y donde los habitantes -ya fuesen actores o simples espectadores- podían observar las escenas desde sus balcones. En realidad no había una clara distinción entre actores y espectadores, ya que las mujeres podían lanzar huevos desde los balcones y se permitía a los enmascarados que entrasen en las casas particulares. La acción de esta gigantesca representación estaba compuesta de una serie de acontecimientos formalmente estructurados, destacando la ingestión masiva de carne, tortas, abundante las bebidas; donde la gente bailaba y cantaba por las calles. (Burke, 1996, pp. 262-263)

El carnaval huamanguino se desarrolla por tres días: domingo, lunes y martes; mientras que el Miércoles de Ceniza se iba a misa a rezar y a pedir perdón por sus pecados ante Dios por los excesos en el carnaval. En esta fiesta se ignoraban quiénes participaban y para los que observaban era la fiesta del pueblo; en ese sentido, como dice Mijail Bajtín:

Los espectadores no asisten al carnaval, sino lo viven, ya que el carnaval está hecho para todo el pueblo. Durante el carnaval no hay otra vida que la del carnaval. Es imposible escapar, porque el carnaval no tiene ninguna frontera espacial. En el curso de la fiesta solo puede vivirse de acuerdo con sus leyes, es decir, de acuerdo a las leyes de la libertad. El carnaval posee un carácter universal, es un estado peculiar del mundo: su renacimiento y su renovación en los que cada individuo participa, Esta es la esencia misma del carnaval, y los que intervienen en el regocijo lo experimentan vivamente. (Bajtín, 2002, p. 13)

Así fue el carnaval huamanguino del siglo XIX, sin modificaciones o transformaciones que interrumpieron el goce de los pobladores; que son continuidades que han quedado registradas en los periódicos y documentos archivísticos de la época de estudio. Es decir, continuidades que no se alteraron.

Pasemos ahora a la percepción de la prensa sobre las carnestolendas en Ayacucho en donde hemos tenido más elementos de juicio sobre la presión de los notables por afectar esta práctica social de identidad, entre 1870 y 1899.

La sociedad ayacuchana tiene algo que se impregna en la mentalidad de su sociedad: la tradición, la cual:

(...) tiene dos representaciones, una pasiva, que manifiesta su función de conservación, de puesta en memoria; la otra, activa... la tradición se inserta en una historia en la cual el pasado se prolonga en el presente, en la que recurre al pasado; quiere expresar permanentemente la verdad, la del orden del mundo desde el origen (...) es un rechazo de la modernidad, que es primero lo nuevo, que supuestamente son los que matan a la tradición y no le dejan ninguna probabilidad de renacer. (Balandier, 1993, p. 86)

En ese sentido, las tradiciones huamanguinas se resisten al cambio. Y esto se:

(...) traduce continuamente en prácticas; es aquello por lo cual la comunidad se identifica, se mantiene en una relativa continuidad, se hace permanentemente produciendo las apariencias de ser ya lo que quiere ser. La tradición llega a nutrirse de lo imprevisto y de la novedad... todo no puede ser mantenido según su orden, nada puede ser mantenido por puro inmovilismo (...) la tradición es la suma de los saberes acumulados, a partir de los acontecimientos y principios fundadores por la colectividad que procede de ella (...) por eso el espacio vigilado, ordenado, corresponde a la aldea, la ciudad y sus alrededores inmediatos; es éste el que sitúa bajo las égidas y el poder, pero que, sin embargo, no evita los fracasos sociales (...) todas las sociedades de la tradición imprimen fuertemente sobre los lugares conocidos las significaciones requeridas por su imaginario, sus sistemas simbólicos y sus prácticas rituales. (Baladier, 1993, pp. 88-89 y 94-95)

En Ayacucho, la tradición de los carnavales es una costumbre y tradición que permanecen sin alteración, es una continuidad que no se altera; de lo contrario, el pueblo «castiga» a la autoridad con sus gestos: el desprecio, la indiferencia, etc. El carnaval, por lo tanto, no podía ser «modificado», «transformado», porque «la voz del pueblo era la voz de Dios» y, por ello, debería el carnaval seguir siendo siempre una celebración del pueblo huamanguino. En este sentido, “el carnaval republicano era uno de los acontecimientos más esperados en el departamento de Ayacucho, sobre todo en la ciudad de Ayacucho; los discursos de la prensa escrita, órganos de propaganda de las élites, lo mencionaban con frecuencia sin embargo para dar a conocer la llegada del desenfreno carnavalesco de los subalternos, generando un espacio donde las clases sociales huamanguinas en algunas ocasiones se juntaban para dicha celebración. Luego de tres días de fiesta, de alegría y sobre todo de burlas y exageraciones sexuales, todos los huamanguinos debían acudir a los diversos templos de la ciudad para pedir el perdón por los desenfrenos hacia la carne

que habían cometido durante las carnestolendas” (Vásquez, 2012, p. 80). El carnaval era el triunfo de una especie de liberación y de tránsito; por lo tanto, la risa carnavalesca es ante todo patrimonio del pueblo, donde todos ríen. La risa en general es universal. En ese sentido, «la vida cotidiana preestablecida y perfecta parecen deformes, monstruosas y horribles. La nueva concepción histórica que las incorpora les confiere un sentido diferente, aunque conservando su contenido y material tradicional» (Bajtín, 2002, p. 29).

Según Rolando Rojas, quien nos traslada, imaginariamente, hacia 1822, manifiesta que hubo un decreto firmado por el mismo Marqués de Torre Tagle, para abolir las carnestolendas en la ciudad de Lima y que posiblemente, se podían hacer extensivas a otras provincias del Perú; hecho que no ocurrió; pero, se tuvo la intención de las celebraciones carnavales “desaparezcan”. Lógicamente, dichas fiesta popular se mantuvo por un largo periodo entre las clases subalternas ya no sólo de la capital del Perú, sino que dichas celebraciones se dieron con mayor fuerza en Ayacucho, por ejemplo. Que como dice el mismo Rolando Rojas Rojas, en el decreto se manifestaba que:

Queda prohibido como contraria a la dignidad y decoro del pueblo ilustrado de Lima, la bárbara costumbre de arrojar agua en los días de carnaval, junto con los demás juegos impropios que se usaban en ellos. Ese mismo año se prohibieron las corridas de toros, las peleas de gallos, las casas de juegos y las loterías públicas, todas ellas diversiones populares que ocupaban el tiempo de ocio de la sociedad limeña. (Rojas, 2005, pp. 50-51)

Pero este decreto, no tuvo efectos negativos, sino más bien, la celebración del carnaval se siguió celebrando casi como siempre, seguramente, con algunas limitaciones en sus juegos, como el de prohibir, arrojar huevos podridos a las damas limeñas. En lo referente a nuestra región ayacuchana, el carnaval, traída por los conquistadores se realizaban en las calles y avenidas de la antigua ciudad de Huamanga (ahora Ayacucho), donde el pueblo festejaba y celebraba con mucho entusiasmo. Los “hombres de todas las clases jugaban con baldazos de agua, tapa de huevos, bufones, personajes que se disfrazaban de curas y autoridades locales, donde los bailes sexuales, con imágenes del sexo, y donde la gente por tres días dejaba de trabajar para festejar, divertirse, bailar y emborracharse” (Vásquez, 2012, pp. 80-81).

Desde los barrios salían en cuadrillas organizada por los naturales de Carmen Alto, San Juan Bautista, La Magdalena, Conchopata, Santa Ana, Soquiacato, Calvario, Maravillas, etc. Para

todos ellos, el carnaval era sinónimo de fiesta popular. Los miembros de las cuadrillas eran los que mojaban a todos los que se les atravesaban en el camino durante todo el día.

Durante el siglo XVI, la celebración del carnaval por los españoles fundadores de Huamanga era por las noches y en sus casonas, en sus amplios patios, “donde estaban más protegidos y donde había la promiscuidad; pero como en todo lugar del Perú, el carnaval se convirtió en una fiesta muy violenta donde existían los travestis que se disfrazaban de mujeres, donde nadie se daba cuenta, ya que como era parte de la fiesta carnavalesca y parecía en los concurrentes algo normal. Así estos varones que tenían desviaciones sexuales veían la «oportunidad» de demostrar lo que eran” (Vásquez, 2012, p. 81); Entonces, para **1877**, hubo la existencia de travestis, camuflados en los carnavales de Huamanga, como:

Un ser de género dudoso: Como no se ha podido definir hasta ahora a que sexo pertenece don Santiago Liborio, se repite el siguiente artículo; para que tal sujeto o sujeta (sea hembra o sea macho) varíe de conducta y costumbre. No sabemos, hace tiempo, a que sexo puede pertenecer un individuo conocido con el nombre de Santiago Liborio; unos dicen que es hombre, fundándose en el sentido que lleva este vicho, y otros que es mujer por la mucha familiaridad que usa con las bellas seductoras, sus coqueterías, su peinado, los coloretos y otros tiene el sexo feo; el manual de piedad, sus insuperables rosarios, la costumbre de confesarse por la rejilla, sus ocupaciones propias de mujer; y en fin, otras tantas cualidades femeniles. Padres, hermanos, mariditos: cuidado con este pájaro no vaya a descubrir su condición. (Periódico *El republicano* del 14 de abril de 1877)

Dicho Santiago Liborio que se vestía de mujer, posiblemente, para estos tiempos, espero con ansias los carnavales, para hacer de las suyas y que el público asistente no se dé cuenta de su desviación sexual. Estos comportamientos son confirmados por Peter Burke, al decir que «por lo común la gente se disfrazaban con trajes enteros. Los hombres se vestían de mujeres y éstas de hombres. Otros de los disfraces populares eran los de clérigos, diablo, bufón, etc. Entre todos ellos se lanzaban harina, confites, manzanas, naranjas, huevos» (Burke, 1996, p. 264). El carnaval huamanguino eran los días del jolgorio, eran los días del Dios de la Locura, el Dios de las burlas, un ser que lograba que la multitud participante pueda comer y beber hasta quedar exhaustos. Por estos tiempos eran los jóvenes huamanguinos los que esperaban el carnaval, para dar rienda suelta a su bajos instintos, como era una costumbre, era algo normal, tener relaciones sexuales en pleno carnaval a escondidas; las propias damas huamanguinas, conocía de esta tradición y ellas mismas, entre tragos y bebidas, hacía lo mismo. El periódico decimonónico conocido como “*El Liberal*”, para 1856, informaba lo siguiente:

Durante tres días una reunión de jóvenes abogados y muchos notables, recorrió las calles y casas principales de la ciudad; ya a pie, ya en caballo, untando con almidón y baño con agua de olor a nuestras bellas ninfas (mujeres) que correspondían con la misma especie (agua) en medio del bullicio, de la algazara y del entusiasmo mutuo. La armonía y la decencia brillaron en la juventud de ambos sexos. (*El Liberal*, periódico popular Ayacucho, 9 de febrero de 1856. p. 3 Tomo I)

Marisol De La Cadena, ha manifestado, que:

Decencia consistió en la reformulación de los códigos de honor coloniales, con la ayuda de la noción científica de raza y la ideología liberal predominante entonces. Políticamente sirvió para que las élites liberales del Perú, pudieran, simultáneamente, afirmar premisas de igualdad y legitimar privilegios sociales que, siguiendo la ideología de la decencia, resultaba de algo que se consideraba un mérito personal: haber adquirido educación. (De La Cadena, 1997, p. 8)

Y estos códigos, manifestados por Marisol De La Cadena, aún estaban vigentes entre los huamanguinos de aquellos tiempos del siglo XIX; no sólo por tener educación sino por sus comportamientos “decentes” a la hora de celebrar los carnavales, demostraba su nivel cultural que profesaban, ya no sólo en los discursos que empleaban sino en la misma fiesta popular. Eran ellos modelos para los demás, a quienes deberían “imitar” esos comportamientos decentes.

El término decencia, definido:

Como una superioridad moral, se aplicaba no solo a los españoles y sus descendientes sino también a los indígenas y mestizos que fueron capaces de alcanzar una posición de privilegio con respecto a sus pares. (...) la dicotomía gente decente/plebe se transformó en una amenaza para la exclusividad racial hispana, al sugerir que los españoles pobres podían descender en la escala social al mismo tiempo que indios y mestizos podían situarse sobre ellos. (Whipple, 2021, p. 32)

Esto no sucedió casi nunca en la ciudad de Ayacucho hasta muy entrado la segunda década del siglo XX, donde se observará el ascenso de algunos mestizos no así de indígenas. La “decencia evoluciono hacia una compleja combinación de factores que incluían el origen cultural, la situación económica y la condición racial de los individuos, dado que el sistema de castas y la dicotomía decencia/plebe se hicieron complementaria” (Whipple, 2021, p. 33); y en verdad, dicha evolución trajo consigo esas diferenciación, que como dice Manuel Jesús Pozo:

Los esforzados hombres (españoles) ejecutaron proezas y hazañas en la conquista de nuevas tierras. Profesores de clarividencia, se convencieron de que no podía fundir en un crisol la raza dominante a la que pertenecían, con la dominada (indígena). Esta obra acrisolada era imposible: no se podía conseguir una homogeneidad, dado el número considerable de aborígenes que vivían en estos lugares. El español se mesclo al indio, (...) hubo así, una

mestizamientos que han influido en la psicología de nuestros pueblos y en el destino de nuestras instituciones (...). (Pozo, 1949, p. 5)

Esto responde a como la percepción que tuvieron los intelectuales en Ayacucho, lo manifiesta todo; es decir, que era imposible que el notable o el que pertenecía a la élite huamanguina pueda conseguir dicha homogeneidad con el indígena tanto de la ciudad, de los barrios, y peor aún, con los que vivía en los poblados alejados a la ciudad de Ayacucho. “Ser decente no significaba necesariamente ser parte de la élite, aunque ciertamente era la élite la que dictaba los valores culturales de la decencia (...) la decencia como evidencia de superioridad moral reservada para aquellos que dominaban la sociedad (...)” (Whipple, 2021, p. 33) ayacuchana de aquellos tiempos.

El periódico local *El Patriota de Ayacucho* escribía en el mismo sentido del anterior en 1859 que: «la publicación de un periódico en un lugar es, sin duda, el medio más adecuado para que la civilización progrese...» (“El Patriota de Ayacucho, periódico del pueblo. Imprenta de Martín Elises. N° 23, Ayacucho, sábado 31 de diciembre de 1859. Editorial, página central”). Y eso es lo que el periodismo lograba difundir, alentar a los jóvenes a tener conductas decentes y no “imitar” a los indígenas o mestizos, que sólo acuden al carnaval “borrachos” y realizan actos “bárbaros” a la hora de bailar y cantar en los carnavales, paseando por las calles y dan un mal aspecto. La incompreensión de los notables, era algo que la clase subalterna nunca comprendió, ya que como lo aseguró Mijail Bajtin;

En el folklore de los pueblos primitivos se encuentra, paralelamente a los cultos serios (por su organización y su tono) la existencia de cultos cómicos, que convertían a divinidades en objetos de burla y blasfemia. (Bajtin, 2002, p. 11)

Si comprendemos a Mijail Bajtin, entonces, eso era el carnaval, burla y blasfemia, eran tres días en la que el poblador de la clase subalterna tenía al año que desahogase de sus problemas y de insultar a las autoridades locales, de las obras públicas que seguramente dejaron de realizar en su gobierno; por eso es que el insulto era lo más característico del carnaval a la hora de cantarlo en las comparsas que recorrían las calles huamanguinas del siglo XIX. En ese sentido, “cuando se establece el régimen de clases y de Estado, se hace imposible otorgar a ambos derechos iguales, de modo que las formas cómicas, adquieren un carácter NO OFICIAL, su sentido se modifica, se complica y se profundiza, para transformarse finalmente en las formas fundamentales de expresión de la cosmovisión y la cultura popular” (Bajtin, 2002, p. 12). Eh aquí la respuesta del carnaval,

guste o no las autoridades políticas de Ayacucho, tenían que tolerar las costumbres arraigadas desde la Colonia. Y en realidad el carnaval también es una “parodia al culto religioso. Todas estas formas son decididamente exteriores a la Iglesia y a la religión. Pertenecen a una esfera particular de la vida cotidiana” (Bajtín, 2002, p. 12). Entonces, el carnaval es para el pueblo y no para las autoridades, pero ellas intervienen y gozan también del carnaval; pero, “los espectadores no asisten al carnaval, sino que lo viven, ya que el carnaval está hecho para todo el pueblo” (Bajtín, 2002, p. 13).

El “agua era el elemento más apreciado durante el carnaval, del cual ambos sexos gozaban, enamorándose al extremo del placer sexual, según las crónicas de la prensa liberal de las élites, que ciertamente no lo patrocinaban. Muchas aguas olorosas y hechas de cáscaras de huevo usaban las mujeres, como dice González Carre, con anticipación se preparan cascarones de huevo con agua de diferentes colores, recipientes de purpurina, globos para llenarlos de agua, serpentina y también chicha, licores y comestibles para las fiestas” (González, 1995, 216).

En el periódico *La Bandera de Ayacucho* de 1864, decía:

El día de mañana y los dos siguientes habrá mucha algazara (sic) en la ciudad, porque es el cumpleaños de su majestad báquica el carnaval y, para celebrarlo, aquellos ilustrados que no son, tartufón, hipócritas, fanáticos, beatos, sacristanes de rosquete, se han de vestir de gala y armados de perfume y otros cachivaches de juego, pasarán un rato alegre entretenido, divertido con el bello sexo. (*La Bandera de Ayacucho*. Ayacucho, sábado 6 de febrero de 1864 N° 24. Crónica local del Duende, que título Carnavales”. Ver también a José M. Vásquez, 2021, p. 86)

El discurso periodístico es elocuente, las carnestolendas traían desenfrenos de los jóvenes con el bello sexo; el carnaval era la fiesta del pueblo. Era diversión:

Este por su parte ahombrará en esos días y dando saltos y piruetas, como quien desafía al sexo fuerte, le bañará todo el cuerpo o algunas partes de él, con agua fría teñida de color, y como el frío puede penetrar hasta el interior de los lindos cuerpos, los jugadores neutralizaran los efectos a esta penetrabilidad con libraciones de licores alcohólicos, que si no impiden la acción del frío, sirven eficaces para excitar el buen humor. (*La Bandera de Ayacucho* de 1864 N° 24)

Sobre esto, la prensa escrita tenía algunas quejas sobre cómo las damitas huamanguinas de aquellos tiempos les gustaba echar agua fría a los jóvenes en plena fiesta del carnaval; además cundía el licor no sólo para contrarrestar el frío, sino para darse valor para el juego brusco de las

carnestolendas. Por supuesto, que ambos sexos, sobre todo las «damitas» decentes de la sociedad «cucufata» huamanguina jugaba en estos días a escondidas algunas veces de sus padres.

Por otro lado, González Carre, dice que:

Los carnavales huamanguinos de 1891 son testigos del impacto de colorantes sintéticos que han remplazado a la cochinilla del mercado mundial y que ya forman parte del consumo en la ciudad: “que personalmente Ud. Nos ha notificado para que dejemos de vender el artículo anilina o polvos colorantes en los días de carnestolendas desde la fecha presente...pero, dicen las vendedoras, ese producto se vende también en tiendas y casas y para esos no hay prohibición... por otra parte, el comercio de tal artículo solo se expende en este tiempo que se acerca a la cuaresma más que en otro... de todos los pueblos cercanos vienen a comprarnos en la presente semana y después viene la estancación de la referida industria hasta la Pascua. (González, 1995, p. 108)

Continúa González Carré describiendo lo que en su concepto son los carnavales y la semana santa; para este escritor estas prácticas sociales de identidad son las que activan el intercambio de dichos productos sintéticos durante dichas fiestas, por lo que el control hacia dicho producto se hace más frecuente; pero algo que no queda claro en la cita es que, según Gonzáles, estos productos sintéticos son prohibidos en su venta para 1891. Si nos remetimos a la cita propia también dice: «...para que dejemos de vender... desde la fecha presente...». Esto quiere decir que dichos productos —anilina o polvos colorantes— ya se vendían antes, como queda demostrado en nuestra cita de *La bandera de Ayacucho* para 1864, cuando se dice: «...le bañará todo el cuerpo o algunas partes de él, con agua fría teñida de color...». Y no es para 1891, como asegura González Carre, si no preguntémosnos: ¿Con qué daban color al agua que se iban a echar los jóvenes carnavaleros? No sabemos con precisión desde cuándo llegaron dichos productos, pero estamos seguros de que fue desde las primeras décadas del siglo XIX.

En todo esto, “el carnaval no era una forma artística de espectáculo teatral, sino más bien una forma concreta de la vida misma, que no era simplemente representada sobre un escenario, sino vivida en la duración del carnaval” (Bajtín, 2002, p. 13). En realidad, el carnaval huamanguino era:

La segunda vida del pueblo, basada en el principio de la risa. Es su vida festiva. La fiesta es el rasgo fundamental de todas las formas de ritos y espectáculos cómicos (...) las fiestas tienen siempre una relación con el tiempo (...) la muerte y la resurrección, las sucesiones y la renovación constituyeron siempre los aspectos esenciales de la fiesta. La fiesta se convertía en la forma que adoptaba la segunda vida del pueblo. (...) la fiesta era el triunfo

de la verdad, prefabricada, victoriosa, dominante, que asumía la apariencia de una verdad eterna, inmutable y perentoria, indestructible. (Bajtín, 2002, pp. 14-15)

Huamanga durante la Colonia y la república, celebraba como nunca, la espera del carnaval era disfrutar. Los habitantes indígenas y mestizos, bajaban desde los barrios para recorrer las calles principales del centro de la ciudad de Ayacucho, se adueñaban de los espacios públicos y eran los dueños de la fiesta carnavalesca.

La fiesta carnavalesca “de larga duración tal como se la puede analizar a través de siglos, es no una estructura fijada, sino un *continuum* de mutaciones, deslizamientos, adjunciones con una mano abandonos con la otra” (Vovelle, 1985, p. 196), siendo así, que el carnaval huamanguino es mutación de tiempo en tiempo, nunca es estable. El carnaval huamanguino, se convierte así en un “ritual festivo más significativa (...) las fiestas ritualizan de forma recurrente (...) el sentimiento de formar parte de una comunidad-local, regional, nacional- y reproduciendo simbólicamente la identidad colectiva de ésta” (Homobono, 1986, p. 45). Y eso es la fiesta en el carnaval de Huamanga desde tiempo coloniales a la actualidad.

De todas formas, el carnaval, descrito desde los patrones europeos del discurso hegemónico de los notables despertó la fobia y la oposición de ciertos sectores de la clase dominante, quienes quisieron eliminarlo. Para ello se sirvieron de elementos de difusión para desterrarlo: la escuela, la Iglesia, la prensa, etc., y hasta los presidentes que se pusieron a favor de la aristocracia de momento para apoyar su propuesta; pero, como dice Rolando Rojas, lo más “deplorable era que parte de la clase alta limeña participaba de los carnavales, posiblemente escondidos, pero participaban y eso mismo ocurría en la ciudad de Ayacucho. Y el mismo Rojas reproduce un texto donde dice: «En los días de carnaval, se ve con dolor que se prestan a unas diversiones tan bárbaras, asquerosas y ridículas, aún aquellas personas obligadas con especialidad a reprobarlas por el lugar distinguido que ocupan en la sociedad. En efecto, al intervenir en los juegos carnavalescos, la clase alta adoptaba códigos de conducta considerados ajenos a su condición social” (Rojas, 2005, p. 78). De ahí el rechazo del sector dominante de cualquier parte del país por dicha participación de algunos «notables» de la ciudad.

Esto sucedía así, porque dicha clase social de notables se consideraba:

Una casta con orgullo de linaje y desprecio hacia lo popular, apego a la tradición, a los preceptos religiosos y selectiva de las personas de acuerdo con criterios exhibidos en la apariencia exterior. Era una oligarquía que se reforzaba vía redes familiares, es decir, alianzas de familias aliadas por razones de comercio, casamientos, proximidad especial, y más tarde, por ser miembros de diversas organizaciones sociales: Clubes, Cofradías, etc., donde cada miembro cumplía un rol ejemplar dentro y fuera de dicha organización. (Del Águila, 1997, p. 66-67)

El carnaval era tolerado por las autoridades huamanguinas integradas en el lenguaje hegemónico con el argumento de que dicho espacio servía para socializar con el resto del pueblo. En el carnaval era permitido todo; es decir, el echar agua desde los balcones era algo común en la vieja Huamanga, donde las mujeres, con baldazos de agua de color y con buen olor, bañaban a los jóvenes transeúntes de la ciudad. Pero el carnaval también se tornó «peligroso» porque eran permitidos por los familiares, con la única intención de hacer que los jóvenes de su preferencia «jueguen» con las muchachas y, sin quererlo muchas veces del juego y la broma, se pasaban al enamoramiento, que en muchos casos terminaba en matrimonio, pero de su misma condición social. Por supuesto que del otro lado, también los jóvenes indígenas del lugar se enamoraban, pero estos eran más ligeros en sus relaciones, ya que producto de su «amor carnavalesco» nacían hijos en el mes de noviembre; por lo que en el argot popular se decía: «Si nace en el mes de noviembre es producto del carnaval». Por eso, también se afirmaba:

Las mujeres son y, es natural que así sea, partidarias decididas por el carnaval. Es la única época del año en que se permiten ciertas libertades y que se ven galanteadas con más franqueza. Pero no todos los familiares estaban de acuerdo, lo que quiere decir que el carnaval era polémico y que la cultura popular había calado en las clases altas. La oposición al carnaval, entonces, se sustentaba en argumentos culturales, de control social y morales. (Rojas, 2005, pp. 82-83)

Como se manifiesta, el enamorarse era algo que se esperaba con bastante angustia por parte de los jóvenes, y sobre todo en época de carnaval, como se ha dicho líneas arriba. En el periódico local *El Ayacuchano*, en 1874, se daba el siguiente discurso de cómo la representación del carnaval era asumido por los jóvenes huamanguinos:

Esta fiesta popular que significa ¡se va la carne! porque viene en vísperas de abstinencia y del ayuno, ha terminado sin novedad. En este año, nuestros jóvenes se han portado mejor que nunca; jugando con la moderación propia de su civilidad. Han sido visitadas varias familias por aquel grupo de jóvenes, que no llevan más objeto que rociarles con agua de olor, y bailar con las señoritas. No negamos que sean partidarios del carnaval, única época en que se permiten ser galanteadas ¡cuántos enamorados platónicos, desearán tener entre sus manos a su amada! Y llegando el carnaval, tienen la oportunidad. (*El Ayacuchano*, periódico local. Año I. Ayacucho, lunes 2 de marzo de 1874 N° 01. Titulado “Carnaval”)

Aquí se nota en el discurso del periodista sobre el carnaval, que los jóvenes visitaban casas ajenas y, con una gran civilidad, nos lleva a preguntarnos: ¿Solo ellos eran los representantes de la civilidad y qué era del resto de las jóvenes de la clase subalterna? Estamos muy seguros de que, como ellos pretendían, a la clase pudiente huamanguina —es decir, los periodistas— solo informaban el comportamiento de aquellos jóvenes que provenía de familias «honrosas».

En Huamanga de fines del siglo XIX, también se la defendía, preguntándose:

¿Qué sería de la humanidad sin esa expansión de espíritu tan necesario para nuestra vida? Apasionados, en nuestra condición social, tenemos que seguir las reglas de nuestra educación: por eso vemos que se pronuncien ciertos seres ya en la soledad, ya por la diversión ya por la reunión y quien no desea un goce en esta vida ¿Quién no desfoga su alegría, y cuando tiene ocasión? Fuera pues escrúpulos (dudas o recelos que punza la conciencia: lo que inquieta el ánimo) y buen humor para festejar el carnaval establecido por nuestros padres ¡Gracias a ellos! Es el festejo de las carnestolendas. (*El Republicano*, periódico político, literario y semanal. N° 01 Ayacucho sábado 10 de febrero de 1877. Crónica local: Carnavales)

Como vemos, la prensa local de Huamanga defendía las carnestolendas porque era «herencia» de sus padres y una costumbre de antaño que no podía prohibirse solo porque algunos escrupulosos lo pedían. Ellos se escudaban en otros medios de comunicación y por eso que el periodista de *El Republicano* manifestaba que quién en la vida no necesitaba de un goce al año. Entonces el carnaval fue tan polémico que hasta las autoridades dudaban en sacar ordenanzas que prohibían dicha fiesta popular. «El carnaval se define por una cultura llamada popular y una historia; es su resultado y contribuye a producirlas, como en Europa, donde interviene en la formación del medio cultural urbano... el carnaval libera las pulsaciones que la sociedad controla fuertemente en los tiempos ordinarios (...)» (Baladier, 1993, p. 122). Un articulista del periódico *El Periodismo* se quejaba sobre la falta de excesos en el carnaval, lo que quiere decir que también la defendía sin querer, y manifestaba lo siguiente:

Estos días han pasado no de muy buen humor porque ha faltado en ellos la excesiva locura de años anteriores:

Pues se van los carnales
Y entramos en la ceniza,
Hacedle los funerales,
Bebiendo en los portales
Una copa bien rolliza. (*El Periodismo*, periódico popular. Época IV. Ayacucho, viernes 20 de febrero de 1885” N° 17. Crónica Local: Carnestolendas. Ver también José María Vásquez, 2020, p. 9)

Es así, que el periodismo de la época, a pesar de que no estaban de acuerdo con el desorden, esta vez, el periodista de dicha columna, se lamentaba de que no exista excesos en el carnaval, y se justificaba porque, seguramente, el desorden, el insulto en las canciones quechua, la burla, la risa, el desenfreno sexual, faltó en esta ocasión, por haberse convertido en una «costumbre» —por no decir tradición— que en los carnavales el pueblo era el Rey, donde daban rienda suelta al bailar, al gozo y sobre todo a la bebida (aguardiente), dando vuelta en la plaza principal de la ciudad de Ayacucho, en las diversas calles principales y volviendo a sus respectivos barrios, para continuar la diversión, hoy en el siglo XXI observamos que estas «costumbres» aún no se han olvidado, sobre todo las comparsas, la bebida y el agua. El carnaval es eso: diversión, alegría, placer y excesos en las bebidas. Pero de igual forma, otros periodistas deseaban que el carnaval desapareciera por pertenecer a la clase culta de Ayacucho, esto sucedió en 1892, cuando a través de su discurso, manifestaba:

Han pasado los tres días de locura, así como nosotros, todas las personas sensatas no han dejado de aplaudir la decencia de esos festines impúdicos, la buena y verdadera cultura rechaza con espanto y humor. Muy poco juego hubo y sólo en una que otra calle se vio desordenes, ¡maldita embriaguez, sin tu mortífero aliento de cuantos males no estaría exento el hombre!. (*La Verdad*. Órgano de la Sociedad Unión Católica, semanario religioso, científico y literario. Año III. Ayacucho, marzo 4 de 1892 N° 35. Sobre Los carnavales (Crónica Local)

Para Ernesto Camassi Pizarro, los carnavales de antaño, fueron “llamadas “fiesta pagana” porque eran días considerados de libertinaje extremo, donde el pueblo se entregaba a toda clase de actos reñidos con la moral y las buenas costumbres. También le llamaban carnestolendas, donde se consumían carnes, tres días antes del Miércoles de Ceniza, día que empezaba la Cuaresma” (Camassi, 2019, p. 13). Y con razón, lo manifiesta Ernesto Camassi, porque fue una costumbre desde la llegada de los españoles que impusieron dicha celebración carnestolendas. Y como en Huamanga Colonial y República, todo era libertinaje, entonces las cucufatas huamanguinas, aquellas que se consideraban recatadas iban esos días al templo cristiano para orar por los pecadores de la fiesta del carnaval, así que en:

Las Iglesias: Del Sagrario, La Compañía, Santa Clara y Santa Teresa, donde durante los carnavales tuvieron lugar las distribuciones religiosas, han estado bastante concurridas. (Vásquez, 2020, p. 5)

Lo manifestado por el periodismo de la época y transcrito en nuestro artículo sobre los carnavales huamanguinos, no hacen sino confirmar lo que nuestro maestro y músico Ernesto

Camassi Pizarro, lo ha señalada. Carnaval era un tiempo de libertinaje; pero este libertinaje, que nos comenta Camassi, era algo natural en tiempos de festejos carnavalescos, permitido por las autoridades políticas de la región y además es cierto que las damitas huamanguinas decentes, acudía a los templos; y esta costumbre de ir a la iglesia, se dio hasta muy entrado la primera mitad del siglo XX:

Con días de anticipación un grupo numeroso de cucufatos y beatas habían solicitado al obispado, asilo en el Hospicio de Santa Teresa. Encerrados voluntariamente se sometían a rezos, oraciones y castigos los tres días hasta el miércoles de Ceniza para no ser partícipes de los supuestos banales. Esta costumbre también añeja ya nadie se acuerda de practicar en nuestros días. (Camassi, 2019, p. 15)

Dos cosas importantes del rato del Profesor Ernesto Camassi, primero, confirma que esta costumbre de acudir al templo cristiano o hospicio se dio desde épocas, seguramente, coloniales; que hemos demostrado con las fuentes periodísticas. Por otro lado, confirma que para años 60 hacia adelante del siglo (XX), esta costumbre se fue perdiendo, lo que ocasiono una ruptura en su continuidad.

De igual forma, vemos el rechazo por el carnaval venía mayormente de la clase «cultura» de Ayacucho, los notables y dueños patrimoniales del lenguaje social, quienes a través de sus voces —los periodistas— lanzaban injurias sobre las carnestolendas, manifestando que en esos días, en lugar de jugar los temibles carnavales, muchos cristianos fueron a rezar y a recibir charlas en los diversos templos de la ciudad, los cuales fueron muy concurridos; los subalternos se hallan así, como lo indica Víctor Samuel Rivera, como “esos "otros", los otros antipáticos” (Rivera, 2009, p. 321). La costumbre de algunos miembros de la clase «cultura» se continuó hasta la década de 1920, donde de igual forma un sector minoritario concurría a los sermones que daban los curas por aquel entonces, seguramente pidiendo que esa «maldita embriaguez» de los “otros antipáticos”, como dice el filósofo Rivera, desaparecieran junto con las carnestolendas.

Como se observa, el rechazo por el carnaval venía mayormente de la clase «cultura» de Ayacucho, los notables y dueños patrimoniales del lenguaje social, quienes a través de sus voces —los periodistas— lanzaban injurias sobre las carnestolendas, manifestando que en esos días, en lugar de jugar los temibles carnavales, muchos cristianos fueron a rezar y a recibir charlas en los diversos templos de la ciudad, los cuales fueron muy concurridos; los subalternos se hallan así, como lo indica Víctor Samuel Rivera, como “esos "otros", los otros antipáticos” (Rivera, 2009, p.

321). La costumbre de algunos miembros de la clase «cultura» se continuó hasta la década de 1920, donde de igual forma un sector minoritario concurría a los sermones que daban los curas por aquel entonces, seguramente pidiendo que esa «maldita embriaguez» de los “otros antipáticos”, como dice el filósofo Rivera, desaparecieran junto con las carnestolendas.

En 1892, otro articulista del periódico *La Verdad* nos presenta un discurso muy interesante sobre los carnavales y la cuaresma, manifestando:

Carnaval” significa literalmente ¡adiós carne!

Porque los que toman parte de esa clase de festines y regocijos parece que se despiden de las buenas comidas que va a prohibir la cuaresma. con ella se conforma también el llamado carnaval, carnestolendas. sea de ello lo que fuere, lo cierto es que sigue esas costumbres del antiguo paganismo, que ha habido en esta ciudad, bastante juego entre todas las clases sociales; algunos grupos de bailarines enmascarados iban a las casas invitadas, para pasar la hora de la noche, en medio de los encantos de la danza y de las complacencias de la reunión de amigos, al son de las melodías de la músicas alegres comparsas de caballeros recorrían las calles en pos de seductoras huríes, (mujeres bellísimas que poblaban Huamanga) para bañarlos con olorosos perfumes y suaves polvos de arroz; en fin, se apoderó del pueblo una fiebre, por decirlo así, loca alegría. y los hay que celebrar es que no ha ocurrido acontecimiento funesto que lamentar cuando aún reinaba la música en las casas, cuando aún la mañana del miércoles se notaban los rezagos del festín y de las orgías, ya la iglesia dejaba oír sus gemidos, señalando la frente de toda clase de gente que acudía a los templos con la ceniza de los muertos. (*La Verdad*. Publicación quincenal. Año II. Ayacucho marzo 10 de 1892”. N° 17, Ver también a José M. Vásquez, 2020, pp. 9-10)

Es muy interesante cómo los huamanguinos celebraban los carnavales en 1892; es decir, ocho años antes de celebrarse en todo el mundo el nuevo cambio de siglo. Esto nos hace recordar cómo nosotros también hemos recibido el cambio de siglo —del XX al XXI—, acontecimiento inolvidable para nuestra generación que aún continúa con nosotros y comparte las celebraciones de los carnavales, aunque ya modificados. En suma:

El carnaval es una fiesta de mucha mayor significación. El asociar el acto de enmascararse con violencias, con bromas descomedidas, con borracheras, con actos cómicos y con actos trágicos, el deseo de cambiar de personalidad y de pasar de la risa al llanto, y viceversa, de nociones de vida, movimiento y lubricidad a nociones de muerte y acabamiento, están por encima de toda limitación histórico-cultural, se hallan entre pueblos muy distintos entre sí. (Caro, 1965, pp. 144-145)

En Huamanga desde tiempos inmemoriales, el carnaval es una fiesta en la que todos participan: el maestro de escuela, el médico, el abogado, el campesino, el indígena, las vivanderas; es la fiesta que emite identidad popular. En las “fiestas oficiales las distinciones jerárquicas se destacaban a propósito, cada personaje se presentaba con la misma insignias de sus títulos. Esta fiesta tenía por finalidad la consagración de la desigualdad, a diferencia del carnaval en el que todos eran iguales y donde reinaba una forma especial de contacto libre y familiar entre individuos normalmente separados en la vida cotidiana por las barreras infranqueables de su condición, su fortuna, su empleo, su edad y su situación familiar” (Bajtin, 2002, p. 15).

La fiesta carnavalesca estructura que brota de la inversión y la contestación, tan antigua con seguridad como las liturgias oficiales d las que es el contrapunto (...) el carnaval-institución se fosiliza como en el siglo XIX” (Vovelle, 1985, p. 197); Como se ha manifestado, durante el carnaval huamanguino en su plaza mayor y los barrios “la abolición provisoria d las diferencias y barreras jerárquicas entre las personas y la eliminación de ciertas reglas y tabúes vigentes en la vida cotidiana, creaban un tipo especial de comunicación entre la gente, imposible de establecer en la vida ordinaria.

Como resultado, la nueva forma de comunicación produjo nuevas formas lingüísticas: géneros inéditos, cambios de sentido o eliminación de ciertas formas desusadas (...) no necesitan pulir el lenguaje ni evitar los tabúes, por lo cual se dicen palabras y expresiones inconvenientes” (Bajtin, 2002, p. 21); y así fue siempre en las carnestolendas de Huamanga, donde la grosería, la burla y la picardía siempre estuvieron presentes a lo largo de los siglos. Así, la vida cotidiana en el carnaval, parece “deformarse, monstruosas y horribles. La nueva concepción histórica que las incorpora les confiere un sentido diferente, aunque conservando su contenido y material tradicional: el coito, el embarazo, el alumbramiento, el crecimiento corporal, la vejez, la disgregación y el despedazamiento corporal, siguen siendo los elementos fundamentales del sistema de imágenes grotescas” (Bajtin, 2002, p. 29) de las carnestolendas huamanguinas.

Lo que sucedía en Huamanga a fines del siglo XIX, esto según el discurso oficial hegemónico de las clases subalternante, era que la población, carente de “civilización”, esperaba el carnaval para hacer el festín y la «orgía», sobre todo las solteras, porque era el único espacio

donde ellas podían demostrar lo que eran según los “decentes”: unas desenfundadas ardientes de sexo y lujuria.

Por otro lado, también por estas épocas de carnaval las prostitutas participaban del evento, por supuesto sin que se hagan notar o solo lo notaban los que las conocían. A pesar de que no hubo un burdel en la ciudad para la época, ellas trabajaban a escondidas y por qué no decir que hasta mujeres de buena reputación fueron unas «putas» de esta época. De igual forma, podemos decir de los «ampuchas», que era la fiesta más esperada por ellos, donde el licor y sobre todo el aguardiente circulaba por toda la ciudad en los carnavales. Tampoco no podemos dejar de lado a los ladrones, quienes esperaban esta ocasión, como otras —Semana Santa, Día de los Difuntos, Navidad, Año Nuevo, etc.— para hacer su «agosto». Como las familias salían a celebrar las carnestolendas, en muchas ocasiones las casas se quedaban «solas», «vacías», «abandonadas» por sus propietarios, y entonces era el momento preciso para que estos malos elementos de la sociedad puedan robar todo lo que podían. Además, no hay que olvidarse de los mendigos que pululaban en la ciudad y que en el carnaval era la ocasión para que bailen, beban y se diviertan con la gente del pueblo; y, así, «codearse» en algunas ocasiones con los miembros de la aristocracia huamanguina.

En fin, el carnaval era una festividad donde todas las clases sociales se encontraban, a pesar de que todo el año ni siquiera se «miraban», pues a lo sumo intercambiaban un saludo el indígena con el notable; es decir, el desprecio por lo popular era enorme por parte de los vecinos notables de la ciudad; pero cuando llegaba el carnaval, hasta el alcalde, el prefecto u otra autoridad participaba y, entonces, arrojaba huevos y agua.

Al iniciar el siglo XX, Huamanga ingresaba a un nuevo siglo, en la cual la vida cotidiana no tuvo casi modificaciones en lo relacionado al siglo XIX, por lo que todo continúa igual. En lo político, era el prefecto, subprefecto, alcalde y gobernador, junto con el intendente de la policía, el que ponía las reglas para el orden y la tranquilidad del vecindario ayacuchano. En cuanto al aspecto económico, Huamanga seguía caracterizándose por su artesanía, que era una de las actividades más sobresalientes de la sociedad. Los textiles elaborados por los pobladores de Santa Ana y Conchopata, la platería y talabartería continuaban siendo una labor que rendía una buena rentabilidad. La confección de tejas también, ya que los techos de las casas eran confeccionadas con dichas tejas, sobre todo para la protección del aguacero. En lo social, predominaban aún las actitudes de los

notables frente a los comportamientos de la clase subalterna, consideradas clases enfrentadas de muy remoto tiempo. En este aspecto, las festividades religiosas, como la Semana Santa y otras celebraciones católicas, siguieron siendo la atracción del pueblo religioso huamanguino. Esto no quitaba que, durante el mes de febrero, la clase subalterna o popular esperara con ansias el carnaval huamanguino que se celebraba con gran entusiasmo y «devoción».

La época de carnaval era considerada por el discurso hegemónico como un momento de desorden total, pero que provisionalmente podía tolerarse porque era de satisfacción para muchas familias, a pesar de su falta de civilización europea y los excesos y barbarie de la fiesta. Las costumbres tenían tanto poder como las leyes en todos los pueblos. En 1905:

Durante los días de carnaval en lo que tanto se ofende a su divina majestad, han tenido lugar en la Iglesia de la Compañía solemnes distribuciones, habiendo corrido las pláticas a cargo de los reverendos padres Agustinos, Fray Francisco Álvarez, Florencio Avilés y Fray Ceferino. (*El Estandarte Católico*, Año V. Siglo XX N° 114 29 de marzo de 1905)

Como vemos, mientras se celebraba el carnaval en la ciudad, unos cuantos cristianos participaban de charlas en el templo, seguramente bajo el control del lenguaje en definitivas alienado de las clases “decentes”, dando consejos sobre cómo no participar en esa fiesta de locura o dándoles sermones de comportamiento en estos días; además, como era un órgano del obispado, *El Estandarte Católico* solo miraba al carnaval como algo «bárbaro» y «salvaje», donde los que participaban eran «incultos e indecentes»; pero la Iglesia no se dio cuenta de que esa fiesta era una celebración donde todos los pobladores se desprendían o, por lo menos, se olvidaban de sus preocupaciones cotidianas: de ir a la chacra, de trabajar para el hacendado —pese a que hubo prohibiciones en las haciendas huamanguinas para no participar en la fiesta, con la amenaza de despedirlos—, de vender en el mercado de abastos, de confeccionar alfombras, colchas, o frazadas. Es decir, muchos dejaron de trabajar por algunos días o algunas horas para participar del carnaval, como en la actualidad se hace, ya que hasta se decretaba «feriado» local solo para poder festejar el carnaval.

El carnaval era una fiesta de «todos y para todos» y, a pesar de que una minoría no participaba, tuvieron que conformarse con observar los excesos de dicha fiesta. Lamentablemente, para los primeros años del siglo XX no hemos encontrado otros artículos periodísticos que nos

informen sobre el carnaval. Estamos seguros de que también aplaudieron y se quejaron sobre la fiesta más loca de la sociedad huamanguina, que eran las carnestolendas.

En 1907, se decía «esta fiesta del paganismo antiguo ha pasado sin novedad» (*El Estandarte Católico*. Año VII. N° 113. Ayacucho, noviembre 2 de 1907. Titulado “Carnaval”). Quizás los articulistas del periódico *Estandarte Católico* estuvieron muy contentos, porque no hubo exceso durante el carnaval; pero haciendo memoria de artículos pasados, no creemos que eso fuera así, ya que el carnaval, quieran o no, ocasionaba excesos en lo sexual y en lo violento, así que como era un órgano religioso, solo hacía conocer lo que ellos manifestaban a través de sus discursos en las páginas del periódico. Entonces los lectores, que en su mayoría eran los notables de Huamanga, eran los que leían dicho periódico, mientras que los subalternos-analfabetos solo se contentaban, en algunas ocasiones, lo que les podían leer otros miembros de su organización, ya sea un artesano o un humilde maestro de escuela, que se identificaba con el carnaval. Seguramente, al leer dicho artículo, hubo grandes rumores por toda la ciudad, ya que era una ciudad tan pequeña en las primeras décadas del siglo XX. En efecto, en Huamanga la mayoría se conocía y sabían lo que hacían, hasta los sastres, herreros, carpinteros, hojalateros, carniceros, peluqueros, etc., conocían los «rumores» de la clase acomodada económicamente en la ciudad, y se quejaban de esos «chismes» malintencionados sobre su fiesta, considerada la más importante del año: Las carnestolendas.

La cultura popular siempre fue poderosa, mientras la «oficial» y las religiosas eran más débiles. Por eso, con fines casi propagandísticos, la Iglesia hacía coincidir sus fiestas con las paganas, con la finalidad de cristianizarlas. Las fiestas populares en las que la risa, la burla o la pantomima eran elementos esenciales, y fueron consideradas como cosa demoníaca, proveniente del Infierno; mientras que el rezo, el recogimiento y la oración eran consideradas como provenientes de Dios. Estas premisas marcaron la concepción filosófica de los primeros tiempos de la Iglesia, desde la época del siglo XVII, pues se comenzó a considerar las fiestas de otros pueblos como un segundo nacimiento de vida, con manifestaciones de desahogo del poblador, lo que supuso que el estamento de la iglesia católica lo asumiera en sus rituales religiosos. Así, la iglesia permitió en el carnaval que existan excesos en determinadas fechas del año, con la finalidad de erradicarlos lentamente. En este contexto social la iglesia era consciente de su papel transformador de la fiesta carnavalesca, la cual contribuyó a su expansión bajo nuevas formas de

erradicación. El papado recreo algunas versiones jocosas de pasajes bíblicos y de libros religiosos, siempre justificándolo bajo la premisa de un segundo nacimiento de la vida. En la liturgia, en los funerales, en los bautizos y otras ceremonias comienzan a aparecer manifestaciones divertidas y lúdicas. El carnaval fue una fiesta de la burla y la sátira.

Buscarle un significado al carnaval conlleva a tener que profundizar en el subconsciente colectivo de la sociedad ayacuchana, la costumbre de la fiesta carnestolendas que se vinieron repitiendo desde la época colonial, periódicamente. En este sentido, el hombre creyó que su ritmo vital estaba sometido a fuerzas sobrenaturales que se reflejaban en el carnaval. Y aún fue posible en cierta medida a partir del momento en que ese ritmo vital se vio reordenado por el establecimiento del año cristiano, confiriendo a esta fiesta un contenido social y «religioso». En el carnaval se refleja los ritos y las ceremonias entremezcladas: vestir máscaras y disfraces, correr los toros, comer cerdo, echar ceniza y harina a los viandantes, gastar bromas, tirar huevos, tirar baldazos de agua olorosa, etc.; lo cual cambia nuestro carácter unos días u horas, y aun invierte los papeles sexuales e iguala socialmente a todos.

Son, pues, tres días de carnaval donde está permitido hacer burlas a las autoridades, que no eran permitidas durante el resto del año e que incluso parecería de mal gusto. El carnaval es, en definitiva, el mundo al revés, la contradicción de la vida cotidiana y la búsqueda de la inversión total de valores. Inconscientemente en estas fiestas el pueblo busca un equilibrio en el exceso, frente al desequilibrio que supone el respeto a la penitencia cuaresmal. Todos los preceptos, normas y usos legales del tiempo ordinario, son cambiados por las leyes que rigen este tiempo del carnaval. Notables, intelectuales, periodistas e incluso las autoridades políticas de la ciudad de Ayacucho, deben soportar los insultos de los carnavaleros, de sus bailes, de sus faltas y desórdenes que en otros días del año tendrían que castigarse, cediendo ante este derecho extraordinario propiciado por los rituales de origen colonia. La crítica social, la parodia, lo grotesco y lo burlesco, son modos de ridiculizar inconscientemente los hechos de la vida cotidiana, los oficios, los cargos públicos, la vida de los vecinos notables y de otras representaciones de tipo social. La literatura escrita del siglo XIX, en periódicos, libros, se ve representada en las coplas y canciones populares que se manifestaban en el carnaval durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. En Ayacucho durante las fiestas carnestolendas, se distingue una tendencia natural al igualitarismo al verse suprimidas las diferencias sociales, de edad, estado civil, clase o sexos.

Es importante que en esta fiesta todo el mundo se sumerja olvidando las distancias y las pesares que la vida cotidiana impone, y eso incluye el rendimiento académico del alumnado también (Serna, 2006). Quizás fue la sociedad de la zona rural la que creó su propio carnaval, ya que en todos los pueblos ayacuchanos se realizan el «Lucheo». Pero el carnaval huamanguino y citadino siguió siendo la fiesta más esperada por los subalternos —la minoría—, quienes hacían gala de sus movimientos eufóricos o «diabólicos» como lo denominaban los notables de la comunidad huamanguina, gente culta que, a pesar de su oposición, sus propias hijas esperaban el carnaval para desfogar sus pasiones con los jóvenes participantes. Era seguro que muchas de ellas lo hacían a escondidas de sus «cultos» padres o de sus «cucufatas» madres de aquellos tiempos.

Lo cierto es que el carnaval prosiguió su rumbo sin detenerse durante esos tres días; así como en Lima, el carnaval tuvo otras “iniciativas particulares en favor de introducir los coches alegóricos, la serpentina, el confeti, los globos y los chisguetes (instrumentos considerados más cultos y civilizados), que tenían el propósito de reemplazar al cascarón de huevo, la jeringa de latón, la harina y el añil. Y decían que no faltaría entre los jóvenes de nuestra sociedad, quienes se animen en años venideros a organizar los días de carnaval, corsos de flores en el paseo Colón, cabalgatas de jinetes expertos y bien trajeados que hagan uso de serpentinas y confetis como única arma de lucha carnavalesca, bailes de máscaras, desfiles de carros alegóricos, etc. Y hubo personas como el señor Coppo, dueño de una fábrica de licores, que durante el carnaval de 1902 recorrió las principales calles de Lima sobre una carreta que representaba la vid, y desde la que los conductores arrojaban flores. En esa misma ocasión, un grupo de jóvenes paseó por la ciudad en coches descubiertos llevando máscaras y alegrando al público con su música y baile. A medida que fue ganando terreno esta nueva forma de celebrar el carnaval, en la que la alta sociedad limeña volvió a aparecer en las calles y se tomó conciencia de lo opuesto que eran las dos formas de juego: la criolla y la moderna” (Rojas, 2005, p. 139).

En Huamanga quizás todavía no ocurría muchos cambios como en Lima, pero es posible que los juegos también cambiaran por estos años, ya que las serpentinas y los chisguetes pudieron haber estado en aquellos tiempos de carnaval; lamentablemente aún las fuentes carecen de esa información y de igual forma los viajeros como José de la Riva Agüero (1912) o Harry Franck (1917), entre otros, no nos disertan sobre el carnaval, ya que ellos vinieron en otros meses para la ciudad. Según el historiador Fernando Ortega en 1913, otro discurso periodístico nos informa sobre

la no tolerancia de la clase «cultura» huamanguina sobre el carnaval y como dicha fiesta «pagana» era intolerada por sus desenfrenos y excesos sexuales:

He aquí una mala costumbre que día a día pierde en cultura para degenerar hasta convertirse en una fiesta detestable. Decimos esto, porque hemos visto a jóvenes, cuyos nombres callamos, situados en ventanas y ciertos establecimientos conocidos de la calle de la Compañía, hacer gala de una pésima educación, arrojando cascarones a personas serias, haciendo caso omiso del bando policial y los inspectores permanecían apostados en la esquina viendo impasibles burlar las órdenes.

En nombre de la cultura reclamamos que se guarden los merecidos respetos a la sociedad. (*Estandarte Católico*, Ayacucho 13 de febrero de 1913 N° 355. El Carnaval)

Como se notará en la cita, se pedía moderación en los juegos de carnaval y, sobre todo, tomaban los periodistas el nombre de la «cultura» —supuestamente la «cultura culta», que bien sabemos es la cultura de los notables, cuya identidad para nada era ya desde las Reformas borbónicas la del pueblo—, de donde de seguro pertenecían ellos, para que no siga la «degeneración», según sus discursos. A la vez se quejaban de la mala educación que los padres de dichos jóvenes carnavalescos les habían inculcado. En todo el carnaval las autoridades veían en la cotidianidad cierta tolerancia en esos días carnavalescos para con los miembros de la clase subalterna, que así vista eran «transgresores» de los espacios públicos por sus bailes y fiestas; y un insulto para la Iglesia y para Dios, quienes tenían el deseo de ayudar a controlar esos actos «herejes» que la clase subalterna realizaba, esos “otros antipáticos” que piensan al margen, como ya anotamos menciona el filósofo Rivera (2009, p. 321). Es decir, para la Iglesia y los notables era «revolucionar las costumbres». Tolerar las costumbres fue algo que se tuvo que soportar hasta muy entrado la segunda década del siglo XX.

Así, en una sociedad tan conservadora, para las dos primeras décadas del siglo XX, los medios de comunicación y, sobre todo, *El Estandarte Católico* jugó un rol muy importante a la hora de ofrecer recomendaciones de buen comportamiento durante los tres días de carnaval; pero como estos discursos y representaciones que tenían los «notables» de Huamanga casi nunca tuvieron eco en la inmensa mayoría de ciudadanos huamanguinos que, a pesar de todo, cada año seguían festejando el gran carnaval; y como hemos visto los cascarones continuaron siendo parte fundamental del juego carnavalesco junto con el agua. Todavía no encontramos mencionar aún las serpentinas ni los chisquetes en estos años, a lo mejor fueron introducidos posteriormente en la

época del Oncenio de Leguía, donde sí se notará las grandes modificaciones del carnaval huamanguino.

7.3. De rupturas y transformaciones en el carnaval huamanguino (1920-1926)

En la disciplina de la vida cotidiana, las maneras de comunicarse y relacionarse entre las personas van cambiando de modalidad y, así, la división de lo público y lo privado se hacen más confusas. Las fronteras que separan estas dos clases de espacios son más permeables. Lo privado tiende a ser un lugar a partir del cual un número creciente de relaciones, con él afuera, se establecen instrumentalmente; es decir, aparece como un modo de vivir juntos separadamente. Esta visibilidad resultante de la omnipresencia de la imagen no se efectúa sin riesgos. El espacio pierde progresivamente su función protectora, defensiva, pues la distancia ya no tiene la función de una pantalla opaca; pues las imágenes no se hacen solo invasoras, sino también inquisidoras (Baladier, 1993, p. 161). Así los carnavales, a pesar de que continúan siendo incambiables por la cultura subalterna, constituyen un ritual que de todos modos sentirá la influencia de los cambios y transformaciones que se harán más adelante, por iniciativa de la comunidad de notables de Ayacucho, quienes plantean un proyecto modernizador del carnaval huamanguino muy entrado los años de 1926; pero de forma anterior la vida cotidiana, las costumbres y tradiciones huamanguinas aún no siente esas rupturas radicales y transformaciones del pensamiento moderno en Ayacucho. En este segmento vamos a tratar la evolución del carnaval entre 1920 y 1926. Comenzaremos viendo la evolución del discurso de las élites sobre el carnaval en 1922 y sus consecuencias.

El “curso de carnavales de 1922, ya en pleno Oncenio, tuvo su origen en la campaña periodística llevada a cabo por el periódico *El Comercio*, por lo menos desde el 15 de enero de ese año, cuando se publicó la propuesta de modernizar el carnaval” (Rojas, 2005, p. 142). Se hacían cursos con el apoyo de la municipalidad, la prensa, la industria y comerciantes, universitarios y obreros «cultos», donde debería haber carros alegóricos que llamarían la atención del público, ya que estos deberían tener representaciones atractivas hacia el espectador. Según el historiador Rolando Rojas:

El 16 de febrero de 1922 se llamó a los vecinos notables de Lima, instituciones sociales y económicas de la ciudad para conformar una comisión y, así, hacer el programa de la reforma del juego del carnaval sustituyéndolos con otros espectáculos dignos de la cultura de la capital. La comisión la encabezó el teniente alcalde y así se elaboró un programa que

incluía un desfile de carros alegóricos, varias cuadrillas de disfraces y bandas de jinetes disfrazados, juego con serpentinas y flores, un muñeco de cuatro o cinco metros que representara al Rey del carnaval y, como colofón, una gran fiesta popular en la Plaza de Armas. En el programa se contemplaba también organizar eventos en los barrios populares para involucrar al pueblo en el nuevo carnaval. Sin embargo, la decisión más importante fue la de elegir una Reyna de los Mercados, quien recorría las zonas, casas de vecindad y callejones populares, animando a la gente a dejar el agua por las serpentinas y el confeti. (Rojas, 2005, pp. 142-144)

Como se podrá notar, el carnaval limeño fue totalmente modificado; pero lo resaltante es que aparece el Rey Momo como atractivo de la nueva fiesta carnavalesca y, sobre todo, la elección de la reina del carnaval.

Confirme vamos avanzando en el siglo XX la presión de los grupos subalternantes contra las prácticas de identidad de “los márgenes” o “las sombras” de la ciudad, para usar otra vez la terminología del filósofo VS. Rivera (2009; 2021) iba cada vez en aumento, capturando las prácticas de los silenciados. A inicios de la década de 1920 se inicia un proceso de domesticación de la «barbarie». “¡Transformemos los carnavales, por favor!” era la consigna para reducir la resistencia de los oprimidos. En este sentido escribe Beatriz González:

Escribir es dotar a esas nuevas naciones de civilización, porque el logos que controla la escritura distribuye, decide y define-obviamente para el imaginario colectivo-qué instancias o espacios se van a corresponder con el caos, con la anti-ley, con la barbarie. Escribir, respondía a la necesidad de ordenar e instaurar la lógica de la civilización; pero a la vez, era un ejercicio previo a la modernización. (González, 1994, pp. 111-112)

Desde muy entrada la segunda década del siglo XX, el gobierno del Presidente Augusto B. Leguía tuvo la intención de «modernizar» el país, tratando de transformar algunas costumbres consideradas «bárbaras», como los carnavales que se celebraban en todo el Perú. La fiesta del «carnaval siguió desarrollándose con total libertad hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando las élites modernizadoras comienzan para prohibirla o ir transformándola, puesto que esta fiesta se oponía a su ideal estético» (Muñoz, 2001, p. 182). Es interesante ver cómo el carnaval huamanguino se venía celebrando desde épocas coloniales sin modificaciones. Durante los días de carnaval:

(...) personas de toda condición social salían a enfrentar batallas en las principales calles del centro de la ciudad y en los barrios, cargando cubos de agua, huevos llenos con agua de añil y sacos de harina por la noche. Desde los balcones de las casas, las señoras, las doncellas y las domésticas esperaban a los transeúntes para tirarles baldazos de agua o

asustarlos con un saco lleno de fragmentos de porcelana, vidrios y fierros que producían mucho ruido, cuando era tirado hasta mitad de la calle. (Muñoz, 2001, p. 184)

Como se puede ver, el carnaval de Huamanga continuaba sin modificaciones, pero sería durante la segunda década del siglo XX, en el Oncenio de Leguía, el momento en que la hegemonía de los notables tuvo los medios para intentar silenciar toda voz alterna y resistencia de los subalternos. En efecto, en la época del segundo gobierno de Leguía se presentarán los cambios en todo sentido, pues se comenzaron a dar en la política, en la economía, en la educación, en lo cultural, en lo ideológico y, por supuesto, estos cambios también llegaron a la gran fiesta del carnaval; porque el deseo de la Iglesia y de los «vecinos notables» de Huamanga era que el carnaval sea lo más culto posible, imitando lo que hacían en la capital Lima; ya que ahí, según ellos, el carnaval era de una participación masiva, pero donde se resaltaba la decencia, el buen humor y el «respeto», ya que no eran los tiempos en los cuales los jóvenes echaban agua sucia a las mujeres o los cascarones de huevos podridos, o tunas, etc.; sino ahora se jugaba con serpentinas, otorgándole al carnaval otro aspecto más decente. Es decir, un aspecto más señorial, más prestigioso, más armonioso y no «bárbaro», «incivilizado», «pagano» o «inculto» de años anteriores en Huamanga.

La intención de imitar el carnaval limeño era otorgar el control de los espacios públicos de la ciudad a la «comunidad de notables» y a las autoridades locales —alcalde, prefecto, intendente de policía, gobernador, etc.—, ya que todo esto significaba una mayor tranquilidad en las calles, donde los carros alegóricos y el propio carnavalón coparan todo el centro de la ciudad huamanguina. Como ninguna fiesta carnavalesca para esta época podría celebrarse sin una reina, la prensa escrita comenzó a difundir la idea de «imitar» a la capital en la elección de una reina del carnaval huamanguino. Entonces, la consigna de la comunidad de notables era «domesticar» a la «barbarie» del carnaval; es decir, que los:

Hombres y hábitos, ideas y sensibilidades, debían ajustarse a los moldes de una modernidad europea, abandonar viejas tradiciones, o mejor aún, sobreponer a un cuerpo social ahora tenido por “bárbaro” modos y maneras que remedaran tanto a las ciudades y naciones, hombres y costumbres europeos. Ser moderno o estar a la moda, es decir, parecer europeo o haber asimilado el estilo de vida de las metrópolis francesa o anglosajona era casi un imperativo. (González, 1994, p. 109)

Es así como:

Los acontecimientos que forman parte de la rutina de lo cotidiano: fiesta ceremonias, donde lo que llama la atención es su carácter aglutinador de personas, grupos y clases sociales; es

posible relacionar los rituales fundados en el principio social de la inversión, como es el caso de los carnavales, con la acción popular espontánea de las masas. (de DaMatta, 1979, p. 32)

Los notables miraban al carnaval como la más bárbara y grosera de todas las celebraciones públicas que se podían dar en el país; eran como en sector que los subalternos habían logrado conservar fuera del influjo del lenguaje hegemónico. Era el turno de modernizarlo.

La comunidad de notables en Ayacucho, como la que debería modernizar al carnaval, conjuntamente con sus autoridades políticas, lanzaron duras críticas a la fiesta del pueblo, como lo ha llamado Roberto De Matta. Entonces para 1923 ya se pronunciaban en favor de modernizar o «civilizar» el juego de carnaval, ya que las quejas eran continuas sobre el carnaval considerado «bárbaro» para muchos vecinos notables, manifestando que:

Las costumbres de antaño obedecieron a las leyes de la evolución sufren transformaciones en la mayoría de los pueblos civilizados. La fiesta de carnestolendas que antiguamente se celebraba en Huamanga con pompa y su llegada era esperada con alegría en esos tiempos al modernismo agonizan y caminan por la senda de la desaparición. Hoy es un tanto brutal el baño con agua sucia, el uso exagerado de coloretos, pese a toda prohibición el empleo de los cascarones y la abundancia de los polvos “super fine” elaborados con una materia prima que abunda en Ayacucho, todo ello con peligro de la salud. Hoy que ya se aproxima la fiesta del Dios momo, como la llamó los paganos, creemos del caso manifiesto al vecindario que, lejos de pasar dichos días aburridos, se preocupen de la modernización, bien podríamos, como se hizo en lima introducir la elección de la reina del carnaval, por votación de la juventud. la organización de un curso de flores con la cooperación de las instituciones públicas, iniciaría la batalla de flores. Que aun anhela en la modernización del carnaval. (*La Hormiga*. Año VI. Ayacucho, 25 enero de 1923 N°73. Modernicemos el juego del carnaval)

En nuestro concepto, queda claro que los periodistas de Ayacucho deseaban, como también lo querían los «notables», modernizar el carnaval. Es así como a través de su periódico daban discursos de modernización de esta fiesta tan esperada por la población huamanguina en la época del gobierno de Leguía, y hay que tener presente que para esta época nuestro ministro de Fomento era el senador Pío Max Medina, quien había ofrecido traer el ferrocarril para la ciudad y que nunca llegó. Entonces las fiestas de carnavales eran aún más esperadas que nunca, pero el pedido de modernizar el carnaval con una elección de la reina y hacer corsos con carros alegóricos en Huamanga, creemos que no gustó a muchos de la comunidad de subalternos, quienes sabían que estos tres días eran para gozar y entretenerse, y no para simplemente mirar desde los portales como podría haber salido ese curso propuesto por la prensa. Lo que sí está claro es que desde ese momento hacía adelante se quiso «civilizar las costumbres» del pueblo, sobre todo modernizar

—como en la capital— el carnaval huamanguino, que en parte se logró más adelante; pero para este año aún el carnaval tuvo su sabor tradicional con el juego de agua y los cascarones de huevos podridos lanzados a las muchachas de la ciudad, como también las tunas, tan populares; y los coloretos que se hacían de la cochinilla, que no faltaron en este año. De igual forma aún los desenfrenos eran casi «normales» en la fiesta carnavalesca.

Una vez vista la evolución de los carnavales en Ayacucho y el incremento de la presión de la élite de notables contra los carnavales como expresión de reconocimiento de los sectores subalternos, pasemos ahora a un tema que cierra el ciclo de transformación de los carnavales: El Rey momo se perpetúa en Ayacucho (1926). Antes de que se transforme el carnaval huamanguino:

La experiencia del presente incita a restablecer una continuidad; se la encuentra en el antes y el después temporales, es retrospectiva y prospectiva a la vez. Se produce un regreso hacia el pasado, hacia el tiempo cumplido en el que las vidas han adquirido una plenitud de sentido, en el que se origina la nostalgia, en el que el arraigo se realiza imaginariamente (...) tradición y modernidad se encuentra, pues la segunda aporta a la primera el respaldo de las técnicas nuevas. (Balandier, 1993, p. 163)

Es decir, que, a pesar de la resistencia al cambio de los carnavales, los notables recurren a «imitar» la transformación del carnaval limeño para incorporarlo en Huamanga. La modernización del carnaval huamanguino no tardó en proceder a perder parte de su tradicional modo de festejar y de celebrar. Los años 1920 fueron el preludio de esa transformación del carnaval:

Tiempo y espacio parecen confundirse, lograr juntos una verdadera mutación, abolirse en sus formas antiguas y llegar a ser así capaces de hacer producir efectos cada vez más inteligentes (...) la mutación del tiempo, del espacio, de lo real, se realiza también en la producción de las imágenes, y en el campo de la vida cotidiana, las maneras de comunicarse y las relaciones entre las personas cambian de modalidad y la división de lo público y privado se hacen más confusa. (Balandier, 1993, pp. 160-161)

Como se observa, la clase subalterna seguirá celebrando como antaño con gran algarabía, pero enfrentándose a la llamada modernidad que se acercaba cada día más para «interrumpir» la gran fiesta carnavalesca huamanguina de aquellos tiempos y, así, enfrentarse a las modificaciones que la clase notable y las autoridades municipales deseaban hacer con el tradicional carnaval.

Los inicios de esta transformación comenzaron en el año de 1923, donde se propone cambiar al carnaval, considerado «bárbaro» y «salvaje» por dicha clase social, por un carnaval más «decente» y más «culto»; con esta ruptura que se planteaban iban a cambiar toda la vida cotidiana

de celebración en el sector subalterno, quienes acostumbrados a ingresar por los tres días de carnaval a la plaza principal, conjuntamente con sus «pandillas» o «comparsas» a son de la guitarra, quena y tinya, lo harían en el futuro, pero fuera de dicho espacio público, donde estaría el gran «Ño Carnavalón» que la sociedad de clases tenía previsto para años posteriores. Esta «modernización» del carnaval se debería a que la comunidad de notables tenía en mente «imitar» a los carnavales limeños y a la influencia ejercida por la élite de este lugar.

El carnaval huamanguino de antaño era considerado como una:

(...) fiesta barroca se conjugaba valores de contenido dispar, sacros y profanos, populares y cultos... los desmanes festivos no se reducían al desorden y al abuso del alcohol, sino a la exposición de prácticas rabelesianas y de rutinas de bromas, risas e inversión social que variaba en su forma entre una comunidad y otra, represión y resistencia se exponían en los espacios y en los tiempos de lo cotidiano. La tolerancia fue una cotidiana persistente y mucho más pública que clandestina. Estamos ante prácticas, comportamientos, establecidos por la costumbre en un sentido invertido al protagonismo social que apunta una economía moral de la multitud. Son actitudes que se desarrollan dentro de unos límites tolerados, soportables, que pueden ser considerados intolerables, inaceptables por las autoridades según la situación social específica y determinada. Entendido de este modo, la vida cotidiana y sus manifestaciones no representaron una sumisión a la estructura, sino más bien una readaptación continua a las categorías dominantes en cada momento, fuesen eclesiásticas o civiles, fueran jurídicas o consuetudinarias. (Peña, 2014, pp. 800-801)

Antes de su transformación del carnaval huamanguino, y pese a la campaña por “civilizar al carnaval”, era frecuente leer en los periódicos que la población seguía usando las calles para el juego, para entablar lucha de baldazos y globazos con cuanto transeúnte se tropezaba y cometer una serie de escándalos y hechos a causa del alcohol (cf. Muñoz, 2001, p. 193). Según Roberto De Matta: «el carnaval exige un tipo de tiempo especial, vacío, es, sin trabajo, un día feriado. La cronología del carnaval es una cronología cósmica» (DeMatta, 1979, p. 37). El carnaval significaba para el pueblo unos días de «humor, picardía y la expresión libre de las emociones. Una fiesta de alegría y un recinto de desahogo u olvido de las penas que se habían acumulado a lo largo del año» (Muñoz, 2001, p. 196). Eso era el carnaval huamanguino tan esperado antes de su transformación. En este contexto nacional sobre los festejos del carnaval, nos preguntamos: ¿Qué ocurrió con el carnaval de Ayacucho? ¿Cómo se planteaba celebrarlo? ¿Debería de imitar al carnaval limeño europeo? ¿Cuándo se daría el «proceso civilizador» del carnaval huamanguino? ¿Hubo reclamos o quejas por parte de la clase subalterna al modificar el carnaval de antaño? ¿Cómo recibieron al muñeco denominado «Rey Momo» en Ayacucho en la fiesta carnestolendas? ¿En qué año se inicia

dicha civilización de la costumbre del carnaval en Ayacucho? En realidad, consideramos que estas son preguntas que tienen respuestas apropiadas.

Así, el proceso modernizador del carnaval se va a concretar a partir del año de 1926, donde se dará la ruptura y transformación del tradicional carnaval al carnaval «civilizado» huamanguino.

En la sesión del 10 de enero de 1926 en la que se discute el oficio enviado por el prefecto sobre el proyecto de transformar el juego del carnaval, fue acogida la idea por todos los presentes con mucho agrado y después se acordó nombrar una comisión, compuesta por los señores doctores Edmundo Vidal Olivas, Teodosio Salcedo y Manuel Giles Ortega y don Enrique Gonzáles Espinar y Sebastián Campos para formular el programa de fiesta y vigilar su debida ejecución. (Aray. Sección Municipalidad. Libros de actas de sesiones. Leg. 28 Año: 1920-1940. Sesión del 10 de enero de 1926. Folio: 270)

Como se podrá comprobar, la transformación moderna del carnaval que tanto se reclamaba por parte de las élites cuya identidad era ajena al pueblo de Ayacucho al fin llegó; y fue hecho realidad cuando se formó dicha comisión que inició su trabajo y que propuso el programa de cómo se debería llevar a cabo los nuevos carnavales. Nos preguntamos: ¿Por qué transformar el carnaval tradicional solo por imitar a los de Lima? ¿Cómo cambió la vida cotidiana de la población pueblerina en Ayacucho, que eran los que más la festejaban cada año? ¿Acaso el poder local podía transformar el carnaval sin consultar al pueblo soberano? ¿Quiénes fueron los propulsores de la transformación del carnaval huamanguino? Son muchas las preguntas que nos podemos hacer, pero muy pocas las respuestas por la falta de datos archivísticos o periodísticos. Sin embargo, lo cierto es que la propuesta de la comisión sobre la transformación del carnaval huamanguino tenía en mente los antecedentes difundidos por el periodismo local, que manifestaban conjuntamente con los notables de la ciudad, que el carnaval huamanguino era «salvaje» e «inculto». Por lo tanto, aquel tenía que ser transformado en un carnaval más «decente y culto»; además, poseían el deseo de controlar «su» espacio público —plaza principal— manifestando que dicho espacio no siga siendo «un espacio de lujuria» y de «barbarie» durante los tres días de carnaval; donde, según sus criterios, existían «orgías» entre los jóvenes desadaptados de aquella época, sobre todo los de la clase subalterna o popular.

La única forma de evitar los supuestos excesos y desenfrenos en la juventud que el discurso hegemónico atribuía a la fiesta popular aplicar el ejercicio de la fuerza pública: era romper con esa tradición «bárbara» y, por el contrario, darles algo nuevo en el carnaval, como se hacía en la capital

del Perú. Es decir, integrarla con el rey momo o, llamado en Ayacucho, el Ño Carnavalón. Con esta transformación carnavalesca, el carnaval huamanguino sería más «civilizado» y, poco a poco, la clase subalterna podía olvidar su ancestral carnaval tradicional, donde solo se consumía alcohol, y los populares se daban a la borrachera, orgía y lujuria entre jóvenes y adultos, que aprovechaban dichos juegos carnavalescos para tener juegos sexuales que traía las carnestolendas. Los ideales de modernización, ruptura y transformación del carnaval se llevaron a cabo por la clase aristocrática huamanguina, que no dudó en que dicha transformación sería lo mejor para una gran ciudad que, poco a poco, se modernizaba y se transformaba de una ciudad semirural a una ciudad urbana y, a sus ojos, al fin europea. Es así como, conjuntamente, con la fotografía, el cine, el teléfono, la radio, fueron los medios por el cual la sociedad de clases fue transformando la vida cotidiana de los pobladores de la clase subalterna en Ayacucho durante la segunda década del siglo XX. Y en lo que respecta al carnaval se dará en 1926. Por eso, en la sesión del 29 de enero de 1926, el señor Vidal pide que el escrutinio de los votos emitidos en las elecciones para reyna del carnaval se haga públicamente para el consejo, el día domingo 31, como está acordado” (Aray. Sección Municipalidad. Libros de actas de sesiones. Leg. 28 Año: 1920-1940. Sesión del 10 de enero de 1926. Folio 280).

Podemos comprobar que luego de haber pasado 19 días desde la reunión anterior sobre el proyecto «civilizador» del carnaval, vemos que estas iniciativas se estaban haciendo realidad; y entonces observamos a los «notables» ya programando cómo se iba a realizar la elección de la reina del carnaval huamanguino. Esto quiere decir que por fin se «civilizó la costumbre del carnaval», porque fue la aristocracia huamanguina conservadora la que «impuso» sus modificaciones del carnaval. Nos preguntamos entonces: ¿Acaso consultaron con el pueblo o algunas de sus organizaciones para transformar el carnaval en Huamanga? Por supuesto que no y nunca lo hicieron, sino lo imponían, y nuestros hermanos huamanguinos de la clase subalterna solo atinaban a cumplir «las órdenes» de aquellos notables «cultos», que pensaban solo en sus intereses y en prestigio social. Para evitar, según ellos, «el qué dirán» cuando venían visitantes a la ciudad y les podían reclamar de cómo se celebraba el carnaval huamanguino; y para que no estén «atrasados» tenían la obligación de «modernizar» el carnaval y que esté a su «nivel» social. Lamentablemente estos señores notables —autoridades y vecinos prestigiosos— lograron su objetivo, ya que se impuso lo que dicha «comunidad de notables» quería: una celebración al estilo europeo y sobre

todo limeño. Así se inicia una nueva etapa del carnaval huamanguino en la ciudad de Ayacucho, el cual se mantiene hasta el día de hoy (2022) sin muchas transformaciones. Entonces «civilizar las costumbres», en este caso el carnaval de Huamanga, no fue tan difícil, en especial en una sociedad donde la mayoría era indígena y analfabeta en la segunda y tercera década del siglo XX.

El carnaval era uno de los pocos momentos en que los subalternos tenían la ocasión de cobrarse una «revancha» contra los notables de la ciudad, aquellos que se creían los «santos» o los caballeros de la moralidad y cultura; por eso que para los subalternos el carnaval fue la expresión popular donde todo era al «revés»; es decir, donde cundía la inmoralidad, los desenfrenos y, por supuesto, los excesos del licor y el sexo. Desde la época del Oncenio de Leguía el carnaval siempre siguió teniendo la costumbre de que los tres días sean de gran diversión, pero con las modificaciones que hemos podido esbozar líneas arriba, desde 1926 hacia algunos años más, la clase subalterna ya no esperaba al carnaval de antaño con alegría, sino con indiferencia y con cierta apatía que se dejaba notar en su forma de celebrarlo.

Debemos manifestar que toda ruptura, cambios y transformaciones, chocan con las continuidades tradicionales de toda una generación acostumbrada a celebrar libremente sin que les pongan obstáculos. Es decir, llegar a la plaza principal y gozar bailando con la familia y amigos, con tragos e insultos contra la autoridad en sus canciones, era algo común; pero con la transformación del carnaval, al incorporar al Ño Carnavalón, distorsiona y transgrede las costumbres y tradiciones que tenía desde siglos la clase subalterna. Por supuesto que estas rupturas y cambios modernizantes del carnaval, entrado casi en tres años, se volverán nuevamente común. Es decir, la clase subalterna «aceptará» inconscientemente dichas transformaciones y se acostumbrará al «muñeco» que cada año sale a «leer» su testamento delante de todo el público en Miércoles de Ceniza. Así comenzó el dominio del carnaval apático, artificial, organizado por la municipalidad huamanguina, donde todas sus autoridades hacían gala del lucimiento de su status y prestigio social, mientras que los subalternos solo atinaban a mirar al gran muñeco que paseaba por las calles principales de la ciudad. Fue el carnaval moderno que se impuso en toda la ciudad; pero, a pesar de todo, siempre se tropezó con el «populacho» que celebraba como siempre y se resistía a aceptar rápidamente dichas transformaciones. Por lo tanto, nunca se dejó de jugar con agua en globos, cascarones, tunas y el polvo de colores.

Es así como las carnestolendas se transformaron y se volvieron más «cultos», más «aristocráticos», más «modernizantes», iniciándose en la vida cotidiana una nueva era en sus festejos y celebraciones. Por lo tanto, y como siempre, el poder local y los notables «cultos impusieron» sus propios criterios a una clase subalterna que no tenía ni idea que dichas modificaciones de su carnaval eran inducidas y que, con el tiempo, fue aceptada y «celebrada» por su atractivo Ño Carnavalón; quien, poco a poco, atrajo a mayor número de espectadores de la clase popular, que venía a mirar por curiosidad al gigantesco muñeco, un atractivo «novedoso» para su época, por lo que la «curiosidad» fue la gestora de dicha aceptación a un carnaval modernizante, con tinte limeño y extranjerizante. La ciudad de Huamanga no fue la excepción de ver esos cambios y transformaciones a las carnestolendas, donde el rey momo o Ño Carnavalón fue la atracción de los huamanguinos de la clase popular o subalterna, los que «gozaron» y se «admiraron» de ese muñeco que ya tenía su representación; es decir, se lo había confeccionado con el rostro del prefecto de la ciudad, don Pedro Vásquez Nolasco. Así que el 22 de febrero de 1926, en uno de los periódicos locales se manifestaba que:

El carnaval moderno se ha organizado en esta ciudad por el prefecto Pedro Vásquez de Velasco, convirtiéndose en un fino muñeco de oropeles; siendo una manifestación de la cultura alcanzada en estos tiempos, y que de las costumbres y diversiones se quieren hacer una obra de encajes o de filigrana; tan sutil como un copo de espuma que desvanece al menor contacto. (*La Abeja*, Ayacucho, 22 de febrero de 1926)

Esta sería la primera vez que aparecería el Rey Momo en las fiestas de carnestolendas en Huamanga. Por lo demás, veremos más adelante que estos se fueron haciendo común en toda la ciudad y cada año se comenzó a seguir celebrando los nuevos carnavales, pero sin dejar de manifestar que “las carnestolendas tradicionales nunca desaparecieron y que el juego del agua, cascarones, tunas, etc., se siguió jugando, como lo podemos ver hasta ahora, por supuesto con algunas «restricciones», pero eso es otra historia” (Ortega, 2013, pp. 34-62). A pesar de todo, los carnavales huamanguinos continuaron con la nueva estructura y organización que se había perpetuado en 1926. Para 1928, encontramos algunas quejas de autoridades del municipio sobre la llamada «fiesta de locos»; por ejemplo, en la sesión de municipio del día 10 de febrero de 1928, el:

Señor Mujica emite su concepto sobre la fiesta de carnaval en la que dice que es una fiesta de locos, que es antiestética y reñida con la cultura y civilización de los pueblos, como ejemplo a los países de Londres, París, Madrid, dice que la forma que actualmente se juega el seguir únicamente una costumbre fea de los americanos, en tal virtud, opinó que se deseché esta mala costumbre y el municipio, por sus escasos ingresos, se abstenga de dar un

solo centavo con tal fin. El señor Rocha opina porque el municipio auspicie y celebre la fiesta del carnaval, teniendo en consideración de haberse introducido esta nueva forma de jugar hace dos años, y que no sería posible matarlo. El Doctor Salcedo, dice que se dé 200 soles para el carnaval y elección de la reyna del carnaval. (AMH. Libro de acta de asamblea de los alcaldes (Huamanga). 1927-1933. Folio: 33)

Como se observa, existen contradicciones entre las opiniones de los regidores de la municipalidad huamanguina, pero al final se optó por llevar a cabo los carnavales con el Rey Momo. A pesar de tildar esta práctica social de identidad como «fiesta de locos», como ya lo había manifestado Caro Baroja en su libro *El carnaval*, citado líneas arriba, es que el carnaval ya se había convertido en una fiesta popular. Estos reclamos tenían eco cuando se decía que era una fea costumbre y, además, por sus excesos y desenfrenos de la juventud y de los adultos indígenas, como el ejemplo ocurrido en 1925, cuando se dice que «por estar próximo los carnavales, ruego para que se designe mandarme dos gendarmes siquiera por los días del carnaval, porque hay una borrachera exagerada, donde hay necesidad de hacer guardar orden, reprimiendo cualquier abuso que pudieran cometer...Manuel Bendezú (Subprefecto) (Aray. Sección Prefectura. Legajo N° 7. Años: 1923-1929. Ayacucho, 16 de febrero de 1925. Ver también Ortega, 2013, p. 65.)» Entonces es evidente que los reclamos se justificaban, pero más pudo las opiniones que consideraban al carnaval una «fiesta del pueblo» y no de «locos». La resistencia silenciosa del pueblo exigiendo su identidad ante el discurso de la clase subalternante era una realidad.

La tradición del carnaval huamanguino es reclamada a pesar de sus transformaciones. Gustavo Castro Pantoja, como director del Centro Cultural Ayacucho, escribió un artículo interesante en la que manifestaba en «Por los fueros de la tradición»:

(...) los visitantes de hoy, estudiosos y hombres de letras han sugerido en más de una oportunidad, la dación de un reglamento que contenga la avalancha del “modernismo” ... de introducir innovaciones inadecuadas (...) es, pues, la tradición como una síntesis, de perennidad a través de sucesivas generaciones. Nadie que haya estado en Italia podrá olvidar lo que vale el carnaval de Niza como singularísima expresión de colorido y de belleza (...) en los últimos carnavales fueron pocas las comparsas que pasearon trayéndonos al recuerdo el carnaval ayacuchano tan típico en su composición e indumentaria (...) todo intento de innovación tiene que ser contraproducente (...) abogamos, desde estas columnas de “Huamanga”, consecuentes con nuestra misión y nuestro cariño a la tierra natal, porque resurja la simpatía y la respetabilidad por los fueros de la tradición. (Castro, 1955, pp. 1-2)

Entonces, a pesar de las innovaciones y su perpetuidad del nuevo carnaval, para 1955 se reclamaba que dicho carnaval debería seguir realizándose como tradicionalmente se hacía, porque

las comparsas habían sido una celebración muy «pobre», donde solo algunas comparsas salieron y no como la de los años anteriores.

A inicios de la segunda mitad del siglo XX, es decir, en la década de los 50-60, el carnaval tenía, según Ernesto Camassi, dos tipos de carnaval:

En realidad, en La Huamanga del siglo pasado-hasta mediados de los 50, en la ciudad se escenificaban dos tipos de carnaval paralelos. Uno, llamémoslo “señorial” y el otro “popular”. Cada uno de ellos, con características peculiares. (Camassi, 2019, p. 15)

Ernesto Camassi en su libro sobre “Memorias y Remembranzas de Huamanga”, acude a su memoria y a sus recuerdos de juventud, para informarnos sobre estos dos tipos de carnaval, y las específicas, así:

El carnaval señorial estaba organizado por las autoridades, municipio y prefectura, con “programa oficial”. Como el carnaval, al igual que la Semana Santa, no tiene una fecha fija por ser movable (...) Este programa contenía: Banda Municipal, Elección de la Reina de los Carnavales; coronación en el Cine Municipal, sábado, entrada del Ño Canavalón, carroza de la reina, acompañado por otros carros alegóricos de las instituciones que y comparsas carnavalescas que recorrían las principales calles de la ciudad y noches carnavalescas con fiestas sociales en el Palacio Municipal, La Prefectura, Club 9 de Diciembre o Cámara del Comercio, que eran las únicas instituciones con salones amplios (...) con asistencia de la reina, señoritos que normalmente retornaban de Lima para estas fiestas y eran los promotores de la algarabía general. (Camassi, 2019, p. 16)

Nuestro autor confirma como era la fiesta del carnaval señorial en Huamanga y como se la preparaba, además, dice:

Los asistentes a estas fiestas ingresaban pagando su entrada correctamente vestidos con terno y corbata, los que vestían informalmente y los beodos²⁰ no podían ingresar. En el transcurso de la fiesta, entre baile y baile se jugaba con el chisguete y mensajes con la serpentina, que contenían frases sugerentes para enamorar. Esta fiesta concluía normalmente a las cuatro de la mañana, donde todo el mundo se retiraba para reponer fuerzas para el día siguiente. En la mañana se jugaba con agua, a baldazo limpio o con globos y cascarones rellenos con aguas de colores. Estos “cascarones” eran huevos vacíos que habían sido guardados en los hornos de la ciudad de los empleados en la elaboración de las wawas de “todosantos”. (Camassi, 2019, p. 16)

Un relato que nos traslada a tiempos en que Huamanga o ciudad de Ayacucho, era aún un lugar sin modernización extrema, cundían lo tradicional y las costumbre de antaño. Ernesto

²⁰ Borrachos, ebrio.

Camassi, también nos comenta sobre el carnaval popular, que lo celebraban de otra forma los habitantes de los barrios cercanos a la ciudad:

“Diferentes barrios ya habían celebrado el Día de los Compadres y Comadres. En la puerta de la iglesia de La Amargura los vecinos ya se habían “masacrado” con manzanas, limones, cidras y tunas verdes, estas frutas se lanzaban unos a otros, de la cintura para abajo. En el distrito de San Juan bautista se masacraban con “atakan” (patas de carnero o chanco) (...) los tres días de carnaval, pandillas de cada barrio o pandillas familiares salían a pasear por todas las calles de la ciudad, visitando los hornos y cada familiares donde festejaban la imagen de algún santo (...) casi nadie llega a la Plaza de Armas, tampoco había premios para las de ahora llamadas comparsas, todo era espontaneo y natural” (Camassi, 2019, p. 17-18).

Esta referencia y recuerdos del profesor Ernesto Camassi, nos hace dar una mirada hacia atrás, a la Huamanga de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, donde los barrios espontáneamente salían a jugar el carnaval, por sus cuadras y luego bajaban a la ciudad y recorren sus calles, porque esto era una costumbre, y como dice Camassi, no había por estos tiempos, competencias ni premios y las familias gozaban de las carnestolendas libremente, daban vuelta por la plaza principal y se dirigían a sus respectivos barrios para culminar la fiesta con muchos más libertinaje de los que se piensa. Eran tiempos distintos, ahora las autoridades han prohibido el ingreso de dichas comparsas barriales, por considerarlas, aún, en tiempos del siglo XXI, como “indecentes” y “populares”; mientras que las comparsas de las instituciones participan en concursos con premios e incentivos económicos. Desde nuestro punto de vista, el carnaval huamanguino ha tergiversado su celebración.

Entonces, “el carnaval popular también concluía el miércoles de ceniza, con la misa de madrugada donde el taita cura se despachaba a sus anchas sermoneando el retorno de la grey (carneros) al redil de la cristianidad (...). Desde los años sesenta del siglo pasado, esta tradicional fiesta ha ido cambiando definitivamente hasta convertirse en lo que actualmente presenciamos. El Carnaval paralelo ya no existe, ya no se dan las fiestas sociales nocturnas ni de disfraces de la clase pudiente o de alto nivel:

Ahora todos participamos de un solo Carnaval, ricos y pobres, blancos, mestizos, cholos y negros, ya no existe separación de clases sociales. Las antiguas pandillas ahora se llaman Comparsas Carnavalescas, familias y allegados que se han unidos para formar su comparsa con repertorio propio, vestimenta diferente y músicos competentes” (Camassi, 2019, p. 19)

Estos cambios y transformaciones en el carnaval huamanguino también se debe a la afluencia de foráneos que habitan la ciudad, del norte, del centro y la selva del país. Quienes desconocen las tradiciones huamanguinas y en algunos casos mezclan sus costumbres con la de los ayacuchanos.

7.4. Conclusión: Los funerales del Ño Carnavalón.

Durante la década de los 30 hasta la actualidad, la fiesta del carnaval se ha perennizado en la «memoria colectiva» de la población y su vida cotidiana, que cuando llega el mes de febrero, muchos pobladores se vuelcan a la plaza mayor y a las calles principales de la ciudad para ver pasar al Ño Carnavalón o Rey Momo. Así ocurrió desde 1926 que se instaló como un nuevo atractivo:

El sábado 14, en la tarde, se cumplió con el programa municipal, que se refería a la entrada de Ño Carnavalón. Un camión rodó por nuestras calles centrales, con una banda de músicos, que, con entusiasmo y voluntad, ejecutó aires populares. por delante del carro, muchos jóvenes luciendo trajes... la multitud de habría de faltar... el domingo, numerosas familias salieron al campo, para pasar en sus haciendas los días de carnaval... las parejas danzaron al compás de la orquesta... la fiesta terminó a las 8 p.m. el señor presidente y consorcios, atendieron a las familias que concurrieron. Concurrieron las siguientes personas: señores: mayor Julio Mavila y señora; doctores: Leoncio Serpa y señora; Francisco Velarde Álvarez e hija; Fernando Hermosa y señora, Demetrio García del barco y familia; Darío Gutiérrez y familia; José Antonio Escarcena; Manuel Jesús Pozo e hija; Juan José del Pino y señora. Señoras: María de Vargas e hija; Constanza v. de Martínez e hija; Señores: José Luis Ráez e hijas; Julio Trisolini y hermanas; Raúl Carrillo y hermanas; Melquiades” (El Pueblo, Semanario. Ayacucho, lunes 23 de febrero de 1931. N° 6. Año I. Director E. Madueño. Página central).

Aquí se puede ver muy bien que los que asisten pertenecen al círculo de la «comunidad de notables» de la ciudad capital; es decir, autoridades, intelectuales, maestros de escuela y colegios, periodistas, abogados, religiosos, etc. Es decir, el poder local en pleno, festejando la fiesta del carnaval. ¿Y la clase subalterna? Ellos tenían su espacio para su celebración y eran las calles y avenidas de la ciudad o del propio barrio. Sin tener que estar en el lugar de la aristocracia huamanguina, quienes los consideraban de la clase inferior, cultura popular o subalterna son sin status y sin prestigio, considerados por ellos como «indecentes» e «incultos» para estar con los de la aristocracia.

Hemos visto como el Ño Carnavalón se instaló desde 1926 como un atractivo único en la ciudad capital de Ayacucho. Hasta muy entrado el 2010, este Rey Momo era quemado en la ciudad en los días de carnaval, pero los antecedentes nos dicen que no siempre fue así, ya que, si los

ayacuchanos han variado la costumbre de quemar al «muñeco» y, en la actualidad (2018), lo degüellan; la historia demuestra lo contrario, el «Rey Momo» o «Ño Carnavalón» era enterrado y no quemado o degollado. Lo confirmamos con la siguiente información obtenida de los periódicos locales de la ciudad que titula:

El carnaval en Ayacucho. La entrada de Ño Carnavalón, por el Glorioso regimiento Ayacucho N° 34. Los tres días de carnaval. El curso de carruajes. El entierro de ño carnavalón. Han pasado los días del dios Momo, el amo de la alegría en las fechas en que el calendario señala...ocho días antes de los carnavales, el alcalde municipal convocó a una reunión de representantes de instituciones, orquestas, comercio (...) Ño Carnavalón hizo su entrada triunfal...llenas las calles y balcones. Abiertas las puertas de la casa, estaban ocupadas por dueños y visitantes” (*El Pueblo*. Ayacucho, marzo de 1935.N ° 1111).

Para confirmar lo del entierro del Ño Carnavalón en la ciudad de Ayacucho, para 1938, insertamos la información sobre el carnaval:

(...) los barrios San Sebastián, San Juan Bautista, Magdalena y Santa Ana fueron las comparsas populares que al son de la quena y cajas recorrían la población hasta horas avanzadas de la madrugada...ya no hubo necesidad del entierro del Ño Carnavalón que se hizo para ayer en la Alameda. El entierro, sigiloso, siguió automáticamente a la defunción” (*Noticias*. Ayacucho, 3 marzo de 1938. N° 10. Año: II. Director Rafael Andrés Vivanco. “La fiesta de carnaval”).

Entonces, se manifiesta que de todos modos se llevó a cabo el entierro del Rey Momo en la ciudad y que tuvo concurrencia, a pesar de que no fue el mismo día de costumbre, pero se llevó en la Alameda, denominada “Bolognesi”. El martes 28 de febrero de 1939 se informa sobre el entierro del Ño, al decir que «los días de carnaval han tenido la nota alegre que las clases populares saben darle... El domingo se dio el curso de carruajes... el miércoles en la tarde tuvo lugar el tradicional entierro de Ño Carnavalón en el arco de San Francisco. Un público numeroso concurrió a presenciar el acto y a escuchar el testamento por mientras” (*El Pueblo*, Ayacucho 1939 N° 1243. “El carnaval en nuestra ciudad”). Entonces de 1935 hacia adelante se provoca el entierro del Ño Carnavalón, y que posteriormente cambia esta tradición al innovarla con la quema del Rey Momo, como también lo asegura Juan Cravero, al decir que:

Ese miércoles de ceniza, aparentemente rindiéndole el último adiós al Ño Carnavalón... ahí está el Ño Carnavalón... todos corren y todos se agitan con deseos de situarse en lugares que le permita ver mejor el desarrollo del cortejo... junto al cuasi cadáver, estarán las mujeres ostentado el rango de esposa, mujeres y queridas... la carroza fúnebre se detendrá en las puertas del local municipal, donde propiamente el cortejo fúnebre estará esperando para culminar con la obra del sacrificio conmovidos por el fallecimiento del Ño Carnavalón (...) el cadáver del finado Ño Carnavalón, es llevado lejos a un sitio aún no conocido donde

por obra y gracia del pecado y las burlas del populacho, será enterrado sus restos previamente quemado en señal del perdón, o maldición sobre todo de las mujeres que han quedado preñadas por obra y gracia del bendito carnaval (Cravero, 1992, pp. 74 y 82) .

En este sentido, podemos confirmar que el carnaval de Ayacucho es una fiesta tradicional donde la población de toda la región transgrede las normas oficiales y es un tiempo de desenfreno, de jolgorio, de tiempo de comparsas, de canciones y de insultos a sus autoridades, etc. Como se ve, uno de los espacios de mayor disputa entre el discurso de las élites de notables y el esfuerzo de resistencia contra el poder de los subalternantes fueron los carnavales. En los carnavales se observa claramente un ejercicio de resistencia de las prácticas de identidad de las clases subalternas, un campo de batalla entre las pretensiones de dominio de la clase de los notables y las silenciadas (pero para nada silenciosas) reacciones sociales por afirmar la propia identidad regional y local.

7.5. Tradición y costumbre “perennizada” en Ayacucho: La fiesta de “Todos los Santos y Difuntos”.

Sobre las ceremonias fúnebres de antaño en el territorio peruano, **Carlota Casalino (1999)**, manifiesta que aún subsisten algunas costumbres sobre las ceremonias fúnebres que se practican en el territorio peruano. Los cementerios nuevos se habían convertido en lugares de visita donde parientes y amigos gustaban de recogerse sobre la tumba de sus muertos. Por otro lado, también es muy cierto lo dicho por **Phillipe Ariés** sobre el cementerio que trasformó la morada de los muertos en una “Institución cultural” para los vivos que gustaban de visitarla y meditar en ella. “El cementerio enseña que la muerte no es sólo destrucción sino que concurre a otro fin que es la reproducción: el ciclo de la creación y de la destrucción es eterno. Por eso el cementerio es un paisaje natural. Luego el cementerio es patriótico y cívico siendo recordada insistentemente esta función en los discursos inaugurales (...) nadie olvidará jamás el lugar en que su padre, sus amigos, están enterrados si ese lugar tiene el encanto que conmueve el corazón y satisface al gusto, y la tierra que los contiene, aunque no tengo ningún atractivo, siempre será querida para los vivos por esta razón...” (Ariés, 1992, p. 442).

Los cementerios deberían ser parque o lugares de paseo y meditación sobre la muerte. Mientras algunos solo van a los cementerios obligados y forzados, otros encuentran en ellos motivos de alegría. Se puede comprobar que el **cementerio es un lugar simbólico** de múltiples significaciones, no solamente un terreno donde están juntos los árboles, los cercos vegetales y las

pedras, sino también una representación de los panoramas y los sueños que los hombres llevan en la memoria, y que están lejos de poder formularlos. **El cementerio es un símbolo cargado de emociones**, que provoca tanta tristeza y la melancolía como la reflexión calma. Pero **también es un símbolo espiritual complejo**, que procura y expresa lo que el hombre ha experimentado y experimenta todavía en su corazón, a diferentes niveles. Este símbolo despierta emociones profundas, que revelan al hombre su situación precaria en el débil promontorio del tiempo y eso lo sobrecoge. En una palabra, se impone dos conclusiones, el sentido del cementerio desborda la mera connotación de la muerte; tiende a predominar la desafección por el cementerio en tanto que lugar de piedad, en beneficio del cementerio como lugar de paseo” (Vicent, 1983, pp. 313-315).

En realidad, todo esto ocurre en Perú y, sobre todo, en Ayacucho donde la mayoría de las familias van en romería al cementerio, a colocar flores a sus difuntos, a ofrecerles responsos; costumbre que mayormente se realiza en Todos los Santos y Difuntos. En algunos casos van solo por una invitación al encuentro de sus amigos; de igual forma, muchos jóvenes de hoy sólo van a divertirse. Mientras que, en menor cantidad, los adultos que sí lo hacen con fe y convicción.

Para conocer un poco más sobre la tradición huamanguina, retrocedamos años atrás cuando las romerías al Cementerio General de la ciudad de Ayacucho, sobre todo en la fiesta de todos los santos y difuntos el 01 y 02 de noviembre, **González Carre manifiesta:** “También con más de un mes de anticipación se preparan los materiales e ingredientes para la elaboración de panes y bizcochos propios de esta festividad (“Guaguas” y “caballos”) Igualmente, se acostumbra comprar vestidos y zapatos nuevos; los padrinos hacen regalos a sus ahijados. En la víspera las comadres envían, en una fuente tapada con un mantel blanco, varias “guaguas” y “caballos” elaborados con harina de trigo, manteca y pasas, a sus compadres y comadres. Los portadores del obsequio son los ahijados, quienes reciben algunos regalos y una propina de sus padrinos. El **1º de noviembre** las personas, con sus vestidos nuevos, se visitan y felicitan deseándose buena ventura. El **2 de noviembre o día de los difuntos**, toda la población se dirige al cementerio en romería recordando sus difuntos. En los alrededores del cementerio hay puestos de venta de comida típica y licores, donde los grupos familiares almuerzan, quedándose hasta el atardecer, iniciándose un baile con orquesta, conjuntos y bandas, que dura toda la noche. Para que las almas “no se queden en la tierra” se matan animales domésticos y, junto con guaguas de pan y muñecos de plásticos, se entierran cerca al cementerio acompañados de bailes y cantos” (González, 1995, pp. 229-230).

Lo manifestado por González Carré, queda reafirmado por **Mariano López**, cuando manifiesta "...hace muchos años que era muy mentada desde días antes-la celebración de Todos los Santos y de Difuntos-, para la cual los vecinos de Huamanga, de todas las condiciones sociales y económicas, hacían sus preparativos tanto varones y mujeres desde semanas antes, que consistían todos en esperar la fecha con sus mejores ropas, que era a la vez como una competencia a cuál mejor. Los varones mandaban confeccionar buenos ternos, completando con camisas, corbatas, calzados y un buen sombrero. Estas prendas las usaban desde el primer día. Para completar dichos preparativos, los que eran de condición social más holgada y que tenían caballos, en sus fundos, eran traídos por sus peones, semanero, etc, donde estaba el dueño allá o en su casa en Huamanga” (López, 1990, p. 56). Estas costumbres de antaño, recogidas por Mariano López, nos indica cómo eran la fiesta de Todos los Santos y como se preparaban para su celebración, era importante entonces, que la vestimenta usada sea de elegancia y como se observa había distinciones en las prendas usadas, los notables se distinguían por su elegancia y usando una vestimenta más costosa que la de los que usaban los mestizos de la ciudad.

Asimismo, “las mujeres o damas de sociedad de condición social diversas, sus vestimentas consistían en una falda larga de contornos vivos y de seda o de tela pana, que en la fecha ya no se conoce. Esta prenda era a cual mejor y ellas se esmeraban en la mejor confección y preparación; en sus contornos y en la parte baja eran muy vistosos y todas de la mejor calidad; debajo de la falda usaban un fuste blanco con encajes como usan actualmente en los días de comparsas en carnavales; luego usaban blusa de seda de color vivo con adornos de buena calidad; sobre la blusa, usaban la clásica “Llicta” de color con los bordes adornados” (López, 1990, p. 56).

El segundo día, **el Día de los Difuntos**, era el de mayor interés para todos, porque había mayor afluencia de público que visitaba al cementerio llevando sus flores y haciendo limpiar las lápidas de sus deudos, etc. Estos actos comenzaban desde la puerta del Cementerio, siguiendo la caravana rumbo a la ciudad, por el camino conocido entonces de las Avenida del Cementerio, Puente “Apurimac”, la cuadra siguiente hasta el Puente del “Ejército” actual (que antes no había), de allí por una calle primitiva actual que antes sólo camino más corto y se le llevaba al Puente de “San Sebastián”, que existe hasta la fecha, donde descansaban un rato para luego proseguir a sus casas o de los amigos. Está entendido que en ese tiempo no existía la actual Avenida “Mariscal Castilla”, Del Puente de “San Sebastián” los “caballeros” y las damas y público acompañante, los

primeros llevaban a las damas y sus amistades a sus domicilios mientras otros a otras amistades para proseguir la Fiesta de Todos los Santos. Desde la Avenida del Cementerio y en todo el trayecto y calles aledañas, hasta “San Sebastián”, estaban las vivanderas con viandas frías, picarones, licores, dulces y los consabidos bizcochos de Todos los Santos, o sea las “Huahuas” y los “Caballos”, que saboreaban las gentes de toda condición social, bizcochos que se comen hasta la fecha, como todos los años, tal como lo recuerdan las personas de avanzada edad. Esta costumbre no hace recordar, las vivanderas que exponen sus “Huahuas” y “caballos”, desde octubre, junto con cancha de maíz blanco característico, frijol, pasas, higos secos, etc. (López, 1990, p. 57)

En esos “espacios y tiempos cotidianos a la trasgresión se formulaban prácticas racionales, coherentes en sí mismas con experiencias inmediatas y futuras. La costumbre se manifestaba formas cotidianas de resistencias que obligaban a negociaciones, fuesen sobre espacios o tiempos o sobre los límites de las mismas prácticas. Durante las fiestas los individuos no solamente replicaban comportamientos aprendidos, sino que eran agentes activos construyendo su propia realidad sin sentirse obligados a compartir la totalidad de significados sino que participaban según su experiencia social...la fiesta religiosa no se pudiese reducir a su dimensión procesional, se organizaba alrededor de otros gestos que tenían también funciones ambivalentes, fuese en las comidas o en los bailes” (Peña, 2014, p. 801), eso era las fiesta de todos los santos y difuntos en Ayacucho.

Según Mariano López, dice que

Terminada la fiesta el día 02, al día siguiente miércoles había otra costumbre, que a la fecha ya no hay sino el recuerdo, se llamaba “Huahua Pampay” o entierro de huahua; también entierro de muñecas y consistía en lo siguiente: En los lugares cerca del Cementerio había bastantes campos y no había viviendas como en la actualidad. Para llevar a efecto se ponían en hablar señores y señoras de edad no tan avanzadas, para pasar una tarde, en las cercanías de dicho Cementerio General, para enterrar huahuas, que para eso llevaban una muñeca o algo parecido. La que sería enterrada por los presentes a esas reuniones. De antemano se designaba a algún “voluntario” que hacía el papel de sacerdote, quien con palabras adecuadas, bautizaba a la muñeca; pero, como la huahua había nacido muerta, había que enterrar. Se fingían llantos de los presentes. Este objetivo principal de estos actos, era para tomarse cierta libertad, para beber, bailar, etc., allá en el campo o en la casa de los organizadores. En ese tiempo, aun de Todos los Santos, jóvenes amigos de ambos sexos o enamorados con conocimiento de sus padres, se obsequiaban mutuamente bizcochos ya sea una Huahua o un Caballo y se obsequiaban o intercambiaban; esto quería decir concertar su compadrazgo o comadrazgo y tratarse de compadres o comadres con cierta seriedad en el tratamiento. Si uno de los compadres se casaba, y tenía hijo, el compadre estaba obligado a hacer bautizar, en este caso, a su ahijado o ahijada en verdad, por el compadrazgo concertado y así recíprocamente, en el entierro del compadre o de la comadre, asistían bastantes amigos y amigas, que se convertía en una fiesta armoniosa y simpática. Es así, como de una broma, se pasó a la seriedad y legitimidad a veces duradera del seno de la sociedad. Con este y costumbre del “Huahua Entierro” se daba por terminada la fiesta de Todos los Santos en Huamanga de ayer (López, 1990, p. 58).

Los periódicos del siglo XIX, también nos presentan lo que ocurría cuando se visitaba al cementerio cada 01 y 02 de noviembre, en este caso de **1861**:

Ya se acerca el día de las animas, día que se espera con impaciencia como si fuera de fiesta profana. Ya se vislumbra el concurso mixtilíneo en que lejos de recordarse con una lágrima de dolor los que yacen en aquel lugar, ha de rebosar más alegría, bajo la influencia de Baco; tienen que cruzarse miradas amorosas, tienen que oírse discursos eróticos, y en fin todos los concurrentes han de estar, como lo están Adán y Eva más arriba del frontispicio de la Capilla. Como ese día se rompieran, el año pasado, los escapularios y rosarios de los que habían estado atritos y centritos en las misiones. Si esto ha sucedido con los arrepentidos ¿Qué sucederá con los que no lo están ahora? No puede suceder que hombres y mujeres sufran roturas que nunca e han de soldar; ¡que no suceda tal desgracia! (periódico “La prensa de la Libertad” del jueves 31 octubre de 1861. Tomo I. N° 33. Su lema es “La imprenta libre, es la salvaguarda de la Libertad”)

El día de Todos los Santos y Difuntos no solamente era para llevar flores y dar un rezo sino también para divertirse y hasta para enamorarse; al igual que el siglo XIX y siglo XX, hoy en día sucede casi lo mismo. Muchos concurrentes al cementerio van a “divertirse” como en antaño, lo diferente es que ahora ocurre en cualquier momento y las parejas se quedan hasta altas horas de la noche, porque existe el fluido eléctrico en los alrededores de la ciudad de los muertos.

Un artículo del periódico “El pueblo” en **1936** manifiesta que las continuidades en las costumbres de nuestros antepasados aún se siguen conservando año tras año **el bautizo de las muñecas o entierro de ellas, manifestando que “el 1° de noviembre** estaba dedicado a los compadrazgos por virtud al bautizo de muñecas. Motivo de diversiones y esparcimientos MODALIDAD AHORA EN PLENA DECADENCIA. El 02 de noviembre de romería al Cementerio ERA LO CLÁSICO Y PINTORESCO. Caballeros, jinetes en los mejores caballos del pesebre hacían su recorrido bullicioso de la ciudad a la necrópolis con las estaciones consabidas en carpas de vivanderas que se levantaban en forma arbitraria desde San Sebastián hasta la puerta del Cementerio. Como todos no tenían caballos iban a pie, tomando a parte del descanso, algunas comidas, dulces, chicha tostada. Con la carretera Ayacucho-Mejorada esto ha cambiado, los automóviles han venido a quitarle su matriz lugareño. Las carpas de vivanderas ya NO OCUPAN TODO EL CAMINO” (Periódico “El Pueblo” N° 1197. Ayacucho sábado 14 de noviembre. Año VI. Madueño, Edgardo (1936). “Día de difuntos”.

Para confirmar que durante todo el siglo XIX y muy entrado 1950, dichas continuidades en las costumbres huamanguinas subsistieron, antes que se las trasforme y se dan algunas rupturas en

sus tradiciones en el día de todos los santos y difuntos, veamos que nos dice, el gran intelectual Manuel Bustamante al respecto:

El cristianismo conmemora, el primer día del mes de noviembre la glorificación de los Santos. Esa conmemoración en Ayacucho, tiene su sello característico: es fiesta popular notable. Desde las primeras horas del día, el pueblo concurre a las iglesias, San Francisco de Asís, es el templo donde se congregan las gentes de trabajo de ambos sexos, tan luego como sus campana grande, después de recordar a los fieles a rezar el Angelus, llama prolongadamente a las 4 de la mañana. A las 11 del día ningún cristiano ha dejado de oír su Santa Misa. Es esta la hora de mayor movimiento en la ciudad. Las calles principales están atestadas de todas las clases sociales. El pueblo luce sus nuevos trajes. Es un día de gala y primor. Muchos estrenan vestidos nuevos, lo que en sus natales no han podido hacerlo. Y quienes se destacan en las muchedumbres las Centro Americanas, por los colores llamativos de los faldellines, monillos y rebozos que ostentan lujosamente, aparte de las alhajas pasadas que cargan en las orejas, dedos y cuellos. El mercado es el centro de cita. Las mujercitas más modestas adquieren: caballo o muñecas de harina corriente (huahua bizcochada); las más acomodadas compran caballos y muñecas de harina del Norte o de clara de huevo (suspiros) todos con incrustaciones de maní tostado y uva pasadas que señalan los ojos y la boca para obsequiarlas a los compadres. Estos, al recibir en casa, en bandeja cubiertas con paño de malla especial retornan con bizcochos y vino dulce donde empapan para comer. Los padres de familia compran, caballitos de badana embutido con pelambre fijados en carrentoncitos o muñecas de todo precio, de pasta o trapo, negras o blancas, para obsequiar a los hijos o a los ahijados” (Bustamante, 1943, pp. 86-8)

En dicha narración podemos observar que las continuidades hasta muy entrado la década de los 40 (XX) continuaban sin modificaciones que rompan con las tradiciones de los ayacuchanos. Es así, que cada año, era casi lo mismo, porque en Ayacucho, el ir a misa, visitar el cementerio y comprar “Huahuas”-biscochos grandes-son costumbre que no tuvieron variaciones, por lo tanto se mantenían intactas en su celebración.

Por otro lado, Bustamante nos narra las continuidades de los juegos de los niños durante el 1 y 2 de noviembre en Ayacucho, diciendo:

El ingenio artístico ha inventado los caballitos menos frágiles y más baratos para la venta del día. Enjaezados de oropel, pintarrajeados de sapolín que les da brillo y variedad, los corceles, en actitudes briosas, conducen jinetes de capa colonial, militares de la época republicana, malabaristas, payasos, chalanos o morochucos halando toros bravos. Los hay caballitos de la peseta, tan sencillos que por la cabeza y extremidades, apenas se diferencian de los demás solípedos. Estos son para los chicos de barrio, los mismos que montados en carrizos, conducen, por delante de la grupa, el juguete adquirido, para en grupo, con otros palomillas, atacar a las mujercitas que orgullosas o encantadas, conducen en *quipe* sus muñecas. *Cunca tipi*, es la voz de ataque de los pequeños forajidos que salen de sus escondites al divisar una chica que sale a cumplir algún mandato de familia. Se lanza sobre ella, la revuelcan con algaraza (sic) y se banquetean canibalescamente (sic) con el bebé, mientras que la madre adolorida llora amargamente. Esto cuando la muñeca es de biscocho;

si es de pasta, la tuercen el cuello y huyen en carrera abierta sofrenando los famélicos jamelgos que montan” (Bustamante, 1943, pp. 86-87)

Este juego, tradicional, durante décadas no sufrió modificaciones ni rupturas, los niños se divertían como siempre y dicho juego era comprendido y aceptado, por toda la sociedad de clases en Ayacucho; no había escandalo sino más bien, se incentiva a estos juegos, como lo manifiesta el intelectual Manuel Bustamante, más bien gracias a este juego

Los padres acomodados condescendientes con las exigencias de sus hijos. Compran juguetes de valor, muñecas grandes de biscuit, regalan en efectivo, si son hijos ya crecidos, capaces de distraerse en otras formas más modernizadas. En total, es un día de la juventud y de la infancia. Las gentes de buen humor, los enamorados y unos cuantos nubendos, procuran hacer fiestas por la tarde, en tanto que otras chicas circulan sus muñecas, por las casas de sus amiguitas, pidiendo nombre o agua de socorro o como simples visitantes. Los bautizos de muñecas son los juegos de la tarde. El cura y el sacristán, los invitados; los padrinos, la madre y los músicos, todos simulan realidad. Los coheteillos dan a conocer la ceremonia y, muchos bautizados se formalizan de tal modo que en nada se diferencian de los de a verdad. Alguna vez ha sido motivo de fiesta social rumbosa en Ayacucho” (Bustamante, 1943, pp. 86-87)

Al decir esto, es aquí donde, Bustamante, manifiesta que existe una transformación, en la tradicional fiesta de todos los santos y difuntos, porque dicho juego del bautizo, llegó a desaparecer años más tarde y solo era un recuerdo, que el mismo recuperó a través de sus experiencias y de lo que él mismo había jugado u observado durante dicha fiesta popular entre niños y jóvenes.

El día 2 de noviembre, tradicionalmente, dice Bustamante “la romería al panteón se inicia con los albores de la mañana. Las vivanderas van de madrugada para tomar sitio. Las carpas se levantan al paso, en tiendas ordenadas a cada lado de la carretera, para hospedar a los viandantes y ofrecer provisiones para todos los gustos: son cantinas, picanterías y tostaderías de toda especie” (Bustamante, 1943, p. 89).

Esto es lo que ocurría antes de 1925, según el autor, porque como el mismo Bustamante, lo refiere es que

Desde 1925, la romería ha cambiado de fisonomía; pues antes de tal fecha se hacía a caballo, lo que ahora se hace en vehículo motorizados que marchan perfectamente controlados por la policía, a fin de evitar accidentes de tráfico intenso como lo es. Las familias más decentes hacen el viaje personal, por la comodidad que ofrece el nuevo sistema. Las cabalgatas de antaño han ido desapareciendo, poco a poco. Las carreras de caballos también” (Bustamante, 1943, p. 89)

En este sentido, Bustamante, hace hincapié en que las rupturas en estas tradiciones han sido buenas desde su punto de vista; es cierto, que, si antes se hacía en caballo para ir al cementerio, era porque no había autos; los cuales aparecieron recién en la década de los 20 (XX) y que se convirtieron en el transporte de la aristocracia huamanguina, ya que la clase subalterna lo seguía haciendo a pie.

Estas transformaciones y cambios que se dieron en la fiesta de Todos los Santos y Difuntos, trastocó en parte la vida cotidiana de la sociedad ayacuchana.

CAPÍTULO 8

Entre la alameda y el chisme.

Los espacios de sociabilidad en la sociedad de Ayacucho

8.1. Introducción

La vida cotidiana de la comunidad de notables era, además, su identidad. Esta no solo corría en sus instituciones de trabajo, sus medios de ejecución de discurso y su control del aparato político de Huamanga; también se llevaban a cabo en la plaza mayor o en los clubes que existían en la ciudad. El ejercicio de control identitario de los notables sobre los subalternos contaba con los espacios de vida público como órgano y sede del discurso que la prensa difundía. La gente decente tenía sus espacios «cultos»; en ellos los notables interactuaban y reforzaban entre sí el discurso hegemónico de imitación europea, a la vez que se confirmaban como modelos de “civilización” y “progreso” para los demás; en esos espacios los notables eran visitados para tener un rato de tertulia y dialogar sobre temas políticos, sociales y culturales que ocurrían en el Perú y en la propia ciudad ayacuchana. En este capítulo tocaremos todos los espacios de «sociabilidad» controlados por las élites, para dejar para el capítulo final los espacios que los notables no controlaban y hacia cuyo discurso apelaban: las corridas de toros, peleas de gallos, el teatro, el circo, los fines de semana familiar, etc., que eran compartidos o bien propios de los sectores subordinados y excluidos en la “sombra” para conocer mejor los cambios y transformaciones en la vida cotidiana y cultural, tanto de los mismos notables como de los agentes sociales de la clase subalterna que vivían en la ciudad capital como de los barrios aledaños a ella.

8.2. Los «Convites» de 1856

Los espacios de sociabilidad, al margen de quienes sean los actores que los controlan, tienen por función preservar el prestigio y las relaciones de armonía entre sus integrantes; son formas que reviste la identidad. Como en toda sociedad de clase aristocrática, como la de Lima, la comunidad de notables de Ayacucho —prefecto, subprefecto, alcalde, vecinos notables, intelectuales, médicos, abogados, maestros, sacerdotes, periodistas, etc.—, comenzaron a competir por mantener su etiqueta de prestigio y de status social, quizás no como la sociedad cortesana de la que nos habla Norbert Elías o como la sociedad limeña aristocrática, pero sí de una competencia por agradar a

los representantes del poder local, a través de grandes banquetes al estilo de Lima o de Europa. Estos banquetes fueron conocidos como «convites», los cuales desarrollaron una competencia entre los miembros de la comunidad de notables ayacuchanos, quienes querían quedar «bien» delante de los ojos de aquellas autoridades políticas:

Convites: Están de moda en Ayacucho, los convites gastronómicos filarmónicos, los que han adoptado, son gente de PRO. El turno para mañana domingo, le ha tocado al Dr. Espinoza y se dice de un modo muy general que los ciudadanos, gobernador eclesiástico, presidente de la Corte, vocales, jueces y tesorero cada uno se preparan en competencia para dar una mesa en sus respectivos turnos. Este espíritu de concordia, de distracción inocente y de buen tono, parece que abrasa bastante al público” (*El Liberal*. “Convites”, Ayacucho, sábado 10 de mayo de 1856 N°21).

A pesar de lo que revela el periodista de la cita anterior, se nota claramente que esta competencia era entre los de clase notable de la Corte Superior de Justicia, pero con invitados políticos, militares y eclesiásticos, quienes concurrían al «convite» no solo para disfrutar de la comida, sino también para observar el comportamiento de los que organizaban dicho banquete, donde:

La competencia por las oportunidades de status y de poder que tenían los involucrados en su relación recíproca (...) no cabe duda de que es un deber luchar por las amenazas por oportunidades de poder, status y prestigio era el factor dominante, en virtud del cual, en esta estructura de poder dividida jerárquicamente, todos los participantes se condenaban recíprocamente al ejercicio de un ceremonial que se había hecho una carga. Ninguna de las personas que constituían la configuración tenía la posibilidad de poner en camino una reforma de la tradición” (Elías, 2012, p. 118)

La moda que se inició en 1856 fue ampliamente publicada en los periódicos locales. A pesar de que simplemente son dos pequeños artículos insertados, estos nos ofrecen una idea de cómo los miembros de la comunidad de notables y, sobre todo, los burócratas de la sociedad ayacuchana tenían inconscientemente el deseo de mantener su trabajo, su estatus, su prestigio; pero en especial el «imitar» los buenos modales y comportamientos de la sociedad prestigiosa de Ayacucho, que recaía en las autoridades locales, pero también en los vecinos notables que asistía cada fin de semana. Los notables tenían así sus reuniones en casas de quienes organizaban dichos convites, era un banquete del agrado de los representantes del poder local, por lo que no era cualquier comida, sino que debía ser del gusto de quien o quienes debían ser halagados. Como se escribe en este periódico:

El 16 de julio 1856, el señor fiscal de la reforma Don Marcelino Cleto Sáez y Guillen, se dice que dio a su señoría un almuerzo campestre, como quien se ensaya en dar la comida esplendida que les tocará después a los ciudadanos, gobernador eclesiástico, presidente y vocales de la Corte, La gente de alta sociedad necesitan más indicaciones para cumplir con estos estatutos o prácticas de civilidad; revisadas en países cultos. (*El Liberal*, Ayacucho julio 24 mayo de 1856. “Un convite de campo”)

Debemos agregar lo que al respecto dice Norbert Elías:

La vida en la sociedad... era de ningún modo pacífica... se presionaban unos a otros, luchaban por las oportunidades de prestigio, por su posición en la jerarquía del prestigio... los asuntos, intrigas, contiendas por el rango y el favor no conocían tregua. Cada uno dependía de los demás y todos... cualquiera podía dañar a cualquiera. Quien hoy tenía un elevado rango, podía hundirse mañana. Todos deberían buscar alianzas con otros hombres que gozaran de la más alta estimación posible, evitar enemistades innecesarias. (Elías, 2012, pp. 137-138)

Esto que se señala por Norbert Elías debió ocurrir entre los notables del poder local. Era una competencia por saber quién organizaba el mejor el convite de Ayacucho; entonces, sin querer, los agentes sociales ingresaban a una competencia casi desleal por agradar al anfitrión o anfitriones cultos de la sociedad. A los ojos del periodismo, esto era un gran reto, porque no solo quedaba en quién lo realizaba, sino que también en quien le tocara posteriormente realizar el nuevo convite, pues tenía que esforzarse para organizarlo mejor y, así, quedar ante los invitados como el «mejor». En ese sentido, es interesante saber que los miembros subalternos del poder local o de la comunidad de notables deseaban, sin quererlo, conservar su etiqueta de culto, de hombres de distinción, de hombres de clase, con modales y comportamientos acorde a los invitados que tenían que halagar. Así mantenían la admiración de parte de los invitados, pero también aseguraban su puesto de trabajo y, sobre todo, se mantenían en el círculo social y culto de la comunidad de notables. Como afirma Elías, esto no era una competencia pacífica, tampoco «sangrienta», pero sí una de refinamiento en el proceso de civilización en la que ellos se hallaban en Ayacucho.

En este mismo mes, el periódico *El Liberal* informó:

Convite gastro- filarmónico: El dado por el ciudadano Prefecto, el 18, está bien dispuesto y regalado como debería de esperarse de su rango. Él se dio en el huerto de la prefectura y en mediano salón postizo, acomodada con palos, velas y vestidos; notándose en los cuatro ángulos del techado otras tantas banderolas nacionales que daban a este portátil edificio un aire militar. El servicio de licores se daba desde el interior de dos tiendas de campaña contiguas al salón de campo. Después de la comida ocupó la sociedad, el salón de la prefectura en donde se hallaron muchas cuadrillas contradanzas, polkas. (*El Liberal*, periódico ayacuchano. Ayacucho julio 24 mayo de 1856)

Esto revela hasta donde se producían las competencias de los convites en Ayacucho aplicando el esquema de Norbert Elías:

El éxito o fracaso de su conducta no se decidía en una esfera profesional y luego repercutía en su vida privada, sino que, respecto de su posición en la sociedad, su conducta podía en todo tiempo y todos los días ser decisiva y significar el éxito o fracasos sociales. Y en este sentido, con el control social se extendían inmediatamente también las tendencias de formación de la sociedad a todas las esferas de la conducta humana. (Elías, 2012, p. 151)

Estos convites eran sinónimo de prestigio económico, pero también social y políticamente era un punto a su favor para ser considerado en el ascenso burocrático, militar o político de quienes lo organizaban. Así: «etiqueta y ceremonia pertenecían a los instrumentos organizativos de lo que su poder se servía para mantener la distancia entre todos los grupos y personas de la sociedad... Incluía también en su propia persona» (Elías, 2012, p. 179). Será en el siglo XX donde también se ubiquen algunos almuerzos elegantes, pero no como los convites del siglo XIX; por ejemplo, como el que dio el señor prefecto:

Almuerzo: Ayer ofreció el señor Prefecto un almuerzo, de carácter íntimo, a los esposos Pérez-Giráldez. A ellos fueron: Sra Rosario Ross, Hortensia de Pérez, Esther Campo de Cancho, Elena Anchorena, Raquel Romero de Soane, Comandante Enrique Pérez, Mauro Cancho, Oscar Balarín, Guillermo Soane. (*El Departamento*. Periódico local. "Crónica local". Ayacucho, 3 de diciembre de 1924)

Aquí podemos observar que, desde inicios del siglo XX, los convites fueron «abandonados» y la competencia fue desamparada; en esto se implantó los simples almuerzos íntimos o privados que hacían algunas autoridades políticas, eclesiásticas o militares, y que el periodismo local anunciaba en sus crónicas locales.

La sociedad de notables también compartía desde las primeras décadas del siglo XX los banquetes políticos donde la «la mesa de mantel largo de 100 cubiertos. Todos los sectores de la población tenían su asiento: Abogados, médicos, notarios, empleados, boticarios, obreros, artesanos, oficiales de reserva, comerciantes; todo con una vinculación política» (*La Abeja*. Ayacucho, 31 de mayo de 1928). Entonces una mínima parte de la plebe estaba invitada por la coyuntura electoral, pues el voto era válido y se creía que el «fin justifica los medios». Si los convites cambiaron la cotidianidad de los miembros del poder local y de los vecinos notables, quienes organizaban estos banquetes como símbolos de etiqueta, de status y prestigio social, en el siglo XX será un almuerzo casi común, sin mucha ceremonia organizativa, para halagar alguna

autoridad en especial. Como en toda sociedad, las continuidades costumbristas mutan y esa mutación se produjo durante las primeras décadas del siglo XX. La ruptura de estas costumbres en la clase alta y acomodada de Ayacucho posiblemente se dejó sentir por el periodismo, que estaba atento a lo que ocurría en la ciudad capital; pero aquellas rupturas sociales se convertirán en cambios más acordes al tiempo en que vivían estos ilustres notables de la sociedad. A pesar de todo, esto dejó «huellas» inolvidables aquel siglo XIX, un siglo de continuidades y cambios en las conductas, comportamientos, pero también en los buenos modales, que repercutió en la clase subalterna letrada que deseaba alcanzar dicho status; pero, por su condición social inferior, nunca lo alcanzó. Ellos eran mirados como los «otros», a quienes se debería de «evitar». Es decir, no estar a la altura de la clase notable ayacuchana era no pertenecer a su círculo refinado. Estos argumentos se verán mayormente en la transformación que se dará en los espacios públicos, culturales, recreacionales y de esparcimientos en la ciudad de Ayacucho durante el siglo XX.

8.3. Espacios públicos de paseos y ocio en la vida cotidiana de Ayacucho

Al iniciar este acápite, debemos saber que ir a los espacios públicos, mayormente se hacía en tiempos de ocio. El ocio, según Francisco Roger Garzón, es “cesación del trabajo, inacción o total omisión de la actividad cotidiana; ocupación reposada, especialmente en obras de ingenio, porque éstas se toman regularmente por descanso de otras tareas” (Roger, s/a, p. 1). El descanso era oportuno, sobre todo los fines de semana, para dirigirse con la familia a la Alameda, al río, al campo libre, etc., así la familia gozaba de un esparcimiento en dichos lugares públicos, sin la molestia del trabajo cotidiano. Como dice Roger Sue, “(...) las distracciones son aquellas actividades elegidas libremente, según los gustos y las aspiraciones de cada quien. Incluso si predominan ciertas actividades (los deportes, los viajes, la televisión), el ocio ofrece una gama de ellas prácticamente ilimitada, debido a que dependen de lo que se proponga cada individuo. Pero el ocio puede entenderse, también, de dos maneras distintas: en primer lugar, se le identifica con el tiempo que se le dedica. El ocio diría, ante todo, el tiempo libre, independientemente de las actividades en las que se emplee” (Sue, 1987, p. 7). Es significaba que había momentos para distraerse, para salir los fines de semana junto a la familia.

Para Augusto Ruíz Zevallos, el

Ocio, fue desde los tiempos coloniales una manifestación de rebeldía contra la dominación, un recurso por medio del cual los trabajadores resistían una situación de injusticia. (...) el ocio no era una manifestación cultural: era una respuesta a la dominación ejercida en su contra. La cultura del ocio estuvo muy extendida en esos tiempos y sus efectos fueron percibidos por observadores acuciosos como el viajero alemán Wilhelm Middendorf. (Ruiz, 2009)

La mirada de Wilhelm Middendorf, citado por Augusto Ruiz, había manifestado que “en todos los pueblos de la sierra todo lo que esta gente ahorra de su salario o de la venta de los productos de su chacra, no lo empleaba para la mejora de sus condiciones de vida en el hogar, sino que era guardado para la fiesta patronal” (Ruiz, 2009). Pensamos que sí bien, los indígenas y mestizos como la clase notable en Ayacucho, guarda su plata para una fiesta patronal, pensamos que nuestro viajero exagero.

Augusto Ruíz Zevallos, agrega que “la cultura del ocio, la irresponsabilidad en el trabajo, fue también una actitud que se registró en las ciudades (...)” (Ruiz, 2009) del interior del país, como Ayacucho, donde el ocio era parte de su cultura. “El ocio moderno está definido por tres características esenciales: una de tipo material, que consiste en el tiempo disponible y continuo para practicar las actividades recreativas; otra de tipo social, que es la generalización de las diversiones entre la población en su conjunto; y una última de tipo institucional, caracterizada por el hecho de que la colectividad se hace cargo de ciertas diversiones” (Sue, 1987, p. 25).

Como dice Eduardo Kingman Garcés:

(...) a pesar de las fronteras étnicas y sociales, continuaron existiendo muchos espacios compartidos dentro de la vida popular (me refiero a los sectores subalternos, a sean indios, negros, mestizos, blancos pobres, mujeres y hombres), relacionados tanto con el trabajo y los trajines en calles, ferias y plazas, como con las fiestas religiosas y mundanas. Estamos hablando de una sociabilidad común y espacios donde ésta se expresaba, prácticas de intercambio, consumos culturales comunes, costumbres similares, una religiosidad popular paralela a la religiosidad seria. Incluso las élites sociales y culturales no eran ajenas a compartir ciertos códigos culturales que en términos generales podríamos llamar barrocos, aunque, lógicamente, al mismo tiempo estaban apuntando hacia un proceso de distinción y separación social. (Kingman, 2009, p. 61)

Esto demuestra que hasta los notables no sólo gozaban del ocio en los espacios públicos de la ciudad de Ayacucho, sino que junto a ellos y la poca distancia, se podían encontrar descansando a miembros de la clase subalterna. En sí, “las prácticas del ocio propias de lo local fueron ubicadas

como práctica del pasado (...) el ocio como asunto no corresponde solo al tipo de prácticas, discursos, imaginarios, espacios y artefactos propuestos desde os discursos, construidos en las sociedades centrales, sino que se corresponde con las características sociales, culturales, políticas, económicas, etc de las diferentes (...)” (Tabares, 2010, p. 2) clase sociales en Ayacucho.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX en Ayacucho, los lugares acostumbrados de paseos o de «ocio» y donde acudían las familias ayacuchanas eran: La alameda, la plaza principal, parques y plazuelas; además, los ríos cercanos donde toda la familia pasaba un fin de semana alegre y divertido, sobre todo los niños, quienes eran los más afortunados cuando llegaba el domingo, un día familiar para pasear e ir al río a bañarse. Así transcurría la vida cotidiana de fin de semana. Claro está que también la sociedad de clases frecuentaba, especialmente, los paseos públicos —alameda o plaza principal— casi a diario, solo para tener un momento de relajamiento, en especial por las tardes huamanguinas. Estos paseos eran interesantes en toda la sociedad ayacuchana del siglo XIX y, especialmente, durante el siglo XX.

Como en Lima, los paseos a pie eran apreciadas cada fin de semana o entre semana:

En la tarde del domingo la gente se reúne bajo los portales, que están situados en la plaza de armas que corre desde la calle del Correo a la de los Mercedes, (...) alrededor de las tres de la tarde cuando están más frecuentados los portales. Las señoritas vienen a comprar flores y mixturas (...) los portales son el lugar de cita de la moda, a veces de la galantería. Otros lugares se ofrecen a los paseantes: la Alameda de Acho (...) la Alameda o Paseo de los Descalzos, así llamada porque el convento al que conduce tiene el mismo nombre (...) en el extremo de la avenida se encuentra el famoso paseo de Aguas. (Descola, 1962, p. 161-162)

Estos son los lugares de paseo de los ciudadanos de la capital y en la que diariamente o fin de semana, gozan de dichos atractivos y lugares de paseos cotidianos.

“Sin duda, una la ciudad cesaría de vivir si no tuviera asegurado su suministro de hombres nuevos. La ciudad los atrae. Con frecuencia, ellos mismos vienen hacia sus luces, sus libertades reales o aparentes (...)” (Braudel, 1974, p. 387); porque la ciudad

instaurada por el discurso utópico y urbanístico está definida por la posibilidad de una triple operación: la producción de un espacio propio (...), la sustitución de las resistencias inasequibles y pertinaces de las tradiciones, con un tiempo, o sistema sincrónico (...) en fin, la creación de un sujeto universal y anónimo que es la ciudad misma: como en su modelo político (...) La ciudad ofrece la capacidad de concebir y construir el espacio a partir de un número finito de propiedades estables, aislables y articuladas unas sobre otras. En este lugar

que organizan operaciones especulativas y clasificadoras. Por un lado, hay una diferenciación y redistribución de partes y funciones de la ciudad. (...) En fin, la organización funcionalista, al privilegiar el progreso, hace olvidar su condición de posibilidad, de espacio mismo, que se vuelve impensado (...) Así funciona la Ciudad-concepto, lugar de transformaciones y de apropiaciones, objeto de intervenciones pero sujeto sin cesar enriquecido con nuevos atributos: es al mismo tiempo la maquinaria y el héroe de la modernidad” (Certeau, 2000, pp. 106-107), de sus costumbres y de la tradición en Ayacucho del siglo XIX-XX.

De esta forma, la “gran ciudad ofrece opciones más numerosas que la pequeña ciudad o pueblo, es lo que llamamos sus “seducciones”, sus “tentaciones”, sus “llamadas”, se trate de bienes que ambicionar, de oficios que aprender, de amigos que frecuentar, de amores que conquistar” (Lefebvre, 1978, p. 91).

En Ayacucho ocurría lo mismo, la ciudad tenía su Alameda, plaza principal, plazuelas y otros lugares que se convirtieron en lugares de «ocio», de paseos públicos y de «amoríos». Lugares de seducciones y tentaciones, tanto varoniles como femeninas. Porque no solo las familias iban de paseo, sino también sus hijos (as), que frecuentemente se encontraban con jóvenes de su propia edad, y en este caso con jóvenes galantes que enamoraban a las adolescentes. Estos lugares de paseos públicos, también fueron «lugares de amores» correspondidos, de lugares de «encuentros» prohibidos, cuando no eran de paseos, sino de galantería.

Veamos, pues, algo de estos espacios de paseos y de ocio familiar en la ciudad de Ayacucho. Comencemos con la Plaza Mayor de Huamanga, el lugar público por excelencia para luego hacer recuento de otros lugares del mismo tipo.

Dentro de toda ciudad existen espacios públicos y privados, en que transcurre la vida cotidiana de su población. Y estos espacios públicos han sido clasificados, para el caso del Perú, por Alicia del Águila, al decir:

Como espacios "practicados" o simbólicos. Es decir, el sentido que adquieren los lugares físicos al ser recorridos, resemantizados por los actores (políticos, en nuestro trabajo). Por ejemplo, una calle es, en principio, una vía de comunicación al interior de una ciudad; se entrecruza con otras y forman así una red de tránsito. Sin embargo, adquiere significados diversos para los transeúntes, más allá de esa función, ya sea como espacio comercial, de recreación, de reunión política, o "popular", "burguesa", de bohemia, etc. (Del Águila, 1995, p. 547).

Alicia Del Águila, también identifica los micro espacios en las ciudades y refiere:

(...) los micro espacios públicos más relevantes, clasificándolos de acuerdo con su nivel de apertura o "publicidad". Así, construimos un *continuum* desde los centros más exclusivos hasta los más generales, pasando por los restringidos. (Dentro de los tipos de espacio definidos como restringidos y generales, diferenciamos los casos "más" y "menos".).

Aparte del criterio de exclusividad, consideramos importante diferenciar dos tipos de espacios:

1. Espacios de socialidad primaria

Aquellos en los que los encuentros no están condicionados por una función específica. Se concurre a esos lugares, simplemente, para reunirse con otros individuos. Las discusiones políticas, deportivas, económicas, etc., pueden ser tan variadas como lo deseen los sujetos concurrentes (dentro de los límites de permisibilidad que el espacio delimite). Son estos espacios los salones, clubes, cafés, calles, callejones, mercados, fondas, plazas, etcétera.

2. Espacios de concurrencia especializada

Centros de reunión de instituciones modernas. En ellos se discute sobre determinados temas. Hemos considerado en esta tesis como especialmente relevantes, a los partidos y a la universidad (y de modo tangencial a los sindicatos). (Del Águila, 1995, p. 555)

Será algunos de estos espacios públicos y privados que se ha estudiado en la tesis doctoral, para conocer cómo fueron usados por la élite huamanguina como por la clase subalterna en la ciudad de Ayacucho, durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, con la finalidad de comprender su funcionalidad de la Plaza Mayor, Alameda, el teatro, los clubes sociales en estos espacios de ocio, “sin negar la prevalencia de la identidad barrial, al parecer los contactos interbarriales permitieron a algunos habitantes de la periferia afirmar su derecho de pertenencia al espacio mayor, es decir, a la ciudad. Hasta esa época, al parecer casi sólo los notables (que por lo general vivían en el Centro) se sitúan como (...)” (Del Águila, 1997, p. 104) huamanguinos de “pura cepa”, con se decía en el argot aristocrático.

La **Plaza Mayor** espacio público y “único y determinante en las urbes fundadas por los españoles en América, eran las ciudades latinoamericanas no existe otro espacio en la ciudad que contenga las funciones e instituciones de poder que tienen las plazas mayores. El poder político, religiosos y económico se concentraron en estas plazas y desde ahí los españoles empezaron la construcción de las ciudades” (Licona, 2005, p. 53). Y así nació la Plaza Mayor o Plaza principal de Ayacucho, como símbolo del poder estatal, donde está el Cabildo o municipalidad, la prefectura, la Universidad de Huamanga. Al observar los viajeros que llegaron a la ciudad de Ayacucho, durante el siglo XIX-XX, observaron, seguramente sus “amplias dimensiones con portales en los

cuatro lados constituidos por columnas y arquerías de piedra que soportan a los vistosos balcones del segundo piso y con ello el paso del tiempo, interrumpida sólo por las calles que dan acceso al centro y el atrio de la Catedral mayor, que da testimonio del pasado esplendoroso de una ciudad señorial” (Rojas, 2005, p. 44).

La Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho, desde la época colonial hasta muy entrado a inicios del siglo XX, es un

espacio de comunicación, convivencia, mercado, justicia, esparcimiento, trabajo, ritualidad, conmemoración, circulación, paseo, de queja y motín, lugar ruidoso por lo que resultó ser a lo largo de la historia un espacio indispensable en la vida de la ciudad. Así, la Plaza Mayor, fue y es el lugar de reunión por excelencia considerablemente abarrotado. Plaza vivida y foco neurálgico de la ciudad. (Licona, 2005, p. 53)

Aldo Panfichi, dice, que “la Plaza Mayor transformada en Plaza de Armas dejó de ser un lugar de encuentro y comercio de la población, convirtiéndose en un espacio oficial para las ceremonias del estado republicano, donde las multitudes eran convocadas como espectadoras de dichas ceremonias” (Panfichi, 2012, p. 19).

La **plaza principal**, llamada así desde su fundación y, posteriormente, nombrada Plaza Sucre, porque en el centro principal se edifica un monumento escultórico conmemorativo del Mariscal de Ayacucho, Don Antonio José de Sucre, fue finalmente nombrada a finales del siglo XX como Plaza Mayor. Aquel era el lugar de ocio y de descanso de los notables del Cercado huamanguino durante el siglo XIX-XX. Es aquí como de costumbre se encontraban para luego irse a los clubes y los cafés a celebrar las tertulias de fin de semana o días de fiesta, como la Semana Santa, los carnavales, fiestas patrias, todos los santos y difuntos, navidad o año nuevo, y así disfrutar de un pequeño descanso y, por la tarde, pasarla amenamente con las tertulias del caso sobre temas cotidianos. Es decir, del hogar, del trabajo o de los asuntos del vecindario. La plaza principal, desde su fundación, fue el lugar donde se ubicó primeramente el mercado de abastos, donde las vivanderas comercializaban sus productos y donde ellas evidenciaban los acontecimientos cotidianos que ocurrían en la pequeña ciudad capital.

La Plaza Mayor, como lo ha señalado los diversos viajeros era grande y ahí funcionaba desde 1543 el famoso *tiaguez* o mercado con sus famosos quitasoles que viajeros como Charles Wiener (1880) o Ernst Middendorf (1888), lo han confirmado. En **1834** se produjo en Huamanga

la visita del Presidente de la República, don José Orbegoso, su acompañante, el padre José María Blanco, describía todos los lugares donde el Presidente acudía a visitar. Cuando llegó a la ciudad de Ayacucho, observó que en el mercado de abastos se vendían carne de toda clase, panes, menestras, verduras. El 23 de octubre de 1866, los concejales Nicanor Santillán y José Cavero manifestaron que el mercado debía trasladarse a la explanada de Santa Clara y que debía ser trasladado desde la Plaza Mayor. Por ello, iniciaron los conflictos entre las autoridades de la ciudad contra las vivanderas, porque se resistían a salir de la plaza principal. Lo que ocurría era que las plazas principales del mundo no eran mercados entonces, pero sí un lugar de relajación y de espacio público.

De 1856 hacia adelante, se pidió a través de propuestas que el mercado sea cambiado a otro lugar y que en aquel nuevo sitio se construya el centro de abastos, que se haría realidad recién en 1906, el año de su inauguración. La vista panorámica de la antigua plaza principal que vio el Presidente de la República del Perú, José Orbegoso. Este fue el espacio no solo del mercado sino también de paseo cotidiano, muchas veces la sociedad de clase iba no solo a comprar sino también a “curiosear”. Por las noches, este espacio se convertía en lugar de encuentros amicales. Aquí se puede observar aún la pileta de sillar en un dibujo de 1847.



Vista panorámica de la antigua plaza principal que así lo vio el Presidente de la república del Perú, José Orbegoso en 1834, cuando funcionaba el mercado de abastos desde 1543 hasta el año de 1902 aproximadamente, que fue trasladada. Este fue el espacio no solo del mercado sino también de paseo cotidiano, muchas veces la sociedad de clase iba no solo a comprar sino también a “curiosear”. Por las noches, este espacio se convertía en lugar de encuentros amicales. Aquí se puede observar aún la pileta de sillar. Dibujo de **1847**. Aún no llega la fotografía para Ayacucho.

La Plaza Mayor, desde el siglo XX y ha pedido constante de los notables de la ciudad, fue remodelada e inaugurada:

“El día solemne por la fiesta religiosa que se celebra la inauguración del parque que se ha hecho formar en nuestra plaza de armas... la bendición lo hará el Obispo Monseñor Fidel Oliva Escudero... el programa de las fiestas que se le da el día de la inauguración del parque...todo Ayacucho está invitado a presenciar la grandiosa ceremonia de la bendición del jardín...ese día tendremos todos los habitantes de Ayacucho y los que vengan a la ciudad, un lindo paseo de solaz y distracción, donde podamos disfrutar de las ilusiones y esperanzas alegres de nuestro espíritu...ya sabéis, a la plaza todo el gran día de la inauguración del parque de Ayacucho” (Trigos, 2014, p. 46).

La comunidad de notables estuvo muy agradecida del desalojo del mercado popular tradicional; ahora la plaza se convertiría en un espacio público como en las demás ciudades del país, en un lugar de distracción y de goce, donde podían distraerse sentados en la tertulia, que únicamente se hacía, desde tiempo atrás, en los clubes. Con este nuevo lugar, sin vivanderas, sin indígenas, los notables podían disfrutar de sus jardines y de su aroma. Así se manifestaba que la plaza mayor era un lugar de cultura y civilización:

(...) nadie puede dudar de la importancia de la obra, bajo los puntos de vista educativo e higiénico, representa para Ayacucho, un verdadero valor, un triunfo de la cultura y civilización. Las naciones más avanzadas proclaman los paseos y campos de recreo como uno de los elementos primordiales de la educación... como el que ofrece los jardines y las alamedas; la renovación del aire puro de la ciudad de Ayacucho” (*El Estandarte Católico*. Órgano del Obispado de Ayacucho. Publicación semanal. Ayacucho, 15 de abril de 1915”. N° 420).

Con esto la población comenzó a ir al parque principal, que ya muy entrado el año 1924, continuaba la tradicional pileta del Pascualito, que posteriormente lo sacarían para enviarlo al parque Magdalena. Como lo señala Alicia del Águila, si “durante el virreinato y hasta finales del siglo pasado, la Plaza de Armas fue el corazón de la ciudad. Era, fundamentalmente, un mercado, un lugar de intercambio, de tránsito y de voces múltiples. Se trataba de una plaza llena de comerciantes, escribanos y artesanos ambulantes, donde existían fondas con sillas en las calles, baños, tienditas variopintas, etc. Todo eso cambió. Luego, en la última década del siglo pasado, siguiendo las tendencias europeas de racionalización del espacio, la plaza pasó por un cambio de uso y, consecuentemente, de tipo de gente: de mercado se convirtió en centro casi exclusivo de la oficialidad, en entorno público: una vez racionalizado su espacio, de los centros de reunión más cerrados (en los clubes que daban al parque, el Palacio de gobierno y el Municipio) y el lugar de las ceremonias oficiales. Las multitudes eran convocadas también, pero ya no para ir "a su aire", sino como espectadoras de dichas ceremonias (sobre todo desfiles militares) (Del Águila, 1995, pp. 552-553).

Cuando se ubicó el monumento ecuestre al Mariscal Antonio José de Sucre, en la plaza principal de la ciudad de Ayacucho, que había sido traído en su reemplazo de la Pileta Mayor del Pascualito, fue colocado y se inauguró en 1928. Como lo manifiesta el Dr. Abilio Vergara Figueroa,

el caso de la Plaza Sucre en la ciudad de Ayacucho muestra cómo la historia-plasmada en su nombre y el monumento al héroe que selló la independencia de América frente al colonialismo español-se conjunta con que Ayacucho fue el centro real y simbólico (...) porque en las ciudades medias, el tiempo y espacio simbólicos centrales-factorados por la historia-aún son vigentes, porque guardan los poderes centrípetos y atractivos de la centralidad: la historia hecha monumento y arquitectura constituye el marco en el que el presente, institucional, aún se realizan en el mismo cronotopo que se actualiza (...) su dinamismo tiene porvenir, y se vigencia al continuar y transformarse. (Vergara, 2005, p. 12)

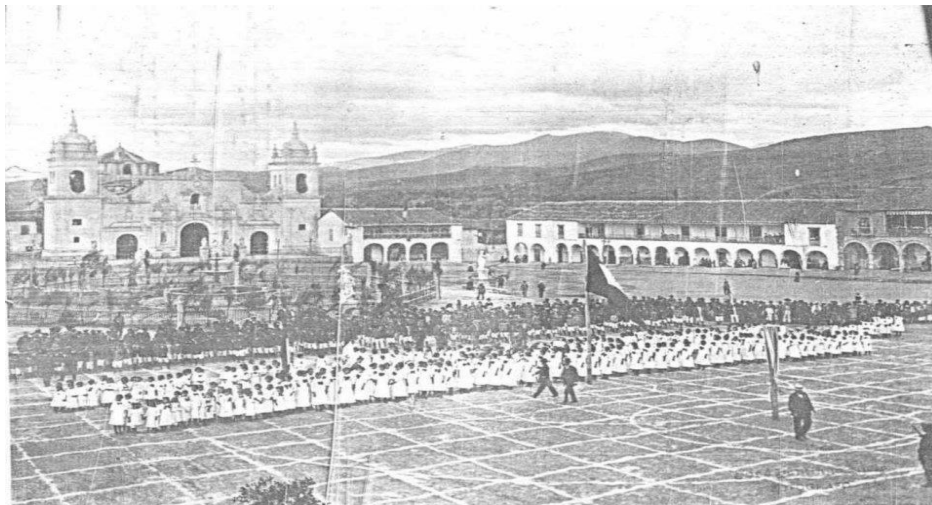
Es así como el parque:

(...) fue recorrido por muchas familias distinguidas, que en grato paseo recorrían sus avenidas...y por la noche el parque estuvo iluminado con luz eléctrica y hubo un gran festival, motivo por el que la concurrencia fue numerosísima, prolongándose el paseo hasta cerca de las doce de la noche. Los estudiantes por su parte dieron animación a la fiesta, verificando un paseo de antorchas por las principales calles de la ciudad. (Trigos, 2014, p. 49)



Remodelación de la plaza mayor durante la segunda década del siglo XX. Foto N° 18.

Como se observa, las familias se divirtieron y dieron paseos en su cuadrangular plaza; además, los estudiantes, niños y niñas fueron quienes pusieron el toque de alegría en la fiesta a inaugurar. Por supuesto que no podemos olvidar los diversos discursos al héroe de la Batalla de Ayacucho y sus generales, pero fueron discursos de gran entusiasmo patriótico.



Vista panorámica de la Plaza mayor de Ayacucho, donde se observa el desfile de niños (as). Al fondo la Catedral y en el centro del parque la pileta mayor del Pascualito. Década de los 20 XX.

La asistencia de las familias notables de la ciudad fue un acontecimiento único donde pudieron salir de la rutina y gozar de la inauguración. Es así como la nueva plaza principal Sucre no solo cambia su fisonomía, sino que cambia la vida cotidiana de la sociedad de clases, que ya no solo había reclamado su modificación, sino que rompe la «costumbre» de ver al mercado de abastos siempre allí y donde antes hacían sus compras.

Ahora era un parque «civilizado», como lo pedían los miembros de la comunidad de notables y el mismo poder local desde fines del siglo XIX, que se consolidó en la segunda década del siglo XX, y, con ello, se convirtió en un lugar de paseo y de ocio para la aristocracia huamanguina más que para la clase subalterna. Pero, como ya anunciamos, la Plaza mayor no sería el único lugar para el posicionamiento de la élite. Al decir de Fanni Muñoz Cabrejo, “la vida social alrededor de la plaza, la iglesia, los paseos, las tertulias y las festividades religiosas, a fin de siglo, adquirió atributos de una vida tranquila y monótona, propia de una provincia y completamente opuesta a la noción de lo que se entendía por una ciudad moderna” (Muñoz, 2001, p. 50). Al comparar la autora con una ciudad de provincia, es que para ella la ciudad provinciana brinda tranquilidad, distracción natural y no bullicio de autos. Es decir, que a pesar del atraso y olvido de una ciudad como Ayacucho, en la mentalidad citadina de Lima, se pensaba en estas ciudad por pasar un momento de sana tranquilidad, no necesariamente de la sierra; pero, sino de ciudades cercana a Lima.

A juicio de los modernizadores, la creación de nuevos lugares era propicia para desarrollar el nuevo estilo de vida ciudadano donde las formas de sociabilidad caracterizadas por un universo más amplio e yuxtaponen a las antiguas, restringidas a espacios familiares pequeños. En este espacio el anonimato comenzó a tener significado para la población. Los espacios públicos destinados al entretenimiento empezaron a incrementarse en número y en diversidad. Los parques, las salas de teatro, los cafés, los salones de té, las salas de concierto, los cines, los clubes deportivos y demás espacios pensados para el desarrollo de las actividades que se crearon a lo largo de estos años, fueron puntos de encuentro “entre extraños”. El establecimiento de estos espacios, tanto en la esfera laboral como en la social, exigieron comportamientos y formas de interactuar diferentes a las que hasta ese momento, se habían dado entre hombres y mujeres. Así, la sociabilidad entre personas de distintos grupos sociales pasó a ser un hecho cotidiano. (Muñoz, 2001, p. 52-53)

Y este nuevo lugar que se creara será **La Alameda del Río** o de Santa Clara, que, durante parte del siglo XX, se llamará Alameda Bolognesi, por estar el monumento conmemorativo al héroe Francisco Bolognesi, luego se le denominara en el 2003-2020, como Alameda Valdelirios hasta nombrarlo como Alameda de la Independencia (2021-2022). Pero, que como es común en toda población del Perú, el nombre de Alameda Bolognesi, quedó registrado en la memoria colectiva de los ayacuchanos; así que muchos aún recuerdan dicho nombre en su vida cotidiana.

La Alameda, espacio de paseo de la sociedad notable ayacuchana fue el lugar preferido para el ocio. La Alameda «era punto de reunión de la gente pudiente durante los domingos y en algunas ocasiones especiales como el año nuevo, los Reyes, el paseo de alcaldes y el jubileo...» (Flórez, 2005, p. 167).

Según Juan José Pacheco, manifiesta que

la influencia cultural de Europa se sintió en la modernización de la ciudad de Lima. Por ejemplo, los mercados ubicados en las plazas y plazuelas fueron trasladados a un local propio dentro de un sector del antiguo monasterio de la Concepción. La Plaza de Armas de Lima lució pisos de loseta y mármol, y se instalaron bancas y esculturas de estilo europeo. Además, se colocaron faroles de gas para alumbrar el espacio por las noches. Atrás iba quedando la imagen de la plaza donde se ajusticiaba a criminales y se quemaban herejes. (Pacheco, 2016, p. 12)

Además, agrega que

Un parque de exposiciones era un concepto novedoso en el país: en primer lugar, porque nunca se había construido parques, solo se conocían las alamedas y los jardines privados de las casas. La construcción de un lugar rodeado de plantas, destinado al recreo y esparcimiento, tiene su origen en las ciudades industriales europeas que buscaban la salud e higiene de sus pobladores. Los parques eran lugares destinados a la burguesía, sector social que disponía de tiempo libre al haberse liberado de la producción y el trabajo manual.

El historiador Gabriel Ramón Joffré sostiene que estos nuevos espacios y edificios públicos eran construidos fuera de la antigua ciudad por razones de espacio, higiene y seguridad (Pacheco, 2016, p. 13)

Así también la influencia de Lima, había llegado a diversas provincias para lograr crear nuevos espacios de distracción y esparcimiento familiar. Ayacucho, fue una de esas ciudades donde las autoridades desde inicios del siglo XIX, va a determinar la creación de una Alameda con arborización.

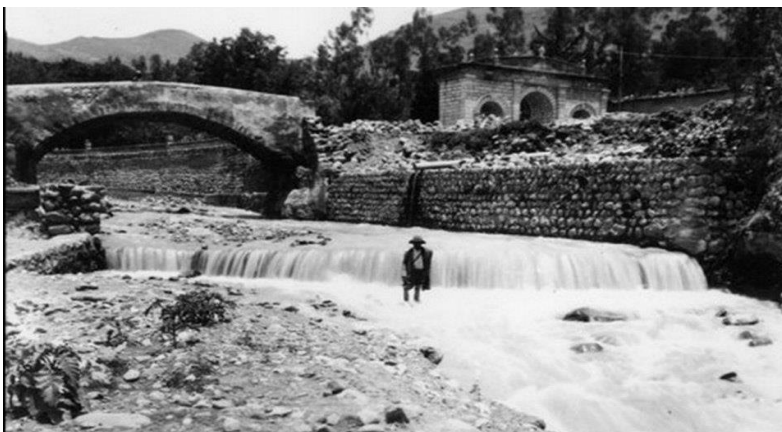
En la ciudad de Ayacucho, el Intendente Francisco de Paula Pruna:

Principió en 1806 la obra de la Alameda llamada de Santa Clara; paseo de recreo y de comodidad. Era el lugar preferido de la culta sociedad de Huamanga colonial. A la entrada de la Alameda había dos medallones en los estaban esculpidos los agustos nombres de Carlos y Luisa en uno, y en el otro la dedicatoria: “A la república, de ese monumento saludable, como prueba de amor y gratitud a ella”.

Al amanecer del día 12 de 1812, el medallón que ostentaba los nombres de Carlos y Luisa estaban completamente destrozado, y partido el segundo medallón. Se comunicó semejante *desacato* al Cuerpo Patriótico de seguridad. El Intendente Demetrio O’Higgins al tener, en Lima, conocimiento del suceso se condolía diciendo: Esta fuera de duda que éste ha sido un acto de *pura deliberada* malicia contra el gobierno (...). (Eguiguren, 1935, p. 47)

Posteriormente, se inició la construcción de la triple arquería entre 1833-1834, siendo Prefecto el Coronel Manuel Frías, en la conocida «Alameda del Río», lugar donde se iniciaban los trabajos, la cual daba acceso a la Alameda; en 1838 el Prefecto, Coronel Rufino Macedo, hizo avanzar las obras y, en 1847, se concluyeron siendo prefecto el general don Luis la Puerta. “La construcción de la Alameda era considerada un lujo que, además de costarle dinero, implicaba cambios a su espacio (...) Los vecinos reclamaban y decían querer pagar por las mejoras a su espacio. Sin embargo, rechazaban aquello que consideraban superficial y que no formaba parte de sus aspiraciones (y sí en las de otros grupos foráneos al barrio). Para ello, apelaban a sus derechos ciudadanos, los cuales, aparentemente, no serían respetados. Esto último da cuenta del carácter impositivo de estas obras modernizadoras” (Del Águila, 1999, p. 55). Entonces, las obras de la Alameda comenzaron a ser visitadas por las familias huamanguinas aristocráticas o notables, como también por la clase subalterna. “Pero el mal comportamiento y los consecuentes deterioros no sólo eran ocasionados por la gente pobre” (Del Águila, 1999, p. 55), sino también por gente de mal vivir: delincuentes, vagos y mendigos, que en busca de refugio, luego de alcoholizarse, iban a la Alameda a descansar. Entonces, en el “proyecto del Estado y de la élite modernizadora, el individuo

que habitaría esta urbe que estaba transformándose debía ser una persona de comportamientos y conducta moderada (...)” (Muñoz, 2001, p. 58).



Indígena en medio del río Alameda, al fondo un puente y al fondo la triple arquería que da ingreso a la Alameda. Fotografía de la década de los 20 (XX). Foto N° 19.

Alicia del Águila manifiesta que:

(...) a fines del siglo XVIII, los días más frecuentados de paseos por la Alameda Grande eran los domingos, días de los reyes y el 2 de agosto (jubileo de la iglesia franciscana). La multitud de coches y calesas, la diversidad de sus colores y estructuras, el aseo, los sujetos ilustrados que concurre, la finura de las Madamas que lo hermocean, todos esos objetos contribuyen a hacer muy agradable esta especie de espectáculo público. No es difícil imaginar la aglomeración de gente diversa en las tardes de domingo (...) por esa misma época, la Alameda de la Piedra Lisa constituía otro lugar de paseo (...) hacia 1834, el Paseo de Aguas constituía el preferido de los limeños...un paseo en él demoraba unas cuatro a cinco horas (...) el tema de la observación y de ser observado es central en estos tipos de paseos, sea en las calesas o en las bancas, un lugar de descanso menos impresionante que las calesas, pero que permitía una cercanía mayor a los “admiradores”. (Del Águila, 1999, pp. 51-53)

En este sentido, en la ciudad capital de Ayacucho para 1859 aún carecía de una Alameda que se parecería a la de Lima, como así lo manifiesta el articulista del periódico local *El Registro Oficial*:

Alameda: en 1859, la ciudad carece de un paseo público, se debe plantar sauces nuevos en la alameda principal casi olvidada, se forme un presupuesto, de lo que debería costar la edificación del arco y corredor de descanso, a fin de llevar a cabo dicha obra. José María Cáceres” (El Registro Oficial Ayacucho, viernes 23 de setiembre de 1859 N° 34. P. 138. Sobre “Alameda”).

A pesar de que la alameda ya existía, no tenía las condiciones apropiadas para ser considerada un lugar de paseo público o de recreación para las familias de la sociedad de clases

que la visitaban los fines de semana. A pesar de esta carencia, la alameda servía no solo de paseo, sino de «observación» de otras familias que la frecuentaban. De seguro las miradas entrecruzadas de los miembros de la sociedad de clases «obligaba» los grandes rumores y chismes cotidianos entre los asistentes a este espacio de sociabilidad cotidiana. Pero esto no quedaba aquí, sino que para 1877 el periodismo manifestaba:

Alameda: En toda población *civilizada* debe existir un lugar de paseo, de recreo donde complacer el espíritu y congratular las pasiones...Ayacucho, necesita de un paseo que debe estar poblada de árboles. (*El Republicano*, Ayacucho, sábado 10 de febrero de 1877. N° 1. Crónica local")

Como se confirma, a pesar del tiempo transcurrido y seguramente con algunas mejoras, el periodismo consideraba a la «Alameda» no como un lugar de paseo, sino como un espacio sin la belleza que debería tener toda alameda, como un espacio marginal o sombra de la visión civilizada que debía tener la élite. Por eso, el periodismo insistía que debería Ayacucho tener un espacio de paseo y de recreación, donde toda la población vaya a distraerse; y agregaban que toda población «civilizada» tenía estos paseos. Con lo que quiere decir que aún Ayacucho era considerado «incivilizado» solo por no tener un lugar de recreación para la familia, sobre todo de la clase acomodada socialmente. En el siglo XX, la Alameda será frecuentemente renovada para que sirva de paseo público donde la sociedad de clases pueda acudir para solazarse.

Veamos la información que nos proporciona el periódico local *El Debate* para 1909, al referirse a la Alameda, dice:

Las plantaciones de las cuatro carreras de árboles, la pintura de los muros del lado del río, los elegantes postes de alumbrado, hacen magnifico conjunto (...) además se le ha puesto, una puerta en la entrada, por el lado del río, que es muy buena medida, para resguardar la obra, del tráfico de animales...(...) merced a los auxilios pecuniarios de esa junta depende el paseo público... convirtiéndose lo que antes una Alameda, en un parque de pintoresco aspecto. (*El debate*, Ayacucho 25 de setiembre de 1909)

Podemos decir que la Alameda, comenzó a ser considerado como un espacio de recreación y de diversión, donde las familias acudían con sus hijos a distraerse y a pasar un largo rato de descanso en sus verdes praderas y gozar cada fin de semana un rato de ocio; además:

Cuando uno penetra a la Alameda y mira al frente los arcos son un pedestal de recordación histórica y que ostentan arriba en grandes números el año de 1810, ya el espíritu se inclina a la meditación, al pensar de pasados tiempos. Desde la Alameda se observa uno de los paisajes más hermosos desde allí se puede contemplar nuestras elevadas montañas que

parecen rozar el cielo ¡que dulces momentos disfrutaban las personas que piensan en tan lindo paseo. (*El debate*”. Ayacucho 19 de junio de 1915. Ver también a Trigos, 2014, p. 56)



En 1915, se inauguró la rotonda de madera que se ubicó en el centro de la Alameda, al fondo se observa el portal independencia con su azotea. Aquí la comunidad de notables y algunos vecinos se daban cita para la celebración. Foto N° 20.

El Monseñor Fidel Oliva Escudero, al referirse a la Alameda, comenta:

Antiguamente la parte sur de la ciudad (Ayacucho) estaba dividida por una profunda encañada; pero a principios del siglo, el Intendente español, Don Demetrio O’Higgins la unió por puentes. Hacia esta misma parte, al pie de los cerros, SE VE UNA ALAMEDA DE SAUCE bordeada por un torrente rápido por un lado, y por otro, por huertas; EL PASEO DE MODA EN LAS NOCHES” (Oliva, 1924, p. 239).

Como la ha señalado el Monseñor Fidel Oliva, en realidad existía una docena de sauces, era, pues, la Alameda donde muchas familias acudían, sobre todo los días domingos, día de descanso; dicha Alameda era conocida antiguamente como «Alameda del Río» y, posteriormente, por la década de la década de 1940, como «Bolognesi».

Debemos tener en cuenta que la Alameda sufrió varias refacciones que fueron arregladas por la prefectura del departamento, no solo porque era su obligación, sino porque en diversos artículos periodísticos se reclamaba que debería ser refaccionada para que las familias sigan acudiendo a este pintoresco lugar de paseo y de distracción que hacía olvidar los trabajos rutinarios de la vida cotidiana de los pobladores, ya sea de la «comunidad de notables» o de los humildes indígenas de los barrios aledaños a ella. En ese sentido la alameda «Bolognesi» se convirtió en el mejor paseo de fin de semana de las familias huamanguinas por las décadas del 20 al 50 del siglo XX, como se presenta el plan de obras públicas de Ayacucho para 1937:

La alameda Bolognesi es el único lugar de paseo y recreo, obra también colonial de gran importancia para la ciudad, está casi abandonada i el río que corre por el lado Este, ha carcomido las bases de los muros que defiende, en una extensión de más de 500 metros. Anteriormente, el municipio y el Comité Pro-Desocupados han hecho reparaciones ligeras invirtiendo 3 mil soles” (Aray. Sección: municipalidad. Libros de actas de sesiones. Legajo N° 20- Años: 1920-1941. Libro N° 4. Folio: 264. Sobre Plan de Obras públicas en Ayacucho).

A pesar de su mal estado de conservación, la Alameda fue el lugar de “decencia” y de paseos públicos:

Los paseos públicos: creemos conveniente por el ornato y la decencia de la ciudad, que el C.P. H. reanude la vigilancia que existía en la Alameda. La presencia del vigilante era para que las personas -vagos y desocupados- que se entregan a la patera del ocio. Desde que no hay servicio, hay deterioro del ornato por personas adultas que *no entiende de cultura*. En parques, hay mujeres y niños porque sienten que significa ornato y decencia” (*La Hormiga*. Ayacucho, 21 de agosto de 1922 N° 60. El subrayado es nuestro).

Esto confirma como el periodismo se sentía preocupado por dicho espacio de «decencia», donde ña presencia de un vigilante sería conveniente para evitar que ingresen los “vagos” a dicha alameda; la prensa local manifestaba que muchos desocupados por no tener una buena educación y modales hacen perjuicios en dicho espacio, considerado de esparcimiento y no de vagancia y que eso sucede por la falta de vigilancia y el cuidado del ornato, para que las familias “decentes” puedan acudir los fines de semana sin ver ese espectáculo negativo de jóvenes vagos y desocupados que evitan que los niños jueguen tranquilamente. Entonces, sin vigilancia, según la prensa, la Alameda se convertía en un espacio de “vicio” y que eso se debería evitar si la municipalidad contrataba a un vigilante. El periodismo apuntaba que esos vagos y desocupados pertenecían a la clase subalterna, de mestizos e indígenas que sólo beben y fuman sin remedio, por eso su «indecencia» era un mal ejemplo para la comunidad de notables.

De todos modos, erradicado este mal, la Alameda, siguió siendo el lugar preferido de las familias huamanguinas hasta la actualidad. Espacio donde los niños juegan, se divierten, se realizan danzas por los escolares, e practicaba el tenis por los notables de la ciudad y espacio de amoríos de los jóvenes decentes de la época.

8.4. Teatro y veladas literarias: Espacios «exclusivos» de los «cultos»

Durante la Colonia hubo una gran actividad teatral. En su mayor parte, esta actividad fue fruto del auspicio de los virreyes y de la élite colonial. Incluso hubo virreyes que estrenaron obras, como el Marqués de Castell Dos Rius, quien inauguró el 17 de setiembre de 1708 su comedia *El mejor escudo de Perseo*.

La primera representación teatral realizada en Lima fue un auto sacramental llevado a cabo en la plazuela de San Pedro, en 1568. Estas primeras representaciones se hacían en lugares como los atrios de las iglesias y las plazas de las parroquias, durante los días del Corpus Christi u otras festividades importantes. Congregaba a virreyes, arzobispos, cabildos y comunidades religiosas. Usualmente las representaciones se celebraban al atardecer. El tablado se cubría con telas de colores, mostrándose como un jardín, una calle o una sala. Estas representaciones se prolongaron hasta la creación del primer corral o coliseo de comedias, en 1604, considerado como el primer teatro formal de Lima. (Rengifo, 2021, p. 19)

La ciudad y el orden de la hegemonía de los grupos dominantes no se reducen a su influjo en los espacios propiamente públicos, sino también a espacios de menor publicidad, de ingreso restringido, como los teatros. Como lo asegura David Rengifo Carpio, Llegado el cine a Lima en 1896, pronto se multiplicaron las salas cinematográficas; pero sin opacar al teatro como el espectáculo preferido de las clases altas y medias, característica que duró hasta los inicios del Oncenio. Los sectores populares asistían, principalmente, a espectáculos del género chico y a revistas nacionales. Pero esta división no fue excluyente, produciéndose también intercambios sociales de público en las representaciones llevadas a cabo en los diversos teatros de la ciudad” (Rengifo, 2021, p. 81).

David Rengifo, nos señala, que

las clases altas y las personas que sentían que pertenecían a ese grupo social estuvieron presentes; a esto hay que sumarle que también estaba presente el presidente de la República. Por una cuestión de prestigio, ninguna familia “notable” (o que pretendía serlo) podía dejar de asistir a un espectáculo cuya asistencia era símbolo de modernidad, alta cultura y prestigio social, pues de no hacerlo su “honorabilidad” estaría en juego. Es muy probable que algunas de las familias “notables”, pero “venidas a menos”, ocuparan una modesta butaca, no por las razones que señala el cronista en la nota anterior, sino porque realmente tenían que medir sus gastos. En un mundo de apariencias, la asistencia a este tipo de espectáculos o la plaza que se ocupaba en el teatro, eran símbolos de estatus social. (Rengifo, 2021, pp. 75-76)

El teatro como símbolo de status social, también tuvo sus diferencias sociales entre varones y mujeres, como bien lo señala Fanni Muñoz:

Sí las mujeres tenían poco espacio público para socializar como la calle, espacio público propio de las festividades amén de las chicherías en el caso de las mujeres de sectores populares y las tertulias en casas de familia, tan común en sectores medios y altos. Otro era el caso de los hombres, quienes sí tuvieron espacios exclusivos para sus diversiones y donde las mujeres no podían ingresar, salvo que estuvieran acompañadas por algún hombre. Una forma de sociabilidad compartida entre hombres y mujeres se dio en el TEATRO, donde la costumbre de separar hombre de mujeres tanto en el palco como en la cazuela se abolió en 1829. (Muñoz, 2001, p. 111)

Lo que significa que, abolido dichas diferenciaciones sociales en 1829, vemos que en la ciudad de Ayacucho para 1930-1945, dicha separación no estuvo presente; Así que hombres y mujeres podían ir juntos al Teatro Cine “Cáceres” o Teatro Municipal de la ciudad de Ayacucho.

Es interesante apreciar como el tema del teatro, las reuniones sociales de tipo cultural que hacía la élite, las veladas literarias y otros espacios alternativos más selectos se iniciaron en la segunda mitad del siglo XIX o lo que sí podemos confirmar es que para **1860** el periodismo local informaba sobre el teatro:

Comedias: El 8 de enero, el vecindario escogido de esta capital ha tenido algunas horas de racional y descanso solaz, de la presentación dramática ofrecida por los alumnos del colegio nacional en celebrar el aniversario de la batalla de Ayacucho. En la dedicatoria se percibe el patriotismo, el gusto por la literatura y por el ensayo en el arte declamatorio, fueron el drama del gran poeta Zorrilla “La Copla de Marfil” y “El Puñal del Godo”, ¡loa a los jóvenes actores! (*El Patriota de Ayacucho*, miércoles 11 de enero de 1860. N° 25)



El teatro iniciado por los estudiantes del Colegio Nacional de “San Ramón” hizo que este espectáculo decente sea casi permanente en la ciudad. **¿Cómo se presentó el teatro en Ayacucho?** como se puede observar en la fotografía, el teatro se representó con los tres rostros y para que dicha representación no quede en el olvido de la comunidad de notables y el pueblo en general, el municipio le puso el nombre de TRES MÁSCARAS a una de sus calles con ese tradicional nombre en el centro de la ciudad. Cuenta la tradición que durante el siglo XVII-XVIII y parte del XIX, las obras teatrales se llevaban a cabo en un canchón, donde acudía la élite huamanguina a espectar dichas comedias o veladas literarias. Dicho canchón desapareció con el tiempo porque el dueño lo vendió para la construcción de casas.

Ayacucho para la década del 20 (XX), no contar con un teatro propiamente dicho, es decir, un local; esto es confirmado por el Dr. Bedward, quien estuvo en la fiesta centenaria del 9 de diciembre de 1924, asegura:

no hay en Ayacucho teatro y muy escasos son los lugares de distracción y esparcimiento, tan necesarios para hacer la vida sana e integral. (Bedward, 1925, p. 29)

A pesar de esto, las funciones teatrales se daban en el local del colegio “San Ramón” o el colegio de Nuestra Señora de Las Mercedes. Entonces, dichas veladas literarias y culturales se llevaban a cabo en estos espacios, colegios o instituciones públicas, como el municipio; lo interesante es que durante el siglo XIX y más aún en el siglo XX, las veladas fueron un espacio «cultural» muy frecuentado por todos los vecinos notables y sus familias. Martín Fugier Anne, menciona al respecto que:

El espacio del salón encuentra una prolongación que parece paradójica, ya que se trata de un lugar público, pero del que se dispone como de un espacio privado: el palco, en el teatro (...) De acuerdo con los códigos del siglo XIX, una dama puede asistir sola a un espectáculo, a condición de que ocupe una butaca en un palco (...) los ritos de las veladas en casa son muy diferente según que esté solamente en familia o que se haya o invitado a gentes ajenas al círculo familiar. Diferentes también según se viva en la ciudad o en el campo. (...) las veladas en familia se ocupan a veces con juegos de catas o de dados. (...) pero las veladas en familia son ante todo el tiempo de la charla íntima y del rincón junto al fuego (...) si el círculo familiar se abre al mundo exterior, las veladas se transforman de acuerdo con el número de invitados y el grado de intimidad que se tenga con ellos. Hay un pesar que anima constantemente al siglo XIX, el de la sociabilidad del XVIII (...) cuando las veladas familiares se abren al mundo exterior y acoge gente extraña aparecen dos tendencias contradictorias. Si las señoritas de la casa tocan el piano para que bailen los amigos de la familia preservan el carácter íntimo de la sociabilidad. Cuando en cambio se contrata a profesionales de moda, la intimidad pierde su fuerza en beneficio de lo suntuario. A pesar de lo cual el lugar de la fiesta sigue siendo el espacio privado. (Fugier, 2001, p. 208-213)

La costumbre y tradición de las veladas y, en especial, lo manifestado sobre el toque de piano por alguna señorita en su hogar, lo hemos confirmado en un subtema sobre los bailes de Ayacucho. Con lo que se confirma que dichas costumbres llegan desde Europa a los Andes a fines del siglo XIX, y es mucho más extendido en el siglo XX. Costumbres, comportamientos, modales y etiquetas que la aristocracia huamanguina mantenía dentro de su círculo de notables, que asistían a las veladas literarias llevadas a cabo en casas particulares y, posteriormente, en un teatro, durante la década de los 1930, como lo fue el Cine Teatro Cáceres. Con esta cita confirmamos y discrepamos con el antropólogo Jeffrey Gamarra sobre su artículo “Las veladas literarias musicales como espacios de construcción de identidad en Ayacucho del siglo XX. Elementos de historia

cultural regional (2007)” y con la historiadora Roxana Buitrón, sobre su bachiller titulado “Las diversiones sociales y su reglamentación en la ciudad de Ayacucho. (2011)”, etc., quienes piensan que las obras teatrales y veladas literarias solo se dieron en la década del Oncenio de Leguía; en ese sentido, podemos afirmar que las obras teatrales se dieron durante todo el siglo XIX, donde la comunidad de notables asistía en pleno a estos eventos literarios, eventos culturales que se llevaba a cabo no sólo en los colegios sino también en casa de estos distinguidos caballeros, donde lógicamente asistía la crema y nata de la élite huamanguina junto a sus familiares.

La clase subalterna, por estos tiempos del siglo XIX y parte del siglo XX, era excluida de este espacio «cultural» por carecer de educación y de entendimiento sobre las veladas literarias. Lo que sí estamos de acuerdo con dichos académicos, es que en la década del Oncenio de Leguía, fue la época en que se expandió las veladas literarias y las obras teatrales, que poco a poco se fue masificando durante la década de los 40-50 del siglo XX, esto gracias a que él Centro Cultural Ayacucho, lo fomentó continuamente no sólo en sus artículos publicados en la revista “Huamanga” sino que llevo las obras teatrales a los escenarios, como el cine teatro “Cáceres” o Teatro municipal donde se cobraba un precio módico para todo el público asistente.

El teatro fue uno de los espacios «cultos» donde los miembros de la «comunidad de notables» asistían siempre. En este sentido, por la década de los 30 (s. XX), ya existía el cine-teatro Cáceres, que daba funciones de películas, pero también obras teatrales organizadas por los colegios secundarios de la ciudad, especialmente por el colegio “Mariscal Cáceres”; considerándose al teatro como un medio educativo para «civilizar»; es decir, «una escuela” de progreso y civilización. “Espacio para difundir la cultura del pueblo, sus aficiones musicales, los gustos que sentían en materia literaria” (Aray. Sección Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 28. Ayacucho, noviembre de 1937). La clase educada debería volcar estos eventos al pueblo, para lograr a través del teatro algunos cambios en los miembros de la clase subalterna, sobre todo con los mestizos que fueron los que más se preocuparon por aprender o imitar las conductas y comportamientos de la élite huamanguina.

El propietario don Isaac Cáceres era un pequeño empresario que alquilaba su cine teatro “Cáceres” para estos eventos culturales entre 1940-1950. Así como en Lima, los notables tenían el deseo de «culturizar» a la población huamanguina, organizando veladas literarias con la

participación de sus alumnos (as) de los dos únicos colegios de la ciudad de Ayacucho: «Mariscal Cáceres» y de «Nuestra Señora de las Mercedes»; en este contexto nos preguntamos: ¿Cómo hacer que un pueblo «inculto» se vuelva «culto»? Entonces fue el gran reto que tuvieron los notables huamanguinos, desde que se formó el Centro Cultural Ayacucho en octubre de 1934, se inició dicha tarea educativa, primero con sus alumnos del nivel secundario, luego con otros notables de la ciudad y posteriormente con los empleados públicos de las instituciones públicas, los mestizos y finalmente con los indígenas que vivían en los barrios de alrededor de la ciudad, sobre todo con los de San Juan Bautista, Conchopata, San Sebastián, Carmen Alto, Santa Ana, Magdalena, Maravillas, etc. Llevando algunas veces las teatrales y veladas literarias a sus propios barrios por la década de los 50-60, cuando la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga se había reabierto para abril de 1959.

Sobre la programación de las veladas literarias, el antropólogo Jeffrey Gamarra, refiere:

Las veladas ayacuchanas mantenían un único patrón de programación. Generalmente esta se iniciaba con un discurso de apertura a cargo del representante de la institución que organizaba la reunión, luego se pronunciaban uno o más discursos sobre determinados temas y luego se intercalaban números musicales con poesías y declamaciones. A veces la velada incluía cortas representaciones teatrales y danzas. (Gamarra, 2007, p. 167)

En la revista *Huamanga*, así como en los diversos periódicos locales, se informa cómo los «notables» de Huamanga se reunían en las veladas literarias y en el cine-teatro Cáceres. En ese sentido, los articulistas decían: «... lo más selecto de nuestro mundo social se dio cita en el amplio local del colegio» (*La Abeja*. Ayacucho, 30 de setiembre de 1916. “Velada del Colegio de Educandas” (hoy Nuestra Señora de las Mercedes). N° 30). En otro número de la revista *Huamanga* se informaba que «se realizó la actuación literaria-musical, sobre el “pueblo y el campesinado de Ayacucho”... la parte musical estuvo a cargo del artista Francisco González” (*Revista Huamanga*, Ayacucho, 2 de mayo de 1938. N° 13. p. 6).

Entonces, podemos decir que la asistencia a estos eventos era un lleno total, no solo porque asistían los notables, sino que también iban los estudiantes de dichos colegios emblemáticos, conjuntamente con sus profesores. «La velada literaria, a diferencia de los otros espacios, tienen una función pedagógica en su sentido más amplio que es el de enseñar y explicar (...)», escribe Jeffrey Gamarra (2007, p. 161); además, la «comunidad de notables» se creía «una sociedad que se imaginaba todavía señorial y defensora de la tradición y, al mismo tiempo, moderna» (Gamarra,

2007, p. 168). Entonces, los intelectuales del Centro Cultural Ayacucho son quienes manifiestan que en estos escenarios era preciso difundir la historia, la arqueología, el folklore, la geografía, las tradiciones y las costumbres del pueblo, para ir en busca de su identidad, una identidad que se veía reflejada en obras teatrales y veladas literarias. Por eso, en los diversos discursos de los notables se oía decir:

Mi espíritu se ensancha grande e inmensamente, al presenciar este certamen literario, digno de esta cultísima sociedad (...) niños que me escucháis, yo os felicito, porque en este instante estáis bebiendo la sabia intelectual de nuestros profesores a quienes debéis querer y respetar. Pero también «imitar», porque sus sabias enseñanzas llenaron ese vacío que a ustedes aún les falta. Ellos son paradigmas de civismo e identidad regional” (*La Opinión*, Ayacucho 7 de julio de 1930. N° 27. “El conservatorio musical de Ayacucho y su actuación”).

Así nuestra sociedad «culta» ayacuchana invocaba a todos los asistentes a «imitar» estos actos literarios y obras teatrales que organizaban las instituciones educativas, muchas veces por insistencia de los miembros de la «comunidad de notables»; quienes ahora, a través de su revista *Huamanga*, invocaban el resurgimiento de la identidad regional, con temas históricos, geográficos, arqueológicos; recuperando sus tradiciones y costumbres, los cuales deberían ser revalorados en dichos actos literarios.

Existían momentos en que hubo una auténtica proliferación de actos literarios y obras teatrales en la ciudad de Ayacucho, como en el año 1944:

Se comenta que la municipalidad ha resuelto construir un teatro... en la actualidad la ciudad cuenta con una sola de propiedad particular. Las otras dos, son una de actuación del Colegio Mariscal Cáceres, ubicada en el interior del plantel para uso exclusivo y la otra de la comunidad franciscana de Asís por u otra actuación. Se dice que el señor Francisco Paredes planea la construcción de una sala para espectáculos en los terrenos de su propiedad, sito en la esquina Universidad y Tres Máscaras frente a la plazuela de la Buena Muerte. Se habla también que el señor César Lomellini propietario de una finca en Santo Domingo, se propone construir en el terreno una sala de espectáculos (Edgardo Madueño) (*El Pueblo*, Ayacucho, viernes 30 de junio de 1944. N° 1373. Año: XIV. “El Teatro Municipal”)

Esto confirma la gran preocupación de algunos notables de que los espectáculos artísticos y literarios tengan un lugar propio para que se lleven a cabo dichos actos culturales. Además, se confirma que mayormente las veladas y obras literarias se llevaban a cabo en los colegios educativos, porque el teatro-cine Cáceres se alquilaba y, en vez de pagar, se llevaban a cabo en los planteles educativos. Por lo tanto, la preocupación de tener un teatro público y a disposición de la

población culta de Ayacucho hizo que se proponga su construcción del teatro municipal; aquí vemos cómo otros notables se unieron a estas propuestas sobre la construcción de otros locales públicos para que la cultura literaria y los eventos teatrales no se pierdan y, así, los actores y las veladas literarias tengan un espacio de revaloración de nuestra historia, tradición y cultura.

Pero como lo refiere el antropólogo Jeffrey Gamarra:

La velada literaria devino en una práctica cultural socialmente incluyente y excluyente a la vez, en un espacio social masculinizado y tutelado desde el poder local y en cierto modo desde el Estado (...) se constituyó en el espacio más importante de generación de una memoria de región y de construcción de identidad local y regional. Fue además un espacio de producción cultural en géneros como la historia, literatura, etc. (Gamarra, 2007, p. 175).

En parte lo manifestado por el antropólogo Gamarra es cierto, porque fue un espacio «excluyente», en especial con los niños indígenas y adultos, quienes no participaban en estos actos literarios y obras teatrales. Sin embargo, no estamos de acuerdo con que el Estado esté tutelando estas veladas literarias, sino que la preocupación de forma mayoritaria vino de la comunidad de notables, quienes tenían el deseo de transformar la «mentalidad» de la clase media y de incentivar a sus hijos, quienes eran estudiantes, a fomentar la cultura, la historia y, sobre todo, conocer, respetar, valorar y difundir su propia identidad.

En realidad, el Estado peruano tenía otras preocupaciones de índole nacional, en particular en lo referente a obras públicas en el territorio y, por ello, no se percató ni se preocupó de algunas «veladas literarias» de un pueblo que ni siquiera estaba en los planes del gobierno central. De ahí nuestras discrepancias con este punto de Jeffrey Gamarra. Para finalizar estos comentarios podemos decir que estos lugares no solo eran espacios de espectáculos literarios, sino también se llevaron a cabo en casas de la élite o en algunos clubes sociales de la ciudad, como se hizo en el Club «9 de diciembre», donde se reunían los notables cuando se presentaba un evento teatral, con la asistencia de sus esposas e hijos, lujosamente vestidos para la ocasión.

La élite huamanguina, por estos tiempos, se había acostumbrado a demostrar su poder y distinción en los eventos de veladas literarias y obras teatrales, por ese motivo hacía gala en estos espectáculos de los distintivos de su estatus: ropa fina importada, joyas, relaciones sociales y contactos con gente social y políticamente importante, pues a la ópera asistían personalidades como el propio presidente de la república, congresistas, autoridades políticas y altos oficiales.

David Rengifo, señala que este sector social:

Tomaba el abono de los palcos, la ubicación más cara del teatro, como un lugar simbólico para afirmar su estatus social. Las mujeres de las familias que abonaban un palco cambiaban cada noche de vestido y de peinados. Familias de apellido aristocrático, incluso con crisis financieras, se endeudaban para obtener un palco y guardar las apariencias. No obstante, en algunos casos, los sectores populares y las clases medias bajas podían asistir, sobre todo cuando la temporada estaba por terminar y los precios bajaban o cuando se daban espectáculos auspiciados por el gobierno” (Rengifo, 2021, p. 92)



Asistentes a una velada literaria en el Cine Teatro Cáceres. Se observa muy claramente el discurso de uno de los notables de la ciudad y muchos miembros de la sociedad «culta» sentados, escuchando al orador dando su discurso. Un niño observa al fotógrafo. Foto década de los 1940. Foto N° 21.

En Ayacucho, la élite huamanguina eran los que fomentaba este tipo de eventos, ya sea en sus colegios donde enseñaban o en su trabajo incentivando a otros notables para que asistan al teatro; en ese sentido, el teatro como las veladas literarias fueron parte de la decencia que ellos profesaban en estos eventos, siendo como vemos en la fotografía el Cine Teatro “Cáceres” como también el Cine Teatro Municipal, las dos establecimientos públicos de divulgación de dichos eventos culturales en la ciudad, muy aparte de los locales particulares o de los colegios donde también se llevaban a cabo, sobre todo, en aniversarios del mismo plantel educativo.

El teatro se convirtió en el espectáculo de decencia que la comunidad de notables logró durante la década de los 30-50, que luego fue reforzada por los estudiantes universitarios de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, cuando dicha institución educativa de nivel superior, reabrió sus puertas y donde el teatro fue parte de su misión, llevándolo a los barrios cercanos de la ciudad.

8.5. La «cultura» nace en los clubes sociales: Distinción y prestigio «notable»

El tema de los clubes sociales o círculos notables, donde acudía la élite, era dedicarle un tiempo para la cultura del ocio, que en las palabras de Maurice Agulhon, “era permanente, como los pensamientos, las palabras y las actividades que lo acompañaban” (Agulhon, 2009, p. 133) a los notables, por ejemplo. El ir a la Plaza Mayor o al propio club “Dos de Mayo” o “El Progreso” en Ayacucho, eran para leer el periódico o para hacer tertulia o encontrarse para tomar un café; esto fue un escape a la cotidianidad diaria que vivía en el trabajo o en el hogar.

Uno de los lugares de reunión de los notables, donde se ponía a prueba y se refinaba su discurso contra la identidad de los vencidos eran los clubes. En Ayacucho, el lugar de excelencia donde acudían los miembros de la comunidad de notables fueron los clubes. Pequeñas organizaciones que tenían como finalidad la sociabilidad entre sus miembros, donde además se conversaba de la vida cotidiana, pero también de asuntos políticos, económicos, sociales y culturales. Un Club puede definirse como:

Una forma de asociación voluntaria en la cual los miembros están organizados en torno a ciertos objetivos específicos comunes de carácter recreativo o cultural: club literario, club artístico (...). Existe una especie de acuerdo de autores que han trabajado el tema de los clubes de elite, puntual o tangencialmente como Kendall (2008), Rendell (1999), Bourdieu (1988), Hsu (1963), Aversa (1990) sobre el hecho que los miembros del mismo, pueden (y de hecho lo hacen) excluir a los de afuera. Ahora bien, existen infinidad de asociaciones que excluyen a los que consideran de afuera y marcan la diferencia con los de adentro y eso no los convierte en clubes de elite. Podríamos entonces acordar que un club de elite es: Todo club con lógica excluyente, es decir, que no es accesible a cualquier persona con el solo pago de una cuota o inscripción, sino que además exige a sus asociados una recomendación o ser hijo o familiar de... Y que por esta lógica excluyente termina por nuclear a lo más selecto definido como aquellas personas que en una sociedad dada, poseen un cúmulo importante de capital social, cultural y económico. (Podestá, 2009).

En opinión de Roger Chartier:

El mundo de las élites sociales e intelectuales... tienen dos características; por un lado, la formación de un público cuyo juicio crítico y prácticas doctas no se seguían únicamente por los dictados de la moda de la corte o de la autoridad académica; por el otro lado, la afirmación de un mercado de bienes culturales que inserta la lógica propia dentro y jerarquías impuestas por las viejas formas del patrocinio (...) la igualdad de todos aquellos que están comprometidos en la confrontación de las opiniones e ideas, sean cuales fueran las diferencias de estamento y situación que los separan en el mundo social; la voluntad de representar y formar el juicio de un público nuevo del que la elite mundana y erudita cree ser portavoz y fundadora. (...) los salones constituyen el miedo principal para que se organice el encuentro entre hombres de mundo y literatos, reunidos por los mismos

pasatiempos: el juego, el debate, la lectura, la mesa (...) el salón asegura a los escritores su admisión en el mundo de los poderosos. (Chartier, 1991, p. 173-174)

En el caso de la aristocracia huamanguina del siglo XIX mantenía este «círculo» cerrado hacia otra clase emergente, como lo eran los burócratas; es decir, los empleados públicos que deseaban pertenecer a las clases altas o ser distinguidos en su manera de vestir, en sus comportamientos y en sus modales a la hora de ingerir sus alimentos, era necesario lograr ingresar a dichos clubes sociales y codearse con esos notables de comportamientos decentes y buenos modales; por lo que:

(El) círculo es la forma típica de la sociabilidad burguesa de la primera mitad del siglo XIX. Su origen se encuentra en el club inglés que agrupa a hombres organizados para practicar juntos una actividad desinteresada (no lucrativa) o incluso para vivir juntos la no actividad: el ocio. La burguesía es la clase media que supone cierta comodidad económica y se ubica entre la aristocracia (y la nobleza) y el pueblo (pobre, inculto y de trabajo manual) (...) el círculo se limitaba a la conversación dentro del salón, y se llamaba «sociedad» al conjunto de personas que asistían. El salón era la práctica más extendida y se caracterizaba porque uno de sus integrantes, el dueño de casa, invitaba y se hacía cargo de los gastos de la reunión. Esto suponía sumisión moral de los invitados y un gran poder económico del anfitrión, de modo que los salones sólo existían en las clases altas (...) Estas asociaciones expresan una sociabilidad igualitaria, a la que asistían los burgueses, rentistas cultivados y funcionarios extranjeros que se socializaban allí. En términos de jerarquía social, el círculo es una institución burguesa que se encuentra entre el salón y el café (...) De acuerdo con Agulhon, el círculo es moderno porque participa de cierta colectivización de la vida, en el sentido de una salida del ámbito privado a uno más público: del salón al círculo, proceso que nace con la Revolución Francesa. A los círculos asistían hombres que buscaban confort en su vida material, más allá de si tenían o no intereses políticos o ideológicos. Sus diferencias con el salón eran claras: éste suponía una práctica aristocrática, tradicional, nacional (ligada a la vieja Francia) y jerárquica; incluía mujeres, era refinado y culto; participaban de él los artistas e intelectuales. Por su parte el círculo se caracterizaba por ser una práctica burguesa, novedosa, importada (de Inglaterra), igualitaria (relativamente, en comparación con el salón); sólo asistían hombres y suponía cierto nivel de grosería. En el pasaje del salón al círculo se produce un cambio de mentalidad. (Cueto, 2009, p. 236)

El círculo, según Maurice Agulhon, designa también una asociación cuyos miembros se reúnen en un local alquilado, del que comparten los gastos, para conversar, jugar, leer los periódicos (...) El círculo se ha utilizado, si bien no de inmediato, durante mucho tiempo junto a “Club” para oponer la asociación no política a la asociación política. Club en inglés es político y no político (...) el término club a la política que se necesitaría otro término para designar el órgano de una sociabilidad neutra” (Agulhon, 2009, p. 95-96). Claro está que en la ciudad de Ayacucho, al existir algunos círculos o clubes sociales notables, la élite huamanguina asistía no sólo para leer el periódico, como lo hemos dicho, sino también para discutir o dialogar sobre política nacional,

regional y sobre todo sobre los problemas locales que estaba atravesando la ciudad de Ayacucho, seguramente, comentaban en la tertulia sobre la clase indígena y sus comportamientos indecentes e incivilizados al interior de los espacios de sociabilidad y de sus bárbaras fiestas, desde su percepción. La élite huamanguina iba a los clubes para tener un momento de ocio, pero un ocio fructífero. Para, Martha Lucía Barriga Monroy, “fue precisamente la elite, la que empezó a dominar e imponer nuevas formas y modelos de vida y dominación en los usos, costumbres, distribución del espacio y del tiempo de la ciudad. Fueron las clases acomodadas las que más se extranjerizaron especialmente en el vestido, la comida, la vivienda, y las que introdujeron la música extranjera en los salones de reunión y salas de concierto”(Barriga, 2013, p. 256), es decir, en los círculos aristocráticos de la ciudad.

En la ciudad de Ayacucho, desde tiempos coloniales y republicanos, existían “sus representantes actuales, tan ilustrados y CULTOS como amantes del terruño (...)” (Bedward, 1925, p. 29), y en ella la comunidad de notables del siglo XIX organizará uno o varios clubes sociales, donde sus miembros serán los de la élite del poder local-Prefecto, Subprefecto, Alcalde, Presidente de la Corte Superior de Justicia, militares, etc. y de los miembros de la comunidad de notables-pedagogos, abogados, sacerdotes, periodistas, pequeños comerciantes, médicos, etc., quienes la integran. Y “los que no eran considerados miembros de la aristocracia (huamanguina) debían emparentarse mediante alianza matrimoniales” (Del Águila, 1997, p. 75), y así se hizo desde la colonia y la república, donde los huamanguinos (as) se casaban con miembros de la aristocracia con status y prestigio social económicamente alto. Estos lazos matrimoniales también se dieron entre los miembros de los círculos aristocráticos.

Uno de los primeros Clubes que se organiza en Ayacucho, fue para **1890**, siendo el “Club Dos de Mayo: “Este único Centro de recreos, progreso que se mantiene firme, no obstante, de que su clausura es deseada por los insistentes y morosos en el pago de las mensualidades” (*El Bien común*, Ayacucho, miércoles 2 de abril de 1890. Crónica local). De lo especificado en la última cita se infiere que los socios eran miembros de la comunidad de notables, pero que lamentablemente no cumplían con los fines del club, que animaban a otros cerrarlo, pero que no pudieron por el club representaba su segundo hogar, el espacio por excelencia de la élite. Dicho club, estaba integrado absolutamente por notables progresistas; los miembros del club contribuían con propuestas para el

avance político, social y cultural de Ayacucho; por lo que el deseo de los “morosos” no tuvo un buen fin, por el club continuo sus actividades más allá de fines del siglo XIX.

La apreciación sobre los clubs sociales, se expresaba así:

El propósito del proceso de membresía en los clubs exclusivos es distinguir quiénes somos nosotros y quiénes son los otros, la cuestión no se agota en el tema de dinero o clase sino que incluye consideraciones sobre raza/etnia, religión, género, y orientación sexual. En cualquier caso, este proceso de membresía cumple con una doble función, por un lado, la definición del nosotros y por el otro, da a los miembros un sentido de orgullo que ellos, más que otros, hayan sido elegidos. Los criterios de selección pueden dividirse, por un lado, en lo objetivo, como ser las facilidades del club, y la cantidad de miembros que éstas pueden soportar, y las necesidades financieras del mismo. (Podestá, 2009)

Por otro lado, los clubs sociales, muchas veces, “tenían sus lugares de reunión en sus casas particulares y en las de Ayuntamiento. Es de sobre conocido el florecimiento de estas tertulias, se reunían ya para hablar (...) de historia o geografía, para comentar traducciones literarias y científicas, ya para escuchar música o lecturas” (www.loslugaresdelasociabilidadennueskalsigloxviiiixix de Madariaga, 2003, p. 347).

Otro club que se fundó, fue el “9 de Diciembre”, que se **inauguró el 16 de abril de 1892**, con unas 80 personas y tuvo 43 miembros. Entonces, el Club “9 de diciembre”, es el segundo club que se forma en la ciudad capital de Ayacucho, teniendo como integrantes a los notables Rafael Galván²¹, como Presidente, Alejandro Tirado y el Juan Cavero. Ángel Cavero, perteneciente al club, manifiesto:

No, señores, no es tal su carácter: el Centro destinado a despertar y robustecer los más somáticos sentimientos del corazón, a consolidar los vínculos de la estimación y de la amistad, a agrupar y armonizar todas las buenas voluntades antes dispersas y sin cohesión alguna, centuplicando de tal modo la fuerza resultante, a engendrar el espíritu de asociación que es factor de progreso y de la ventura de los pueblos, a desterrar el cáncer del egoísmo y a proporcionar a la vez culto recreo e instrucción. (*El Debate*, Ayacucho, 22 abril de 1893. N° 115)

²¹ “Nació en la ciudad de Ayacucho, el 24 de octubre de 1831, fue hijo de don José María Galván. Se graduó de abogado en la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, a los 24 años de edad, en agosto de 1855. Fue Juez de Primera instancia en Tayacaja, en Huancavelica, Fiscal de la Corte de Junín, Fiscal de la Corte Superior de Justicia y Senador por Ayacucho en dos oportunidades, 1876 y 1882”. En 1855 fue profesor del colegio “San Ramón”; Capitán de la Guardia Nacional en 1853- En 1866 participó en la reedificación de la Catedral con el Dr. Blas Huguet y el Vicario Manuel Frías. Durante la guerra con Chile, formó un ejército de voluntarios. Apoyo económicamente a Cáceres. En 1884 fue vocal de la Corte Superior de Ayacucho (Ver, Perlacios Campos, Juna (2001) Personalidades de Huamanga pp. 110-111.).

Hay que recordar aquí que Ángel Cavero²² fue Alcalde de Huamanga, Director de la Beneficencia Pública, Presidente de la Junta Departamental, fundador del periódico *El Debate* y del Club “9 de Diciembre”. El cual tuvo su inauguración oficial, el 16 de abril de 1893. Seguramente, esto sucedió, porque el club debía inscribir a sus miembros y hacer la invitación respectiva para que la integren, en ese lapso de tiempo; es así que los miembros del poder local, se inscribieron y aportaron para que el club “9 de diciembre” pueda continuar sus actividades como también lo hizo el Club “Dos de Mayo”, en la ciudad de Ayacucho.

Desde la creación de estos clubes, la intención de la élite huamanguina, era reunir a los vecinos más selectos, aquellos que por su economía, educación y modales, podían integrar dichos círculos notables; para ellos, el Club Social “9 de diciembre”, era el lugar propicio para discutir temas sobre el progreso de la ciudad, lograr que Ayacucho salga del atraso y de la miseria en la que se encontraba desde siglos atrás; sobre todo, hacer que la clases subalterna entendiera que deberían “aprender” e “imitar” las buenas obras para bienestar de la sociedad y que ellos-los mestizos-puedan contribuir con ese progreso, mientras que los indígenas podían contribuir con su fuerza de trabajo en la construcción de carreteras, abriendo nuevos caminos, ayudando a construir puentes, colegios, etc., una misión de los miembros de los clubes sociales que lograran paulatinamente.

En estos círculos sociales la:

nueva élite compartía un mismo horizonte cultural burgués, que la diferenciaba de los sectores populares y de la población indígena. Admiraban las novedades de la cultura occidental: desde la moda en la vestimenta, hasta la tendencia literaria y musicales, Estaba al tanto de las vicisitudes de la política europea tanto por la prensa extranjera que llegaba a las ciudades, como por aquellos que viajaban al Viejo Continente a estudiar o trabajar como funcionarios consulares. Asimismo, además de los cafés y las tertulias, integraban diferentes clubes culturales que les permitieron estrechar lazos sociales y políticos (Loayza & Salinas, 2021, p. 39).

En los:

Sectores altos y medios urbanos se profundizó un proceso-Norbert Elías diría un movimiento civilizatorio-asociado al desarrollo burgués, de redefinición de la frontera entre

²² “Nació en Huamanga entre 1850 a 1860, estudió en el Colegio “San Ramón”, sus estudios superiores en la Universidad de “San Marcos”, estudió letras, Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Administrativas. Fue elegido Senador por Ayacucho en 1897, fue Rector de la Universidad de Huamanga, Vocal y Presidente de la Corte Superior, ocupó el sillón municipal como Alcalde de la ciudad” (Ver Perlacios, 2001, p. 110).

lo público y lo doméstico. Crecientemente se privatizaron ciertas funciones sociocorporales y emocionales, y la familia pasó a identificarse con un espacio de intimidad. Esto traía consigo una complejización del mundo interno de las personas, con el desarrollo de nuevos significados e interés individuales, y el abandono de una vida doméstica abierta al exterior cuyo mayor exponente era el salón aristocrático por una casa familiar de comportamientos privados. (Mannarelli & Zegarra, 2021, p. 187-188)

Como lo asegura, la historiadora, Alicia del Águila

Los clubes, si bien ya no se trata de hogares —y por eso están más a la derecha que los salones en nuestro esquema—, también tienen un carácter bastante cerrado. Ya no es uno, el dueño de la casa, el que decide la inclusión de un miembro. Sin embargo, el grupo directivo decide sobre ello en función del criterio de la exclusividad: en nuestro país, sólo la élite de los notables podía ser miembro (incluso los nuevos ricos, para poder pertenecer a esos clubes, debían legitimarse mediante los vínculos del matrimonio). Surgidos en Europa con posterioridad a los cafés, su origen fue dar cabida al *habla privada*, dentro de los mismos cafés o casas de refrigerio. Es decir, se buscaba con ello no únicamente seleccionar qué escuchar, sino a quién permitir hablar (...) Y es que a los clubes se iba no sólo, ni siquiera principalmente, a hablar de política. Se suponía que eran los lugares de confraternidad. Había juegos de billar y ajedrez y, aunque hubiera también una biblioteca, solía ser, más que nada, parte del decorado. Predominaba la moda inglesa. El tono era aristocratizante. (Del Águila, 1995, pp. 557-558)

El nacimiento de otros clubes en Ayacucho estuvo influenciado por el modelo de los clubes limeños de la época, como el Club Progresista, que nació en 1850, compuesto por ciudadanos afines a ideas liberales o progresistas, club mayormente con fines políticos. En consecuencia, lo que si estamos de acuerdo con el historiador Ulrich Mucke, es que los clubes estuvieron formados por la elite limeña y en Ayacucho, de igual forma, por miembros del poder local y comunidad de notables; al decir de Ulrich Mucke, es que:

La burguesía limeña creó asociaciones de ocio, las cuales generaron un espacio fuera de la casa particular para pasar el tiempo libre. Las dos más importantes fueron el Club Nacional y el Club de la Unión. Fueron las primeras que estuvieron íntegramente reservadas a la elite y eran el espacio donde ella se reunía. La mencionada elite comprendía tanto a los descendientes de la aristocracia colonial como a los advenedizos: una mezcla de hacendados, banqueros, comerciantes, médicos, abogados y catedráticos universitarios (...) ambos clubes fomentaron el sentido de pertenencia a un grupo social común. Ellos crearon el espacio social en donde los miembros de la recién conformada clase dominante de Lima podían encontrarse. (Mucke, 2008, p. 92)

Como lo ha expresado el historiador Ulrich Mucke, en Ayacucho paso lo mismo, los dos clubes fundados a fines del siglo XIX-“Dos de Mayo y 9 de diciembre-, tuvieron como miembros integrantes a toda la élite huamanguina; entre ellos, podemos mencionar al señor Tirado, Juan

Ignacio García de los Godos, Pedro José Flores, Pablo José Cárdenas, Pedro Crisólogo Ruiz de Castilla, José Salvador Cavero Ovalle, Rafael Velarde Álvarez, José María Hernando Velarde; entre otros vecinos notables de la ciudad. No tenemos una relación exacta de cada uno de los clubes, pero lo que sí se puede confirmar es que todos los mencionados estuvieron en dichos clubes, con ideales progresistas para Ayacucho. Lo interesante es que en el Club “9 de Diciembre”, el prestigioso notable, Ángel Cavero, al dar su discurso de inauguración, manifestó:

La instalación del Club “9 de Diciembre” es un acontecimiento que debe llenar de gusto regocijo a todos cuanto se esfuerzan por este hermoso país salga de la anémica postración en yace, anhelan ver a Ayacucho caminar con paso rápido y seguro por la vía del progreso. He aquí porque la naciente sociedad ha adoptado el nombre que lleva, ha querido que esta gloriosa efeméride simbólica no solo una fecha de imperecedero recuerdo en la historia patria. (*El Debate*, Ayacucho, 22 de abril de 1893. N° 15. “Club 9 de diciembre”, p. 2)

Como puede verse, el Club “9 de diciembre” tenía como propuesta sacar a Ayacucho de la postergación y atraso en la que se encontraba y esto solo podía –decían sus integrantes- por la vía del progreso y desarrollo económico; refiriéndose, seguramente, como era propio del discurso de la élite, interesada en cuestiones económicas y símbolos de la “civilización”, a ejecutar obras para el bienestar de la ciudadanía ayacuchana; hay que tener en cuenta, que para esta época, aún se habla del proyecto del ferrocarril para Ayacucho, de carreteras, mejoramiento de las calles de la ciudad, construcción de una cárcel, hospital, escuelas y colegios, refacción de casonas y puentes, etc. y, por supuesto, la construcción de un mercado de abasto, etc; que eran obras de prioridad para el bienestar de la sociedad y que el club contribuía a ese logro, siendo sus integrantes intermediarios entre el poder local y el propio estado peruano.

Estos clubes ayacuchanos, en su interior, tienen como finalidad la socialización entre los miembros que forman parte de “este nosotros” que da al socio un fuerte sentido de pertenencia. Como ha notado el filósofo VS Rivera, se pertenece a un nosotros al que no todos tienen acceso ni son aceptados y que siempre supone un ellos que es reconocido en calidad de otro que no se halla integrado por definición, cada uno de los cuales con una narrativa de identidad alterna y diferente, aunque cada uno relate los mismos hechos (*cf.* Rivera, 2006). Hay en el proceso de membresía, una idea de selección, que da una pauta de que adentro solo entran “los mejores”. La idea de exclusividad del club, dada por el proceso de selección de nuevos miembros y sus exigentes requisitos, se ven añadidos a la idea que tiene gran parte de la sociedad sobre el club. Pero el concepto crucial en cuanto a lo que un miembro de un club de elite gana en esta sociabilidad

privilegiada es el de capital social. El capital social tiene que ver con lo que Bourdieu (1988) asocia al tamaño de la red social que una persona puede movilizar en el caso de desearlo o necesitarlo.

El miembro de un club de elite queda dentro de unas fronteras sociales que le permite un acceso privilegiado a un sin número de recursos que trascienden el uso de ciertas instalaciones y la práctica de determinados deportes. En efecto, estos espacios al permitir aumentar el capital social, posibilitan a la vez aumentar el capital político definido este como los recursos que una persona o grupo controla y puede usar para influenciar la política pública, y también tienen un acceso privilegiado a ciertas informaciones y contactos que permiten aumentar o conservar su capital económico. Los clubes de elite también cuentan con numerosas actividades que permiten aumentar el capital cultural. (Podestá, 2009)

En este sentido, los miembros de la comunidad de notables tenían estos privilegios dentro de los clubes formados. Siendo así, que “ambas instituciones contribuyeron de manera sustancial a la imagen que la nueva clase alta tenía de sí misma” (Mucke, 2008, p. 92).

Es especialmente interesante conocer que “la vida de círculo se opone a la vida de salón como una práctica más bien burguesa a una más bien aristocrática, como una práctica nueva a una tradicional, como una práctica considerada importada (de Inglaterra) a una considerada nacional (viaja Francia), como una práctica igualitaria a una que implica una jerarquía” (Agulhon, 2009, p. 101), como la de Lima o de la ciudad de Ayacucho. Quizás los salones habían sido amplios, como lo asegura Norbert Elías, al señalar “los salones de sociedad están divididos en dos partes: En su centro, está en general, abarcando la altura de la segunda planta y, con frecuencia, adornada con columnas corintias, el gran salón, el centro de la sociabilidad (...) (Elías, 2012, p. 77) aristocrática de los ayacuchanos; en dicho salón prefectural donde se reúnen para compartir no sólo ceremonias protocolares sino también, y sobre todo, por la noche, pequeñas tertulias políticas.

Los clubes “Dos de Mayo” y el Club “9 de diciembre” parece haber mantenido el:

Buen ambiente” de antaño, llámese este, un clima cordial y tranquilo, donde los socios puedan conversar entre “iguales” con confianza, sintiéndose parte de un “nosotros” homogéneo (aunque esta homogeneidad ya no sea la misma que décadas atrás), esto en oposición a las “sombras” de la ciudad, en oposición silenciada al discurso de la identidad del alterno (o subalterno) y siempre excluido. Los clubes de elite unen a personas que tienen una buena posición en diferentes áreas, integrándose de manera tal que van formando homogeneidad social, consenso de valores, e interacción entre personas, más allá que no compartan una historia común. (Podestá, 2009)

Así, entendido, los clubes formados a fines del siglo XIX, “resultaron ser las instituciones que mejor podían representar los intereses grupales. Los círculos a los cuales pertenecía la gente

ya no estaban determinados simplemente por su familia, su profesión o su fortuna, sino también por su pertenencia a un club” (Mucke, 2008, p. 94) que llegó hacer su segundo hogar; pero, un hogar de “ocio” y de tertulias sobre temas de la realidad peruana y sobre todo, de los asuntos políticos, económicos, sociales y culturales de Ayacucho.

El **18 de abril de 1889**, en la apoteosis de los clubes, se crea el Club “Sociedad de obreros y artesanos 9 de diciembre” con la finalidad de la defensa mutua contra la amenaza de la crisis moral que atraviesa la ciudad ayacuchana, donde el periodismo informaba que existía una “crisis moral”; dicha crisis moral se daba en los carnavales y sobre todo en las fiestas populares, que se realizan en diversos barrios, durante el mes de agosto-setiembre, como en: Santa Ana, Quinuapata y Conchopata; donde la clase subalterna tenía un comportamiento “inmoral”, por lo que los miembros de los clubes sociales se encargarían de reclamar a las autoridades locales para que el carnaval y en la fiestas populares en dichos barrios logre una transformación, para hacerla más decente; objetivo logrado con el carnaval en 1926; pero no así en las fiesta patronales de los barrios, donde los mestizos e indígenas daban rienda suelta en las corridas de toros o en el exceso de las bebidas alcohólicas; en ese sentido, los clubes pedían que se saquen ordenanzas municipales para parar dichos excesos, anhelo que no se cumplió a cabalidad, porque los subalternos continuaron con lo mismo cada año, así la crisis moral no culminó con esa transformación barrial.

Por otro lado, en estos clubes, donde, se tomen algunas decisiones “políticas” para el supuesto progreso y “civilización” de Ayacucho. Y como lo confirma, el historiador Ulrich Mucke:

Los clubes en provincias fueron expresiones de las estructuras sociales de los lugares donde se fundaron. Por lo general, en los pueblos pequeños, los notables conformaban la mayoría de los clubes, un hecho que fue subrayado en muchas minutas de sesiones inaugurales. Los presentes eran descritos como todos los ciudadanos de esta población, los notables, las autoridades y notables o como los ciudadanos notables y propietarios. En algunos casos, los firmantes agregaron su cargo o rango militar, por lo que sabemos hubo párrocos, jueces de paz, alcaldes, coroneles y tenientes coroneles. (Mucke, 2008, p. 96)

Y esto fue así, la comunidad de notables y algunos miembros del poder local, fueron los que la integraron. Hay que tener en cuenta que los fundadores de los clubes sociales en Ayacucho, fueron los “notables” e intelectuales de la ciudad.

En mayo de 1923, el club “9 de diciembre”, renueva sus cargos:

Club 9 de diciembre: En la renovación de cargos que ha tenido este club, en días pasados, ha resultado ELEGIDO PRESIDENTE para el presente año. El DR. DEMETRIO GARCÍA DEL BARCO y uno de los vocales es el Dr. Faustino B. Falconí por unanimidad. (*Estandarte Católico*, lunes 31 de mayo de 1923, N° 635)

El intelectual ayacuchano, Juan José del Pino, nos informa que el club ya tenía su local propio y céntrico:

Club 9 de diciembre: Este centro social que ha cumplido ya su cincuentenario cuenta con un local propio, que es la casa de la familia Gálvez, ubicada en el Portal de la Constitución. Su actual presidente es el Dr. Fortunato Canela. (Del Pino, 1953, p. 72)

Para darnos idea de la importancia de este gran club, en 1985, se manifestaba:

El Club Nueve de diciembre, organiza en su local la fiesta del carnaval: Para el próximo sábado 16 a horas 9 p.m. la junta directiva del club social “Nueve de diciembre” de esta ciudad, viene organizando la fiesta del carnaval, la misma que estará amenizada por el grupo “América” ...los miembros de la junta directiva y de los nuevos socios que con tanto empeño y entusiasmo vienen haciendo vida institucional y social. (El Paladín, periódico local. Ayacucho, jueves 14 de febrero de 1985), en la ciudad de Ayacucho.

Mayu Mohanna, quien ha insertado diversos testimonios sobre dicho club “9 de diciembre”, nos dice:

El Club 9 de diciembre era un club de netamente ayacuchanos, gente culta, gente profesional, gente de raíces ayacuchanas, ciento por ciento. Entre ellos no más festejaban todo, cerradísimo. No podía un hijo del club llevar a una “amiguita” que no pertenecía al círculo, por mucho que sea su enamorada. Lo paro en la puerta y le decían: sabe, doctor, usted no puede entrar, pero, disculpe señorita, usted no puede entrar. Allí no se llevaba a las amantes, no llevaban a las segundas esposas, a los segundos compromisos, no había tal cosa. Si es que lo había, lo tendrían escondido “teniendo por testigo la oscuridad y el demonio”, Dora Alarcón, 58 años. (Mohanna, 2001, p. 122)

En este sentido, el Club “9 de diciembre”, era un Club exclusivo, donde los mestizos e indígenas, con su narrativa de silenciar y aun desconocer reconocimiento a los subalternos, no tenían acceso sino sólo a los considerados “blancos” urbanos; eran un club social muy cerrado donde solo los miembros de la Comunidad de notables tenían el ingreso libre.

Al decir del antropólogo Enrique González Carré:

Este sector aristocrático realizaba sus reuniones y fiestas sociales en el Club 9 de Diciembre que los agrupaba y al cual no podía pertenecer cualquier persona que no tuviera los méritos

y reconocimientos sociales, establecidos por el grupo social que lo dirigía. Pasaron varios meses para que las autoridades, los profesores y funcionarios de la Universidad fueran invitados a estas reuniones, y no fueron todos invitados sino solamente algunos y con serias restricciones de carácter social. (González, 2014, p. 101)

Esta referencia brinda por el antropólogo Enrique González Carré, resumen como en los Clubes sociales de Huamanga, no lo integraban cualquier “hijo de vecino” sino notables reconocidos socialmente; fijémonos que González Carré, está hablando de la década de los 60 del siglo XX, es decir, después de la reapertura de la UNSCH; imaginémonos como era para ingresar a estos clubes a fines del siglo XIX, cuando se formaron en la ciudad. Por otro lado, este “Club Nueve de Diciembre”, contó con su local en pleno centro de la ciudad, es decir, frente a la Plaza Mayor que hasta el día de hoy (2022) sigue funcionando; su local es alquilado para un restaurant; pero también para eventos sociales y culturales; es decir, para fiestas, reuniones y charlas, de diversas instituciones de la localidad ayacuchana.

Los clubes sociales se convierten entonces en un espacio donde los notables de Ayacucho, podían dar charlas, debates, conversatorios o simplemente ir a tomarse un café o té, almorzar o cena; pero, sobre todo, reunirse para tomar decisiones que luego serán informadas a las autoridades políticas, militares y eclesiásticas que no conforman dicho club, para que sean tomadas en cuenta a la hora de ver el progreso de Ayacucho. La aceptación de sus decisiones de los notables del club, por parte de las autoridades locales, fueron aceptadas, por amistad, por ser intelectuales con un gran status y prestigio social, por contribuían al desarrollo económico de la región con sus propuestas; pues, eran notables que lograron escalar en las esferas públicas por su educación y cultura, formados todos ellos en la Universidad Mayor de San Marcos o en la Universidad “San Antonio Abad” del Cuzco; además sus discursos de progreso, hicieron que sean escuchados.

Los clubes sociales son el escenario por antonomasia del lenguaje europeizante y opresor de las clases subalternantes; son notables e intelectuales de la ciudad, con comportamientos decentes y no “inmorales” como los subalternos; por ese motivo se consideran los paradigmas de los cambios y transformaciones que deberían operarse a los indígenas del departamento de Ayacucho, para lograr el progreso deseado.

Además, en una sociedad donde los iletrados son mayoritariamente, el grupo reducido de letrados, es:

El público que lee, no es toda la sociedad, ni mucho menos, y quienes pueden producir un escrito son menos aún (...) el público no es un pueblo (...) el público verdaderamente ilustrado versus la multitud enceguecida y ruidosa (...) la opinión de los hombres ilustrados que precede a la opinión pública y termina por dictar a esta su ley versus la opinión popular” (...) el pueblo es pueblo en todas partes, es decir, tonto, revoltoso, amante de las novedades...el pueblo tiene esta costumbre de odiar en el próximo las mismas cualidades que en él admira (...) el pueblo son los obreros y los labriegos y solo ellos, con exclusión de los hombres de leyes y de los hombres de letras, los comerciantes. (Chartier, 1991, pp. 33-42)

Este mismo pensamiento lo sostuvo Manuel Pozo al decir que:

La sociedad colonial de Huamanga, cuyos rezagos, duran hasta el día, estuvo compuesta por varios elementos: de doctores, licenciados, bachilleres, que profesaban un teolójismo ergotista y silogístico, del cual, bajo otra faz, son sucesores los abogados y los políticos; de muchas familias nobiliarias estirpes las que por la necesidad de mayor expansión social y económica abandonaron Huamanga para siempre, trasladándose, unas a Madrid y otras a Lima, a mediados del siglo XVIII; de propietarios y encomenderos, que hacían educar a sus hijos, defecto que hasta ahora subiste, en un sistemático bachillerismo palabrero. (Pozo, 1924, pp. 37-38)

Es así como el Dr. Manuel Pozo justifica que la raza española es la mejor y sus costumbres aún subsisten en la actualidad (1924). Y eso se veía reflejado en la decencia y cultura de los que integraban algunos clubes sociales en Ayacucho para fines del siglo XIX y casi todo el siglo XX.



Fiesta de la clase media acomodada de Ayacucho, donde se ve a hombres y mujeres con sus trajes elegantes para la ocasión. Década de los 40 (XX) Foto Baldomero Alejos. Foto N° 22.

En la fotografía N° 22, de la década de los 40 del siglo XX, vemos a la mayoría de los notables conjuntamente con sus señoras esposas e hijas, cuando asistieron a una fiesta organizada por su círculo. Al lado derecho, podemos ver a militares que asistieron como invitados. Todos mirando a la cámara y con sus vestimentas típicas de la época: terno negro, corbata, camisa blanca

y la presencia de las damas huamanguinas finamente vestidas, que llevan muchas de ellas un collar alrededor de su cuello y un peinado típico de la época.

Lamentablemente el “antiguo y aristocrático Club 9 de Diciembre ha perdido su exclusividad y hoy universitarios y nuevos ricos frecuentan sus instalaciones” (González, 2014, p. 102); esto confirma como dicho Club social, de acceso a personalidades sobresalientes: Catedráticos, médicos, abogados, militares, comerciante mayoristas, damas de clase media y alta económicamente hablando, poetas, periodistas, curas, empresarios, etc.; fue decayendo en prestigio, por lo tanto, como todo muta y nada es estable para siempre, los clubes sociales, también van cambiando o desapareciendo con el correr del tiempo.

Un club social de buen prestigio, fue el **Club Progreso, creado en 1911**, este fue definido como un “centro social que tiene en su seno a la mayor parte de la juventud, ha aprobado en la sección de la junta que celebró el 18, el proyecto presentado por los señores Dr. Fidel Alonso Cárdenas, José Beis y Alberto Arca, por el que se le cede a la pro-marina, el 10 % de sus rentas anuales” (*El Granito*. Ayacucho, 30 de noviembre de 1911 N° 10). Este club, es diferente, porque integra, mayormente a jóvenes; quienes serán los que ocupen cargos públicos dentro de la ciudad de Ayacucho durante la década de los 40-50 del siglo XX.

El 22 de abril de **1923**, será presidente de este prestigioso Club “Progreso”, el señor Carlos del Barco, quién tendrá como padrinos a Demetrio García del Barco y a Federico Martinelli, ambos miembros de la comunidad de notables y miembros activos de dio club cultural. Otros integrantes de dicho club eran: Salvador Segura, Artemio Añaños, Maximiliano Mendoza Quintanilla, Pedro Alva, Daniel López Castilla; todos ilustres miembros de la élite huamanguina, que lograron juntarse dentro del club para realizar tertulias por las tardes y algunas horas de la noche, con la finalidad de discutir asuntos de la vida cotidiana y los problemas que atravesaba la ciudad, dando recomendaciones y sugerencias, las cuales eran llevadas a las autoridades políticas locales, quienes eran amigos, en algunos casos parientes o integrantes del club, como lo hicieron en el pasado otros miembros de los otros clubes sociales de Ayacucho.

Según, el historiador Pavel Trigos, que para el logro de la modernidad y modernización y supuesta “civilización” que los notables exigían para Ayacucho, los clubes sociales jugaron un rol fundamental para el progreso, es así que el 24 de agosto de 1913:

Se desarrolló un meeting a las 3 y 30 de la tarde, donde participaron la mata selecta de la comunidad de notables: la Junta departamental, miembros de la municipalidad, los de la beneficencia pública, los club sociales “Nueve de diciembre”, “Progreso”, Club de tiro: “Juan Moore”, representantes del alto comercio, profesionales, el clero en pleno, colegio nacional de “San Ramón” y Seminario San Cristóbal, empleados del físico, preceptores, sociedad obrera, artesanos y jóvenes”; es así como se logra acumular una buena cantidad de dinero para realizar refacciones en la ciudad. (Trigos, 2014, p. 44)

Esto fueron las labores que cumplieron los diversos clubes sociales en la ciudad de Ayacucho.

Otro club social que se fundó en la ciudad de Ayacucho, fue la “Liga de Labor Social” en junio de 1923:

Liga de labor local: Un grupo de profesionales, industriales y obreros de la localidad, contemplando con la seriedad no contaminada de la pasión el sempiterno abulismo y atraso que nos humilla en el concierto de los pueblos progresivos, acaba de fundar la liga de labor local para hacer lograr el paso triunfador de sus ideales y aspiraciones de la ciudad. La creación de este órgano de propulsión local, señala una nueva época de la vida ayacuchana y el decidido interés con que la sociedad lo acoge, demuestra la necesidad que viene a satisfacer. (*La Abeja Ayacucho*, 26 de junio 1923, N° 132. Editorial)

Es así como la liga se pronuncia para contribuir con el supuesto progreso excluyente de Ayacucho, siendo estos notables quienes, preocupados por el acercamiento del Centenario de la Batalla de Ayacucho, desean que dicha fiesta se realice de lo mejor no sólo para los conciudadanos de la ciudad sino también para que la visiten durante la fiesta centenaria de 1924:

Con este nombre se ha fundado una sociedad cuyo objeto es trabajar por el progreso y prosperidad de nuestra localidad. Su Junta Directiva está constituida en la forma siguiente: Presidente Dr. Fortunato Canales; Vicepresidente: Dr. Juan José del Pino; Vocales: Dres. Justiniano Vidal y Recaedo Pérez Palma; Tesorero: Sr. Ángel C. Jerí; Secretario: Dres. Estanislao Amorín y Benjamín Salcedo. (*El Estandarte Católico*, Viernes 15 de junio 1923 N° 626 p. 4)

Muchos de los personajes aludidos conformaban la comunidad de notables de Ayacucho, quienes conformaron dicha liga, teniendo como finalidad lograr un avance y desarrollo del departamento, en vísperas de la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho para 1924; celebración que según los miembros de la liga de “labor social”, deberían contribuir con su desarrollo apoyando las iniciativas del alcalde, Dr. Manuel Jesús Pozo, quien manifestaba que se debería embellecer la ciudad para el Centenario; eh ahí la contribución de dicho Club social que logró el apoyo de la colectividad, para realizar una gran celebración centenaria.

A fines de **1923**, se funda la “Sociedad de Artesanos 9 de diciembre”:

La Sociedad de Artesanos “9 de diciembre”: un grupo de 30 socios fundadores de la sociedad que encabeza; se le ha presentado al Prefecto un memorial, solicitando el recojo de la imprenta por dicha institución que hoy preside don Vicente Shegelmeble; la explota en su provecho. “El Obrero” su órgano lo ha convertido en periódico político y no defensor de la clase urbana, el señor prefecto hacer las gestiones para recuperar la imprenta. (*La Abeja*, Ayacucho, 22 de setiembre de 1923. N° 136. En: Crónica local “Sociedad de Artesanos “9 d diciembre”)

Este club tuvo como miembros a los artesanos, grupo consolidado en la ciudad ayacuchana y que tenía como misión fomentar sus actividades, a través del periódico “El Obrero”, ahí ellos plasmaban todos sus ideales para la prosperidad de Ayacucho, sobre todo, en la parte artística y cultural. También se creó el Club de los Andes, cuyo presidente fue don José V. Alarcón en el año de 1928.

Otro club fue el “Circulo de Obreros Católicos”, fundado en 1930, siendo su presidente Juan de Matta Peralta y como su nombre lo indica “es una asociación de artesanos que festejan todos los años a su Patrón San José, tienen escuela nocturna, subvencionada por el Gobierno. Antes tenían un órgano de publicidad bajo distintos nombres” (Del Pino, 1953, 72).

El 30 de agosto de 1945, se funda la “Asociación de jóvenes ayacuchanos”, el cual reunía a todos los jóvenes que deseaban participar y quienes lograr la creación de un órgano de difusión de sus ideales como fue el periódico *Ayacucho*. Dicha asociación manifiesta ser apolítica y que no está al servicio de ningún partido ni facción de índole político.

AJA reúne a todos los jóvenes huamanguinos y ayacuchanos y todos los que desean entregar la cuota de su entusiasmo, de su esfuerzo y dedicación (...) AJA es apolítica...no está al servicio de ningún grupo de ni ningún partido de ninguna facción (...) AJA elogia o censura únicamente en base a la verdad. (*Ayacucho*, órgano de la Asociación de Jóvenes Ayacuchanos julio de 1948. N° 6. Editorial)

Los jóvenes ayacuchanos lograron crear dicho club social que se dedica a difundir sus propuestas de progreso para Ayacucho, viendo la pronta venida de la celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940; es así, que sus propuestas e ideales salen en su periódico llamado “Ayacucho”, el cual lograr que otros jóvenes notables logre insertar sus artículos sobre las diversas celebraciones que tenía Ayacucho durante todo el año, por ejemplo: la Semana Santa, los carnavales, la fundación de Huamanga, la romería al cementerio general de la

ciudad todos los 1 y 2 de noviembre y la fiesta del 9 de diciembre por la victoria de la Batalla de Ayacucho de 1824; estos acontecimientos, junto a otros reclamos de prosperidad para Ayacucho, son los que escriben sus miembros; y lo más importante que integrarán, para la década de los 50, señoras y señoritas de la comunidad de notables.

Para conocer que en los clubes sociales formados por la élite huamanguina era un espacio de tertulia, Maurice Agulhon, ha señalado que “en el café, como en el círculo, se lee el periódico, se juega a las cartas, al billar, al dominó, se bebe y se fuma” (Agulhon, 2009, p. 107) en los clubes de Ayacucho.

Los clubes sociales y culturales-“9 de diciembre”, “Dos de Mayo”, “Progreso”, “Liga de labor social” “Círculo de obreros católicos”, entre otros-, eran los promotores del desarrollo y progreso de la ciudad, sus tertulias al interior de sus salones, tomando un café, eran no solo momentos de “ocios” sino de pláticas amenas; las propuestas y alternativas de solución a los problemas de la ciudad eran escuchados por los miembros del poder local, quienes posteriormente las llevaban a cabo para el progreso de la sociedad.

El club social o círculo era “una reunión de hombre cuyo objeto es la lectura de los documentos públicos y los juegos de comercio. El círculo no escribe cartas, ni presenta ninguna dirección, no hace ninguna invitación ni en nombre colectivo ni a través de sus comisionados. No delibera más que sobre los temas relativos a su administración y no se juegan los juegos prohibidos por la ley” (Agulhon, 2009, p. 120); pero en Lima y en Ayacucho, era diferente, ahí se acostumbraba a dialogar sobre temas políticos, leer el periódico, como hemos dicho, a la tertulia de temas educativos, de moralidad y hasta de amor.

Finalmente, nos interrogamos ¿Por qué nacieron los clubes sociales en Ayacucho? Nacieron por diversas razones, porque era un lugar donde se podían reunir y contribuir con propuestas para el bienestar social, por otro lado, por imitación a los clubes de Lima o de Europa, como lo asegura Maurice Agulhon “cuando una práctica social bien establecida en la burguesía es reproducida en las clases populares, ¿se debe pensar que el pueblo *imita* lo que ve hacer a los notables (...)” (Agulhon, 2009, p. 151). Y eso fue así, una imitación de los clubes del interior del país, reproducidos en Ayacucho. En estos clubes sociales se entretecía el “discurso civilizatorio traza un recorrido que busca legitimar a un sector minoritario moderno y educado como emblema; pero, no

puede dejar de constatar que todavía subsisten prácticas sociales, costumbres y formas de hablar y de escribir que transportan esta guía moderna al oprobioso pasado y al peligroso pueblo” (Velázquez, 2013, p. 129). Entonces, a pesar de ser miembros cultos los que asisten a dichos clubes sociales, no dejan de ser provincianos y tienen en su alma la profunda raíces de su terruño, por eso que en algún momento estos miembros del Centro Cultural Ayacucho, así como los del club social como el Dr. Manuel Jesús Pozo, Dr. Pio Max Medina, Dr. Alfredo Parra Carreño, entre otros; insistían en escribir sobre el pasado de Ayacucho, de sus tradiciones, costumbres y de la vida cotidiana de su población, que ellos mismos observaban día a día, en una ciudad que había cumplido más de cuatrocientos años de Fundación en 1940. Entonces, coincidimos con el planteamiento del historiador Marcel Velázquez, sobre sus argumentos en el discurso civilizador por parte de la élite huamanguina que desde los clubes sociales lograron contribuir al progreso de Ayacucho.

8.6. Espacios de esparcimiento y recreación en la vida cotidiana ayacuchana.

Los espacios de esparcimiento en la vida cotidiana de un pueblo, ha sido poco estudiado; pero, el autor Roger Sue, al hablar del ocio, ha señalado, que “el fin de semana da la señal para la gran huida, para la liberación de una opresión que se ha soportado durante toda la semana. Así, el hecho de vivir en una ciudad o en su periferia induce conductas de ocio típica (Sue, 1987, p. 61). Y eso típico es el de tener “algunas actividades de esparcimiento (esencialmente las de tipo cultural) se practican en su mayoría entre los estratos superiores de la sociedad” (Sue, 1987, p. 92); pero, también de los sectores subalterno en Ayacucho, por lo tanto, esos lugares de recreación y de descanso eran acudir los fines de semana, como era común por esas épocas. Los autores, Ricardo Pérez Granados y Alejandro Mercado Villalobos, han señalado que “partir del festejo público, la propia sociedad literalmente salió a los distintos paseos urbanos las tardes de los jueves y domingos, así como los días festivos (...)” (Pérez & Mercado, 2021, p. 4). Una realidad que lo veremos en Ayacucho.

Martha Lucia Barriga Monroy, ha escrito que “los domingos y fiestas de guardar, eran estrictos días de descanso, las horas se distribuían de acuerdo a las costumbres afincadas en las prácticas sociales. Generalmente, cumplían con la misa como precepto religioso en la mañana, y después del almuerzo, hacían visitas, iban al teatro, salían a pasear, al teatro, a bailes, también

asistían a peleas de gallos, corridas de toros, carreras de caballos, y jugaban cartas entre muchas otras actividades. Debido a que estas rutinas en los días de entre semana y en los fines de semana se convertían en eventos tan repetitivos entre sí, que se sucedían día tras día y semana tras semana, sin mayor variación, las grandes celebraciones colectivas, adquirieron gran relevancia y valor dentro de la estructura del tiempo. Ellas constituyeron una ruptura a las rutinas en las jornadas capitalinas, y en ellas tenían participación los diversos grupos sociales (...) Así se estructuró el tiempo: las rutinas diarias de trabajo, reposan, descansos dominicales y fiestas de guardar, grandes celebraciones religiosas, fiestas patrias”, (Barriga, 2013, pp. 256-257), y el infaltable paseo por la Alameda Bolognesi.

Una costumbre que llegó a Ayacucho desde el extranjero fueron los descansos de fin de semana, especialmente los sábados y domingos que se convirtieron en días familiares, días de esparcimiento y de recreación para el poblador ayacuchano. En este sentido, un cambio en la vida cotidiana fue fundamental, porque cambió el ritmo de vida que tenían los pobladores de esta región, especialmente, los de la comunidad de notables, quienes impulsaron el deporte de “elite” como fue el fútbol que llegó en 1904-1905, el tenis y el basquetbol que fueron deporte de élite a sus inicios durante parte del siglo XX; deportes que se expandieron a las clases subalternas entre la década de los 20-50 (siglo XX).

Vamos a ocuparnos ahora de los espacios de esparcimiento y recreación familiar los fines de semana en Ayacucho, los ríos y pozos para bañistas.

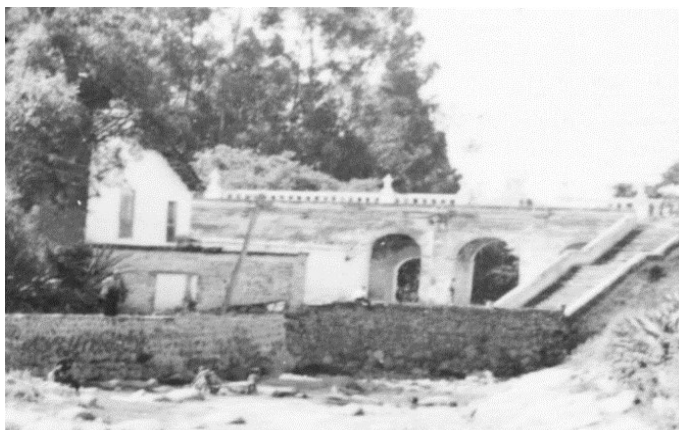
Durante la segunda mitad del siglo XIX hacia adelante una que otra información dan algunas pequeñísimas informaciones sobre dichos “pozos de baños” tipo piscinas populares, donde los niños, jóvenes y adultos acudían frecuentemente a bañarse, en tiempo de verano, tan grato era asistir a dichos pozos públicos, que, hasta el municipio, tuvo preocupación por estos espacios públicos de “aseo” y recreación. En el mismo periodo “apareció la noción de las vacaciones como cambio necesario de la actividad y de género de vida: El reposo y los beneficios de la naturaleza parecen una contrapartida del modo de vida urbano en la alternancia con el tiempo del trabajo se reconoce el tiempo de las vacaciones, es decir, de la naturaleza, de los viajes, del esparcimiento” (Fugier, 2001, pp. 229-230). Ir con la familia o con los amigos a bañarse al río o a lugares destinados para ese servicio era algo que los ayacuchanos hacían con frecuencia durante todo el

siglo XIX, acudían allí los fines de semana, las familias pudientes y también los de la clase subalternas intermedias.

En Huamanga las vacaciones se orientaron al verano, que comenzó a asociarse con la idea de las visitas al río u otro tipo de baños. En este sentido, esta costumbre de acudir a bañarse a los ríos permaneció durante todo dicho siglo; esto lo confirmamos para 1856, el **periódico *El Liberal*** informa: “Baños: La temporada es de ellos. Familias enteras se hallan diseminadas en los Yucaes, Huatatas, Santo Domingo y toda la quebrada, zambulléndose como patos” (*El Liberal*, Ayacucho, sábado 15 de noviembre de 1856: “Baños” N° 48). Esta afirmación por el periodismo nos hace “imaginar” como los ríos que se mencionan-Yucaes y Huatatas- especialmente, donde solían ir las familias en los fines de semana, son preferidos por su proximidad con la ciudad, aproximadamente a dos kilómetros a pie, ya que por estos tiempos no existía carros o buses para trasladarse; algunas familias visitaban esos lugares en las acémilas -burros, caballos- y otras simplemente a pie.

Otro río muy frecuentado por las familias ayacuchanas para bañarse y distraerse cada fin de semana, sobre todo del distrito de Carmen Alto, San Juan Bautista, Andamarca, para 1920, acudían a refrescarse al río llamado antiguamente “Huamanga Mayo” y posteriormente río “Alameda”, siendo el preferido por las familias iban masivamente a bañarse o a “lavar ropa”, como se hacía en toda la sierra sur del Perú.

En la fotografía que presentamos, podemos observar dicha escena, siendo un espacio de recreación y esparcimiento donde la familia acude, y en especial, los niños que son los que más gozan con el baño en el río, mientras su madre lava la ropa y sabanas.



Río Huamanga Mayo o Alameda, donde se observa a una madre lavando ropa y los niños gozando de las aguas, desnudos. Década de 1940. Foto: Cortesía Ministerio de Cultura Ayacucho. N° 23.

Para 1843, los viajeros que llegaron a Lima, también escribieron sobre los baños públicos para bañistas, como fue el de Chorrillos, al decir que “hombres y mujeres se bañaban juntos, pero ambos llevando vestimenta, hecha de una tela de algodón, llamada túnica, que evita toda impropiedad, tímidas damas, niños y hombres mayores a veces contrataban a un indio llamado el bañador para que cuide de ellos en el agua (...) los baños públicos fueron considerados lugares proclives a situaciones escandalosas. De allí que algunos virreyes intentaran reglamentar su uso para evitar los continuos desórdenes que se provocaban entre hombres y mujeres. Existían en la capital baños públicos-como el ubicado al final de la Alameda Nueva-donde se separaban por horas a los hombres de las mujeres. Mientras aquellos acudían en la mañana a bañarse, las mujeres lo hacían en la tarde, además los baños eran visitados por personas de distinta condición social, pudiendo encontrarse, a gente rica o notable” (Del Águila, 2012, pp. 82-83). En este sentido, observamos a que, en Ayacucho, ocurría lo mismo, es decir, iban a los baños públicos la sociedad de ambas clases sociales: notables y subalternos; sobre todo, a los ríos más cercanos de la ciudad. Como dice, Michel de Certeau, “los sábados y los domingos, los usuarios del barrio pueden experimentar diversas disposiciones de su tiempo libre. El sábado está de preferencia centrado en la diversión individual; el domingo tradicionalmente es reserva a las actividades de tipo familiar...” (De Certeau, 1999, p. 103). Y en realidad, así fue en la ciudad capital de Ayacucho entre 1850-1950.

Para confirmar lo dicho, el periódico local “La Abeja”, a decir en su columna:

La Abeja dice: que en una de las huertas del barrio de Andamarca, hay baños; diariamente van los vagos con las vagas de vida alegres con el pretexto de lavarse sus ropas; especialmente los domingos en la misma huerta se vende chicha, chupan y se bañan, jóvenes artesanos, mujeres, niñas y niños, al mismo tiempo hablan palabras groseras (*La Abeja*, Ayacucho, 10 noviembre de 1925 N° 196. Columna “Decires”)

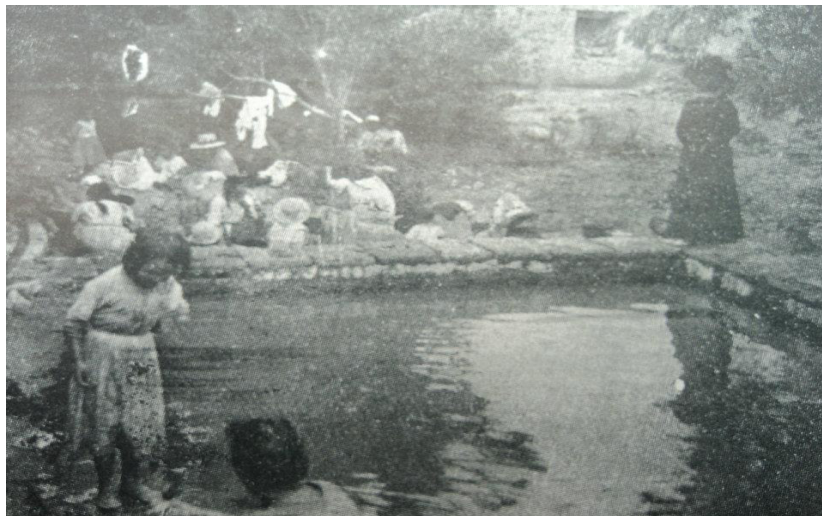
A pesar del escándalo que despertaban estos actos reñidos contra la moral; los domingos familiares fueron aprovechados también por jóvenes artesanos, que no solo iban a los baños públicos a refrescarse sino que hicieron de este lugar un espacio de “sociabilidad” y de distracción; lamentablemente, otro jóvenes, como dice el periodismo, aprovecharon este espacio para convertirlo en un lugar de “vicio”, varones y mujeres iban a beber chicha de jora, emborrachándose y dan un mal espectáculo a la vista de las familias decente que concurrían. Estos elementos, fueron identificados por la prensa como miembros de la clase subalterna; porque al ser jóvenes de familias

de notables, rápidamente el periodismo insertaba sus nombres y apellidos para el conocimiento de la sociedad y vergüenza de sus padres; lo que no sucedió, por esta época.

Durante la tercera década del siglo XX, se observa, la asistencia de las familias de clase aristocrática, a los llamados pozos para bañistas en pleno centro de la ciudad, así como el periodismo lo manifestó, sobre Santo Domingo, en 1856. El año de 1933, se ha encontrado una pequeña información archivística, donde se dice que el señor Madueño:

Denuncia la existencia de un pozo de baño, en una huerta inmediata o casa, a la pila de la calle Tambo, pues dice, que el servicio se suspende las veces que se utiliza dicho elemento para llenar el pozo i hay servicio cuando sueltan el agua del pozo, que este hecho significa un peligro para la que se sirven de esa agua, que seguramente contiene gérmenes malignos, desprendidos de personas que se bañan. Pido que se investigue. (Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 28. Ayacucho, 18 de noviembre de 1933 Folio: 23)

Con esta información, podemos confirmar y observar a través de la fotografía, que este tipo de pozos para bañistas en la ciudad de Ayacucho, en la calle Tambo (hoy “Dos de Mayo”) en donde las familias frecuentaban cotidianamente. Esta vida cotidiana del poblador ayacuchano hizo de estos baños públicos, una asistencia casi masiva.



Pozos públicos para bañistas, ubicados en la ciudad de Ayacucho por la década de los 30 (XX), donde se observa a una niña con su padre refrescándose alegremente.

En la fotografía se observa que los que asisten a estos baños públicos son mayormente niñas (os) quienes acudían a estos espacios públicos para bañarse y refrescar el cuerpo. Se notará muy claramente que estos pozos de baños públicos están hechos de pirca de piedra, la cual se llenaba de

agua limpia de la pila Tambo, de la cual sacaban sus propietarios. Para ingresar a estos pozos, seguramente, se pagaba un mínimo costo, el cual lo asumían mayormente los padres.

Para culminar con este acápite, podemos asegurar, definitivamente que estas continuidades en la tradición ayacuchana, se ha perdido para siempre, por la simple razón, de la contaminación de sus agua del río Alameda y por las rupturas en los comportamientos y conductas “decentes” que se vinieron imponiendo durante la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad; sólo nos queda la nostalgia de observar estas continuidades de costumbres que florecieron desde siglos anteriores; donde las familias disfrutaban, estos fines de semana, con mucha alegría y placer.

Vamos a terminar este capítulo con un espacio de sociabilidad para el discurso de los notables que puede parecer insólito: el chisme.

8.7. El chisme en la prensa escrita

Puede parecer extraño que, en un capítulo relativo a la proliferación de un tipo de lenguaje de dominio social, como el lenguaje relativo a la civilización y lo civilizado entre los notables, nos ocupemos ahora, como lo hemos anunciado en el título; pero el lenguaje no se localiza necesariamente en un territorio, sino que lo hace en un grupo de humanos. Desde es el nacimiento del periodismo en Ayacucho, han existido una columna muy especial; leída, comentada y criticada por todos los miembros del poder local y la comunidad de notables; pero también podemos decir que dicha lectura era leída por un sector mestizo, mientras que el sector mayoritario, como eran los indígenas, por su alto índice de analfabetismo, no tenía conocimiento de los periódicos y mucho menos de lo que ocurrían en dichas crónicas locales. Lo cierto es que la clase subalterna consciente e inconscientemente “escuchaba”, los comentarios de los letrados en voz alta, y lo divulgaban entre sus allegados en espacios que frecuentaban, sobre todo las empleadas domésticas y los empleados de las haciendas cercanas a la ciudad, donde los rumores se expandían hacia otros pueblos de la provincia de Huamanga.

En este sentido, fue la aristocracia huamanguina, la difusora de estos chismes o rumores, cuando escribían en los periódicos locales, a través de su columna denominada: “rumores”, “chismes”, “decires”, “crónica local”, etc. que llamaron la atención de sus lectores, de ahí, seguramente, la elevada venta de los periódicos en Ayacucho.

La cultura de los “rumores” se extendía por los clubes, pulperías, chicherías y la plaza principal; es decir en todos los espacios públicos y privados en Ayacucho, donde “el rumor, aparece como resultado de la necesidad de oponer lo serio-entendido como la expresión de la cultura hegemónica- y lo no serio; sin embargo, las relaciones de poder han convertido el humor en un modo de mediación destinado a reproducir las formas de arbitrariedad cultural, el humor construye procesos de solidaridad e insolidaridad; une y a la vez separa” (Infante, 2010, 76.77).

Como lo afirma Alicia Del Águila, “la bola (el rumor) era, la vía característica de la política en el siglo XIX. Una política en voz baja, entre celosías u ocultas (...) donde impera el espíritu de predominio femenino, de chismorreos”(Del Águila, 1997, p. 130), por eso al observar por las calles de la ciudad de Ayacucho, que

paseaba el profesional del chime, el *valecuatro*, zambo mete letra, decididor, mentiroso y malo, propagador de bolas y difundidor de calumnias, (...) A comienzos del siglo XX, tal vez fuera más representativo la imagen del círculo despintado en la ventana, donde la chismosa de callejón husmea la vida de los demás para contarla luego en el lavabo público (...) Lo que no se leía en los periódicos se expandía con sus más o sus menos, de boca en boca. (Del Águila, 1997, p. 132-133)

Por eso el chisme o rumor, como dice Scarlett O’Phelan Godoy, era:

en una sociedad extensamente analfabeta y con la prensa en sus albores, el rumor jugó un papel preponderante. Se divulgaban los rumores en las plazas, en las pulperías en las tiendas, a la salida de las iglesias; arrieros y viajantes trasportaban productos, pero también llevaban y traían noticias. El rumor prendía con facilidad si había bases para sostenerlo y pocos recursos para desmentirlo. Además, el rumor inicial podía sufrir impensables transformaciones al pasar de boca en boca. Es difícil definir con precisión dónde se iniciaba y dónde terminaba el rumor, sobre todo llegar a conocer quién lo manipulaba. Lo cierto es que la evidencia demuestra que los rumores eran difundidos deliberadamente, con el claro propósito de alterar el orden y generar el caos. (O’Phelan, 2005, p. 125)

Tanto el rumor o chisme, tenía ese sentido; en los periódicos ayacuchanos, por eso es que se introduce columnas de “Chismes”.

Lo cierto es que las secciones insertadas en los periódicos ayacuchanos para introducir y difundir chismes ocasionaron “unidad” y “separación” a la vez, entre los miembros de la comunidad de notables, por las opiniones, comentarios y sobre todo por las “burlas” que las contenían, ocasionaron conflictos y enemistades en lo político, social y en la vida cotidiana. Fueron un reto a la unidad del lenguaje hegemónico. Así:

El chisme, ese medio de información clandestino no podía sino ser un aspecto clave, teniendo como escenario privilegiado el entorno barrial. Keller define el chisme como un canal de difusión de información formalmente un aceptable, pero que ayuda a incrementar el acervo general de los conocimientos colectivos, En la publicidad representativa que caracteriza a las sociedades modernas occidentales, la vida de los notables, se hizo privada, dejó de tener connotación pública. El chisme o la bola (el rumor) adquieren especial relevancia en tiempos de crisis. Efectivamente, el rumor cobra más relevancia cuando las vías formales de información se encuentran obstruidas, es decir, cuando la clase política y/o el gobierno se cierran en sí mismos en momentos en que la población percibe que está necesitada de un conocimiento específico, dejando un incierto silencio que debe ser compensado por la población mediante los esfuerzos de saber algo de “boca a boca” (...) los medios de prensa daban cuenta de una vida política aparentemente fluida, pero inaccesible (...) la bola, el rumor, el chisme, como quiere decirse, era el recurso de información informal, que tenía como espacios privilegiados los del vecindario. El rumor tiene un doble faceta: por un lado, puede ser, efectivamente, un canal de información alternativo; por otro lado, sin embargo ese canal puede ser manipulado por los sujetos que controlan el poder, de tal manera que los propios sujetos, por vía oral, terminan confirmando las verdades oficiales, reproduciendo así el sistema político. El rumor es sólo un canal propio de los espacios de comunidad directa, personal, como el vecindario, el uso del mismo depende de las opciones disponibles. (Del Águila, 1997, pp. 130-133)

Los rumores eran también un modo de empoderamiento de la mujer, en este caso de la mujer de la élite de notables, como agentes de los rumores y las bolas:

Las mujeres de la elite resquebrajaban el control masculino de la vida pública, pero lo hacían con una elegancia característica. Según, un visitante, las mujeres de esta ciudad hacen pocas visitas y se conforman con mantener una comunicación verbal por medio de sus doncellas y un constante intercambio de flores, frutas y dulces. Las doncellas dedicaban las mañanas a hacer visitas de cortesía a las otras casas, donde se reunían, pasaban la información sobre los sucesos del día y se entregaban a formas ritualizadas de don a fin de consolidar los lazos sociales que existían entre las matriarcas de la ciudad. Estas también invitaban a los hombres a visitarlas en sus hogares, y utilizaban a sus huéspedes para reunir información adicional. si bien los hombres controlaban la prensa, el púlpito y otros canales de comunicación pública en Arequipa, las mujeres lograban eludirlos y establecer su propia red de información enraizada en la vida privada y basada en los rumores y los chismes” (Forment, 2012, p. 140).

Los rumores y chismes en el Perú muy posiblemente no difieren mucho de un lugar a otro y suelen ser de boca en boca, pero también la prensa fue un mecanismo importante de dicha difusión. En efecto, en su interior se insertaba columnas de tipo de rumores y chismes: las “crónicas locales”, “decires”, “picadura de la abeja” y “chismes”, secciones de información de la vida cotidiana de la sociedad de clase en Ayacucho, a través de los periódicos, hicieron que su información no solo quede comentada en casas, clubes o espacios privados sino también que “el rumor” de la noticia crecía cada vez que se visitaba los lugares de sociabilidad. Veamos ahora las

crónicas locales disponibles en los periódicos ayacuchanos en el periodo que nos interesa, de 1850 a 1950.

Comencemos por esclarecer qué se entiende por “crónica”. La “crónica tiene el antecedente etimológico en cronos, que significa tiempo, por lo que hace referencia a una narración ligada a la secuencia temporal. Sin embargo, mucho más que la información, lo importante de este género es su función interpretativa ya que la *crónica* es un texto que narra los hechos en un medio informativo con una valoración de su autor. Se puede definir como una noticia interpretada, valorada, comentada y enjuiciada; es decir, un género híbrido entre los interpretativos y los informativos o que se encuentra entre el límite entre los informativos y los de opinión. Se trata de un texto que intenta reflejar lo acaecido entre dos fechas, de ahí le viene su origen etimológico, y además forma parte de un grupo de géneros que se denomina para la interpretación periodística por encuadrarse dentro del marco referencial el “mundo del relato” (Yanes, 2002).

Pongamos por ejemplo el periódico *El Patriota de Ayacucho* de 1860; a pesar de que no lleva el rotulo de “crónica local”, el director de dicho periódico titula la sección de chismes “El Inspector”; allí se menciona hechos cotidianos que se dan en la pequeña ciudad capital del departamento, como las siguientes noticias “el cura de la Magdalena reclama limpieza de su iglesia al exterior donde deambulan perros” o “desórdenes de la gendarmería, salen los soldados de la policía en compañía de las rabonas o amorosas a cometer las mayores atrocidades animadas por la crápula. Si estos individuos que están destinados a ser la guarda y custodia del pueblo ¿Por qué uno que tiene tales atributos debe respetar la persona y derechos de otros?, espero, que el administrador del departamento, aplique el merecido castigo” (*El Patriota de Ayacucho*, sábado 27 enero de 1860 N° 24. Columna “El Inspector”. p. 2).

La crónica local periodística, se vuelva en una columna no solo de distracción y de conocimiento de los que ocurren en la vida cotidiana al interior de la ciudad capital ayacuchana, sino que es una “crónica” de reclamos y de llamadas de “atención” a las autoridades locales. Así, “el cronista tienen la misión de informar sobre lo sucedido, de contarlo, pero a diferencia de la noticia, lo comenta desde su punto de vista” (Yanes, 2002). Otro periódico ayacuchano que utiliza dicha columna, es “El Mensajero”, quien la titula “Crónica” (Columna) y el director dice, el porqué de colocarle dicho nombre:

Hemos adoptado este título para una sección del “Mensajero” en que nos proponemos tratar sobre las necesidades del departamento que más se dejan sentir y sobre los sucesos tanto externos como locales, que ofrezcan algún interés público. (*El Mensajero*, periódico popular su lema “Moralidad, Patria y Libertad”. Ayacucho, jueves 8 de enero de 1863 N° 1. Crónica (Columna))

Es así como el director del “Mensajero” aclara el panorama, manifestando que no solo dará espacio a noticias de interés local sino también a otras noticias externas, refiriéndose a que hay noticias insertadas del exterior, como de Estados Unidos, México, etc.; la lectoría tendría no solo noticias nacionales, regionales o locales sino noticias internacionales, una loable labor, que el dicho periódico entregaba a la sociedad de clases para que estén “actualizados” sobre lo que ocurría en el “mundo”. Lo interesante en todo esto, es que el mismo columnista, no solo daba la noticia, sino, que la comentaba; y muchas veces daba su propia opinión en forma sarcástica.

Durante todo el siglo XIX, los periódicos ayacuchanos, optaron por insertar la columna antedicha al interior de su periódico, porque era la sección más leída y comentada por la sociedad de clases en la ciudad capital. De ahí que la comunidad de notables a fines del siglo lleve un periódico, para leerlo, comentarlo y criticarlos al interior de su casa, institución o en los clubes formados. Es en estos espacios de sociabilidad donde los notables ayacuchanos lograrían las grandes tertulias junto a su café o té, pero leyendo el periódico local y sobre todo, las crónica locales, insertadas en periódicos, como: *El Mensajero*, *Prospecto de El Dos de Mayo* (1875), *La Independencia* (1865), *El ayacuchano* (1874); *El periodismo* (1871), *La voz del centro* (1894), *El Liberal* (1856), entre otros periódicos que eran leídos por estos personajes notables de la ciudad de Ayacucho. Estas columna era escrita muchas veces por un periodista anónimo, quien lanzaba desde su “crónica” duras críticas a las autoridades locales o algún miembro de la comunidad de notables. Esta columna subsistirá durante el siglo XX a través de nuevos periódicos que salieron a luz pública, como: *El Estandarte Católico*, *La Abeja*, *La Hormiga*, *La Sierra*, *El Paladín*, *El Pueblo*, etc. donde se tocaban temas locales, de interés general, como : “La vagancia de los menores de edad en Ayacucho” en 1923, o noticias como “El nuevo Ministro de Fomento” o las populares “notas sociales” que hemos vista anteriormente sobre matrimonios, cumpleaños, defunciones, bautizos, etc. de los notables de la ciudad de Ayacucho. En este sentido, las “crónicas locales” fueron las más famosas de la época de la segunda mitad del siglo XIX hasta 1950.

Veamos ahora el tema del chisme en una columna llena de rumores del periódico *Sierra* de 1930.

Al estilo de una “crónica local”, el periódico *Sierra*, editado y publicado en Lima, ve la luz por primera vez, en enero de 1936, en su número 1, manifiesta que las noticias del regionalismo estarán seguras y que “Sierra”, lleva dicho nombre, porque es la cuna donde la juventud fajardina nació. Estos jóvenes residentes son los que financiarán su edición quincenal, donde sus columnas informarán sobre los problemas más resaltantes de la provincia de Cangallo y de los últimos adelantos, con un criterio regional y su verdadera finalidad será, dicen, la defensa del indio; pero también habrá noticias de la ciudad capital de Ayacucho. En la quincena de mayo de 1936 en su N° 5, recién sale la columna “Chisme” y “sociales”. Pero la columna que analizaremos será “Chismes”, a pesar que en su editorial no dice nada del porqué del nombre y porque saldrá, lo interesante es que hablara sobre asunto político que suceden tanto en Lima como en Ayacucho, sobre todo en su provincia, por ejemplo:

Se dice que los miembros de la mayoría parlamentaria del departamento persiguen su reelección con ahínco y tenacidad nunca visto. - Se dice, que enorme mayoría del electorado departamental es opuesta, por razones doctrinarias. -Se dice, que los pueblos del departamento confían en el gobierno actual ha de dar, como el de 1931, amplias garantías para que se realicen elecciones legales y de verdad. (Sierra, Vocero departamental ayacuchano. Quincenario informativo, literario y regionalista. 1° quincena de mayo de 1936. N° 1. “Chismes” p. 4)

Es así como da inicio a la información de “chisme” políticos “Sierra”, interesante, porque nos cuenta lo que ocurría en Lima, y, sobre todo, del pensamiento político de la época, en el departamento ayacuchano (Cangallo), a donde debería circular el periódico y en la ciudad capital del departamento. En la siguiente quincena del mes de mayo; Sierra, “chismoseaba” lo siguiente: Se dice, que en su propósito de realizar el fraude electoral a su favor, van influyendo en el nombramiento de autoridades electorales y políticas, adictas a su causa inmoral e impopular” (Sierra, 2° quincena de mayo de 1936. N° 6. p. 4).

Nos preguntamos ¿de quién estaba hablando? Sencillamente de dos candidatos al parlamento por Ayacucho, como eran, el señor José Parodi y Humberto Giles Ortega, quienes habían sido denunciados por malos manejos en el Comité Pro desocupados de Ayacucho y el *Sierra*, era uno de esos periódicos que los había denunciado, “periodísticamente” hablando, para

que rindan cuenta; de lo contrario, la población- decían- que no los apoyaría, y que era necesario apoyar a los candidatos por Ayacucho, Dr. Alberto Arca Parró y Alejandro Carrillo Rocha. Aquí se observa, que la columna esta parcializada.

Es así como la columna “chisme” se hizo popular en la vida social y cotidiana de los habitantes de la sociedad de clases que no solo la compraban o esperaban su llegada desde Lima, a través de un ómnibus que traía la noticia vía carretera La Mejorada desde Huancayo hacia Ayacucho. Esta sección continuó con sus “chismes” en 1941, al publicar: “Se dice, en Lima, que se nombrara a muchos candidatos a la senaduría vacante de Ayacucho, a las diputaciones de Huamanga y Parinacochas, con motivo de las próximas elecciones parciales, que, se asegura, han de efectuarse este año, en varias provincias de la república. Pero en el caso del departamento de Ayacucho, se designa a personas extrañas a la región, que, necesariamente, han de ser rechazadas, de plano pro la ciudadanía” (*Sierra*, Lima, 1º quincena enero de 1941 p. central).

La ciudad con el tiempo se vio “bordeada por tiendas y todas las semanas se hace allí el mercado; es también el lugar en donde, durante buen tiempo, los jornaleros se reúnen a diario (...) y donde, los domingos, charlan un rato...” (Aries, 2001, p. 514) frente a las pulperías y sobre todo ante la mirada del pulpero que todo lo quería oír o ver, para luego, “chismosear” a sus clientes más cercanos. Concluimos en decir que “la cultura plebeya es la propia del pueblo, consolida las costumbres que sirven a los intereses del propio pueblo; las tabernas son suyas, las ferias son suyas” (Thompson, 1995, p. 25), las pulperías son suyas, hasta las plazas para diversión son suyas, nada se puede hacer con las costumbres del pueblo y eso es lo que ocurre en la ciudad ayacuchana de estos tiempos.

Con el tiempo, las columnas “Crónicas local”, “Decires” y “Chismes”, que se leía en las pulperías o se comentaba en voz alta allí entre el pueblo, se convirtieron en las secciones más esperadas por los lectores de la élite; estas continuidades en la información de los periódicos locales, serán los que le den mayor atracción a los periódicos, por lo tanto, comentadas, leídas, criticadas y sobre todo comentadas, en los diversos espacios de sociabilidad, era, pues, la “chismelología” de lo que ocurrían en la vida cotidiana al interior de la ciudad, sea política, económica, social o cultural; lo que sí, podemos confirmar, es que tuvo su impacto a nivel local y regional.

Según Marcel Velázquez,

en la visión del viajero destaca la pasión por la apariencia exterior de las limeñas y él repite las antiguas imágenes: la vanidad y la manía de adornarse llegan hasta el colmo en las mujeres de Lima, suelen endeudarse gravemente solo para conseguir objetos de lujo. Esta naturaleza suizo describe a la mujer que envejece sale del juego amoroso y se refugia en los rezos y los chismes. Las beatas dirigen el aguijón envenenado del chisme contra todo lo que se ponga a su alcance. (Velázquez, 2013, p. 157-158)

En conclusión, según Pablo Whipple, “el chisme y la difamación estaban íntimamente logados a la crítica y jugaron un papel fundamental en la difusión del disentimiento, puesto que eran la forma mediante la cual los escritos ilegales lograban alcanzar un público más amplio” (Whipple, 2021, p. 75). Por lo que en Ayacucho, a través de la prensa escrita,

La sátira era una manera de expresar disconformidad, al mismo tiempo que confrontaba la idea colonial de publicidad y su protección de la moralidad, al hacer visible el comportamiento INDECENTE sin temer por escándalo o promoviéndolo. La imagen satírica de la sociedad produce efectos de carácter negativo al revelar, mediante la comicidad y la desmesura, el desfase producido entre la realidad y lo a ella e le exige. (Whipple, 2021, p. 76)

No deseo concluir este acápite, sin manifestar, que si bien los notables de Ayacucho tenían una percepción negativa de los subalternos que vivían en la ciudad, considerados sus actitudes y comportamientos como “indecentes” o “inmorales” según el espacio de sociabilidad donde acudían; no es para menos, el comportamiento de un sector de la élite, que publicaban en la columna remitidos, de la prensa decimonónica, ya que está élite huamanguina ilustrada, no sólo podía costear el anuncio sino porque muchos de ellos escribían en determinado periódico, donde demostraba su “decencia” y buen vocabulario; no fue así, en algunos casos, sino que se utilizó dichos “remitidos”, para “insultarse y darse acusaciones “que no concordaban con el comportamiento que se esperaba de la gente decente, generándose así una “orgía periodística” de lo cotidiano” (Whipple, 2021, p. 89). Entonces, podemos manifestar que el nivel cultural y comportamientos de la élite huamanguino tuvieron sus altibajos. En lo referente a Lima, sobre, lo manifestado, el historiador de la república, Jorge Basadre, la denominó la “literatura del asco; es decir que, para Basadre, “la prensa peruana fue la “más vulgar del continente” (Whipple, 2021, p. 71).

En conclusión, las columnas de chismes o rumores o llamados “decideres”, quedo plasmada en los periódicos locales, consumida por la élite, expectante de saber que vendría en el próximo número del periódico; entonces, el discurso del chisme tuvo su punto de consumo entre 1930 a 1950 en Ayacucho.

Veamos ahora, ya conocidos los espacios de sociabilidad de las élites y las clases subalternas relativos a la reunión y el esparcimiento, la clase de prácticas de identidad y reconocimiento que generaron más polémica: los locales alcohólicos y la cultura taurina.

CAPÍTULO 9

Entre tragos: los espacios de “vicio”

9.1. Introducción

Como bien lo ha identificado Humberto Solares Serrano “el objetivo de proporcionar a la aldea un aire de “ciudad civilizada”, encuentra su mejor argumento en radicalizar la oposición entre chicherías e higiene urbana, hecho que periódicamente se esgrime para ir despejando las zonas centrales de tales establecimientos (...) Sin embargo no se perseguía la extinción del comercio de la chicha sino su alejamiento de escenarios urbanos que se desean recuperar para el gusto europeizante de la oligarquía criolla” (Solares, 1992, p. 296).

La prensa de la época si bien resumía la problemática urbana con los mismos ingredientes que participaban de las necesidades aldeanas decimonónicas y que quedaban tipificadas como la prolongación de un largo rutinarismo; comenzaba a alimentar una figura alegórica de cambios, identificada con la llegada del ferrocarril, brioso símbolo del progreso, que prometía abundancia y solución a todos los problemas, a la manera de los cuentos de hadas. Sin embargo, *estos* ideales de cambio no consolidaban una imagen urbana de la modernidad a la que se aspiraba. (Solares, 1992, p. 299)

Claro estaba en la ciudad de Ayacucho, si bien la prensa decimonónica denunciaba la falta de progreso, esta no sucedió porque la modernidad no se realizó en su totalidad, un ejemplo de esto en Ayacucho es que nunca llegó el ansiado ferrocarril, quedándose como un proyecto frustrado.

Con las reformas borbónicas en el Perú, que introdujeron la distinción entre la cultura de las élites y la cultura popular, casi todo fue transformado, especialmente los espacios públicos que el proyecto ilustrado planteaba, la finalidad era despojar algunas “malas costumbres” encontradas en la capital limeña y por supuesto, en otras ciudades del territorio peruano. La mentalidad moderna e ilustrada que vino bajo el régimen de Carlos II fue nefasta para la preservación de las identidades andinas; los administradores borbónicos calificarán las prácticas sociales de identidad andina como “bárbaras” y “incivilizadas”, hábitos cotidianos que deberían ser transformados o en todo caso “eliminados”, como el vicio al trago, a la chicha, aguardiente, etc. o al juego de naipes, dados, etc. e implantar nuevos modales y espacios públicos “decentes” y “cultos” en todo el Perú. Según, Rocío Flórez:

La reforma de las costumbres fue diseñada teniendo en consideración principios ilustrados que estaban en boga a fines del siglo XVIII. Las fiestas populares del barroco, donde

participaban todos los estratos, incluidos indios y negros, se caracterizaban por ser un evento popular donde la gente bebía licor y corría frenéticamente por las calles. (Flórez, 2005, p. 162)

La finalidad de desterrar los “vicios malditos” de todo el territorio e incorporar nuevos hábitos donde la población y sobre todo los “decentes y cultos” puedan recrearse o disfrutar de un espectáculo sano y agradable se relaciona con esta aversión a lo popular y al pueblo típica de la Ilustración.

El proyecto social borbónico se concentraba en el control de los espacios públicos y la homogeneización del lenguaje y las prácticas culturales y buscaba imponer el control municipal sobre los espacios públicos economías informales y las ceremonias descontroladas. Según Charles Walker, se buscaba “librar las ciudades de las supersticiones, el crimen y el vicio; y atender el control sobre las formas de organización familiar, las prácticas sexuales y la instrucción moral y de higiene”. “Los borbones intentaron –agrega Walker en otro sitio- reorganizar las vías públicas de las ciudades y tomar su control. Mejorando el trazado de las calles y los letreros con su nombre; reglamentaron las corridas de toros, las peleas de gallos y la ingestión de bebidas alcohólicas en público” (Walker, 2007, pp. 108-109). Según Gabriel Ramón, “...la ciudad fue dividida en cuatro cuarteles, compuestos de diez barrios cada uno (...) las calles de todos los barrios debían ostentar claramente sus nombres y cada casa tendría asignado su número particular” (Ramón, 1999, p. 309).

En este sentido, las reformas borbónicas fueron el eje y motor del cambio de muchas costumbres ancestrales que fueron modificadas y en algunos casos prohibidas. Este es el origen último del divorcio entre los notables y la cultura e identidad popular. Hemos tenido que insertar la alusión de estas medidas de transformación en las ciudades, porque veremos en el transcurso de la investigación como los espacios públicos y las diversiones sociales en la ciudad de Ayacucho, también fueron reglamentadas. Por otro lado, definiremos someramente lo que significa espacio público para tener mayor conocimiento de lo que se va a insertar como espacios de socialización o sociabilidad en la pequeña urbe ayacuchana del siglo XIX y XX. Según, Pablo Vega, dice que

El concepto de espacio público, como señala Borja, supone un dominio público, uso social colectivo y multifuncionalidad. La referencia al uso social colectivo suele asociarse a la presencia de grandes aglomeraciones humanas en escenarios urbanos gestionados por autoridades públicas, por ejemplo, en manifestaciones políticas o festividades colectivas o en multiplicidad de actividades que ocurren de manera paralela. Esta ocupación de los lugares puede ser el resultado de diferentes acciones llevadas a cabo por los habitantes y

por ello se suele insistir mucho en el carácter multi-funciones del espacio público. (Vega, 2006, p. 7)

Mientras que Alicia del Águila, manifiesta que “la noción de espacio es útil para entender el orden social” (Del Águila, 1997, p. 27). El filósofo VS. Rivera indica que el espacio indica las pautas de la vida social, incluso en sus aspectos de pertenencia e identidad (Rivera, 2021, pp. 118-120).

Igor Goicovic Donoso, comenta que

No cabe duda que es la sociedad tradicional la que diseña, constituye y expande las formas de sociabilidad popular que dan sentido a las intervenciones sociales y a las representaciones que los sujetos le otorgan a las mismas. Son, precisamente, la vivienda, la calle, la iglesia, y la chingana, los ámbitos en los cuales palpita y discurre la sociabilidad popular. De la misma manera, fue en ellos donde los sujetos populares definieron y desplegaron sus estrategias de subsistencia y, en consecuencia, en ellos se generaron los soportes materiales sobre los cuales descansó la estructura laboral del *bajo pueblo*: campesinos, peones, mineros, comerciantes. Por último, es éste, a su vez, el espacio en el cual se desarrollaron y enfrentaron las clases y segmentos de clase surgidos de este complejo entramado social. (Goicovic, 2005, pp. 13-14)

Como lo manifiesta Michel de Certeau, “el espacio es un lugar practicado. De esta forma, la calle...se transforma en espacio por intervención de los caminantes. Igualmente, la lectura es el espacio producido por la práctica del lugar que constituye un sistema de signo: un escrito” (De Certeau, 2000, p. 129). Son en estos espacios donde las diversiones públicas también se llevarán a cabo, como los carnavales, las fiestas patrias, desfiles, marchas, protestas, conciertos, etc. Mientras que otros espacios públicos, como la taberna, las chicherías, chinganas, serán considerados espacios de vicio; la Alameda, la Plaza Mayor, los ríos, plazoletas, la plaza de toros, coliseo de gallos, cine etc., considerados lugares de recreación y entretenimientos; en fin son estos lugares de diversión los que nos permitirán comprender mejor la vida cotidiana del poblador ayacuchano durante el siglo XIX y XX, tomando como referencia algunos informe de investigación de historia y por supuesto a la prensa local para mayor objetividad de lo que planteamos en nuestra tesis doctoral. Los espacios de vicio son, en la mentalidad del discurso hegemónico, espacios populares, espacios bárbaros que es agenda eliminar y exterminar, con mayor razón si las clases subalternas se identifican con eso como su cultura.

De todas formas, en Ayacucho, para los de la élite notable, como dice Gilberto Loayza Cano,

El pueblo fue, en fin, para las élites de la época, un sujeto social y político incómodo al que se apeló con ambivalencia y temor; según el humor de las circunstancias, aquellas élites hablaron de “la guacherna”, “la canalla”, “los artesanos”, “el populacho”, “el pueblo”, “las masas”. La denominación *pueblo artesano* es, por tanto, una designación aproximada de los sectores populares que participaron activamente en la política republicana; sectores populares que constituían un universo social y étnico abigarrado (...) El pueblo fue asimilando y reelaborando su propia versión de la política republicana; ese *pueblo republicano* también fue construyendo su propia élite, su núcleo más expresivo, visible y lúcido: abogados autodidactas, pequeños funcionarios públicos locales, los artesanos y, entre estos, especialmente los impresores, los sastres y ebanistas. Ese pueblo republicano se asociaba y deliberaba en galleras y cafés, tiendas, chicherías y pulperías. (Loayza, 2011, p. 45)

Eduardo Kingman Garcés, ha indicado que

Pese a los esfuerzos civilizatorios del estado y la iglesia, desarrollados desde la segunda mitad del siglo XIX y orientados a generar separaciones sociales y culturales, la cultura popular siguió teniendo un peso significativo en la vida cotidiana hasta avanzado el siglo XX. Cuando hablamos de cultura popular nos referimos a un espacio de producción, circulación y consumo que atravesaba a distintas clases, etnias y grupos sociales, aunque no necesariamente haya sido vivida del mismo modo por todos. A pesar de las fronteras étnicas, sociales y de género bajo determinadas circunstancias no sólo se daba lugar a la reproducción del espíritu de la plaza pública, sino que la gente reinventaba constantemente sus imaginarios y formas de representación, a partir de elementos tomados de dos y más mundos. Existían aún elementos de una cultura en común y, al mismo tiempo, distintas vivencias con relación a ella, de acuerdo a la posición que se ocupaba en el orden jerárquico. La necesidad de marcar los espacios sociales y físicos a partir de criterios de *ornato*, distinción y decencia se hacía presente en todos los aspectos de la cultura ciudadana. Con la modernidad temprana se profundizaron los conflictos entre esa cultura y el mundo indígena y popular. (Kingman, 2009, p. 48)

Estamos hablando de un momento relativamente largo de permanencias y mutaciones culturales (con sus idas y venidas, retrocesos y avances, repeticiones y cambios) en los que la ciudad al mismo tiempo que intenta blanquearse, se mestizaba siguiendo los patrones del mundo andino. Las chicherías, por ejemplo, estaban presentes, como ámbitos de socialización indígena, dirigidos por mujeres, en zonas cercanas a lo que para ese entonces se consideraba el centro simbólico de la ciudad blanca” (Kingman, 2009, p. 50).

Y en pueblos como el de la ciudad de Ayacucho, donde se concentraba todo el poder político de la región, era obvio, que “los indígenas acudían a la ciudad por temporadas a trabajar como peones en las construcciones y obras públicas, o como cargadores. En “oficios de indios”, como se decía de manera naturalizada. Algunos de ellos habían sido incorporados a la ciudad o

estaban en proceso de serlo, pero sus costumbres y formas de vida tenían aún mucho de campesinas” (Kingman, 2009, p. 55). En ese sentido,

La ciudad permitía, aún en el contexto de un sistema de relaciones y valores estamentales y jerárquicos, una cierta movilidad social y cultural. Aunque lo dominante era la oposición binaria que separaba lo blanco de lo indio, lo negro y lo cholo, en la vida social existían muchos procesos dinámicos (...) Dentro de los sectores subalternos existían diferencias de acuerdo con sus actividades, así como por su ubicación en el campo social y su condición de género: no era igual la situación de un indígena, un mestizo o un blanco venido a menos, o de un hombre y una mujer, aunque tuvieran igual fortuna. Los sectores populares se diferenciaban tanto por sus oficios como por su adscripción étnica o racial (el oficio de maestro albañil, por ejemplo, era propio de indios, mientras que los panaderos o los peluqueros eran, por lo general, mestizos, igualmente la servidumbre estaba formada sobre todo por mujeres) Otro elemento que diferenciaba a los sectores populares era su mayor o menor grado de autonomía con respecto a las elites. (Kingman, 2009, p. 56)

Y finalmente,

En la vida cotidiana de la primera mitad del siglo XX se daba una tensión entre una sociabilidad popular con la que muchas veces se veía comprometida la elite y los sectores medios y una necesidad moderna de excluirla y al mismo tiempo disciplinarla. No hay que perder de vista que existía una cultura hegemónica cuyo peso se expresaba al momento de las “decisiones nacionales” así como en la diferenciación entre lo público y lo no-público. Se trataba de sentidos incorporados relacionados con la decencia y el buen gusto, que condicionaba al conjunto de la población, pero estos se veían matizados en la vida cotidiana por otros elementos, provenientes de una cultura popular tradicional, que se desarrollaba sobre todo (aunque no exclusivamente) en el interior de los sectores populares. Lo público concebido como lugar de todos era y es una ficción. No existía ni existe, más que como representación relacionada con los espacios y símbolos patrios o los símbolos religiosos. Se podría decir que se vivían procesos contrapuestos. Por un lado existían puntos de encuentro y por otro de diferenciación. La propia elite había contribuido a reproducir elementos de una cultura en común, como parte de su proyecto hegemónico, sobre todo relacionado con la nación y con la religión, pero por otro lado esa misma elite desarrollaba criterios de distinción (en el sentido de Bourdieu, 1991) basados en puntos de vista civilizatorios. La cultura popular urbana se reproducía entre los sectores populares (aunque no exclusivamente entre ellos ya que otros sectores compartían algunos de sus códigos). Esa cultura era el resultado de la urbanización pero estaba, al mismo tiempo, estrechamente relacionada con un mundo originado en el campo. Lo que se dio desde finales del siglo XIX, pero sobre todo en la primera mitad del siglo XX, fue una creciente incorporación de esos sectores a consumos urbanos, que no por eso dejaban de ser consumos populares. (Kingman, 2009, pp. 63-64)

Por supuesto, que el aprendizaje de los mestizos e indígenas de la ciudad de Ayacucho, tuvieron esos ingredientes, es decir, se urbanizaron, se modernizaron, se volvieron con el correr del tiempo parte de la comunidad de notables; y así, la ciudad señorial de Huamanga (Ayacucho) se convertía, en lo que han manifestado viajeros extranjeros y peruanos como intelectuales que han

escrito sobre la historia, costumbres, tradiciones y vida cotidiana en que dicha ciudad se volvió mestiza, más que indígena.

Como lo asegura, el estudio de Ana María Zubieta, “mientras la ciudad se asimila, por lo general, con ir al trabajo y las obligaciones, en el límite extremo el barrio es la posibilidad del ocio y el placer: en él se brinda un máximo de tiempo en un mínimo de espacio, como cuando el caminante recorre las calles barriales impregnadas de imágenes de la infancia, romas, relatos (memoria oral de los vecinos), y recuerdos, sin ir a ningún lado en especial” (Zubieta, 2000, p. 94). Y eso era el barrio, donde algunos de sus habitantes acudía a esos espacios de “vicios”, llámese pulperías, chinganas o chicherías, acudían ahí para gozar del placer del trago-aguardiente y la chicha-y el gozo de sus mujeres que atendían en el lugar. A la mirada de las clase notable de la ciudad ayacuchana

Les desniegan la posibilidad de considerarse en tanto cultura, y afirman sus propias pautas culturales como superiores y únicas fuentes desde donde juzgar la inclusión o exclusión del ámbito de lo cultural. Si, por un lado, la cultura popular es vista como “peligrosa”, por otro, y como contracara obligada, se le considera “simple” y se le adjudica la bondad que se cree propia de lo “natural”. El discurso etnográfico de clase reenvía a las clases populares a la “barbarie” o a la “naturaleza”. Son hombres pero de otro modo, es decir, siempre un poco menos que nosotros. Es un verdadero racismo de clase que se establece en una sociedad estratificada (Zubieta, 2000, p. 100) como la de Ayacucho.

Y son estos nuevos habitantes de la primera mitad del siglo XX, quienes acudirán esos espacios de vicios, de espectáculos, de jarana, de fiesta popular en los barrios cercano a la ciudad y por su puesto a las chicherías, chinganas y a los juegos de dados, naipes y porque no decirlo, al burdel ciudadano.

9.2. Los vicios y la subalternidad

Hay que tener en cuenta, que los espacios públicos de “vicios”, de espectáculos o de diversiones, se llevan a cabo también en el barrio, que “es algo muy distinto de un espacio geográfico: es un medio autónomo que reacciona según sus reglas y leyes, un lugar en el que cada cual vive a la vista de los demás y se ve cómo vive el semejante. Varias autoridades velan por el barrio: el comisario principal y sus colaboradores, y al mismo tiempo, el párroco. Son personalidades morales de mucha importancia, garantes del orden y de la caridad: a ellos se acude en busca de autoridad y de comprensión, de severidad o de indulgencia. Marcan el barrio con su

presencia enterada y están a disposición de todos” (Aries, 2001, pp. 539-540). Entonces, según Certeau:

El barrio es el espacio de elección (...) allí se evidencian las prácticas culturales de los usuarios de la ciudad. Es la tierra elegida para la escenificación de la vida cotidiana; la vida cotidiana se articula en el barrio en dos estratos: Los comportamientos, cuyo funcionamiento se explicita en el espacio social de la calle y se traduce como maneras de vestirse, códigos de cortesía; y los beneficios simbólicos, que surgen a partir de la manera en cada individuo se presenta en el espacio barrial. El barrio se enraíza en una tradición cultural, no siempre consciente y aparecen de manera fragmentada en la marcha y en la manera en que se usa el espacio público (paseos, comercio, plazas, etc.) son prácticas culturales, que se definen como un conjunto de elementos cotidianos concretos, por ejemplo, la confección de un menú en una casa familiar o ideológicos (religiosos, políticos) dados por una tradición (familiar, grupal) y reactualizados día a día a través de comportamientos que vuelven visible socialmente los fragmentos de este dispositivo cultural; el barrio es un dominio del entorno puesto que es para el usuario una porción conocida del espacio urbano en la que, se sabe reconocido. El barrio puede entonces entenderse como esa porción del espacio público en general. (De Certeau, 2000, pp. 6-7)

Según estas definiciones y características, el barrio se convierte en el lugar favorito de los indígenas de la ciudad de Ayacucho para acudir a las cantinas y chicherías, mayormente para divertirse y gozar, asumiendo un rol protagónico en la vida cotidiana de su propio espacio social. El barrio es el lugar de sociabilidad, de socialización y sobre todo espacio de “vicio” donde todos se conocen y todos se divierten (De Certeau, 2000, p. 9). Los barrios del siglo XIX, en la ciudad capital de Ayacucho, son, pues, todo lo manifestado líneas arriba, donde los vecinos de Carmen Alto, San Juan Bautista, Santa Ana, Andamarca, Conchopata, San Sebastián, Maravillas, La Magdalena, etc. son los que imponen sus propias reglas de comportamientos, sus festividades y celebraciones, sus aniversarios, sus propios carnavales, etc. es decir, que son ellos los que transforman dicho espacio público.

José María Blanco, quién acompañó al Presidente de la República Peruana, Don Luis José Obregoso en su marcha a los departamentos del Sur, en especial, al de Ayacucho, para noviembre de 1834, en unos de sus párrafos comentaba:

(...) Tiene ésta (Ayacucho) como todas las ciudades sus usos y costumbres singulares. En sus diversiones y fiestas públicas bailan los indígenas de Huilias, Danzantes, Panalibios y Diablos. (Morote, 1975, p. 239)

Al insertar al acompañante del Presidente José Orbegoso, José María Blanco-citado por Efraín Morote Best-, lo que indica sobre Ayacucho, es que el baile para ellos- dice- es una diversión

dentro de su vida cotidiana; en cambio para él era algo extraño y admirable ver bailar a los indígenas de dicho pueblo, danzas que no miraban en Lima; entonces para el señor José María Blanco, esto era al exótico, por esa razón la describió en su diario de viaje, este relato fue recopilado por el Dr. Efraín Morote, y como antropólogo la inserto en sus escrito para que quede registrado para la posteridad y conocimiento de otros académico para su estudio; es así que esta tradición de los pueblos del interior de Ayacucho, como la Huilias, aún sigue vigente en pueblos como Canaria, Víctor Fajardo, Paucar del Sara Sara, Parinacochas, Lucanas, etc., costumbre que se realizaba cada año.

Para tener en cuenta todo este proceso histórico de los espacios públicos, donde, según Michel Certeau: “la sociabilidad es un acto comunitario, núcleo fundamental para caracterizar a un grupo o a un determinado sector social, porque refleja la propia cotidianidad del sujeto, y de la experiencia personal y colectiva con todo su campo social”. Insiste: “La sociabilidad es la relación de un sujeto con el resto de la sociedad, cómo se comporta con el grupo social que lo representa y con la clase social antagónica, son los sistemas de relaciones que relacionan a los individuos entre sí o que les reúnen en grupos, más o menos naturales, más o menos forzosos, más o menos estables, más o menos numerosos” (De Certeau, 2000, p. 16). Nos muestra la relación cotidiana que establecen los sujetos, como se enfrentan a las situaciones diarias, y la manera en que su entorno más cercano lo motiva a actuar de alguna forma, lo cual le permitiría conformar redes (de ayuda, amistad, protección, diversión, etc.), entre aquellos que comparten y conviven diariamente.

Esta forma de sociabilidad está determinada por códigos implícitos que el individuo cumple porque está persuadido de que debe comportarse de este modo para conformarse a lo que la comunidad espera de él. La palabra clave para caracterizar a la sociabilidad es la comunicación, es a través de ésta que se establecen lazos entre un sujeto y otro. Así, la sociabilidad, implica la participación de más de una persona en cierta clase de interacción comunicativa. Es la relación espontánea y natural entre dos o más sujetos quienes comparten vivencias, costumbre o hábitos comunes, dependiendo de diversos factores. La principal, es la pertenencia a un grupo social, entre ellos coincidirían en sus experiencias, por ejemplo, al bajo pueblo le afecta la pobreza material, la marginalidad, y la discriminación llevada a cabo por la elite, en consecuencia gracias a la sociabilidad se crearían lazos o redes de ayuda que les sirven a los sujetos para combatir y sobrellevar estas experiencias. Pero los sujetos populares no responderían a esta dominación a través de la sociabilidad, sino más bien ésta corresponde a un comportamiento cotidiano y habitual que forma parte indiscutiblemente de su ser social popular. Existen muchos espacios donde los sujetos populares establecen su sociabilidad, el trabajo, la casa, las calles, los restaurantes, la cárcel, el presidio ambulante, la iglesia, la plaza, los espacios abiertos y los lugares de diversión. (De Certeau, 2000, pp. 42-43)

Entonces, los espacios que se tendrán en cuenta en la tesis serán las chicherías, cantinas, pulperías, etc. que eran frecuentados cotidianamente por la clase subalterna y en algunos casos por la comunidad de notables de la ciudad de Ayacucho.

Como dice Silva Peña, “la sociabilidad implica un sinnúmero de actitudes y formas de expresión cotidiana, comprendiendo el entorno social donde se desarrolla la vida de estos, y la manera que estos individuos internalizan sus experiencias diarias, y principalmente cómo los individuos se comunican y se relacionan conformando lazos y redes” (Peña, 2014, p. 44). En ese sentido, los miembros de la clase subalterna asisten a estos lugares de “vicios” no solo para salir de la rutina del trabajo sino para divertirse y contar sus experiencias en otros espacios que le son comunes: casa, trabajo, la calle, el barrio, etc. así ellos, intercambian opiniones y socializan sus charlas con el trago y el baile.

En estos espacios de diversiones públicas era posible la reunión colectiva de los miembros de la localidad rural, y su homogenización a partir de la participación en las mismas actividades culturales. De esta forma, las diversiones en sí misma representan una común experiencia social para estos sujetos que recorren los espacios lúdicos, los cuales se integran por medio del mismo interés que demuestran hacia este contexto sociocultural (...). Al interior de estos espacios los sujetos compartirían ciertas formas de sociabilidad que se volverían comportamientos y conductas similares dentro de los sectores populares. Por esto las llamamos formas de sociabilidad ya que estas pueden cambiar y transformarse según las experiencias individuales y comunes de estos sujetos, pero a su vez, hay conductas sociales que han permanecido en el tiempo, volviéndose frecuentes para caracterizar a la sociabilidad popular (...) Las formas de sociabilidad no son los espacios de reunión, sino es la interacción social que se construye entre los sujetos, la manera en que estos se comunican y se relacionan comunitariamente. Es dentro de estos espacios donde los sujetos se expresan libres, natural y espontáneamente... (Peña, 2014, p. 44-45)

Por lo tanto, en la ciudad de Ayacucho, estos espacios de sociabilidad como eran las chicherías, cantinas y pulperías, que eran los testigos de quienes asistían frecuentemente a sus establecimientos, donde la chichera, el cantinero o el pulpero, eran testigos “mudos” de algunas historias “privadas” de sus clientes. Consecuentemente, con todo lo manifestado líneas arriba, nos centraremos en dichos establecimientos de entretenimiento, diversión y de “vicio” para la ciudad de Ayacucho.

Manuel Bustamante, al respecto indica:

En la ciudad (de Ayacucho), los cholos, hijos de indio, domésticos crecidos y civilizados por los patronos, son obreros de taller. Enamoradizos, flojos, aficionados al tejo, a la carne

(juego con huesecillos (sic) que, como el tarso humano, se encuentran entre la pierna y la pesuña del carnero), a los NAIPES, LOS GALLOS, y a la chicha, son incumplidos en sus compromisos, salvo excepciones muy contadas. La esposa, placera, marina acaparadora de víveres o cocinera, le proporciona el alimento del día en cambio de unos cuantos reales semanales que le lleva de su ajuste de fin de semana. En general la mujer serrana es excelente esposa, abnegada, trabajadora, dócil, honesta y leal (...). (Bustamante, 1943, p. 109)

Esta descripción tan oportuna de nuestro maestro e intelectual Manuel Bustamante, sobre algunas costumbres indígenas de los barrios de Carmen Alto, San Juan Bautista o Conchopata, nos dan una idea cabal del gusto por los juegos, sobre todo de los naipes, la pelea de gallos y de la corrida de toros, que fueron tan populares en Ayacucho y de sus mujeres indígenas.

9.3. Las pulperías

Así como el chisme y la bola circulan como medio de esparcimiento a la vez que como dominio hegemónico entre los subalternantes o notables, hay que mencionar el espacio de difusión de los chismes, que eran los lugares de consumo de alcohol, donde los chismes de las élites finalmente eran consumidos por las clases subalternas. En efecto. Esto ocurría en las pulperías, centro de sociabilidad en Ayacucho para los grupos oprimidos.

La definición de pulpería la hace César Mexicano Ramos, al decir que era “la tienda en las Indias, donde se venden diferentes géneros para el abasto como son: vino, aguardiente y otros licores, géneros pertenecientes a droguería, buhonería, mercería y otros. Pero muchas veces los documentos se confunden con denominativos de tienda y chingana, que pertenecen a la misma conformación comercial, pero caracterizados por expender productos, en mayor medida, de otra índole” (Mexicano, 2001, p. 175).

Según, Silva Peña, Jimena, dice que las pulperías tenían “la función principal de la pulpería no era el negocio de la diversión, sino un local de abastecimiento de diversos productos” (Peña, 2014, p. 36). Esto confirma lo propuesto por César Mexicano.

La historiadora Gaby Apcho, ha señalado al respecto que las pulperías

Eran centro social de las clases humildes de la población; ahí se reunían los gauchos a conversar y enterarse de las novedades. Las pulperías eran lugares donde se podía tomar bebidas alcohólicas, se realizaban riñas de gallos, se jugaba a los dados, a los naipes, y se organizaban carreras de caballos llamadas cuadreras, realizándose apuestas (llamadas

pollas) que habitualmente culminaban en peleas entre los clientes. También eran frecuentes los duelos criollos por el amor de una mujer. (Apcho, 2007, p. 46)

Mientras que Pilar González, afirma:

Las reuniones en las pulperías consisten en una suerte de tertulia periódica entre asiduos concurrentes y clientes más o menos ocasionales, de sexo masculino, entorno al consumo de alcohol. A esta actividad principal se añaden otras como el juego de naipes y el canto acompañado de la guitarra española y, entrada el siglo XIX, la lectura en voz alta de pasquines y prensa periódica, a lo que se suma las discusiones públicas. Se trata de una forma de sociabilidad informal -no existe estatutos ni reglas escritas-, abierta -cualquiera puede ingresar a consumir una bebida y sumarse a la tertulia-, y multi-funcional -la pulpería es al mismo tiempo un local destinado a las transacciones comerciales y un lugar de sociabilidad. Ambas funciones son indispensables para la comprensión del fenómeno de las pulperías, tanto que el destino de estos centros de sociabilidad y negocios de abastecimiento está directamente ligado a la venta de alcohol. (González, 2010, p. 4)

En Huamanga, también fueron lugares de reunión y centro de sociabilidad; pero que con el tiempo perdieron su función como puntos de reunión y mantuvieron sólo su papel en el abasto de bebidas alcohólicas u otros productos de primera necesidad.

Pero las pulperías en Ayacucho, ante los ojos de las elites:

Fueron consideradas establecimientos de dudosa reputación, donde estaba prohibida la entrada de los hijos de buenas familias, las pulperías ubicadas en la periferia de la ciudad, eran consideradas, -puesto que constituían los establecimientos más frecuentados por vagos y mal entretenidos- focos de posibles disturbios o bien el lugar donde se ejercían actividades ilícitas, tales como el tráfico de objetos hurtados, o la promiscuidad. (Apcho, 2007, p. 46-47)

Dicha mirada negativa de la élite huamanguina sobre la pulpería, no quita que “el pulpero, debido al contacto diario que sostenía con los viajeros, vecinos, transeúntes y muchos clientes de distinto tipo, término por convertirse en consejero, buen vecino” (Apcho, 2007, p. 47), porque a pesar de ser un “foco de disturbios”, según la élite, no significó que los mestizos y los propios notables asistan a sus establecimiento a comparar por necesidad o curiosidad, para entablar una conversación con el mismo pulpero de la pulpería, por ese motivo, Gaby Apcho, es enfática en manifestar, que:

Todos los vecinos asistían, especialmente, los días domingos a conversar, a discutir sobre política y a enterarse de las noticias. Era común observar más de 30 personas juntas. Había guitarristas, cuatristas y hasta maraqueros. Se formaban actos culturales espontáneos, sobre todo los días sábados y domingos. La pulpería se volvió ateneo, ágora y hasta coliseo. Se convirtió en centro social. Sin embargo, las autoridades municipales se vieron en la

necesidad de legislar sobre su consumo en pos del orden social, habían prohibido su consumo durante las horas en que se efectuaban las ceremonias religiosas o durante los días festivos. (Apcho, 2007, p. 47)

Un lector ajeno a Ayacucho tal vez querría saber qué son las pulperías. Estos locales fueron lugares de sociabilidad, pequeñas tiendas, algunas se ubicaban en los mismos portales, pero sobre todo en la periferia de la ciudad; en este establecimiento se vendían bebidas, mercadería, también los subalterno mayormente acudían a tomar aguardiente. El pulpero, quien atendía a sus clientes, era considerado miembros de la clase media.

Para la época en estudio estos establecimientos públicos eran frecuentados mayormente por los indígenas de la ciudad y por los viajeros que llegaban a ella; estos lugares eran antihigiénicos, los encargados de su limpieza era sus propios dueños, pero muchas veces obligados por los inspectores del ramo de policía de la municipalidad con apoyo de los serenos. Lo negativo de estos espacios es que ahí se llevan juegos prohibidos, donde las personas ebrias infringían las ordenanzas y disposiciones de la municipalidad, aquí reinaba la informalidad, la vagancia y el ocio; muchas veces La pulpería era considera como la botica, la ropería, punto de encuentro de la clase subalterna, siendo el pulpero muchas el intermediario entre la clase subalterna de la comunidad de los notables que acudían y charlaban sobre los asuntos de la ciudad y de sus autoridades; el pulpero era que daba las “noticias” a los demás que asistían a su establecimiento. En ese sentido, muchos clientes volvían no solo para beber o comprar sino también para enterarse de lo que ocurría en la ciudad a través de los “chismes” y “rumores” que contaba el pulpero. Las “tabernas, chicherías y pulperías se contaban entre los escasos lugares donde los plebeyos, bien alejados de la élite, podían conversar de asuntos políticos y religiosos en un ambiente relajado y jovial. (Forment, 2012, p. 140)

Las pulperías, en resumen, son lugares de convergencias donde se reúnen lo mestizos e indígenas y algunos notables con diversos fines: descansar, beber, jugar, divertirse, “chismosear”; establecimiento de dudosa reputación, porque vendían bebidas adulteradas o se da el tráfico de productos robados y la promiscuidad; pero también la venta de otros productos, sobre todo las pulperías que se ubicaban en los portales, como lo indica Ana María Rivera Medina:

un pequeño comercio dispensador de los productos básicos alimenticios, de vestir, y de consumo diario personal o familiar. Como lugar de bebidas reúne, dependiendo de su localización, vinos y aguardientes locales elaborados en la propia ciudad. (Rivera, 2008, p. 12)

En este sentido, desde los primeros años de la fundación de Huamanga, se establecieron molinos y existían viñeros donde se producían buenos vinos, así lo confirma el cornista Pedro Cieza de León, al informar “...los españoles han hecho sus caseríos, donde están sus ganados en los ríos y valles comarcados a la ciudad...han puesto algunas parras y se cree que por tiempo habrá grandes y muchas viñas y por consiguiente se darán las más grandes cosas que de España plantearen...” (Vásquez, 2011, p. 131). Esto confirma que la ciudad siguió siendo una de las que producía buenos vinos que se vendían en las pulperías hasta muy entrado la segunda mitad del siglo XIX. Dicho establecimiento se convirtió, como hemos visto, en un lugar de diálogo, como lo ha confirmado la historiadora Alicia del Águila, “...la pulpería, lugar de charla de las domésticas de las casas vecinas, celadores, cargadores, la pulpería era la tiendecita de la esquina, donde se vendían diversos productos, desde dulces y especias hasta licores de caña” (Del Águila, 1997, p. 113).

9.4. Otros espacios de vicio

Alicia del Águila, ha manifestado que existían

Centros generales en términos simples, se caracterizan por tener entrada libre, sin condiciones de ningún género. Asiste a ellos la gente común. Estos lugares también pueden diferenciarse entre (+) o (-) generales. Los menos eran las *picanterías* y las *chicherías*. Constituían los espacios públicos, en lugar cerrado, más populares. Sobre las primeras, escribía Basadre (1929), acudían blancos y negros, indios y zambos, curas y militares. Igual que a las chicherías, iban los hombres a tomar *chicha o pisco*, y a conversar de política y asuntos públicos, entre otras cosas. Las *pulperías* eran tiendas (más grandes que las *chinganas*) donde suministraban productos de primera necesidad, pero también vendían licor, Gálvez las describe como lugar de tertulia del "cachaco" (soldado raso), y, así como servían de bazar, de mercado, de juguetería y hasta, en cierto modo, de café y fonda, tuvo mucho de botica y herboristería. (Del Águila, 1995, 561)

En esta misma línea de investigación Marcos Parada-Ulloa, Sandra Garrido Osses y Carolina Cabezas Cáceres, han señalado que

hay una sociabilidad del trabajo, de los clubes, las diversiones, de la vida cotidiana, (...) una parte importante de la sociabilidad es informal, los hombres se agrupan por la tradición, por la mutación de ciertas formas de presión colectiva inconsciente”, la cual permite indagar las interacciones y mentalidad que se presenta en los dos centros urbanos. (Parada, 2019, p. 947 el subrayado es nuestro)

Desde inicios de la fundación de Ayacucho, la ciudad capital fue una urbe pequeña, antihigiénica y con una población mayoritariamente indígena, con una clase social pudiente económicamente, como fue la hispánica; con el correr del tiempo y durante el siglo XIX y

básicamente durante el siglo XX, se consolidando, muy aparte del poder local-prefecto, subprefecto, alcaldes, o gobernadores-una clase media aristocrática en la sociedad huamanguina, que nosotros la hemos denominado “Comunidad de notables” integrada por pedagogos, médicos, periodistas, abogados, pequeños comerciantes, etc. quienes tendrá dentro de su discurso modernizador de desarrollo y progreso también un discurso “civilizador” que a través de la educación podían cambiar los comportamientos y conductas de los miembros de la clase subalterna de la ciudad de Ayacucho.

Comunidad de notables que nacerá más nítidamente en la década de los 30 del siglo XX, para entregarse a “civilizar” a poblador ayacuchano en lo referente a la cultura y en este caso, lograr que los subalternos, tomen conciencias de su responsabilidad dentro de la sociedad, tratando de lograr “civilizarlos” para que no sigan frecuentando estos espacios de “vicios” como eran las cantinas y chicherías de la ciudad y sus alrededores; tarea que fue difícil, porque los miembros de la clase subalterna-mestizos e indígenas- estaban acostumbrados a frecuentar dicho lugares de “diversión” y de “entretenimiento” ancestrales para ellos, donde se bailaba y se bebía, el tradicional aguardiente y la popular chicha de jora, con la cual se sentían satisfechos luego del duro trabajo semanal, que en muchos caso, se volvió cotidiano.

Esta costumbre es una continuidad de la clase subalterna que no fue trasgredida sino más bien continuada por dichos miembros, que veían a estos lugares de socialización, como los únicos, que les aliviaba sus problemas y sus tensiones, sus preocupaciones y sus nostalgias; era el lugar preferido, por lo tanto:

Los sectores populares se convirtieron en sus espacios de reunión, donde afianzaron sus lazos de reciprocidad, conformando a través de su propia cotidianidad redes de ayuda para contrarrestar la crisis campesina y enfrentarse colectivamente al fuerte disciplinamiento social llevado a cabo por parte del Estado y de la elite. Así, la chingana, ramada, fonda, bodegón, pulpería, fueron los espacios de diversión por excelencia de toda la primera mitad del siglo XIX. Existen dos tipos de espacios de diversión, aquellos que se dedicaban de forma íntegra al entretenimiento y los otros que desempeñaban una doble función; la venta de diversos artículos y a la vez espacio de diversión. (Peña, 2014, p. 24)

Es en la pequeña urbe de Ayacucho, se encuentran espacios de mala reputación y que son “sancionados” por los inspectores municipales, en algunos casos con multas o cerrándolos temporalmente. Ahí iban los subalternos-mestizos e indígenas- a beber y emborracharse, a pasar un momento de ocio; es decir, a divertirse después del arduo trabajo que desempeñaban cada día;

en ese sentido, para nosotros la vida cotidiana de estos hombres fueron “el espejo de la historia”, (cotidiana) porque nos devuelve el reflejo de su imagen, de la sociedad histórica” (Orellana, 2009) en la que ellos inconscientemente iban construyendo. Al decir del historiador Fernando Villegas, “la modernidad también implicó un cambio en las costumbres como la adopción de nuevos espacios de diversión y la búsqueda de erradicación de las actividades tradicionalistas (...) las tradicionales corridas de toros, arraigadas costumbre limeña, para los modernos burgueses afrancesados era considerada como “bullicio y grosería”. Además, la elite modernizadora incluyó como espacios de “vicio y corrupción” las casas de juegos y los fumadores de opio-. Cada celebración establecía las pautas a seguir en un futuro” (Villegas, 2006, pp. 44-45) prospero para una nación y por ende para una región y en nuestro caso Ayacucho; pero que no se logró erradicar estos espacios de vicios en la que confluían ambas clases sociales, ni siquiera la llamada modernidad evito que estos establecimientos de vicios desaparecieran tan rápidamente, ellos sobrevivieron hasta muy entrado la década de los 70 del siglo XX o más allá.

Lo argumentando por Fernando Villegas, para Lima, era los planteamientos de la comunidad de notables, concentrados en el Centro Cultural Ayacucho desde 1934, que tuvieron la intención de erradicar las malas prácticas y hábitos de los indígenas y otros subalternos, volverlos a la “civilización” cambiando sus conductas y modales en los espacios de sociabilidad en la ciudad, pero dichos cambios no fueron conseguidos en su cabalidad. A pesar de las buenas intenciones o los proyectos modernizadores que deseaban que estos “cambios que se daban en las ciudades latinoamericanas no solamente fueron formales sino que también el individuo los experimentó en su comportamiento (...) la ciudad debería tener otra imagen, una que mostraba a sus habitantes y viajeros el progreso de un territorio civilizado” (Villegas, 2006, p. 40). No ocurrió en la vida cotidiana del subalterno; si hubo transformaciones en la infraestructura de la ciudad no quiere decir que en lo cultural cambiara, no fue así; los comportamientos indecentes de los subalternos continuó como continuaron estos establecimientos de vicios-chicherías, cantinas, pulperías- hasta muy entrado la década de los 50 del siglo XX; en lo referente a sus comportamientos, claro que disminuyó; pero, no fue eliminado. A pesar del discurso “modernizador” y “civilizado” de los miembros e intelectuales del Centro Cultural Ayacucho o de los intelectuales de la Universidad nacional de San Cristóbal de Huamanga, por la década de los 60-70, no hicieron “eco” en los oídos

de los indígenas; pero si de los mestizos que desde los 40 del siglo XX, ya se había incorporado a los sectores aristocráticos huamanguinos.

En conclusión, existen diversas continuidades en las costumbres de la clase subalterna, como también rupturas, sobre todo en sus celebraciones patronales; es decir, donde en su programación se señalaba las corridas de toros, se instalaban carpas de venta de chicha, aguardiente, chicharrones, mondongo, puca picante, etc., donde los subalterno daban rienda suelta a sus emociones, desenfrenos, etc., que a la mirada de la élite huamanguina, eran comportamientos “bárbaros”, “indecentes”, etc., en dichas celebraciones que se deberían erradicar de raíz; esto lo veremos en el siguiente capítulo. Pero, para darnos una idea, son celebraciones que aún perduran en este nuevo siglo XXI, en los barrios tradicionales, donde se da la fiesta de Santa Ana, de San Juan Bautista, de la “Virgen del Carmen” (Carmen Alto), “Señor de Amancaes” (Conchopata), “Señor de Quinuapata”, etc., claro están con comportamientos más “decentes”, como lo desearon los notables de la década de los 30-50 del siglo XX, que no vieron dichos cambios; pero, fueron los promotores, a los que hemos señalado en capítulos anteriores.

9.5. Chicherías y cantinas

Juntos con las pulperías como lugares de vicio y barbarie de los subalternos, jugaban en el discurso hegemónico de la élite supuestamente “ilustrada” y “culto” el desprestigio de espacios sociales alternativos como las chicherías y cantinas.

Según Jimena Silvia Peña:

Todo espacio de diversión es en sí un durante el siglo XIX; aglutinó a la mayoría de los sujetos populares. Dentro de la Chingana el *bajo pueblo* desarrollaba la cosmovisión de su mundo, de su existencia, de las relaciones con sus pares, de cómo ellos viven su vida y como se rebelan a través de su cultura a un sistema que intenta reglamentar sus vidas para insertarlos de manera ordenada a un nuevo sistema económico y político, el mundo cotidiano en el que se mueven los miembros de una comunidad (su campo de acción social dado) no está poblado por seres humanos sin rostro, sin cualidades, sino que lo está por clases concretas de determinadas personas positivamente caracterizadas y apropiadamente designadas. Los sectores populares decimonónicos tuvieron conciencia de pertenecer a un lugar, a una comunidad, determinado por su convivencia y su cotidianidad diaria. (Peña, 2014, p. 17)

Según, Fernando Purcell Torretti, “la chingana puede ser definida como un espacio que permitía el desarrollo en su interior de formas de sociabilidad principalmente populares, podemos

nombrar cuatro elementos de sociabilidad centrales que permitían la interacción social entre los participantes: el canto, el baile, el alcohol y la violencia” (Purcell, 2000, p. 52), Y eso eran las chichería o chingana en los barrios de Ayacucho, donde no falta la guitarra, la quena y el zapateo al ritmo del huayno. Al decir de Aldo Panfichi:

Ser criollo significa ser alegre y jaranero, sin importar las consecuencias de su práctica continua en un contexto de modernización y nuevas exigencias sociales. Quizás hasta una forma de resistir los cambios culturales. Las jaranas, según Ortega, eran espacios de identidad ritual donde individuos de diverso origen étnico y social compartían una práctica de juegos, indulgencias, y licencias. También espacios donde se establecían relaciones de clientela, compadrazgo, y compromisos mutuos. José Diez Canseco (1935), denomina este estilo de vida la "misericordia alegre", ya que explicitaría la capacidad de luchar contra la pobreza, haciendo uso de recursos celebratorios y festivos. (Panfichi, 2012, pp. 20-21)

Estos lugares de “vicios”, es donde los mestizos e indígenas asistían frecuentemente en sus barrios, por eso “(...) las chicherías, la mayoría se ubicaban en los sectores más bien populares...” (Del Águila, 1997, p. 36) de los alrededores de la ciudad de Ayacucho; así, “las picanterías y las chicherías, constituían los espacios públicos más populares en lugar cerrado; iban los hombres a tomar chicha o pisco, y a conversar de política y asuntos públicos...” (Del Águila, 1997, p. 56).

Las chicherías en los barrios de Ayacucho, donde se vendía aguardiente y chicha de jora, como hemos visto, era frecuentada mayormente por los indígenas, quienes iban a beber y divertirse, conjuntamente con mujeres que tenían mala reputación y que trabajaban estos lugares o que eran las propias dueñas; estas costumbres de acudir a tomar la chicha de jora, nos viene de tiempos ancestrales, como lo ha manifestado el Dr. Ranulfo Cavero, al decir que “el consumo de la chicha fue moderado, no fueron “borrachos”, ni alcohólicos, porque su uso fue de tipo ceremonial...era un elemento de cohesión, socialización y hospitalidad...” (Cavero, 1986, p. 113), y así se consideró hasta muy entrado ella segunda mitad del siglo XX.

A pesar de ser considerado la chicha como un elemento ritual, la élite humanguina del siglo XX, no lo considera de esa manera, para ellos las chicherías eran lugares de “vicio” y de comportamiento “incivilizados”, lugares “antihigiénicos”, donde los que acudían eran hombres “incultos” y sin educación. Durante décadas, las chicherías tenía un horario de atención a sus clientes, desde el mediodía hasta las 8 de la noche, la atención era frecuente, a pesar que no existía fluido eléctrico (siglo XIX), eso no fue pretexto para la atención de los propietarios (as) a los

indígenas, el alumbrado se hacía a través de mecheros y durante la década de los 40-50 del siglo XX, con focos (luz eléctrica) muy débiles en su alumbrado; pero la atención no paro.

En efecto. Las chicherías a su interior eran lugares casi oscuros, con mesas largas y sillas de madera rústicas, en dichas mesas se servía la chicha de jora y los clientes podían conversar sobre la vida cotidiana y confraternizar con la tertulia de los chismes y rumores que amenizaban la conversación popular. Como se dice siempre era “caseritos” de estos establecimientos, aquí se podía discutir de política, futbol, de la vida de una familia o de algún personaje, era el lugar donde se tomaban “decisiones” que finalmente quedaban en palabras, porque simplemente eran diálogos “cotidianos” y sin importancia para la comunidad de notables de la ciudad.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, las chicherías en Ayacucho fueron reglamentadas y estaban bajo el control del municipio; las chicheras que deseaban vender chicha y hacer de esto un gran negocio, tenían que tener su licencia de funcionamiento. Así, que los inspectores, siempre estaban atentos para que dichos establecimientos de “vicios” no funcionen clandestinamente; así, el municipio regulaba desde 1879, su funcionamiento de las chicherías:

Los síndicos crearon el impuesto sobre las bebidas fermentables, la coca y el tabaco; y cuya parte dispositiva es como sigue: proponer: 1° Que las personas que quieren tener establecimientos de chicherías, soliciten licencia del HCP, debiendo abonar 40 centavos mensuales. 2° El C.P. procederá a multar en 20 centavos y cerrar inmediatamente los lugares donde se vendan chicha sin la previa autorización. 3° Las personas que expendan chicha por una vez, pagarán 5 centavos por cada cántaro o 10 centavos por cada botija, comprendiéndose en este caso la chicha que se interna del vecino pueblo de Ñeque. 4° Crease el impuesto de 50 centavos por cada arroba de coca que se introduzca en esta plaza. 5° Asimismo se agrava en 10 centavos cada mazo de tabaco. (Aray. Municipalidad. Libro de actas. Legajo N° 24. Años: 1869-1880. Ayacucho, 31 de mayo de 1879. Folio: 24 y 24(v))

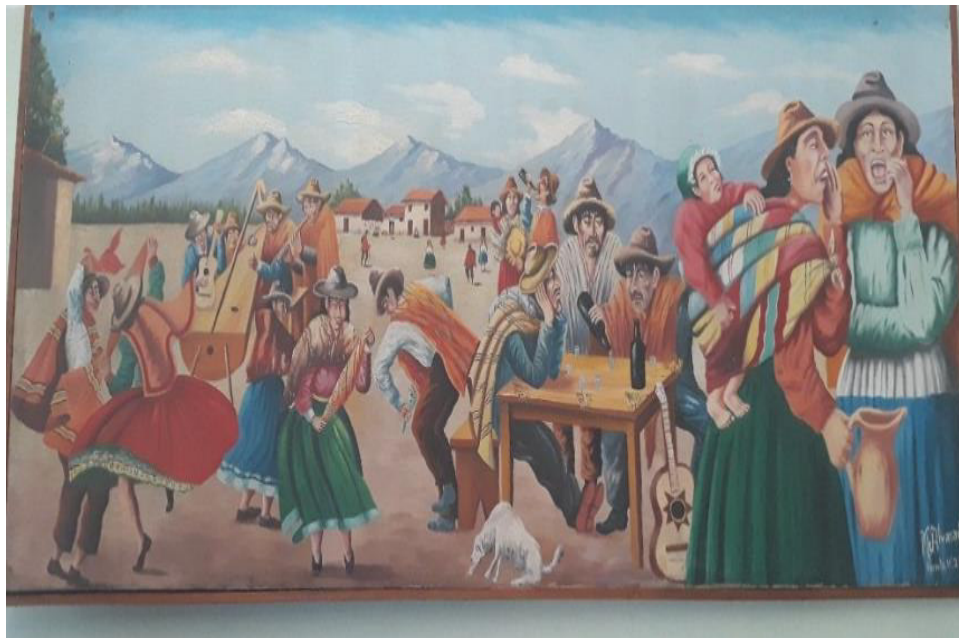
Con las disposiciones municipales dadas por los notables, las chicherías comenzaron a hacer reglamentadas, pagando impuestos para su funcionamiento. Las chicheras pagaban dichos impuestos no solo para el funcionamiento de sus locales, sino para dar buena imagen entre los notables, que también los frecuentaban los fines de semana. Así que era “obligatorio” asumir la responsabilidad de pagarle al municipio para que no tengan problemas de seguir vendiendo la popular chicha. Y también hay que tener en cuenta que, para estos tiempos en la ciudad capital de Ayacucho, está era la bebida preferida, no existía otra; ya que la cerveza se incorporará décadas más tarde, es decir, durante el siglo XX.

Las chicherías eran los lugares preferidos por los naturales del lugar para su distracción, según José de la Riva-Agüero (1912), "...de aquí, por callejones irregulares y misérrimos, llenos de chicherías" (Rivera, 2004, p. 187); esta observación es interesante por tratarse en Riva-Agüero de un autor de alto sentido de lo nacional y alto concepto de lo andino, como lo ha subrayado en Tradicionistas y murrasianos el investigador Víctor Samuel Rivera (2017). En la "calle a la dos de la tarde, el mencionado Zamora, ebrio se había presentado a la chichería de la Quispe, cita en el jirón los ángeles y pidiendo un cántaro de chicha, había invitado a Manuela Quinto que se encontraba temerosa por la circunstancia" (Aray. Subprefectura. Legajo N° 41. Año. 1934. "Parte policial", ver también a Roxana Buitrón (2011), Óp. Cit. p. 24 y a Tenorio, 2010, p. 24). Esto confirma la presencia de algunas mujeres de la clase subalterna, que atendía o asistía a estos "espacios de vicios".

En 1938, Federico Ruíz de Castilla, miembro del Centro Cultural Ayacucho, manifestaba, que el atraso de la clase subalterna era:

La plaga social del alcohol corroe a numerosa porción de nuestra clase obrera, impidiéndole trabajar con moralidad i (sic) suficiencia, por las perversiones i perturbaciones profundas que imprimen en su naturaleza síquica i corpórea. Por esa razón, raro es el día en que un taller tenga completo el número de sus operarios i más aún que cumplan sus compromisos en los plazos estipulados. Mientras esas pulperías provistas de licores adulterados i esas pocilgas llamadas chicherías que tanto abundan en la ciudad, se hallan cotidianamente repletas de consumidores, huidos de hogar i de la fábrica. (Ruíz, 1938, p. 12)

La cita confirma lo que ocurrían en la ciudad de Ayacucho por las décadas del siglo XX que estamos abordando; el así llamado "vicio" venía de tiempos ancestrales; como dice Federico Ruiz, en la ciudad abundaban muchas chicherías y las cuales estaban repletas de los de la clase subalterna-indígenas y mestizos-, por lo tanto, el alcohol era el causante del atraso de los hombres del pueblos que en lugar de producir en la industria artesanal sólo se dedicaban a beber y lograr el atraso en la que se sumían los miembros de la clase subalterna.



Pintura de una festividad en Ayacucho (Huanta). 1974. Foto del autor.

El mismo Federico Ruíz agrega:

Para disminuir el exceso de las libaciones, se ha ocurrido al sistema de aparentar religiosidad multiplicándose las mal llamadas fiestas populares de santos, que no son sino orgías degradantes, cuya máxima finalidad es la embriaguez colectiva que concluye por exhibirse en las vías públicas en comparsas que usan gestos, trajes i palabras obscenas. hasta la aflictiva ceremonia de enterrar los muertos se ha convertido en motivo de ebriedad pública, viéndose desfilar por las calles centrales acompañamientos de cadáveres, portando botellas de licor i cántaros de chicha. La crudeza con que apenas he esbozado los cuadros que ofrece la ebriedad de muestra muchedumbres populares (...) se debe dictar una ordenanza municipal para el cierre de chicherías durante las horas de trabajo i prohíbe con penas severas que las pulperías i cantinas admitan i sirvan a obreros en dichas horas. igualmente se debe prohibir el consumo de licor durante el trayecto i en los corredores del panteón, en los sepelios (...). Los maestros de las escuelas nocturnas para obreros, deben diariamente dedicar parte de su labor a paternizar ante sus discípulos todo lo execrable que tiene aquel vicio, ensalzando, por otro lado, las incalculables ventajas de abstenerse de él para el individuo, la familia, la sociedad, el pueblo, la patria, la religión; en suma, para todo lo noble que encierra el destino humano. (Ruiz, 1938, pp. 12-13)

Federico Ruíz, en su discurso pronunciado ante el prefecto y los miembros del CCA, pide que la autoridad prohíba toda clase de licores y cierre chicherías, para el bienestar de la sociedad y la tranquilidad de las familias, que muchas veces observan a sus hombres ir al “vicio”, siendo un mal ejemplo para los niños y jóvenes de la ciudad; además dicha actitud es una conducta “indecente” ante los ojos de la comunidad de notables de la ciudad. Lamentablemente, el pedido del Dr. Federico, fue escuchada, pero los lugares de “vicios” nunca desaparecieron y mucho menos

los indígenas y mestizos dejaron de ir a dichos establecimientos de “mal vivir”, sino que dichas costumbres llamadas “indecentes” o “bárbaras” continuaron hasta fines del siglo XX.

Además, se pedía a los maestros de las escuelas nocturnas, donde acudían los mestizos adultos que deseaban superarse, a recibir clases de buen comportamiento, de aprender a leer y escribir; eran estos maestros los que deberían ser los promotores para conducir a estos hombres en el mejor comportamiento que debían realizar en los diversos espacios públicos de sociabilidad. Y es seguro que lo maestro los educaba de esta manera en el aula; pero, de ahí a la práctica, nos parece que no tuvo gran “eco” en los oídos de los subalternos, porque más adelante se verá que continuaron con sus costumbres ancestrales de beber aguardiente, tomar chicha y hacer bailar desenfrenados con mujeres de su propia clase social.

Sobre dichas costumbres tanto de los mestizos e indígenas del departamento de Ayacucho, es confirmado por el intelectual Manuel Antonio Hierro, miembro del Centro Cultural Ayacucho, para 1938:

El uso de la coca como factor negativo influye también en la salud i mentalidad de los indígenas, aunque en menor escala el aguardiente. Nuestros obreros antes de comenzar con sus labores inician por “chacchar” la coca, según sus creencias porque aumenta las fuerzas. Estas costumbres sólo se pueden combatir mediante la educación i el cambio de cultivos de montaña igualmente remunerados que la coca. La chicha es bebida generalizada que los obreros i campesinos no dejan de beber diariamente en la ciudad. Muchos de aquellos no tienen otro alimento que el picante de la chicha i (sic) los chicharrones que compran al medio día sean días de fiesta o no. (Hierro, 1938, p. 40)

Como se observa, Manuel Hierro Pozo, identifica los “vicios” de la clase subalterna, la cual no dejaba de beber chicha diariamente; los “vicios” o costumbres de “mala muerte” era los que se ubicaban mayormente en los barrios cercanos al Cercado de Huamanga, es decir, a unas cuadras, ya que por estos tiempo la ciudad era pequeña y sin grandes innovaciones; a pesar que en 1924 en la celebración emblemática del Centenario de Batalla de Ayacucho se había logrado algunas obras: como la carretera “La Mejorada”, refacción de puentes, casonas, templos y embellecimiento del centro de la ciudad; esto no evito que las “malas costumbres” de los subalterno desaparezca de su vida cotidiana; la cotidianidad de ellos era consumir chicha y chacchar coca al mediodía, hora en que descansaban de sus trabajos y se dedicaban a ir a las chicherías cercanas y embriagarse; era una costumbre que no lo dejaron.

En el mismo sentido, que hemos recogido en otros testimonios, dice Efraín Morote Best, intelectual de Ayacucho, refiriéndose al Dr. Manuel J. Pozo, informa que “las chicherías de la ciudad, que ascenderán al número de 400, se hallan establecidas en calles apartadas del centro. Cada una, por ley del congreso, paga un sol a la municipalidad. Concurren a ellas gentes del pueblo, y también varias personas que ocuparon modestos puestos de nuestra sociedad...” (Morote, 1975, p. 380).

Esta referencia, nos hace ver el discurso empleado por Manuel Jesús Pozo y que no justifica la asistencia de “notables” a estos establecimientos, al decir que concurren personas que ocuparon modestos puestos, es decir, gente “culto” y que no era necesario de su asistencia a estos espacios de “vicios”. Por otro lado, tenemos a las cantinas, donde la sociedad “culto” de la ciudad concurría, aquí ingresaban policías o los llamados por este tiempo como gendarmes, algunos profesionales, comerciantes. Las cantinas era un espacio público de socialización, porque en este lugar los clientes también conversaban y bebían, pero no faltaron las peleas; Las cantinas en la ciudad de Ayacucho, tenían nombres raros como “el vacaran” donde se vendía vinos, tragos especiales como el Vermut; la asistencia de algunos “guardias se han entregado al exceso de embriaguez y a cometer faltas en el servicio, don Apaico Roldán, teniente, salía de un establecimiento en estado de embriaguez intentó hacer uso de su espada en vía pública alarmando al vecindario” (Aray. Sección Subprefectura. Legajo N° 2. 1902); en otro ejemplo se informa que “es deplorable estado de indigencia de las clases proletarias del pueblo, entre guardias y hasta profesionales entregados a La embriaguez y la vagancia” (Aray. Sección Subprefectura. Legajo N° 2. 1902).

Como lo asegura, el historiador Jhonny Tenorio Pizarro, en casi toda la ciudad existía chicherías y cantinas. Las había ubicadas en la

Calle de Plateros (hoy Jirón Lima); allí había cantinas, juego de billar y chicherías, siendo algunos propietarios Nicolás Rayaff y José Chaker, personaje de origen turco que vino a la ciudad por la década de los 1920; otras chicherías se encontraban en los diversos barrios: en Calvario una chichería, de la señora Damiana, De la Compañía de Jesús de don José Quispe Uribe; Barrio de San Juan Bautista, de doña Juana; en el Jirón 2 de mayo N° 522 chichería de doña Ramírez López; también existía un establecimiento donde se vendía un apreciado café llamado “Venus”, de Aurelio Lindo Navarro; en la calle Tenería estaba la chichería de Victoria Rivera; asimismo en el barrio tradicional de Conchopata, por donde salían los viajeros hacia la selva ayacuchana y a las alturas de Huyanta, habían chicherías donde se expendía chicha de muelle y jora, una cantina muy popular en pleno centro de la ciudad, como fue la de doña Juana Argumendo en la calle San Agustín. (Tenorio, 2010, p. 32)

En fin, todos estos establecimientos eran regulados por la municipalidad, no solo en los cobros de impuestos, sino también en lo referente a la higiene de su establecimiento. En las casas de venta de licores, para que los clientes no puedan “exhibirse” fuera del local, generando protestas y denuncias por el periodismo local.

Y como se ha dicho no faltó “el baile popular del día que era la marinera como primera parte y el huayno como segunda; por eso ya no se le denomina al músico, ni se le dice al bailarín ejecute o baile una marinera, sino una primera o una segunda solamente; pero, en las chacaras (chacras) o en los pueblos de indios prima el huayno” (Bustamante, 1943, p. 134).

Para identificar que en una casa se vende chicha, según José de la Riva Agüero, que estuvo en 1912, recorriendo las calles y barrios de Huamanga, asegura:

En la puerta de las fondas ponen banderitas y choclos, para anunciar la venta de pan y chicha. Gran parte del vecindario es mestizo. (Rivera, 2004, p. 189)

Esto confirma la continuidad de la venta de chicha en el barrio de la tenería, por donde paso nuestro viajero peruano, describiendo lo que observaba a su paso. Y como lo reafirma el viajero norteamericano Harry A. Franck, sobre las costumbres de los hombres del pueblo de Ayacucho, manifestaba:

Se ha dicho de Ayacucho que sus principales ocupaciones son la bebida, las peleas de gallos, hacer el amor y las procesiones religiosas. Estas son las que más está en pública evidencia. (Rivera, 2004, p. 196)

Como viajero extranjero, es posible que le hayan contado o que haya visto algo de lo que manifiesta, pero nos parece algo exagerado sobre lo escrito. Una versión que seguramente, algún notable, le haya informado por el año de 1917, en que llegó a la ciudad. Y finalmente, sobre las chicherías de la ciudad el profesor Ernesto Camassi, nos relata sobre un lugar especial, conocido como Higoschayuj:

Higoschayuj, era una chichería de mi barrio, pero o cualquier chichería. Su nombre proviene del HIGO, fruta traída por los españoles, que se aclimató muy bien en costa y sierra de nuestro país. Todos bebían chicha., personajes de clase alta y gente del pueblo. Porque se ha demostrado que es un excelente diurético. (Camassi, 2019, p. 79)

Así como este lugar, hemos apreciado varios al interior y fuera de la ciudad de Ayacucho, sobre todo en los barrios populosos, lo interesante de la cita es que nuestro profesor Ernesto

Camassi, nos manifiesta que a esa chichería iban tanto los notables o de la élite, no en su mayoría, por supuesto; pero también los miembros de la clase subalterna: mestizos e indígenas de la zona. Esto quiere decir, que en suma, “ese lugar cerrado invita al diálogo, a la comunicación y, evidentemente, a la expresión de diferencias. La cercanía de los comensales, la chicha (o el pisco) rompen las barreras del anonimato. Allí se reafirman amistades y se crean otras nuevas. Tanto la fonda, como las picanterías, chicherías y pulperías fueron los espacios privilegiados de los compadres y "negociantes" políticos de esa época” (Del Águila, 1995, 563);

Por eso “Higoschayuj, era una de las tantas chicherías o “aja wasi” existentes en los barrios de Huamanga, pero esta chichería estaba en mi barrio y se llamaba así porque por la pared que daba hacia la avenida sobresalían las ramas de una higuera. Estaba ubicado en la avenida Centenario y el Jirón Américo Oré. (Camassi, 2019, p. 80)

Es decir, en el barrio de La Magdalena, dicho jirón, en la actualidad (2022), aún existe, mientras la avenida Centenario, ahora se llama avenida Mariscal Cáceres.

Según el profesor Ernesto Camassi, en dichas chicherías de antaño, se:

Armaba la jarana, unos en guitarras y mandolinas, otros arpeando (sic) y algunas veces con pampa piano vulgo melodio. Era el único “aja wasi” amplio para jaranear, así como para las trompeaderas de los borrachines (...) para vender sora aja ponían en la puerta de la chichería, una banderita de trapo de color rojo. Para avisar que había chicha de molle que tenía otra forma de preparación, ponían ramas de molle amarrados a un carrizo. (Camasi, 2019,81)

Afirmación que confirma lo que nuestro viajero peruano, como fue Don José de la Riva Agüero, nos comentó sobre colocar una banderita en las puertas de las casa de algunos barrios y de la ciudad, anunciando la venta de chicha; de igual forma lo dice el profesor Ernesto Camassi, para la década de los 50-60 (XX), la banderita es de color rojo y anuncia la venta de chicha de molle; lo cierto, es que a pesar de algunas pequeñas diferencias, ambos y seguramente otros viajeros y huamanguinos, aún recuerdan está costumbre en los establecimientos de chicherías. Lo cierto es que tanto la chichería, como la chingana, pulpería y las llamadas cantinas, nos ofrecen aún para estos tiempos cambios, transformaciones, pero también algunas continuidades, que se dieron más allá de nuestro arco temporal de investigación.

CAPÍTULO 10

Tarde de toros.

Gallería y tauromaquia en Huamanga

10.1. Introducción: toros y gallos, hegemonías en conflicto

Uno de los espacios para prácticas de reconocimiento y autoafirmación de la identidad popular son las festividades culturales relativas a la vida rural, como las corridas de toros y las peleas de gallos. Los espacios considerados de diversión en Ayacucho, como hemos visto, podían ser reservados o más propios para significar el modelo social que representara la forma de vida de la clase notable, como la alameda o el teatro, o bien más dedicados a la representación de la identidad de los grupos subordinados, como las chicherías. Sea como fuere, antes de las Reformas borbónicas de alguna manera todos los espacios eran aptos para incorporar a todos los grupos sin distinción; no existía el discurso que hacía las prácticas de identidad de uno u otro sector como más privilegiadas o calificadas moralmente que las del otro. De hecho, en la práctica había situaciones de tipo tal que era posible ver integrados a miembros de grupo diversos, como los carnavales, en que los notables se mezclaban a veces con los indígenas u otros grupos subordinados; lo mismo era el caso de las fiestas religiosas, de las que hemos omitido desarrollo por razones de economía metodológica. Algo semejante, por su extensión y popularidad, tenían y aún tienen las corridas de toros y peleas de gallos; aquí se trata de prácticas que llegan a ser polémicas entre los medios de expresión del lenguaje hegemónico, pero en las que se da la curiosa situación de que la práctica ancestral da una cierta hegemonía a la identidad popular y, por lo mismo, le entrega un cierto poder de resistencia ante la élite.

Las diversiones públicas que se llevan a cabo al interior de la ciudad y en algunos barrios periféricos, como las corridas de toros, peleas de gallos, son parte de la cultura notable más que de la clase subalterna; aquí van los alcaldes, prefecto, subprefecto, periodistas, curas, maestros, abogados, etc., asisten también a estos espectáculos, aunque su valoración dentro del lenguaje “civilizador” resulta bastante ambiguo. Sin duda la asistencia a las corridas da prestigio en este caso no a los subordinados, sino a la clase que los domina, que debe aceptar una lógica diferente a la de su propia identidad. Estas diversiones son también parte de la vida cotidiana del poblador subalterno, que espera con ansias las fiestas populares para asistir con la familia o para ir con los

amigos y emborracharse; es una costumbre del pueblo que los de la comunidad de notables tienen que complacer para ser más conocidos.

Se hace indispensable insertar la visión de algunos viajeros que visitaron la ciudad de Ayacucho durante el periodo de estudio y se pueda tener una percepción más objetiva de lo que ellos vieron y escribieron para el análisis histórico, otro elemento básico para confirmar lo dicho son los artículos periodísticos, la fotografía, etc.:

Desde luego que estudiar los diferentes espectáculos públicos de manera interconectada y comparada enriquece el contexto sociocultural y la comprensión del periodo elegido, considerando que todos y cada uno de éstos se renuevan o surgen en competencias por los públicos: toros, pelea de gallos, parques recreativos, deportes. (Sánchez, 2007, p. 89)

En este sentido, abordaremos la cuestión de la tauromaquia en el transcurso de la investigación sobre la vida cotidiana en las diversiones públicas de la ciudad capital de Ayacucho durante la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX.

Podemos manifestar que diversiones públicas como las fiestas de toros y la pelea de gallos eran y son claramente antihegemónicas: son un discurso de *resistencia popular e indígena* y se sobreponen de manera exitosa a las pretensiones de dominio de las élites subalternante. algo que no iba con las buenas costumbres eran de ahí que muchos miembros de la comunidad de notables, las objeten por ser parte de un pueblo incivilizado y para que dicho pueblo se civilice, se debería:

Abandonar las costumbres coloniales (corridas de toros, carnavales, entre otras), percibidas como bárbaras, irracionales y símbolos del pasado y el atraso (...) las costumbres civilizadas se distinguen por que hay una mayor interiorización de las emociones y se controla el furor sexual. Por ello, fiestas como el carnaval son percibidas como antagónicas a la civilización y a la razón (...) el pueblo no puede civilizarse no moralizarse mientras se fomenten sus malos instintos y se respeten costumbres nacidas en tiempos de la barbarie. (Velázquez, 2017, pp. 94-95)

Las élites hicieron todo lo posible por reducir e extirpar las prácticas de identidad indígena relativas con la tauromaquia. A pesar de todo lo manifestado, las diversiones públicas en Ayacucho, continuaron, a pesar de las prohibiciones que el municipio y los comentarios de los miembros de la comunidad de notables hacía sobre los excesos en dichas fiestas tradicionales y costumbristas en la ciudad capital de Ayacucho. Pasemos a ver de manera las corridas de toros en Ayacucho.

10.2. Las corridas de toros: los avatares de la hegemonía notable y popular

Las corridas de toros tienen su plaza y su tiempo determinado. Los toreros, cuando no pueden mostrar valentía, nos admiran con su ligereza. El concurso suele ser pacífico y numeroso y de gran concurrencia del pueblo; por otro lado, la moda no es tan cruel en esta parte, como lo era ahora seis u ocho años. (Flórez, 2005, p. 164)

Los “juegos con toros, convertidos luego en espectáculos, derivaron de estos ejemplos que he señalado, y se manifestaron en dos vertientes fundamentales: por un lado en la forma ritualizada de las corridas con el sacrificio del toro, y por otro en las justas deportivas en las que también intervienen los jinetes montados en caballos, desprendidas de los quehaceres propios de la ganadería” (Vázquez, s/a file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/silo.tips_origen-y-devenir-de-los-juegos-con-caballos-y-toros-en-el-mexico-campirano-la-diversion-del-coleadero.pdf).

Las corridas de toros son desde su institucionalización y ordenamiento en el marco de la Reformas borbónicas:

Un espectáculo enraizado fuertemente en el gusto del pueblo, por lo que su suspensión, postulada por algunos ilustrados radicales, no pasó de ser una lejana posibilidad. En cambio, el estado usó esta manifestación a favor de sus intereses particulares. El primer paso, fue trasladar la fiesta taurina desde la plaza de armas-donde se escenificaba comúnmente-a un coso cerrado y acondicionado especialmente para esta actividad. Fue así como en 1768 bajo la gestión del Virrey Manuel Amat-se inauguró el gran circo de Acho. El siguiente paso fue limitar el número de corridas para celebrar tan sólo fiestas muy importantes, como la llegada de un virrey o la coronación de un soberano (Flórez, 2005, p. 164).

Una de las continuidades en la tradición ayacuchana fue las corridas de toros, que se llevaron a cabo desde la colonia; pero, que se acentuó mucho más en la época republicana, cuando los periódicos locales, empezaron a comunicar sobre este espectáculo, muy queridos por la clase subalterna, aunque poco valorado por la aristocracia huamanguina; en esto se repite un patrón que es común hasta la actualidad: el desprecio y la condena de los notables y la clase opresora por la identidad del pueblo. Al fin al cabo, las corridas de toros en las costumbres ayacuchanas continuaron, con algunas modificaciones, sobre todo, en el lugar común en la que se lleva a cabo, como era la Plaza Mayor de la ciudad y que posteriormente fue trasladada hacia el barrio de La Magdalena y finalmente a otros sectores de la ciudad; esto sucedió por los discursos civilizadores de los miembros de la comunidad de notables que fueron escuchadas por las autoridades.

Así, las corridas de toros dieron el inicio de un espectáculo querido por algunos y odiado por otros. Con el paso del tiempo, las corridas se han convertido no solo en un espectáculo de todos, integrador y factor de identidad popular e indígena andino, sino además en un negocio para otros ayacuchanos, que aprovechan las corridas para negociar con las bebidas alcohólicas, consumidas en estos eventos. Las corridas de toros, es uno de los espectáculos que hasta la actualidad continúa siendo una actividad de recreación y de distracción para el público huamanguino de toda la región. Por supuesto que en cada pueblo las corridas de toros son organizadas de diversas formas. En la ciudad de Ayacucho, aún se sigue dando en las plazas construidas para el caso, además se puede ver estos espectáculos en Huascahura, Santa Ana, Carmen Alto y otros lugares de la provincia.

Desde el siglo XIX, las corridas de toros comenzaron a pagar un impuesto por el alquiler de la Plaza Mayor para llevar a cabo dicha actividad, siendo considerado por los subalternos un espacio de diversión y de espectáculo taurino, donde la plaza principal, era “rematada” (alquilada) al mejor postor, para llevar este ritual; los impuestos pagados servían para cubrir algunas de las necesidades de la municipalidad. Es así como el público huamanguino subalterno y parte de la élite, tenía asegurado el espectáculo de los toros.

Como afirma Carlos Forment, la:

Élite y el pueblo llano peruano también recurrían a señales visuales en plazas de toros, salas teatrales y celebraciones patrióticas y religiosas para expresar su aprobación o desaprobación al gobierno, las corridas de toros reunían a la nación y brindaban así al presidente y sus funcionarios una excelente oportunidad de hacer un “sondeo aleatorio” de la opinión pública. (Forment, 2012, p. 142)

Entonces no hay duda de la participación de la élite huamanguina y de las autoridades políticas de la localidad a la asistencia de las corridas de toros, a pesar de considerarlas “bárbaras” ellos, por obligación y quedar bien con el pueblo, asistían a estos eventos de la clase subalterna; y su asistencia “obligatoria” debería darse porque las corridas de toros se llevan a cabo en la misma Plaza Mayor de la ciudad; que posteriormente se la traslado al barrio de la Magdalena. Veamos ahora el carácter contra hegemónico de las corridas y el intento infructuoso de las élites opresoras de notables por eliminarlas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, en la ciudad de Ayacucho, las corridas de toros era una actividad especial, era parte de la tradición que convocaba al pueblo para divertirse, era un

espectáculo para “todos”; asistían a las corridas de toros desde los mendigos, prostitutas, homosexuales, comerciantes, mestizos, indígenas hasta las autoridades máxima de la ciudad, como el alcalde, prefecto, el monseñor, viajeros extranjeros, militares, intelectuales, etc., a contemplar las famosas corridas taurinas.

Hay que tener en cuenta que no existía una plaza de toros propiamente dicha, es decir un lugar como la Plaza de Acho en Lima; lo que sí se puede afirmar es que cuando llegaba un mandatario de la capital a la pequeña ciudad de Ayacucho, se programaban corridas de toros, o cuando se elegía a un Presidente de la República, se llevaba a cabo dichas corridas, donde asistía todo el pueblo ayacuchano; y decimos, todo el pueblo, porque para 1850 hacia adelante la ciudad eran demasiado pequeña, tan sólo dos cuadras a la redonda separaba a la Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho, aún no existía el Arco del Triunfo, construido en 1866, mucho menos las calles que no tenían veredas sino eran aún de lajas de piedra, la misma Plaza Mayor era casi un pampón amplio, por eso la asistencia del pueblo era masiva; y como lo hemos dicho repetida veces serán también en los barrios de “Conchopata”, “Magdalena”, “Carmen Alto”, “San Juan Bautista”, “Santa Ana”, “Maravillas”, etc. Que las corridas fueron más frecuentes.

Sobre el torero Miguel Cabrera que toreó en la ciudad de Ayacucho, el periódico “*La Estrella del Pueblo*”, el día martes 9 de abril de 1861, difundía en su columna crónica local, lo siguiente:

El día de ayer proporciono el joven Miguel Cabrera, ha sido lúcida, es decir que los toros han sido bravos, gordos, y causaron no pocas desgracias. Rechazamos, nosotros tal diversión, de la manera como se hallan establecidas en esta ciudad. Ellas son el patíbulo preparadas para la gente ilusa y bárbara...No debe permitirse por la honorable municipalidad a quien toca por su institución velar sobre los espectáculos públicos. Respecto de la proclamación para las corridas de toros, en los días de la Santísima Trinidad, no es la juventud que está invitada para tal efecto, no creemos que se preste a proporcionarlas del modo como hasta ahora hemos visto en Ayacucho. Y si las autoridades lo permiten...hay toreros distraídos y la policía se muestra severa con aquellos crapulosos. (*La Estrella del Pueblo*, periódico político popular. Ayacucho, sábado 23 de marzo de 1861. N° 4. Tomo I)

A pesar de elogiar al torero, el periodismo consideraba a la corrida de toros como “bárbara” y de gente ilusa la que asiste; se refiere mayormente a las corridas que se daba en los barrios cercanos a la ciudad de Ayacucho. Y a pesar del desprecio, las quejas, los reclamos y las denuncias

de los notables y su animadversión por la afirmación de la identidad popular y su resistencia al cambio de actitud, esto no sucedió; si bien el periodismo deseaba censurar las corridas de toros y pedía a los miembros de la municipalidad tomar medidas drásticas para evitar dicho espectáculo “bárbaro”, esto no se consiguió.

Está demostrado que había rechazo de los notables por considerar a la corrida “bárbara” e “incivilizada”; pero, existían otros miembros de la élite que la defendían y entraban en un diálogo más coherente sobre dicho evento taurino, considerado parte de la identidad indígena.

Como lo afirma Fanni Muñoz, al decir que:

Algunos defendían las corridas porque eran un espectáculo viril y hermoso, aducían que las corridas de toros debían ser tratadas como un espectáculo artístico. Si es un arte, ¿Por qué lo tachan de inculto y semi salvaje? ¿Por qué ponerlo a nivel de bárbaro y antiestético? No señores, no hay razón para que lo consideréis como tal. Las corridas de toros es una diversión viril y lleno de moralidad que no corrompe los sentimientos de un pueblo. (Muñoz, 2001, p. 147)

En este sentido, las corridas de toros continuaron llevándose a cabo en los barrios de la provincia huamanguina como en la ciudad de Ayacucho, a pesar de los reclamos que se hacían a través de los discursos de las élites europeizadas y de los articulistas de la prensa liberal que les servía de vehículo de dominación, no lograron erradicar las corridas de toros y sí ocurrió en la provincia de Huamanga, imaginemos como eran las corridas de toros en las diversas provincias del departamento.

Otros medios de prensa, no se quejaban sobre dichos eventos taurinos sino se dedicaban más bien a informar y describir los pormenores de dichas corridas, como por ejemplo la toma de mando de un Presidente de la República del Perú, o la elección de un Prefecto o por las fiestas de Semana Santa o fiestas patrias; así lo confirma un artículo periodístico insertado en el periódico “*El Registro Oficial del Departamento*”, para setiembre de 1894:

Fiesta: Con motivo de la inauguración del gobierno del señor General Andrés Cáceres, tuvieron lugar las fiestas y las corridas de toros, las cuales estuvieron muy bien animadas en la Plaza Mayor. (*Registro Oficial del Departamento, Ayacucho*, 7 de setiembre de 1894. N° 6)

Esta continuidad de las corridas de toros en Ayacucho, aún seguirán vigentes y se “perpetúan” como una de las diversiones públicas de antaño y de tradición ayacuchana en toda la región.

Pero, para la realización de una corrida de toros, era necesario algunos requisitos que la municipalidad obligaba al postor ganador cumplirlas, como, por ejemplo, acorralar todo el perímetro de la Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho:

El remate de la plaza en la próxima corrida de toros, se pide que el rematista cierre todos los arcos de los portales para la comodidad de los espectadores. (Aray. Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 26”. Años: 1891-1897. Libro N° 3. Folio: 448. Del 18 de febrero de 1897)

Como era una costumbre ancestral, era obligación del rematista o contratante cerrar totalmente las esquinas de la Plaza Mayor para que el espectáculo sea de lo más llamativo y no existan mayores accidentes. Debemos también aclarar, que luego de las corridas de toros, hubieron quejas de los regidores de la municipalidad, porque los organizadores dejaban la Plaza Mayor hecha un muladar, lleno de basuras y de excrementos de los animales que ahí se llevaban para torearlos, esto lo confirmamos por lo siguiente:

El señor Contreras pone de conocimiento la suma necesidad de hacer limpiar (...) y que el tubo de la pila de la Plaza Mayor se encuentra malogrado por los soldados en las corridas de toros próximo pasado. (Aray. Sección: Municipalidad, Libro de Actas de sesiones Legajo N° 26. Folio: 485)

Entonces, era necesario evitar estos malestares y obligar a los organizadores dejar limpia la Plaza Mayor, para que los transeúntes puedan caminar sin peligro y no ver un espectáculo tan desagradable como era ver basura o muladares en pleno centro de la ciudad, que era considerada la más limpia por estos tiempos y donde caminaba a pie los notables, quienes fueron los que reclamaban a través de la prensa escrita, para evitar estos malestares, que ocasionaban los miembros de la clase subalterna en las corridas de toros.

Como lo hemos confirmado, las corridas de toros continuaron durante todo el siglo XX. Si bien no faltaron voces de la élite excluyente que consideraban que la tauromaquia debería desaparecer como diversión pública, como espacio de resistencia de los subalternos hubo también defensores. El resultado de esta dialéctica de resistencia de los vencidos; logró simplemente que las voces de los notables fueran escuchada y se reglamentaron las corridas de toros en toda la

provincia de Huamanga, con la única finalidad del que el poblador que asistía a las corridas, tuviera la seguridad de que no pasaría un mal rato, sino que se divertirá y gozará con un espectáculo más “decente”.

Ya encerrándonos en la primera mitad del siglo XX, sabemos que las corridas de toros en la ciudad de Ayacucho continuaron llevándose a cabo en ocasión de diversas fiestas y celebraciones, fueran religiosas o políticas. Las solicitudes para estos espectáculos eran frecuentes; los toros eran traídos de los diversos pueblos, para la fiesta, contratado por los rematistas. Las inspecciones a dichas fiesta taurina también eran las que supervisaban que no existan accidentes y veían que los espectadores no se metieran al ruedo. Por eso los rematistas pedían asesoría técnica para las tardes taurinas que se verificaban conforme al programa, para garantizar el orden público.

Durante las fiestas patrias dieron como resultado de dos víctimas, cuyas vidas se sacrificaron por una diversión que nada tiene de atractiva ni de provechosa, la ley vigente que norman estos espectáculos prohíbe terminantemente las corridas de toros que no son exhibidos con diestros. En la Capital de la república, donde existe un circo especial, jamás se permite corridas de aficionados. (*La Abeja*. N° 264. Ayacucho, 12 de agosto de 1928. Página central)

El viajero Harry Franck, nos informa sobre una corrida de toros durante 1917, al comentar que:

Se realizó el sábado siguiente de mi estancia una corrida de toros benéfica. La cuadrilla, encabezada por “currito” y “Ramito” de Sevilla, mis sufridos colegas en el hotel, eran muy semejantes a los modestos y sencillos tipos, con una ruidosa alegría de vivir, que yo había encontrado en la mayoría de sus compañeros en España. ...**toda la gente decente de Ayacucho y sus esposas, muy bien empolvadas, estaban presentes cuando la corrida comenzó. Nosotros, los de la elite,** ocupamos los palcos, varias filas de sillas sombreadas por un desteñido pedazo de tela, en el techo del antiguo colegio, lo cual determinó que las viejas tejas sobre las cuales caminábamos se viesan reducidas a polvo. La plaza o “ring” en el patio de abajo, cercada por postes atados a pies derechos y otros artificios rústicos, **estaban rodeado por la entusiasmada gente del pueblo.** La escena tenía como trasfondo una maciza, vieja y casi derruida iglesia-habría sido difícil evitar tal fondo en Ayacucho-. Como la provisión de carne prometía exceder la demanda, el quinto y sexto toros fueron meramente decorados con banderillas y enviados de nuevo al corral. Entonces un par de novillos de 2 años fue puesto a disposición de los aficionados. Una docena de jóvenes de la “mejores familias” bajaron a la plaza en su mejor ropa dominguera y con capote que le prestaron los toreros demostraron su habilidad como tales...pero al anochecer cayó antes de que los aficionados hiriesen efectivamente al otro novillo y la concurrencia gradualmente se retiró a sus casas para hundirse nuevamente en su monótona existencia semanal. (Rivera, 2004, pp. 199-200)

Así como el viajero nos comenta sobre la corrida de toros en Ayacucho, existen diversas memorias sobre este punto. Los periódicos locales, durante el siglo XX, no dejaban de anunciar las corridas de toros, ya sea por una festividad o celebración en fiestas patrias o porque eran organizadas por algún barrio o autoridad del poder local o los llamados mayordomos, quienes auspiciaban dichas corridas.

Para 1923, el periódico *La hormiga*, en su sección “sociales” anuncia:

Corrida de toros: Circuló la invitación. El subprefecto de la provincia e Intendente de policía, tienen el honor de invitar a Ud. y a su estimable familia, a la corrida de toros, que se dar, conmemorando el 29 de mayo, el martes próximo a las 2 y media p.m. en la plaza de la Magdalena en honor del egregio mandatario de la República, señor Augusto B. Leguía. (*La Hormiga*, periódico local de 1923)

Como esta cita, vemos y como lo veremos más adelante, la presión del discurso oficial de las clases ricas va generando una ruptura y cambio con respecto dónde se realizaría las corridas de toros; y son desplazadas de la plaza principal de la ciudad capital del departamento, hacia la pampa de la Magdalena, donde se continuará con la costumbre taurina.

El 5 de julio de 1924, se informa que el:

Domingo, se inauguró la temporada taurina bajo la dirección de Manuel Lértona (Manolillo) matador, y actuando como sobresaliente Alejandro Chariarse, banderilleros Alejandro Villes (Maera de Lima) y el simpático Julio Dario (Perlita), Cuadrilla por una empresa particular señor Julián Torres, con el sano propósito de aligerar las dehesas de los “miuras” y “Saltillos” ayacuchanos. Primer toro negro de la tarde, a los primeros lances dio un quinto de faena, “Manolillo” haciendo uso de sus vastísimos conocimientos pudo ejecutar dos pases regulares que le valió una ovación, vuelto al ruedo, regalo una oreja...digo, casi oreja y rabo. Segundo de muerte, negro regular y luego otro toro negro...En resumen: algunos toros malos, los toreros buenos... (...) vaya nuestro agradecimiento a las autoridades que enviaron la banda de músicos (...) Tío Matrero. (*La Abeja*, semanario independiente. N° 157. 1924, p. 2)

Las fiestas patrias fueron quizás donde las corridas se siguieron llevando a cabo en la ciudad capital, porque

Las últimas corridas realizadas con motivo de las fiestas patrias, han dado como único resultado dos víctimas, cuyas vidas se han sacrificado por una diversión que nada tienen de atractivo ni de provecho, dada la forma como cates espectáculos se suceden en la sierra cuando no hay diestros ni aficionados capacitados para la faena. Es tiempo ya de reaccionar contra este sistema de diversión que todos los años enlutan hogares pobres o ricos, pero son hogares que son hogares que quedan en orfandad y la miseria, sin que las instituciones y autoridades que auspicien el espectáculo están capacitados para reparar el daño ni moral ni

materialmente. Por ley vigente, que desde años debe normar esos espectáculos, prohíbe terminantemente las corridas de toros que no sean exhibidos con diestros, en la Capital de la República... jamás se permite las corridas de aficionados... que estas ligeras reflexiones sugieran a los dirigentes, la idea de reaccionar contra esas costumbres y que en adelante se economicen vidas que sin razón se pierden. (*La Abeja*, Semanario independiente, ilustrativo, industrial y noticiosos. Ayacucho, 12 de agosto de 1928. N° 264. Titulado “Las corridas de toros en Ayacucho”. Año. XVI. Director. Hipólito J.M. Vivanco)

Como puede observarse, desde el siglo XIX y entrado el siglo XX, la insistencia de las élites de notables con ideas “civilizatorias” para modificar las corridas de toros, donde asistían mayormente los indígenas, comenzó a tener algunos efectos, como la reglamentación que hemos manifestado línea arriba. Mientras los subalternos iban a las corrida de toros para despejarse un poco de la rutina cotidiana o ir a las fiestas patrias para ver dicho espectáculo taurino, no se dejó esperar que muchos indígenas inexpertos “ingresaban” a torear a los toros salvajes con capas rojas viejas, fueron muchas veces corneados por los toros, perdiendo la vida, que como dice el periodismo eran sólo aficionados.

De ahí que la prensa escrita burgués y liberal emprende una campaña para terminar con esta mala costumbre; el periodismo inicia a reclamar a las autoridades la clausura definitiva de las corridas, la cual no sucede por ser símbolo de identidad y reconocimiento del pueblo subalterno. Esta continuidad de las corrida de toros siguió vigente, siendo el atractivo de la sociedad de ya no sólo subalterna sino también de la clase notables durante la década de los 50-70 del siglo XX: claro está que hubo algunas rupturas y transformaciones en su organización, en la década de los 40 (XX), sobre todo cuando se prohibió que las corridas de toros se realice en la Plaza Mayor de la ciudad, siendo trasladada al barrio de La Magdalena, trasgrediendo la costumbre subalterna de llevarla a cabo en la plaza principal, ahora las corridas de toros debían serlo en otro espacio de sociabilidad, donde la mayoría de pobladores de aquellos tiempos, lo aceptaron sin resistencia años después, acudiendo hacia el nuevo escenario taurino: Plaza de la Magdalena.

Sobre esta ruptura y cambio de la corrida de toros, nos informa, Manuel Bustamante:

Suprimidas las corridas sin diestros y trasladadas a la Magdalena desde que la plaza de armas se ha convertido en parque Sucre, las corridas populares, de ahora son pobres. Y, sin embargo, la afición del pueblo en nada ha disminuido; al contrario, va en constante aumento. Le gusta como al niño la golosina variada y multiforme. Es que en ellas nada falta. Hay para todos los gustos y para todas las edades y sexos. (Bustamante, 1940, p. 21)

Con el intento tenaz de la élite por desintegrar la identidad indígena sobre las corridas de toros, y dar una ruptura en la costumbre taurina de la población subalterna, la élite tuvo que conformarse con la imposición de ordenanzas municipales, que prohibía la realización en los espacios considerados “decentes” como lo fue la plaza principal de la ciudad; sin embargo, la fiesta taurina tuvo su continuidad, con algunos cambios en su estructura organizativa, pero no así en la celebración de la población popular. Si bien la Plaza Mayor se convirtió en un espacio más “decente”, como luego se hizo con la Magdalena, esto no le quitó el brillo a las corridas de toros; que hubo transformaciones, las hubo; en la década de los 50-70 del siglo XX, las corridas de toros no se llevaron a cabo en la Plaza Mayor, como una actividad de negocios; otra cosa fue la Semana Santa, donde se hizo popular el llamado “Jala Toro”, desde la década de los 80 hasta muy entrado el 2018, donde la autoridad comenzó a prohibir que ingresen a la Plaza Mayor, los organizadores con los toros; luego de la pandemia del Covid-19, el “Jala Toro” se llevan a cabo en el distrito de Carmen Alto (antes barrio).



El popular “Jala Toro” en Semana Santa, en plena Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho, donde se observa a un jinete con una soga jalando al toro, un torero aficionado en el suelo con una capa y otro cogiendo una capa, alrededor el público huamanguino y al fondo la Catedral, el local de la “Higuera”, perteneciente a la Casa de Don Cristóbal de Castilla y Zamora (hoy de la UNSCH), a la izquierda el local Municipal. Costumbre ancestral de los huamanguinos. Pintura que se ubicada al interior del restaurante “El Estribo” del Jr. Callao N° 193. Foto, 23 de setiembre 2022.

Ernesto Camassi, nos refiere sobre como el señor Isaac Cáceres, conocido como el “tuerto Cáceres”, había sido el primero de su época, década de los 30, que construyó una plaza de toros:

También fue el primer empresario taurino. Construyó un coso-plaza de toros para los profanos-en la cuarta cuadra del jirón Asamblea y le bautizó con el pomposo nombre de Plaza de Acho, fue un ruedo muy bonito con arquería y todo, donde liaron famosos toreros españoles que venían contratados para el coso de Lima, pestos se daban un saltito a Huamanga para ganarse un centavo más. Se dice que en esos tiempos había buena ganadería de lidia en Huamanga, que ahora ya no hay. Su extinción se produjo en el gobierno de Velasco Alvarado cuando las antiguas haciendas fueron entregadas a los campesinos, quienes de pura alegría mataron y se comieron ganado de casta, lechera, de carne y de lidia. (Camassi, 2019, p. 59)

La narración del profesor Ernesto Camassi, confirma que no sólo era la Plaza mayor, el lugar de las corridas de toros, sino también el céntrico jirón Asamblea, nuestro gran maestro, se refiere a la década de los 40-50 del siglo XX, porque para la década de los 70, como dice, el Gobierno de Juan Velasco Alvarado dispuso, seguramente, a través de un decreto la prohibición de dichas corridas de toros en lugares céntrico de las ciudades en el Perú; por lo que en Ayacucho, las autoridades políticas dieron cumplimiento a dicho decreto a través de una ordenanza municipal; sólo así, se puede entender esa ruptura y transformación de la fiesta taurina en plena ciudad.

10.3. Una afición elitista: Las peleas de gallos

No faltaban las peleas de estos animales en esta ciudad y sus inmediaciones, por ser muy arraigadas la afición del pueblo a una diversión de esta naturaleza, pero sin más orden en las horas y días que el señalado por la ociosidad, haciendo sensible este abuso el entero abandono de las respectivas obligaciones de los particulares: ejercitando las continuas quejas y clamores de aquellos mismos que más se agradaban de este entretenimiento. (Flórez, 2005, p. 166)

La palabra gallo, proviene del latín *gallus*. Surgido en Medina, en el Asia Menor, cerca de Babilonia. Fueron los griegos los que expandieron la pasión por la pela de gallos en todos sus dominios primero y luego al resto de pueblos muy cercanos. Fue así como llegó a Francia, Roma, Inglaterra y España. El origen de esta tradición cultural llegó al Perú, donde está muy arraigada hasta nuestros días, fue con la incorporación de estas tierras a la Corona de Castilla. Cuando los españoles como conquistadores desembarcaron en América, trajeron sus gallos de pelas bajo el brazo. Algunos historiadores aseguran, que el conquistador Hernán Cortés cuando desembarcó en la ciudad de México, entre las obras públicas que logró fue construir su gallinero para criar gallos de pelas. Lo mismo hicieron los jefes de los virreinos del Perú, donde doña Inés de Suárez apasionada de las aves se dedica a criar gallos de peleas.

Esta diversión recibió la atención de los reformistas burgueses de las clases opresoras fue la pelea de gallos. Esta distracción, de carácter elitista, congregaba a multitud de espectadores, quienes veían en el fiero lance de los emplumados una ocasión propicia para jugar a las apuestas. A diferencia de la fiesta taurina, los requerimientos de infraestructura para una pelea de gallos eran bastantes modestos. Los torneos se llevaban a cabo en corrales o plazoletas donde se improvisaba un ruedo para la lucha y se señalaba la necesidad de un árbitro imparcial que declarara al vencedor.

Para “los ilustrados, la pelea de gallos era un entrenamiento propio de gente ociosa, inclinada a la bebida y protagonista de riñas callejeras. Con el objetivo de controlar el espectáculo, el virrey Amat aprobó en 1762 la construcción de un gran Coliseo de Gallos en la plazuela de Santa Catalina. Hasta entonces las peleas eran diarias, pero después su realización se programó tres días de la semana (incluyendo los domingos), aparte de las fiestas importantes de la ciudad. (Flórez, 2005, p. 166)

En la ciudad de Ayacucho, se informaba el 18 de julio de 1874, que es

Deplorable es que en este local permite gusto el inspector de espectáculos públicos que algunos hijos de familias, tiernos, vayan a malversar el trabajo de sus padres en entretenimientos prohibidos para tal edad, y decimos malversar, porque al valió que cabritos verde y cabritos no tienen de donde viene ¡más rectitud, señor Juez! (*El Ayacuchano*, Ayacucho, sábado 18 de julio de 1874. N° 8. Titulado: Coliseo de gallos)

Esto significaba que no existía control para su ingreso, pero los “señoritos” tiernos como los más adultos, ingresaban a apreciar dicha pelea elitista mayormente.

Para el 16 de mayo de **1888**, se dice que:

El señor prefecto del departamento manifestando que la licencia que se cobran para la lidia de gallos no produce más que una pequeña cantidad al año por falta de un coliseo y para cuya construcción carece el municipio del local; disponiendo la beneficencia de terreno apropiados para tal construcción y careciendo esta de venta para el sostenimiento de la única casa de caridad pública. (Aray. Sección Libro de actas de sesiones de la municipalidad. Legajo N° 25. Años: 1878-1891. Ayacucho, 16 de mayo de 1888)

Seguramente que las peleas de gallos se hacían en alguna casa o canchones que existían en la ciudad, como el canchón del jirón tres máscaras por estos tiempos, donde se llevaban a cabo dichas lidias de gallos. Lo interesante es que el día 15 de junio de **1888**:

Se pide la autorización para construir un coliseo de gallos de esta ciudad, para que construya una cancha en el local propio de la beneficencia, que en ninguna parte se lidian gallos sino en el indicado coliseo con la única condición que se abone 3 soles con 60 centavos para derechos de licencia en cada temporada por parte de la beneficencia. (Aray. Sección Libro

de actas de sesiones de la municipalidad. Legajo N° 25. Años: 1878-1891. Ayacucho, 16 de mayo de 1888)

Desde las fechas señaladas no se construyó un coliseo de gallos, como el que nos imaginamos, sino fue un simple canchón que se ubicó en el local de la Beneficencia pública, en el jirón Carlos F. Vivanco. Es aquí donde los aficionados concurrían cada fin de semana para sus apuestas y al estilo del “Gallo Carmelo” los hacían pelear.

Esta diversión pública para la década de los 40 del siglo XX, era mayormente para despejarse de los trabajos de fin de semana y poderse relajar eran las peleas de gallos en la ciudad de Ayacucho. El sitio donde se efectuaban las luchas se llamaban reñidero, un círculo cuyo entero estaba alfombrado o con ripio, los galleros en los reñideros preparaban al gallo, los afirmaban, los prueban en la resistencia, son entendidos en heridas o golpes por estar estos calificados” (Aray, Municipalidad, Legajo N° 34 en Roxana Buitrón Óp. Cit. p. 16).

Para estas peleas de gallos se ponía a un juez que figuraba en la lista de apostadores como “el juez Antonio del Villar dio un animal fallo, se ha entregado la suma de 50 soles” (Aray, Municipalidad, Legajo N° 34 en Roxana Buitrón Óp. Cit p. 18). También había empresarios de peleas de gallos como el “empresario de coliseo de gallos, don Guillermo Quintanilla, al no cumplir con las disposiciones, como es de reglamento avisar los días que se debe realizar las jugadas para su debido control” (Aray. Municipalidad. Legajo N° 67. Ayacucho, 12 de noviembre de 1945).

En ese sentido, las peleas de gallos eran supervisadas y controladas por los inspectores de la municipalidad. Las peleas de gallos produjeron permanentemente tensión entre los miembros de la comunidad de notables por eran muy conservadores, quienes no estaban de acuerdo con dichas peleas, en este sentido, la municipalidad también comenzó a reglamentar dichas lidias de gallos en la ciudad, esto para evitar escándalos que perjudicaban al vecindario cercano al canchón de gallos. Además, era necesario reglamentar las tarifas como las que sucedieron en **1946**, cuando es:

Nombrado a ser técnico para la jugada de gallo durante el presente año, ha visto con sorpresa que ha puesto Ud. Para la jugada la suma de 150 soles, que está en pujina con el reglamento y las costumbres, les prevengo que debe de haber dos clases de entradas a una sombra con asiento que debe valer 1 sol y la otra a sol o sea entrada general cuyo costo debe ser de 50 centavos. (Buitrón, 2011, p. 49)

Finalmente, podemos decir que las “(...) riñas de gallos eran espectáculos realizados todos los meses y en todas las localidades rurales” (Valenzuela, 2010, p. 375), fue una diversión en la que asistía los llamados “señoritos” aficionados a los gallos, como también lo hicieron posteriormente los mestizos de la ciudad, seguramente hubo algunos indígenas que ingresaban por curiosidad, pero eso se dio en tiempo más tarde, seguramente en la década de los 70-80 del siglo XX. En cambio, los señoritos” y los mestizos adinerados, realizaban apuestas al gallo de su preferencia o a sus propios gallos que ellos criaban. La pelea de gallos también fue reglamentada y existió un pequeño coliseo de gallos en el jirón María Parado de Bellido, es decir a dos cuadras de la Plaza Mayor de la ciudad de Ayacucho, donde el ingreso por esas décadas era libre, sin restricciones de siglos pasados. En este siglo XXI, aún podemos observar que existe un local, al que llaman “Coliseo” de nombre “Don José”.

Si bien los espacios considerados de “vicios” e “indecentes” por los notables de la primera mitad del siglo XX, tanto las corridas de toros como las peleas de gallos no fue erradicada, salvo algunos cambios; los que significa que ambas tuvieron continuidad, rupturas y transformaciones, pero en su reglamentación, más no en su contenido celebratorio.

En conclusión, estas diversiones populares, donde también participó, como se ha demostrado la élite, siguió siendo un espectáculo de gran atracción de la vida cotidiana de la sociedad de Ayacucho, que en pleno siglo XXI, aún las tenemos presente.



Carro Ford de 1960. Foto: Augusto Martínez Gómez.

CONCLUSIONES

Después de haber realizado la investigación histórica, hago mención de las conclusiones, ofreciéndoles nuestros resultados:

1. Que la categoría empleada sobre la comunidad de notables nos confirma que en los periódicos y documentos de archivo, desde fines del siglo XIX hasta 1945, se menciona frecuentemente los sintagmas “vecinos notables” o “personajes notables”; los notables sería un segmento formado por pedagogos, médicos, abogados, sacerdotes, militares, comerciantes, etc., quienes tenían influencia en las decisiones del poder local (alcalde, prefecto, sub prefecto o gobernadores). Ejercieron poder como subalternantes gracias a un lenguaje hegemónico que justificaba su situación de privilegio. Considerados a la vez como élite o aristocracia huamanguina por los diversos intelectuales que han escrito sobre dicha clase social durante fins del siglo XX e inicios del siglo XXI; por lo tanto, la categorpia de notables va parentada en está tesis con la de élite.
2. Los notables ejercían dominio de sumisión frente a la clase de subalterna; básicamente estas tenían diferencias étnicas. Los notables eran los instruidos, civilizados o progresistas frente a los considerados subordinados: mestizos e indígenas; que fue frecuente en diversos estudios de los intelectuales ayacuchanos del la década de los 30-50 y que nosotros añadismo a los de la clase excluidad de la sociedad como mendigos y prostitutas.
3. Se llegó a confirmar que antes y durante la celebración del Centenario de la Batalla de Ayacucho, en 1924, la ciudad tradicional de Ayacucho lentamente fue modernizándose por la presión de los sectores subalternantes. Esto fue favorecido porque el Estado empezó a dar mayor presupuesto para obras públicas, embellecimiento de esta manera la ciudad, refaccionando templos, puentes; que benefició a la ciudad con la ampliación del fluído eléctrico para el servicio doméstico; no todas las obras se cumplieron a cabalidad para el Centeneario, lo que se tuvo que esperar la celebración del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga, en 1940, donde se logro mayores obras públicas para la ciudad, como: construcción de un hospital, teatro cine “Caceres” y “Municipal”, stadium “Leoncio Prado”, escuelas y colegios, gimnasio, etc.

4. Hemos podido confirmar la influencia que ejerció la comunidad de notables, a través de sus intelectuales del Centro Cultural Ayacucho, quienes fueron los que (re) educaron al indígena, a través de la instrucción pública, y donde se nota claramente a los intelectuales: Manuel J. Pozo, Alfredo Parra Carreño, Lucio Alvizuri, Manuel Bustamante, Manuel Antonio Hierro Pozo, Pío Max Medina, Rosa Escarcena, Inés Cardenas, entre otros, quienes a través de la revista *Huamanga*, influenciaron no sólo a la (re)educación del indígena, sino que también revaloraron la historia, geográfica, costumbres y tradiciones de Ayacucho; durante la difusión de la revista *Huamanga* que tuvo como circulación de 100 números, desde 1934 a 1965, el avance cultural se expandió por toda la región; por otro lado, hay que entender que para estos tiempos la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, seguía clausurada desde 1886, por lo tanto la difusión en el aspecto cultural no fue tan bien divulgado, hasta la creación del Centro Cultural Ayacucho, en 1934.
5. Que los medios tecnológicos llegados a la ciudad capital de Ayacucho, como el telégrafo, teléfono, fotografía, cine, radio, etc. revolucionan por completo la vida cotidiana de los pobladores de Ayacucho. La vida cotidiana del ciudadano se va transformando, porque ahora los pobladores podían ir al cine, a ver películas, donde el cine se convirtió en la atracción del entretenimiento; por otro lado, el posar para una fotografía cambia la manera de vida del notable, de los de clase media y posteriormente serán los mestizos e indígenas que posaran en los estudios de los diversos fotógrafos que tenían sus estudios en la ciudad de Ayacucho. Entonces, la tecnología confirmó, en primer lugar, en lo referente al cine y a la fotografía severamente la distancia entre opresores y víctimas, al extremo de que facilitó el debilitamiento de su identidad; pero, que con el correr de las décadas del siglo XX, más específicamente entre 1940-1950, dichas tecnologías se masificaron.
6. Así como hubo cambios, rupturas y transformaciones, en los carnavales y la Fiesta de Todos los Santos y Difuntos, esto fue un proceso lento desde fines del siglo XIX hasta muy entrado la segunda década del siglo XX; el carnaval, por ejemplo, será transformado en su organización en 1926, donde la élite huamanguina lo incorpora al Ño Carnavalón o Rey Momo, imitando la costumbre limeña, así incorpora a la Reyna del carnaval. Mientras que en los barrios, el carnaval continuo celebrando a la manera tradicional y llegando hasta la ciudad, pero no así en Plaza Mayor, que era una costumbre dar vueltas por ellas, con está

celebración aristocrática de los huamanguinos de élite, las pandillas carnavalescas se limitaban a realizarlos en los alrededores de dicha plaza y volver a sus barrios; es decir, que parte de esa tradición dejó pasar a la modernidad; de igual forma sucedió con la Fiesta de Todos los Santos y Difuntos, donde hubo transformaciones en su celebración tradicional, por ejemplo, desapareció definitivamente el famoso “entierro de muñecas”, para la década de los 20-40 del siglo XX.

Como dice Georges Balandier, “en las sociedades donde las ciudades se multiplican, el tiempo natural ya no es el material principal a partir del cual los hombres construyen y dirigen sus temporalidades, fundando así en naturaleza su orden social (...) el hombre de la modernidad, puede sentirse en la situación de extranjero ante lo que no es la temporalidad inmediata. El cambio, lo inestable, la precariedad se le vuelven más familiares” (Balandier, 1993, pp. 157-158) como lo que ha sucedido durante décadas en Ayacucho; pero, como es una sociedad de tradición, aún, dispone de una “cartografía del orden y el desorden, porque está abierta a un movimiento portador de transformaciones continuas e incertidumbres” (Balandier, 1993, p. 143). Entonces, concluimos en nuestra tesis doctoral, que la sociedad de la tradición (Ayacucho), conocía los desafíos de la historia; y por otro lado, esta sociedad engendra rechazos que “quiebran la conformidad, desacuerdos y enfrentamientos, se mueven y no es simplemente repetitiva de sí misma de generación en generación. Aquello por lo cual difiere esencialmente es de otro carácter y, tal vez, revela ciertos ERRORES aparentes en la sociedad de la modernidad, LOS QUE DESPIERTAN EL DESEO DE UN RETORNO AL PASADO (la nostalgia mitigadora) o una cierta fascinación por lo arcaico (la permanencia resistente a los ataques de la historia)” (Balandier, 1993, p. 144). En este sentido, los subalternos tienen su “orden y desorden” mientras que los de la comunidad de notables, miran simplemente su propio “orden” a través de la mal llamada modernidad de aquellos tiempos en Ayacucho.

7. Las acciones trascendentales que se dio en Ayacucho fueron los llamados “convites” en 1856, que eran almuerzos que la comunidad de notables llevaba cabo frecuentemente cada fin de mes, para socializar con las autoridades locales de la ciudad; de esta manera se intentaba lograr prestigio y status, por la cual el halagar al “afitrión”, en este caso, al prefecto, era algo que los miembros de la comunidad de notables hacían para estar bien con

ellos y lograr así su confianza y, a la vez, un cargo público como también de mantenerlo por un largo tiempo. Por otro lado, los espacios de socialización fueron la Plaza Mayor de la ciudad, donde concurrían los notables por las tardes para leer el periódico en un momento de ocio. De igual forma, la Alameda del Río o Bolognesi, fue un espacio de recreación y de diversión de las familias pudientes y no pudientes económicamente, porque cada fin de semana, iban a descansar y a jugar con sus hijos. Era el lugar más familiar que se tenía en la ciudad.

8. El teatro y las veladas literarias fueron un espacio exclusivo de los notables que cada cierto tiempo se daban en la ciudad por los estudiantes de los colegios “Mariscal Cáceres” y “Nuestra Señora de las Mercedes”. El lugar más distinguido para la comunidad de notables era los clubes sociales, como el “Progreso”, “Dos de Mayo”, “Nueve de diciembre”, Club “Sociedad de obreros y artesanos 9 de diciembre”; todos ellos formados a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, era el espacio de tertulia, de discusiones políticas y de “resolución” de los problemas de la ciudad; también el espacio de los rumores y chismes de la sociedad cucufata de Huamanga, se encontraba en la prensa local. Otro club social, vendría hacer la “Sociedad de Caridad”, integradas por señoras y señorías huamanguinas y que ofrecían sus servicios de caridad a los más desvalidos que se encuentran enfermos en el Hospital de San Juan de Dios. Mientras el “Rotary Club”, la “Sociedad de Artesanos”, el “Círculo de Obreros Católicos”, etc.; como clubes tienen como misión el contribuir al progreso de Ayacucho; sus objetivos y fines, que conseguirán siendo miembros de los comités Pro-Centenario de 1924 y del Cuatricentenario de la 1940. Finalizando, con los espacios de esparcimiento como los ríos y baños públicos donde las familias tanto de notables como subalterna va a refrescarse los fines de semana, a los ríos: “Yucaes”, “Huatatas”, “Alameda”, etc., por supuesto sin entrar en dialogo o separadamente entre ellos o alejados, sobre todo de la élite que concurría. Así la vida cotidiana de ambas clases sociales disfrutaba de este esparcimiento los días sábados y mayormente los domingos.
9. Así como hubo espacios “decentes” de recreación, esparcimiento y de diversión sana para la familia, como la Plaza Mayor, La Alameda también hubo espacios de “vicios” para los de la clase subalterna, como las chinganas, chicherías, cantinas, juego de naipes, y la corrida de toros, donde asistían tanto notables como subalternos, como lo ha confirmado el viajero

norteamericano Harry Franck para 1917; estas costumbres y tradiciones enraizadas en la cultura ayacuchana, data desde la llegada de los españoles, quienes fueron los que dejaron como “herencia” estas costumbres y tradiciones en Ayacucho. De igual forma, se quedó como una herencia españolizada, la pelea de gallos, espectáculo e los “señoritos” y luego de los mestizos.

Transformado la sociedad de Ayacucho, en la vida cotidiana, costumbres y tradiciones, ha confirmado que desde 1850 se dieron continuidades que siguieron vigentes hasta muy entrado la segunda década del siglo XX; porque desde 1924 hacia adelante existieron también rupturas en las diversas celebraciones, como la del Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga en 1940; transformaciones que se dieron con el carnaval, por ejemplo, en 1926, que la élite modernizó; asimismo, fueron algunas fiestas cambiando en el transcurso del tiempo; pero, como lo hemos manifestado, algunas pequeñas continuidades siguieron dando sé en Ayacucho.

10. Nuestra hipótesis central fue confirmada, porque clubes sociales y el cambio de prácticas encontradas entre sus miembros sí influyó en el comportamiento de sus miembros, pero también influyó en otros que no pertenecían al club. También confirmamos que hubo continuidad en la tradición de la clase subalterna en sus costumbres y tradiciones, desde 1850 hacia 1922; pero, hubo además rupturas con la celebración emblemática de 1924, donde se hizo presente la modernidad, donde el gobierno de Leguía otorgó presupuesto para obras públicas y embellecimiento de toda la ciudad y con la llegada de la nueva tecnología la ruptura en la vida cotidiana, fue notorio entre la clase notables y la subalterna. El Centenario de la Batalla de Ayacucho (1924) y el Cuatricentenario de la Fundación de Huamanga (1940), consolidó el discurso “modernizador y civilizador” de los miembros notables e intelectuales del Centro Cultural Ayacucho (1934), que cambia definitivamente la manera de “pensar” de otros notables hacia los miembros de la clase subalterna a la cual tenía que (re) educar en sus comportamientos en los espacios públicos de socialización, que se logró durante las décadas de los 50 y 60 del siglo XX, sobre todo entre los niños (as) indígenas y mestizos desde las escuelas y colegios.

11. Durante el recorrido de la presente tesis doctoral, la investigación nos aclaró que los clubes sociales desde fines del siglo XIX hacia el siglo XX sí influenciaron en los cambios operados en la sociedad ayacuchana, sobre todo en lo referente a su progreso y desarrollo económico que hizo que Ayacucho se modernice lentamente entre 1924 a 1945. Por lo tanto, confirmamos que estos cambios y transformaciones se debió, como lo hemos dicho, a la modernización que emprendió el Gobierno de Augusto B. Leguía para 1920 hacia adelante; pero que no “eliminó” totalmente algunas costumbres y tradiciones en Ayacucho, las cuales aún la tenemos presente y conviviendo junto a la sociedad ayacuchana, como la corrida de toros y los carnavales.

12. Los grupos subalternos han tenido mayor resistencia frente al discurso homologador de las clases elitista de Huamanga en ciertas costumbres populares en las que es más decisiva la identidad indígena, como la asistencia a chicherías, cantinas y al juego de los dados y naipes. La mirada de Francisca Muñoz Cooper, es algo que pudo suceder entre la élite huamanguina y la clase subalterna, cuando afirma que “las diversiones populares, a pesar de ser criticadas por la élite por originar desordenes, violencia e inmoralidad, tienen una importancia económica, pues es de las patentes que se pagan para establecer este tipo de actividades que ingresan recursos importantes que la autoridad puede utilizar para otros propósitos como obras sociales, el pago de sueldos a fuerza policial, etc.” (Muñoz, 2003, p. 39). Por supuesto, ya en la década de los 40-50 (XX), en la ciudad de Ayacucho, aún se toleraba algunas costumbres “indecentes”, de los subalternos; pero, a pesar de eso, muchos mestizos no pudieron ingresar al círculo cerrado de la comunidad de notables, sobre todo a los clubes sociales, ellos lo hicieron durante la década de los 40 hacia adelante.

13. Al analizar las prácticas cotidianas, se ha visto el choque entre una “decencia colonial y una republicana, confirma que lo que ha sido definido como un proceso de modernización, fue en parte el reforzamiento de formas coloniales de dominación sobre instituciones modernas” (Whipple, 2021, p. 192). La “élite lograba adecuar el discurso modernizador para que el control social apuntara nuevamente hacia los sectores populares, tal como había ocurrido con la adecuación del reformismo borbónico” (Whipple, 2021, p. 193). Entonces, el discurso civilizador de la élite huamanguina, integrado por la comunidad de notables, lograron algunos cambios en los espacios de sociabilidad, sobre todo en la Plaza Mayor y la

Alameda muy entrado en la década de los 40-50 del siglo XX; pero, no pudieron cambiar los comportamientos “indecentes” e “inmorales” desde su percepción, en los espacios de “vicios”, como las chicherías, cantinas y corrida de toros, donde los subalternos, daban rienda suelta a su diversión, placer de la bebida y el baile.

Una promesa distinta a la decimonónica ya que busca una revalorización de la cultura popular, una visión crítica a las coerciones disciplinarias de la modernidad, un mayor cosmopolitismo y una alianza multclasista en la dirección del gobierno. Este proceso tiene contradicciones y claroscuros, pero no se puede dudar que por primera vez en nuestra historia la hegemonía cultural de las élites se quiebra, los escritores periodistas tienen un masivo auditorio heterogéneo y lo nacional y lo popular confluyen parcialmente, no sin conflictos y distorsiones” (Velázquez, 2013, p. 300).

Ayacucho, entonces, finalmente, sigue siendo una ciudad semi moderna, que esperara la celebración del Sesquicentenario de la batalla de Ayacucho en 1974, para despegar con su desarrollo económicos y social, logrando su definitiva modernización, teniendo como antecedentes de modernidad, el Centenario de 1924 y el Cuatricentenario de 1940; por otro lado; a pesar de sus rupturas y transformaciones, no elimina totalmente sus costumbres y tradiciones. En este torbellino de incertidumbres, la vida cotidiana de la clase subalterna seguirá su curso mientras la élite huamanguina se afana en su tarea de continuar transformándola.

Finalmente, si podemos confirmar que durante nuestro periodo de estudios de 1850 a 1945, en la presente tesis doctoral, existieron y existirán periodos de continuidades, rupturas y transformaciones en las costumbres, tradiciones y vida cotidianas de toda la sociedad de Ayacucho.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alf Ludtke (1995) “De los héroes de la resistencia a los coautores. Alltagsgeschichte Revista Ayer N° 19.

<https://www.jstor.org/stable/41328401>

Agnew & Oslender, U. (2010) Territorialidades superpuestas, soberanía en disputa: lecciones empíricas desde América Latina. Tabula Rasa. N° 13. Bogotá – Colombia.

<http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n13/n13a08.pdf>

Agulhon, M. (2016) Política, imágenes, sociabilidad. De 1789 a 1989. Universidad Zaragoza. España.

Agulhon, M. (2009) El círculo burgués, seguido de una pequeña autobiografía intelectual. Siglo veintiuno, editores. Argentina. <https://es.scribd.com/document/388135864/AGULHON-Maurice-El-Circulo-Burges>

Agulhon, M. (1994) Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia Contemporánea. Instituto Mora. México. <https://es.scribd.com/document/393020522/AGULHON-Maurice-Historia-vagabunda-Etnologia-y-politica-en-la-Francia-contemporanea-pdf>

Aljovín, C. (2000) Caudillos y Constituciones. Perú, 1821-1845. PUCP. Lima.

Aljovín, C. & Velázquez, M. (2017). *Las voces de la modernidad Perú, 1750-1870. Lenguajes de la Independencia y la República*. Colección Bicentenario de la Independencia 1821-2021. Fondo Editorial del Congreso del Perú. Lima.

Aliaga A. & Zevallos, W. (1976) Ayacucho 1900-1950: Desarrollo económico-social. Trabajo de investigación PPA-502. Facultad de Ciencias Sociales. UNSCH. Ayacucho.

Alvizuri, L. (1935). El indigenismo en Ayacucho. *Revista “Huamanga”* N° 4. Ayacucho

Alvizuri, L. (1936). La mendicidad en Ayacucho. *Revista “Huamanga,”* N° 42 Ayacucho.

Alí, F. (2005). *Técnicas de investigación para historiadores. Las fuentes de la Historia*. Edit. Síntesis. España.

Alejos, W. (2007). *Tiempo de Paz*. Ediciones Altavoz. Lima.

Alejos, A. (2013) Una fotografía, una historia (Conferencia) el 9 de abril en Casa Américas en Barcelona, España. <https://americat.barcelona/es/una-fotografia-una-historia-conferencia-de-walter-alejos>

Anderson, B. (1997) Comunidades imaginadas. FCE México.
http://seminariocultura.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/90/2021/01/Anderson_benedict-comunidades_imaginadas-completo.pdf

Ankersmit, R. (2004). *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*.

Aranda, E. (2018) “Lo urbano y lo moderno: consideraciones teóricas”. Discursos Del Sur, n.º 1.
<file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/51076.pdf>

Apcho, G. (2007). *Producción, comercio y consumo del Aguardiente en Huamanga. 1880- 1920*. Informe de Bachiller. UNSCH. Ayacucho.

Ariés, P. (1992) El Hombre ante la muerte. Taurus. España.
<https://docs.google.com/file/d/0B5JGoBVRg7zraTZvd0xudWFjMm8/edit?resourcekey=0-e9KuPzFn89sYHJHVMgaSX>

Ariés, Ph. y Duby, G. (2000). *Historia de la vida privada. De la Europa feudal al renacimiento*. Tomo 2. España: Taurus.

<file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/Historia%20de%20la%20vida%20privada%20Vol%202%20De%20la%20Europa%20feudal%20al%20Renacimi%20Philippe%20Aries.pdf>

Aries, Ph. y Duby, G. (2001). *Historia de la vida privada. De la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días*. Tomo 5. Editorial Taurus. España.

Ariés, Ph. y Duby, G. (2001). *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*. España: Taurus.

Aries, Ph. & Duby, G. (2001) *Historia de la vida privada. El siglo. Diversidades culturales.*
<https://descargarlibrosenpdf.files.wordpress.com/2017/05/duby-aries-historia-de-la-vida-privada-v10-p4.pdf>

Avilés, V. (2014). *La cultura latinoamericana y la Semana Santa en Ayacucho*, Perú.
<https://www.redalyc.org/pdf/281/28133880006.pdf>

Ayala, K. y León, E. (2000). *El periodismo cultural y el de Espectáculos. Trayectoria en la prensa escrita. Lima, siglo XIX y XX.* Universidad de San Martín de Porras. Trujillo.

Bajtin, M. (2002). *La Cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El Contexto de François Rabalais.* Alianza Editorial. Madrid. España.

Balandier, G. (1993). *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento.* GEDISA. España.

[https://monoskop.org/images/e/ea/Balandier Georges El desorden la teor%C3%ADa del caos y las ciencias sociales 1993.pdf](https://monoskop.org/images/e/ea/Balandier_Georges_El_desorden_la_teor%C3%ADa_del_caos_y_las_ciencias_sociales_1993.pdf)

Barthes, R. (1982). *La Cámara Lúcida.* Editorial Gustavo Gil. Barcelona.
[https://monoskop.org/images/c/c9/Barthes Roland La camara lucida Nota sobre la fotografia .pdf](https://monoskop.org/images/c/c9/Barthes_Roland_La_camara_lucida_Nota_sobre_la_fotografia.pdf)

Braudel, F. (1984) *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: Lo posible y lo imposible.* Alianza editorial. Madrid- España.
file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/kupdf.net_fernand-braudel-civilizacioacuten-material-economiacuttea-y-capitalismo-siglos-xv-xviii-vol-1-las-estructuras-de-lo-cotidiano.pdf

Braudel, F. (1974) *Civilización material y capitalismo.* Barcelona. España.

Barbero, J. (1981) “Prácticas de comunicación en la cultura popular: mercados, plazas y cementerios y espacios de ocio.” <https://www.perio.unlp.edu.ar/catedras/hdelconocimiento/wp-content/uploads/sites/42/2021/06/6334231-Practicas-de-comunicacion-en-la-cultura-popular-mercados-plazas-cementerios-y-espacios-de-ocio.pdf>

Barron, J. (2018) Pancho Fierro. Un cronista de su tiempo ». Munilibro N° 15.
<https://www.munilima.gob.pe/images/MUNILIBRO15.pdf>

Barriga, M. (2013) Vida social y costumbres en la Bogotá de 1880-1920. Una sociedad de dominio masculino. Revista digital “El Artista”. N° 10. Bogotá-Colombia.
<file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/Dialnet-VidaSocialYCostumbresEnLaBogotaDe18801920-4685677.pdf>

Berger, P. y Luckmann (2005). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Argentina.

Bedward (1925). *Un viaje a Ayacucho en los días del Centenario*. Imprenta E. Moreno. Lima.

Brigg, A. y Burke, P. (2006). *De Gutenberg a internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Taurus historia. México.

<http://www.proglocode.unam.mx/sites/proglocode.unam.mx/files/48651424-Burke-Peter-De-Gutemberg-a-Internet%20%281%29.pdf>

Bobbio, N. (1993) Diccionario de la política. Política, poder y violencia política (Vol II). Siglo Veintiuno editores. España.

Bourdieu, P. (1989). *La fotografía: un arte intermedio*. México.
<https://es.scribd.com/document/311358904/Bourdieu-Pierre-La-Fotografia-Un-Arte-Medio-PDF>

Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Tauros. Ediciones Santillana. Colombia.
https://pics.unison.mx/maestria/wp-content/uploads/2020/05/La_Distincion-Bourdieu_Pierre.pdf

Bonilla, H. (1989). *Estado y tributación campesina. La experiencia de Ayacucho*. IEP. Lima.
<https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/estado%20y%20tributo%20campesino.pdf>

Burke, P. (2001). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Editorial Crítica. España. <https://bibliodarq.files.wordpress.com/2013/10/1-burke-r-visto-y-no-visto-el-uso-de-la-imagen-como-documento-histc3b3rico.pdf>

Burke, P. (2001). *Formas de hacer la historia*. 2da edición. Alianza editorial. Madrid. España.
<https://historiacaride.files.wordpress.com/2016/05/burke-peter-formas-de-hacer-historia.pdf>

Burke, P. (1996). *La cultura popular en la Europa Moderna*. Alianza Editorial. España.
<https://pdfcoffee.com/burke-peter-la-cultura-popular-en-la-europa-moderna-pdf-5-pdf-free.html>

Buitrón, R (2011). *Las diversiones sociales y su reglamentación en la ciudad de Ayacucho (1920-1950)*. UNSCH. Ayacucho.

Bustamante, M. (1943) *Apuntes para el folklore peruano*. Imprenta “La Miniatura. Ayacucho.

Bustamante, M. (1940). Una corrida de toros en Ayacucho. En *Revista Huamanga* N° 33. Órgano del Centro Cultural Ayacucho.

Blanco, O.; Domine, M.; Gómez, M. y otros (2000). *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*. Paidós. México.

Blacha, L. (2005) ¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas. *Revista THEOMAL* N° 12. Argentina. <https://www.redalyc.org/pdf/124/12401210.pdf>

Bueno, Cosme (s/f) “Geografía Virreinal del Perú: Descripción de las provincias del Obispado de Huamanga. <http://revista.letras.unmsm.edu.pe/index.php/le/article/view/1310/1196>

Chakrabarty, D. (1999) “Historias de las minorías, pasados subalternos” En: *Revista Historia y Grafía*, N° 12. Universidad Iberoamericana de México.

Cáceres, R. (2006). *La Economía de Huamanga: El comercio durante la Independencia, 1800-1824. Informe de bachiller*. UNSCH. Ayacucho.

Camino, E. (1959). Editorial. *Revista Huamanga*, 93. Ayacucho.

Camassi, E. (2019) *Memorias y Remembranzas de Huamanga*. NEXCOMTECH A& CSRL. Ayacucho.

Canales, F. (1941) “Rotary Club”. Charla sustentada el 16 de febrero. *Revista Huamanga*, 40-41.

Carbone, G. (1991). *El cine en el Perú: 1897-1950*. Universidad de Lima. Lima.

Carmagnani, M. (1984). *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*. Edit. Crítica. Barcelona-España.

http://www.iunma.edu.ar/doc/MB/lic_historia_mat_bibliografico/Historia%20Latinoamericana%20II/Unidad%203/Carmagnani-Estado-y-Sociedad-en-America-Latina.pdf

Camarena, A.; Carrasco, J.; Ramírez, M. & Solís, J. (1976) *Clases sociales de Ayacucho. 1850-1990*. Departamento de Ciencias Histórico Sociales. UNSCH. Ayacucho.

Cánepa, G. (2011) *Imaginario visual y cultura en el Perú*. PUCP. <http://www.untumbes.edu.pe/vcs/biblioteca/document/varioslibros/0861.%20Imaginaci%C3%B3n%20visual%20y%20cultura%20en%20el%20Per%C3%BA.pdf>

Carranza, L. (1883) *Apuntes de un viajero*. Lima.

Caro, J. (1965). *El Carnaval*. Taurus. Madrid. España. <https://es.scribd.com/document/371061104/4-14-El-carnaval-pdf>

Caro, I. (2016) *La historia como pretexto. El pasado y el presente durante la conmemoración del centenario de 1924 en Ayacucho*” En: *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Alex Loayza (editor) IEP. Lima.

Caro, I. (2008) “Comunidad imaginada de Huamanga. Una aproximación al discurso histórico regional”. Informe final de investigación del Instituto de investigación de la facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho.

Caro, I. (1999) “La construcción del discurso histórico en Ayacucho” (1999). Informe final de investigación del Instituto de investigación de la facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho.

Caro, I. (2000) “Política y cultura en Ayacucho (1918-1934). Entre la celebración del Centenario de la batalla de Ayacucho y la formación del Centro Cultural Ayacucho”. Informe final de investigación del Instituto de investigación de la facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho.

Caro, I. (2007) Elite y discurso histórico regional. Ayacucho en la primera mitad del siglo XX. En: *Congreso, pueblos, provincias y regiones en la historia del Perú*. Academia Nacional de Historia. Lima.

Casalino, C. (2017) Centenario. Las celebraciones de la Independencia 1921-1924. Munilibro N° 10. Municipalidad de Lima. Lima-Perú. <http://www.biblioteca.munlima.gob.pe/images/munilibros/MUNILIBRO10.pdf>

Casalino, C. (2020) “Memoria histórica y valor patrimonial. El museo cementerio Presbítero Matías Maestro en la ciudad de Lima”. En Revista Historia y Cultura N° 31. https://mnaahp.cultura.pe/sites/default/files/hyc_31_2.pdf

Castro, G. (1955). Por los fueros de la tradición. *Revista Huamanga*, N° 85, Ayacucho.

Cavero, R. (1986). *Maíz, chicha y religiosidad andina*. Ayacucho.

Cavero, J. (1959). “El Centro Cultural Ayacucho, y sus bodas de plata. 1934-1959”. *Revista Huamanga* N° 93. Ayacucho.

Cavero, J. (1959). Nuestro homenaje al día de las Américas y a la Confraternidad Americana proyectada por Rotary Club de Ayacucho. *Revista Huamanga* N° 91. Ayacucho.

Cavero, J. (1937) Ayacucho y sus necesidades colectivas. Sub-Comité Pro-conmemoración del IV Centenario de Huamanga. Editorial “Minerva” Lima.

Cravero, J. (1992). *Carnavales de Huamanga*. Ayacucho.

Carrasco, S. (1988). *Ayacucho, Dos Siglos de Periodismo*. Lima.

Ceballos, A. (2006). Categorías de tiempo histórico. *Éndoxa*, 21. Madrid-España. http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:Endoxa-20065799FD9C-FDC8-EAE7-D8E1-3BD5BCFDBEF3/categorias_tiempo.pdf

Colomer, F. (1993). Biografía y cambio social: la historia que estamos viviendo. En *Historia a Debate. Otros enfoques*. Tomo III. De Carlos Barros, Editor. España.

Corcuera, S. (2002). *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. Segunda edición. FCE. México. file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/pdfcookie.com_voces-y-silencios-en-la-historia-siglos-xix-y-xx-corcuera-de-mancera-sonia.pdf

Collado, M. (2002) En torno a la vida cotidiana” Universidad de México. <https://www.revistadelauniversidad.mx/download/14618ef2-ef0e-4ec7-a1b6-92e07aa4e4b1?filename=en-torno-a-la-historia-de-la-vida-cotidiana>

Contreras, C. (2007). El poder de gobernar y el poder de cobrar, Autoridades políticas locales en el Perú a finales del siglo XIX En: *Cultura política en los andes (1750-1850)* de Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacoben (editores). Lima. <https://books.openedition.org/ifea/5786?lang=es>

Coasaca, W. (2012). *Dramatización y religiosidad cultural en semana santa cultura cultica local*. Tesis de Maestría en antropología. Lima. PUCP. https://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/bitstream/handle/20.500.12404/5366/COASACA_NU%c3%91EZ_WILLVER_DRAMATIZATION.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Cueto, S. (2009) De salones, círculos y cafés. Reseña de: Agulhon Maurice “el círculo burgués, la sociabilidad en Francia. 1810-1848”. Siglo XXI. Buenos Aires. En Revista Sociohistórica. http://www.fuentememoria.fachce.unlp.edu.ar/art_revista/pr.4516/pr.4516.pdf

Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudio sobre estudio cultural*. Editorial GEDISA. España. <https://jricomcursos.files.wordpress.com/2019/02/chartier-r.-el-mundo-como-representaciocc81n.pdf>

Chakrabarty, D. (1999). Historia de las minorías, pasados subalternos, *Revista Historia y Grafía* 12. Universidad Iberoamericana. México.

Chartier, R. (1991). *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*. GEDISA. España. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/5867507/mod_resource/content/1/Espacio_publico_critica_y_desacralizacio.pdf

Chávez, C. (2006). *El discurso sobre nación a través de la prensa ayacuchana. 1850-1865. Informe de práctica Pre-profesional*. Especialidad de Historia. UNSCH. Ayacucho.

Chuchón, D. (2009). *La electrificación en Huamanga, Cambio y modernidad a inicios del siglo XX*. DSG Impresiones. Ayacucho.

Dargent, E. (2002). Siglo XVIII: Un siglo de optimistas. En *Sociedad y cambio en Occidente. Siglo XI-XX*. VV AA. Lima.

Damatta, R. (1979) Carnavales, desfiles y procesiones.

file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/nanopdf.com_da-matta-carnavales-desfiles-y-profesiones.pdf

Das, V. y Poole, D. (2008). El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. En *Cuaderno de Antropología social*. N° 27. Universidad de Buenos Aires. Argentina.
<https://www.redalyc.org/pdf/1809/180913917002.pdf>

Delumeau, J. (2002). *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*. Taurus. Madrid.

Descola, J. (1962) *La vida cotidiana en el Perú en tiempos de los españoles. 1710-1820*. Librería HACHETTE. S. A. Buenos Aires-Argentina.

De la Cadena, M. (1997). *La Decencia y el respeto. Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cuzqueñas*. Documento de trabajo N°86. IEP. Lima.
<https://repositorio.iep.org.pe/bitstream/handle/IEP/867/documentodetrabajo86.pdf?sequence=2&isAllowed=y>

De la Riva, J. (2004). “Iglesias, casas, y aspectos general de la ciudad (Ayacucho)”. En *Antología de Huamanga* de Edgardo Rivera Martínez. Fundación M.J. Bustamante De La Fuente. Lima.

Del Águila, A. (1999). *Los velos y las pieles. Cuerpo, género y reordenamiento social en el Perú republicano*. IEP. Lima.

Del Águila, A. (1997). *Callejones y Mansiones. Espacios de opinión pública y redes sociales y políticas en Lima del 900*. PUCP. Lima.

Del Águila, A. (1995) Callejones y mansiones o la reconstrucción de los espacios públicos en Lima (1895-1919). *Revista Sociológicos XIII*: 39. Lima. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/Dialnet-CallejonesYMansionesOLaReconstruccionDeLosEspacios-6164001.pdf>

Drinot, P. (2016). *La seducción de la clase obrera. Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Ministerio de Cultura.

Drinot, P. (2013) “Entre el Imperio y la nación: Ayacucho a comienzos del siglo XX en dos relatos de viaje” En: *Entre la región y la nación. Nuevas aproximaciones a la historia ayacuchana y peruana*. Roberto Ayala Huaytalla (compilador). IEP. Lima.

De Certeau, M. (2003). *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción*. Universidad Iberoamericana. México.

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano*. 1. Arte de hacer. Universidad Iberoamericana. México.

https://monoskop.org/images/2/28/De_Certeau_Michel_La_invencion_de_lo_cotidiano_1_Artes_de_hacer.pdf

De Certeau, M. (1999) *La invención de lo cotidiano. Habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana. México.

https://monoskop.org/images/1/1c/De_Certeau_Giard_Mayol_La_invencion_de_lo_cotidiano_2_Habitar_cocinar.pdf

De Miguel, J. (1998) *Para una sociología de la fotografía* Universidad Autónoma del estado de Morelos-México. www.biblioargentina.org.ar/archivos/pdf

Del Pino, J. (1953). *Guía de turismo y de vialidad de la ciudad de Ayacucho*. Imprenta Garcilaso. Cuzco.

Del Pino, J. (1944). La música vernácula ayacuchana. *Revista Huamanga* N° 57- 58 del 12 de octubre. Ayacucho.

Del Pino, J. (1950) Editorial. *Revista Huamanga*, agosto. N° 71. Ayacucho.

Díaz, L. (1996) En torno a la cultura popular y los conceptos de cultura: Contribuciones a un debate permanente. RDTP.

www.entornoalaculturapopularylosconceptosdculturacontribucionesaundebatepermante

Duby, G. (1991). *La historia continúa*. Editorial Debate. España.

Duby, G. (1995). *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*. Editores Textuales. Editorial Andrés Bello. Barcelona.

Duby, G. (1969) La Historia Cultural.

<https://geohistoriahumanidades.files.wordpress.com/2011/03/george-duby-para-una-historia-cultural.pdf>

Echavarría, Ll. (2007). *La prostitución: El mercado del placer en Ayacucho. Informe de práctica Pre Profesional*. UNSCH. Ayacucho.

Eguiguren, L. (1935) La sedición de Huamanga en 1812. Ayacucho y la Independencia. Nueva edición dedicada a Ayacucho. Librería e Imprenta GIL.S.A. Lima.

Elías, N. (2012). *La sociedad cortesana*. FCE. México.

<https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2014/03/elias-norbert-la-sociedad-cortesana.pdf>

Elías, N. (1998) Apuntes sobre el concepto de lo cotidiano. En: Weiler, Vera (Com) La civilización de los padres y otros ensayos. Bogotá. file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/kupdf.net_n-elias-1998-apuntes-sobre-el-concepto-de-lo-cotidiano.pdf

Elías, N. (1994). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. España.

Espinoza, G. (2009). *El periodismo regional. El caso del Semanario El Faro del Callao*. Tesis digitales UNMSM. Lima. <https://studylib.es/doc/5722864/capitulo-1-el-periodismo-regional-e-interpretativo-si>

Espinoza, W. (1997) “El sistema de Castas y el mestizaje cultural en el virreinato del Perú”. En: *Peruanidad e Identidad*. De Lorenzo Huertas, Waldemar Espinoza y Juan José Vega. Universidad nacional de Educación “Enrique Guzmán y Valle”. Lima.

Escarcena J. (1939) Editorial revista “Huamanga”. N° 19 del 31 de marzo. Ayacucho.

Escarcena, J. (1938). La misión del Centro Cultural Ayacucho. *Revista Huamanga*, 13. Ayacucho.

Escarcena, R. (1938). El indio ayacuchano. *Revista Huamanga*, Nros 15-16. Ayacucho.

Fajardo, M. (1934) Discurso. *Revista Huamanga*, N° 1. Ayacucho.

Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI. Trigésimo segunda edición. Buenos Aires. Argentina.

Flórez, R. (2005). *Virreynato*. Diario Expreso. Lima-Perú.

Forment, C. (2012). *La formación de la sociedad civil y la democracia en el Perú*. Lima: PUCP.

Fugier, M. (2001). Los ritos de la vida privada burguesa. En: Aries Phillpe y Duby, Georges *Historia de la vida privada. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Tomo 4. Taurus. Colombia.

Fuentes, J. (2005) “Plaza de Armas. Grande o principal de Mérida, Yucatán: Historia, características, usos y usuarios”. En: *Antropología del espacio público: La Plaza*. “Diario de Campo”. Suplemento N° 34. CONACULTA. INAH. México.

Gamarra, J. (2007). *Las veladas literarias musicales como espacios de construcción de identidades en Ayacucho del siglo XX: elementos de historia cultural regional*. En: “El desarrollo de las Ciencias Sociales en Ayacucho” UNSCH. Luis Millones, Jeffrey Gamarra y José Ochatoma (editores). UNMSM.

Gamarra, J. (1996) El espacio regional como pretexto: Historia y producción cultural en Ayacucho 1900-1950. En: “La tradición Andina en tiempos modernos” de Hiroyasu Tomoeda and Luis Millones (eds). Osaka-Japón.

Gamarra, J. (1992) “Estado, modernidad y sociedad regional: Ayacucho. 1920-1940”. En revista Apuntes N° 31, Lima.

García, N. (1990) Culturas híbridas estrategias para entrar y salir de la modernidad. Grijalbo. México. https://monoskop.org/images/7/75/Canclini_Nestor_Garcia_Culturas_hibridas.pdf

Garrido, M. (2006). Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823. Instituto Mora. Historia política.

<file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/MOR000084478%20Fiestas%20c%3%ADvicas.pdf>

Gay, P. (1992). *La experiencia burguesa De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*. Fondo de cultura económica. México.

Galindo, V. (2004). *Bibliografía de la revista “Huamanga”*. Lima.

Galdo, V. (1992). *Ayacucho: Conflicto y pobreza (historia regional, siglo XVI-XIX)*. UNSCH. Ayacucho.

Gargurevich, J. (1999). *Del Grabado a la Fotografía. Las ilustraciones en el periodismo peruano*. Lima. https://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/san_marcos/n24_2006/a06.pdf

Gibbon, L. (1973) “*De Ayacucho a Abancay*” En: El Perú por viajeros. Tomo II. La Sierra-La Selva. Por Estuardo Núñez. Ediciones PEISA. Lima.

Goetschel, A. (1992) “Hegemonía y Sociedad (Quito: 1930-1950) En: Ciudades de los andes. Visión histórica contemporánea de Eduardo Kingman Garcés Compilador) IFEA. Quito-Ecuador. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/54103.pdf>

Goicovic, I. (2005) “Ámbitos de sociabilidad y conflictividad social en Chile tradicional. Siglos XVIII y XIX”. En: Revista Escuela de Historia. Universidad Nacional de Salta. Año 4, bol 1, N° 4. Argentina. www.redalyc.org/articulo.oa?id=63810403

González, P, (2010) Las pulperías porteñas: Historia de una expresión de sociabilidad popular en la ciudad de Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX. Universidad de Paris VII-Jussieu <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01946829/document>

González, E.; Borja, J.; De Zela, M. y Morote, E. (2007). *Folklore y Tradiciones Populares*. PUCP. Lima.

González, B. (1994) Escritura y modernización. Domesticar la barbarie. Universidad Simón Bolívar. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/6494-24771-1-SM.pdf>

González, L. & González, E. (2014) La Universidad de Huamanga. Real, Pontificia y Nacional. Lluvia editores. Lima.

González, E. (2007) Folklore y tradiciones populares. PUCP. Lima.

González, J. & Levano, J. (1997). *Ayacucho*. San Juan de la Frontera de Huamanga. Lima.

González, E.; Gutiérrez, Y. y Urrutia, J. (1995). La ciudad de Huamanga: Espacio, historia y cultura. UNSCH. Lima.

González, F. (s/a) “Breve crónica de las corridas de toros en la Mérida andina” <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/document.pdf>

Gonzalbo, P. (2019). Introducción a la historia de la vida cotidiana. México. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/9786076287033.pdf>

Gonzalbo, P. (2018). *¿Qué hacemos con Pedro Ciprés? Aproximaciones a una metodología de la vida cotidiana*. *Hmex*, 68 (2). México. <https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/3744>

Gonzalbo, P. (2018) En torno a intimidades y rutinas: la nueva historiografía de lo cotidiano. *Histórica digital*. UNAM. https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343_04_07_EntornoIntimidades.pdf

Gonzalbo, P. (2012) *Historia de la vida cotidiana en México. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la nueva España*. Cuarta reimpresión. https://libros.colmex.mx/wp-content/plugins/documentos/boletines/pdf/boled_112.pdf

Gonzales, O. (1996) *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano.* Ediciones PREAL. Lima.

Glave, L. y Urrutia, J. (2000). Radicalismo en élites regionales: Ayacucho 1930-1956. De la revolución aprista a la reapertura de la universidad. Desde el fin del oncenio de Leguía hasta el fin del ochenio odríista. *Debate agrario. Análisis y alternativas*, 31, Centro peruano de estudios sociales. CEPES. Lima. <https://cepes.org.pe/wp-content/uploads/2019/03/01-articulo-da31.pdf>

Glave, L. (2004). *La República Instalada. Formación nacional y prensa en el Cuzco. 1825- 1839.* IFEA. IEP. Lima.

Grignon, Cl. & Passeron, J. (1991) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura.* Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. Argentina. <http://seminariocultura.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/90/2012/01/Grignon-y-Passeron-Dominomorfismo-y-dominocentrismo.pdf>

Guha, R. (2002) *las voces de la historia y otros estudios subalternos.* Crítica. Barcelona. <http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libreria/318.pdf>

Gutiérrez, J. (1997). *Denominado: Ayacucho: Proceso político, 1900-1950.* Tesis UNSCH, Ayacucho.

Gutenberg, P. (1995). *Población y etnicidad en el Perú republicano (Siglo XIX) algunas revisiones.* Documento de trabajo 71.IEP. Lima. <https://repositorio.iep.org.pe/bitstream/handle/IEP/994/documentodetrabajo71.pdf?sequence=2&isAllowed=y>

Guzmán, V. (2005) “Tlalpan, ecos e imágenes de una plaza”. En: *Antropología del espacio público: La Plaza.* “Diario de Campo”. Suplemento N° 34. CONACULTA. INAH. México.

Hernández, R. & Fernández, C. & Baptista, P. (2006). *Metodología de la investigación.* Cuarta edición. México.

Heller, Á. (1972). *La revolución de la vida cotidiana.* Ediciones península. España.

Heller, Á. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Península. Barcelona.

Heller, Á. (1972) *Historia y vida cotidiana*. Grijalbo. México.
<https://trabajosocial5.files.wordpress.com/2016/04/agnes-heller-historia-y-vida-cotidiana.pdf>

Hierro, A. (1939). La decadencia de Huamanga y su resurgimiento. *Revista Huamanga*, 17. Ayacucho, 31 de enero.

Hierro, A. (1938) “La decadencia de Huamanga y su resurgimiento” En: *Revista Huamanga*, Ayacucho 30 de setiembre. N° 15. Ayacucho.

Hierro, M. (1953) “Algunos aspectos de la Evolución Social en Ayacucho” En: *Revista Huamanga* N° 79. Ayacucho.

Hierro, M. (2001) *Cáceres y Ayacucho*. Lima.

Hobsbawn, E. (2013). *Un tiempo de rupturas*. Crítica. Barcelona.
https://planetadelibroscom.cdnstatics2.com/libros_contenido_extra/40/39401_Un_tiempo_de_rupturas.pdf

Hobsbawn, E. (1996). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Crítica. Barcelona.

Hobsbawn, E. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Crítica Barcelona.

Homobono, J. (1986) “fiesta, tradición e identidad local” www.fiestatradicióneidentidadlocal

Huber, L. (2003). *Ayacucho, centralismo y descentralización*. IEP. Lima.
https://repositorio.iep.org.pe/bitstream/handle/IEP/584/huber_ayacuchocentralismoydescentralizacion.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Húdec. V. (1991). *Teoría General del Periodismo*. Editorial Causachum. Perú.

Hunefeldt, C. (1992). *Las manuelos, vida cotidiana de una familia negra en la Lima del s. XIX. Una reflexión histórica sobre la esclavitud urbana*. MINIMA IEP: Lima.

Hurtado, C. (2016) "La conmemoración del centenario de la independencia peruana en el espacio local. El caso de la ciudad de Jauja" En: *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública* (Alex Loayza, editor). IEP. Lima.

Husson, P. (1992) *De la Guerra a la Rebelión (Huanta en el siglo XIX)*. Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas Instituto Francés de Estudios Andinos. [file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/De%20la%20guerra%20a%20la%20rebeli%C3%B3n%20\(Huanta,%20siglo%20XIX\)%20\(Patrick%20Husson\)%20\(z-lib.org\).pdf](file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/De%20la%20guerra%20a%20la%20rebeli%C3%B3n%20(Huanta,%20siglo%20XIX)%20(Patrick%20Husson)%20(z-lib.org).pdf)

Infante, C. (2010). *Poder, tensión y caricatura durante el periodo final del régimen fujimorista*. Manoalzada. Lima.

Infante, C. (2018) *Rupturas comunicativas. Un aporte metodológico al estudio de los problemas del aprendizaje en la UNSCH*. Manoalzada. Lima.

Infante, C. & Llanto, M. (2019) *Apuntes metodológicos de investigación en la Ciencia de la Comunicación*. Manoalzada. Lima.

Infante, C. & Vásquez, J. (2012). *La prensa ayacuchana. Una mirada al espíritu de la época*. Manoalzada. Lima.

Infante, C. & Vásquez, J. (2007). *Línea editorial de la prensa ayacuchana durante la primera mitad del siglo XIX. Informe final de investigaciones*. Instituto de Ciencias Sociales. UNSCH. Ayacucho.

Jacobsen, N. (2005). *Opiniones y esferas públicas en el Perú del tardío siglo XIX: una red de múltiples colores en una tela hecha jirones*. En: *Cultura política en los Andes (1750-1950)* de Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (Eds.). IFEA. UNMSM. Lima.

Jelin, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno. Argentina. <http://www.centroprodh.org.mx/impunidadayerhoy/DiplomadoJT2015/Mod2/Los%20trabajos%20de%20la%20memoria%20Elizabeth%20Jelin.pdf>

Jeri, L. (1938) *La ciudad y el IV Centenario de la Fundación de Huamanga*. En el Periódico "El Trabajo" 1937, N° 6. Ayacucho 27 de setiembre.

Kingman, E. (2009) Cultura Popular, Vida Cotidiana y Modernidad Periférica. *Quaderns N° 25, FLACSO-Ecuador*. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/193723-Text%20de%20l'article-328864-1-10-20110926.pdf>

Kingman, E. (1992) “Ciudades de los Andes: Homogeneización y diversidad”. En: Ciudades de los andes. Visión histórica contemporánea de Eduardo Kingman Garcés (Compilador) . IFEA. Quito-Ecuador. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/54103.pdf>

Krotz, E. (1994). *Cinco ideas falsas sobre “la cultura”*. Universidad. Autónoma de Yucatán. 9 (191). México. <https://red.pucp.edu.pe/ridei/wp-content/uploads/biblioteca/081202.pdf>

Lakoff, G. & Johnson, M. (2009) *Metáforas de la vida cotidiana*. 8va edición. Cátedra. Madrid. España.

Lama, T. (1901) *Páginas históricas*. Colección de artículos sobre la Batalla de Ayacucho. IMP. Y librería de GMO. STOLTE. Lima.

Larrea, C. (1997). *La cultura de los olores. Una aproximación a la antropología de los sentidos*. Ediciones ABYA-YALA. Quito Ecuador. https://digitalrepository.unm.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1532&context=abya_yala

Laurente, Á. (2014) *La Catedral de Ayacucho. Un breve recorrido histórico del principal templo de nuestro Departamento*. Seminario San Cristóbal de Huamanga. Ayacucho.

Lefebvre, H. (1980). *La revolución urbana*. Ediciones Península. <https://www.hebracomunidad.org/wp-content/uploads/2018/07/La-revoluci%C3%B3n-urbana.pdf>

Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Ediciones Península. <http://www.tecnologia.ufpr.br/portal/lahurb/wp-content/uploads/sites/31/2017/09/LEFEBVRE-Henri-De-lo-Rural-a-lo-Urbano.pdf>

Leonardini, N. (2016) “Ayacucho. Escultura e independencia”. En: *La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública*. Alex Loayza (Editor). IEP. Lima.

Licona, E. (2005) “El Zócalo de la ciudad de Puebla como espacio público de protesta social”. En: Antropología del espacio público: La Plaza. “Diario de Campo”. Suplemento N° 34. CONACULTA. INAH. México.

Lockhart, J. (1982) El mundo hispanoperuano. 1532-1560. FCE. México.

López, M. (1990). Mosaicos de Huamanga de ayer y hoy. Ayacucho.

Lossio, J. (2003) *Acequias y gallinazos. Salud ambiental en Lima del siglo XIX*. IEP. Lima. http://repositorio.iep.org.pe/bitstream/handle/IEP/570/lossio_acequiasygallinazos.pdf;jsessionid=EF6A637B96C46CDA6C09DE00CF040627?sequence=2

Loayza, A. & Salinas, A. (2021) La promesa del caudillo. Fundación, anarquía y militarismo (1826-1872). N° 2. Nueva Historia del Perú Republicano. Derrama Magisterial. Lima.

Loayza, A. (2016) La Independencia peruana como representación. Historiografía, conmemoración y escultura pública”. IEP. Lima.

Loayza, G. (2011) Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación (Colombia, 1820-1886) Universidad Externado de Colombia. Bogotá. www.sociabilidadreligionypoliticaenladefinicondenacioncolombia1820-1986

Louis, V. (1983). Antropología de la muerte. Taurus. España.

Ludeña, G. (2000). La cultura Jurídica en Huamanga de la primera mitad del siglo XIX. Lima.

Mannarelli, M. & Zegarra, M. (2021) La modernidad esquivada. Civilismo, guerra y feminismo (1872-1919). N° 3. Nueva Historia del Perú Republicano. Derrama Magisterial. Lima.

Madariaga, J. (2003) “*Los lugares de sociabilidad en Neuskal, siglos XVIII y XIX*. Universidad de Navarra. España. <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:pWO64y7uSIIJ:ojs.eusko-ikaskuntza.eus/index.php/vasconia/article/download/259/256+&cd=4&hl=es&ct=clnk&gl=pe>

Mañaricua, Fray P. (1939). *Un siglo de historia del periodismo en Ayacucho*. En *Revista Huamanga*, 21 al 29 y del 44-48 y 61.

- Madueño, E. (1936). *Día de difuntos. El Pueblo*, N° 1197. Sábado 14 de noviembre. Ayacucho
- Martinelli, (2009). La electrificación en Huamanga. Cambio y modernidad a inicios del siglo XX. DSG Vargas. Ayacucho.
- Martínez A. y Gómez, N. (2016) La sociabilidad y lo público. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/La%20sociabilidad%20y%20lo%20pu%CC%81blico-Sampler%20.pdf>
- Medina, J. (1959) *Discurso memoria del Presidente Cesante. Revista Huamanga*, 93. Noviembre. Ayacucho.
- Medina, E. (2017). Clientelismo y alianzas políticas...el fortalecimiento del poder local durante el centenario de la batalla de Ayacucho (1924). Bachiller en Historia. UNSCH. Ayacucho.
- Medina, P. (1947). *Conferencia sustentada por algunos miembros del Centro Cultural Ayacucho en la escuela de Verano de la Universidad de San Marcos. Revista Huamanga*, 65. del 15 de setiembre. Ayacucho.
- Medina, P. (1942) Monumentos Coloniales. Ayacucho.
- Medina, P. (1940). *Renovación de cargos en el Centro Cultural Ayacucho. Revista Huamanga*, 36-37. Octubre y noviembre.
- Medina, P. (1934) *Inauguración del Centro Cultural Ayacucho: Discurso. Revista Huamanga*, 1. Ayacucho.
- Medina, P. (1935) “*Libertad y progreso*” Revista “Huamanga”. N° 5. Del 31 de diciembre.
- Medina, P. (1924) Ayacucho, Homenaje de la Emancipación política, en el Centenario de la batalla del 9 de diciembre de 1824. Ayacucho.
- Méndez, C. (2011) “*De indio a serrano: nociones de raza y geografía en el Perú (siglos XVIII-XXI)*”. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/2812-Texto%20del%20art%C3%ADculo-10808-1-10-20120818.pdf>

Méndez, H. (2011). *La Ilusión del ferrocarril para Ayacucho...Un proyecto frustrado. 1870- 1945*, Tesis de Historia. UNSCH. Ayacucho.

Mendoza, M. y López, H. (2004) Prensa. *Enciclopedia temática del Perú*. Diario el Trome. Lima.

Mendoza, J. (2007). *Momentos: Imágenes y memoria de un siglo en Ayacucho*. Muestra fotográfica. Presentación. Lima.

Mexicano, C. (2001) “*Negocios urbanos en Lima: Pulperías, cajones y panaderías. 1750-1820 (Una aproximación a su estudio)*”. APUNTES. Investigaciones Sociales. Año V, N° 7. <https://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/sociales/article/view/6875/6083>

Mérida, segunda mitad del siglo XIX” SIGNOS Históricos. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Izlapatapa. México. <https://www.redalyc.org/pdf/344/34411829002.pdf>

Millones, L. (2005). *La nostalgia del pasado glorioso: Ayacucho, 1919-1959*. En Millones e Hiroyasu Tomoeda (eds), *Pasiones y desencuentros en la cultura andina*. Fondo Editorial del Congreso de la República. Lima. www.chirapaq.org.pe/html/cendocse.

Mills, W. (1987) *Las élites del poder*. Novena reimpresión. FCE. México. <https://esfops.files.wordpress.com/2013/07/la-elite-del-poder.pdf>

Miranda, P. (2007) “*Una aproximación a la elite y a las fiestas de familia en la ciudad de Mérida, segunda mitad del siglo XIX*”. Signos Históricos, núm. 18. <http://www.scielo.org.mx/pdf/sh/v9n18/1665-4420-sh-9-18-36.pdf>

Miro, C. (1947) *Ayacucho*. Gráfica Schueuch S.A. Lima.

Mohanna, M. (2001). *Baldomero Alejos, 1924-1976*. ICPNA. Lima.

Molina, S. (2005) “*Élite local: Análisis de un concepto a través de las familias de poder del Corregimiento de Villena-Chinchilla en el siglo XVII*”. Revista Estudios N° 31. www.elitelocalanalisiseunconceptoatrabesdelafamiliadepoderdelcoregimientodevillena

Molina, A. (2000) “*De mal necesario a la prohibición del burdel. La prostitución en Murcia (siglos xv-xvi)*”. Universidad de Murcia. <https://revistas.um.es/contrastes/article/view/84651/81561>

Morote, E. (1975). *Huamanga, una larga historia*. Lima: CONUP.

Mraz, Jh. (1999). *Fotografía y Familia*. DESACATOS, 2. México.
<https://www.redalyc.org/pdf/139/13900209.pdf>

Mucke, U. (2010) *Política y burguesía en el Perú. El Partido civil antes de la Guerra con Chile*. IFEA. Lima.

Mucke, U. (2008). *Poder y política. El Partido Civil antes de la Guerra con Chile*. *Histórica*, 38, Lima.

Micheletti, M. (2018) “*Las conmemoraciones cívicas a fines del siglo XIX en Santa Fé en épocas de inmigración masiva y exaltación nacional*”. Universidad Católica. CONICET. Argentina.
[file:///F:/fiesta%20civica%20santa%20\(40\).pdf](file:///F:/fiesta%20civica%20santa%20(40).pdf)

Munilla, M. (2013) “*Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires. 1810-1835*”. MIÑO Y DAVILA, editores. Argentina.
https://www.udesa.edu.ar/sites/default/files/carpeta1/material_de_lectura_-_lia_munilla_-_celebrar_y_gobernar.pdf

Muñoz, F. (2003) *Sociabilidad popular durante la primera mitad del siglo XIX*. Universidad de Chile. Tesis para optar el Grado de Magister en Estudios latinoamericanos.
https://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/108790/munoz_f.pdf?sequence=3&isAllowed=y

Muñoz, F. (2001) *Diversiones públicas en Lima. 1890-1920: la experiencia de la modernidad*. Lima. <file:///C:/Users/COMPAQ/Downloads/Mu%C3%B1ozFanni2001.pdf>

Muñoz, R. (1803) *Huamanga Vindicada*. Reeditada por la Junta Provincial de Huamanga y su alcalde Dr. Ramón Fajardo Eyzaguirre en 1947. Ayacucho.

Navarro, E. (1945). *Editorial*. *Revista Huamanga*, 62. Ayacucho.

Núñez, E. (1973) *El Perú por viajeros*. Tomo II. La Sierra-La Selva. Ediciones PEISA. Lima.

Oliva, F. (1924) *Apuntes para la historia de Huamanga o Ayacucho*. Ayacucho.

O'Phelan, S. (2005) “*La construcción del miedo a la plebe en el siglo XVIII a través de las rebeliones sociales*”. En: *El Miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*. De Claudia Rosas Lauro (editora). PUCP. Lima.

Ortemberg, P. (2013) “*Sentidos e historia de las fiestas patrias: una introducción*”. *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*. Protohistoria ediciones. Rosario. Argentina. <http://www.iheal.univ-paris3.fr/sites/www.iheal.univ-paris3.fr/files/M%C3%A9tier%20%28Ortemberg%29>.

Orellana, D. (2009). “*La vida Cotidiana*”, En Revista universitaria de investigación y diálogo académico Vol. 5 N° 2. Venezuela. <http://www.revencyt.ula.ve/storage/repo/ArchivoDocumento/conhisremi/v5n2/articulo4.pdf>

Orellana, J. (1967). *Ayacucho, sol de tradición. Perspectivas*. Luminaria. Lima.

Orrego, J. (2017) “*Lima en la década de 1870, una ciudad para el cincuentenario de la Independencia*”. Lima. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/2665-Texto%20del%20art%C3%ADculo-11041-1-10-20181203.pdf>

Ortega, C. (2013). *Hacia una transformación del carnaval huamanguino...El triunfo del Rey “Momo” y la elección de la reyna del carnaval. 1910-1926*. Borradora de tesis UNSCH, no sustentada. Ayacucho.

Pacheco, J. (2016) *Parque de la Exposición. El jardín de Lima*. Munilibro. Municipalidad Metropolitana de Lima. <http://www.biblioteca.munlima.gob.pe/images/munilibros/MUNILIBRO05.pdf>

Panfichi, A. (2012) *La Urbanización de Lima, 1535-1900* http://blog.pucp.edu.pe/blog/wp-content/uploads/sites/38/2012/01/urbanizacion_temprana_de_lima.pdf

Parado, M. & Garrido, S. & Cabezas, C. (2019) “*Modernidad y espacio de sociabilidad: Plazas, paseos públicos y feria en la ciudad de Chillán (1848-1874)*” *Opción*, Año 35, Regular N°90. Chile.

<https://modernidadyespaciodesociabilidadplazaspaseospublicosyferisenlaciudaddechillan1848-1874>

Parra, A. (1945) “Discurso en el Centro Cultural Ayacucho” En: *Revista Huamanga* N° 62. Ayacucho.

Parra, A. (1936). *Editorial. Revista Huamanga*, N° 6. Ayacucho.

Parra, A. (1941). *Editorial. Revista Huamanga*, Ayacucho febrero y marzo, 40-41.

Parra, A. (1934) “Audición musical” En *Revista “Huamanga”*, N° 1. Ayacucho.

Parra, A. (1934) “Ayacucho y sus necesidades” *Revista Huamanga* N° 3. Ayacucho, 30 de junio. Ayacucho.

Prado, C. (1966) *El Periodismo en Ayacucho*. Ayacucho.

Peña, M. (2014). *Tolerar las costumbres: ferias y romerías en el siglo XVIII*. *Revista Hispanía*, 74 (248). <https://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania/article/view/443/439>

Perahia, R. (2007) *Las ciudades y su espacio público*. Universidad de Buenos Aires <http://www.ub.edu/geocrit/9porto/perahia.htm>

Pérez, R. & Mercado, A. (2021) “Notas sobre los espacios de sociabilidad: Morelia durante la segunda mitad del siglo XIX”. *Revista El Artista*, núm. 18. Universidad de Guanajuato, México. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=87466606011>

Perlacios, J. (2001). *Personalidades de Huamanga*. NOVA GRAF. Lima.

Pereira, T. (2007). *Afectos e Intimidades. El mundo familiar en los siglos XVII, XVIII y XIX*. Ediciones Universidad Católica de Chile.

Pereyra, N. (1999) “¿la fotografía como registro o como discurso? Reflexiones en torno a una teoría de la imagen fotográfica”. En: *Imaginación visual y cultura en el Perú* de Gisela Cánepa (editora). Lima.

<http://www.untumbes.edu.pe/vcs/biblioteca/document/varioslibros/0861.%20Imaginaci%C3%B3n%20visual%20y%20cultura%20en%20el%20Per%C3%BA.pdf>

Pereyra, N. (2006). *La fotografía en Ayacucho durante el siglo XIX: Una etnografía de la inicial Producción de imágenes*. Revista *Guamangensis*. N° 6. UNSCH. Ayacucho.

Pereyra, N. (2007). Etnografía de la producción fotográfica de Ayacucho (1863-1950). Clasificación, discursos y enunciados. Informe final de investigación. Instituto e investigación de la facultad de Ciencias Sociales. Ayacucho.

Pereyra, N. (2007) “*Sociedad, identidad e imágenes: La fotografía e Ayacucho (1863-1940)*”. En: El desarrollo de las Ciencias Sociales. UNSCH. Luis Mollones, Jeffrey Gamarra y José Ochatoma (editores). UNMSM. Lima.

Pereyra, N. (2000) *La patria nueva y el Indio: El impacto del Oncenio de Leguía en la sociedad rural ayacuchana (1919-1930)*. Tesis UNSCH. Ayacucho.

Pérez, M. (2008). *Historia del Cine. Una aproximación al séptimo arte*. Pamplona España.

Piña, C. (1985) *Lo popular: notas sobre la identidad cultural de las clases subalternas*. Chile. <https://www.aacademica.org/i.congreso.chileno.de.antropologia/4.pdf>

Pieper, J. (1974) *Una teoría de la fiesta*. Ediciones RIALP, S. A. Madrid. España.

Ponce, F. (1975) *La ciudad en el Perú*. Publicación de la Sub dirección de materiales educativos del Instituto Nacional de Investigación y desarrollo de la Educación “Augusto Salazar Bondy”. INIDE. Lima.

Porras, R. (1921). *El Periodismo en el Perú. 130 años de Periódicos*. file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/silo.tips_el-periodismo-en-el-peru.pdf

Porras, R. (1963). *Fuentes Históricas Peruanas*. Lima.

Pounds, N. (1999) *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*. Crítica. México. <https://historiadoreshistoricos.wordpress.com/2009/03/31/pounds-norman-j-g-la-vida-cotidiana-historia-de-la-cultura-material-1999-critica/>

- Pozo, M. (1949). Páginas de la historia de Huamanga. Imprenta González. Ayacucho.
- Pozo, M. (1939). Lo que fue Huamanga antes y después de la Independencia. Huamanga.
- Pozo, M. (1937). *Editorial. Revista Huamanga*, 10. Ayacucho.
- Pozo, M. (1930). *Las afueras de Huamanga deben ser irrigadas. Revista Huamanga*, N° 1. Ayacucho
- Pozo, M. (1934). Ayacucho ¿principia ya a tener vida económica? *Revista Huamanga*, N° 1. Ayacucho.
- Pozo, M. (1934). *Editorial. Revista Huamanga*, N° 1. Ayacucho.
- Pozo, M. (1924). Historia de Huamanga (Época Colonial). Tipografía La República. Ayacucho.
- Pozo, M. (1928) El Periodismo en Ayacucho. La República. Ayacucho.
- Poole, D. (2000). Visión, Raza y Modernidad. Una economía visual del mundo andino de Imágenes. SUR casa de estudios del socialismo. Lima.
- Podestá, D. (2009). *Clubes de elite. Sociabilidad privilegiada del tiempo libre*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.
<https://cdsa.aacademica.org/000-062/1929.pdf>
- Purcell, F. (2000) *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. Chile.
www.diversionesyjuegospopularesformasdesociabilidadycriticasocialcolchagua18501880.pdf
- Quicaño, T. (2016). *El uso de los tiempos en los discursos y representaciones de la elite ayacuchana. 1924-1959*. Tesis en Historia. UNSCH. Ayacucho.

Quicaño, C. (2008). *Representaciones en el poder local ayacuchano. Región y modernización. Desde el Centenario de la Batalla de Ayacucho hasta el Cuatricentenario de la fundación de Huamanga (1924-1940)*. Borradora de Tesis UNSCH, no sustentada. Ayacucho.

Rabotnikof, N. (2009) *Política y tiempo. Pensar la conmemoración*. Revista sociohistórica, N° 26. www.fuentesmemoria.fahce.unip.edu.ar/art_revistas/pr.4513/pr.4513.pdf

Ramón, G. (1999). *Urbe y orden: Evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño*. En: *El Perú en el siglo XVIII. La era Borbónica*. De Scarlett O'phelan Godoy. Lima: PUCP.

Ramírez, F. & Rosas, J. (2013) *Diccionario de Ciencias Política*. Ediciones Jurídicas. Lima.

Reguillo, R. (2000). *La clandestina centralidad de la vida cotidiana* En: *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*, Alicia Lindón (Coord.). México.

Rengifo, D. (2021) ¡ARRIBA EL TELÓN! Historia del teatro en Lima: del siglo XVI a inicios del siglo XX. <https://www.descubrelima.pe/wp-content/uploads/2022/01/%C2%A1ARRIBA-EL-TELON-version-digital.pdf>

Revel, J. (2005) *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*. Editorial Manantial. Buenos Aires. Argentina. <https://es.scribd.com/document/392652826/Jacques-Revel-Un-momento-historiogra-fico>

Ricoeur, P. (1999). *La marca del pasado. Historia y Grafía*, 13. Universidad Iberoamericana. México.

Ricoeur, P. (1995) *La realidad del pasado histórico. Revista Historia y Grafía*, 4. México.

Rivera, E. (2004). *Antología de Huamanga*. Fundación M.J. Bustamante de la Fuente. Lima.

Rivera, A. (2008). *De la taberna a la pulpería: recintos de la sociabilidad en España y América*. https://www.iau.usp.br/sspa/primeiroseminario/pdfs/mesa1_pon024_esp_rivera_molina.pdf

Rivera, VS. (2006). *Ilave, ontología de la violencia o el terror del Altiplano*, *Solar*, 2 (2), 35-50.

Rivera, VS. (2009). *Ex Oriente Salus. Pensar desde el margen*. En Rivera, VS et alii (Coord.), *Ontología del declinar*, Biblos, Buenos Aires, 311-334.

Rivera, VS. (2017a). *Tradicionalistas y maurrasianos. José de la Riva-Agüero (1904-1919)*. Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Lima.

Rivera, VS. (2017b). *Liberalismo – liberales (1750-1850)*. En Aljovín de Losada, C. y M. Velázquez, *Las voces de la modernidad. Perú, 1750-1870*. Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 222-247.

Rivera, VS. (2021). *Pensar desde el mal. Hermenéutica en tiempos de Apocalipsis*. Fondo Editorial del Congreso de la República, Lima.

Rivera, J. (1971) *Geografía General de Ayacucho*, UNSCH. Ayacucho.

Roca, J. (2017) *fiesta cívica del trienio progresista (1840-1843): progresistas enfrentados y desafío a la regencia*. Historia Contemporánea 56. Universidad de Barcelona. España.
www.orcid.org/0000-0002-0148-257X

Roger, F. (s/a) “El ocio, la fiesta, la diversión” <https://www.uv.es/gibuv/Roger/Ocio.pdf>

Rojas, R. (2005) *Tiempos de carnaval. El ascenso de lo popular a la cultura nacional (Lima 1822-1922)*. IFEA.IEP. Lima.

Rojas, N. (2010). *El mito de progreso en Ayacucho. 1900-1950*. Tesis de Maestría en Antropología. UNSCH. Ayacucho.

Rojas, N. (2009) *La visión de progreso de los intelectuales de Ayacucho. 1930-1960*. UNSCH.

Rojas, N. (2005) “*La configuración de espacios en la Plaza mayor “José Antonio de Sucre”*”. En: *Antropología del espacio público: La Plaza*. “Diario de Campo”. Suplemento N° 34. CONACULTA. INAH. México.

Rosas, Cl. (2021) *La lucha por la Libertad. Rebelión, Guerra e independencia (1780-1826)*. N° 1. Nueva Historia del Perú Republicano. Derrama Magisterial. Lima.

Rosas, F. (2005). El miedo en la historia. Lineamientos generales para su estudio. p. 26. En: *El miedo en el Perú*. Claudia Rosas Lauro (editorial). PUCP. Lima.

Rosa, Cl. & Quiñonez, C. (2013) *Culturas populares y subalternidad: recorridos teóricos latinoamericanos* Eje temático: *Comunicación, cultura y poder*. https://www.publicacioncompanam2013.eci.unc.edu.ar/files/companam/ponencias/Comunicaci%C3%B3n,%20cultura%20y%20poder/-Unlicensed-Comunicacionculturaypoder.Rosa_.pdf

Rosemberg, Fl. (2000). *Antropología urbana: Una ojeada*. En *Aprender-comprender la antropología de Rafael Pérez Taylor*. CECSA México.

Ruiz, A. (2009) *La república Oligárquica. 1850-1950*. Ver: *Mentalidad y vida cotidiana*. Lima. www.numisma.org-info@numisma.org-2009

Ruiz, G. (1990). *La Intendencia de Huamanga*. Ayacucho.

Ruiz, F. (1938) “*El pueblo i el campesino en Ayacucho*” En revista “*Huamanga*. N° 13. Ayacucho.

Ruiz, J. (1924). *Monografía histórica geográfica del Departamento de Ayacucho*. Imprenta Torre Aguirre. Lima.

Sagrav (1939). *Ayacucho de antaño*. *Revista Huamanga*, 19. Ayacucho.

Salvador J. (2000). *Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana*. En: *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. De Alicia Lindón (coord.). Anthropos. Universidad Autónoma de México.

Sánchez, M. (2007). *Hacia una historia cultural de las diversiones públicas. Estudios culturales sobre el juego, la risa y el sobrecogimiento*. <https://www.redalyc.org/pdf/316/31602603.pdf>

Sánchez, M. (2017) *La fiesta cívica en la República de Chile (1810-1833)*. Una configuración simbólica de un *ethos* nacional. Tesis de Licenciatura Universidad Finis Terrae. Facultad de Ciencias Sociales. Chile. <https://repositorio.uft.cl/xmlui/bitstream/handle/20.500.12254/273/Tesis%20Macarena%20Sanchez.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Schwarz, H. (2017) Estudio COURRET. Historia de la fotografía en Lima. Munilibro. Municipalidad Metropolitana de Lima. <https://www.munlima.gob.pe/images/MUNILIBRO12.pdf>

Schwartz, S. (1997) “*Pecar en las colonias. Mentalidades populares, Inquisición y actitudes hacia la fornicación simple en España, Portugal y las colonias americanas*”. Cuadernos de Historia Moderna, N° 18, Servicio de Publicaciones. Universidad Complutense. Madrid. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/24565-Texto%20del%20art%C3%ADculo-24584-1-10-20110607.PDF>

Staving, W. (1996). Amor y violencia sexual. Valores indígenas en la sociedad colonial. Mínima. IEP. Lima.

Serna, E. (2006). “*Apuntes sobre el origen del carnaval*” <http://www.edu.xunta.gal/centros/ceippondalponteceso/system/files/PDF+DEL+CARNAVAL.pdf>

Stern, S. (1986). Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640. Alianza editorial. Madrid- España.

Silva, F. & R. Spivak (2006) *Los subalternos y el Perú*. Revista Hueso Húmero N° 49.

Silva, J. (2014). *La Chingana: espacio de construcción y reconstrucción de los sujetos populares (1820-1850)*. www.lachinganaespaciodeconstrucciónyreconstrucciondelosujetospopulares

Spivak, R. (2003) *¿Puede el subalterno hablar?* Revista colombiana de Antropología N° 39. Colombia. <https://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>

Solano, F. (1937) *Sub comité de damas ayacuchanas residentes en Lima para conmemorar el IV Centenario de Huamanga*. Revista Huamanga. N° 10. Ayacucho.

Solís, M. (2007). *Inmigrantes extranjeros y relaciones de poder con la “elite local”. 1910- 1940. Informe de Bachiller en Historia*. UNSCH. Ayacucho.

Solares, H. (1992) “*Modernización: Nuevos ropajes para viejas estructuras El proceso urbano de Cochabamba 1800-1950*. En: Ciudades de los andes. Visión histórica contemporánea de Eduardo

Kingman Garcés (Compilador). IFEA. Quito-Ecuador.
<https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/54103.pdf>

Suárez, H. (2008). *La Fotografía como fuente de sentido. Cuaderno de Ciencias Sociales* 150. Costa Rica.

Sulca, E. (2004). *La Modernización de la ciudad de Ayacucho (1900-1950)*. Tesis en Historia. UNSCH-Ayacucho.

Sue, R. (1987) *El Ocio*. FCE. México. <https://pdfcookie.com/download/sue-roger-el-ocio-ro2ny0gxk3v4>

Tabares, F. (2010) *Juegos populares y tradicionales, ocio y diferencia colonial*. Revista POLIS de la Universidad Bolivariana. Santiago. Chile. www.redalyc.org/articulo.oa?id=30515373008

Trazegnies, F. (1980) “*La transferencia de filosofías jurídicas. La idea de derecho en el Perú republicano del siglo XIX*”. Lima. www.latransferenciadefilosofiasjuridicas

Tenorio, Jh. (2010). *Cantinas, chicherías ¿espacios de diversión o perversión? Ayacucho 1900-1945*. Informe de Bachiller UNSCH. Ayacucho.

Tenenti, A. (1985). *Flores en la época de los Médicis*. Biblioteca de la Historia. España.

Thompson, E. (1995). *Costumbre en común*. Barcelona, Crítica.

Trigos, E. (2014). *Espacios sociales, tensiones y conflictos en indígenas y notables (Ayacucho 1906-1960)*. Tesis en historia. UNSCH. Ayacucho.

Turner, M. (2006) *Republicanos Andinos*. IEP. (Estudios Históricos, 43). Lima.

Uribe, M. (2014) “*La vida cotidiana como espacio de construcción social*. Revista *Procesos Históricos*, 25. Universidad de los Andes. Mérida- Venezuela.
<https://www.redalyc.org/pdf/200/20030149005.pdf>

Urrutia, J. (2014) *Aquí nada ha pasado*. Huamanga, siglos XVI-XX. IEP. IFEA. Lima.

Valenzuela, J. (1999) De las liturgias del poder al poder de las liturgias: Para una antropología política de Chile colonial. <file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/MC0018827.pdf>

Valenzuela, J. (2010) *Diversiones rurales y sociabilidad popular en Chile central: 1850-1880*. En: Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940 Fundación Mario Góngora. Chile. <http://www.memoriachilena.gob.cl/archivos2/pdfs/MC0037457.pdf>

Valero, T. (2009). *Cine e Historia: más allá de la narración. El cine como materia auxiliar de la Historia*. España. https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/17740/cine_valero_CIHC_2008.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Vásquez, J. (2020) “Entre “decencia” e “inmoralidad”: los carnavales huamanguinos de la ciudad de Ayacucho. 1850-1870”. En Revista “Pacarina del Sur N° 44. México. <http://pacarinadelsur.com/nuestra-america/indoamerica/1905-entre-decencia-e-inmoralidad-los-carnavales-huamanguinos-de-la-ciudad-de-ayacucho-1850-1870>

Vásquez, J. (2019) “*Intelectuales, discurso civilizador y clases subalternas en Ayacucho*”. En Revista “Pacarina del Sur N° 41. México. <https://www.unsch.edu.pe/facultades/sociales/wp-content/uploads/2019/12/Intelectuales-art.pdf>

Vásquez, J. (2018) “*De ciudad tradicional a ciudad moderna. El Impacto del Centenario de la batalla de Ayacucho. 1918-1924*” En Boletín de Lima, Vol XXXIX Año 39. Lima.

Vásquez, J. (2015) *Poder y status social de familias huamanguinas: los títulos nobiliarios en la época colonial*”. Informe Final de investigación UNSCH. Ayacucho.

Vásquez, J. (2012) “*El desafío de Don Carnal: Carnestolendas huamanguinas durante 1850-1865*” En: Alteritas. Revista de estudios socioculturales andino amazónicos, año 1, N° 1, II semestre. Ayacucho. Perú.

Vásquez, J. (2011). Huamanga...Historia, tradición y cultura. N° 1. Ayacucho.

Vásquez, J. (2010). Visión de los viajeros sobre la ciudad de Ayacucho. Ayacucho. Perú.

Vásquez, J. (2006) Homenaje al Centenario del Mercado de abastos “Andrés F. Vivanco” de la ciudad de Ayacucho. 1906-2006. P. 24. UNSCH- Ayacucho.

Vázquez, M. (s/a) *Origen y devenir de los juegos con caballos y toros en el México campirano: la diversión del coleadero*. file:///C:/Users/EQUIPO/Downloads/silo.tips_origen-y-devenir-de-los-juegos-con-caballos-y-toros-en-el-mexico-campirano-la-diversion-del-coleadero.pdf

Vega, M. (1992). *Tributo, poder y sociedad rural: Ayacucho 1823-1854*. Tesis UNSCH. Ayacucho.

Vega, H. (2006). *Ciencias sociales e historia. Una propuesta para su aprendizaje*. Ayacucho.

Velarde, M. (1876) *Memoria del Prefecto del departamento de Ayacucho*. Imprenta “El Progreso” de A.E. Palomino. Ayacucho.

Velázquez, M. (2017) “*Civilización, 1750-1850*” En: *Las voces de la modernidad. Perú, 1750-1870. Lenguajes de la Independencia y la República* de Cristóbal Aljovín de Losada y Marcel Velásquez Castro (Compiladores). Fondo Editorial del Congreso del Perú. Lima.

Velázquez, M. (2013) *La mirada de los gallinazos. Cuerpo, fiestas y mercancía en el imaginario sobre Lima (1640-1895)*. Lima.

Vergara, A. (2005) “*La plaza pública*” En: *Antropología del espacio público: La Plaza*. “Diario de Campo”. Suplemento N° 34. CONACULTA. INAH. México.

Vega, P. (2006) “*El espacio público, la movilidad y la revaloración de la ciudad*” En Cuaderno Arquitectura y ciudad. PUCP. Lima. https://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/28681/espacio_publico.pdf?sequence=3&isAllowed=y

Vicent, L. (1983). *Antropología de la muerte*. FCE. México.

Vidal, E. (1942) “*Discurso del Dr. Edmundo Vidal Olivas. Presidente del “Rotary Club” de Ayacucho, cuando la colocación de la Primera piedra, para la casa de mendigos amadrinada por la señora de Prado*”. En *Revista Huamanga* N° 49 y 50 del 30 de setiembre. Ayacucho.

Villacorta, F. (1993) *Cultura y mentalidad en el siglo XIX*. Editorial Síntesis. España.

Villegas, F. (2006) *El Perú a través de la pintura y crítica de Teófilo Castillo (1887-1922)*. ANR. Lima.

Vivanco, C. (1940). *El Día del Censo en Ayacucho. Del 20 de junio*. En Revista Huamanga N° 32. Año VI. Ayacucho, 30 de junio. Director Luís Milón Bendezu.

Vivanco, C. (1939). “*La realidad regional en la campaña del Censo*” En Revista Huamanga. Año V. Ayacucho, 28 de julio. N° 23. Revista mensual, Órgano del Centro Cultural de Ayacucho. Revista mensual. Ayacucho.

Vovelle, M. (1991) *Aproximación a la historia de las mentalidades*. Cuaderno de historia XII. Universidad de Lima. Lima.

Vovelle, M. (1985) *Ideologías y mentalidades*. ARIEL. Talleres Gráficos DUPLEX, Barcelona. España.

Walker, Ch. (2007). “*¿civilizar o controlar?: El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones*”. En: *Cultura política en los andes (1750-1950)* de Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen / (Editores). Lima.

Yupanqui, J. (2010). *Representaciones y prácticas sobre lo indígena. 1939-1945*. Tesis de pregrado, UNSCH. Ayacucho.

Wiener, Ch. (1880) *Perú y Bolivia*. Relato de viaje. Traductor: Edgardo Rivera Martínez. <http://ia800308.us.archive.org/12/items/prouetbolivierc00wiengoog/prouetbolivierc00wiengoog.pdf>

Whipple, P. (2021) *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano*. IEP. Centro de Investigaciones Diego Baros Arana. Lima.

Yanes, R. (2002) *La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación*. <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html#:~:text=La%20cr%C3%B3nica%20es>

[%20un%20g%C3%A9nero%20informativo%20narrativo%20con%20absoluta%20libertad,caracter%C3%ADstica%20del%20periodismo%20exclusivamente%20informativo.](#)

Yvinec, M. (2013) *Reinventar el indio después de la Independencia: las representaciones del indígena en el Perú decimonónico (1821-1879)*. <https://doi.org/10.4000/bifea.4087>

Zapata, A. y otros (2008). *Historia y cultura de Ayacucho*. IEP. Lima.

Zubieta, A. (2000) *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*. PAIDOS. Buenos Aires. Argentina.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS (Periódicos y revistas de Ayacucho)

- *La Gironda, del 15 de abril de 1907. Sobre el fotógrafo Luis D. Ugarte: Un Retrato en Crónica Local. N° 16. Ayacucho.*
- *El Estandarte Católico, Órgano del Obispado de Ayacucho, periódico decenal, del 21 agosto de 1923. N° 641. “Las obras de la Founthion”.*
- *El Estandarte Católico, Siglo XX. Año XXIV. N° 652. Ayacucho, viernes 15 de febrero de 1924. “Ornato de la población”.*
- *El Estandarte Católico, Ayacucho, 31 de agosto de 1901.*
- *El Estandarte Católico del 15 de marzo de 1902.*
- *El Estandarte Católico, del 24 de abril de 1909 N° 246.*
- *El Estandarte Católico, del 30 de noviembre de 1910 N° 297.*
- *El Estandarte Católico, del 13 de febrero de 1923 N° 353.*
- *El Estandarte Católico, del 15 de diciembre 1962 N° 1523 “Inauguración y bendición del cine teatro Cavero Torres”.*
- *El Estandarte Católico, del 29 de marzo 1905.*
- *El Estandarte Católico, del 2 de noviembre de 1907 N° 113 “Carnaval”.*
- *El Estandarte Católico, del 13 de febrero de 1913 N° 355 “El Carnaval”.*
- *El Estandarte Católico, del 15 de abril de 1915 N° 420.*
- *El Estandarte Católico, del 31 de mayo de 192 N° 635.*
- *El Estandarte Católico, del 15 de junio de 1923 N° 626.*

- *El Estandarte Católico, del 22 setiembre de 1923 N° 136 “Sociedad de artesanos 9 de diciembre”.*
- *La Hormiga. Ayacucho, 26 de mayo de 1923. N° 83.*
- *La Hormiga, del 9 de mayo de 1923 N° 82.*
- *La Hormiga, del 21 de agosto de 1922 N° 60.*
- *La Hormiga del 25 de enero de 1923 N°73 “Modernicemos el juego del carnaval”*
- *La Hormiga, Mirando el porvenir. La clase obrera y el centenario. Página central.*
- *La Hormiga, Ayacucho, 27 de diciembre de 1923. N° 102. En crónica local: titulado “Año nuevo”.*
- *Revista Huamanga. Año V. Ayacucho, 28 de julio de 1939 N° 23. Revista mensual, Órgano del Centro Cultural de Ayacucho.*
- *Revista Huamanga, del 2 de mayo de 1938 N°13.*
- *Revista Huamanga del 31 de agosto de 1939 N°24.*
- *Revista Huamanga de junio de 1953.*
- *Revista Ayacucho. Director José Antonio Escarcena. Diversos números.*
- *El Liberal, periódico popular. Del 15 de noviembre de 1856 N° 48 “Baños”*
- *El Liberal del 9 de febrero de 1856 Tomo I.*
- *El Liberal del 21 de mayo de 1856.*
- *El Liberal del sábado 10 de mayo de 1856 N° 21 “Convites”.*
- *El Liberal del 24 de junio de 1856 “Un convite de campo”.*
- *El ciudadano, Ayacucho, agosto 30 de 1904 N° 3.*
- *La prensa de la Libertad, del jueves 31 octubre de 1861. Tomo I. N° 33.*
- *La Abeja. periódico local ayacuchano, del 12 de agosto de 1928 N° 264.*
- *La Abeja del 5 julio de 1924 N° 157.*
- *La Abeja del 20 de noviembre 1918 N° 69.*
- *La Abeja del 10 marzo de 1923 N° 128 editorial.*
- *La Abeja del 30 de abril de 1919 N° 72.*
- *La Abeja del 3 de mayo de 1928.*
- *La Abeja del 30 de setiembre de 1916 N° 30 “Velada literaria del Colegio de Educandas”*

- *La Abeja*, periódico local, semanario independiente, ilustrativo y noticioso. Ayacucho, 12 de noviembre de 1922. Obras públicas.
- “*La Abeja*” semanario independiente, ilustrativo, industrial y noticiosos. De Hipólito J.M. Vivanco. Año IV. Ayacucho, 30 setiembre de 1918. N° 67. Sobre aumento de vagos.
- *La Abeja del 22 de febrero de 1926*.
- *La Abeja del 10 de noviembre de 1925 N° 196 “Decires”*.
- *La Abeja del 26 de junio de 1923 N° 132*.
- *El Orden*, órgano de los intereses del departamento. Año VII Ayacucho 26 de febrero de 1911 N° 70 sobre Cinema en la ciudad de Ayacucho.
- *El Orden del 10 de agosto de 1912 N° 340*.
- *El Orden del 4 de noviembre de 1913*.
- *El Republicano*, periódico político, literario y semanal. Ayacucho, sábado, 14 de abril de 1877.
- *El Republicano*. N° 8. Ayacucho, mayo 2 de 1877.
- *El Republicano del 10 de febrero de 1877 N° 1 “Carnavales”*.
- “*El Progreso*” publicación semanal Año III. N° 18 Ayacucho, 22 febrero de 1875. “Hotel nacional”.
- *El Ayacuchano*, periódico local. Ayacucho, sábado 18 de julio de 1874. N° 8. Titulado: *Coliseo de gallos*.
- *El Ayacuchano del 2 de marzo de 1874 N° 1 “Carnaval”*.
- *La Estrella del Pueblo*, periódico político popular. Ayacucho, sábado 23 de marzo de 1861. N° 4. Tomo I.
- *El Registro Oficial del Departamento*, del 23 de setiembre de 1859 N° 34 “*Alameda*”
- *El Registro Oficial del Departamento del 7 de setiembre de 1894 N°6*.
- *El Granito*. Revista ayacuchana. Notas de la quincena “*El Club Progreso*”. Ayacucho, 30 de noviembre de 1911 N° 10.
- *La Voz del Centro* (publicación semanal) fundado el 5 de mayo de 1894. Ayacucho, 24 de julio de 1899. N° 48 “*Toros*”.
- *La Voz del Centro del 16 de julio de 1898 N° 38 “Crónica local”*.

- *La Verdad, Órgano de la Sociedad Unión Católica del 4 de marzo de 1892 N° 35 “Los carnavales”.*
- *La Verdad. Órgano del Centro literario y verdad. 1919.*
- *La Verdad, del 10 de marzo de 1892 N° 17 “El carnaval y la cuaresma “.*
- *Acción, Semanario Informativo y noticioso. Director Alfredo Parra Carreño. Año. I. Ayacucho 1 enero de 1939.*
- *Acción, del 23 de enero de 1939 N° 7.*
- *Boletín Municipal Ayacucho, 29 octubre de 1937 Año XIV N° 67.*
- *El Pueblo, Lunes 20 de mayo de 1940. “La conmemoración del IV Centenario de la fundación de Huamanga” N° 1269.*
- *El Pueblo del 30 de junio de 1944 N° 1373 “Teatro municipal”.*
- *“El Pueblo” N° 1373. Año: XIV. Ayacucho, viernes 30 de junio de 1944. Artículo titulado “El teatro municipal”.*
- *El Pueblo del 27 de febrero de 1931 N° 6.*
- *El Pueblo de marzo de 1935 N° 1111.*
- *El Pueblo de 1939 N° 1243 “El carnaval en nuestra ciudad”.*
- *“El Pueblo” (1940) La conmemoración del IV Centenario de la Fundación de Huamanga. 20 de mayo.*
- *El Pueblo, Ayacucho, lunes 20 de mayo de 1940 N° 1269 “Se aplaza la celebración oficial del IV Centenario de la Fundación de Huamanga. Ayacucho.*
- *Sierra, vocero fajardino. Primera quincena de octubre de 1948.*
- *Sierra primera quincena de mayo de 1936 N° 1 “Chismes”.*
- *Sierra de enero de 1941 N° 6.*
- *Noticias, periódico local. Ayacucho, 14 de noviembre de 1938 N° 25.*
- *Noticias del 3 de marzo de 1938 N° 10 “La fiesta del carnaval”.*
- *Boletín de la Cámara de Comercio de Ayacucho. Ayacucho, 21 noviembre de 1948.*
- *El Patriota de Ayacucho, periódico del pueblo. Imprenta de Martín Elises. N° 23, Ayacucho, sábado 31 de diciembre de 1859. Editorial “El Patriota” página central.*
- *El Patriota de Ayacucho, miércoles 11 de enero de 1860 N° 25.*
- *El Patriota de Ayacucho, del 27 de enero de 1860 N° 24 Columna “El Inspector”.*

- *La Bandera de Ayacucho*. Ayacucho, sábado 6 de febrero de 1864 N° 24. *Crónica local del Duende, que título Carnavales*.
- *El Periodismo, periódico popular*. Época IV. Ayacucho, viernes 20 de febrero de 1885 N° 17. *Crónica Local: Carnestolendas*.
- *EL Franco, periódico oficial*. N° 20. Ayacucho, sábado 9 de junio de 1849.
- *La Alforja del 12 de octubre de 1850* N° 87.
- *La Prensa de la Libertad del jueves 31 octubre de 1861*. Tomo I. N° 33. Su lema es “*La imprenta libre, es la salvaguarda de la Libertad*”.
- *El Departamento. Periódico local*. “*Crónica local*”. Ayacucho, 3 de diciembre de 1924.
- *El Debate, periódico local*, Ayacucho 25 de setiembre de 1909.
- *El Debate del 16 de julio de 1913* N° 360
- *El Debate del 19 de junio de 1915*.
- *El Debate del 22 de abril de 1893* N° 115 “*Club 9 de Diciembre*”.
- *La Opinión, Ayacucho, miércoles 2 de abril de 1930*. N° 22 p. 3 “*Medios para incorporar al indio a la civilización mediante la escuela*”.
- *La Opinión, Ayacucho 7 de julio de 1930*. N° 27. *El conservatorio musical de Ayacucho y su actuación*.
- *El Paladín, periódico local*. Ayacucho, jueves 14 de febrero de 1985.
- *El Mensajero, periódico popular su lema “Moralidad, Patria y Libertad”*. Ayacucho, jueves 8 de enero de 1863 N° 1. *Crónica (Columna)*.
- *El Bien común, periódico local*. Ayacucho, miércoles 2 de abril de 1890. *Crónica local*.
- *Estandarte Católico, Órgano del Obispado. Publicación Quincenal*. Ayacucho, 23 de febrero de 1927. N° 721. *Página central*.
- *RUPEMA (Ruta pedagógico magisterial) Ayacucho, 14 de mayo de 1953* N° 1. Director: Gregorio Medina Robles.
- *EL FARO, publicación eventual Órgano de los alumnos del 3er año de media de San Ramón*.
- *La Patria. Órgano de la Juventud estudiantil Director Leoncio Jeri del 13 de junio de 1923*, “*Instalación del Comité Pro Centenario de Señoras*”.
- *El Porvenir, Órgano del club Cristoforino. Del jueves 1° de setiembre de 1881*. Año I N° 1.

- *Ayacucho, Órgano de la Asociación de Jóvenes ayacuchanos (AJA) de julio de 1948 N° 6.*
- *Diario Jornada, Ayacucho, jueves 26 de febrero de 2009. 4 (1918), 5 titulado “Culmina carnaval SIN QUEMA DE ÑO CARNAVALÓN ;LO DEGOLLARON!”*

FUENTES ARCHIVÍSTICAS

- Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 29. Años: 1858- 1944. Ayacucho.
- Aray. Sección Prefectura. Legajo N° 1. Años: 1895-1906. Libro copiador de oficios (Dirección de gobierno de policía). Memoria del prefecto Víctor R. Benavides. Ayacucho, 30 de junio 1905.
- Aray. Sección: Municipalidad. Libros de actas de sesiones. Legajo. N° 28. Cuaderno N° 111. 14 de 1833 al 13 mayo de 1941.
- Aray. Sección Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 28. Años: 1920-1941. Folio: 27.
- Aray. Sección: Municipalidad. Copiadores de decretos, leyes y resoluciones. Legajo N° 21 Año. 1928-1837. Cuaderno de los años: 1928-1930.
- Aray. Sección Municipalidad (Libros) Actas de sesiones Legajo: 28. Años: 1920-1941. Sesión del 13 setiembre de 1912 sobre el Cine Ayacucho.
- Aray. Municipalidad. Legajo N° 67. Ayacucho, 12 de noviembre de 1945.
- Aray. Sección Libro de actas de sesiones de la municipalidad. Legajo N° 25. Años: 1878-1891. Ayacucho, 16 de mayo de 1888.
- Aray. Subprefectura. Legajo N° 41. Año. 1934. “Parte policial”.
- Aray. Sección Subprefectura. Legajo N° 2. 1902.
- Aray. Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 26. Años: 1891-1897. Libro N° 3. Folio: 448. Del 18 de febrero de 1897.
- Aray. Sección Protocolos. Notario Blanco de Cassazua. Legajo N° 26. Años: 1674-1677. Protocolo N°36. Fundación de la Universidad de esta ciudad de Guamanga en su Collegio Seminario hecha por el Illtimo señor Doctor don Christóbal De Castilla y Zamora, Obispo de esta Santa Iglesia.
- Aray. Sección Protocolos. Notario Blanco de Cassazua. Legajo N° 26. Años: 1674-1677. Prot. N°36.

- Aray. Municipalidad. Oficios recibidos de otros consejos provinciales y distritales de Ayacucho. Legajo N° 21 Años: 1932-1938 Cuaderno 01. Ayacucho, 21 de diciembre de 1938.
- Aray. Sección Municipalidad. Leg 30 en Actas de sesiones del Comité Pro-Centenario de la Batalla de Ayacucho. folio N° 53.
- ARAY. Sección Libro de actas de sesiones. Pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. Año: 1918-1951. Legajo N° 29.
- Aray. Sección Municipalidad. Libro de actas de sesiones. Legajo N° 28. Años: 1920-1914. Folio: 119. Del 17 de mayo de 1924.
- Aray. Sección Municipalidad. Leg 30 en Actas de sesiones del Comité pro Centenario de la Batalla de Ayacucho. folio N° 53.
- Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 29. Folio: 111. ...(Aray. Sección Municipalidad Leg. N° 85. Años: 1916-1942).
- Aray. Sección Municipalidad Leg. N° 85. Años: 1916-1942.
- Aray. Sección Municipalidad. Leg. 88. Años: 1932-1940).
- Aray. Sección Prefectura. Legajo N° 7 Años: 1923-1928, Ayacucho 16 de febrero de 1925.
- Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 20 Años: 1920-1941. Sobre Plan de obras públicas de Ayacucho.
- Aray. Sección Municipalidad. Legajo N° 24 Años: 1869-1880. Del 31 de mayo de 1879. Folio: 24 y 24 (v).
- Aray. Sección Municipalidad Legajo N° 28 del 18 de noviembre de 1933 Folio: 23.

Archivo de la Municipalidad del Consejo de Huamanga.

- Libro de sesiones del 18 de marzo de 1933. Folio: 332.
- Libro de actas de sesiones de alcaldía de 1927-1933 Folio: 33.